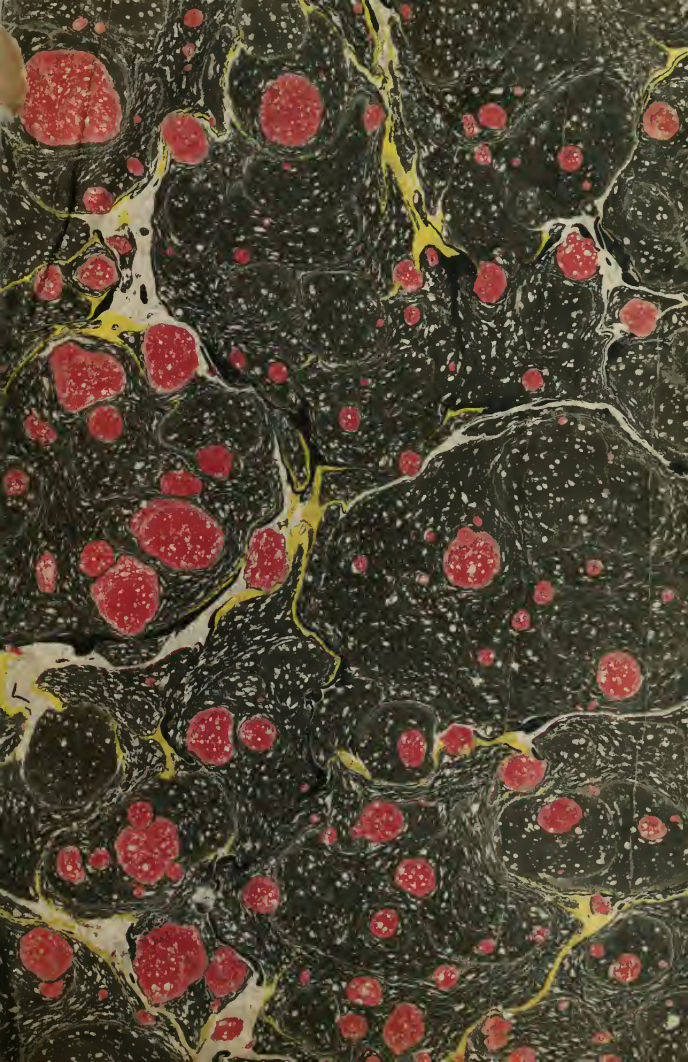


PQ
2HH6
.M7S8
1845
V.1-2
SMRS

LOS
MISTERIOS DE PARÍS.

TOMO PRIMERO.

Soy de Fernando Figueras.

LOS
MISTERIOS DE PARIS,

REVISADOS Y CORREGIDOS POR SU AUTOR

Mr. Eugenio Sue,

EDICION POPULAR

Adornada con CIEN láminas

Y PUBLICADA POR LA

EMPRESA DEL BARCELONÉS.

TOMO PRIMERO.

BARCELONA:
IMPRENTA DE SAURÍ, A. GASPAR Y BERDAGUER.

1845.

DEDICATORIA.

AL TRADUCTOR

D. A. X. San Martin,

HOMENAGE DE GRATITUD

QUE LE TRIBUTA

LA EMPRESA DEL BARCELONÉS.

Prólogo.

—

Los Misterios de Paris!!! nombre que resuena de un confin á otro del mundo.... parto sublime de la fértil, ardiente é inagotable imaginacion del tan célebre escritor francés Eugenio Sue:... novela que se la arrancan todos de las manos para leerla ó mas bien devorarla.... cuerno de abundancia de engaños y desengaños... obra que ha merecido los mayores y mas justos elogios de la prensa literaria del orbe entero.... produccion moral para unos, filantrópica para otros, reformista para los mas, y agradable para todos.... cuadro que abraza todas las clases de la sociedad desde el primer escalon de la Aristocràcia hasta el último de la Democrácia.... autopsia de los vicios y virtudes de que tanto abunda la especie humana;.... y ultimamente espejo fiel en donde reflejan constantemente la di-

versidad de imágenes que abriga la organizacion social con sus defectos é ilusiones.... Hé aquí lo que son los *Misterios de Paris*, de quienes la empresa del BARCELONÉS, impelida del zelo que la anima para corresponder á la benevolencia y buena acogida que el público barcelonés se ha dignado tributar á su diario, ha determinado el tirar la presente edicion verdaderamente popular y de una baratura hasta el dia nunca vista, á fin y efecto de que tanto el modesto *Artesano*, como el opulento *Magnate* no carezcan de tan preciosa novela, cuya moral está divinamente aliada con la parte recreativa, habiendo logrado su autor llenar en todas sus partes aquella maxima que dice: *instruir deleitando*.

Empero la empresa del BARCELONÉS no concreta sus anhelos puramente en esto, sino que deseosa de complacer en un todo á los suscritores que le han prodigado su aprecio y simpatia, ha consagrado todos sus desvelos á conciliar el poco coste de la obra con una coleccion de CIEN láminas que análogas al texto, servirán de ornato á la novela, y darán mayor realce é interés á su narracion.

Ninguna traduccion se ha emprendido hasta el dia de esta última edicion corregida y reformada, y no solo es nuestra la honra de ser los primeros en adquirir para nuestra lengua el nuevo trabajo de Sue, sino tambien la de presentar nuestra version castellana con la rica gala tipográfica de la referida edicion francesa; ventaja de que no disfruta ninguna de las innumerables traducciones que se

han hecho y se están haciendo á todas las lenguas de Europa.

Por lo demas no pretendemos gran mérito de originalidad ni sutileza de interpretacion: nos felicitamos, por el contrario, de haber tenido que seguir paso á paso, obligados por la combinacion tipográfica de esta edicion, el estilo y conceptos del original; que son lisos é inteligibles como todo lo que producen las grandes inteligencias en Francia, en España y en todas partes. Si alguna ventaja obtuviere nuestro trabajo sobre las demas versíones castellanas que hasta el dia se han hecho, consistirá mas bien en esta circunstancia que en nuestro propio merecimiento.

La conveniencia de sustituir al *argot* francés el *caló* español ó la germanía, á fin de presentar en su luz algunos de los principales caracteres de la obra, nos parece tan evidente que nos abstenemos de insistir en ella. Esta persuasion nos ha obligado á formar un copioso vocabulario del horrible idioma de los presidios y de las gavillas de ladrones; improbo y enojoso trabajo en el cual nos ha llamado la atencion la similitud general y la frecuente identidad de los signos del lenguaje de los malhechores en ambos paises.

LOS

MISTERIOS DE PARIS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA TASCA.

Al anochecer de un dia frio y lluvioso de octubre de 1838, cruzó el Puente del Cambio (1) un hombre vestido con blusa azul, pantalon del mismo color y un sombrero de paja usado y de ala ancha en la cabeza. Un momento despues desapareció en la Cité (2), laberinto de calles estrechas, oscuras y tortuosas, que se estiende desde el Palacio de la Justicia (3) hasta el antiguo templo de Nuestra Señora (4).

Este cuartel de Paris, aunque pequeño y muy vigilado por la policía, sirve de asilo y madriguera á un sin número de malechores de la ciudad, los cuales celebran en las *tascas* sus citas y reuniones. Tasca, en *caló*, habla ó dialecto de los ladrones y rufianes significa una taberna de humilde construccion. Dueños de estas tabernas, frecuentadas por la escoria de la poblacion de Paris, como presidarios que han cumplido su condena, ladrones y asesinos, son por lo general, ó bien un hombre que ha sido ya perseguido ó castigado por la justicia á causa de su malvivir, ó una mujer que ha

sufrido la misma degradacion. Cuando se comete algun crímen, la policía echa sus redes, por decirlo así, en el fangal de aquellas cloacas, y casi siempre coje en ellas á los culpados.

Corria bramando el viento en la noche referida por los callejones oscuros de la Cité, y los reverberos agitados reflejaban su luz pálida é incierta en la humedad que inundaba el lodoso pavimento.

Las calles eran tan angostas, que casi se tocaban los tejados de las casas opuestas, todas de color negruzco, y con al unas ventanas de marcos viejos y carcomidos. Los portales, sucios y asquerosos daban paso á unas escaleras fétidas, negras y tan perpendiculares, que apénas se podia subir por ellas asiéndose á una cuerda sujeta á la pared con garabatos de hierro.

Ocupaban el piso bajo de algunas de estas tristes mansiones, tiendas de carboneros, traperos y revendedores de malos comestibles; y á pesar del poco valor de las mercancías, era tal el temor que inspiraba á sus dueños la audacia de los ladrones de aquel barrio, que todas las tiendas tenian á la calle fuertes rejas de hierro.

El hombre de que hemos hablado dejó de caminar tan aprisa al entrar en la calle de Feves, situada en el centro de la Cité: estaba sin duda en su elemento.

La oscuridad de la noche era profunda, y las ráfagas de viento azotaban con ímpetu furioso las paredes. Se oyó dar las diez en el reloj del tribunal de Justicia.

Habia en los portales abovedados, oscuros y profundos como cavernas, algunas mujeres, de las cuales cantaban unas á media voz letrillas populares, otras hablaban entre sí, y otras calladas é inmóviles, tenian maquinalmente fija la vista en el

agua que caia á torrentes. El hombre de la blusa azul se paró de repente delante de una de aquellas mujeres, que estaba triste y silenciosa, y asiéndola de un brazo la dijo:

—Buenas noches, *Guillabaora* (a)

Esta retrocedió contestando con voz tímida:

—Buenas noches, *Churiador* (b). No me lastimes.

Era el Churiador un galeote cumplido, á quien habian dado este nombre en presidio.

—Ya que estás aquí, dijo el hombre me vas á pagar el *peñascaró* (c)... ¡porque sino te hago bailar el zapateado! —añadió soltando una bronca risotada. — ¡Dios mio, si yo no tengo dinero! — respondió temblando la Guillabaora; porque aquel hombre era el terror de todo el barrio. —Si no *habillas carnales* (d), te fiará la *Pelona* por tu buena cara. —No, no me fiará... la debo ya el alquiler de la ropa que traigo puesta. — ¡Hola! ¡parece que me replicas!... —dijo el Churiador alzando la voz y corriendo tras de la Guillabaora, que se habia refugiado en un portal angosto y oscuro como la noche. — ¡Ya te cojí! — gritó el Churiador al cabo de algunos momentos, apretando con una de sus enormes manos un brazo suavísimo y delicado. — ¡Ahora sí que lo vas á bailar!... — ¡Tu si que lo bailarás! —dijo una voz firme y amenazadora. — ¡Por Sambruno, aquí hay un hombre! ¿Eres tú, Brazo Rojo?

Responde luego y no aprietes tanto... me habia

(a) Guillabaora. En argot francés, *goualeuse*. — (b) *el que da cuchilladas ó puñaladas* de *churí*, cuchillo ó puñal en argot francés *Chourincur*. No usaremos mucho tiempo esta jerga repugnante, y solo daremos de ella algunas muestras características. — (c) Aguardiente. — (d) Si no tienes dinero menudo, ó cuartos.

puesto aquí en el portal de tu casa... Sí, puede ser que seas tú...—No es Brazo Rojo...—respondió la voz.—¡Bueno está! pues ya que no eres un amigo, tendremos jarana y temblará el mundo!—gritó el Churiador.—Pero ¿de quien diablos es esta patita que tengo aquí? ¡si parece la mano de una mujer!...—esa pata tiene esta compañera —repuso la voz. Y el Churiador sintió que la delicada cútis de aquella mano que lo cogió súbitamente por la garganta, cubria unos nervios de acero.

La Guillabaora, que habia huido al fondo del portal y subido algunos pasos de la escalera, se detuvo un momento, y dirigiéndose á su protector, le dijo:

—¡Oh, gracias, Señor, gracias!... Me quereis defender... ¡pero mirad que es el Churiador!... Dijo que me iba á hacer mal si no le pagaba el aguardiente... pero se chanceaba ¿quien sabe? Ahora que estoy segura, dejadle. ¡Cuidado, Señor!... mirad que es el Churiador.—Si él es el Churiador, tambien yo soy un *nicabao* que no es *blando ni longares* (a)— dijo el desconocido; y todo quedó en silencio.

Algunos momentos despues se oyó en las tinieblas el ruido de una pelea.

—¿Quién es este rabioso?—gritó el bandido haciendo un violento esfuerzo para desprenderse de su enemigo, en quién conoció desde luego un vigor estraordinario.—¡Aguarda! le dijo con voz terrible y rechinando los dientes ¡aguarda, que las vas á pagar por tí y por la Guillabaora!

—¿Pagar? sí ¡y en buena moneda de puñetazos!

(a) Rambien yo soy un bandido que ns es flojo ni cobarde.

no tengas cuidado, que ya te cobrarás... — repuso el desconocido. — Si no me largas la corbata, te como las narices — murmuró el Churiador con voz sofocada. — Las tengo muy pequeñas, amigo; y además apuesto á que no las ves. — Pues acerquemonos al farol. — Vamos, dijo el desconocido; allí nos veremos la cara.

Y empujando al Churiador, á quien tenia cojido aun por la garganta, le hizo retroceder hasta la salida del portal, y lo echó á la calle, alumbrada apenas por la luz del reverbero.

El bandido perdió de todo punto el equilibrio; mas recobrando luego una actitud firme, se arrojó con furor sobre el desconocido, cuya figura esvelta y delicada no revelaba el vigor prodigioso que acababa de manifestar. Despues de algunos minutos de combate, el Churiador, aunque de contestura atlética y muy habil en esta especie de lucha llamada vulgarmente la zancadilla, halló, como suelen decir, á su maestro... El desconocido le pasó el pié con una destreza maravillosa, y lo echó á tierra dos veces.

No queriendo reconocer aun la superioridad de su adversario, volvió á la carga el Churiador rugiendo de cólera. Pero cambió entónces de método el defensor de la Guillabaora, y descargó sobre la cara del bandido una lluvia de puñetazos, tan recios y terribles como si fueran dados con un guante de hierro.

Estos puñetazos, dignos por cierto de la envidia y admiracion de Jack Turner, uno de los pugelistas mas famosos de Londres, eran tan ajenos de las reglas de la zancadilla, que aturdido el Churiador cayó en tierra como un buey, murmurando entre dientes:

— Me doy por vencido; me basta. — ¡Ay, Dios

mio! ¡tened compasion, dejadlo! — dijo la Guillabaora, que durante la pelea se habia adelantado hasta el dintel de la puerta, y luego añadió con asombro « — Pero ¿quien sois? á no ser el Maestro de Escuela ó el Esqueleto, nadie hay desde la calle de San Eloy hasta Nuestra Señora, capaz de luchar con el Churiador. ¡Ah, cuanto os lo agradezco, Señor! A no ser por vos quizá me hubiera pegado·

El desconocido escuchó con atencion aquella voz de mujer. Jamas habia oido un acento mas dulce, mas sonoro ni mas angelical, Quiso distinguir las facciones de la Guillabaora, pero la noche era oscura y muy escasa la luz del reverbero.

Despues de haber permanecido algunos minutos sin movimiento, el Churiador empezó á menear las piernas, despues los brazos, y por último se levantó.

— ¡Cuidado! — gritó la Guillabaora refugiandose de nuevo en el portal y tirando del brazo á su protector: — ¡Cuidado! se querrá vengar. — No temas, prenda mia; si quiere mas, aun tengo para darle.

El rufian oyó estas palabras y dijo al desconocido:

— Gracias... tengo la calabaza desecha y un ojo no sé como. Por hoy me basta. Otra vez será otra cosa... si te vuelvo á encontrar... — ¿Te quejas de lo poco? Si no estás contento aun... — dijo el desconocido en tono amenazador. — No por cierto, no me quejo; me regalaste á manos llenas... Vaya que eres pájaro de cuenta... — dijo el Churiador con voz áspera y mohina, pero con aquella atencion respetuosa que la fuerza física impone siempre á la gente de su clase; — Cierto, me apretaste firme: pero mira, á no ser el *Esqueleto*, que es tan flaco y tan fuerte que nadie diria sino que tiene los

huesos de hierro, y el *Maestro de Escuela* que se comeria tres gigantes de un almuerzo, nadie hasta la fecha puede alabarse de haberme pisado las costillas. — Bien ¡y qué! — ¿Y qué? nada; que encontré por fin á mi maestro. ¡Cáspita! Tambien hallarás el tuyo con el tiempo... todos le tenemos. Lo cierto es que ahora que has pateado el Churiador, podrás meter en un puño á todo el barrio. Todas las mujeres serán tus esclavas; los taberneros y taberneras te fiaran de miedo que se les caiga encima el tinglado; ¡serás un verdadero rey, y todo lo que quieras! Pero, vamos claros ¿quién eres tú que *chimullas* (a) *caló* como la jente? Si eres siempre tan valiente como hace poco, confieso que no soy hombre para tí. Es cierto que he dado algunas puñaladas, porque cuando la sangre se me sube á la cabeza, pierdo el sentido y allá va el golpe caiga donde cayere... pero he pagado mis *mojadas* (b) con quince años de presidio: mi tiempo se cumplió, estoy libre, puedo vivir en la capital, no debo nada á los *avísados* (c); y en la vida del mundo he robado nada á nadie: pregúntaselo á la Guillabaora. — Es verdad lo que dice; no es ladron — repuso la joven. — Entónces vamos á beber un vaso de *peñascarò*, y sabrás quien soy, dijo el desconocido. Vamos, camarada, sin pisca de rencor: pelos á la mar.—Por mi, tierra á lo pasado. Eres mi maestro, lo confieso; meneas los puños... que es maravilla sobre todo la última andanada. ¡San-ta Maria, que chubasco! nunca me cojió otro igual... he de aprender ese modo de *endiñar* (d). — Volveré á empezar cuando quieras. — ¡Hola, oh, conmigo, no! — contestó riendo el Churiador. —

(a) Que hablas caló. (b) Puñaladas. (c) Jueces. (d) Pegar, dar golpes.

Aquello parecia un mazo de fragua.. aun me parece que lo estoy sintiendo. Pero tú debes conocer á Brazo Rojo, ya que estabas en el portal de su casa. — ¿Brazo Rojo? — respondió algo inmutado el desconocido; y luego añadió con indiferencia; — No sé quién es Brazo Rojo. ¿Habita solo esta casa? Llovía, he entrado un momento en ese portal para abrigarme, quisiste hacer daño á esa chica, yo te lo hize á tí... y no hubo nada mas. — Ni mas ni menos: nada tengo que ver con tu vida. Brazo Rojo tiene un cuarto aquí, pero pocas veces viene á él, porqué está siempre en su jabardillo de los Campos Eliseos. No hablemos mas del asunto... — Y volviéndose luego á la Guillabaora continuó, A fé de hombre que eres una guapa muchacha; yo no queria zurrarte, porque sabes que no soy capaz de hacer daño á una niña. Es cierto que todo fué una pura broma; pero sin embargo diste pruebas de buen corazon en no haber azusado contra mi á este rabioso; ya no podia mas cuando me tenia debajo de los piés. Vendrás á beber con nosotros; el Señor es quien paga, Pero á todo esto, camarada continuó, dirigiéndose al desconcido — ¿no seria mejor que en lugar de *piar peñascaró* (a) fuesemos á cenar á la tasca del Conejo Blanco? — Dicho y hecho... yo pago la cena. ¿Quieres venir tú, Guillabaora? — dijo el desconocido. — Gracias, Señor: me puse mala al veros pelear, y se me quitó la gana de comer. — ¡Qué importa! las ganas vienen comiendo — dijo el Churiador. — La mesa del Conejo Blanco es de lo bueno que hay.

Y se dirigieron los tres á la taberna en la mejor armonía.

(a) De beber aguardiente.

La Cène.

Durante la pelea del Churiador y el desconocido, un carbonero de talla colosal habia observado con inquietud, emboscado en un portal, los trances del combate, sin prestar el menor ausilio á ninguna de las partes como hemos visto; y cuando el desconocido, el Churiador y la Guillabaora se dirijieron á la taberna, los siguió sin perderlos de vista.

El bandido y la Guillabaora entraron primero en la tasca, y los seguia el desconocido, cuando acercándose á él el carbonero, le dijo en voz baja en aleman y con aire respetuoso:

— ¡ Ande Vuestra Alteza con cuidado!

El desconocido encogió los hombros, hizo un jesto de indiferencia y se reunió con sus compañeros.

El carbonero no se separó de la puerta de la taberna. Escuchaba con la mayor atencion, y miraba de cuando en cuando por un pequeño claro del espeso baño de greda, que cubre los vidrios de estas tabernas por el lado esterior.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LA FIGONERA.

El figon ó la taberna del *Conejo Blanco* está situado en el centro de la calle de Feves, y ocupa el piso bajo de una casa alta, en cuya fachada hay dos ventanas de cierta construccion llamada *à la guillotina*,

Sobre el dintel de la puerta está colgado un farol oblongo, en cuyo vidrio hendido se leen estas palabras: *aquí se hospeda de noche.*

En esta taberna entraron el desconocido y sus dos compañeros.

Figuréinonos una sala espaciosa de techo bajo, ahumado y cruzado de vigas negras, alumbrado apénas por la triste luz de un mal quinqué; las paredes llenas de hendiduras, revocadas aquí y allí con cal y cubiertas de dibujos groseros y de sentencias ó palabras en caló; el piso desigual, gastado ó cubierto de lodo. y un haz de paja colocado, á manera de tapiz, al pié del mostrador ó tablero de la figonera, situado á la derecha de la puerta bajo el quinqué.

A cada lado de esta sala hay seis mesas, con bancos clavados en un estremo de la pared. En el fondo se vé un tablero, que dice á la cocina, y á la derecha y cerca de la puerta hay otra que da salida á los zaquizamíes, en donde se duerme de noche por tres sueldos.

Diremos algo de la figonera y de sus huèspedes.

Llamábase aquella la tia *Pelona*: su triple profesion consistia en dar posada en cuartos amueblados; tener una taberna y alquilar vestidos á las míseras criaturas que pululan en aquellas calles immundas.

Tenia cuarenta años; era alta, robusta, corpulenta, de color subido y algo barbuda. Su voz era ronca y varonil, sus brazos gordos y sus anchas manos indicaban una fuerza poco comun: llevaba sobre el gorro ó papalina un pañuelo viejo de color encarnado y amarillo, y por los hombros un chal de piel de conejo, que cruzaba sobre el pecho y se anudaba en la espalda. El vestido de lana le bajaba hasta los zuecos, mugrientos y quemados por várias partes en el brasero. Finalmente, el color de esta mujer era cobrizo é inflamado por el abuso de los licores fuertes.

Adornaban el tablero emplomado algunas vasijas con aros de hierro, y diversas medidas de estaño, y sobre un estante pegado á la pared se veian várias botellas de vidrio, dispuestas de manera que representaban la figura del emperador en pié. Contenian estas botellas diversos brevages chapurrados verdes y color de rosa, conocidos por los nombres de *Espíritu de los valientes*, *Ratafia de la columna*, y otros títulos pomposos.

Un gato gordo, negro y de ojos amarillos, acurrucado junto á la figonera, parecia el diablo familiar de aquel sitio; y por un contraste peregrino, se veia detras de la caja de un antígno relox de coco, un ramo de mirto bendito que la tia Pelona habia comprado en la iglesia el domingo de Ramos.

Dos hombres de aspecto siniestro, de barba erizada y cubiertos de andrajos, apénas tocaban al

jarro de vino que tenian delante, y hablaban en voz baja con señales manifiestas de inquietud.

Uno de ellos, sobre todo, descolorido y lívido, calaba con frecuencia hasta los ojos un mal gorro griego que llevaba en la cabeza, y casi siempre tenia escondida la mano izquierda, sacándola á veces con el mayor disimulo cuando no podia menos de servirse de ella.

Mas allá se veia un joven como de diez y seis años, de rostro imberbe, descarnado, macilento, los ojos hundidos y amortiguados, y con largas melenas negras que le caian al rededor del pescuezo: este joven, símbolo del vicio desenfrenado y precoz, fumaba en una pipa blanca de tubo corto. Arrimado de espaldas á la pared, las manos metidas en los bolsillos de la blusa, las piernas tendidas sobre el banco, solo dejaba la pipa y alteraba su postura para beber de cuando en cuando un trago del aguardiente que tenia delante de sí.

Nada singular habia en los demas huéspedes de la taberna: aqui algunos semblantes feroces y brutales, allá una alegría torpe y licenciosa, mas allá un silencio estúpido y sombrío.

Esta era la concurrencia de la taberna del Conejo Blanco, cuando entraron en ella el desconocido, el Churiador y la Guillabaora, de quienes haremos una descripcion especial, pues ocupan un lugar muy importante en esta historia.

El Churiador era alto, de proporciones atléticas; su pelo era de un rubio muy claro, sus cejas pobladas y enormes y sus patillas color de fuego. Los rigores del tiempo, la miseria y el duro trabajo del presidio habian bronceado su cútis, dándole el tinte aceitunado que se observa en todos los galeotes. A pesar del nombre terrible que llevaba, sus facciones no indicaban ferocidad, si-

El Churiador.

no cierta franqueza brutal y una audacia indonable.

Hemos dicho que el Churiador llevada un pantalon y una blusa de tela azul ordinaria, y en la cabeza un gran sombrero de paja, como los que usan comunmente en Paris los oficiales de carpintero y los leñadores.

La Guillabaora apénas habia cumplido diez y seis años. Una frente blanca y pura coronaba el óvalo perfecto y el tipo celestial de su rostro: unas largas cejas, algo rizadas, cubrian en parte sus grandes ojos azules llenos de melancolía. El vello suave de la primera juventud poblaba sus mejillas, teñidas apénas de un sutil encarnado. Su pequeña boca de púrpura, que casi nunca sonreia, su nariz fina y recta, el contorno angelical de la parte inferior de su cara, tienen la nobleza y la suavidad de las líneas de Rafael. Por cada sien de raso, baja una trenza hermosísima de pelo rubio ceniciento, y desde la megilla vuelve á subir por detras de la oreja, dejando ver el glóbulo de marfil rosado, y desaparece luego en los pliegues de un pañuelo de algodon de cuadros azules.

Al cuello nevado lleva una sartita de corales, y el ancho vestido de alepin oscuro revela una cintura delicada, flexible y redonda como un junco. Un pequeño chal color de naranja con cenefa verde, cruza su blanco seno y está sujeto con un nudo á la espalda.

Con razon habia sorprendido la voz de la Guillabaora á su incógnito defensor. Era en efecto tal el encanto irresistible de su voz dulce, plateada y armoniosa, que la turba de malvados y mujeres perdidas entre quienes vivia esta desgraciada criatura, la rogaban con frecuencia que cantase, y la escuchaban con indecible entusiasmo.

La Guillabaora habia recibido otro nombre, debido sin duda al candor virginal de sus facciones.

Llamábanla tambien *Flor de María*, palabras que en el caló frances significan *la Vírgen*.

Podrá concebir el lector cual fué la impresion que hemos sentido al hallar en el odioso vocabulario, cuyos signos del robo, de la sangre y del homicidio son mas espantosos aun que los objetos que representan, cual seria, decimos, nuestra sorpresa al descubrir esta metáfora de tan dulce poesia y de una piedad tan tierna y delicada: *¡Flor de María!*

Nos parece un blanco lirio, alzando su oloroso cáliz en medio de un campo cubierto de sangre y carnicería.

¡Contraste singular y peregrino! ¿Cómo han podido realzar este castísimo pensamiento y elevarse á una poesía tan santa los inventores de tan odioso dialecto? A ningun hombre pensador dejará de ofrecerse aqui la horrible consideracion de que estas gentes son tan numerosas y viven en tal union, que han llegado á formar un idioma peculiar, y de que tienen costumbres propias y habitan un barrio, que llaman suyo, en la ciudad.....

El defensor de la Guillabaora, á quien llamarémos Rodolfo desde ahora, parecia ser de unos treinta y seis años de edad. Su mediana talla y su contestura delgada, esvelta y bien proporcionada, no indicaban el prodigioso vigor que acababa de manifestar en la lucha con el formidable y atlético Churiador.

Seria obra difícil determinar el carácter de la fisonomía de Rodolfo. Algunos pliegues de la frente indicaban á un hombre meditabundo; pero en la firmeza de su rostro y en su ademan imperioso y atrevido se descubria el hombre de accion, cuya

fuerza física y cuya audacia ejercen sobre la muchedumbre un ascendiente irresistible.

No habia dado señales de ódio ni de cólera en la pelea con el Churiador; pues confiado en su propia fuerza y en su destreza y agilidad, no manifestó en aquel lance mas que un desprecio burlador hácia la especie de bestia brava que se habia propuesto domar.

Terminarémos el retrato de Rodolfo, observando que sus facciones parecian demasiado regulares y hermosas para un hombre. Sus ojos eran grandes, rasgados y de un pardo brillante, la nariz aguileña, la barba algo saliente y el cabello castaño claro, del mismo color que las grandes cejas arqueadas, y que su bigote fino y suave como la seda.

Por lo demas en nada se distinguia de los otros huéspedes de la taberna: tal era la increible facilidad con que hablaba la lengua y fingia los modales de aquella gente. Al cuello suelto y tan bien formado como el del Baco Indio, llevaba una corbata negra atada con desaliño, cuyas puntas caian por delante sobre la blusa azul. Dos hileras de clavos rodeaban las suelas de sus anchos y groseros zapatos: finalmente, á escepcion de las manos, que eran de una rara belleza, nada lo distinguia en lo material de los demas concurrentes del figon; al paso que, moralmente observado, su aire resuelto, audaz y sereno ponia entre ellos y él una distancia infinita.

Al entrar en la taberna tocó el Churiador con una de sus enormes manos el hombro de Rodolfo, y dijo con voz estrepitosa:

—¡Viva el maestro del Churiador!... Amigos, este mocito acaba de sacudírme el polvo... Sépanlo cuantos estén á mal con sus muelas y costillas, sin escluir al Maestro de Escuela ni al Esqueleto, que

por esta vez no se las arriendo... Lo dicho dicho; y el que quiera apostar, á ello!

Miraron todos con tímido respeto al vencedor del Churiador, desde la figonera hasta el último huésped de la taberna.

Unos retiraron los vasos y jarros á un estremo de la mesa á que estaban sentados, apresurándose á hacer sitio á Rodolfo; otros se levantaron como tocados por un resorte; y otros se acercaron al Churiador, y le preguntaron quien era aquel desconocido que tan victoriosamente hacia su entrada en el *gran mundo*.

La figonera, dirigiendo por fin á Rodolfo una sonrisa del modo mas gracioso que pudo, cosa inaudita, hiperbólica y fabulosa en los anales del Conejo Blanco, se levantó de su mostrador y fué á tomar las órdenes de su admirable huésped para saber lo que debia servir á la *compañía;* atencion que jamás habia tenido la tia Pelona con el Maestro de Escuela ni con el Esqueleto, terribles facinerosos que hacian temblar al mismo Churiador.

Uno de los dos hombres de aspecto siniestro (el de semblante pálido, que escondia la mano y calaba á cada instante el gorro griego hasta las cejas,) se inclinó hácia la tabernera, que enjugaba con el mayor cuidado la mesa de Rodolfo, y la dijo con socarronería:

— ¿No ha venido hoy el *Cojo Gordo?* — No; respondió la tia Pelona.—¿Y ayer?—Ayer ha venido. — ¿Estaba acaso con Calabaza, la hija de Marcial el guillotinado? Ya sabes... Marcial el de la isla.., — ¡Vaya unas preguntas de hombre! ¡Si pensarás que soy algun *guro* (a) y que ando al rabo de mis parroquianos para saber la vida que hacen!—di-

(a) Esbirro ó Alguacil.

jo la tabernera con tono brutal.—Tengo cita esta noche con el Cojo Gordo y el Maestro de Escuela —añadió el bandido;—tenemos que hablar los tres. —¡Buenas cosas hablaréis! ¡valientes *engibaores, nicabaos*! (a) —¡Nicabaos! esclamó irritado el bandido; con los nicabaos sacas tú la barriga de mal año. —¿Quieres dejarme en paz?—gritó la figonera, amenazando al bandido; con la medida que tenia en la mano.

El hombre descolorido se volvió á sentar refunfuñando entre dientes.—El Cojo Gordo se detuvo acaso para ajustar la cuenta á aquel mocito llamado German, que vive en la calle del Temple...—dijo á su compañero.—¿Lo quieren despachar?—No, lo quieren sangrar, no mas: parece que ha denunciado á algunos de Nantes..... Todo se supo por Brazo Rojo.—¡Vaya un hombre ese Cojo Gordo! Apénas salió de presidio y le sobra ya que hacer.

Flor de María habia entrado en la taberna detras del Churiador. Este, despues de haber respondido con un meneo de cabeza á la salutacion del jóven adolescente de ojos hundidos y cara macilenta, le dijo:—¡Qué tal, Barbillon! Siempre á vueltas con tu aguardiente; eh!—Siempre: mas quiero andar con zuecos y en ayunas, que me falte el *peñascaró* y la pipa...—respondió el jóven con una voz ronca y amortiguada, sin mudar de postura y echando nubes de humo por la boca.—Buenas noches, Flor de María,—dijo la tia Pelona acercándose á la Guillabaora y mirando con atencion la ropa de la jòven, que ella misma le habia alquilado; y hecho este exámen añadió con una especie de satisfaccion brutal;—

(a) Rufianes, ladrones.

Me gusta alquilarte á tí mis cosas... eres limpia como una gatita... Y á fe que no hubiera confiado este rico chal color de naranja á unas perdularias como la Saltona y la Bolera. Mas para eso te estoy educando desde hace tres semanas que entrastes en mi casa; y hablando en plata, no hay persona mejor que tú en toda la Cité; damita de los pucheros, aunque pecas mucho de triste, de vergonzosa y de melindres... ¡Quién parará contigo de aquí á cuatro años! Despues que saques la pata como las otras, no habrá moza mas real y salerosa que tú en toda la calle de Feves.

Dió un suspiro la Guillabaora, y bajó la cabeza sin responder — ¡Calla!... dijo Rodolfo á la figonera; ¿es bendito aquel ramo de mirto que teneis junto á vuestro coco? — y señaló con el dedo el santo ramo colocado detras del relox. — Pues qué, judío ¿hemos de vivir como los perros? — respondió sencillamente la horrible mujer; y dirigiéndose luego á Flor de María continuó: — Dime tú, dengosita ¿no nos *quillabarás* (a) alguna de tus cántigas? — Vamos primero á cenar, tia Pelona. — dijo el Churiador. — ¿Qué quereis que os sirva, valeroso? — preguntó la tabernera á Rodolfo, con aire de querer agradarle y de ganar su proteccion á todo trance. — Preguntad al Churiador, que es quien nos regala: yo no hago mas que pagar. — ¡Oyes tú, vinagre! — dijo la Pelona volviéndose al bandido — ¿qué quieres cenar? — Dos chuletas esparrilladas, un arlequin (b),

(a) Cantarás. (b) Un arlequin es un revoltillo de carne, de pescado y de toda especie de mendrugos y desperdicios que sobran de las mesas de los criados de los grandes y ricos. Sentimos entrar en estos pormenores, pero deben contribuir á formar el cuadro de estas costumbres especiales.

tres rebanadas de *manró* (a) y dos azumbres de vino de à doce sueldos,— dijo el Churiador despues de haber pensado un momento en la combinacion de este amasijo. — Ya sé yo que eres hombre de gusto, y que guardas siempre tus ganas para los arlequines. — ¿Vas teniendo hambre, Guillabaora? dijo el bandido. — No. — ¿Quereis algo mas que el arlequin, hija mia? dijo Rodolfo — ¡Oh no, Señor, gracias!... no tengo hambre. — Pero mira de frente á mi maestro, paloma! — la dijo el Churiador riendo con estrépito. Parece que ni de medio lado te atreves á mirarle.

Encendióse el rostro de la Guillabaora y bajó los ojos sin mirar á Rodolfo.

Al cabo de algunos momentos vino la misma tabernera á poner en la mesa un jarro de vino, el pan y el arlequin, del cual no procurarémos dar una idea al lector, aunque el Churiador parece que lo halló muy de su gusto, porque al verlo esclamó:

— ¡Qué plato! ¡Santo Dios! ¡qué plato! Parece un ómnibus. Hay para todos los gustos del mundo; para los que mezclan y para los que comen de vigilia; para los que quieren azucar y para los que quieren pimienta..... Pedazos de ave y de galleta, colas de pescado, huesos de costilla, ojaldre de pasteles, criadillas, cabezas de alabancos, legumbres, queso, ensalada... ¡Jesus!... Pero tú no comes, Guillabaora... mira que es cosa buena... ¡Apuesto á que hoy has estado de boda!... — Lo mismo que los demas dias. Esta mañana he comido como siempre mi sueldo de leche y mi sueldo de pan.

La entrada de un nuevo huésped en la taberna

(a) Pan.

interrumpió todas las conversaciones, y se levantaron á un mismo tiempo todas las cabezas de los concurrentes.

Era este un hombre de mediana edad, activo al parecer y robusto, y vestido de chaqueta y gorra. Acostumbrado á los usos del Conejo Blanco, empleó el lenguaje comun de sus parroquianos para pedir de cenar.

Colocóse de manera el recienvenido que podia observar á los dos individuos de cara siniestra, uno de los cuales habia preguntado por el *Cojo Gordo* y por el *Maestro de Escuela*. No apartaba la vista de uno ni otro; y la postura en que ellos estaban no les permitia observar la vigilancia de que eran objeto.

Al cabo de un rato de silencio empezaron de nuevo las conversaciones. El Churiador, á pesar de su audacia, manifestaba la atencion mas deferente hácia Rodolfo; y no se atrevia á tutearlo.

— A fé de hombre — dijo á Rodolfo; — aunque las pagó la pelleja, no por eso me alegro menos de haberos encontrado. — Porque te gusta el arlequin ¿verdad? — Eso ya... y despues porque deseo veros agarrado con el Maestro de Escuela, que siempre me las puso á cuarto... Tambien él las llevará ahora... ¡Rabio por verle entre vuestras uñas! ¡Qué gusto seria! — Pues ya... Te parece que por divertirte me voy á echar como un mastin al Maestro de Escuela. — Eso no; pero él os echará la zarpa al instante que llegue á saber que sois mas fuerte que él — respondió el Churiador frotándose las manos. — Tengo con que pagarle en buena moneda, — dijo Rodolfo con aire indiferente; y luego continuó; — ¡Cáspita! hace un tiempo de perros... ¿Tomarémos un jarro de aguardiente azucarado? — Nos vendrá como una misa

al alma en pena! dijo el Churiador. — Y para conocernos nos dirémos quienes somos, añadió Rodolfo. — ¿Yo? soy el *Albino* — dijo el Churiador; — galeote cumplido, descargador de leña y maderas en el muelle de San Pablo, helado en el invierno, asado en el verano, doce ó quince horas por dia en el agua, medio hombre y medio rana; ahí está mi vida y mi retrato, — dijo el convidado de Rodolfo haciendo una salutacion militar con la mano izquierda. — Veamos ahora, añadió; ¿y vos, señor amo? esta es la vez primera que se os ve en la Cité... No es por echároslo en cara, pero habeis entrado triunfante marchando sobre mí y á tambor batiente sobre mi pellejo... ¡cuerpo de tal qué terremoto!... parece que lo estoy sintiendo... sobre todo los martillazos de despedída... ¡qué chubasco! Pero, de veras ¿teneis mas oficio que el de aporrear al Churiador? — Soy pintor de abanicos, y me llamo Rodolfo. — ¡Pintor de abanicos? por eso teneis las manos tan blancas, dijo el Churiador. Si todos vuestros compañeros tienen el mismo brio, parece que es menester ser de buenos puños para ese oficio... Pero ya que sois artista ¿como venís á una tasca de la Cité en donde no se encuentra mas que *murcios*, *diñadores y penados de estardó* (a) como yo, porque no podemos ir á otra parte? Esta no es vuestra tierra: los artistas honrados tienen sus tabernillas fuera de la Cité, y no hablan caló. — Vengo aquí porque me gusta la buena sociedad. — ¡Queah! — dijo el Churíador meneando la cabeza con aire de incredulidad. Os he encontrado en el portal de Brazo Rojo: en fin... adelante... ¿Decís que no le conoceís? — ¡Hasta cuando me vas á fastidiar con tu

(a) Ladrones, asesinos y galeotes ó presidarios.

Brazo Rojo ó con tu diablo!.. — Desconfiais de mí; y en verdad que no teneis razon. Si quereis os contaré mi historia, pero con la condicion de que me habeis de enseñar el arte de dar aquellos puñetazos de remate... cuento con eso... — Concedido: bien, dinos ahora tu historia, y la Guillabaora nos contará despues la suya. — Manos á la obra — dijo el Churiador. — ¡Qué tiempo! se hielan las uñas... apuesto á que no anda un solo corchete por las calles... con vuestro plan nos vamos á divertir... ¿Qué te parece, Guillabaora? — A mi bien; pero por mi parte poco tendré que contar — dijo Flor de María. — Tambien nos *garluréis* (a) vuestra historia, camarada Rodolfo — añadió el Churiador. — Sí, yo empezaré. — Pintor de abanicos .. es un oficio muy bonito — dijo Flor de María. — ¿Y cuánto ganais por derrengaros en esa fatiga? — dijo el Churiador. — Cuando da bien, tres francos, y á veces cuatro; pero estó en los dias de verano que son largos. — ¿Y andais mucho á la que salta, perillan? — Mientras tengo barro á manos no lo gasto mal. Pago diez sueldos diarios por mi cuarto. — ¡Oh! perdonad, Monseñor... (b) ¡Pagais diez sueldos por cada noche... ¡vos pagais diez sueldos, eh! — dijo el Churiador llevando la mano al sombrero.

El título de Monseñor, dicho con ironía por el Churiador, escitó en Rodolfo una sonrisa casi imperceptible: y continuó:

— Sí, me gusta la comodidad y el aseo. — Aquí tenemos un par de Francia! ¡un banquero! ¡un ricachon! — gritó el Churiador. — ¡Paga diez suel-

(a) Cantareis. (b) Tratamiento de los príncipes de la familia real y otras dignidades eminentes.

dos por su cuarto! — Y cuatro de tabaco, hacen catorce — continuó Rodolfo; — cuatro el almuerzo, son diez y ocho; quince la comida y uno ó dos de aguardiente, anda todo por unos treinta y cuatro ó treinta y cinco sueldos diarios. No necesito trabajar toda la semana, y paso como puedo el tiempo que me sobra. — ¿Y vuestra familia? — preguntó la Guillabaora. — Se la llevó el cólera — respondió Rodolfo. — ¿Y que oficio tenian vuestros padres? dijo la Guillabaora. — Prenderos de los portales del mercado: ropaviejeros. — ¿Cuánto habeis sacado de su trato? — dijo el Churiador. — Era aun muy muchacho, y mi tutor lo vendió todo. Cuando llegué á ser mayor de edad le debia ya treinta francos... Esta fué toda mi herencia. — ¿Como se llama vuestro patron? — preguntó el Churiador. — Mr. Gautier, calle de Bourdonnais; muy tonto, pero muy brutal, y tan ladron como avaro. Se dejaria sacar los ojos por no pagar á los oficiales: si se lo lleva el rio no le dés la mano. Aprendí el oficio con él á la edad de quince años, me tocó buen número en la conscripcion, me llamo Rodolfo Durand .. Ahí está toda mi historia. — Veamos ahora la tuya, Guillabaora — dijo el Churiador. — La mia queda para postre.

CAPÍTULO TERCERO.

HISTORIA DE LA GUILLABAORA.

— Empecemos por el principio — dijo el Churiador. — Cierto — dijo Rodolfo. — ¿Tus padres? — No los conozco — respondió Flor de María. — ¡Qué casualidad!... ¿no lo digo yo? Somos los de una misma familia... — interrumpió el Churiador. — ¿Tambien tú, Churiador? — Huérfano de las calles de Paris... como tú ni mas ni menos, hija mia. — ¿Quién te ha criado, Guillabaora? preguntó Rodolfo. — No sé, señor. Desde que yo me acuerdo... tendria entonces unos seis ó siete años... estaba con una vieja tuerta que se llamaba *la Lechuza*, porque tenia la nariz de gancho, un ojo verde muy redondo, y se parecia á una lechuza que le falta un ojo. — ¡Ja... ja... ja!!! parece que la estoy viendo — gritó el Churiador. — La tuerta — continuó Flor de María — me hacia vender buñuelos de noche en el Puente Nuevo; que era un modo de hacerme pedir limosna. Cuando no la llevaba diez sueldos por lo ménos, me pegaba en vez de darme de cenar. — ¿Y estás segura de que esta muger no era tu madre? — preguntó Rodolfo. — Vaya si lo estoy; la misma Lechuza me echaba muchas veces en cara el que no tenia padre ni madre, y siempré me decia que me habia recogido en la calle, — Segun eso — dijo el bandido — te daba correa por cena cuando no le llevabas la receta de los diez sueldos.

— Y despues me acostaba en unas pajas y tenia tanto frio! — Ya se ve... ¡la paja! — esclamó el Churiador; — el estiercol seria cien veces mejor! Pero dicen que hay gente tan melindrosa... ¡porqueria!... sale de mala parte.

Este chiste grosero hizo sonreir á Rodolfo. Flor de Maria continuó: — Por la mañana el almuerzo que me daba la tuerta era igual á la cena del dia anterior, y me enviaba á Montfaucon á buscar miñosas para pescar, porque por el dia tenia la vieja su tienda de sedales junto al puente de Nuestra Señora. ¡Qué largo me parecia el camino desde la Mortelleria hasta Montfaucon!... Ya se ve; como no tenia mas que siete años y andaba muerta de hambre y de frio... — El ejercicio te hizo crecer derecho como un huso — dijo el Churiador, sacando fuego con los chismes de fumar para encender la pipa. — Llegaba siempre muy cansada — continuó la Guillabaora, — y á mediodia me daba la Lechuza un mendrugito de pan. — Que no se podia comer ¿verdad? — dijo el bandido aspirando el humo á bocanadas: — no te quejes, prenda mia; que por eso te cabe la cintura en un puño. Pero ¿que teneis, camarada?... camarada no... ¿Señor Rodolfo? Estais como triste: ¿Será porque esta gachona ha pasado miseria? á todos nos apretó bien la tripa. ¿Qué importa la miseria? — ¡Ah! no haz pasado tanta como yo, Churiador — dijo Flor de María — ¡Quién, yo, Guillabaora! Hija del alma, figúrate que eras una reina comparada conmigo. Cuando eras pequeña, tenias á lo menos paja en que dormir y pan que comer; pero yo, prenda, yo pasaba mis mejores noches de descanso en los hornos de yeso de Clichy, como un verdadero vagamundo, y mi comida eran tronchos de berza que cogia por las calles; pero las mas veces, como habia

tanto camino hasta los hornos de Clichy, y viendo que la *gaza* (a) me roia los huesos, me echaba á la larga debajo de los portales del Louvre... y por el invierno tenia sábanas blancas... como la nieve. — Un hombre es mas duro ; pero una pobre niña.., — dijo Flor de Maria. — Así andaba yo gorda como una golondrina. — ¿Y te acuerdas de eso, pimpollo? — Vaya si me acuerdo. Cuando me zurraba la Lechuza, siempre me caia al primer golpe; y entónces me daba puntapiés y me decia gritando: « esta lagartita no tiene mas fuerza que un pollo; ni siquiera aguanta un bofeton sin caer patas arriba. » Y luego me llamaba *Chillona*, que es mi nombre de bautismo: no tengo otro. — Lo mismo que yo: mi bautismo fué el de los perros perdidos. Me llamaban *cosa... máquina... oyes...* el *albino...* ¡qué se yo! Es de pasmar como nos asemejamos los dos, dijo el Churiador. — Es claro; en la miseria — repuso Flor de Maria, que casi siempre dirigia la palabra á este hombre, pues se sentia como avergonzada delante de Rodolfo, y no se atrevia á levantar los ojos para mirarlo, sin embargo de que al parecer era de su misma clase. — ¿Y qué hacias despues de traer las miñosas para la Lechuza? — preguntó el Churiador. — La tuerta me hacia pedir limosna cerca del sitio en que estaba porque hasta el anochecer no se iba á freir los buñuelos al Puente Nuevo. ¡Qué léjos estaba á aquella hora mi pedacito de pan! Pero pobre de mí si la pedia de comer, porque entonces me pegaba y me decia: « Anda, Chillona, anda á hacer diez sueldos de limosna, y despues te daré de cenar. » Entónces yo, como tenia hambre y la Lechuza me pegaba tanto, lloraba todas las lágrimas

(a) Hambre.

del cuerpo. La tuerta me colgaba al cuello mi tablerito de buñuelos y me ponia en el Puente Nuevo, en donde me traspasaba el frio en el invierno. Algunas veces me dormia de pié, pero no me duraba mucho el sueño, porque la Lechuza me despertaba á puntapies. En fin, yo estaba en el Puente Nuevo hasta las once de la noche con mi tablerito al cuello, y muchas veces lloraba hasta no poder mas. Al verme llorar los que pasaban tenian lástima de mí, y entónces me daban hasta diez y hasta quince sueldos, que yo entregaba á la Lechuza; mas esta, para ver si me quedaba aun algo, me registraba de pies á cabeza y miraba hasta dentro de la boca. — Quince sueldos es un jornal muy grande para una pajarilla como tú. — Ya lo creo; por eso la tia Lechuza al ver... — Con un ojo ¿verdad? — interrumpió el Churiador. — Ya se ve; ¡si no tenia mas que uno! Pues como iba diciendo, la tuerta tomó por costumbre el darme una zurra, para hacerme llorar y aumentar así la caridad de los que pasaban. — Malo es eso; pero no tiene pisca de lerdo. — Al fin me acostumbré á los golpes; y como la tuerta se desesperaba cuando no me veia llorar, para vengarme de ella, cuanto mas me surraba mas me reia, aunque tuviese los ojos llenos de lágrimas. — ¡Pobre ratilla! dime, mucho te debian tentar los buñuelos... — Es claro; y como nunca los habia probado, toda mi ambicion se reducia á comer algunos; pero esta ambicion me perdió. Un dia al volver de Montfaucon, me dieron de golpes y me robaron el cestillo unos muchachos. Ya sabia yo lo que me esperaba al llegar; y asi fué que la tuerta me dió una zurra y no me dió pan. Por la noche ántes de ir al puente, furiosa la tia Lechuza porque no le habia vendido los buñuelos la víspera, en lugar de pegarme como tenia de costumbre, me

martirizó hasta hacerme sangre, arrancándome los pelos de las sienes, que es por donde duele mas. — ¡Ira de Dios! ¡eso ya pasa de marca! — gritó el Churiador frunciendo las cejas y dando una furiosa puñada sobre la mesa. — Azotar á una niña, pase; aunque ya no me hacia buen estómago... ¡Pero martirizarla!... ¡Bruja de los demonios!...

Rodolfo, que habia escuchado atentamente á Flor de María, miró con asombro al Churiador; sorprendido por este relámpago de sensibilidad. — ¿Qué tienes Churiador? — Le dijo. — ¡Qué tengo! ¿Qué he de tener? ¡Como! ¿No os llega adentro lo que oís? ¡Ese mónstruo de Lechuza que martiriza á esta niña! ¿O sois acaso tan duro como vuestros puños? — Sigue, hija mia — dijo Rodolfo á Flor de María, sin responder al apóstrofe del bandido. — Iba diciendo que la tia Lechuza me habia martirizado hasta hacerme llorar: me fuí al puente con mis buñuelos. La tuerta estaba con su sarten, y de cuando en cuando me amenazaba con el puño cerrado. Entónces, como no habia comido desde la víspera y tenia mucha hambre, tomé un buñuelo y lo comí, á riesgo de que se enfureciese la Lechuza. — ¡Bravo, hija mia! esclamó el Churiador. — Despues comí dos. — ¡Bravo! ¡Viva la libertad!!! — Caramba, qué bien me supieron!... No fué por golosina, no... ¡Tenia una hambre!... Pero á todo esto, una naranjera que allí cerca estaba empezó á grítar: « Oyes, Lechuza, mira que la Chillona te come el trato!" — ¡Hola! ¡rayo! ahora si que va á haber morena... ahora sí — dijo el bandido singularmente interesado. — ¡Pobre ratita mia! ¡Que temblor de mundo cuando la Lechuza lo haya sabido! ¿es verdad? — ¿Como saliste del paso, Guillabaora? dijo Rodolfo, no ménos interesado que el Churiador. — ¡Ha! muy mal;

pero mas tarde; porque aunque la tuerta se llenó de rabia al verme comer los buñuelos, no podia dejar la sarten que estaba hirviendo. — ¡Ja... ja... ja!... es verdad. ¡Miren ustedes que de...po...sicion difícil! — Gritó el Churiador soltando una carcajada. — La tuerta me amenazaba desde su banquillo con el gran tenedor de hierro, y luego que acabó de freir se vino hácia mí. Me habian dado tres sueldos de limosna, y yo habia comido por valor de seis. Me agarró de la mano sin decirme una sola palabra. Yo no sé como no caí muerta de miedo en aquel instante: me acuerdo como si fuera hoy, porque justamente era dia de año nuevo. Habia muchas tiendas de juguetes en el Puente Nuevo.. toda la tarde se me habia estado desvaneciendo la cabeza... solo con mirar para tantas muñecas bonitas y tantos enredos como allí habia... Ya sabeis que los juguetes son para una niña el mejor regalo del mundo. — ¿Y nunca habias tenido juguetes, paloma? dijo el Churiador. — ¿Yo? ¡Dios mio! ¿Quién me los habia de dar? respondió con tristeza Flor de María. Aunque era en el rigor del invierno no llevaba mas que un vestidito de tela, sin medias ni camisa, y unas almadreñas en los piés. El calor no debia ahogarme ¿verdad? Pues con todo eso, cuando la tuerta me cogió por la mano, todo mi cuerpo se cubrió de sudor. Lo que mas me espantaba era que la tia Lechuza, en lugar de jurar y echar maldiciones como de costumbre, no hacia mas que refunfuñar entre dientes todo el camino... no me dejaba de la mano, y como iba tan ligera, tenia que correr para seguirla. Se me cayó una almadreña, y como no me atrevia á decir palabra, seguí así con el pié descalzo por las piedras, y cuando llegamos á casa todo el pié me sangraba. — ¡Ah. perra bruja! — volvió á gritar el Churiador hi-

riendo de nuevo la mesa lleno de furor: — Me quema los hígados el pensar que esta pobre criatura va corriendo tras la vieja ladrona, con su pobre pie sangrando... — Vivíamos en un desvan de la calle de la Mortellería, y al lado de la puerta de la casa habia una tienda de bebidas, en la cual entró la Lechuza sin soltarme de la mano. En el mostrador se bebió medio cuartillo de aguardiente. — ¡ Cáspita ! no lo beberia yo sin caer redondo como un mazo. — Era la racion ordinaria de la tuerta: puede ser que por eso me zurrase tanto por las noches. En fin, subimos á nuestro desvan; la Lechuza dió dos vueltas á la llave, y yo me eché de rodillas suplicándola que me perdonase por haber comido los buñuelos. A nada me respondia, y solo murmuraba pasando furiosa de un lado á otro del cuarto: « ¿ Qué voy á hacer con esta Chillona, con esta ladrona de mis buñuelos ?... Vamos á ver... ¿ Qué haré con ella ? " Y se detuvo para mirarme con el ojo verde, que parecia una brasa. Yo seguia de rodillas: y en esto la tuerta se arrojó á un estante y cogió unas tenazas. — ¡ Unas tenazas ! — gritó el Churiador. — Sí, unas tenazas. — ¿ Y para qué las tenazas ? — ¿ Para pegarte con ellas ? — dijo Rodolfo. — ¿ Para pellizcarte ? — dijo el Churiador. — ¿ Para arrancarte mas cabellos ? — No, para arrancarme un diente (a).

El Churiador prorrumpió en una blasfemia tal, y la acompañó de imprecaciones tan furibundas, que todos los huéspedes de la taberna volvieron asombrados la cabeza hácia él.

(a) Creemos que el lector no hallará exageradas estas crueldades teniendo presentes las providencias casi diarias contra esos seres feroces que castigan y martirizan sin piedad á sus hijos. Algunos hay, entre los mismos padres y madres, que imponen castigos abominables.

— ¡ Qué es eso! ¡ qué tienes ! — dijo Rodolfo. — ¿ Qué tengo ? ¡ Oh , tuerta , bruja de Satanás ! ¿ Dónde está ? ¡ Dime donde está que la voy á asesinar ! — Y por fin , hija mia , ¿ te arrancó el diente esa vieja miserable ? — preguntó Rodolfo, miéntras que el Churiador se entregaba á la esplosion de su cólera. — Sí, Señor; pero no fué del primer tiron, ¡ Oh, Dios mio ! ¡ Cuanto he sufrido! me apretaba la cabeza entre sus rodillas como si fueran un torno. Por último, con las tenazas y los dedos me acabó de arrancar el diente, y luego me dijo: « Ahora , Chillona , te arrancaré otro como este todos los dias, y cuando no tengas ya dientes que arrancar, te echaré al rio para que te coman los peces. — ¡ Ah , maldita , infernal demonio ! ¡ Romper, arrancar los dientes á una niña desdichada ! — esclamó el Churiador mas y mas enfurecido. — ¿ Cómo te has escapado de la tia Lechuza ! preguntó Rodolfo á la Guillabaora. — Era tal el miedo que tenia de que me ahogase, que en lugar de ir la mañana siguiente á Montfaucon, me escapé por el lado de los Campos Eliseos: hubiera corrido hasta el fin del mundo con tal de no caer en sus manos. Tanto anduve , que llegué á un barrio allá léjos: no habia encontrado á quien pedir una limosna , y ademas iba tan asombrada que no me acordaba de comer. Llegada la noche entré en un almacen de maderas y leña, y como era pequeñita me metí por debajo de una puerta vieja, me escondí en unas cortezas y virutas que habia debajo de un monton de palos , y me quedé dormida. Cuando iba á ser de dia sentí ruido y me introduje mas, debajo de los maderos. Casi tenia calor , y si hubiera tenido que comer , nunca habria pasado mejor noche de invierno. — Como yo en el horno de yeso. — No me atrevia á salir

del almacen, porque pensaba que la Lechuza me buscaria por todas partes para arrancarme los dientes y ahogarme, y que me cogeria sin remedio si me meneaba de allí. — ¡ Vaya, no me hables mas de esa bruja, que me revuelves la sangre! Lo cierto es que pasaste mucha miseria; mucha. ¡ Pobre pajarilla! Por eso me pesa de haberte asustado ahí fuera:... no te hubiera cascado, no... á fe mia. — ¿ Porqué no me habias de pegar, si no tengo en el mundo quien vuelva por mí? — Pues justamente no te pegaria porque no eres como las demas, y porque no tienes quien te defienda. Pero aunque digo que no tienes, sin contar con el amigo señor Rodolfo... puedo jurar que no se duerme cuando oye que te quejas. — Adelante, hija mia, — dijo Rodolfo. — ¿ Cómo has salido del almacen? — Al dia siguiente, á eso del mediodia, oí ladrar un perro grande debajo de los maderos que me encubrian, y cuanto mas escuchaba mas sentia que se iba acercando hácia mí; hasta que por último oí una voz de hombre que decia: « El perro ladra; sin duda hay gente en el almacen. " — « Son ladrones, " repuso otra voz. Y los dos hombres azuzaban el perro y le gritaban: « ¡ Entra, entra! " Como el perro se acercaba y temia que me mordiese, empezé á gritar pidiendo socorro con todas mis fuerzas. « ¡ Hola! " dijo la voz; cualquiera diria que es un niño el que está ahí." Llamaron al perro, salí de entre los maderos, y me hallé cara á cara con un señor y con un muchacho vestido de blusa. « ¿ Qué haces en mi almacen, ladroncilla? " me dijo el señor muy enfadado; y le respondí juntando las manos. « Por Dios, señor, no me hagais mal; hace dos dias que no cómo nada: me escapé de casa de la tia Lechuza, que me arrancó un diente y queria echarme á los peces. Como no tenia en donde acos-

tarme, me metí por debajo de la puerta y dormí esta noche sobre las cortezas entre vuestra madera, creyendo que no hacia daño á nadie. « ¿ A mí con esas ? es una ladroncita que viene á robarme los palos. «Anda á buscar la guardia," dijo el señor á su criado. — ¡ Mira el viejo chocho ! ¡ qué tio lanas ! ¡qué tarugo! ¡Llamar la guardia!! ¿Porqué no llamó tambien la artillería sobre la marcha? esclamó el Churiador. ¡ Robarle los maderos !... y no tenias mas que ocho años... ¡ qué animal ! — Es verdad, porque el criado le dijo; « ¿ Cómo habia de robar esta criatura , Señor ; si es mayor que ella el menor de los palos que hay aquí ?" «Tienes razon, le contestó el Señor ; pero has de saber que no se introdujo en el almacen para robarlo ella , sino para que otros lo robasen, Los ladrones se valen de niñas como esta para que se oculten y les abran luego las puertas de las casas. Es preciso llevarla al comisario. Cuidado que no se escape. — ¡ Cuerpo de tal ! — dijo el Churiador ; — ese hombre era mas bruto que sus palos... — Me presentaron al comisario — continuó la Guillabaora ; — dije que era una vagamunda y me llevaron á la cárcel , de donde fuí comparecida ante el tribunal y condenada á permanecer hasta la edad de diez y seis años en una casa de correccion. ¡ Mucho se lo agradecí á los jueces!'.. á lo menos en la prision tenia que comer, y nadie me zurraba; era un paraíso comparado con el desvan de la tia Lechuza. Me enseñaron á coser; pero era muy perezosa, y me gustaba mas cantar que trabajar, sobre todo cuando veia el sol. ¡ Ah ! cuando hacia buen tiempo en el patio de la cárcel , cantaba sin poder contenerme , y á fuerza de cantar me parecia que no estaba presa; y como cantaba tanto me pusieron entónces el

nombre de *Guillabaora*, en lugar del de Chillona que tenia. Por último me dieron libertad luego que cumplí los diez y seis años. A la puerta de la prision hallé á la tia Pelona, dueña de esta taberna, y dos ó tres viejas de las que visitaban algunas veces á mis compañeras de encierro, las cuales me tenian ofrecido que me darian que hacer cuando saliese de la prision. — ¡Ya, ya! ¡ya entiendo! — dijo el Churiador. — «Prenda mia, me dijeron la Pelona y las viejas, ¿quieres venirte con nosotras? Te daremos vestidos nuevos, y no tendrás mas que hacer que divertirte. « Como desconfiaba de ellas, rehusé la oferta y me dije á mi misma. «Sé coser y tengo doscientos francos en el bolsíllo... Hace ya ocho años que estoy presa, y deseo ser libre y feliz, porque esto no hace daño á nadie: cuando se me acabe el dinero no me faltará de que ganarlo...» Así es que me puse á gastar sin precaucion mis doscientos francos, y este fué mi gran pecado (añadió Flor de María dando un suspiro): Mejor me hubiera sido buscar desde luego algun trabajo... Pero no tenia quien me aconsejase. Ya se ve... á la edad de diez y seis años... sola en medio de París. En fin, lo hecho hecho: en el pecado llevé la penitencia. Empecé, pues, á gastar sin tino el dinero. Llené de floreros mi cuarto... ¡me gustan tanto las flores!... Luego compré un vestido y un lindo chal, y me iba de paseo al bosque de Boulogne, á San German, á Vincennes, al campo... ¡ah, me gusta tanto el campo! — Con un amante ¿es verdad, paloma? — preguntó el Churiador. — Nunca he pensado en eso; Dios lo sabe. Lo que yo queria era que nadie me mandase. Andaba siempre con una compañera de prision, muy buena muchacha, á quien dieron el nombre

de *Alegría*, porque siempre estaba riendo. — ¡Alegría, Alegría! yo conozco ese nombre — dijo el Churiador con aire pensativo. — Apostaria á que no la conoces: es una muchacha muy honrada. En la prision, aunque era la mas alegre, era tambien la mas trabajadora, y sacó lo ménos cuatrocientos francos libres de su trabajo... Luego es tan ordenada y tan económica!... Cuando dije que no tenia con quien acompañarme no tuve razon: ¡Ah! si hubiera seguido sus consejos otro gallo me cantara... Despues de habernos divertido por espacio de ocho dias, me dijo: « Ya hemos andado bastante á la que salta, y ahora es menester buscar trabajo y no gastar el tiempo en fruslerías...» Iba á concluír entónces la primavera de este año... ¡que tiempo hermoso!... y como me gustaba tanto andar por el campo y por las alamedas, la respondí: « Quiero divertirme aun un poco mas, y hasta que pase algun tiempo no pienso buscar trabajo.» Desde entónces no la he vuelto á ver; pero supe hace algunos dias que vive en el barrio del Temple, que es muy buena costurera, que gana lo menos veinte y cinco sueldos diarios y que vive en un cuarto amueblado por su cuenta... ¡Dios mio, no iria ahora á verla por cuanto vale el mundo! Me parece que me moriria de vergüenza si me encontrase con ella. — ¡Pobre niña! — dijo Rodolfo; — gastaste todo tu dinero en ir y venir al campo. ¿Te gusta mucho el campo? — ¡Ah, sí, Señor! toda mi ambicion es vivir en el campo. Alegria, por el contrario, prefiere vivir en Paris y pasearse en los Baluartes... pero era tan buena y tan complaciente, que solo por darme gusto salia conmigo de la ciudad. — ¿Y no has guardado siquiera algunos sueldos para vivir mientras no hallas trabajo? proguntó el Churiador. — Sí; habia re-

servado unos cincuenta francos... pero quiso la fortuna que mi lavandera fuese una muger llamada Loreto, que no tenia amparo debajo del cielo; tenia entónces la barriga á la boca, y estaba siempre metida con los piés y manos en el agua para ganar la vida. Llegado ya el caso de no poder trabajar se vió desamparada, próxima á la hora de parir y sin tener con qué pagar el cuarto, del cual la echaron por último. Solicitó entrar en la Bourbe (5), y no habia vacante. Por fortuna halló una noche junto al puente de Nuestra Señora á la muger de Gobin, que estaba oculta hacia algunos dias en la bodega de una casa medio demolida detras del hospital general... — ¿Porqué se ocultaba de dia la muger de Gobin? — Para huir de su marido que la queria matar. No salia sino de noche para comprar pan, y asi fué como encontró á la pobre Loreto, la cual estaba tan mala que apenas podia andar y esperaba la hora del parto de un momento á otro. Viendo esto la mujer de Gobin la llevó á la cueva en donde dormia... á lo ménos era un refugio. Partió la paja y el pan que tenia con Loreto, y esta dió á luz un niño sin tener una triste manta con que abrigarse... La mujer de Gobin, llena de compasion y sin temer que su marido la matase, salió de su cueva por el dia claro y vino á hablarme. Sabia que conservaba aun algun dinero y que era amiga de servir; y así es que cuando me contó la desdicha de Loreto, la dije que la trajese pronto á mi cuarto y que alquilaria para ella otro inmediato al mio. Asi lo hizo. ¡Qué contenta estaba la pobre Loreto cuando se vió acostada en una cama con su pequeñito junto á sí en una cuna de mimbres que yo le habia comprado!... La cuidámos mucho Helmina y yo, y luego que pudo levan-

tarse la socorrí con mi dinero hasta que empezó á ganar para mantenerse. — ¿Qué has hecho, hija mia, despues de haber gastado el dinero que te quedaba con la pobre Loreto y con su hijo? — preguntó Rodolfo.

Entónces he buscado que hacer, pero ya era tarde. Sabia coser bien, tenia buenas intenciones, y pensaba que cuando quisiese trabajar hallaria acomodo en todas partes... ¡Ah, como me engañaba!... Entré en una costureria, y como por no mentir dije que salia de la prision; me enseñaron la puerta por única respuesta. Supliqué que me diesen trabajo de prueba, y me arrojaron á la calle como si fuese una ladrona... Entónces me acordé de lo que me habia dicho Alegría, pero ya era tarde... Fuí vendiendo poquito á poco la ropa blanca y los vestidos que me quedaban; y por último, cuando ya no tenia mas que vender, me echaron del cuarto... No habia comido en dos dias ni tenia en donde dormir... Entónces volví á encontrar á la Pelona y á una de las viejas, que sabian donde vivia y no me habian perdido de vista desde mi salida de la prision... Como me habian prometido buscarme trabajo, me fuí con ellas... El hambre me habia estenuado tanto que apénas tenia conocimiento... Me hicieron beber aguardiente... y... y... ¡no sé! — dijo la infeliz criatura cubriéndose el rostro con las manos. — ¿Hace mucho tiempo... que vives con la tia Pelona, hija mia? — la preguntó Rodolfo conmovido. — Seis semanas, Señor — respondió la Guillabaora temblando. — Ya entiendo, ya — dijo el Churiador; — te comprendo como si te pariera... Vamos, es preciso que nós desembuches aquí tu confesion. — Parece que te pesa de habernos contado tu vida, prenda mia. — dijo Rodolfo — ¡Ah, Señor! — repuso con tristeza Flor

de María; — es la primera vez que traigo á la memoria estas cosas... y á la verdad no son muy alegres. — ¡Vaya una muchacha! dijo con ironía el Churiador. — ¿Sientes por ventura no haber sido cocinera de un figon, ó criada de alguna vieja regañona? — No importa... nunca debe pesarle á una de ser honrada... — contestó Flor de María dando un profundo suspiro. — ¡Qué puntillosa es su merced!... — gritó el Churiador soltando una risotada. — ¿No será mejor que te vuelvas de sopeton un angelito con alas, para honra y gloria de tu linaje, que no conoces? — Mis padres me echaron á la calle como una cosa sobrante... ¡puede ser que no tuviesen con que mantenerse á sí mismos!... — dijo la Guillabaora con amargura. — no se lo echo en cara, no, ni me quejo; pero hay fortunas mejores que la mia. — ¿Y á tí, que te falta? Eres hermosa como una Vénus; no tienes mas que diez y seis años y medio; cantas como una calandria; pareces una Nuestra Señora; te llaman Flor de María... ¡y aun te quejas!! ¿Qué dirás cuando tengas un brasero para calentar los *pinreles* (a) y una tinaja de pimiento á tu lado, como la tia Pelona? — ¡Ah! nunca llegaré á su edad. — Tienes un privilegio de invencion para no envejecer... ¿verdad? — No, pero no soy tan fuerte como ella; y ademas siento hace tiempo una tos muy maligna. — ¡Oh! eso sí. Ya me parece que te estoy viendo ir en el carro de los muertos. ¡Qué boba eres! ¡Vaya una muchacha!!! — ¿Te ocurren muchas veces esas ideas, hija mia? — la preguntó Rodolfo. — Algunas... Mirad, Señor Rodolfo, vos me entenderéis mejor: cuando voy por las mañanas á comprar la leche con el cuarto que me

(a) Piés.

da la tia Pelona, á la lechera que se pone en la esquina de la calle de la Drapería, y cuando la veo volver á su aldea con su carretilla tirada por un pollino... ¡Qué envidia me da, señor Rodolfo!... Entónces empiezo á reflexionar, y digo: « Se va para el campo á respirar el aire libre, á ver á su familia;... y yo me vuelvo sola al desvan de la taberna, en donde no se ve bien á mediodia. — Pues bien, palomita; sé muy honrada y ándate con pucheritos, ya que te gusta la farsa, — dijo el Churiador. — ¡Honrada! ¡Dios mio! ¿Cómo quieres que sea honrada? La ropa que llevo puesta es de la tia Pelona; la debo el cuarto y la asistencia... no puedo menearme de aquí, porque me haria prender por ladrona... Soy suya en cuanto no la pago.

Estremecióse la infeliz criatura al pronunciar estas horribles palabras, y brilló una lágrima en sus largas pestañas. — No andes queriendo otra vida, bobona, ni te compares con una aldeana, dijo el Churiador. ¿Perdistes el juicio? Acuérdate de que luces en la capital, miéntras que la lechera cuece la berza para sus cachorritos, ordeña las vacas, siega la yerba para el ganado y aguanta una somanta de su marido cuando viene enfadado de la taberna. ¡Mira qué fortuna envidias tan brillante!

La Guillabaora no respondió. Tenia la vista fija, el pecho oprimido y su fisonomía revelaba una congoja profunda.

Rodolfo habia escuchado con indecible interes este terrible diálogo. La miseria, el abandono, la ignorancia de la vida habian perdido á esta desdichada criatura, sola en la inmensidad de Paris á la edad de diez y seis años.

Se acordó involuntariamente de una hija querida

que le habia arrebatado la muerte á la edad de diez años, y que entónces deberia tener diez y seis como Flor de María. Este recuerdo encendió mas su interés por la criatura desventurada cuya historia dolorosa acababa de escuchar.

CAPÍTULO CUARTO.

HISTORIA DEL CHURIADOR.

No habrá olvidado el lector que un huésped recien llegado á la taberna, observaba con atencion á otros dos que en el figon estaban.

Uno de estos, como llevamos dicho, tenia un gorro griego en la cabeza, escondia la mano izquierda y habia preguntado con instancia á la figonera si no habian llegado aun el Maestro de Escuela y el Cojo Gordo.

Mientras la Guillabaora contó su historia, que no pudieron oir, hablaron uno con otro en voz baja, y á cada paso miraban hácia la puerta con manifiesta inquietud.

El del gorro griego dijo á su compañero:

— El Cojo Gordo no viene, ni tampoco el Maestro de Escuela. — ¡ Como el Esqueleto no le haya *despachado* para *murciarle el murisco!* (a) — Eso no nos vendria mal á nosotros, que hemos preparado el negocio y que debemos tener nuestra parte, — repuso el otro.

El desconocido que observaba á estos dos hombres, estaba demasiado léjos de ellos para oir lo que decian. Despues de haber consultado con suma precaucion un papel que llevaba en el fondo de la gorra, pareció satisfecho de su perspicacia, se le-

(a) No lo haya asesinado para robarle el robo.

vantó de la mesa y dijo á la figonera que dormitaba en el mostrador, con los pies sobre el calentador y el gato negro en el regazo:

— Adios, Pelona, hasta luego: cuidado con mi jarro y con mi plato... no te fies en tus parroquianos. — No tengas cuidado, gachon, — dijo la tia Pelona; — si tu jarro y tu plato quedan vacíos, nadie los tocará.

Riose el desconocido del chiste de la figonera, y desapareció sin que nadie lo observase.

En el momento que salió este hombre y ántes que la puerta se hubiese cerrado, percibió Rodolfo allá en la calle al carbonero de estatura colosal y cara tiznada, de quien hemos hablado. Manifestole Rodolfo con un gesto cuan importuna le era su vigilancia; pero el carbonero, sin atender á la insinuacion de Rodolfo, no se apartó de la inmediacion del Conejo Blanco.

El semblante de la Guillabaora se entristecia por momentos: arrimada de espaldas á la pared, la cabeza caida sobre el pecho, giraba al rededor de sí sus grandes ojos y parecia sumerjida en negros pensamientos.

Habia apartado dos ó tres veces la vista al encontrarse con la mirada fija de Rodolfo, sin poder esplicarse la singular impresion qne le causaba aquel desconocido. Turbada y hasta oprimida con su presencia, casi se arrepentia de haber referido tan sinceramente delante de él su vida miserable.

El Churiador, por el contrario, estaba muy alegre: se habia comido solo todo el arlequin, el vino y el aguardiente le hacian hablador y comunicativo. La vergüenza de haber *encontrado á su Maestro*, como él decia, habia desaparecido á vista del generoso proceder de Rodolfo, en quien reconocia un grado tal de superioridad física, que su

humillacion habia dado lugar á un sentimiento compuesto de admiracion, de temor y de respeto.

El carácter sin rencor que habia manifestado, y el orgullo salvaje con que se alababa de no haber robado núnca, probaban á lo ménos que no era un hombre enteramente endurecido en la perversidad; observacion que no se escapó á la sagacidad de Rodolfo, el cual deseaba con impaciencia oir su historia.

— Vamos, Churiador... ahora tú. Ya te escuchamos, — le dijo.

El Churiador echó otro trago, y empezó de esta manera:

— Tú á lo ménos, pobre Guillabaora, tuviste una Lechuza que te recogiese... ¡malos diablos la lleven !... tuviste donde dormir desde que te prendieron por vagamunda... En cuanto á mí puedo asegurar que no supe lo que era cama hasta los diez y nueve años, cuando senté plaza de soldado. — ¿Has servido, Churiador? — dijo Rodolfo. — Tres años; pero eso vendrá á su tiempo. Las piedras del Louvre, los hornos de yeso de Clichy y las canteras de Montrouge, hé aquí las posadas de mi juventud. Ya veis... tenia casa en Paris y en el campo... nada mas... — ¿Cual era tu oficio? — A decir verdad no conservo mas que un recuerdo muy oscuro de haber andado cuando niño con un trapero que me hundia á palos. Esto debe ser verdad, porque jamas he encontrado á uno de esos hombres revolviendo basura, sin que me diese gana de caerle encima á garrotazos. Mi primer oficio ha sido el de ayudar á los desolladores á matar y desollar caballos en Montfaucon. Tenia entónces diez ó doce años. Cuando empecé á matar y desollar caballos viejos me daban alguna lástima los animalitos; pero al cabo de un mes estaba ya tan

corriente y me gustaba el oficio. Nadie tenia cuchillos tan afilados como los mios: solo el verlos daba ganas de cortar con ellos. Despues que desollaba algunos caballos, me arrojaban un pedazo del anca de algun vejestorio que habia muerto de enfermedad; porque los que nosotros matábamos se vendian á los figoneros del barrio de la Escuela de Medicina, que los convertian en carne de vaca, de carnero, de ternera, ó de caza bravia, al gusto y placer de los golosos... ¡Cáspita! cuando yo me veia con mi rebanada de carne de caballo entre las uñas ¿qué rey ni qué roque era mejor que yo?... Entónces me largaba á mi horno como un lobo á su cueva, y con permiso de los horneros asaba en las brasas mi rica tajada. Cuando los hornos no trabajaban, cogia leña en el bosque de Romainville, sacaba fuego con los *chismes* (a) y hacia mi asado en un rincon de los muros del cementerio. ¡Rayo! entónces sí que lo comia sangrando y casi crudo; pero tampoco comia tanto como otras veces. — Dinos tu nombre, Churiador, , — interrumpió Rodolfo. — El color de mi cabello era aun mas claro que ahora; siempre tenia los ojos encarnados como sangre, y por eso me llamaban el *Albino* (b). Los albinos son los conejos blancos de los hombres, y tienen los ojos encarnados, — añadió gravemente el Churiador, á manera de paréntesis fisiológico.

(a) Eslabon, piedra é yesca. (b) Albinos se llaman los que de padres negros ó de su raza, son blancos como el lienzo ó la cera blanca. Su cabello, cejas, pestañas y la barba rasa y desplobada tienen tambien un color pálido y blanquizco, ya sea liso el pelo, ó bien encrespado como el de su raza. Los ojos lagrimosos y muy sensibles á la luz, tienen comunmente el iris color de rosa ó encarnado, y la pupila de un rojo de fuego como el ojo de las perdices ó de los conejos blancos.

— ¿ Y tus padres y familia? — ¿ Mis padres? viven en la misma calle y número que los de la Guillabaora... ¿ En donde he nacido ? en el primer rincon de la primera calle, á derecha ó izquierda, bajando ó subiendo hácia el Sena. — ¿ No has maldecido nunca á tus padres por haberte abandonado ? — ¡ Eso si que me hubiera sacado de mal año !... ¡ vaya una pregunta! ... Con todo, no me hicieron mucho favor en haberme echado á este mundo... si siquiera me hubieran hecho como Dios debe hacer á los pobres... es decir, sin hambre, sed, ni frio !... poco le costaria esto, y entónces los pobres que no roban andarian algo mejor. — ¿ Tuviste hambre y sed y no has robado Churiador ? — A fe que no, y por eso he pasado tanta miseria. Hubo tales dos dias en que no he comido una arista; y esto sucedia mas veces de lo que me tocaba en ley de Dios. Pero no importa... no he robado nada á nadie, y se acabó. — Por causa del *estaribé* (a)... ¿ verdad ? — ¡ Vaya una salida ! — dijo el Churiador alzando los hombros y soltando una carcajada. ¡Con que no hubiera robado por temor de tener pan !... Sin robar me moria de hambre : robando me mantendrian en la cárcel á boca de cardenal... Pero no he robado porque... porque... en fin, no me cuadraba á mi el robar, y se acabó.

Esta hermosa respuesta, cuyo valor no comprendia el Churiador, hizo en Rodolfo la mas profunda impresion. Vió que el pobre honrado en medio de la miseria era con doble motivo digno de respeto; siendo así que el castigo de su crímen podia convertirse en un recurso cierto de subsistencia.

Rodolfo alargó la mano á este infeliz salvaje de

(a) Cárcel.

la civilizacion, á quien la miseria no habia depravado enteramente.

El Churiador miró asombrado y casi con respeto á su favorecedor: apénas se atrevia á tocarle la mano. Un pensamiento vago le hacia entrever un abismo que lo separaba de Rodolfo.

—¡Bueno! —le dijo Rodolfo; ya vemos que tienes corazon y honor.— ¿Corazon?... ¿honor?... ¿yo?... ¡Cah! ¿os chanceais?—respondió con sorpresa.—Sufrir miseria y hambre mas bien que robar, es tener honra y corazon,—dijo Rodolfo con gravedad.—¡Sí!... pero... ¿Quién sabe?...—dijo el Churiador.—Pudiera ser...—¿Te espantas de eso?—¿Pues no?... Si no tengo costumbre de oir esas palabras, siempre me han tratado como á un perro sarnoso... ¡Pero vaya un efecto que me ha hecho lo que acabais de decir!... ¡Corazon!... ¡honor! —repitió con aire mas pensativo.—Pero ¿qué tienes?—Por Dios que no lo sé,—dijo el Churiador conmovido;—pero esas palabras... vea usted... me revuelven el juicio... y me agradan mas que si me dijesen que era mas fuerte que el Esqueleto y que el Maestro de Escuela... Lo cierto es que esas palabras... y los puñetazos que me habeis dado por remate de fiesta... tan bien ribeteados... sin contar con que me pagais la cena... y que me decís unas cosas que... En fin, adelante; —gritó de repente como si le fuera imposible espresar su pensamiento.—Lo cierto es que en la vida y en la muerte podeis contar con el Churiador.—¿Has servido mucho tiempo á los desolladores?—preguntó Rodolfo con mas frialdad, no queriendo descubrir la emocion que sentia.—Ya lo creo... al principio me daba alguna lástima matar aquellos vejestorios, que ni capaces eran de largarme una coz; pero luego que

llegué á los diez y seis años y fuí siendo mas hombre, se convirtió en rabia, en pasion, en necesidad, en furor, mi aficion á matar y desollar! Dejaba de comer y beber... ¡no pensaba en otra cosa!... Era de ver cuando estaba con las manos en la obra: á no ser un pantalon viejo que tenia, lo demas estaba en cueros vivos. Cuando tenia al rededor de mi quince ó veinte caballos arreatados esperando su vez, con mi gran cuchillo bien afilado en la mano... ¡Caay! cuando me ponia á matar, no sé lo que me pasaba... me volvia loco; me zumbaban las orejas... todo el mundo era encarnado; la sangre se me subia á los ojos, mataba... y desollaba... y desollaba... y desollaba, hasta que me caia el cuchillo de la mano! ¡Rayo! ¡qué gusto! Si hubiera tenido millones los hubiera dado por hacer aquel oficio. — De ahi te habrá venido el gusto de *pintar jabeques* (a) — dijo Rodolfo. — Bien puede ser: pero cuando pasé de los diez y seis años, el furor aquel creció de tal manera que cuando empezaba á desollar perdia el juicio y echaba á perder toda la obra... Destruia las pieles á fuerza de dar cuchilladas por aqui y por allá, y tanto me encarnizaba que no sabia lo que hacia. En una palabra me despidieron del osario. Rogué conmigo á algunos carniceros, porque siempre tuve amor al oficio... pero era de ver como se hacian de pencas... ¡qué Señores! me despreciaron como los de la obra prima, desprecian á los remendones. Entónces me dí á buscar el pan por otro camino, pero no lo hallé de contado. ¡Qué *gaza* (b) pasé todo aquel tiempo! Por fin hallé trabajo en las canteras de Montrouge; pero al cabo de dos años me

(a) Dar puñaladas. (b) Hambre

aburrí de romperme el espinazo dando á la rueda para sacar piedra, sin mas jornal que veinte sueldos diarios. Era de buena talla y robusto, senté plaza en un regimiento. Me preguntaron por mi nombre, mi edad y mis papeles. ¿Mi nombre? dije yo, soy el *Albino*: ¿mi edad? miradme el diente: ¿mis papeles? ahí está el certificado de mi amo el cantero. Como vieron que podia ser un buen granadero, me alistaron sin mas ni mas. — Con tu fuerza, tu valor y tu manía de cortar, si hubiera habido guerra, acaso hubieras llegado á ser oficial. — ¡Ojalá ¡Cuanto mas me agradaria degollar ingleses y prusianos que rocines viejos!... Pero ahí estaba el mal: no habia guerra, y habia disciplina. Un jornalero puede dar una manta de palos á su amo: si es mas fuerte los da, si es mas flojo los recibe: le plantan en la calle, *coje las del martillado* (a), y se acabó la fiesta. En la milicia es cosa diferente. Un dia mi sargento me echó una ronca para hacerme andar mas aprisa: tenia razon, porque yo hacia la buena maula. Sin embargo, eso me incomodó y me repuse: me dió un empujon, y yo le di otro empujon, me echó la mano al gañote, y yo le destaqué un puñetazo. Cayeron sobre mí, y entónces si que hubo morena; bramaba de rabia... tenia toda la sangre en los ojos y no veia mas que sangre!... sangre!... y como tenia el *churí* (b) en la mano porque estaba de rancho, empecé à matar... á matar... á matar... á clavar como en una carnicería... Tendí frio al sargento, herí á dos soldados... ¡qué vision! once puñaladas á los tres!... sí, once puñaladas... ¡Todo era sangre como en Montfaucon!... Yo tambien chorreaba sangre.

(a) Coje las de Villadiego.. (b) Cuchillo.

Bajó la cabeza el bandido con un aire torbo y abatido, y permaneció un rato en silencio.

—¿En que piensas ,Churiador? — dijo Rodolfo observándolo con interés. — En nada... — le respondió bruscamente, y luego prosiguió con su brutal indiferencia: — Por último me sujetaron , y fuí juzgado y sentenciado á muerte. — ¿Y cómo has salvado la vida? ¿huiste? — No; en lugar de quitarme el resuello, me sentenciaron por quince años al *estardó* (a). Se me pasó deciros que habia salvado la vida á dos compañeros que estaban para ahogarse en el Maine: nos hallábamos de guarnicion en Melun. En otra ocasion... vais á reiros y á decir que soy un animal del fuego y del agua, que así salva hombres como mujeres... en otra ocasion, estando de guarnicion en Ruan, prendió fuego en un barrio: en Ruan todas las casas son de madera como barracas. Me hicieron acudir al fuego, y al llegar al sitio oí decir que una vieja no podia bajar de su cuarto, en donde entraban ya las llamas Subí: ¡cáspita, que caliente estaba aquello!... ni los hornos de yeso le ganaban. Finalmente, he salvado á la vieja, pero salí con las plantas de los piés, abrasadas. En una palabra, gracias á estos servicios mi *alivio* (b) se puso de puntillas, y habló y se estiró tanto que me conmutaron la pena; y en lugar de ir á *finibusterre* (c), me mandaron á *gurapas* (d) por quince años... al ver que no me mataban y que me mandaban á presidio, me dió ganas de echarme al cuello de mi charlatan para ahogarlo... cuando se vino á mi haciendo de persona para decirme que me habia salvado la vida... ¡poder de Dios!.... ¡si no me hubiera contenido!.... —

(a) Presidio. (b) Procurador: abogado. (c) Patíbulo; horca. (d) Galeras; presidio.

Luego no te gustó la conmutacion de pena. — ¡Que me habia de gustar!... el que con hierro mata justo es que con hierro muera, así como es justo que el ladron calce grillos... á cada cual su merecido... Pero obligar á uno á vivir entre galeotes cuando tiene derecho de ser ahorcado sobre la marcha, es una infamia. No se mata á un hombre sin que quede de ello alguna memoria... pero de vivir en galeras... — Parece que has tenido remordimientos. — ¿Remordimientos? ¡cah! no... yo no hice mas que lo que pude, — dijo el salvaje; — pero en mis primeros años de presidio ni una noche pasaba sin que viese en sueños como una pesadilla al sargento y los soldados que habia despachado, es decir... no estaban solos, — añadió con una especie de terror; — aguardaban su vez por docenas, por centenares por millares, como en un matadero... como los caballos que degollaba en Montfaucon... y entónces no veia mas que sangre, y empezaba á matar.... á matar... á degollar, como hacia en otro tiempo con los caballos viejos... Pero sucedia que cuantos mas soldados mataba, mas aparecian.. y al espirar volvian hácia mí unos ojos de piedad, que yo me maldecia por haberles quitado la vida... pero ya no podia contenerme. Ademas, aunque no tuve nunca hermano ninguno, sucedia que todos los que mataba eran mis hermanos... y les queria del alma.. Por fin, cuando ya no podia mas, dispertaba cubierto de un sudor frio, como la nieve derretida... — ¡Sueños crueles eran esos, Churiador! — ¡Ah! sí... ¡Que sueños!... era cosa de perder el juicio... Así es que quise matarme por dos veces, una de ellas tomando cardenillo, y la otra ahorcándome con una cadena; pero ¡rayo! soy mas fuerte que un toro. El cardenillo no hizo mas que darme sed, y la cadena me dejó al rededor del cuello una cor-

bata natural, sin mas novedad. Andando el tiempo venció la costumbre de vivir, los sueños y las pesadillas me atormentaron cada dia ménos, y me fuí dando de alta como los demas compañeros. — ¡Buena escuela has tenido en presidio para aprender á robar! — Cierto, pero faltaba la inclinacion; y aunque algunas bromas me daban por eso los demas galeotes, tambien les costaba caro, porque andaba la cadena por *fustanque* (a). Allí fué donde he conocido al Maestro de Escuela;... pero en cuanto á este... es decir... en cuanto á cosa de puñetazos, me dió mi racion correspondiente, como vos me la disteis ahí fuera hace un minuto. — ¿Es galeote cumplido el Maestro de Escuela? — A saber era *penado eterno* (b), pero se libró como un gavilan, dando por cumplida su condena. — ¡Huyó de presidio y no lo denuncian! — No seré yo quién le denuncie, por vida mia: cualquiera lo echaria á miedo. — ¿Como no dá con él la policía? ¿No tiene por ventura filiacion? — ¿Filiacion?... ¡Buen pájaro es el Maestro! Hace mucho tiempo que se quitó de la *fila* (c) lo que Dios le habia dado y el diablo que lo conozca ahora. — ¿Pero cómo ha podido hacer eso? — ¿Como? carcomiéndose poco á poco las narices con vitriolo. Tenian medio palmo de largo. — Vamos, te chanceas sin duda. — Si viene esta noche le vereis: tenia unas narices de papagayo descomunales, y ahora es un chato como una loma: los labios son como puños, y tiene la cara llena de costurones como sayo de trapero. — ¿Será posible que se haya desfigurado hasta el punto de que nadie le conozca? — Hace seis meses que huyó de Rochefort, mil veces le encontraron los

(a) garrote; rebenque. (b) galeote por vida. (c) Cara.

mastines (a), y pasan de largo sin conocerlo.— Porqué ha estado en presidio? — Por falsario, ladron y asesino. Le llaman Maestro de Escuela porque escribe muy bien y sabe mucho. — ¿Le temen mucho por ahí? — No le temerán, no, cuando le hayais sacudido la pavana como á mí. ¡Qué ganas tengo de que le llegue el dia! — ¿De qué vive? — Vive en compañía de una vieja tan mala como él, y tan fina como la pólvora; pero no se la ve jamás. Sin embargo ha dicho á la tia Pelona que la traeria un dia á la taberna. — ¿Toma parte esa mujer en los robos que hace? — Y en los asesinatos tambien. Dicen por ahí que se alaba de haber cometido con ella dos ó tres últimamente, y que entre los despachados se encuentra un boyero, á quien robaron y quitaron la vida en el camino de Poissy. — El caerá tarde ó temprano. — Es preciso ser muy diestro: lleva siempre debajo de la blusa dos pistolas cargadas y un puñal. Dice que por nada se le da, que solo perderá la vida una vez y que para escaparse matará cuanto se le ponga delante; y como es dos veces mas fuerte que vos y que yo, no se le podrá cojer así á dos por tres. — ¿A que te has dedicado despues de salir de presidio? — Me ajusté con un descargador del muelle de San Pablo, y gano la vida en este oficio. — ¿Porque no vives en la Cité no siendo *nicabao* (b)? — ¿Y á donde iria yo con mi cuerpo? ¿Quién se acompañaría de un galeote? Yo no puedo estar solo; me gusta la sociedad y aquí vivo entre mis iguales. Me meto en algunas pendencias, me temen como el fuego en la Cité, y el comisario no tiene por qué decirme esta boca es mia, fuera algunos lances de poca monta que me valen algunas horas de correccion. — ¿Cuánto ga-

(a) Alguaciles; criados de justicia. (b) Ladron.

nas por dia? — Treinta y cinco sueldos; y para eso tomo en el río pediluvios hasta la cintura de de diez á doce horas cada dia, así en verano como en invierno.. Cuando no pueda mas con la fatiga tomaré un gancho y un cuevo de mimbres, y volveré al oficio de trapero como en mis primeros años. — Y sin embargo parece que no eres infeliz. — Otros hay mas que yo: á no ser por los sueños del sargento y de los soldados muertos, sueños que tengo aun de cuando en cuando esperaria tranquilo la última hora y moriria al pié de un muro, como acaso habré nacido. Pero los sueños... vaya hablemos de otra cosa, — dijo el Churiador, vaciando la pipa contra la esquina de la mesa.

Miéntras el Churiador contó su historia, Flor de Maria permaneció distraida, absorta y silenciosa. Rodolfo le habia escuchado con aire pensativo.

Un accidente trágico recordó por fin á los tres el lugar en que se hallaban.

CAPITULO QUINTO.

LA PRISION.

El hombre que poco antes habia salido despues de haber encargado á la figonera su plato y su jarro, volvió á entrar acompañado de otro hombre de anchas espaldas y ademan enérgico, á quien dijo:

— Feliz casualidad, amigo, la de habernos encontrado: entra y echaremos un trago.

El Churiador dijo en voz baja á Rodolfo y á la Quillabaora:

— Vamos á tener jarana,.. es un agente de policía. ¡Alerta!

Los dos bandidos, uno de los cuales tenia gorro griego calado hasta las cejas y habia preguntado por el Maestro de Escuela y por el Cojo Gordo, se dieron una mirada rápida, y levantándose á un mismo tiempo de la mesa se dirigieron hácia la puerta; pero los ajentes les cortaron el paso arrojándose sobre ellos.

Abrióse de repente la puerta de la taberna, entraron con precipitacion en la sala otros ajentes y relumbraron en la calle algunos fusiles.

El carbonero de quien hemos hablado, se adelantó hasta el umbral del Conejo Blanco aprovechándose del tumulto, dió á Rodolfo una mirada y llevó á los labios el índice de la mano derecha.

Rodolfo le indicó con un gesto rápido é imperioso que se alejase.

El hombre del gorro griego bramaba como un leon, y medio tendido sobre un banco daba tales respingos que apénas podian sujetarlo otros tres hombres.

Su compañero, aterrado, inclinada la cabeza, lívido el semblante y con la mandíbula inferior abierta, desencajada y convulsa, no hizo la menor resistencia y presentó las manos para que le atasen.

La tabernera, sentada en el mostrador y acostumbrada á tales escenas, permaneció tranquila con las manos en los bolsillos del mandil.

—¿Que han hecho esos hombres, mi querido Sr. Narciso? — preguntó la Pelona á uno de los agentes á quién conocia. — Asesinaron ayer á una vieja para robarla en la calle de San Cristóval. Antes de morir declaró la infeliz que habia mordido la mano á uno de los asesinos. Hace tiempo que traemos de ojo á estos bribones, y como mi compañero se informó cumplidamente de su identidad, hemos entrado á prenderlos. — Gracias á que han pagado ya su azumbre, que sino... — dijo la tigonera. — ¿Quereis tomar alguna cosa, Sr. Narciso? una copita de ratafía; vamos... — Gracias, tia Pelona: es preciso asegurar antes á estos pícaros. Mira como rebrinca el asesino!

En efecto el ladron del gorro griego aspumaba y retorcía los miembros con increible furor, y cuando llegó el momento de ponerlo en un coche que aguardaba á la puerta á prevencion, se defendió de tal manera que fué preciso conducirle en brazos.

Su cómplice apénas podia sostenerse; temblaba como un azogado, y sus lábios cárdenos y entrea-

biertos se movian como si estuviese hablando. Echaron tambien en el coche esta masa inerte.

Antes de salir de la taberna miró el agente con atencion á los demas huéspedes, y dijo al Churiador con un tono casi afectuoso:

— ¿Tambien estás por aquí perillan? hace tiempo que no se habla de tí. Te vas dejando de quimeras ¡eh! — Estoy hecho un santo: ya sabeis que solo rompo la cabeza al que lo solicita. — Solo faltaria que te metieses tambien á provocar á alguien con esos puños de hierro. — Aquí está mi maestro de puños, — dijo el Churiador tocando el hombro de Rodolfo. — ¡Hola! no conozco á ese, — dijo el agente mirando á Rodolfo. — Ni creo que haya motivo para que nos conozcamos. — Así sea para vuestro bien, — dijo el agente; y dirigiéndose luego á la tabernera continuó: Buenas noches, tia Pelona: es una ratonera vuestra taberna, con este van ya tres asesinos cojidos en ella. — Y espero que no será él último, Señor Narciso, siempre estará á vuestra disposicion, — dijo con toda su gracia la Pelona haciendo una reverente cortesía.

Luego que salió el agente volvió á cargar su pipa el jóven de rostro aplomado que fumaba y bebia aguardieate; y dijo al Churiador en tono socarron:

— ¿No has conocido al del gorro griego? es el tio Tenaza. Cuando vi entrar á los agentes dije para mi sayo: aquí hay gato encerrado. ¿No habias notado como escondia la mano izquierda el tio Tenaza? — De buena se han librado el Maestro de Escuela y el Cojo Gordo con no estar aquí, — dijo la figonera. — El del gorro griego preguntó por ellos tres veces, y dió á entender que era para un negocio en que tenian que ver todos... Pero yo no

El Maestro de Escuela.

vendo á mis parroquianos. Está bien que los prendan si hay motivo... á cada cual lo suyo... ¿ Pero yo ? ¡ Dios me libre ! con su pan se lo coman,— dijo la tia Pelona á tiempo que entraban en la taberna un hombre y una mujer; y al verlos añadió : — Justamente, allí viene el Maestro de Escuela con su *pencuria* (a). ¡ Jesus ! Razon tenia para no sacarla á luz... ¡ que hocico de bruja tiene !

Al oir el nombre del Maestro de Escuela circuló un movimiento de terror por todos los huéspedes del Conejo blanco.

El mismo Rodolfo, á pesar de su natural intrepidez, no pudo contener una lijera emocion al ver al terrible bandido, y le miró por algunos instantes con una curiosidad mezclada de horror.

El Churiador habia dicho verdad, pues el Maestro de Escuela estaba espantosamente mutilado. Nada mas horrible que el rostro de aquel hombre, surcado en todas direcciones por cicatrices lívidas y profundas, La accion corrosiva del vitriolo habia abultado monstruosamente sus labios, y cortados los cartilagos de la nariz dejaban ver dos agujeros disformes. Los ojos pardos y muy claros, pequeños y redondos, brillaban con ferocidad : la frente chata, como la de un tigre, desaparecia casi enteramente bajo un gorro de piel comun de pelo largo y erizado... parecia la melena de un monstruo.

La estatura del Maestro de Escuela no pasaba de cinco piés y dos ó tres pulgadas; su cabeza desmesuradamente grande salia apénas de entre dos hombros anchos y carnosos, cuya forma se distinguia bajo los pliegues de una blusa de tela cruda y grosera. Los brazos eran largos y muscu-

(a) Mujer.

losos; las manos cortas, gordas y velludas hasta el estremo de los dedos, y las piernas algo arqueadas y con enormes pantorrillas, que indicaban su fuerza atlética. Finalmente, eran las formas de este hombre una exageracion del tipo corto, doble y rechoncho de Hércules Farnesio. La espresion feroz de su máscara espantosa, su mirar inquieto, variable y fogoso como el de una bestia salvaje, eran tales que no admiten descripcion.

La mujer que acompañaba al Maestro de Escuela era vieja: llevaba un vestido oscuro, un chal de fondo negro y cuadros encarnados y en la cabeza una especie de papalina ó cofia blanca.

Rodolfo la veia de perfil; pero el ojo verde, la nariz de gancho, los labios delgados y hundidos, la barba saliente y una fisonomía maliciosa y astuta, le recordaron involuntariamente la horrible vieja de quien habia sido víctima Flor de Maria.

Despues de haber dicho algunas palabras en voz baja á Barbillon, el Maestro de Escuela se acercó lentamente á la mesa que ocupaban Rodolfo y el Churiador, y dirigiéndose á Flor de Maria la dijo con voz ronca y escabrosa: — Oyes tú, saladita, á ver como dejas á ese par de golondrinos y te vienes conmigo...

La Guillabaora no respondió una sola palabra: se estrechó contra Rodolfo, y su temblor y el sonido de sus dientes indicaban el espanto que se habia apoderado de la débil criatura. — Yo prometo no tener zelos de mi querido tortolillo,—dijo la Lechuza soltando una carcajada.

No habia conocido aun á su víctima, la Chillona de otro tiempo.

— ¿Me has oido, tú, palomita? —dijo el mónstruo acercándose á la mesa: — si no te meneas pronto te sacaré un ojo para que hagas compas á

La Lechuza.

la Lechuza. Y tú, de los mostachos... (dirigiéndose á Rodolfo) si no me echas acá ese pimpollo por encima de la mesa, te daré los postres de la cena...— ¡Dios mio! ¡misericordia! ¡defendedme! —gritó la Guillabaora á Rodolfo juntando las manos con un movimiento de angustia y de asombro. Mas creyendo luego que lo esponia á un gran peligro, añadió en voz baja: — No, no os movais, Señor Rodolfo; si se acerca, yo gritaré y pediré socorro, y la tia Pelona tomará tambien nuestro partido por temor de que acuda la policía. — No temas, hija mia, — dijo Rodolfo, mirando friamente al Maestro de Escuela. — Estás á mi lado, estás segura; y como te da asco la cara odiosa de ese bribon y á mi tambien, verás como le echo á la calle. — ¡Tú!... — dijo el Maestro de Escuela. — ¡Yo!... — respondió Rodolfo, levantándose de la mesa, á pesar de los esfuerzos de la Guillabaora para contenerlo.

La fisonomia de Rodolfo tomó en aquel momento un aire tan firme y amenazador, que el Maestro de Escuela dió un paso atrás, desmintiendo por primera vez su audacia invencible. Hay miradas que tienen un poder mágico irresistible; y por eso dicen que algunos duelistas célebres deben su triunfo á esta virtud fascinadora que desmoraliza y aterra á sus adversarios.

El Maestro de Escuela dió otro paso atrás, y no confiado ya en sn vigor prodigioso, buscó bajo la blusa el puñal que llevaba siempre consigo.

Un homicidio hubiera ensangrentado acaso la taberna del Conejo blanco, si la Lechuza cogiendo en aquel momento el brazo del Maestro de Escuela, no hubiera gritado:

— Aguarda... Espera, palomo mio... Escucha

una palabra... mira, deja que ya te comerás á esos dos palomitos... no se escaparán, no...

El Maestro de Escuela miró á la tuerta con asombro.

Hacia algunos minutos que la horrible vieja observaba con atencion á Flor de Maria, como para recordar un objeto olvidado; y no quedándole por último la menor duda, reconoció en la joven que tenia delante á su antigua víctima la Chillona.

—¡Podré creer á mis ojos! —gritó la tuerta asombrada. —Es la misma. . la Chillona; la ladrona de mis buñuelos. Pero ? de dónde sales tú, mala correa? sin duda el diablo te me pone delante, —añadió enseñando el puño cerrado á la tímida criatura. —Con que siempre has de venir á caer en mis uñas ¡eh! No tengas cuidado que yo te arrancaré los dientes uno á uno, y no te dejaré una sola lágrima en el cuerpo. Ya sé que vas á rabiar... pero mira; no sabes lo qae hay, ! eh! Yo conozco á los que te criaron antes de venir á mi poder. El Maestro de Escuela conoció en presidio al hombre que te llevó á mi desvan cuando eras pequeñita: tiene pruebas que es gente *granida* (a) la que te ha criado. —¡Mis padres!... ! Dios mio!... ¿Conoceis á mis padres?—esclamó la Guillabaora—Nunca lo sabrás de mi boca; es un secreto de los dos, y ántes arrancaria la lengua á mi palomo que consentir en que te lo dijese... Anda, llora... llora y rabia, Chillona, que nunca lo sabrás. —¡Dios mio! ahora... despues que... no se me da á conocer á mis padres...

Mientras hablaba la Lechuza fue recobrando alguna serenidad el Maestro de Escuela, y mirando á Rodolfo de soslayo no podia convencerse do

(a) Rica.

que un hombre de estatura tan mediana y de formas tan esbeltas, fuese capaz de medir con él sus fuerzas. Seguro pues de su vigor hercúleo se acercó al defensor de la Guillabaora, y dijo á la Lechuza con tono y ademan severo:

— Basta de charla. Dejarme ahora despabilar á ese mosalvete para que la linda rubia me tenga por mejor mozo que él.

Rodolfo saltó de un bote por encima de la mesa.

— ¡Cuidado con mis platos! gritó la Pelona.

El Maestro de Escuela se puso en defensa con las manos adelante, el cuerpo inclinado hácia atras doblando la cintura y apuntalado en una de sus enormes piernas, que parecia un poste de piedra.

Abrióse con violencia la puerta de la taberna en el momento en que Rodolfo se arrojaba sobre él. El carbonero de quien hemos hablado y que tenia casi seis piés de alto, se precipitó en la sala, apartó rudamente al Maestro de Escuela y acercándose á Rodolfo le dijo al oido en aleman:

— Monseñor, la condesa y su hermano... están en la esquina.

Hizo Rodolfo un movimiento de impaciencia y de cólera al oir estas palabras, echó un luis de oro sobre el mostrador de la Pelona, y corrió hácia la puerta.

El Maestro de Escuela intentó cortarle el paso; pero volviéndose á él, Rodolfo le descargó con tal fuerza en la cara dos ó tres puñetazos, que el bandido perdió el equilibrio y cayó de lado sobre un banco,

!— Viva la patria! ! ! ahí estan esos, esos son los puñetazos festonados que me dió por remate de fiesta, — gritó el Churiador. — Con otra leccion como esta quedo hecho un profesor,

Volvió en sí el Maestro de Escuela al cabo de algunos instantes, y se arrojó á la calle en persecucion de Rodolfo; pero este habia desaparecido ya con el carbonero en el oscuro laberinto de las calles de la Cité.

— Cuando volvió á entrar el Maestro de Escuela espumando de cólera, corrian dos hombres hácia la taberna por el camino opuesto al que llevaba Rodolfo, y se precipitaron en el Conejo Blanco, tan agitados como si hubiesen dado una larga carrera.

Su primer impulso fué mirar á todos los ángulos de la sala.

— ¡Fuerte desgracia! — dijo uno de ellos; — ha salido ya... Otra vez hemos errado el golpe.

Los dos recienvenidos hablaban en ingles.

La Guillabaora, aterrada por el encuentro con la Lechuza y temiendo las amenazas del Maestro de Escuela, se aprovechó del tumulto y de la sorpresa causada por la aparicion de los dos nuevos huéspedes, y salió de la taberna deslizándose por la puerta entreabierta.

CAPÍTULO SEXTO.

TOMAS SEYTON Y LA CONDESA SARAH.

Las dos personas que acaban de entrar en el Conejo Blanco no pertenecian á la clase de los parroquianos de la taberna. Uno de ellos era alto y delgado, tenia el pelo blanco, las cejas y patillas negras, la tez morena y el aspecto grave y severo. Llevaba una levita larga abotonada militarmente hasta el cuello. Su nombre era Tomas Seyton.

Su compañero era descolorido, de buena presencia y parecia tener unos treinta y tres ó treinta y cuatro años; el cabello, las cejas y los ojos negros realzaban la pálida blancura de su semblante; y en su ademan, lo bajo de su estatura y en lo delicado de sus facciones era fácil reconocer á una mujer disfrazada de hombre.

Era la condesa Sarach Mac Gregor. El lector sabrá mas adelante los motivos que llevaron á la condesa y su hermano al jabardillo de la Cité.

— Tomas, pide de beber y pregunta por *él* á esas gentes, que acaso nos dirán algo, — dijo Sarah en buen ingles.

El hombre cano y de cejas negras se sentó á una mesa miéntras que Sarah se enjugaba la frente, y dijo á la Pelona en buen frances y casi sin ningun acento:

— Señora, haced que nos sirvan algo de beber.

La entrada de estas dos personas en la taberna

habia escitado la curiosidad de todos: su traje y sus modales indicaban que eran del todo estraños en aquel sitio, y su fisonomía inquieta y turbada se veia que algun motivo importante les habia conducido á él.

El Churiador, el Maestro de Escuela y la Lechuza los observaban con estraordinaria curiosidad.

Tomas Seyton dijo por segunda vez y con impaciencia á la Pelona, que llena de sorpresa participaba tambien de la admiracion general:

—Señora, hemos pedido algo que beber: tened la bondad de servirnos.

Muy hueca la tabernera al oir tan cortés y para ella desusado lenguaje, salió del mostrador, y apoyándose con afabilidad en la mesa de sus nuevos parroquianos, les preguntó:

—¿Quereis un azumbre de vino, ó una botella tapada? — Traednos una botella de vino, vasos y agua. — Sirvió al punto la tabernera lo que le habian pedido; Tomas Seyton la dió un napoleon, y rehusando tomar el cambio que le debia, la dijo: — Guardadlo, buena amiga, y echad con nosotros un trago de vino. — Muchas gracias, caballero, — respondió la tia Pelona mirando al hermano de la condesa con un aire de gratitud y admiracion — Habiamos citado á un amigo — dijo Seyton — para una taber[illegible] de esta calle, y creo nos hemos engañado — Este es el *Conejo Blanco* para lo que gusteis mandar, caballero. — Pues no hay duda que es aquí, — dijo Seyton haciendo á Sarah una seña de inteligencia. — Sí, en el Conejo Blanco es en donde debia esperarnos... — Y por cierto que no hay dos *Conejos Blancos* — dijo con orgullo la Pelona. — Pero decidme, ¿qué señas tiene vuestro camarada?—

álto y delgado, cabello y bigote castaño claro,— dijo Seyton.— Ya, ya caigo: es el mismo que estaba aquí hace un momento... Un carbonero muy alto entró á decirle no sé qué, y se marcharon juntos. — Pues á los dos buscamos precisamente — dijo Seyton. — ? Estaban solos? — preguntó Sarah. — Distingo: el carbonero solo estubo aquí un instante; pero el otro amigo vuestro ha cenado. con la Guillabaora y el Churiador; — y señaló con una mirada al convidado de Rodolfo, que permanecia aun en la taberna,

Tomas y Sarah se volvieron hácia el churiariador, despues de algunos momentos de exámen dijo Sarah en ingles á su compañero:

—¿ Conoces á ese hombre? — No. Cárlos habia perdido la pista de Rodolfo al entrar en estas calles del infierno, y viendo á Murph rondar la taberna disfrazado de carbonero y mirar á cada paso por los vidrios, creyó que habia alguna novedad y fué al punto á avisarnos... Pero Murph lo echó de ver sin duda.

Miéntras pasaba esta conversacion en voz baja y lengua extranjera, el Maestro de Escuela dijo á la Lechuza mirando á Tomas y Sarah:

— El *mandria* ha largado una *moa de mina menor* (a) á la Pelona. Llueve, y el viento sopla que rabia; cuando se *najen* (b) les echaremos el guante; yo *agaferé al engibacaire* (c) velis nolis, que como va con su *pencuria* (d) seguro es que no dará un *bramo* (e).

Aun cuando Tomas y Sarah hubiesen oido este odioso lenguaje nada hubieran comprendido de él.

— Bien pensado, tienes unos vientos como un

(a) El simple ha dado una moneda de plata. (b) Marchen. (c) Yo robaré al rufian. (d) Manceba. (e) Gritó

perdiguero, — repuso la Lechuza. — No tengas cuidado, que si el *mandria bramase*, ya sabes que llevo en la faltriquera el vitriolo, y le romperia el frasquillo en la *coba* (a)... es preciso dar de beber á los niños para que no lloren... Dime, palomo, cuando hallemos á la Chillona nos la hemos de llevar ¿verdad? Me parece que la tengo en las uñas... Ya la untaremos el hocico con vitriolo para que no ande tan soberbia con su linda *fila* (b). — Mira, Lechuza, tanto me vas prendando que al fin y al cabo he de venir á casarme contigo — dijo el Maestro de Escuela. — En valor y destreza ne hay quien te ponga el pié delante... Bien te he marcado noche del boyero; entónces dije para mi coleto, Esta mujer es capaz de trabajar mejor que un hombre. — Por cierto que sí, palomito: si el Esqueleto hubiera tenido una mujer como yo para *desmicar* (c), no le hubieran cogido el *baraustador* en la *tragadera* del *mulandó* (d). — Buena china le tocó: no saldrá de la *trena* (e) hasta que vaya á la *basilea* (f). Un bulto ménos y un claro mas. — ¿Qué lenguaje estraño hablan aquellos dos? — dijo Sarah que habia oido involuntariamente las últimas palabras del Maestro de Escuela y de la Lechuza: y luego añadió señalando al Churiador. — Acaso sabremos algo de Rodolfo preguntando á aquel hombre. — Vamos á ver, — dijo Seyton; dirigiéndose al Churiador añadió: — Buenas noches, camarada. Debíamos hallar aquí á un amigo con quien habeis cenado, y puesto que le conoceis ¿podriais decirnos á donde ha ido? — Demasiado le conozco: hace dos horas que me santiguó la *fila* por causa

(a) Boca. (b) Caja. (c) Observar. (d) El puñal en la garganta del muerto. (e) Prision (f) Patíbulo; horca.

de la Guillabaora. — ¿No le conociais ántes? — Jamas... Nos encontrámos en el portal de la casa de Brazo Rojo. — ¡Patrona! otra botella de lo bueno — dijo Tomas Seyton.

Sarah y él apénas habian tocado el vino, pues tenian los vasos llenos; mas la tia Pelona, sin duda para hacer los honores de su taberna, habia enjugado distintas veces el suyo.

— Nos serviréis en la mesa del señor, si no lo lleva mal, — añadió Seyton dirigiéndose con Sarah á donde estaba el Churiador, que atónito y alegre al verse tratar de un modo para él tan estraño, miraba sin pestañear á los dos desconocidos.

El Maestro de Escuela y la Lechuza seguian hablando en voz baja y en caló de sus proyectos siniestros.

Servida la botella continuaron la sesion Sarah y su hermano en compañía del Churiador y de la tabernera, que habia creido superflua una segunda invitacion.

— ¿Con que habeis encontrado al amigo de Rodolfo en el portal de Brazo Rojo? dijo Tomas Seyton brindando con el Churiador. — Sí, — respondió este; y enjugó el baso con una presteza admirable. — Vaya un nombre raro ese de Brazo Rojo. ¿Quièn es Brazo Rojo! — *Tomaor del dui*, — dijo con indifereneia el Churiador; y luego añadió: — ¡Qué vino tan asombroso, tia Pelona! — Por eso no debeis permitir que bostece el vaso, camarada, — repuso Seyton llenando otra vez el del Churiador. — A vuestra salud — dijo este, — y á la de vuestro amiguito, que no parece sino que... en fin, adelante... Si mi tio fuera hembra seria mi tia, como dice el refran... Vaya que sois ladino ¡eh! ya caigo en la cuenta...

Un color casi inperceptible se asomó á las mejillas de Sarah. Su hermano continuó:

— No he entendido bien lo que me habeis dicho de ese Brazo Rojo: ¿salia de su casa Rodolfo? — Os he dicho que Brazo Rojo es *tomaor del dui*.

Tomas miró con sorpresa al Churiador.

— No entiendo. ¿Qué quiere decir *tomaor del.. dui*?... — ¡Toma! *tomaor del dui* quiere decir contrabandista. Parece que no *echuis de la oseta* (a) — Amigo, no comprendo una jota. — Quiero decir que no hablais caló como el señor Rodolfo.— ¿Caló dijo Tomas sorprendido y mirando á Sarah — Vaya, está visto; sois unos *mandrias*... pero el amigo señor Rodolfo, ese sí que es un buen *jorgolin* (b): aunque pintor de abanicos pudiera enseñarme á mí el caló... Vaya pues, ya que no entendeis el habla de la gente honrada, os diré en buen romance que Brazo Rojo es contrabandista y que tiene un jabardillo en los campos Eliseos de añadidura. Y no se crea que vendo á nadie con decir que Brazo Rojo es contrabandista... porque él mismo lo dice en las barbas del resguardo... pero el diablo que lo coja; es mas ladino que un zorro. — ¿Qué tenia que hacer ese hombre con Rodolfo? — preguntó Sarah. — Por mi abuelo, señor... ó señora... ó como gusteis... que nada sé: tan cierto como este trago. Esta noche me estaba chanceando con la Guillabaora, y aun me parece que tenia ganas de zurrarla: se metió en el portal de la casa de Brazo Rojo; la seguí... la noche estaba como boca de lobo... en lugar de coger á la Guillabaora me cogió á mí el camarada Rodolfo y me sacudió el polvo lindamente... Sí... sobre todo los puñeta-

(a) No hablais Caló (b) Compañero

zos de despedida... ¡Cáspita, qué bordados!.. Tiene un brazo de hierro... Pero con algunas lecciones que me dé tan bien, saldré maestro del arte. — ¿Qué clase de hombre es Brazo Rojo? ¿en qué géneros trata? — preguntó Tomás. — ¿Quién? ¿Brazo Rojo? vende todo lo que no se puede vender, y hace todo lo que no se puede hacer. Ahi está su comercio. ¿Verdad, tia Pelona? — ¡Oh, sí! la cueva en que él se meta ya tendrá mas salida que una, — dijo la tabernera. — Tambien es dueño de una casa en la calle del Temple... buen tugurio por cierto... Pero adelante: á quien Dios se la dió... — añadió temiendo haber dicho demasiado. — ¿Qué señas tiene la casa de Brazo Rojo en esta calle? — preguntó Seyton al Churiador. — Número 13. — Puede ser que algo averiguemos allí: mañana enviaré á Cárlos, — dijo Seyton á su hermana. — Puesto que conoceis al señor Rodolfo, — dijo el Churiador — podeis alabaros de tener un amigo sólido... un buen muchacho Si el carbonero no hubiese entrado á tiempo, se hubiera roto la geta con el Maestro de Escuela, que está allá en el rincon con la Lechuza... ¡Rayo! no sé como no lo mato al acordarme de lo que hizo á la Guillabaora... Paciencia... á su tiempo maduran las uvas, como dice el otro.

Se oyó dar las doce de la noche en el relox de la casa municipal.

La luz del quinqué de la taberna espiraba por momentos. Los huéspedes del Conejo Blanco habian desfilado uno á uno, y solo quedaban en la sala el Churiador, sus dos compañeros, el Maestro de Escuela y la Lechuza.

El Maestro de Escuela dijo á la tuerta:

— Vamos á escondernos en el portal de enfrente y verémos salir á estos polluelos. Si tuercen á la

izquierda les aguardarémos en la esquina de la calle de San Eloy; si tuercen á la derecha, en los escombros al lado de la tripería; hay allí una cueva á propósito, y tengo arreglado mi plan. — El Maestro de Escuela y la Lechuza se dirigieron hácia la puerta. — Con que nada *privais ni muflis* (a) esta noche, — les dijo la tabernera. — No, tia Pelona... solo hemos entrado para abrigarnos — repuso el Maestro de Escuela; y salió al momento con la Lechuza.

a Bebeis ni comeis.

CAPÍTULO SEPTIMO.

LA BOLSA O LA VIDA.

Volvieron en sí Tomas y Sarah de la distraccion en que se hallaban, al oir el ruido que hizo al cerrarse la puerta. Levantáronse dando gracias al Churiador por las noticias que les habia comunicado, y este salió de la taberna á tiempo que el viento redoblaba su furia y la lluvia caia á torrentes.

El Maestro de Escuela y la Lechuza, emboscados en un portal enfrente de la taberna del Conejo Blanco, vieron que el Churiador se alejaba por el lado de una calle en donde habia una casa demolida. El ruido de sus pasos, algo entorpecidos por las frecuentes libaciones de la cena, se confundieron luego con los bramidos del viento y con el estrépito de la lluvia que azotaba las paredes.

Tomas y Sarah salieron tambien de la taberna y tomaron una direccion opuesta á la del Churiador.

— Van perdidos — dijo el Maestro de Escuela á la Lechuza. — Prepara el vitriolo: ¡atencion! — Descalcémonos para que no nos sientan — repuso la Lechuza. — Tienes razon.

Descalzóse la odiosa pareja, y pegados á la pared se fueron ambos deslizando á favor de la oscuridad.

Favorecidos por este ardid, el Maestro de Escuela y la tuerta siguieron á Tomas y Sarah tan de cerca, que casi les tocaban.

Afortunadamente nos aguarda el coche en la esquina de la calle — dijo Tomas Seyton: — porque la lluvia nos va á calar. ¿Teneis frio, Sarah?

— Puede ser que averigüemos algo por medio del contrabandista; de ese Brazo Rojo — dijo Sarah sin responder á la pregunta de su hermano.

Este se detuvo de repente y replicó:

— No es esta la calle; debimos tomar á la izquierda al salir de la taberna; para llegar al coche hemos de pasar por delante de una casa demolida. Volvamos atras.

El Maestro de Escuela y la Lechuza que seguian de cerca á sus víctimas, se escondieron en el hueco de una puerta á fin de no ser vistos por Tomas y Sarah, que casi pasaron tocándoles con el codo.

— Prefiero que vayan por el lado de los escombros, — dijo en voz baja el Maestro de Escuela: — Si se resisten... ya tengo hecho mi plan.

Sarah y su hermano volvieron á pasar por delante del Conejo Blanco y llegaron á los escombros de una casa medio demolida, cuyos subterráneos estaban descubiertos y formaban un precipicio á lo largo de la calle.

Con la ligereza de un tigre que se abalanza á su presa, dió de repente un salto el Maestro de Escuela, y asiendo á Tomas por el pescuezo con una mano, le dijo:

— El dinero, ó te echo en esa cueva.

Y empujando á Seyton hácia atras le hizo perder el equilibrio y lo suspendió con una mano sobre la profunda escavacion, mientras que con la otra agarró de un brazo á Sarah, que se sintió apretar como si fuesen unas tenazas.

Antes que Tomas hiciese el menor movimiento, la Lechuza le registró los bolsillos con maravillosa destreza.

Sarah no gritó ni opuso resistencia alguna y dijo á su hermano con serenidad:

— Dales el bolsillo, Tomas. — Y dirigiéndose al bandido añadió: — No nos hagais mal, pues no hacemos resistencia.

La Lechuza, despues de haber registrado escrupulosamente los bolsillos de las dos víctimas, dijo á Sarah:

— A ver las manos; veamos si tienes sortijas. No... Ni siquiera un anillo... ¡qué miseria!

Tomas Seyton no perdió su sangre fria miéntras duró esta escena tan rápida como imprevista, y dijo al Maestro de Escuela, cuya mano le apretaba con ménos violencia:

— ¿Quereis hacer un cambio? Mi cartera contiene papeles que no os servirán: volvédmela y mañana os daré veinte y cinco luises de oro. — Ya... para cogernos en el garlito — repuso el bandido. — Vamos, lárgate y no mires atras: bien librado has salido á poca costa. — Aguarda, mira — dijo la Lechuza. — Si es hombre de bien, podrá recobrar su cartera. — Y dirigiéndose luego á Seyton añadió: — ¿Sabeis el llano de San Dionisio? — Sí. — ¿Sabeis donde está San Ouen? — Sí. — Enfrente de San Ouen, al fin del camino de la Revolté, el campo es llano y la vista alcanza lejos. Salid allí mañana solo con el dinero, llevaré la cartera, y si me dais os daré. — ¡Mira que te va á coger, Lechuza! — ¿Soy yo alguna tonta? El campo es descubierto y se ve desde léjos. No tengo mas que un ojo, pero es bueno; y si va acompañado el *gerifalte*, ya pondré los pies en polvorosa y se quedará en ayunas de la cartera.

Ocurriósele de repente á Sarah una idea, y dijo al bandido.

— ¿Quereis ganar dinero? — Sí. — ¿Habeis vis-

to en la taberna de donde venimos todos, porqué ahora os reconozco, á un hombre á quien ha ido á buscar un carbonero? — ¿Uno delgado de bigotes? Sí; me iba à comer un pedazo de aquel espárrago, pero no me dió tiempo... me aturdió con dos puñetazos y me hizo caer sobre un banco... fué la primera vez de mi vida... ¡Pero yo me vengaré! — Bueno, pues de ese es de quien hablo, — dijo Sarah. — ¿De él? — gritó el Maestro de Escuela. — Vengan 1,000 francos y le mato... — ¡Miserable! ¿Quien habla de matar?... dijo Sarah al Maestro de Escuela. — ¿Qué quereis entónces? — Salid mañana al llano de San Dionisio y hallaréis allí á mi compañero, — continuó Sarah; ya vereis como está solo, y os dirá lo que habeis de hacer. Si cumplís no solo os dará 1,000 francos sino 2,000 — Mira, palomito — dijo en voz baja la Lechuza al Maestro de Escuela, — es negocio de dinero; esta es gente que *habilla los parnés* (a) y quieren deshacerse de algun enemigo: este enemigo es sin duda el *gayon* (b) que te querias tragar... Es preciso ir: yo iré en tu lugar... Dos mil francos, querido, valen bien la molestia de andar un poco de camino. — Bien está, irá mi mujer, — dijo el Maestro de Escuela. — la direis lo que se ha de hacer, y veremos... — Mañana á la una. — A la una. — en el llano de San Dionisio. — Entre San Ouen y el camino de la Revolté, al fin del camino. — Está dicho. — Os llevaré vuestra cartera. — Y os daré los 500 francos prometidos, y arreglaremos el otro negocio si sois razonable. — Bueno; ahora coged á la derecha, que nosotros nos vamos por la izquierda, y cuidado con que nos sigais; porque sino...

(a) Gente rica ó de dinero. (b) Rufian.

Alejáronse precipitadamente el Maestro de Escuela y la Lechuza, y Tomas Seyton y Sarah se dirigieron hácia el átrio de Nuestra Señora.

Un testigo invisible habia presenciado esta escena.. el Churiador se habia metido entre los escombros de la casa demolida para abrig rse de la lluvia. Interesóle vivamente la proposicion que acerca de Rodolfo hizo Sarah al bandido, y alarmado por el peligro que creyó amenazaba á su nuevo amigo, sintió no tener en su mano el medio de salvarlo. Su odio al Maestro de Escuela y á la Lechuza pudo haber contribuido á dispertar este sentimiento.

Determinó advertir á Rodolfo del peligro que le amenazaba, pero no sabia como hacerlo, habiendo olvidado las señas de la casa del titulado pintor de abanicos. Cómo pues hablar á Rodolfo si por ventura no volvia á la taberna del Conejo Blanco? Entregado á estas reflexiones, el Churiador habia seguido maquinalmente á Tomas y Sarah, y los vió subir al coche que los aguardaba en el átrio de Nuestra Señora.

Al partir el coche saltó á la zaga el Churiador y á la una de la noche se detuvo el carruage en el baluarte del Observatorio; donde se apearon Tomas y Sarah y desaparecieron en una callejuela que empieza en aquel sitio. Como la noche era muy oscura, el Churiador sacó de la faltriquera una grande navaja, hizo con ella una profunda señal en uno de los arboles cercanos al callejon, á fin de reconocer al dia siguiente el lugar en que se hallaba, y dirigióse luego á su habitacion, de la cual se hallaba muy distante.

Largo tiempo hacia que no habia disfrutado de un sueño tan profundo y tranquilo como el de esta noche y sin que le aterrase la horrible vision del sargento y los soldados moribundos.

CAPÍTULO OCTAVO.

EL PASEO.

Hermoso y radiante en medio de un purísimo cielo; brillaba el sol de otoño la mañana que siguió á la noche en que han pasado las escenas referidas. Aunque por la elevacion de las casas y lo estrecho de las calles es siempre oscuro el barrio de la Cité, parecia sin embargo ménos horrible á la luz de un hermoso dia.

A las once de la mañana entró Rodolfo en la calle de Feves, y se dirigió á la taberna del Conejo Blanco, ya fuese porque no temia el encuentro de las personas con quienes habia estado la víspera, ó bien porqué queria buscarlas.

Iba vestido de obrero como el dia anterior, pero en su traje se notaba mayor esmero, pues llevaba una blusa nueva abierta por el pecho, que descubria una camisa de lana encarnada cerrada con botones de plata; el cuello de otra camisa de tela caia sobre una corbata de seda negra anudada sin aliño; los risos de su pelo castaño caian alrededor de una gorra de terciopelo azul celeste con visera de charol, y en lugar de los zapatos herrados y groseros de la víspera, llevaba unas botas perfectamente lustradas que ceñian un lindo pié, el cual parecia tanto mas pequeño por debajo de un ancho pantalon de terciopelo color de aceituna.

Nada desfiguraba este trage la elegante figura de

Rodolfo, que era una mezcla singular de gracia, de lijereza y de fuerza.

La Pelona se hallaba en el umbral del Conejo Blanco cuando llegó Rodolfo.

— ¡Vuestra servidora, caballerito... Venís sin duda á buscar el cambio de vuestro luis de oro, — — dijo con deferente cortesía no atreviéndose á echar en olvido que el vencedor del Churiador le habia dejado la víspera en el tablero una pieza de veinte francos. — Os soy deudora de 17 francos y medio.. Tambien tengo otra cosa que deciros: ayer ha venido á buscaros un señor bien vestido con una mujer del brazo disfrazada de hombre. Bebieron de lo reservado con el Churiador. — ¡Ah bebieron con el Churiador! ¿Y bien que le han dicho? — Aunque digo que bebieron me equivoco, porque no hicieron mas que humedecer los labios, y... — Te pregunto que es lo que han hablado con el Churiador. — Le han hablado de várias cosas, ¿que sé yo? de Brazo Rojo, de la lluvia, del tiempo. — ¿Conocian á Brazo Rojo? — Al contrario, el Churiador les ha explicado quién era... y como sucedió que á su puerta le habeis... — Bueno, bueno: no se trata de eso. — ¿Quereis vuestro dinero eh? — Sí y me llevaré la Guillabaora à pasar un dia de campo. — ¡Oh! eso es imposible querido mio. — ¿Porqué? — ¿Porqué? con no volver á mi casa me arruinaría. Todo lo que lleva puesto es mio y me debe ademas noventa francos para acabar de pagarme la posada y la comida durante las seis semanas que ha estado conmigo. Si no fuese honrada como es, no la dejaria salir á la esquina de la calle... —¿Te debe noventa francos la Guillabaora? — Noventa francos y diez sueldos, ni mas ni ménos... Pero ¿qué os vá ni qué os viene en eso? Cualquiera diria que ibais à pagarlos por ella. ¡Va-

mos, ¡echadla de caballero! — Ahí está, — dijo Rodolfo arrojando cinco luises sobre el mostrador de la figonera. — Dime ahora cuanto te debe por los trapos que la has alquilado.

Deslumbrada la vieja con el oro, exsaminó los luises uno á uno con un aire de duda y desconfianza.

— ¿Piensas que te doy moneda falsa? Envia à cambiar el oro, y acabemos pronto... ¿Cuànto valen los andrajos que alquilas à esa desdichada?

El deseo de hacer un buen negocio, el asombro que le causó el ver á un jornalero dueño de tanto dinero, el temor de ser engañada y la esperanza de ganar mas todavía, hicieron titubear á la figonera por un momento y al fin dijo: — Por los vestidos me debe á lo ménos... cien francos. — ¿Por aquellos andrajos? Vamos creo que estás de broma: te quedarás con el dinero de ayer, y te daré un luis... nada mas. Dejarse saquear por tí es robar otra tanta limosna à los pobres. — Entónces querido mio me quedaré con los vestidos, y la Guillabaora no saldrà de mi casa. Soy libre para poner á mis cosas el precio que me acomode. — ¡Que Satanàs te confunda como mereces! Ahí tienes tu dinero anda à buscar la Guillabaora.

La figonera guardó el dinero, creyendo que el pintor de abanicos habia hecho algun robo ó adquirido alguna herencia, y le dijo con una sonrisa maligna.

— ¿Y porqué no subis en persona á buscarla?..

Me parece que no la desagradaria... porque á fé de Pelona, ayer os miraba con unos ojos! — Anda á buscarla y dila que quiero llevarla al campo... nada mas. Que no sepa que he pagado su deuda... — ¿Porqué? — ¿Que te importa? — Teneis razon... vale mas que siga en la persuacion de que

es mi deudora... — ¡Calla y sube... despacha! — ¡Ay, que genio de vinagre! Pobre del que se meta en fiestas con él... Vamos, ya voy...

Y subió la Pelona.

Al cabo de algunos minutos volvió á bajar.

— La Guillabaora no queria creerme: se puso encarnada cuando la dije que estabais aquí... Pero al oir que querias llevarla al campo se hubo de volver loca: quiso echárseme al pescuezo por la primera vez de su vida. — Fué con la alegría de... dejarte.

Entró en aquel momento Flor de María vestida, como la víspera, con un vestido de alepin oscuro, chal color de naranja atado á la espalda, y un pañuelo de cuadros encarnados en la cabeza que dejaba ver dos gruesas trenzas de cabello rubio.

Bajó los ojos al ver á Rodolfo y se cubrió de rubor.

— ¿Quereis pasar un dia de campo conmigo, hija mia? — dijo Rodolfo. — Con mucho gusto, señor Rodolfo, si la Señora lo permite, — dijo la Guillabaora. — Tienes mi licencia, palomita, en atencion á tu conducta y méritos relevantes... Vamos, dame un beso.

Y la figonera acercó al de Flor de María su innoble rostro abotargado

La infeliz criatura, venciendo una congojosa repugnancia; acercó su hermosa frente á los lábios de la figonera; pero Rodolfo arrojó de un codazo á la vieja contra el mostrador de la taberna, y cogiendo del brazo á Flor de María salió del Conejo Blanco al son de las imprécaciones de la tia Pelona.

— ¿Cuidado, señor Rodolfo! — dijo la Guillabaora: — la figonera no dejará de arrojaros alguna cosa á la cabeza, porqué es muy mala! — No

tengais cuidado, hija mia. Pero qué teneis? pareceis abatida y triste... ¿No quereis venir conmigo? — Al contrario... pero... como me dais el brazo... — ¿Y qué? — Como sois un obrero acomodado... cualquiera podrá decir á vuestro amo que os ha visto conmigo... y esto os hará perjuicio. Los amos no quieren que sus oficiales se distraigan.

Y la Guillabaora retiró suavemente el brazo y añadió:

— Id solo y yo os seguiré hasta la barrera. Luego que lleguemos al campo nos reuniremos... — No temas, — dijo Rodolfo conmovido por este delicado sentimiento, y volviendo á tomar el brazo de Flor de Maria.— Mi patron no vive en este barrio, y ademas vamos á tomar un coche en el muelle de las Flores.— Como gusteis, señor Rodolfo: yo os dije aquello por temor de que os sucediese algun mal.— Lo creo y lo agradezco. Pero ya que vamos al campo, decidme francamente á qué sitio deseais que nos dirijimos.—Con tal que vayamos al campo, el sitio me es indiferente. El tiempo es hermoso; deseo tanto respirar el aire libre!... ¿Sabeis que hace seis semanas que no he pasado del mercado de las flores? Y gracias á que la tia Pelona me dejaba salir de la Cité, porque tenia confianza en mí.—¿Ibais á ese mercado para comprar flores solamente?—¡Ah! no, porque no tenia dinero, y solo iba para verlas y para respirar su olor... Pasaba tan contenta la media hora que la Pelona me concedia los dias de mercado para pasearme en el muelle, que me olvidaba entónces de todo.—Pero al volver á la taberna... por aquellas calles tan sucias...—Ah, sí!... jamas volvia tan contenta como habia salido... y tenia que ocultar mis lágrimas para que no me pegasen... Mirad, señor Rodolfo, lo que mas envidia me daba en el

mercado era el ver á las obreritas jóvenes que se volvian tan alegres con un hermoso florero en el brazo.—Estoy seguro de que hubierais sido mas feliz, solo con haber tenido tiestos en vuestra ventana. —¡Qué verdad es eso, señor Rodolfo! Un dia la tia Pelona, conociendo mi gusto, me regaló un rosalito: era dia de su santo. ¡Si vierais que contenta estaba! ya no habia tristeza para mí... No hacia mas que mirar y mirar el rosal, y me divertia en contar las hojas y cogollos... Pero el aire es tan malo en la Cité que al cabo de dos dias empezó á marchitarse... y entónces... Pero os vais á reir de mí, señor Rodolfo.—No, hija mia: continuad.—¡Pues bien, mirad! entónces pedí licencia á la tia Pelona para sacar á pasear mi rosalito, como si fuese un chiquillo... Lo llevaba al muelle figurándome que el aire embalsamado por las otras flores le haria revivir. Mojaba en el agua de la fuente sus mustias hojitas, y luego lo ponia un cuarto de hora al sol para enjugarlo... ¡Rosalito mio! nunca veía el sol en la Cité... lo mismo que yo... porque en nuestra calle no baja nunca del techo de las casas... En fin me volvia á la taberna. ¡Ah! os aseguro, señor Rodolfo, que á estos cuidados debió sin duda mi rosa! diez dias mas de vida.—Sí, os lo creo; pero cuando murió tuvisteis un dia de luto, un pesar muy grande ¿es verdad? —Lo he llorado, sí; lo he llorado con mucha pena... Porque, mirad, señor Rodolfo, tomo mucho cariño á las flores aunque no las tenga: os lo puedo asegurar. Y luego yo queria tanto á mi rosalito porque habia agradecido mis cuidados... porque... en fin... á pesar de lo que yo era...

Y Flor de Maria bajó ruborizada la cabeza.

—¡Desgraciada niña! con ese sentimiento de vuestra horrible situacion, muchas veces debisteis..

— Haber querido huir ¿ es verdad señor Rodolfo ? — dijo la Guillabaora interrumpiendo á su compañero. — ¡ Ah sí ! de un mes á esta parte muchas veces he mirado al Sena por el bordo del parapeto;... pero despues miraba á las flores y al cielo, y me decia : El rio estará siempre ahi... no tengo mas que diez y seis años... ¿ quién sabe ? — Esperabais en algo cuando deciais *Quien sabe ?* — Sí. — ¿ Y que esperabais ? — Hallar una buena alma que me proporcionase trabajo para salir de la taberna... esta esperanza me consolaba... Y luego me decia á mí misma : Es verdad que es grande mi desamparo y miseria; pero á lo menos no he hecho nunca mal á nadie... si hubiera tenido alguno que me aconsejase, no me hallaria como me hallo... Y entonces se disipaba mi tristeza, que se habia aumentado desde la pérdida de mi rosal, — añadió Flor de María con un suspiro. — ¡ Qué pena tan grande os da ese rosal ! — Sí... Miradlo, aqui está.

— Y sacó del pecho un manojito seco muy recortado y atado con una cinta color de rosa.

— ¡ Ah , lo habeis conservado ! — Ya lo creo... es lo único que poseo en este mundo. — ¡ Cómo ! ¿ no poseis nada ? — Nada, señor. — ¿ Y esa sarta de coral ? — Es de la figonera. — ¿ No teneis siquiera una basquiña , una gorrita , un pañuelo ?... — No , señor : nada , nada me pertenece á no ser las ramitas secas de mi pobre rosal. Por eso las quiero tanto.

Rodolfo y la Guillabaora llegaron en esto al muelle de las Flores , en donde los esperaba un coche de alquiler. Rodolfo hizo subir á Flor de María, entró despues y dijo al cochero:

— A San Dionisio: allí te diré por donde has de seguir.

El carruaje partió : brillaba un hermoso sol , el

Flor de Maria.

cielo estaba claro y sin nubes y un aire fresco entraba libremente por las ventanas del coche.

—¡Ah! ¡una capa de mujer! —dijo la Guillabaora al ver un manto de abrigo que habia en su asiento. —Sí, podeis usarlo, hija mia: lo he tomado creyendo que tendriais frio.

La pobre criatura, poco acostumbrada á tales atenciones, miró con sorpresa á Rodolfo.

—¡Dios mio, qué bueno sois, señor Rodolfo! esto me da vergüenza. —¿Os avergonzais porque soy bueno? —No... sino que... ya no hablais como hablabais ayer, y pareceis otro... —Decidme, Flor de María: ¿cuál quereis mejor; que sea el Rodolfo de ayer... ó el Rodolfo de hoy? —Me gustais mas ahora... Con todo, ayer me parecia que erais mas igual á mí... —Y temiendo haber ofendido á Rodolfo, añadió: —Aunque digo igual.. bien sé, señor Rodolfo, que esto no puede ser... —Una cosa estraño en vos, Flor de María. —¿Qué es, señor Rodolfo? —Parece que no os olvidais de lo que os dijo anoche la Lechuza... Conoce á las personas que os han criado. —¡Ah! no me he olvidado, no... he llorado toda la noche pensando en eso Pero estoy segura de que no es verdad... La tuerta habrá inventado ese cuento para mortificarme... —Puede ser que la vieja esté mejor informada de lo que pensais... y si así fuese ¿no os alegrariais de hallar á vuestros padres? —¡Ay, señor Rodolfo, si mis padres no me amaron jamas ¿á que fin conocerlos? .. ni aun querrian verme... y si me han amado ¿cuál seria su vergüenza?.., ¡ah! se moririan de pesar... —Si vuestros padres os amaron, Flor de María, os compadecerán, os perdonarán y os amarán todavia. Si os han abandonado, su verguenza y su remordimiento, al ver la espantosa situacion á que os veis reducida os

vengarán. — ¿ Y para qué vengarme ? — Teneis razon... no hablemos mas de este asunto.

Llegaba entónces el coche á la encrucijada de los caminos de San Dionisio y la Revolté, cerca de San Ouen.

A pesar de lo monotono de aquel sitio, Flor de María se llenó de gozo al ver los campos, como ella decia; y olvidando los tristes recuerdos que la habia inspirado el nombre de la Lechuza, se cubrió su hermoso rostro de una angélica alegria, asomóse á la ventanilla del coche, y batiendo exaltada las manos gritó:

— ¡ Señor Rodolfo, qué dicha, qué felicidad !... ¡ la yerba !... ¡ los campos !... ¡ Dios mio !... Si me permitierais bajar... ¡ hace un dia tan hermoso !... ¡ qué gusto me daria correr por esos campos ! — Corramos, hija mia... ¡ Cochero para ! — ¿ Tambien quereis correr, señor Rodolfo ? — Sí, prenda mia. — ¡ Qué felicidad, señor Rodolfo !

Y cojiéndose de la mano los dos compañeros empezaron á correr por un prado acabado de segar hasta faltarles el aliento.

Seria imposible decir los gritos de gozo, los saltos y arrebatos de alegria que dió y sintió Flor de María. ¡ Pobre criatura ! despues de tan largo encierro la embriagaba el aire libre... Iba, venia, se paraba y volvia á correr sin poder sujetar los impulsos de su inocente y entusiasmado gozo. A cada mata de flores silvestres que encontraba no podia contener nuevas exclamaciones de alegría. Despues de haber cojido cuantas flores alcanzó con la vista y de haber corrido algun tiempo, se sintió por último cansada y sin aliento, pues habia perdido la costumbre de hacer ejércicio, se sentó en el tronco de un árbol tendido á lo largo de un profundo barranco.

El rostro blanco y trasparente de Flor de María, de ordinario pálido, estaba entónces cubierto de un vivo sonrosado. Sus grandes ojos azules brillaban con dulzura; sus labios encarnados y entreabiertos para dar paso á la agitada respiracion, dejaban ver dos hermosas hileras de perlas húmedas; su seno se agitaba bajo el pequeño y gastado chal color de naranja; con una mano comprimia los latidos del corazon, y con la otra presentaba á Rodolfo el ramillete de flores silvestres que habia cojido.

Nada mas hermoso que la expresion de gozo inocente y puro que exhalaba el rostro de Flor de María.

Luego que pudo hablar dijo á Rodolfo con un acento de inefable dicha y de agradecimiento casi religioso:

—¡Cómo bendigo á Dios por habernos dado tan hermoso dia!!

Brilló una lágrima en los ojos de Rodolfo al oir que esta criatura abandonada y perdida, daba un grito de felicidad y de gratitud al Ser Supremo; porque la permitia disfrutar un rayo del sol y la vista de un prado.

Un accidente inesperado sacó á Rodolfo de su contemplacion.

CAPÍTULO NOVENO.

LA SORPRESA.

Hemos dicho que la Guillabaora se había sentado en el tronco de un árbol que estaba tendido á lo largo de un profundo barranco.

Levantóse de repente un hombre del fondo de la cueva, y sacudiendo el heno con que se habia tapado, prorumpió en una estrepitosa carcajada.

La Guillaboara volvió la cabeza y dió un grito de espanto.

Era el Churiador.

—No tengas miedo, Paloma—dijo este al ver el asombro de la jóven, que habia corrido hácia su compañero.—Señor Rodolfo, este es un encuentro particular ¡eh!... apuesto á que no lo esperabais, ni yo tampoco...—Y luego añadió en tono serio:—Mirad, señor Rodolfo... dígase lo que se quiera... pero hay una cosa allá arriba... en el aire... sobre nosotros... Vaya, Dios es muy travieso, y me parece que tiene trazas de decir al hombre: «Anda como yo te empujo ..» en vista de que nos ha empujado á los dos hasta aquí, lo que me parece una ocurrencia diabólica.—Pero ¿qué haces ahí—dijo Rodolfo con sorpresa—Os guardo las espaldas, señor maestro... ¡Qué cosa tan rara!... ¡venir á dar precisamente en mi casa de campo!... Vamos, aquí hay alguna mano escondida... sin remedio...—Pero responde ¿qué haces

ahí? — Luego lo sabréis; dadme solamente el tiempo de subir á la caja de vuestro observatorio con ruedas.

Corrió el Churiador hácia el coche que estaba parado á corta distancia, echó una ojeada por toda la llanura y volvió con presteza á donde estaba Rodolfo.

— ¿Me explicarás de una vez lo que significa todo eso? — ¡Paciencia, señor maestro!... Una palabrita mas... ¿Qué hora es? — Las doce y media — dijo Rodolfo mirando el relox. — Bueno... tenemos tiempo... la Lechuza no llegará hasta de aquí á media hora. — ¡La Lechuza! — exclamaron á un tiempo Rodolfo y la Guillabaora. — Sí... la Lechuza. En dos palabras, maestro... os diré el cuento: ayer, luego que salisteis del Conejo Blanco, entró... — Un hombre alto con una mujer vestida de hombre: preguntaron por mí, ya lo sé. ¿Qué hubo luego? — Luego me dieron de beber y quisieron hacerme charlar por vuestra cuenta... Nada pude decirles... porque como no me habeis comunicado mas que aquella descarga cerrada que me hicisteis el honor de... en fin, no sabia mas secreto del maestro Rodolfo que aquellos puñetazos de remate... Quede esto entre nosotros, maestro Rodolfo... Que me lleve el diablo si no os tengo el mismo cariño que un mastin á su amo... desde que me habeis dicho que tenia corazon y honor... ¡Qué importa!... no me va ni me viene... pero es cosa que me hace pensar... En fin, adelante... cada uno es cada uno... y yo... — Gracias, Churiador, gracias: sigue tu cuento. — El señor alto y la mujer pequeña vestida de hombre, viendo que no sacaban nada de mí, salieron de la taberna y yo salí tambien: se fueron los dos por el lado del Palacio de la Justicia, y yo por el de Nuestra Señora. Al llegar al fin de la calle em-

pezó á llover á cántaros... ¡era un diluvio! y como allí cerca habia una casa demolida, me dije: «Si dura el chubasco dormiré tan bien aquí como en mi zao hurda.» Me dejé caer en una especie de bodega abrigada, hice mi cama de virutas y astillas viejas, mi almohada de pedazos de yeso, y héteme aquí acostado como un rey.—Pero vamos ¿y luego?—Ya sabeis que habia bebido.... pues sin embargo he vuelto á beber con el hombre alto y con la mujer vestida de hombre: esto es para deciros que tenia la cabeza algo á la gineta... eso y el ruido de la lluvia no hay cosa que me haga dormir mas á gusto. Empezaba á dormitar á poco de haberme echado, cuando un ruido cercano me hizo despertar sobresaltado: era el Maestro de Escuela que estaba hablando como si dijéramos *amigablemente* con otra persona... Aplico el oido.. ¿y qué es lo que escucho?.. ¡rayo! la voz del hombre alto que habia estado en la taberna con la mujer disfrazada de hombre.—¿Hablaban con el Maestro de Escuela y la Lechuza?—preguntó Rodolfo lleno de asombro.—Con los mismos... y se daban una cita para el dia siguiente...—¿Para hoy?—dijo Rodolfo.—A la una.—Pues es justamente la hora.—En la encrucijada del camino de San Dionisio y de la Revolté.—¡Aquí mismo!—Aquí, ni mas ni ménos, maestro Rodolfo.—¡Ah, el Maestro de Escuela!... cuidado, señor Rodolfo!..—exclamó Flor de Maria.—No temas, hija mia... no es él quien ha de venir, sino la Lechuza.—¿Cómo han podido conocer á esos miserables el hombre y la mujer disfrazada que me buscaban en la taberna?—dijo Rodolfo.—Eso no lo sé. Pero me parece que no he despertado hasta el remate de la funcion; porque el hombre alto hablaba de recobrar su cartera, que la Lechuza le ofrecia traer hoy aquí... en cambio, por supuesto, de quinien-

tos francos. Segun esto es de creer que el Maestro de Escuela les habia robado ántes que yo despertase y que solo pude oirlos cuando estaban ya de buenas. — ¡Es cosa original! — ¡Dios mio! tengo miedo por vos, señor Rodolfo — dijo Flor de María.

El maestro Rodolfo no es ningun chiquillo, paloma; mas si las cosas se pusiesen como temes... aquí estoy yo. — Adelante, Churiador: ¿qué hubo despues? — El grande y la pequeña prometieron dos mil francos por haceros... no sé qué. La lechuza es quien debe venir aquí ahora mismo para devolver la cartera y saber de qué se trata, á fin de informar de todo al maestro de Escuela, que se encargará de lo demas.

Flor de María se extremeció.

Rodolfo sonrió con desden. — Dos mil francos por haceros alguna travesura, señor Rodolfo... Vamos, eso me hace pensar (salvo la comparacion) que cuando veo un cartel ofreciendo cien francos de gratificacion por un perro perdido, me digo modestamente: «Animal, si tú te perdieras en lugar de tu perro nadie daria cien maravedises por volverte á encontrar»... ¡Dos mil francos por haceros algun daño!... esto me hace discurrir... ¿Quien diantres sois? — Luego lo sabrás. — Basta, señor Rodolfo... Cuando oí esta proposicion dije para mi sayo: Es preciso saber donde moran estos ricachos que quieren echar el Maestro de Escuela á las bragas del maestro Rodolfo. Luego que se alejaron salí de mi madriguera y los seguí al galope: el grande y la pequeña llegaron á un coche que estaba en el atrio de Nuestra Señora, se metieron dentro, yo me puse en la zaga, echamos á andar y llegamos al baluarte del Observatorio. Como la noche estaba oscura como un horno y no se veía nada, hice una

cortadura en un árbol para reconocer el sitio al dia siguiente. — ¡Perfectamente, amigo! — Esta mañana acudí al sitio. A diez pasos del árbol señalado he visto una callejuela cerrada con una verja... en el lodo de la callejuela habia pisadas grandes y pequeñas... al fin de la callejuela una puertecita de jardin en donde cesaban las pisadas... el nido del grande y de la pequeña debia estar allí. — Gracias, Albino, gracias; me has hecho un gran servicio sin saberlo. — Eso no, señor Rodolfo; perdonad... lo sabia, y por eso lo he hecho. — Ya lo sé, ya, amigo mio, y quisiera recompensar tu servicio mas que de palabra.. Por desgracia no soy mas que un pobre jornalero... aunque esos den dos mil francos por hacerme algun mal, segun dices... Voy á explicártelo todo. — Si os place, bueno; por mí no lo hagais... si alguno os quiere llegar al bulto, aquí estoy yo... por lo demás no se me da. — Ya adivino lo que quieren... Sábete que poseo el secreto de cortar el marfil para los abanicos por un medio mecánico; pero este secreto no me pertenece á mí solo. Estoy esperando á mi asociado para ponerlo en práctica, y sin duda quieren hacerse á toda costa con la máquina que tengo en mi casa, porque hay mucho dinero que ganar con este invento. — ¿Con que el alto y la pequeña son...? — Los fabricantes en cuyo establecimiento trabajo, y á quienes no he querido comunicar mi secreto.

Esta explicacion pareció satisfactoria al Churiador, cuya inteligencia no estaba muy desenvuelta, y repuso: — Ahora lo comprendo... ¡qué envidiosos!... ¡cobardes!... no tienen valor para dar el golpe por su mano, y... Pero, en una palabra, aquí está lo que dije para mi coleto esta mañana: Yo, me dije, sé la cita de la Lechuza y del hombre alto; tengo buenas piernas y voy á esperarlos;

mi amo el descargador me echará de menos; peor para él... Llego aquí, veo este barranco, traigo de acullá un haz de heno, me entierro en él hasta los ojos y aguardo á la Lechuza... Pero en este medio tiempo apareceis en el llano con la pobre Guillabaora que viene á sentarse á la misma orilla de mi establecimiento: y entónces ¿qué hago? Una broma. Doy un grito como un escaldado y salgo de mi cueva... — ¿Cuál es tu intencion? — Esperar á la Lechuza, que no dejará de llegar primero, y oir lo que habla con el hombre alto por lo que os pueda ir en ello. En todo el llano no hay mas que este tronco de árbol tendido, parece hecho para sentarse en él y desde aquí se descubre mucho terreno. La cita es en la encrucijada, á cuatro pasos, y apostaria á que viene á sentarse aquí. Si no viene y no puedo oir lo que pasa, caigo sobre la Lechuza y temblará el mundo... no haré mas que pagarle lo que la debo por el diente de la Guillabaora: la retorceré el pescuezo hasta que me cante de llano el nombre de los padres de la pobre chica, ya que dijo que los conocia... ¿Qué os parece de mi idea, maestro Rodolfo? — Bien, querido mio; pero es preciso cambiar algo el plan. — ¡Ah! sí: en primer lugar, Churiador, no riñais con nadie por causa mia... Si haceis daño á la Lechuza, el Maestro de Escuela...—No tengas cuidado, pimpollito... Yo pondré de mi mano á la Lechuza... por lo mismo que tiene por defensor al Maestro de Escuela, he de doblar la receta. — Escucha, Churiador; yo sé otro modo de vengar á la Guillabaora, que te diré mas tarde. Por ahora — dijo Rodolfo alejándose algunos pasos de la Guillabaora y bajando la voz — por ahora ¿quieres hacerme un verdadero servicio? — Hablad, maestro Rodolfo. — ¿No te conoce la Lechuza? — La he visto ayer

por primera vez en el Conejo Blanco. — He aquí lo que tienes que hacer... Te esconderás desde luego; mas al punto que la sientas cerca de tí, saldrás del agujero. — ¿Para retorcerla el pescuezo? — No... eso mas adelante... hoy es menester impedir que hable con el hombre alto... Si este ve que hay alguien con ella, no se atreverá á acercarse... Si se acerca, no te separes de ella un solo instante... pues no le hará proposicion alguna delante de tí... — Si el hombre me llama curioso... hago mi negocio, y adelante... al fin no es un Maestro de Escuela ni un Maestro Rodolfo. Sigo á la Lechuza como una sombra, el hombre no dice una sola palabra que yo no oiga, y por último se marcha con su madre gallega... pero he de dar una tunda á la Lechuza ¿verdad? Esto lo necesito para descargar la conciencia... ya me pican las carnes. — Todavía no es tiempo... ¿Sabe la tuerta si eres ó no ladron? — No, á no ser que el Maestro de Escuela la haya enterado de que no me lleva el diablo por ese camino... — Y si se lo ha dicho, tú procurarás hacerla creer lo contrario. — ¿Yo? — Tú. — ¡Qué diablo, señor Rodolfo!... ¿qué me decís?... esa farsa no me acomoda. — Harás lo que quieras.. y verás si te propongo una infamia... Luego que el hombre se haya alejado, como la Lechuza estará furiosa por no haber podido hacer su negocio, procurarás calmarla diciéndola que sabes donde hay un buen gazapo, que estás aquí aguardando á tu cómplice, y que si el Maestro de Escuela quiere tomar parte... ganará mucho oro, y... — ¡Vaya... vaya!... pero, señor... — Al cabo de una hora la dirás: «Mi compañero no viene... sin duda deja el golpe para otro dia...» y citarás á la Lechuza y al Maestro de Escuela para mañana. ¿Entiendes? — Entiendo. — Y esta noche á las diez, me saldrás á la esquina

de la calle de las viudas y los Campos Eliseos: allí te diré lo demas... — Si es una zancadilla, tomad bien las medidas... el Maestro de Escuela es muy ladino... Le habeis sacudido el polvo... y á la menor sospecha es capaz de asesinaros. — No tengas miedo. — ¡Cáspita! vaya una farsa!... haceis de mí lo que os da la gana. Pero no está ahí el mal, porque ya se me alcanza la suerte que aguarda al Maestro de Escuela y á la Lechuza... El mal está... Señor Rodolfo, permitidme decir una palabra. — Habla. — No es porque os crea capaz de tender un lazo al Maestro de Escuela para hacerle caer en manos de la policía. Es un bribon refinado, digno de mil muertes... pero hacerlo prender... eso no me toca á mí. — Ni á mi tampoco, amigo mio; pero tengo unas cuentas que ajustar con él y con la Lechuza, ya que tratan con las personas que me quieren mal... si me ayudas todo saldrá á pedir de boca. — Pues por mí dicho y hecho; porque al fin el uno no vale mas que el otro... ¡Pronto, pronto! — gritó el Churiador; — ya descubro por allá abajo un puntito blanco: es sin duda la marmota de la Lechuza... Marchaos pronto que me voy á mi agujero. — Hasta esta noche á las diez... — En la esquina de la calle de las Viudas y los campos Eliseos; está dicho...

Flor de María no habia oido esta última parte del coloquio del Churiador con Rodolfo. Subió al coche con su compañero de viaje.

CAPITULO DECIMO

EL PASEO.

Quedó Rodolfo pensativo por algunos momentos despues de su diálogo con el Albino. Flor de María le miraba con tristeza sin atreverse á interrumpir su silencio.

Rodolfo levantó la cabeza y dijo con amable sonrisa:

—¿En qué pensais, hija mia? ¿Os ha disgustado el encuentro del Churiador? ¡Estábamos tan alegres!... —Al contrario, señor Rodolfo; no me he disgustado, porque el Churiador podrá seros útil. —¿No se creia en la taberna del Conejo Blanco que este hombre conservaba aun sentimientos honrados? — No lo sé, señor Rodolfo... Antes de lo que pasó ayer le habia visto pocas veces y apenas le habia hablado... lo tenia por tan malo como los demas... — No hablemos mas de eso, prenda mia. Sentiria en el alma contristaros, pues mi objeto es haceros pasar un dia alegre. — ¡Ah! estoy muy contenta, muy alegre. ¡Hacia tanto tiempo que no habia salido de París!... — Desde vuestros paseos con Alegría ¿verdad? — Es verdad señor Rodolfo... ¡Dios mio! era la primavera... pero aunque estamos en el otoño, no por eso tengo menos placer. ¡Qué hermoso sol hace!... ¡mirad aquellas nubecitas color de rosa... y aquella colina!... y aquellas casas blancas tan lindas en medio del arbola-

Rodolfo.
En el llano de San Dionisio.

do... ¡Qué verdes están aun las hojas! es de admirar en el mes de octubre ¿verdad, señor Rodolfo? Pero en Paris las hojas se marchitan tan pronto... ¡Mirad, mirad aquella bandada de palomas como se pone sobre el tejado de un molino!... ¡Jesus! en el campo no se cansa una de mirar; todo es hermoso, todo divierte. — ¡Es admirable el ver cuánto placer os causan todas esas pequeñeces, que forman la verdadera hermosura del campo!

En efecto, á medida que la jóven contemplaba el cuadro risueño que se presentaba á su vista, su fisonomía expresaba mayor placer y exaltacion.

— Y allá abajo... mirad en el barbecho aquel fuego de rastrojo... ¡Cómo sube el humo blanco hácia el cielo!... y aquel arado con sus dos caballos tordos... ¡Cómo me gustaria ser labrador si fuese hombre!.,. ¡Seguir tras el arado en la llanura... y ver los sotos grandes y verdes allá á lo léjos, en un dia hermoso como hoy por ejemplo!... le daría á una ganas de cantar canciones tristes, de esas que hacen saltar las lágrimas... como la de *Genoveva de Brabante*. ¿Sabeis la cancion de *Genoveva de Brabante*, señor Rodolfo? — No, no, prenda mia; pero si quieres darme gusto me la cantarás luego... tenemos por nuestro todo el dia.

Al oir estas palabras, vuelta en sí la Guillabaora de su éxtasis de placer considerando que despues de aquellas horas de libertad pasadas en el campo volveria al encierro de la infestada taberna, ocultó el rostro con las manos y empezó á derramar un copioso llanto.

Rodolfo la dijo sorprendido:

— ¿Qué teneis, Flor de María? ¿porqué llorais? — Nada... por nada, señor Rodolfo — y enjugó la s lágrimas procurando asomar al rostro una sonrisa forzada. — Perdonadme si me entristezco... no ha-

gais caso... no tengo nada, os lo juro: no es mas que una idea... ahora voy á estar alegre. — Pero estabais tan contenta hace un momento... — Por eso mismo... — respondió sencillamente Flor de María levantando hácia Rodolfo los ojos llenos aun de lágrimas.

Estas palabras revelaron á Rodolfo todo el interior de la jóven; y queriendo disipar su melancolía la dijo sonriendo:

— Apuesto á que estabais pensando en vuestro rosal, y que sentiais no traerlo aquí para que disfrutase tambien del paseo.

La Guillabaora tomó esta chanza por motivo para sonreirse, y la tristeza desapareció gradualmente de su ánimo: solo pensó en divertirse y en estar alegre y contenta... En aquel momento se descubrió la torre de la iglesia de San Dionisio.

— ¡Qué hermoso campanario! — exclamó Flor de María. — Es el de la magnífica iglesia de San Dionisio... ¿Quereis verla? haré detener el coche.

La Guillabaora bajó los ojos.

— Desde que estoy en casa de la tia Pelona no he entrado en ninguna iglesia, no me he atrevido. En la prision me gustaba tanto cantar en la misa, y el dia de Corpus hacíamos unos ramilletes tan hermosos para el altar... — Dios es bueno y clemente: ¿por qué temes rogarle y entrar en su iglesia? — ¡Oh! no, no... señor Rodolfo... eso seria como una impiedad... Basta ofender á Dios de otra manera.

Despues de un momento de silencio dijo Rodolfo á la Guillabaora:

— ¿Habeis amado á alguno antes de ahora? — Nunca señor Rodolfo. — ¿Porque? — Ya habeis visto las personas que van al Conejo Blanco... Y ademas, para amar es preciso ser honrada. — ¿Co-

mo? — No depender sino de sí misma... poder... Pero, vamos,.. señor Rodolfo, si lo llevais á bien os ruego que no hablemos de eso. — Bien, Flor de María hablemos de otra cosa... Mas ¿porqué me mirais así? Otra vez teneis lágrimas en los ojos... ¿Soy yo la causa de vuestra pena? — ¡Ah, no! al contrario; pero sois tan bueno para mí que eso mismo me da ganas de llorar... y luego no me tuteais... y... en fin, cualquiera diria al ver la satisfaccion con que me veis alegre, que solo me habeis traido aquí para que me divierta. No contento con haberme defendido ayer,.. me traeis hoy al campo para hacerme pasar un dia como este á vuestro lado... — ¿Sois de veras feliz? — ¡Ah! ¡cuándo olvidaré esta felicidad! — ¡Es tan rara la felicidad! — Sí, muy rara. — Yo, para suplir lo que no tengo, me divierto muchas veces en imaginar lo que podria tener y me digo, Hé aquí lo que desearia poseer... la fortuna que ambiciono..: Y vos, Flor de María ¿no discurris tambien á veces de este modo? ¿no haceis vuestros castillos en el aire? — En otro tiempo, cuando estaba en la prision, sí; ántes de ir á la taberna pasaba el tiempo en cantar; pero ahora raras veces... Y vos, señor Rodolfo ¿qué es lo que ambicionais? — ¿Yo? quisiera ser rico; muy rico... tener criados, una gran casa, ir todos los dias al teatro, á buenas reuniones... ¿Y vos; Flor de María? — ¿Yo? yo seria mejor de contentar: quisiera tener con qué pagar á la tia Pelona, algun dinero para mantenerme mientras no hallase trabajo, y un cuartito bien límpio con vista al campo, para hacer mi labor, y... — Y muchas flores en vuestra ventana... — ¡Ah! eso sí... Vivir en el campo, sí pudiera ser: y nada mas... — Un cuartito para trabajar es lo necesario; pero nunca está de mas el desear algo superfluo... ¿No quer-

riais poseer tambien coches, diamantes y ricos vestidos? — Yo no deseo tanto... Mi libertad, vivir en el campo y estar segura de no morir en un hospital... ¡Ah! sobre todo no morir en un hospital... Este pensamiento, señor Rodolfo, me acomete y me espanta muchas veces. — ¡Oh! si... nosotros los pobres... — No lo digo por la miseria... eso no. Pero despues... cuando una se muere... — ¿Qué? — ¿No sabeis lo que hacen del cuerpo despues de muerto? — No. — Habia en la prision una muchacha conocida mia, que murió en el hospital... ¡oh! su cuerpo fué entregado á los cirujanos... — dijo estremeciendose la pobre criatura. — ¡Eso es horrible!! Pero decidme, niña desgraciada, ¿teneis con frecuencia esos pensamientos? — Os sorprende, señor Rodolfo, el que tenga vergüenza... aun despues de muerta... ¡Ay de mí! *es lo único que me ha quedado.*

Estas palabras conmovieron profundamente á Rodolfo.

Flor de María observó el aire melancólico de su compañero, y le dijo con timidez:

— Perdonad, señor Rodolfo: yo no deberia tener esas ideas. Me habeis traido para que estuviese alegre, y solo hablo de cosas tristes... ¡tan tristes, Dios mio! Yo no sé como es; pero no puedo remediarlo... Nunca he sido tan feliz como hoy, y sin embargo lloro á cada paso... No quereis que llore ¿es verdad, señor Rodolfo?... Pero ya veis que mi tristeza se fué tan pronto como ha venido... Ahora no os daré mas pena... Estaré contenta... Mirad, señor Rodolfo... miradme á los ojos...

Y despues de haber abierto y cerrado los ojos dos ó tres veces para disipar una lágrima rebelde, los abrió cuanto pudo y miró á Rodolfo con una sencillez encantadora.

— Flor de María, os ruego que no os reprimais...

Alegráos si quereis, ó entristecéos si os gusta mas... Tambien yo, hija mia, tengo á veces ideas melancólicas como las vuestras... Seria para mí un tormento el fingir una alegría que en realidad no sintiese. — ¿De veras, señor Rodolfo? ¿tambien vos os entristeceis? — Tambien, hija mia; mi porvenir no es mas seguro que el vuestro... No tengo padre ni madre... si mañana caigo enfermo no sé como he de sostenerme... lo que gano lo gasto en el mismo dia. — Haceis mal; muy mal, señor Rodolfo, — dijo la Guillabaora en un tono de grave reconvencion que le hizo sonreir; — deberiais poner algo en la caja de ahorros... Todo mi mal viene de no haber economizado el dinero... Con cien francos ahorrados, un obrero no depende jamas de nadie, ni se ve nunca en apuros... y los apuros obligan muchas veces á obrar mal. — Ese es un consejo muy prudente, alma mia; ¿pero cómo podria yo reunir 100 francos? — Es muy sencillo, señor Rodolfo. Voy á ajustaros la cuenta... vereis. ¿No me habeis dicho que ganabais á veces cinco francos diarios? — Cuando trabajo, sí. — Es preciso trabajar siempre. ¡Quién os tuviera lástima! Con un oficio tan bueno como el vuestro... pintor de abanicos... deberiais andar siempre contento. Es preciso confesar que sois poco razonable, señor Rodolfo... — dijo la Guillabaora con un tono severo. — Un jornalero puede vivir muy bien con tres francos: os quedan cuarenta sueldos diarios, que vienen á ser sesenta francos al fin del mes... y sesenta francos no es moco de pavo. — Es verdad; pero me gusta tanto andar á la que salta y no hacer nada... — Señor Rodolfo, os lo vuelvo á decir, no teneis mas razon que un chiquillo. — Vaya pues, no os incomodeis, maestrita mia: conozco que me dais buenas lecciones y las seguiré. — ¿De veras?

— dijo la jóven llena de alborozo. = ¡Si supierais qué placer me dais con eso!... Economizaréis cuarenta sueldos diarios ¿no es verdad? — Sí, los economizaré — dijo Rodolfo sonriendo á pesar suyo. — ¿De veras? — Os lo prometo, — Ya vereis qué contento os darán las primeras economías. Pero aun tengo que deciros algo mas si me prometeis no enfadaros... — ¿Tan mal os parece mi genio? — ¡Oh! eso no... pero me parece que no debo... — Nada debeis ocultarme, Flor de María. — Pues bien... entonces... en fin... ya que teneis cualidades tan buenas que no pareceis de vuestro estado... ¡porqué frecuentais unas tabernas como la de la tia Pelona! = Si no hubiese venido á la taberna, no hubiera tenido la dicha de pasar á vuestro lado un dia de campo, Flor de María. = Es verdad; pero no importa, señor Rodolfo... Tambien yo voy muy contenta... pero de buena gana renunciaria el pasar otro dia como este si supiera que os habia de causar algun perjuicio. = Todo lo contrario, porque me dais excelentes consejos para mi gobierno. — ¿Y los seguiréis? = Os lo he prometido bajo mi palabra de honor. Economizaré cuarenta sueldos diarios por lo menos...

En esto dijo Rodolfo al cochero que habia pasado la aldea de Sarcelles: = Toma el primer camino á la derecha, atraviesa Villers-le-Bel, tuerce luego á la izquierda y sigue de frente. = Y volviéndose á la Guillabaora continuó:

= Flor de María, ya que vais tan contenta en mi compañía, podríamos divertirnos haciendo castillos en el aire, como decíamos antes. A lo menos no me echareis en cara lo que gaste de este modo. = ¡Oh! por ese gasto no... Vamos haced vuestro castillo. = No... primero el vuestro, Flor de María. = Pues bien; á ver si adivinais el mio, señor Rodolfo. =

Vamos á ver... Supongo que este camino... y digo este porque vamos por él... —¿Y para qué buscarlo mas léjos? — Supongo pues que este camino nos conduce á una hermosa aldea, muy distante de la carretera. — Sí, cuánto mas retirada mejor. —Está situada en una cuestecita y hay árboles entre las casas. — Y pasa cerquita un riachuelo... — Ni mas ni menos... un riachuelo.., Al fin del lugar hay una linda casa de campo: á un lado de la casa hay un naranjo y una huerta, y al otro lado un jardin con muchas flores, — Y suponemos que es la casa donde vamos. — Sin duda. — ¿Y en donde nos darán leche? — ¡Cómo leche! eso no: rica nata y huevos frescos — Que cojeriamos en el nido nosotros mismos ¿verdad? — Sin duda. — ¿E iríamos al establo á ver las vacas? — Seguramente. — ¿Y tambien las veríamos ordeñar? — Es claro. — ¿Y veríamos el palomar? —Tambien el palomar.— ¡Jesus. que f licidad! —Pero dejadme acabar de haceros la descripcion de la quinta. —Bueno; seguid. — En el piso bajo hay una gran cocina para las personas de la quinta y un comedor para la dueña de casa. — Y la casa tiene persianas verdes... y es tan alegre ¿no es verdad señor Rodolfo? — Vaya las persianas verdes; soy de vuestro parecer.., no hay cosa mas alegre que las persianas verdes... Como es natural, la dueña de la quinta seria vuestra tia. — Ya se vé que sí... y una mujer muy guapa. — Excelente: os amaria como una madre. — ¡Ay, tia de mi alma!... ¡debe ser tan delicioso el ser amada de alguna persona!... — ¿Y la amariais tambien? — ¡Oh! — exclamó la Guillabaora juntando las manos y alzando los ojos al cielo con una expresion de felicidad imposible de pintar.— Oh, sí! la amaría; y tambien la ayudaria á trabajar, á coser, á lavar, á guardar las frutas para el invierno, en

fin, á todos los que haceres de la casa... No se quejaria de mi, no, no; ¡os lo aseguro, señor Rodolfo... Y por la mañana... — Esperad, Flor de Maria que acabe de pintaros la casa... ¡que impaciente sois! — Seguid, seguid, señor Rodolfo: ya se conoce que estais acostumbrado á pintar lindos paises en vuestros abanicos — dijo riendo la Guillabaora. — Pues dejadme acabar mi casa, charlatanita... — Sí, es verdad, soy muy habladora... ¡pero estoy tan encantada con eso!... Vamos, señor Rodolfo, ya os escucho; acabad vuestra casa de campo. = Vuestro cuarto está en el primer piso. = ¡Mi cuarto! ¡qué gusto! ¡Vaya, veamos mi cuarto! = Y la jóven se acercó á Rodolfo, mirándole con sus grandes ojos muy abiertos llenos de curiosidad. = = Vuestro cuarto tiene dos ventanas que dan al jardin de flores y á un prado regado por el riachuelo. Al otro lado del rio hay un soto de viejos castaños en medio de cuyas ramas se vé el campanario de la iglesia. — ¡Ay, que sitio tan lindo, señor Rodolfo! ¿Quien me dejára verlo! —Y tres ó cuatro vacas que pacen al prado separado del jardin por un seto de zarzas. ¿Tambien se ven las vacas desde mi ventana? — Perfectamente. — Y una de ellas seria mi favorita ¿no es verdad, señor Rodolfo? Le haré un collar con una campanilla y la acostumbraré á comer en mi mano. — ¡Qué mas querrá ella! Es blanca, jóven, y se llama Saltarina. — ¡Saltarina! ¡Qué nombre tan lindo! Pobre Saltarina mia, cómo la querré! — Acabemos de arreglar vuestro cuarto, Flor de María: las paredes están cubiertas de una linda tela persiana, y las cortinas son del mismo género: un grande rosal y una enredadera de madreselva cubren el muro de la quinta por el lado de vuestras ventanas, de suerte que solo con alargar la mano, podeis cojer todas las mañanas un ramillete de rosas y de madreselva

cubiertas aun de rocío. — ¡Dios mio, señor Rodolfo, qué buen pintor sois! — Veamos ahora como pasaréis el dia. — Vamos á ver. — En primer lugar vuestra querida tia se llega á vuestra cama y os despierta dándoos un tierno beso en la frente: os lleva una taza de leche, porque teneis el pecho malito; ¡pobre niña! Os levantais, dais una vuelta por la quinta, visitais á vuestra Saltarina, á los pollitos, á los pichones, las flores del jardin.. A las nueve llega el maestro que os enseña á escribir. — ¿Mi maestro? — Ya veis que es preciso aprender á leer, escribir y contar, á fin de ayudar á vuestra tia á llevar los libros de la quinta. — Es claro, señor Rodolfo; no se me habia ocurrido... es preciso que aprenda á escribir para ayudar á mi tia — dijo muy séria la pobre niña, tan absorta con la pintura de una vida tan alagüeña, que creía una realidad. — Despues de vuestra leccion veis en qué estado se halla la ropa blanca de la casa, y os poneis á bordar una cofia de paisana,.. A eso de las dos os ejercitais un poco en escribir, y luego salís con vuestra tia á dar un paseo, á ver á los segadores en el verano y los labradores en el otoño; os fatigais mucho, y volveis á casa con un puñado de yerba cojida por vuestra mano en el campo, para vuestra querida Saltarina. — Porque hemos de volver por el prado ¿no es verdad, señor Rodolfo? — Por supuesto: y hay justamente un puente de madera sobre el rio. Cuando volveis son ya las seis ó las siete; y como en este tiempo son ya frias las tardes, hallais encendido un fuego resplandeciente en la cocina de la quinta, y os poneis á calentar y conversar con la buena gente que allí está cenando y viene del trabajo. En seguida comeis con vuestra tia, y algunas veces os acompaña á la mesa el señor cura ó un labrador acomodado

de la vecindad. Despues os poneis á leer ó trabajar, mientras que vuestra tia juega un rato á los naipes. A las diez os da un beso en la frente, subís á vuestro cuarto, y al dia siguiente empezais de nuevo vuestras ocupaciones y entretenimientos. — De ese modo, señor Rodolfo, cualquiera viviria cien años sin fastidiarse un momento. — Pero esto no es nada: ¿Y los domingos, donde los dejais? ¿Y los dias de fiesta? — ¿Y qué se hace en esos dias, señor Rodolfo? — En los dias de fiesta os engalanais, poneis un lindo vestido de paisana y un sombrerillo redondo que os hace mas hermosa que un sol; subis al cabriolé con vuestra tia y Joaquin, que es el criado de la quinta, para ir á la misa mayor de la parroquia: y en el verano asistir tambien con vuestra tia á todas las fiestas de las parroquias vecinas. Sois tan linda, tan amable, tan hacendosa; vuestra tia os ama tanto y el cura habla tan bien de vuestras cualidades, que todos los labradores jóvenes del contorno desean que baileis con ellos, porque así es como empiezan siempre los casamientos. . Y de este modo vais fijando poco á poco la atencion en un buen muchacho... y...

El silencio de la Guillaboara llenó de sorpresa á Rodolfo, y la miró.

La infeliz criatura reprimia con indecible fatiga los sollozos. . Las palabras de Rodolfo habian deslumbrado por un momento su imaginacion; pero vió por último la realidad, y su contraste con un sueño tan dulce y seductor la presentó el horror de su verdadera situacion.

— Flor de María, ¿qué teneis? — ¡Ah, señor Rodolfo! sin querer me habeis hecho mucho mal... he creido por un momento en ese paraiso... — Pero ese paraiso existe, pobre criatura... ¡Cochero, para!... Mirad, ahí lo teneis.

El cochero se detuvo.

La Guillabaora levantó maquinalmente la cabeza. Estaba en lo alto de una pequeña colina. ¡Cuál fué su asombro, su estupor, al ver la hermosa aldea construida en un declive, la casa de campo, el prado, las hermosas vacas, el riachuelo, el soto de castaños, la torre de la iglesia, el mismo cuadro, en fin, que Rodolfo la habia pintado, delante de su vista!... nada faltaba en este cuadro, ni aun la alegre *Saltarina*, blanca y hermosa ternera que debia ser la futura predilecta de la Guillabaora... Un hermoso sol de otoño iluminaba este delicioso paisaje... Las hojas amarillas y color de púrpura de los castaños se mezclaban con el azul del cielo. —Decidme ahora, Flor de María ¿soy buen pintor ó no?— preguntó Rodolfo sonriendo.

La Guillabaora le miraba con una sorpresa mezclada de inquietud... Lo que veía le pareció sobrenatural.

—¿Qué viene á ser esto, señor Rodolfo?... ¡Dios mio!.... ¿Estoy despierta?... Casi tengo miedo... ¡Cómo! ¿lo que me habeis dicho podria?.. —Nada mas sencillo, hija mia... La dueña de la quinta es mi nodriza, y me he criado aquí... La he escrito esta mañana muy temprano que vendria á verla... he pintado al natural. —¡Teneis razon, señor Rodolfo! no hay nada extraordinario en eso —dijo la Guillabaora dando un profundo suspiro.

La quinta á donde Rodolfo condujo á Flor de María estaba situada á un extremo de la aldea de *Bouqueval*, pequeña parroquia solitaria, ignorada y metida en una quebrada á dos leguas de Ecouen. El coche bajó por el camino que habia indicado Rodolfo, y siguió luego por la llanura entre hileras de cerezos y manzanos. Las ruedas giraban en silencio sobre el césped corto y fino que cubre gene-

ralmente los caminos vecinales.

Flor de María estaba callada y abatida, y Rodolfo casi se arrepintió de haber causado la impresion dolorosa que manifestaba su semblante.

El coche pasó por delante del corral de la quinta, atravesó un espeso olmedo y se paró delante de un pequeño pórtico de madera á la rústica, y medio oculto bajo un frondoso emparrado cuyas hojas empezaba á marchitar el otoño.

—Hemos llegado ya, Flor de María—dijo Rodolfo: —¿estais contenta? —Sí estoy, señor Rodolfo... pero me parece que voy á tener vergüenza delante de la señora; no me atreveré á mirarla... —¿Porqué, hija mia? —Teneis razon, señor Rodolfo... no me conoce.

Y la Guillabaora reprimió un suspiro.

Se esperaba sin duda en la quinta la llegada de Rodolfo, porque al punto que el cochero bajó el estribo, se presentó en el pórtico y se adelantó hácia él con ademan respetuoso una mujer de fisonomía triste, dulce y atractiva, de unos cincuenta años de edad y vestida como las arrendatarias ricas de las cercanías de Paris

El rostro de la Guillabaora se cubrió de un finísimo carmin; despues de un momento de duda bajó del coche.

—Buenos dias, señora Adela, dijo Rodolfo á su arrendataria: no diréis que falto á mi palabra.

Y volviéndose al cochero le puso algun dinero en la mano, y le dijo:

—Puedes volverte á Paris.

El cochero era un hombre bajo y regordete, con el sombrero calado hasta los ojos, y la cara tapada casi enteramente por el cuello de un leviton forrado de grosera piel. Metió el dinero en el bolsillo, y sin decir una palabra subió al pescante, hizo resonar el

látigo y desapareció al momento entre la arboleda.

Flor de María se acercó á Rodolfo inquieta y turbada; y le dijo en voz baja para que no pudiese oir la arrendataria:

— ¡Dios mio! ¿qué habeis hecho, señor Rodolfo? ¿habeis despedido el coche?... — Es claro. — ¿Y la Pelona? — ¡Qué importa la Pelona! — ¡Ah!... tengo que volver á su casa esta noche... No hay remedio... por fuerza, señor Rodolfo... porque sino me tendria por una ladrona... Los vestidos que traigo son suyos... y la debo .. perdonad... — Tranquilizáos, hija mia; yo soy quien debe pediros perdon... — ¡Perdon!... ¿de qué? — De no haberos dicho mas ántes que no debeis nada á la figonera, y que podeis quedaros aquí si es vuestra voluntad, y cambiar esos vestidos por otros que os dará la señora Adela. Es casi de vuestra misma talla y tendrá mucho gusto en prestároslos... Ya lo veis como empieza á hacer su papel de tia. — La Guillabaora creía estar soñando: miraba á Rodolfo y á la arrendataria sin comprender lo que le pasaba. — ¡Cómo! dijo con voz trémula y palpitante: ¿no volveré mas á París?... ¿puedo quedarme aquí?... ¿la señora... me permitirá?... ¡oh, será posible!... ¡vuestro castillo en el aire...! — Aquí lo teneis realizado. — ¡Oh, no! no es posible... seria demasiada felicidad. — La felicidad nunca puede ser demasiada, Flor de María... — ¡Ah! señor Rodolfo, por piedad no me engañeis .. mirad que me hariais mucho mal. — Creedme, amada niña — dijo Rodolfo con voz afectuosa, pero con un tono de dignidad que Flor de María no habia notado en él hasta entónces: — os lo repito; desde hoy podeis, si os place hacer al lado de la señora Adela esa vida cuyo cuadro os ha cautivado tanto. Aunque la señora Adela no sea vuestra tia, os profesará el mas

tierno cariño; pero podréis pasar por sobrina suya entre las personas de la quinta, y esta leve mentirilla hará mas agradable vuestra situacion... Os vuelvo á repetir, Flor de María, que haréis todo esto si os agrada. Luego que os pongais vuestro trajecito de paisana — añadió Rodolfo sonriendo — os llevaremos á ver vuestra favorita la *Saltarina*, hermosa ternera blanca como la nieve, que está aguardando el collar que la teneis prometido... Tambien visitaremos á vuestros amigos los pichones y la lechería, y recorreremos toda la finca... deseo cumplir mi palabra.

Flor de María juntó las manos con vehemencia. La sorpresa, el gozo y la gratitud se pintaron en su estaciada fisonomía: sus ojos se arrasaron de lágrimas, y esclamó:

—¡Señor Rodolfo!... ¡qué!... ¿sois algun ángel del Señor, que así haceis bien á los desgraciados sin conocerlos... y los librais de la vergüencia y de la miseria?... —¡Pobre niña! —repuso Rodolfo con una sonrisa melancólica de profunda é inefable bondad; — aunque jóven aun, he padecido mucho: he perdido una hija que tendria ahora vuestra edad esto os esplicará mi compasion hácia los que padecen... y por vos especialmente. Flor de María, ó mas bien *María*, id con la señora Adela... Sí, *María*, conservad de hoy mas este nombre, dulce y hermoso como vos. Antes de macharme tendré que hablaros, y os dejaré contenta... porque os dejaré feliz y dichosa.

Flor de María no respondió; hizo una inclinacion doblando las rodillas, cojió la mano de Rodolfo, y ántes que este pudiese impedirlo la llevó respetuosamente á los labios con un movimiento lleno de gracia y de modestia, y luego siguió á la arrendataria, que la contemplaba con profundo interés.

Gualterio Murph.

CAPITULO XI.

MURPH Y RODOLFO.

Rodolfo se dirigió al zaguan de la quinta, en donde halló al hombre alto que vestido de carbonero le habia anunciado la víspera la llegada de Tomas Seyton y de Sarah. Murph, que así se llamaba aquel personaje, tenia como unos cincuenta años de edad; á cada lado de su cráneo, enteramente calvo, se elevaban ensortijados dos mechones de pelo rubio y canoso; su rostro largo y encendido estaba completamente afeitado á escepcion de unas pequeñas patillas color de brasa, que no pasaban del nivel de la oreja y se estendian en forma de media luna por la parte superior de sus redondos carrillos. A pesar de su edad y su corpulencia, Murph era ágil y robusto, y en su fisonomía, aunque flemática, resaltaba á veces la benevolencia y la resolucion. Llevaba una corbata blanca, un chaleco largo y un fraque de faldones anchos que no le pasaban de las corvas, y su calzon verdegris era del mismo género que sus botines, que no alcanzaban hasta la hebilla. El traje y el aspecto viril de Murph representaban el perfecto tipo del caballero labrador inglés; pero debemos declarar aquí que era inglés y caballero *(squire)*, pero no labrador. En el momento en que Rodolfo llegó al zaguan, Murph metia un par de pistolas en la bolsa de la calesa despues de haberlas enjugado.

— ¿A quién diablos vas á matar con esas pistolas? le dijo Rodolfo. — Esa es cuenta mia, monseñor, — replicó Murph retirando el pié del estribo. — Haced vuestro negocio, que yo no descuido mi deber. — ¿A qué hora has mandado venir los caballos? — Al anochecer, segun vuestra órden. — ¿Has llegado esta mañana? — A las ocho. La señora Adela ha tenido tiempo para alistarlo todo. — Eres honrado... ¿No estás contento de mí? — ¿No podriais, monseñor, cumplir la tarea que os habeis impuesto sin esponeros á tantos peligros? — Para inspirar alguna confianza á esas gentes, que quiero conocer, ¿no es preciso que adopte su trage, sus costumbres y su modo de hablar? — Pero eso no aleja los peligros de que hablo. Anoche, cuando buscábamos á ese *Brazo Rojo* en la detestable calleja de la Cité, solo el temor de irritaros y desobedeceros ha podido impedirme que os socorriese cuando luchabais con el bandido que habeis encontrado á la entrada de aquella pocilga. — Es decir, señor Murph, que dudais de mi fuerza y de mi valor. — Por desgracia me habeis puesto cien veces en el caso de no dudar de la una, ni del otro. Gracias al Señor, Flatman, el Bertrand de Alemania, os ha enseñado la esgrima; Lacour de Paris (a os ha dado lecciones de *zancadilla* y de *caló*, porque de todo esto necesitabais para vuestras aventuras. Sois intrépido y teneis unos nervios de acero, y aunque delgado y esbelto me venceriais con la misma facilidad que un caballo de carrera vence á un mulo de carga. — Entonces ¿porqué temes? — Yo sostengo, monseñor, que no es prudente el que os andeis esponiendo á cuantos peli-

(a) Célebre profesor de la lucha llamada en frances *savate*, y en español *zancadilla*.

gros se presentan. No digo esto por el inconveniente que hay para que cierto caballero que conozco se tizne la cara con carbon y se convierta en el mismo diablo: á pesar de mis canas y de mi gordura y gravedad me disfrazaré de bolero si conviene á vuestros planes... pero me atengo á lo dicho, monseñor... — ¡Oh! ya lo sé, querido Murph; cuando una idea se introduce en tu cráneo, cuando la lealtad se señorea de tu firme y valeroso corazon, ni el mismo demonio te la arrancaria de allí con sus dientes y uñas... — ¡Cuánta lisonja, monseñor! apostaria á que estais meditando alguna... — Habla; dilo de una vez... — Alguna locura, monseñor. — ¡Pobre Murph! que mala hora escojes para tu sermon... — ¿Porqué? — Estoy en este momento lleno de orgullo y de satisfaccion... me hallo precisamente... — En donde habeis hecho un bien; ya lo sé: la *quinta modelo* que habeis fundado aquí, para recompensar, instruir y estimular á los labradores honrados, es un beneficio inmenso para este país. Generalmente no se piensa mas que en mejorar la condicion del ganado, y vos os desvelais por mejorar la condicion de los hombres... eso es admirable. Habeis puesto al frente de este establecimiento á la señora Adela Georges, y ninguna eleccion pudierais hacer mas acertada... Tiene la virtud de un ángel... ¡Noble y honrada mujer!... Pocas veces me enternezco, y sin embargo he derramado lágrimas al oir sus infortunios... Pero vuestra nueva protegida... Vaya... no hablemos de esto, monseñor... — ¿Porqué? — Monseñor, vos haceis vuestro capricho, y haceis bien... — Yo hago lo que es justo — dijo Rodolfo con un gesto de impaciencia. — Lo que es justo... á vuestro modo de ver... — Lo que es justo para con Dios y mi conciencia — repuso Rodolfo con severidad. — Creo,

monseñor, que no nos entendemos. Os lo repito, no hablemos mas de este asunto. — ¡Y yo os ordeno que hableis! — dijo imperiosamente Rodolfo. — Nunca me he espuesto á que V. A. R. me mandase callar... espero que V. A. no me obligará á decir mas de lo que quiero — respondió Murph con dignidad. — ¡Señor Murph!!! — esclamó Rodolfo con una irritacion que crecia por momentos. — ¡Monseñor! — ¡Ya sabeis, caballero, que no me gustan reticencias'—Perdonad, señor: me conviene usarlas — repuso Murph con orgullo. — Si desciendo hasta la familiaridad, caballero, es á condicion de que vos os elevareis hasta la franqueza.

Seria imposible describir la altivez soberana de la fisonomía de Rodolfo al pronunciar estas últimas palabras.

—Tengo cincuenta años; soy un caballero: V. A. no debe hablarme de ese modo. — ¡Callad!!!... — ¡Monseñor! — ¡Callad!!! — V. A. no deberia poner en el caso á un hombre de honor de recordarle los servicios que le ha prestado... — dijo con frialdad el leal caballero. — ¿Tus servicios? ¡y qué! ¿no te los he pagado de todas maneras?

Debemos confesar que Rodolfo no habia dado á estas crueles palabras el sentido humillante que reducia á Murph á la condicion de un mercenario; pero este las interpretó por desgracia de este modo. Encendiósele el rostro de vergüenza, llevó los puños cerrados á la frente con un ademan de dolorosa indignacion; y dirigiendo la vista á Rodolfo, en cuyas facciones se veía un desden convulsivo y violento, le dijo con voz sofocada y conteniendo un suspiro de tierna conmiseracion: — ¡Mirad, señor, que no teneis razon! ..

Estas palabras llevaron á su colmo la irritacion de Rodolfo; una llama terrible brilló en sus ojos,

y adelantándose hácia Murph con los labios pálidos como un cadáver, esclamó:

—¡Te atreverás, tú!...

Murph retrocedió, y dijo como á pesar suyo:

— ¡Monseñor!... ¡Monseñor!... ¡ACORDAOS DEL 13 DE ENERO!

Estas palabras hicieron en Rodolfo un efecto mágico. Su rostro, contraido por la cólera se dilató. Miró fijamente á Murph, bajó luego la cabeza, y despues de un momento de silencio murmuró con voz alterada:

—¡Murph! ¿qué crueldad es esa? .. mi dolor, mi arrepentimiento me hacian esperar que... ¡Y sois vos el que!... ¡Sois vos!...

Rodolfo no pudo continuar, faltóle la voz, cayó sentado en un banco de piedra y cubrió el rostro con las manos.

— ¡Monseñor! —esclamó Murph con acento doloroso! — ¡mi buen señor, perdonadme, perdonad á vuestro antiguo y leal servidor! Si he dicho esas palabras ha sido en el último apuro y temiendo... ¡ah! no por mí... sino por vos... las consecuencias de vuestra ira... las he dicho á pesar mio, sin ánimo de ofenderos, sin enojo y solo por compasion... ¡Monseñor! me pesa de haber sido tan ligero... Por Dios santo, señor, ¿quién puede conocer vuestro carácter mejor que yo, que no os he abandonado desde vuestra infancia?... Perdonadme, perdonad que os haya recordado ese dia funesto... ¡Ah, cuánto lo habeis espiado!

Alzó Rodolfo la cabeza, y pálido como la cera, dijo á su compañero con voz suave y melancólica:

— Basta, basta, mi leal amigo; te doy gracias por haber calmado con una palabra mi desmedida irritacion: no me disculpo de haberte tratado con dureza, pues sabes bien que *hay mucho camino de*

los labios al corazon, como dicen las buenas gentes de nuestra tierra. Estaba loco: no hablemos mas de eso —¡Ah! ahora os veré triste por mucho tiempo... ¡Qué desgracia la mia!... mi único anhelo es el libraros de ese humor sombrío, y á cada paso os estoy sepultando mas y mas en él con mi indiscrecion... ¿De qué me sirven luego mi honradez y mis canas si no soy capaz de sufrir con resignacion las ofensas que no merezco? — No hay duda: hablais bien;... pero los dos hemos faltado á la razon, vejete mio — le dijo Rodolfo con dulzura. — Dejemos eso, y volvamos á nuestra conversacion... Tú alabas la fundacion de este establecimiento y el profundo interés que me inspira la señora Adela... Confiesas que mereceria este interés por sus raras cualidades y por su infortunio, aun cuando no perteneciese á la familia de Harville... á esa familia que mereció de mi padre un eterno reconocimiento... — He aprobado siempre la proteccion y las bondades que dispensais á la señora Adela, monseñor. — Pero te asombras de ver el interés que tomo por esa infeliz criatura perdida ¿no es verdad? —Perdonad, señor... No he tenido razon... lo conozco. — No... ya lo sé. Las apariencias han podido engañarte... Mas como conoces toda mi vida y mis secretos... como me ayudas con tanto valor como lealtad á llevar á cabo la espiacion que me he impuesto á mí mismo... mi deber, ó, si mejor te place, mi reconocimiento me obliga á convencerte de que no obro con lijereza. —Así lo creo, monseñor. —Conoces mis ideas con respecto al bien que debe hacer el hombre que posee las circunstancias de *saber*, *voluntad* y *poder*.. Socorrer al infortunio honrado cuando se queja de los males que sufre, es accion meritoria. Buscar á los que cambaten la miseria con honor y con energía y

ausiliarlos, á veces sin que lo sepan, es aun mejor accion... Prevenir á tiempo el desamparo y las tentaciones que conducen al crímen..... es mejor todavía. Rehabilitar, restituir á la honradez á los que han conservado puros algunos sentimientos generosos en medio de la degradacion en que se ven condenados, de la miseria que los consume y de la corrupcion que los rodea, y arrostrar para esto el contacto de esa miseria, de esa corrupcion y de esos seres nauseabundos... es obra superior á todas. Perseguir con ánimo vigoroso é implacable el vicio, la infamia y el crímen, ya se arrastren por el cieno ó se encumbren en los palacios de la grandeza, no es mas que justicia... Pero acudir ciegamente á la miseria merecida, y prostituir y degradar la limosna y la piedad, eso seria horrible, impío y sacrílego. Eso haria dudar del mismo Dios; y el que da, debe hacerlo para que se crea en él y para ensalzar su nombre. —Monseñor, yo no he querido decir que hubieseis empleado mal vuestros beneficios. — Escucha, fiel amigo... Ya sabes que la hija cuya muerte deploro sin cesar, y á la cual hubiera amado tanto mas cuanto mayor ha sido la indiferencia con que la ha mirado Sarah, su indigna madre, deberia tener ahora algo mas de diez y seis años... como esa infeliz criatura. Sabes tambien que no pudo ménos de dejarme arrastrar por una profunda y dolorosa simpatía hácia las jóvenes de esta edad... —Lo sé, monseñor... y así es como debí haberme explicado el interés que sentís por vuestra protegida.... Ademas ¿no se honra á Dios socorriendo á todos los desgraciados? — Sí, amigo mio.... cuando lo merecen; y por eso nadie es mas digno de compasion y respeto que una mujer como la señora Adela, que educada por una madre buena y piadosa en la estrecha

observancia de todos los deberes, no ha faltado jamas á ellos... ¡jamas!!! á pesar de haber sido víctima de la adversidad mas espantosa... Pero ¿no se honra tambien á Dios sacando del fango de la vida á una de esas raras criaturas á quienes se ha complacido el cielo en colmar de sus dones?... ¿No merece tambien compasion y respecto una niña desventurada, que abandonada á su solo instinto, atormentada, envilecida y despreciada, ha conservado en el fondo de su alma las nobles virtudes con que Dios la habia dotado? ¡Si hubieras oido á esa pobre niña!... Al escuchar la primera palabra afectuosa que la dirigí; al oir la primera voz honrada y amiga que llegó á sus oidos, brotaron en su alma ingenua el gusto, la inclinacion y los pensamientos mas puros y delicados, á la manera que las flores silvestres abren su hermoso seno en la primavera á los primeros rayos del sol... En mi conversacion de una hora con Flor de María he descubierto en ella tesoros de bondad, de gracia y de cordura: sí, de cordura, amigo mio. Con la sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos he oido sus inocentes consejos llenos de razon, para inducirme á que ahorrase cuarenta sueldos diarios á fin de poder combatir un reves inesperado y librarme de malas tentaciones. ¡Pobre inocente niña! me hablaba en un tono tan serio y de tan profunda conviccion, experimentaba tal complacencia al darme sus sanos consejos, y fué tal su gozo al oir mi promesa de que los seguiria, que he dejado correr algunas lágrimas no pudiendo reprimir la dulce sensacion que experimentaba... pero tú tambien te enterneces mi querido Murph. —Si, monseñor.... eso de haceros economizar cuarenta sueldos diarios... teniéndoos por un jornalero... en lugar de comprometeros á que gastaseis con ella... si;

ese rasgo me llega al corazon. — Silencio; ahí viene la señora Adela... Ten todo listo para marcharnos, pues debemos llegar temprano á Paris.

Flor de María estaba desconocida, gracias al cuidado de la señora Adela. Una linda cofia de paisana y dos gruesas bandas de cabello rubio coronaban su rostro virginal. Un pañuelo de muselina blanca cruzaba su seno, cubierto tambien en parte por la pechera de un delantal de tafetan tornasolado, cuyos visos azules y color de rosa lucian sobre el fondo obscuro de un vestido del cármen, que parecia haber sido hecho para ella. El semblante de la jóven estaba serio y lleno de profundo recojimiento; pues hay felicidades que inspiran en el alma una tristeza inefable y una santa melancolía. La séria gravedad de Flor de María no sorprendió á Rodolfo, porque lo esperaba: alegre y habladora, hubiera formada de ella una idea ménos elevada.

En el semblante triste y resignado de madama Geor es se descubrian las huellas de una larga adversidad: miraba á Flor de María con una compasion tranquila, profunda y casi maternal, porque la gracia y la dulzura de la jóven criatura habian cautivado su simpatía.

— Aquí teneis á *mi hija*, señor Rodolfo... que viene á daros gracias por las bondades que la dispensais — dijo madama Georges presentando la Guillabaora á Rodolfo.

Al oir las palabras *mi hija*, la Guillabaora volvió lentamente los ojos hácia madama Georges, y la miró por algunos momentos con una expresion de indecible reconocimiento.

— Os doy gracias por María, querida señora: es digna del tierno interés que por ella tomais... y nunca dejará de merecerlo. — Señor Rodolfo, —

dijo la Guillabaora con voz trémula — ya lo sabeis... ¿no es verdad?... ¿qué no encuentro nada que deciros?... — Vuestra emocion me lo dice todo, amada niña. — ¡Oh! conoce bien la mano de la Providencia en su felicidad — dijo la señora Adela enternecida. — Su primera accion al entrar en mi cuarto, ha sido echarse á los piés de un crucifijo. — Es porque ahora, gracias á vos, señor Rodolfo... no tengo miedo de rezar.

Murph se volvió de repente para no revelar la emocion que le habian causado las sencillas palabras de la Guillabaora.

Rodolfo dijo á esta :

— Hija mía, tengo que hablar con la señora Adela... Mi amigo Murph os llevará á ver la quinta... y os hará ver vuestros futuros protegidos: nosotros os seguiremos dentro de un rato... ¡Hola, Murph... Murph! ¿no me oyes?

El buen hidalgo estaba en aquel momento vuelto de espaldas y fingia sonarse con un estrépit formidable: metió el pañuelo en el bolsillo, caló el sombrero hasta los ojos, volviéndose de medio lado ofreció el brazo á María. Habia maniobrado con tal destreza que ni Rodolfo ni madama Adela pudieron notar la inmutacion de su semblante. Cojió del brazo á María, dirigióse con ella á las cuadras de la quinta, y sus pasos eran tan largos y desco - pasados que la Guillab ora tuvo que correr, como habia corrido en otro tiempo detrás de la Lechuza. — ¿Qué os parece de María, señora Adela?— dijo Rodolfo. — Ya os he dicho, señor Rodolfo, que apenas vió un crucifijo al entrar en mi cuarto, cuando se echó de rodillas delante de él. Me seria imposible pintaros lo espontáneo y fervoroso de aquel acto de la pobre niña : al momento he conocido que su alma no estaba pervertida. La expre-

sion del agradecimiento que os profesa, señor Rodolfo, es pura, sencilla y libre de toda exageracion. Os diré dos palabras que os probarán cuán natural y vehemente es en ella el instinto religioso; cuando yo la dije: «¿No ha sido muy grande vuestra sorpresa y vuestro gozo al deciros el señor Rodolfo que os quedariais aquí?... ¡Qué impresion tan profunda debió causaros esta noticia!...» ¡Oh, sí! — me respondió; — cuando el señor Rodolfo me dijo eso, no sé lo que me pasó aquí dentro; pero sentí el mismo gozo piadoso que cuando entraba en una iglesia.. es decir, cuando me dejaban entrar — añadió; porque ya sabréis, señora Adela, que yo... No la dejé proseguir al ver su rostro encendido y cubierto de rubor. — «Ya sé, hija mia... os daré siempre el nombre de hija ¿quereis?... ya sé que habeis padecido mucho, pero Dios bendice á los que le aman y le temen... á los desgraciados como á los arrepentidos...» — Cada vez estoy mas contento con mi obra, mi querida señora Adela. Esa pobre niña cautivará vuestro amor... habeis conocido bien sus excelentes cualidades. — Lo que tambien me ha sorprendido, señor Rodolfo, es el que no me ha hecho la menor pregunta acerca de vos, sin embargo de que todo esto debe excitar en ella mayor curiosidad Esta reserva prudente y delicada me indujo á querer averiguar si sabia algo acerca de vos, y la dije: «Debeis tener mucha curiosidad por saber quien es vuestro misterioso bienhechor.» «*Ya lo sé...* — repuso con una sencillez encantadora; — *se llama mi bienhechor.*» — Segun eso le amaréis ¿no es verdad? Ocupará á lo ménos ¡mujer virtuosa! una parte de vuestro corazon... — Sí, la consagraré mi cuidado y mis desvelos... como los consagraria tambien á... él... — dijo la Señora Adela con angustiada voz.

Rodolfo la cogió de la mano.

— Vamos, vamos, no os desalenteis tan pronto... Si hasta hoy han sido vanos nuestros pasos, podrá ser que un dia...

La Señora Adela meneó la cabeza con tristeza y amargura; y dijo:

— ¡Pobre hijo mio!.... tendria ahora veinte años!... — Decidme mas bien que los tiene... — ¡Dios lo haga y os escuche, señor Rodolfo! — Así lo espero. Ayer he ido á buscar á un cierto *Brazo Rojo*, que segun me habian informado podria darme alguna noticia de vuestro hijo. Al salir de su casa y despues de una quimera que allí tuve, encontré á esa desgraciada jóven. — ¡Ah Señor!... es á lo ménos una dicha el que en medio de los desvelos que os acarrea vuestro deseo de protegerme, halleis ocasiones de socorrer el infortunio. — ¿No habeis recibido noticias de Rochefort? — Ninguna — dijo madama Adela con voz apagada y trémula. — ¡Tanto mejor!... No queda duda de que ese monstruo pereció en los bajos de fango al querer huir de pres...

Rodolfo se detuvo en el momento de pronunciar esta terrible palabra.

— ¡De presidio! ¡ah, decidlo... de presidio!... — exclamó la desgraciada señora llena de horror y con una expresion de delirio. — ¡El padre de mi hijo!... ¡Ah! si vive aun ese hijo desventurado... si como yo no ha cambiado de nombre, ¡qué vergüenza, Dios mio!... ¡qué ignominia! Pero esto no es lo peor... Si su padre ha cumplido su horrible promesa... ¡Ah! ¿qué ha hecho de mi hijo? ¿porqué me lo ha robado? — Ese misterio es la tumba de mi espíritu — dijo Rodolfo con aire pensativo. — ¿Con qué fin os ha robado ese miserable vuestro hijo hace quince años, cuando quiso mar-

charse al extrangero, segun me habeis dicho? Un niño de aquella edad no podia menos de embarazar su huida. — ¡Ah, señor Rodolfo! cuando mi *marido* (la infeliz se estremeció al pronunciar esta palabra), despues que lo arrestaron en la frontera, fué conducido á Paris y puesto en la cárcel, en donde se me ha permitido hablarle, me dijo con horrible énfasis: «Me he llevado á tu hijo porque le amas, y porque es un medio de obligarte á que me envies dinero, del cual disfrutará conmigo... ó del cual no disfrutará... esa es cuenta mia... Que viva ó que muera poco te importa... pero si vive, pierde cuidado que yo le pondré en buen lugar... sufrirás la ignominia del hijo como has sufrido la ignominia del padre.» ¡Ah! un mes despues mi marido fué condenado á presidio perpetuo... Desde entonces nada he podido saber de la suerte de mi hijo á pesar de mis ruegos y de mis cartas. ¡Ah, señor Rodolfo! ¿en dónde está mi hijo? Aun oigo aquellas horribles palabras: «¡Sufrirás la ignominia del hijo como has sufrido la del padre!» — Pero eso seria una atrocidad inesplicable; ¿á qué fin iniciar en el vicio y la corrupcion á un niño inocente? pero sobre todo ¿á qué fin robároslo? — Ya os lo he dicho, señor Rodolfo; para obligarme á enviarle dinero, pues aunque me habia arruinado, me quedaban todavía algunos recursos que he agotado de este modo. A pesar de su perversidad no podia creer que dejase de consagrar una parte del dinero á la educacion del desgraciado niño...—¿No tenia vuestro hijo alguna señal, algun indicio por el cual pudiera ser conocido? — Ninguna, señor Rodolfo, escepto la que os he dicho: un agnusdei grabado en lapislázuli, colgado al cuello con una cadenita de plata. Esta reliquia la habia bendecido el Santo Padre. — Vamos, valor, señora Adela.

Dios es omnipotente. — Sí, señor Rodolfo: solo á su providencia debo vuestro socorro. — Pero ha sido demasiado tarde, mi querida señora. Muchos años de aciaga pesadumbre os hubiera evitado, si... — ¡Ah, señor Rodolfo! ¿no me habeis colmado de beneficios? — ¿En qué? He comprado esta quinta. En vuestra prosperidad erais hacendosa por recreo, y haciais valer vuestros bienes: habeis consentido en servirme aquí de directora, y gracias á vuestros desvelos y actividad, este establecimiento produce... — ¿Os produce, monseñor? — dijo madama Adela interrumpiendo á Rodolfo: — las rentas no solo se emplean casi enteramente en mejorar la suerte de los labradores, que tienen por un gran favor el entrar en esta quinta modelo, sino tambien en socorrer á muchos desgraciados del distrito, por la mediacion de nuestro virtuoso párroco el Señor Laporte. — Ya que hablais de ese buen cura — interrumpió Rodolfo para evitar las alabanzas de la señora Adela — ¿habeis tenido la bondad de noticiarle mi llegada? Quisiera recomendarle mi protegida... ¿Ha recibido mi carta? — El señor Murph se la ha llevado esta mañana. — En esa carta referia en pocas palabras á nuestro buen párroco la historia de esa niña: y aunque no estaba seguro de poder venir hoy, Murph os hubiera traido á Flor de María.

Un criado de la quinta entró en el jardin é interrumpió este diálogo.

—Señora, el señor abad os espera. — ¿Ha llegado la silla de posta, hijo mio? — dijo Rodolfo. — Sí, señor Rodolfo; están enganchando.

Y el criado salió del jardin.

La señora Adela, el cura y los habitantes de la quinta solo conocian al protector de Flor de María por el nombre de Rodolfo. La discrecion de Murph

era imperturbable, pues ponia tanto cuidado en *monseñorear* á Rodolfo en su conversacion privada con él, como en llamarle simplemente *Señor Rodolfo* cuando le hablaba delante de otras personas.

— Se me habia pasado deciros, señora - dijo Rodolfo marchando hácia la casa — que María tiene el pecho malo segun creo ; las privaciones y la miseria han alterado su salud. Esta mañana he notado su palidez, á pesar de que sus mejillas estaban muy encendidas, y sus ojos tenian un brillo algo febril... Necesita mucho cuidado. — Contad con mis desvelos, señor Rodolfo. Pero no será cosa de peligro si Dios quiere. A su edad, en el campo, respirando el aire libre, con reposo y felicidad, pronto recobrará la salud perdida. — Así lo espero ; pero sin embargo no me fio en vuestros médicos de aldea : diré á Murph que os traiga mi médico, que es un doctor negro muy hábil, y os dirá el método que debeis seguir con María... Mas adelante, cuando su espíritu esté tranquilo, pensaremos en su porvenir... Acaso convendrá mas que permanezca á vuestro lado si estais contenta con ella. — Ese es mi deseo, señor Rodolfo... ocupará el lugar del hijo cuya pérdida lloro noche y dia. — En fin, esperemos que Dios no os desamparará á vos ni á ella.

Cuando Rodolfo y la señora Adela estaban ya cerca de la casa, se incorporaron con ellos Murph y María.

El buen caballero dejó el brazo de la Guillabaora, y dijo con visible emocion al oido de Rodolfo :

— Esta criatura me ha embrujado : no sé si me interesa mas que la señora Adela... He sido un macho, una bestia bravía. — Ya sabia yo que habias de hacer justicia á mi protejida, amigo Murph — dijo Rodolfo apretando la mano del hidalgo.

La señora Adela, apoyada en el brazo de María, entró en la sala del piso bajo, en donde se hallaba el párroco Laporte.

Murph se fué á preparar lo necesario para su regreso y el de Rodolfo, y la señora Adela, Maria, Rodolfo y el cura quedaron solos.

Los muebles y paredes de este aposento, sencillo, pero cómodo y abrigado, estaban cubiertos de tela persiana como el resto de la casa y segun habia dicho Rodolfo á la Guillabaora. Cubria su piso una alfombra fuerte y bien tejida, el fuego de la chimenea daba un calor agradable, y dos hermosos ramilletes de flores puestos en vasos de cristal llenaban el aire de un olor balsámico y suave. Por las persianas verdes y entreabiertas se veia el prado y el riachuelo y mas allá el frondoso soto de castaños.

El cura estaba sentado junto á la chimenea: tenia ochenta años, y servia aquella pobre parroquia desde los últimos dias de la revolucion.

Nada mas favorable que su fisonomia senil, descarnada y melancólica; su largo cabello blanco caia sobre el cuello de una sotana negra remendada en várias partes. El buen cura decia que era mas decente en su ministerio el llevar una misma sotana dos ó tres años y vestir á dos ó tres niños pobres con buen paño, que andar siempre de nuevo y tener muchos feligreses desabrigados. Como era tan viejo le temblaban las manos sin cesar y cuando las levantaba para accionar en la conversacion, parecia que estaba echando bendiciones.

— Señor abate — dijo respetuosamente Rodolfo, la señora Adela quiere encargarse de esta niña, á quien os suplico dispenseis vuestra bondad.—Tiene derecho á ella, buen señor, como todos los que vienen á nosotros... La clemencia de Dios es inago-

table, hija mia... os lo ha probado con no abandonaros... en trances bien dolorosos .. Todo lo sé... —Y cojió una mano de Maria entre las suyas trémulas y venerables. — El hombre generoso que os ha salvado llenó aquella sentencia de la Escritura: «El Señor está cerca de los que le invocan llenará los deseos de los que le temen; escuchará su clamor y los salvará. » Ahora hacéos digna de su bondad con vuestra conducta; me hallareis siempre dispuesto á animaros y sosteneros en la buena senda por que habeis entrado. Tendreis en la señora Adela un buen ejemplo diario y constante... en mí un consejero diligente. El Altísimo concluirá la obra. — Y yo le pediré por los que han tenido compasion de mí y me han traido á su santa ley, padre mio... — dijo la Guillabaora cayendo de rodillas delante del sacerdote.

La emocion que sentia era demasiada viva: la ahogaban los sollozos.

La señora Adela, Rodolfo y el sacerdote sintieron tambien una profunda y religiosa conmocion.

— Alzaos, querida hija mia — dijo el cura: — pronto merecereis... la absolucion de las grandes culpas de que habeis sido mas bien víctima que culpable; porque, segun las palabras del profeta: « El Señor sostiene á los que están para caer, y levanta á los que han caido. »

Murph abrió en aquel momento la puerta de la sala

— Adios, padre mio... adios, señora Adela... os recomiendo vuestra hija... nuestra hija mas bien. Adios, María: pronto volveré á veros.

El venerable párroco apoyado en los brazos de la señora Adela y de la Guillabaora, salió de la sala para ver partir á Rodolfo.

Los últimos rayos del sol iluminaban aquel grupo interesante y melancólico.

Un sacerdote anciano, símbolo de la caridad, del perdon y de la esperanza eterna ..

Una mujer que ha sufrido todas las amarguras que pueden afligir á una esposa y á una madre...

Una jóven que sale apenas de la infancia, sumida pocos momentos antes en el abismo del vicio por la miseria y por la seduccion de infames criminales...

Rodolfo subió al carruage, Murph se sentó á su lado, y los caballos partieron al galope.

CAPÍTULO XII.

LA CITA.

A las doce en punto de la mañana que siguió al dia en que Rodolfo habia confiado la Guillabaora al cuidado de la señora Adela, se hallaba aquel en traje de jornalero, abrigado á la puerta de la taberna llamada el *Canastillo Florido*, no lejos de la Barrera de Bercy.

A las diez de la noche del dia anterior el Churiador habia concurrido puntualmente á la cita dada por Rodolfo, cuyo resultado veremos mas adelante. Era pues mediodia y el aguá caía á torrentes. El Sena habia crecido tanto con las lluvias casi continuas, que llegaba á una altura extraordinaria é inundaba una parte del muelle. Rodolfo miraba de cuando en cuando con impaciencia hácia el lado de la barrera; por último descubrió á un hombre y una mujer que se adelantaban cubiertos con un paraguas, y reconoció á la Lechuza y al Maestro de Escuela.

Estos dos personages se habian trasformado completamente: el bandido habia depuesto su aire de brutal ferocidad, y en lugar del mal vestido con que le habia visto Rodolfo, llevaba una levita de paño verde, un sombrero redondo, y su corbata y camisa eran de una extremada blancura. Sin la espantosa fealdad de su rostro y el horrible fuego de su mirar incierto, cualquiera le hubiera tenido por un hombre pacífico y honrado.

La tuerta llevaba en lugar de sus asquerosos trapajos una toca blanca un gran chal de felpa de seda, y tenia en el brazo un canastillo de grande tamaño.

Cesó la lluvia por un momento, y venciendo Rodolfo el horror que le causaba la espantosa pareja, se adelantó hácia ella. El Maestro de Escuela habia sustituido al caló de la taberna un lenguaje casi exquisito, que anunciaba un talento cultivado y hacia un extraño contraste con sus inclinaciones sanguinarias. Luego que Rodolfo se aproximó, saludólo el bandido con una inclinacion, y la Lechuza hizo tambien su reverencia.

—Caballero.... vuestro servidor... —dijo el Maestro de Escuela. —Os ofrezco mi respeto, y me alegro de conoceros... ó mas bien de volver á veros... porque anteayer os habeis introducido en mi gracia con unos puñetazos que podrian aturdir á un elefante... Pero no hablemos de esto ahora: ha sido una broma de vuestra parte... estoy seguro... una pura broma. Pero dejemos á un lado ese extraño lance, porque hoy nos reunen graves intereses... A las once de la noche anterior he visto en la tasca al Churiador, y le dije que saliese esta mañana á este mismo sitio si queria ser nuestro... colaborador; mas parece que se niega absolutamente. —¿Y vos aceptais? —Si gustais, señor... ¿cuál es vuestro nombre? —Rodolfo. —Señor Rodolfo... entraremos, si gustais, en el *Canastillo Florido*, porque ni la señora ni yo nos hemos desayunado todavía... Hablaremos con calma de nuestros negocios al paso que echarémos un taco. —De lindo gusto. —Al paso podemos ir hablando. Vos y el Churiador nos debeis sin disputa una indemnizacion á mi mujer y á mí... nos habeis hecho perder mas de 2,000 francos. La Lechuza tenia que

avistarse cerca de San Ouen con un caballero alto y enlutado que preguntó por vos en el Conejo Blanco, y habia ofrecido 2,000 francos por haceros no sé qué servicio... El Churiador me ha explicado despues todo ese negocio... Pero vamos pensando en el almuerzo, querida: — dijo el bandido volviéndose á la Lechuza — adelántate y pide unas chuletas, ternera asada, una ensalada y dos botellas de Burdeos de primera: luego llegaremos los dos.

La Lechuza, que no habia apartado un momento la vista de Rodolfo, se alejó despues de haber dirigido una mirada al Maestro de Escuela. Este continuó:

— Decia pues, señor Rodolfo, que el Churiador me habia puesto al corriente sobre esa proposicion de los dos mil francos. — No os comprendo. — Quiero decir, que el Churiador me ha informado poco mas ó menos de lo que el señor enlutado pretendia que se os hiciese por sus dos mil francos.. — Bueno, ¿y que? — No tan bueno como os parece, mocito; porque habiendo encontrado ayer por la mañana el Churiador á la Lechuza cerca de san Ouen, no se separó de ella un solo momento hasta que vió llegar al señor alto enlutado; por manera que este no se atrevió á acercarse. Debeis por tanto daros trazas para ganar los dos mil francos perdidos. — Nada mas fácil... Pero volvamos á nuestro asunto: habia propuesto un negocio soberbio al Churiador; mas despues de haber aceptado se retractó. — Tiene ideas singulares... — Mas al retractarse me ha observado... — Os ha hecho observar... — ¡Cáspita !... teneis la gramática en la punta de los dedos. — Ya veis; soy maestro de Escuela... — Me ha hecho observar qne no era como el perro del hortelano, que no come ni deja comer,

y me ha insinuado que vos podriais ayudarme á dar un golpe de mano. — ¿Podreis decirme, y perdonad la indiscrecion, á que fin habeis citado ayer al Churiador para San Ouen, lo cual le ha proporcionado la dicha de encontrarse con la Lechuza? Algo embarazado se vió para responderme á esta pregunta.

Rodolfo se mordió imperceptible los labios, y respondió alzando los hombros:

— Ya lo creo; no le he dicho mas que la mitad de mi proyecto... como no estaba seguro de que aceptase... — Prudente habeis andado. — Y tanto mas prudente, porque tenia dos cuerdas que tocar. — Sois muy precavido... pero la cita qne habiais dado al Churiador en san Ouen era para...

Rodolfo, despues de un momento de incertidumbre, tuvo la dicha de hallar una fábula verosimil para remediar la torpeza del Churiador, y repuso:

— Hé aquí lo que hay en el asunto: El golpe que intento dar es muy bueno y seguro, porque el dueño de la casa se halla en el campo... Todo mi recelo era el que volviese á Paris, y á fin de asegurarme he ido á Piedrafita, en donde tiene su casa de campo, y me cercioré de que no vendrá hasta pasado mañana. — Muy bien, pero volvamos á la cuestion .. ¿ Porqué habeis citado al Churiador para San Ouen? — ¡Qué rudo sois!... ¿Cuánto hay de Piedrafita á San Ouen? — Cerca de una legua. — ¿Y de San Ouen á Paris? — Otro tanto. — Pues bien; si no hubiese hallado á nadie en Piedrafita, es decir, si la casa estuviese desierta... habria tambien allí un gazapo que cojer... menos bueno que en Paris, pero no despreciable. He vuelto á San Ouen para verme con el Churiador que me esperaba, y debíamos volver á Piedrafita por un camino trasversal que yo conozco; y... — Ya

comprendo. ¿Pero qué hariais si el lance debiese ser en Paris? — Por la barrera de la Estrella al camino de la Revolté; y de allí á la calle de las Viudas. — Es claro no hay mas que un paso. La evolucion es muy diestra, porque desde san Ouen podiais emprender igualmente bien cualquiera de los dos golpes. Ahora me explico la presencia del Churiador en San Ouen... Decíamos que la casa de la calle de las Viudas estarà sin gente hasta pasado mañana. — Sin una alma mas que el portero. — ¿Es operacion que valga la pena de...? — Sesenta mil francos en oro en el gabinete del dueño. — ¿Conoceis bien las entradas y salidas? — Como à mis manos. — ¡Chiton!... hemos llegado ya á la taberna: ni una palabra delante de los profanos. Tengo un apetito furioso, ¿ y vos?

La Lechuza estaba en el umbral de la puerta del figon.

— Por aquí — dijo — por aquí... he mandado poner el almuerzo.

Rodolfo quiso hacer entrar ántes al bandido, y tenia sérias razones para ello;... pero el Maestro de Escuela se resistió de tal modo á admitir este obsequio que Rodolfo tuvo que entrar primero. Antes de sentarse á la mesa, el Maestro de Escuela tocó lijeramente los tabiques á fin de asegurarse de su espesor y sonoridad.

— No hay necesidad de hablar muy bajo — dijo; — el tabique no es delgado. Nos servirán todo el almuerzo de una vez, y con eso no seremos interrumpidos en la conversacion.

Entró con el almuerzo una criada, y àntes que se retirase vió Rodolfo al carbonero Murph gravemente instalado en una mesa del cuarto inmediato. El aposento en que pasaba esta escena era largo estrecho y alumbrado por una ventana que daba, á

la calle en frente de la puerta. La Lechuza estaba de espaldas á esta ventana, el Maestro de Escuela á un lado de la mesa y Rodolfo al otro lado.

Luego que salió la criada se levantó el bandido, cojió su cubierto y fué á sentarse al lado de Rodolfo, de manera que le interceptaba la puerta.

— Estaremos mas á gusto — dijo — y no tendremos que hablar muy alto. — Ya... y tambien porque quereis impedirme que salga por la puerta — dijo con calma Rodolfo.

El Maestro de Escuela hizo un gesto afirmativo, y sacando del pecho un puñalito largo y redondo como una pluma de ganso, cuyo mango de madera desaparecia en sus velludos dedos, dijo:

— ¿Veis este instrumento? — Sí. — Aviso á los aficionados...

Y frunciendo las cejas hizo un movimiento significativo y arrugó su frente achatada como la de un tigre.

— Palabra de honor: yo misma he afilado el *churi* de mi hombre, — añadió la Lechuza.

Rodolfo metió la mano bajo la blusa con una calma maravillosa, sacó una pistola de dos tiros, la enseñó al Maestro de Escuela y volvió á meterla en el bolsillo.

— Muy bien... hemos nacido para entendernos el uno al otro — dijo el bandido; — pero no me comprendeis... Yo quiero suponer lo imposible... Si viniesen á prenderme, ya me hubieseis ó no tendido un lazo... os *despacharia* en el acto.

Y dió una mirada feroz á Rodolfo.

— Y yo me echaria tambien sobre él para ayudarte, palomito — dijo la Lechuza.

Rodolfo no respondió, encojió los hombros, llenó un vaso de vino y lo bebió.

Sobrecojido el Maestro de Escuela al ver la sangre fria de Rodolfo, prosiguió:

—Queria solamente preveniros... — ¡Bueno, bueno!... volved á su sitio vuestro instrumento, que aquí no hay contra quien usarlo. Yo tengo los huesos algo duros y podriais romper la punta.— dijo Rodolfo. — Hablemos ahora de nuestro asunto... — Hablemos de nuestro asunto... pero no digais mal de mi escarbadientes. No hace ruido ninguno ni incomoda à nadie. — Y saca una obra limpia que da gusto, ¿no es verdad, palomo?— añadió la Lechuza. — A todo esto — dijo Rodolfo á la Lechuza — ¿es cierto que conoceis á los padres de la Guillabaora?—Mi palomo trae consigo dos cartas que hablan de eso... Pero no haya miedo que las vea la Chillona... Antes la arrancaria los ojos .. ¡Oh: que cuentas la he de ajustar cuando vuelva á encontrarla en el Conejo Blanco!... — Todo se nos va en hablar, Lechuza, y los negocios no marchan. — ¿Podremos *garlar* delante de ella? — preguntó Rodolfo. — Con toda confianza: la tengo experimentada, y podrá servirnos de mucho para tomar informes, vigilar, ocultar, vender, etc.: posee todas las calidades de una excelente mujer — añadió el bandido, alargando la mano á la horrible vieja: — no teneis idea de los servicios que me ha prestado... Pero quítate el chal, Finura, y tendràs al salir ménos frio... ponlo en el canastillo...

La Lechuza se quitó el chal.

A pesar de su presencia de ánimo, Rodolfo no pudo contener un movimiento de sorpresa al ver colgado de una cadena de similor que llevaba al cuello la vieja, un agnusdei de lapislázuli, en todo conforme al que llevaba al cuello el hijo de madama Adela cuando desapareció de su poder.

Este descubrimiento inspiró á Rodolfo una idea repentina. Segun el Churiador, el Maestro de Escuela habia eludido todas las pesquisas de la poli-

cía], desfigurándose el rostro despues de haber huido de presidio... y hacia seis meses que el marido de la señora Adela habia desaparecido de presidio, sin que nadie supiese su paradero. Rodolfo imaginó que el Maestro de Escuela podria ser muy bien el marido de aquella desgraciada, y que en tal caso conoceria sin duda la suerte de su hijo, además de poseer papeles relativos al nacimiento de Guillabaora. Rodolfo tenia segun esto nuevos motivos para no dar de mano á su proyecto. Afortunadamente no fué advertida su distraccion por el Maestro de Escuela, ocupado entónces en hacer plato á su compañera. — ¡Hola!... ¡qué hermosa cadena llevais al cuello!... — dijo Rodolfo á la tuerta. — Sí, hermosa... y barata... — contestó riendo la vieja. — Pero es de mala ley... hasta que mi pichon me regale una buena... — Eso depende del señor... Si hacemos buen negocio no te faltará cadena. — Qué bien imitada está! — prosiguió Rodolfo. — ¿Qué significa aquella cosita azul... colgada? — Es un regalo de mi palomo, hasta que me compre un *tocante* (a ... ¿No es verdad, corazon?

Rodolfo veía confirmadas sus sospechas, y esperaba la respuesta del Maestro de Escuela... Este repuso:

— A pesar del tocante es preciso conservar esa prenda... Es un talisman... que lleva consigo la buena dicha. — ¿Un talisman? — preguntó Rodolfo con indiferencia. — Luego creeis en los talismanes ¿Y en dónde diablos lo habeis encontrado?... Os agradeceria que me dijeseis la fábrica. — No se hacen ya en el dia caballerito: se cerró la fábrica... Tal cual la veis, esa joya es muy antigua... cuenta tres generaciones... La estimo mucho, porque es

(a) Relox ó muestra.

una tradicion de familia — añadió con una horrible sonrisa. — Por eso la he dado á la Lechuza, para que tenga buena fortuna en los lances en que me ayuda con tanta habilidad. Ya la vereis maniobrar, ya la vereis, si hacemos juntos alguna operacion *comercial*... Pero volvamos á nuestros carneros... deciais que en la calle de las Viudas... — Número 17, casa de un ricachon... que se llama... — No cometeré la indiscrecion de preguntaros su nombre... ¿Decís que tiene en un cuarto sesenta mil francos en oro? — ¡Sesenta mil francos en oro! — exclamó la Lechuza.

Rodolfo hizo una señal afirmativa.

— ¿Conoceis los *andares* de esa casa? — Perfectamente. — ¿Y es dificil la entrada? — Un muro de siete piés de alto hácia la calle de las Viudas, un jardin, ventanas rasgadas... la casa no tiene mas piso que el bajo. — ¿Y no hay mas que un portero para guardar ese tesoro? — No mas. — ¿Cuál es vuestro plan de campaña, mocito? — Muy sencillo... salvar el muro, *calabacear* (b) la puerta, ó hacer saltar el postigo. — ¿Os agrada el plan? — No podré responderos hasta que todo lo haya visto por mis ojos, es decir, con la ayuda de mi Lechuza; pero si todo lo que me decís es verdad, no debe dejarse de la mano el negocio... esta misma noche...

Y el bandido clavó la vista en Rodolfo.

— ¿Esta noche?... es imposible — respondió este. — ¿Porqué, siendo así que el dueño no vuelve hasta pasado mañana? — Es cierto, pero yo no puedo esta noche... — ¿De veras?... Pues yo tampoco mañana. — ¿Por qué razon? — Por la misma que os impide hacerlo esta noche... — dijo

(b) Abrir con ganzua.

el bandido con socarroneria. — Despues de un momento de silencio, Rodolfo replicó: — Pues bien... vamos esta noche. ¿Dónde nos veremos? — No nos separemos ya — dijo el Maestro de Escuela. ¿Cómo? — ¿Para qué separarnos? el tiempo se va aclarando, y podremos ir á echar un vistazo á la calle de las Viudas: vereis como trabaja mi muger. Hecho esto volveremos á echar una mano de *cientos* (a) y á comer un bocado en una taberna de los Campos Eliseos inmediata al rio... en la cual soy muy conocido: y como la calle de las viudas está desierta desde las primeras horas de la noche, volveremos á dar el golpe á las diez. — Bueno: á las nueve volveremos á vernos. — ¿Quereis dar el golpe conmigo, ó no? — Desde luego. — Pues entónces no nos separemos un momento... sino... — ¿Sino qué? — Sospecharia que intentabais hacerme una mala partida y que por eso os marchabais... — Si quisiera armaros algun lazo... ¿quién me lo impediria esta noche?... — Yo... Como no esperabais que os propusiese para tan luego el golpe, no estabais preparado... y no apartándoos de mi no podreis comunicaros con nadie... — Luego desconfiais de mí. — Y mucho... pero como puede haber verdad en lo que me proponeis, y como la mitad de 60,000 francos vale la pena de una tentativa, quiero ejecutarla... pero ha de ser esta misma noche, ó nunca... En el segundo caso, es decir, si no se da el golpe, ya sabré que hombre tengo... y el dia menos pensado os hallareis con un regalo de mi mano. — Y os pagaré la fineza... podeis vivir seguro. — Todo eso es pura tonteria — dijo la tuerta. — Soy de la opinion de mi hombre: ó esta noche ó nunca.

(a) Juego de naipes.

Rodolfo sentia una ansiedad cruel : si perdia esta ocasion de apoderarse del Maestro de Escuela, no volveria á encontrarla jamás ; pues el bandido, viviendo desde entónces sobre sí , ó reconocido acaso y encerrado de nuevo en presidio , llevaria consigo los secretos que Rodolfo ansiaba poseer. Así es que confiado en el acaso y en su destreza y valor dijo al Maestro de Escuela :

—Bueno , consiento ; no nos separaremos hasta esta noche. — Entónces contad conmigo... Pero van á dar las dos... La calle de las Viudas está léjos y llueve á mares : pagaremos el escote y tomaremos un coche. — Si tomamos un coche podré fumar ántes un cigarro. — Sin duda — dijo el Maestro de Escuela. — A mi cara costilla no le hace daño el humo del tabaco. — Voy á comprar cigarros — dijo Rodolfo levantándose. — No os incomodeis — dijo el Maestro de Escuela deteniéndole. — Esta irá por ellos.

Rodolfo volvió á sentarse.

El Maestro de Escuela habia penetrado su designio.

La Lechuza salió

— ¡ Qué buena muger tengo , eh ! — dijo el bandido. — Es tan complaciente que se echaria al fuego por mí. — Ya que hablais de fuego ¿ sabeis que aquí no hace mucho calor ? — dijo Rodolfo ocultando las manos bajo la blusa.

Y continuando la conversacion con el Maestro de Escuela , sacó del bolsillo un lápiz y un pedazo de papel , y sin que pudiese ser notado , escribió de prisa algunas palabras , teniendo cuidado de separar bastante las letras para no confundirlas , pues escribia debajo de la blusa y sin ver,

Hecho el billete sin que lo percibiese el Maestro de Escuela , era preciso que llegase á su destino.

Rodolfo se levantó, acercóse á la ventana y empezó á cantar entre dientes, haciendo compas con los dedos en los vidrios.

El Maestro de Escuela se acercó á él, miró con atencion hácia fuera, y le dijo:

¿Qué música es esa?

— Estoy cantando el *no te llevarás mi rosa.* — Es cancion muy bonita... Pero quisiera saber si tiene la virtud de llamar la atencion de los que pasan. — No tengo semejante idea. — Eso puede no ser verdad, mocito. ¿Porqué tocabais sino, con tanta fuerza en los vidrios? En fin, el guardian de esa casa en la calle de las Viudas podrá acaso ser hombre determinado... Si se repone... vos no llevais mas que una pistola, que es arma de mucho ruido; mientras que un utensilio como este (y enseñó á Rodolfo el mango de su puñal) no incomoda ni llama la atencion de nadie. — ¿Pensais acaso asesinarle? — dijo en voz alta Rodolfo. — Si es tal vuestra intencion no habrá nada de lo dicho... no conteis conmigo. — ¿Y si pretende reponerse? — Huiremos. — ¡Acabáramos!... bueno es que nos convengamos ántes... Es decir que se trata de un simple robo con escalamiento y fractura. — Nada mas. — Es cosa bien cicatera; pero, en fin, pase...

Y como no me separaré de tí un instante — dijo entre sí Rodolfo — yo te impediré que derrames sangre.

CAPÍTULO XIII.

PREPARATIVOS.

La tuerta volvió á entrar con el tabaco.

—Parece que no llueve ya — dijo Rodolfo encendiendo un cigarro: — ¿ vamos á buscar el coche?... no seria malo para sacudir la pereza. — ¿ Decís que no llueve ya ? — repuso el Maestro de Escuela — estais ciego sin duda. No quisiera esponer una salud tan preciosa como la de mi Finura... ni que se estropease su hermoso chal nuevo. — Tienes razon, alma mia : hace un tiempo de perros. — Como querais — dijo Rodolfo. — La criada no debe tardar, y luego que háyamos pagado nos irá á buscar un coche. — Es lo mejor que habeis dicho en toda la tarde. Iremos á pasear un rato por la calle de las Viudas.

Entró en esto la criada, y Rodolfo la dió un napoleon.

— De ningun modo, caballero... no lo permitiré... eso es abusar... — dijo con voz estrepitosa el Maestro de Escuela. — Hoy no me privareis de esta honra una vez que me he anticipado... otro dia pagaréis vos. — Sea en buenhora ; pero bajo la condicion de que aceptaréis lo que os ofreciere en los Campos Elíseos... es un jabardillo que frecuento con toda confianza. — Desde luego.., admito vuestro convite.

Pagada la comida salieron los tres de la taberna, y Rodolfo quiso ser el último en *obsequio* de la Le-

chuza; pero el Maestro de Escuela no lo permitió, le hizo salir primero, y siguiéndole de cerca observaba sus menores movimientos. Entre los bebedores de la taberna se hallaba un carbonero de cara tiznada y un gran sombrero de ala ancha calado hasta los ojos: este carbonero pagaba su cuenta en el mostrador al punto que salian los tres compañeros. A pesar de la estrema vigilancia del Maestro de Escuela y de la tuerta, Rodolfo que marchaba delante de la horrenda pareja, dirigió á Murph una mirada rápida é imperceptible en el instante de subir al coche. — ¿A dónde vamos, señores? — dijo el cochero. — Calle de las... — De las Acacias, al bosque de Bolonia — gritó el Maestro de Escuela interrumpiéndole; y luego añadió: — ¡se os pagará bien, cochero! — y volviéndose á Rodolfo: — ¿Por qué diablos quereis que pasemos á la vista de tanto babieca como anda por ahí? En caso de detencion bastaria este solo indicio para perdernos. ¡Ah mocito, mocito, que imprudente sois!

El coche empezó á rodar, y Rodolfo respondió:

— Teneis razon; no habia caido en ello... Pero con mi cigarro nos vamos á volver ceniza: abramos un cristal.

Y diciendo y haciendo dejó caer á la calle con el mayor disimulo un papelito doblado, en que habia escrito con lapiz algunas palabras debajo de la blusa... Mas era tal la sagacidad del Maestro de Escuela que á pesar de la inalterable serenidad de Rodolfo creyó el bandido descubrir en su fisonomía cierta expresion de triunfo, y sacando la cabeza por el cristal dijo gritando al cochero: — ¡Alto!.... deten el coche... alguno viene detrás.

El coche se detuvo, levantóse el cochero, miró hácia atras y dijo:

— Nadie viene, caballero. — Quiero verlo por mis ojos—dijo el maestro de Escuela saltando precipitadamente del carruaje.

Nada apercibió, porque el coche estaba ya algo distante del sitio en que Rodolfo habia dejado caer el papel.

— Ya sé que vais á reiros de mí — dijo el Maestro de Escuela subiendo al coche amohinado. — No sé porque me habia figurado que alguien nos seguia.

El coche torció en aquel momento por una callejuela Murph, que no lo habia perdido de vista y que habia observado la evolucion de Rodolfo, acudió inmediatamente al sitio y recogió el billete que habia caido en el hueco de dos piedras.

Al cabo de un cuarto de hora dijo el Maestro de Escuela al cochero:

— ¡Chico! hemos cambiado de idea: á la plaza de la Magdalena.

Rodolfo le miró con asombro.

— Por allí vamos bien, amiguito: desde la Magdalena podremos hacer rumbo á mil partes, y de nada servirá la declaracion del cochero si fueremos cogidos.

Al llegar el coche á la barrera, nn hombre alto y moreno, vestido con un sobretodo gris y un sombro calado hasta los ojos, y montando en un magnífico caballo, atravesó como un relámpago el camino á un trote larguísimo y veloz. — ¡A buen caballo buen ginete! — dijo Rodolfo asomándose al cristal y siguiendo á Murph con la vista (era el mismo). — ¿Habeis visto que paso lleva aquel hombre? — Ha cruzado tan á prisa que ni tiempo dió para mirarle — repuso el Maestro de Escuela.

Rodolfo disimuló perfectamente la alegría que sintió al ver que Murph habia descifrado los caracteres casi geroglificos del billete. Seguro el Maes-

tro de Escuela de que nadie seguia al coche, y queriendo imitar á la Lechuza que dormitaba, ó que mas bien fingia dormitar, dijo á Rodolfo: — Disimulad, amigo, el movimiento del coche me causa siempre un efecto singular: me duermo como un niño.

El bandido se proponia observar, con pretesto del fingido sueño, si la fisonomía de Rodolfo recelaba alguna emocion secreta.

Rodolfo conoció el ardid, y repuso:

— Hoy he madrugado y tambien tengo sueño.... voy á haceros compañía.

Y al decir esto cerró los ojos. La respiracion del Maestro de Escuela y de la Lechuza que roncaban á duo, engañó de tal manera á Rodolfo que este entreabrió los ojos creyendo que los dos estaban profundamente dormidos... Pero el Maestro de Escuela y la tuerta, á pesar de sus ronquidos sonoros, se miraban el uno al otro y se hacian señas misteriosas con los dedos sobre la palma de la mano. Cesó de repente este diálogo simbólico, y percibiendo el malhechor por una seña casi imperceptible de la Lechuza que Rodolfo no dormia, soltó una risotada, gritando: — ¡Hola, hola, camarada!.... quereis esperimentar á los amigos ¿eh? — Eso no debe sorprenderos, puesto que sabeis dormir con los ojos abiertos. — Es claro: pero yo... soy sonámbulo.

El coche paró en la plaza de la Magdalena. La lluvia habia cesado por un momento, pero las nubes acumuladas por el viento eran tan negras y densas que casi anochecia ya. Rodolfo, la Lechuza y el Maestro de Escuela se dirigieron hácia el paseo de la Reina. — Se me ocurre una idea, camarada; y por cierto que no es mala — dijo el bandido. — ¿A dónde tengo de mirar? — A vuestros piés. — Sí. — Mirad... ahí. Ved el techo, y cuidado no lo piseis.

En efecto, Rodolfo no habia observado una de las tabernas subterráneas que habia hace pocos años en algunos sitios de los Campos Eliseos, y especialmente cerca del paseo de la Reina.

Una escalera sucia y húmeda abierta en la misma tierra conducia al fondo de una especie de foso ó gran cueva, y arrimada á una de las paredes de este foso, cortadas á pico, se veia una choza baja, hedionda y llena de rendijas, cuyo techo cubierto de tejas mohosas apénas subia del nivel del suelo en que se hallaba Rodolfo. Dos ó tres cubiles de tablas viejas y apolilladas servian de bodega, de tinglado y de conejera á esta zahurda miserable.

Un pasillo muy estrecho conducia á lo largo del foso, desde la escalera á la puerta de la choza, y el resto del suelo desaparecia tras un enrejado de cañas y palos, que ocultaba dos hileras de mesas toscas y groseras fijas en la tierra. El viento hacia girar sobre sus goznes á uno y otro lado una plancha de hierro cubierta de ollin, en la cual se distinguia un *corazon rojo atravesado de un puñal*... Esta muestra estaba puesta en un palo colocado en lo alto de aquella cueva, verdadera *sepultura de vivos*.

Uníase á la lluvia una niebla espesa y húmeda, y la noche se acercaba por momentos.

—¿Qué os parece de la fonda, camarada? — dijo el Maestro de Escuela.— Debe estar bien fresca... gracias á la lluvia de estos quince dias... Vaya, pasemos adelante. — Esperad un momento... quiero saber si el amo está dentro... ¡Atencion!

Y pegando el bandido la lengua al paladar, hizo un ruido particular, sonoro y prolongado, que pudiera remedarse de este modo:

— ¡Prrrrrrr!!!

Un sonido igual salió de lo profundo de la cueva.

— Él es — dijo el Maestro de Escuela. — Perdonad, jóven... las señoras delante;... dejad que pase la Lechuza... yo os seguiré. Cuidado con caerse que está eso muy resbaladizo.

Brazo Rojo.

CAPITULO X IV.

EL CORAZON SANGRIENTO.

Despues de haber respondido el dueño de la taberna subterránea á la señal del Maestro de Escuela, salió á recibirle con urbanidad al umbral de la puerta.

Este personaje, á quien Rodolfo habia buscado en la Cité y á quien no conocia aun bajo su verdadero nombre, ó por mejor decir, bajo su nombre habitual, era *Brazo Rojo*.

Era flaco, débil y apocado, rayaba en los cincuenta años, y su fisonomía tenia la expresion y la figura de la garduña y del raton: la nariz puntiaguda, la barba saliente, los juanetes abultados y unos ojos pequeños, negros vivos y penetrantes daban á su fisonomía una espresion indescribible de astucia, de sutileza y de inteligencia. Una vieja peluca rubia, ó mas bien amarilla como su tez biliosa, colocada desde lo alto del cogote hasta la frente, dejaba descubierta una nuca sucia y mugrienta. Vestia chaqueta y un delantal largo y grasiento como los que usan los criados de figon.

Apénas habian acabádo de bajar la escalera los tres huéspedes, cuando un niño de diez años á lo mas, raquítico, cojo y algo jorobado se puso al lado de Brazo Rojo, á quien se parecia tanto que nadie podria dudar que era hijo suyo.

Tenia el mismo mirar penetrante y astuto con

ese aire desvergonzado é insolente que distingue al pillo de Paris; tipo de la depravacion precoz, y verdadero *raton de gurapas*, como se dice en el horrible idioma de las prisiones. Una mata de cabellos pajizos, duros y tiesos como la crin de un caballo, cubria la mitad de su frente. Un pantalon castaño y una blusa gris ceñida con una correa completaban el traje del Cojuelo, así llamado á causa de la imperfeccion de sus miembros. Estaba al lado de su padre sobre una pierna, como un esparavan á la orilla de una la; una.

— Justamente, aquí está nuestro perdiguero — dijo el Maestro de Escuela á la tuerta. — Finurita; el tiempo corre y la noche se viene encima... aprovechemos lo que hay de dia. — Tienes razon, palomo... voy á pedir el cachorrillo á su padre. — Buenas tardes, amigo — dijo Brazo Rojo con voz de falsete, áspera y aguda dirigiéndose al Maestro de Escuela. — ¿En que puedo servirte? — En que vas á prestar á mi mujer tu cachorro por un cuarto de hora: ha perdido ahí cerca una cosa y quiere que le ayude á buscarla.

Guiñó el ojo Brazo Rojo, hizo una seña de inteligencia al Maestro de Escuela y dijo á su hijo:

— Cojuelo... sigue á la señora.

El odioso niño se fué cojeando á tomar la mano de la tuerta.

— ¡Amor de los amores del alma!.... este si que es un niño guapo y listo como la pólvora! — exclamó la vieja. — ¡Suerte como la vuestra, Brazo Rojo!... ¡Ay! ¡que diferente de mi Chillona! siempre la daba mal de corazon cuando se acercaba á mí... ¡morriñosa del diablo! — Vamos, Finura, despacha pronto... ojo alerta... que aquí te espero. — No tardaré mucho... Cojuelo, anda delante.

Y la tuerta y el niño subieron la sucia escalera.

— Finura, llévate el paraguas — gritó el bandido. — No, así voy mas desembarazada — respondió la vieja, y desapareció con el Cojuelo en medio del crepúsculo y el triste susurro del viento que mecía los corpulentos olmos de los Campos Eliseos.

— Entremos — dijo Rodolfo.

Y tuvo que inclinarse para pasar por la puerta de la taberna. Estaba esta dividida en dos salas. En una de ellas habia un tablero y una mala mesa de billar, y en la otra algunas mesas y sillas que en otro tiempo habian sido pintadas de verde. Dos ventanas estrechas con los vidrios hendidos y cubiertos de telarañas, daban á las dos piezas una luz opaca que apénas dejaba ver el musgo verde y húmedo de las paredes.

Mientras Rodolfo permaneció solo un minuto, Brazo Rojo y el Maestro de Escuela hablaron con rapidez algunas palabras y se hicieron algunas señas misteriosas.

— Beberéis un vaso de cerveza ó de aguardiente miéntras no llega mi Lechuza...— le dijo el Maestro de Escuela. — No... no tengo sed. — Cada loco con su tema... Yo tomaré una copita de aguardiente — repuso el bandido; y se sentó á una mesita verde de la segunda sala.

La obscuridad se habia aumentado de tal suerte, que era ya casi imposible ver en el ángulo de la segunda sala la entrada de una cueva ó subterráneo, á donde se bajaba por una trapa de dos medias puertas, una de las cuales estaba siempre abierta para la comodidad del servicio. La mesa á que se sentó el Maestro de Escuela estaba inmediata á esta caverna negra y profunda, y como la tenia á la espalda la ocultaba enteramente de la vista de Rodolfo.

Asomado este á una ventana procuraba disimu-

lar su inquietud, y no se creia enteramente seguro con haber visto á Murph cruzar al gran trote la calle de las Viudas, recelándose que el digno *squire* (a) no hubiese comprendido la significacion del lacónico billete, que no contenia mas que estas palabras:

— Esta noche á las diez. ¡Cuidado!

Resuelto á no ir á la calle de las Viudas ántes de la hora señalada ni á separarse ántes del Maestro de Escuela, temblaba sin embargo al considerar que podia escapársele la ocasion de poseer los secretos que deseaba adquirir. Aunque era vigoroso y estaba bien armado, tenia que habérselas con un asesino capaz de todo, y mas terrible aun por su extraordinaria sagacidad... A fin de disimular el pensamiento que le agitaba se sentó á la mesa del Maestro de Escuela y pidió un vaso por mero cumplimiento.

Brazo Rojo, despues de haber dicho al bandido algunas palabras en voz baja, se puso á mirar á Rodolfo con un aire de estraña curiosidad, sardónico y desconfiado.

Soy de opinion, mocito — dijo el Maestro de Escuela — que si mi mujer nos dice que están en casa las personas á quienes deseamos ver, podremos hacerles nuestra visita á eso de las ocho. — Eso seria adelantarse dos horas — repuso Rodolfo — y lo llevarian á mal. — ¿Lo creeis así? — Estoy bien persuadido. — Entre amigos no debe haber esa etiqueta. — Los conozco muy bien, y os repito que no debemos ir antes de las diez. — Parece que sois algo terco, mozalvete. — He dicho mi parecer y no me moveré de aquí hasta que den las diez. — No hay inconveniente; yo no cierro jamas mi estable-

(a) Titulo de distincion entre los ingleses.

cimiento hasta media noche—dijo Brazo Rojo con voz femenil y chillona.—Es precisamente cuando empiezan á concurrir mis mejores parroquianos... jamas se quejan los vecinos del ruido de mi casa. —Ya veo que es preciso avenirse á todo lo que quereis, mocito—dijo el Maestro de Escuela.—Vaya luego, no harémos vuestra visita hasta las diez.—¡Ahí está la Lechuza!—exclamó Brazo Rojo en ademan de escuchar y respondiendo con un grito parecido al que habia dado el Maestro de Escuela ántes de bajar al subterránco.

Un momento despues entró sola la Lechuza en la sala del billar.

—Todo queda listo, palomo mio... ¡Cayeron en el garlito!—gritó la Lechuza al entrar.

Brazo Rojo se retiró como discreto, y sin preguntar por el Cojuelo, á quien no esperaba sin duda todavía. La tuerta se sentó en frente de Rodolfo y del bandido.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó el Maestro de Escuela.—Por lo visto, este mozo ha dicho verdad.—¡Ya lo veis!—interrumpió Rodolfo.—Dejad que se explique la Lechuza. Vamos, Finura, ¿que hay?—Llegué al número 17, dejando en acecho al Cojuelo en un hoyo de la calle... aun era de dia. Llamé á una puertecita que tenia los goznes por el lado de fuera y dos pulgadas de claro sobre el umbral. Volví á llamar y me abrieron; pero ántes de llamar tuve buen cuidado de meter mi marmota en la faltriquera, á fin de que me tuviesen por una vecina de la misma calle. Luego que he visto al portero me puse á lloriquear con toda mi fuerza, quejándome de que habia perdido mi Periquito, mi animalito querido, el lorito de mi corazon... Le dije que vivia en la calle de Marbœuf, que iba buscando mi loro de jardin en jardin

y que me dejase entrar para ver si podia hallarlo. — ¡Diantre! — exclamó el Maestro de Escuela con un aire de orgullosa satisfaccion: — Vale el mundo todo esta mujer! — ¡Por cierto que sí! — dijo Rodolfo. — Pero veamos... ¿y despues? — ¿Despues? el portero me dejó buscar el animalito, y héteme aquí recorriendo todo el jardin y gritando ¡Periquito! ¡Periquito! sin dejar de mirar á todas partes para informarme bien de lo que habia.... Dentro de los muros — continuó la vieja — mucho enverjado, muy buena escalera: en una esquina, por la mano izquierda un pino tan bien cortado á manera de escala, que podria subir por él una embarazada de siete meses. La casa tiene seis ventanas en el piso bajo: no tiene mas piso: cuatro tragaluces de bodega sin barras ni reja. Las ventanas son de dos hojas con clavija por abajo y pasador por arriba: no hay mas que apretar contra el marco, meter el alambre y... — Y en un tris está abierta... — dijo el Maestro de Escuela.

La Lechuza continuó:

— La puerta de la entrada es de cristales, y tiene persianas por el lado de fuera. — ¡Cuidado.... acordarse bien! — dijo el bandido. — No hay duda, es el mismo sitio — dijo Rodolfo: — parece que lo estoy viendo. — A mano izquierda — continuó la Lechuza, — cerca del patio, hay un pozo: la cuerda puede servir, porque en aquella parte no hay espaldares ni enverjado cerca de la pared, en el caso de que nos cortasen la retirada por la puerta... Al entrar en la casa... — ¿Y has entrado en casa? Ya lo veis, camarada, ha entrado tambien en la casa... — dijo el Maestro de Escuela con orgullo. — Por supuesto que he entrado. Como no hallaba á mi Periquito y habia gritado tanto, fingí que no podia sostenerme y pedí licencia al portero para

sentarme en el umbral de la puerta: el buen hombre me dijo que entrase y me ofreció un vaso de agua con vino. «Un vaso de agua, le dije; un vaso de agua sola, querido señor.» Entónces me hizo pasar á la antesala... Todo está cubierto de tapicería, y teniendo precaucion no se sentirian los pasos, ni ruido alguno al caer el vidrio de la ventana que fuese necesario romper. A derecha é izquierda puertas con cerraduras que no valen un comino y que saltarian con un estornudo. En el fondo hay una puerta cerrada con llave, que parece el alma de la casa... ¡aquello olia á dinero!... por supuesto, yo llevaba en el cesto mi cerillo... —Ya lo veis, camarada... anda siempre con el cerillo —dijo el bandido.

La Lechuza continuó:

—Determinada á acercarme á la puerta que olia á dinero, fingí que me daba un golpe de tos tan fuerte que me obligaba á arrimarme á la pared. Al oirme toser el portero: dijo: «Voy á poneros azúcar en el agua.» Sin duda buscó una cuchara porque oí el sonido de la plata... en la pieza de la mano derecha... no te olvides ¿entiendes, hermoso mio? En una palabra, tosiendo y gimiendo me fuí acercando á la puerta del fondo, y con cera que llevaba en la palma de la mano saqué el molde del agujero de la llave como quien no quiere la cosa... Ahí tienes el molde... Si no sirve hoy servirá otro dia... Ahora nos diréis si aquella es ó no la puerta del cofre fuerte —añadió la tuerta dirigiéndose á Rodolfo. —Justamente, allí es donde está el dinero— repuso este; y dijo para sí: «¡Luego Murph se dejó engañar por esta bruja detestable! ¡imposible! Hasta las diez no espera ser acometido, y entónces habrá tomado las precauciones necesarias. —Pero todo el dinero no está

allí — continuó la Lechuza echando fuego por el ojo verde. — Al acercarme á las ventanas haciendo que buscaba mi loro, he visto algunos talegos de escudos sobre el escritorio de uno de los cuartos que hay al lado izquierdo de la puerta... Los he visto tan claro como te estoy viendo, mi amor... Habia mas de una docena. — ¿Y el cojuelo? — dijo bruscamente el Maestro de Escuela. — Metido en su agujero... á dos pasos de la puerta del jardin... De noche ve como un gato. Como no tiene otra entrada el número 17, cuando váyamos nos dirá si ha llegado alguna persona. — Bien está... dijo el Maestro de Escuela.

Y apénas hubo pronunciado estas palabras, cuando se arrojó de improviso sobre Rodolfo, y asiéndolo por el cuello lo precipitó en la cueva que estaba abierta detras de la mesa...

Fué tan súbito, tan inesperado y vigoroso este ataque, que Rodolfo no tuvo tiempo para preverlo ni evitarlo. La Lechuza dió un grito de espanto, aunque no vió el resultado de esta lucha momentánea; y luego que cesó el ruido que hizo el cuerpo de Rodolfo al caer por la escalera, el Maestro de Escuela que conocia bien los subterráneos de la casa, bajó lentamente á la cueva aplicando el oido con sumo cuidado.

— ¡Mira como vas, amoroso!... ¡cuidado! gritó la horrenda tuerta inclinándose sobre la trapa. — ¡Saca el *churí*!

El bandido desapareció sin responder una palabra. Ningun ruido se oyó al principio; pero al cabo de algunos instantes resonaron en el fondo de la cueva los goznes de una puerta, y todo volvió á quedar en silencio.

La oscuridad era completa. La Lechuza sacó del

cesto un fósforo, lo encendió y estendióse por la sala una lúgubre claridad.

Salia en aquel momento por la trapa el rostro monstruoso del Maestro de Escuela... La Lechuza no pudo contener una exclamacion de espanto al ver aquella cabeza pálida, llena de costurones, horrible, con los ojos fósforicos, que parecia arrastrarse por el suelo en medio de las tinieblas alumbradas apénas por la moribunda luz del cerillo... Algo recobrada la vieja de su primera sorpresa, gritó con cierto aire de maléfica adulacion:

—¡Qué espantoso debes ser, amor del alma, cuando me distes miedo á mí!!! —Pronto, pronto... á la calle de las Viudas—dijo el bandido echando una barra de hierro á la puerta de la trapa:—de aquí á una hora no será ya tiempo. Si es un lazo que nos quieren tender, aun no está armado á estas horas... si no lo es, bastamos solos para dar el golpe.

CAPITULO XV.

LA CUEVA.

Rodolfo quedó sin sentido ni movimiento al pié de la escalera del subterráneo: tan violenta y repentina fué la horrible caida. El Maestro de Escuela le arrastró hasta la entrada de otra cueva mucho mas profunda, le arrojó en ella y la cerró corriendo los cerrojos de una puerta maciza forrada con barras de hierro. Subió en seguida para ir á hacer un robo, ó acaso un asesinato, en la calle de las Viudas.

Volvió en sí Rodolfo al cabo de una hora, y se halló tendido sobre tierra y rodeado de densas tinieblas. Antes de levantarse alargó la mano para reconocer los objetos que habia alrededor y tocó los pasos de una escalera de piedra; mas habiendo sentido en los piés una viva impresion de frio, acudió tambien á reconocer la causa y vió que los tenia metidos en un charco.

Hizo un esfuerzo violento para levantarse del suelo, y consiguió sentarse en el último paso de la escalera; disipóse poco á poco su aturdimiento, y por fortuna ninguno de sus miembros se habia fracturado. Se puso á escuchar, pero nada oyó... nada, mas que un ruido sordo y continuo, cuya causa no pudo adivinar en aquel momento.

Al paso que iba recobrando los sentidos se agolpaban en su memoria las circunstancias de la sorpresa de que habia sido víctima, y estaba ya para

combinar todos los recuerdos de aquel accidente, cuando percibió de nuevo que tenia los piés en el agua. Inclinóse otra vez y notó que el agua le subia ya hasta el tobillo.

Entónces comprendió la causa de aquel ruido sordo y continuo que no habia dejado de oir un instante en el profundo silencio de la cueva... el agua invadia el subterráneo. La creciente del Sena era extraordinaria, y la cueva se hallaba mas baja que el nivel del rio.

Este peligro dispertó completamente á Rodolfo de su letargo, y subió como un relámpago á lo mas alto de la escalera. En el último paso tropezó con una puerta cerrada que en vano intentó abrir, pues permaneció inmóvil sobre sus goznes.

En situacion tan desesperada la primera voz que articuló fué para llamar á Murph.

— Si no está con precaucion, ese monstruo le asesinará... y soy yo — dijo en alta voz — y yo soy la causa de su muerte!... ¡Pobre Murph!

Esta idea cruel llevó á su colmo la exasperacion de Rodolfo. Apoyado con los piés en el segundo paso, encorvado el cuerpo y asido á la puerta con las manos, hizo esfuerzos prodigiosos sin imprimirla el menor movimiento... Bajó otra vez á la cueva para buscar algun madero que le sirviese de palanca, y en el penúltimo escalon pisó dos ó tres cuerpos redondos y elásticos que se movian debajo de sus piés: eran ratones que el agua habia echado de sus agujeros. Despues de haber recorrido á tientas toda la caverna sin poder hallar ningun objeto que sirviese á su designio, volvió á subir lentamente la escalera sumergido en la mas profunda desesperacion.

Contó los escalones, que eran trece, de los cuales se habian anegado ya tres.

¡Trece!... Hay ocasiones en que el ánimo mas firme se deja dominar por ideas supersticiosas, y Rodolfo consideró este número como un funesto presagio. La suerte posible de Murph volvió á asaltar su imaginacion. Buscó alguna abertura entre el suelo y la puerta, pero la humedad habia hinchado de tal modo la madera que estaba herméticamente unida al suelo.

Rodolfo gritó con todo su aliento por ver si su voz llegaba á los huéspedes de la taberna: en seguida se puso á escuchar... pero nada oyó mas que el mismo ruido sordo, débil y continuo del agua que llenaba la cueva por momentos.

Sentóse de espaldas á la puerta fatigado y rendido, y lloró por su amigo cuya vida peligraba acaso en aquel momento ante un puñal asesino. Se arrepintió de sus proyectos temerarios, por mas generoso que hubiese sido el motivo. Desgarrábale el corazon la memoria de los servicios y de la fiel adhesion de Murph; de aquel amigo leal, que aunque rico y colmado de honores habia abandonado á una esposa y á un hijo queridos para ausiliarle en la temeraria espiacion que habia resuelto imponerse.

En pié junto á la puerta, tocaba con la cabeza á lo alto de la bóveda. El agua crecia sin cesar... solo quedaban libres cinco escalones, y podia calcular el tiempo que debia durar su agonía. Era una muerte lenta, muda y espantosa. Acordándose de la pistola que llevaba consigo, determinó dispararla contra la puerta á quema ropa por ver si conseguia moverla... Buscó el arma pero no la encontró, pues la habia perdido durante su breve lucha con el Maestro de Escuela. Rodolfo hubiera esperado con serenidad la muerte á no tener fijo su pensamiento en la suerte de Murph. Si habia cometido

algunas acciones reprensibles, Dios era testigo del bien que habia hecho y sabia tambien el que queria hacer aun. Sin quejarse del fallo supremo, veia en su destino el justo castigo de una accion que aun no habia espiado:.. Un nuevo suplicio vino á poner á prueba su resignacion. Los ratones, arrojados por el agua de sus madrigueras, fueron subiendo de escalon en escalon, porque no hallaban por donde salir, y asaltaron los vestidos de Rodolfo, el cual se llenó de horror al sentir por su cuerpo las patas heladas de aquellos velludos animales... Quiso arrojarlos de sí, pero le mordieron y ensangrentaron las manos. Volvió á gritar; pero nadie le oyó... Dentro de pocos instantes no podria artícular una sola voz, porque el agua le llegaba ya al pescuezo y muy pronto le cubriria la boca.

El aire empezaba á faltar, y Rodolfo sintió los primeros síntomas de asfixia: latian con violencia las arterias de sus sienes, desvanecíasele la cabeza y se acercaba el instante de morir... El agua entró en sus oidos con funeral ruido y todo empezó á girar alrededor de él. El último destello de su razon iba ya á oscurecerse cuando oyó á la puerta de la cueva pasos precipitados y el sonido de una voz.

La esperanza reanimó su espíritu desfallecido, y reponiéndose con una enérgica reaccion del ánimo, pudo oir distintamente estas palabras:

—Ya lo ves, aquí no hay nadie. —¡Rayo... es verdad! — exclamó con triste voz el Churiador.

Y los pasos se alejaron.

Rodolfo, sin fuerzas ya ni sentido, no pudo sostenerse y resbaló por la escalera.

Abrióse de repente la puerta hácia fuera, y

el agua del subterráneo salió por ella como por la compuerta de una exclusa. El Churíador que habia vuelto atrás (luego dirémos porqué), cojió por los brazos á Rodolfo, que tendido y medio ahogado se mecia á uno y otro lado con un movimiento convulsivo en el umbral de la puerta.

David.

CAPÍTULO XVI.

EL ENFERMERO.

Rodolfo, salvado de las garras de la muerte por el Churiador, y conducido á la casa de la calle de las Viudas, la cual habia esplorado la Lechuza ántes del asalto del Maestro de Escuela, se hallaba acostado en una habitacion bien amueblada. En la chimenea resplandecia un vivísimo fuego, y un quinqué puesto sobre una cómoda derramaba su luz por todo el aposento. Solo el lecho de Rodolfo estaba en la obscuridad, rodeado de densas cortinas de damasco verde.

Un negro de mediana estatura, de cabello y cejas blancas y con una cinta verde en el ojal del fraque azul, tenia en la mano izquierda un relox de segundos, en el cual fijaba la vista mientras contaba con la derecha los latidos del pulso de Rodolfo.

Miraba el negro á Rodolfo, que estaba dormido, con la expresion mas compasiva y afectuosa.

El Churiador, cubierto de harapos y de lodo, é inmóvil al pié de la cama, tenia las manos cruzadas sobre la boca: su barba roja y su pelo color de lino estaban revueltos en desórden y empapados en agua, y en sus facciones color de bronce se leia la tierna compasion que le inspiraba la grave situacion del enfermo. Apénas se atrevia á respirar y contenia el fatigado aliento; mas lleno de impaciencia al ver la

actitud reflexiva del médico negro y temiendo un pronóstico funesto, se atrevió á hacer en voz baja esta reflexcion sin apartar la vista de Rodolfo:

—¿Quién diria, al verlo tan postrado, que es el mismo que me solfeó tan bien las mandíbulas con aquellos puñetazos de despedida? ¡Ojalá sane luego, aunque para estirar los miembros y ponerse fuerte tenga que hacer ejercicio sobre mi persona!.. de este modo sacudiria los malos humores... ¿no es verdad, señor doctor?

Una lijera seña con la mano fué la única respuesta del negro.

El Churiador volvió á guardar silencio.

—¡La bebida! dijo el doctor.

Dirijióse al momento de puntillas á la cómoda el Churiador, el cual estaba descalzo, pues habia dejado sus zapatos herrados á la puerta del aposento; pero al andar sacaba la rodilla de un modo tan extraño y eran tales sus contorsiones y piruetas, el arqueo de sus brazos y el alternativo subir y bajar de los hombros, que solo en tan séria ocasion podia dejar de ser objeto de risa. El infeliz queria sin duda atraer todo su peso á la parte del cuerpo que no tocaba al suelo; pero las tablas del piso rechinaban á pesar del tapiz á cada paso que daba. Queriendo el desventurado salir airoso de su servicio y temiendo sin duda que se le escapase el frágil frasquillo, lo apretó de tal modo en la callosa mano, que lo hizo menudos pedazos y la pocion cayó derramada por el suelo.

Quedó inmóvil el Churiador á vista de tal desastre, con una pierna en el aire, los dedos del pié encogidos, lleno de confusion y mirando alternativamente al doctor y al cuello del frasco que conservaba aun en la mano.

—¡Torpe!—exclamó el negro con impaciencia.

—¡Qué rayo de bruto soy! —añadió el Churiador apostofrándose á sí mismo. — Felizmente te has equivocado — dijo el Esculapio mirando á la cómoda: — habia pedido el otro frasco. — ¿Aquel pequeñito colorado? — preguntó el enfermero. — ¿Pues cual ha de ser, si no hay otro?

Giró el Churiador sobre los talones conforme á su antigua usanza militar, y deshizo con ellos los pedazos de vidrio que estaban en el suelo. Otros piés mas delicados se hubieran llenado de heridas, pero el ex-descargador tenia un par de sandalias naturales tan duras como el casco de un caballo.

— Mira como andas que vas á lastimarte — dijo el médico.

El Churiador no hizo el menor caso de esta amonestacion. Absorto en el cumplimiento de su nueva mision, que queria desempeñar airosamente para borrar el efecto de la primera, cogió el frágil pomito entre dos dedos, con un escrúpulo y una delicadeza admirables... Una mariposa no hubiera dejado el menor átomo de sus alas entre el pulgar y el índice del Churiador.

El doctor tembló al pensar que un exceso de precaucion podia traer consigo una nueva catástrofe; pero felizmente se salvó el frasquillo. Al volver hácia el lecho, el Churiador rompió otra vez con los pies los vidrios que habia en el suelo.

— Mira que te estropeas, desdichado! — dijo en voz baja el doctor.

El Churiador le miró con sorpresa y repuso:

— ¿Me estropeo, señor médico? — Has pisado ya dos veces esos vidrios. — No os dé cuidado, señor médico: Tengo las plantas de los *pinriles* duras como una tabla. — ¡Una cucharilla! — dijo el doctor.

Volvió á empezar el Churiador sus evoluciones

silfídi as y llevó al médico lo que le habia pedido... Luego que Rodolfo hubo tomado algunas cucharadas de la pocion, hizo un lijero movimiento con la cabeza y con las manos.

— ¡Bien! — dijo el médico: — salió del letargo. La sangría le ha sacado de peligro. — ¿Esta fuera de peligro? ¡Bravo, viva la constitucion! — gritó el Churiador en un exceso de alegría. — ¡Callad, hombre, por Dios; no hagais ruido! — le dijo el negro. — Bien está, señor médico: me callaré. — El pulso se va ordenando... ¡Muy bien! — ¿Y el amigo del señor Rodolfo? ¡Ah! cuando sepa... Pero por fortuna ya... — ¡Silencio! — Es verdad, señor médico. — Vamos, sentaos y callad. — Pero señor, el... — Sentáos, os digo; me incomodais y distraeis mi atencion con andar alrededor de mí. ¡Vamos, sentáos! — Señor médico, estoy mas sucio que un lechon, y mancharia los muebles. — Entónces sentáos en el suelo. — Mancharé la alfombra. — Pues haced luego lo qué os de la gana, pero os ruego que no os movais de un sitio — dijo con impaciencia el doctor, y sentándose otra vez en la silla de brazos, apoyó la cabeza en ambas manos.

El Churiador, despues de haber discurrido un momento, ménos por necesidad que tuviese de descanso que por obedecer al médico, cogió una silla con indecible precaucion, la tendió en el suelo con el respaldo sobre la alfombra, muy satisfecho de su invencion y con el modesto fin de sentarse en los palos delanteros para no mancharla. Hizo toda esta operacion con el esmero mas delicado: pero ignoraba por desgracia las leyes de la palanca y de la gravedad; y así es que la silla se rompió, y tendiendo involuntario el desventurado los brazos por un movimiento convulsivo se llevó tras sí un

velador en el cual habia un plato, una taza y una tetera.

Dió un salto en la silla el doctor y se levantó de repente al oir el estrepitoso ruido, al paso que Rodolfo dispertó sobresaltado, se incorporó en la cama, miró al rededor de sí y dijo con inquietud en voz alta: — ¡Murph! ¿donde está Murph? — Sosiéguese V. A. R.—dijo respetuosamente el negro: — da muchas esperanzas de vida. — ¿Está herido? —gritó Rodolfo. — ¡Ah! sí, señor. — ¿En donde está?... Quiero verle...

Quiso en esto levantarse, pero volvió á caer postrado y vencido por el agudo dolor de las contusiones, agravado por el esfuerzo que hizo en aquel momento.

— Quiero ver á Murph: llevadme junto á él ya que no puedo moverme. — volvió á gritar Rodolfo. —Señor, está reposando, y no seria prudente causarle una emocion violenta. — ¡Ah, me engañais! ¡ha muerto! ..ha muerto asesinado!... ¡Santo Dios... y he sido yo la causa de su muerte!! — gritó Rodolfo con acerbo dolor levantando las manos al cielo. — S. A. R. sabe que no soy capaz de mentir... Aseguro á V. A. por mi honor que el señor Murph vive... y aunque está gravemente herido, hay casi una certeza de poder salvarlo. — Quereis prepararme para alguna noticia funesta. Su situacion es sin duda desesperada. — Señor... — Sí, estoy seguro... me engañais... Quiero verle ahora mismo... La presencia de un amigo es siempre saludable... — Os ruego que me creais, señor: os afirmo por mi honor que el señor Murph estará pronto sano, á menos que no sobrevenga algun accidente inesperado. — ¿Podré creeros? ¿es cierto lo que decís, mi querido David? — Sí, creedme, señor. — Pues bien: sabeis la consideracion en que

os tengo y la confianza que os he dispensado desde que estais en mi casa... pero, escuchad; si fuese necesaria una junta, una consulta... — Ese ha sido mi primer pensamiento; mas ahora estoy seguro de que seria del todo inútil... y ademas no he querido introducir en la casa gente extraña antes de saber si vuestras órdenes de ayer... — Pero ¿cómo ha sido esto? — dijo Rodolfo interrumpiendo al negro: — ¿quién me ha sacado del subterráneo en donde me estaba ahogando ayer?... Tengo una idea confusa de haber oido la voz del Churiador. ¿Me habré engañado? — No, monseñor; ese mozo puede informaros de todo, porque fué el autor de vuestra salvacion. — ¿Dónde está? ¿en dónde?

El doctor miró á uno y otro lado para llamar al improvisado enfermero, que confuso y avergonzado de su caida se habia escondido detras de las colgaduras de la cama.

— Aquí está — dijo el médico: — recela presentarse. — Acércate; ven acá sin recelo, amigo mio — dijo Rodolfo alargando la mano á su salvador.

La confusion del pasmado Churiador era tanto mayor, porque acababa de oir que el médico daba á Rodolfo los tratamientos de monseñor y de V. A.

— Vamos, acércate; ¡dame la mano! — repitió Rodolfo. — Perdonad, señor... no; señor no; yo queria decir monseñor... su alteza... pero... — Llámame señor Rodolfo como siempre... quiero mas bien que me trates así. — Tambien á mí me gustaria mas, porque se me va la boca para... Pero mi mano, perdonad... he hecho hoy tantas cosas con ella... — ¡Qué importa! venga la mano.

Vencido por las instancias del enfermo, alargó con timidez la mano el Churiador, y Rodolfo se la apretó cordialmente.

— Vamos á ver; siéntate y cuéntame todo... ¿Cómo has dado con la cueva?... ¿y el Maestro de Escuela? — Está aquí bien amarrado — dijo el negro. — Bien amarrados por cierto, así él como la Lechuza. ¡Qué muecas harán! Vaya, á estas horas deben haberse puesto de ropa de pascuas el uno al otro. — ¿Y Murph? ¡Ah! aun ahora me acuerdo de él... ¿David, en dónde recibió la herida? — En el lado derecho, señor, y por fortuna sobre una costilla falsa. — ¡Oh, es preciso tomar una venganza terrible! ¡David, cuento con vos!... — Ya lo sabeis, señor; os tengo consagrada mi existencia — repuso el negro con fria calma. — Pero tú, querido mio ¿cómo has llegado aquí tan oportunamente? — dijo Rodolfo al Churiador. — Si gustais monseñ... no, señor... alteza Rodolfo... principiaré por el principio. — Que me place: empieza ya; pero cuidado, llámame señor Rodolfo no mas. — Bien está... Pues señor Rodolfo, como digo, ya os acordais que ayer tarde, volviendo del campo á donde habiais ido con la Guillabaora, me dijisteis: « Procura ver al Maestro de Escuela en la Cité y decirle que sabes donde se puede dar un buen golpe, pero que no quieres tomar parte en él. Bríndale con tu lugar, y si lo toma que se presente mañana (esta mañana) en la barrera de Bercy, junto al *Canastillo Florido*, que allí se encontrará con la persona que ha preparado el negocio.

— ¿Y luego? — Y luego, asi que os he dejado fuí á la Cité... Entré en casa de la Pelona y no estaba allí el Maestro de Escuela, subí por la calle de San Eloy, pasé por la de Feves, por la Ropería Vieja... ni por pienso... En fin, al llegar al atrio de Nuestra Señora me lo eché á la cara con la bruja en la casa de un sastrezuelo revendedor, alcahuete y ladron todo en una pieza: estaban com-

prando algunas cosas de lance, sin duda con el dinero que habian robado al señor alto que os andaba buscando. La Lechuza ajustaba un chal encarnado... ¡Bruja del demonio!... desembuché mi cuento al Maestro de Escuela, y me dijo que le tenia cuenta y que no faltaría á la cita. ¡Esto es hecho! dije para mí... Esta mañana he venido aquí á deciros lo que habia, segun me ordenasteis ayer cuando me dijisteis: «Pues bien, vuelve mañana antes de amanecer, pasarás el dia en la casa, y por la noche... veras algo de nuevo. Nada me garlasteis, pero yo comprendí bien, porque á buenos entendedores... Dije yo entónces para mi: Esta es una trampa que arman al Maestro de Escuela... Maldito si se me da: es un bribon confirmado... asesinó al boyero, y aun dicen que á otra persona mas en la calle de Roule... Por mí á que hora... — Mi falta estuvo en no decírtelo todo... Acaso no hubiera sucedido este desastre. — Esa es cuenta vuestra, señor Rodolfo: lo que á mí me importaba era serviros... porque, en una palabra, yo no sé como es, pero os tengo un respeto, una inclinacion tan grande, que... Hablemos de otra cosa. Pues señor, como iba contando, dije acá para mí: El señor Rodolfo me paga el tiempo; luego mi tiempo le pertenece y debo emplearlo en servicio suyo. Esta reflexion me dió otra idea, y me volví á decir: el Maestro de Escuela es muy lagarto y vá á sospechar que le arman una zancadilla... Es verdad que el señor Rodolfo le propondrá mañana el negocio; pero el bribon es capaz de venir hoy por aquí para reconocer el sitio, y si desconfia del señor Rodolfo traerá consigo y dará el golpe por su cuenta. Por si acaso me esconderé por ahí en algun sitio desde donde pueda ver los muros y la puerta del jardin, que otra no tiene... Si tuviera un rincon

donde meterme... aunque llueve pasaria en él todo el dia y sobre todo la noche, y mañana de madrugadaria á ver el señor Rodolfo. Volví pues á la calle de las Viudas para agazaparme por allí. Pero ¿qué es lo que veo? nada menos que una tabernilla á diez pasos de vuestra puerta... Me instalo en la buena de la taberna cerca de una ventana, pido un azumbre de vino y un cuarteron de nueces, y digo que que estoy esperando á un amigo jorobado y á una mujer alta, con lo cual me pareció que nadie maliciaría. Púseme enseguida á mirar para vuestra puerta... ¡Santa Bárbara como caia el agua! parecia un diluvio. No pasaba un alma y la noche se venia encima. — ¿Pero cómo no has entrado en mi casa? — preguntó Rodolfo interrumpiéndole. — Me habiais dicho señor Rodolfo que volviese al dia siguiente por la mañana, y no quise venir antes por no parecer entrometido... Pues como iba diciendo, estaba á la ventana echando mis tragos y comiendo mis nueces, cuando allá por entre la niebla veo aparecer á la Lechuza con el mono de Brazo Rojo, es decir, con el Cojuelo por otro nombre. ¡Hola! dije para mí... ya viene el nublado .. ahora si que aprieta! En efecto el Cojuelo se metió como un topo en una de las zanjas que hay frente de vuestra casa, como para abrigarse del aguacero... La Lechuza se quitó la marmota, la metió en la faltriquera y llamó á la puerta. ¿Quién os parece que vino á abrir la puerta? vuestro amigo Murph en persona, señor Rodolfo. En esto la tuerta empezó á estirar los brazos y hacer aspavientos, y entró corriendo en el jardin. Yo estaba en ascuas y me daba al diablo porque no podia adivinar lo que queria hacer la Lechuza... Por último volvió á salir, se puso el gorrete, dijo dos palabras al Cojuelo que se quedó en

el agujero, y tomó las de villadiego... ¡Alto aquí! dije yo para mí: Vamos echando cuentas... El Cojuelo ha venido con la Lechuza; luego el Maestro de Escuela y el señor Rodolfo se han quedado en la taberna de Brazo Rojo. La Lechuza vino á reconocer la casa; luego no hay duda de que dan el golpe esta misma noche. Si dan el golpe esta misma noche cayó en el garlito el señor Rodolfo, que piensa que no habrá nada hasta mañana. Si el señor Rodolfo cayó en el garlito debo ir á casa de Brajo Rojo para ver como anda el negocio... sì, pero si mientras tanto llega el Maestro de Escuela... no hay duda.. Pues bien, entónces me voy á entrar en la casa para decir al señor Murph que abra los ojos... pero el diablo del Cojuelo está cerca de la puerta, y si me vé y me oye llamar, avisará á la Lechuza y entónces todo se lo lleva la trampa.. ademas de que puede ser que el señor Rodolfo haya arreglado de otra suerte el negocio para esta noche... ¡Rayo! no sabia qué hacer; mi cabeza parecia un horno con tanto discurrir y no veia mas que fuego. Por último, me dije: voy à salir, que estando fuera discurriré mejor. En efecto discurrí: y ¿ qué hago? voy y me quito la blusa y la corbata, me acerco á la cueva del Cojuelo, le agarro por el pellejo de la espalda, y por mas que chilla y pernea, y me araña y me muerde, lo envuelvo en la blusa, lo ato por un lado con las mangas y con la corbata por el otro, dejandole modo de respirar, y con el fardo debajo del brazo me dirijo al muro bajo de un jardin que allí cerca estaba, echo el Cojuelo á volar y va á dar consigo allá entre unas coles. ¡Como gruñia! parecia un lechon; pero con el viento y la lluvia, á dos pasos de distancia no se le oia mas que si estuviese muerto. Hecho esto me escabullo como puedo y me subo á uno de los

árboles altos que hay en frente por frente de vuestra puerta, sobre la misma zanja en donde habia estado el Cojuelo. Al cabo de diez minutos oí pasos: llovia á todo llover y la noche estaba como boca de lobo... Apliqué el oido, y ¿quién pensais que era?... la Lechuza. —«¡Cojuelo!... ¡Cojuelo!...» — llamó en voz baja. — «Está lloviendo á cántaros, y el demonio del escarabajo se habrá cansado de esperar» — dijo enfurecido el Maestro de Escuela: —«¡si me cae en las uñas lo desuello vivo!!!»

—«¡Anda con cuidado, amoroso!»—dijo la Lechuza: — «puede ser que haya ido á darnos algun aviso. ¿Y si todo esto fuese una trampa para cogernos?... el otro no queria dar el golpe hasta las diez...» —«Pues por eso mismo»—repuso el Maestro de Escuela.— «No son mas que las siete. Tú has visto el dinero ¿no es verdad?... — Quien no se aventura no pasa la mar. Dame la *calabuza* (a) y la lima sorda.» — ¿Llevan esos instrumentos? — preguntó Rodolfo admirado. — Venian de casa de Brazo Rojo, que la tiene llena como un huevo de todo lo necesario... La puerta se abrió en un instante... «Quédate ahí — dijo el Maestro de Escuela á la Lechuza: — «Alerta, y cuidado si oyes algo.» — «Pon el *baraustador* (b) en un ojal del chaleco para tenerlo mas á mano» — dijo la tuerta; y el Maestro de Escuela entró en el jardin. Al ver esto me bajo del árbol, corro hácia la Lechuza, la atolondro con dos puñetazos... de mi mano... bien festonados... me precipito en el jardin.. pero ¡rayo, señor Rodolfo!... era ya demasiado tarde. — ¡Pobre Murph!! — Se revolcaba con el Maestro de Escuela en la escalerilla de la entrada, y aunque es-

(a) Ganzua. (b) Puñal.

taba herido se mantenia firme sin pedir socorro. Entónces me dije yo ¡qué hombre tan real! es como los perros de casta: mucho colmillo y poco ladrar... y en esto me echo á caras y cruces sobre los dos y agarro al Maestro de Escuela por el gañote, única parte disponible por el momento. ¡Viva la Constitucion! ¡soy yo! ¡el Churiador! ¡Somos dos, señor Murph! — «¡Ah, ladron! ¿de dónde sales tú?» — me gritó el Maestro de Escuela espantado de tal ver. — «¡Déjate de preguntas!» — le respondí apretándole una pierna con mis rodillas y agarrándole de firme un brazo... era el bueno... el del puñal... «¿Y el señor Rodolfo?» — me preguntó el señor Murph, sin dejar por eso de ayudarme en la faena. — ¡Amigo fiel, hombre valeroso!—exclamó Rodolfo. — «Nada sé de él — le respondí. — Puede ser que lo haya matado este perillan...« Y cargué de nuevo sobre el Maestro de Escuela que queria llegarme con el puñal; pero yo como estaba echado de pechos sobre su brazo y solo tenia libre la muñeca, no pudo tocarme el bulto. — «¿Estais solo?» — pregunté al señor Murph sin dejar de pelear con el Maestro de Escuela. — «Hay gente cerca, pero no me oirian gritar» — me respondió. — «¿Están léjos?» — «Diez minutos.» — «Gritemos, pidamos socorro por si pasa alguno que nos oiga.» — «Eso no (me replicó); ya que le tenemos aquí no debemos consentir que nadie se lo lleve... Me siento desfallecer... estoy herido... — «Qué rayo hacemos entónces? corred á vuscar socorro si teneis ánimo. Yo procuraré sujetarlo.» — En esto se marcha el señor Murph, y yo me quedo solo con el Maestro de Escuela. ¡Cáspita! no es por alabarme, pero hubo momentos en que no estaba á mi gusto... Estábamos medio en el suelo y medio en el último paso de la escalera... Yo tenía abra-

zado por el pescuezo al ladron... y mi cara contra la suya... El bandido bufaba como un buey y rechinaba los dientes... La noche estaba como la pez... la lluvia caia á mares... la lámpara que habia quedado en la entrada nos daba alguna luz... Yo le habia enlazado una pierna con las mias... pero como tiene los riñones tan fuertes se levantaba conmigo á mas de una cuarta del suelo. Queria morderme, pero no podia. Jamas he tenido tanto vigor. ¡Caramba! me saltaba el corazon... pero me eché la cuenta de que me hallaba en el caso del que se agarra á un perro rabioso para que no muerda á la gente... —«Si me dejas escapar no te haré daño ninguno» —me dijo el Maestro de Escuela con una voz sofocada. —«¡Ah, cobarde!» —le repliqué: —«luego toda tu valentía consiste en tu fuerza, y no hubieras asesinado al boyero de Poisy si hubiera sido tan fuerte como yo, por lo ménos, ¿eh?» —«No» me dijo; «pero te voy á matar como á él!» —Y al decir esto dió un respingo tan violento apretando al mismo tiempo las piernas, que casi me echó debajo de sí... Si entonces no le hubiera sujetado bien el brazo del puñal... adios mundo para mí... Como en aquel momento tenia en falso el brazo izquierdo, aflojé los dedos... y todo se lo llevaba la trampa... Entónces me dije: Yo estoy debajo y él está encima, y va á matarme. Pero no importa; no le envidio la fortuna... El señor Rodolfo me ha dicho que tenia corazon y honor... ahora conozco que es verdad... Estando en esto descubro á la Lechuza de pié junto á la escalera, con su ojo redondo y su chal encarnado... La bruja me parecia una pesadilla... —«¡Finura! —gritó el Maestro de Escuela— mira que se me cayó por ahí el puñal; búscalo... por ahí... debajo de él... y dale de firme entre las paletillas... ¿entiendes?... dale firme.» —

«Bueno, bueno, palomo; aguarda un poco.» Y la Lechuza empezó á buscar y buscar alrededor de nosotros: parecia un pájaro viejo de mal agüero... Por fin vió el puñal y estaba para arrojarse á él... cuando en este medio tiempo, yo, que estaba panza abajo, la comunico una patada con el talon en el estómago y la mando á volar por el aire; pero al instante volvió sobre mí con un refunfuño que daba miedo. Aunque ya no podia mas me mantenia aun agarrado al Maestro de Escuela; pero me daba por debajo unos puñetazos tan fuertes en la cara, que iba á dejarlo todo cuando aparecen tres ó cuatro hombres armados en el descanso de la escalera, y con ellos el señor Murph, descolorido y arrimado al señor médico... Me cogen al Maestro de Escuela y la Lechuza, y me los trincan con fino talento y urbanidad... Vamos á otra cosa, dije yo para mí. ¿Y el señor Rodolfo?... Salto sobre la Lechuza y acordándome del diente de la pobre Guillabaora, la cojo por un brazo y se lo retuerzo diciéndola: —«¿Dónde está el señor Rodolfo?» no me respondia palabra, mas á la segunda vuelta que dí al torno me gritó: —«En casa de Brazo Rojo, en la cueva, en el *Corazon Sangriento*... Bueno, dije yo... Al paso quise recojer al Cojuelo entre las coles, porque era mi camino. Busco y rebusco y no encuentro nada mas que mi blusa, que habia rasgado con los dientes. Llego al *Corazon Sangriento*, échome al pescuezo de Brazo Rojo... «¿Dónde está el mozo que ha venido aquí esta noche con el Maestro de Escuela?» —«No me aprietes tanto que ya te lo diré: han querido pegarle un chasco, y está metido en esa bodega que voy á abrir.» —Bajamos á la cueva... nada... ni una alma. —«Puede ser que haya salido miéntras estuve de espaldas á la trapa—dijo Brazo Rojo—

ya ves que no está aquí.» — Ya me volvia muy triste, cuando á la luz de la linterna descubro otra puerta en el fondo de la cueva. Arrójome á la puerta; tiro hácia mí y recibo como si dijéramos una hisopada en el hocico... Os veo con los brazos fuera del agua, os pesco, os echo á costillas y os traigo aquí en esta conformidad, viendo que no habia quíen fuese á buscar un coche. Ahí está lo que pasó, señor Rodolfo... y á la verdad, no es por alabarme, pero estoy contento con la cosa esta... — Querido mio, te debo la vida... es una deuda que pagaré: vive seguro. David ¿quereis ir á ver como está Murph? Volved al punto á informarme — dijo Rodolfo.

El negro salió del aposento.

— ¿Sabes en dónde está el Maestro de Escuela, amigo mio? — En la sala baja con la Lechuza. ¿Quereis llamar la guardia, señor Rodolfo? — No. — ¿Teneis ánimo de soltarlos?... ¡Ah, señor Rodolfo! no os andeis con generosidades... Os digo y os repito que es un perro de rabia... andad con cuidado... — ¡No morderá mas á nadie... pierde cuidado! — ¿Quereis encerrarlo en alguna parte? — No... dentro de media hora saldrá de aquí. — ¿El Maestro de Escuela? — Sí. — ¿Sin gendarmes? — Sí. — ¿Saldrá de aqui... libre? — Saldrá libre. — ¿Y solo? — Solo. — ¿Pero irá...? — A dónde quiera... — dijo Rodolfo interrumpiendo al Churiador con una sonrisa siniestra.

El negro volvió á entrar en el aposento.

— ¿Cómo está Murph, David? — Durmiendo, monseñor — dijo con tristeza el médico. — La respiracion está algo oprimida. — Sigue de peligro ¿es verdad? — Su estado es bastante grave, monseñor... Pero debemos esperar... — ¡Ah Murph!... ¡querido Murph!... ¡venganza!... ¡venganza!... —

gritó Rodolfo con un furor concentrado. Y luego añadió: — David... una palabra...

Y habló en voz baja al oido del negro.

Este se estremeció.

— ¿Temblais? — le dijo Rodolfo. — Tiempo ha que sabeis mi intencion... El momento de realizarla es este... — No tiemblo, monseñor... Esa idea encierra una completa reforma penal digna del estudio de los mejores casuistas de derecho criminal, porque esa pena seria... terrible... eficaz... y produciria las mas veces el arrepentimiento... En este caso es aplicable. Sin enumerar los crímenes que han echado á presidio perpetuo á ese bandido... ha cometido tres asesinatos... el boyero... Murph... y vos... Es de justicia. — Y aun despues le quedará un campo... un orizonte sin límites para la expiacion... — añadió Rodolfo. Despues de un momento de silencio continuó: — ¿Le bastarán cinco mil francos, David? — Sí, monseñor. — Querido mio — dijo Rodolfo al Churiador que estaba asombrado — tengo que hablar á solas con el señor. Pásate al cuarto inmediato... sobre el escritorio hallarás una cartera encarnada: saca de ella cinco billetes de á mil francos y tráemelos... — ¿Para quién son esos cinco mil francos? — gritó involuntariamente el Churiador. — Para el Maestro de Escuela... y al mismo tiempo dirás que le traigan aquí.

El Castigo

CAPITULO XVII.

LA PENA.

La escena pasó en un salon iluminado y de colgaduras rojas.

Rodolfo, vestido con una gran bata de terciopelo negro que aumentaba la palidez de su rostro, estaba sentado á una espaciosa mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veia la cartera del Maestro de Escuela, la cadena de similor de la Lechuza con el agnusdei de lapislázuli, el puñal ensangrentado aun que habia herido á Murph, la ganzúa con que se habia forzado la puerta y los cinco billetes de á mil francos que el Churiador habia ido á buscar al cuarto inmediato.

El doctor negro estaba sentado á un lado de la mesa y el Churiador al otro. El Maestro de Escuela, agarrotado de manera que no podia hacer ningun movimiento, estaba en un gran sillon de ruedas en medio de la sala: las personas que habian conducido á este hombre se habian retirado, quedando solos Rodolfo, el médico y el Churiador.

Rodolfo no estaba irritado, y en su semblante se veian la calma, la tristeza y el recogimiento, propios de la mision solemne que iba á desempeñar.

El doctor estaba pensativo.

El Churiador sentia un temor vago, y no separaba un momento la vista de Rodolfo.

El Maestro de Escuela estaba descolorido, lívido... lleno de terror.

Fuera de la sala reinaba un profundo silencio y solo se oía el ruido triste y continuo de la lluvia.

Rodolfo se dirigió al Maestro de Escuela y dijo:

— Desertor del presidio de Rochefort, á donde fuisteis condenado por toda la vida... por falsario, ladron y asesino... vos sois Anselmo Duresnel. — ¡Eso no es verdad! — dijo el Maestro de Escuela con voz alterada y echando alrededor de sí una mirada feroz é inquieta. — Sois Anselmo Duresnel... vos habeis robado y asesinado á un ganadero en el camino de Poisy. — ¡Es falso! — Mas tarde lo confesareis.

El bandido miró á Rodolfo con terror y sorpresa.

— Esta noche habeis venido aquí para robar, y habeis herido con un puñal al dueño de esta casa... — Vos sois quien me ha propuesto ese robo — dijo el Maestro de Escuela recobrando alguna firmeza; — me han acometido .. y tuve que defenderme. — El hombre á quien habeis herido no os atacó, pues estaba desarmado. Es cierto que os he propuesto este robo... pero luego os diré con que objeto. La víspera, despues de haber robado en la Cité á un hombre y á una muger, les habeis prometido matarme por mil francos!... — Yo soy testigo — dijo el Churiador.

El Maestro de Escuela le dirigió una mirada feroz.

Rodolfo continuó:

— Ya veis que para hacer mal no necesitabais que yo os sedujese!... — No sois mi juez... no volveré á responderos... — Ahora os diré por que os he propuesto este robo: Sabia que erais desertor de presidio y que conociais á los padres de una jó-

ven, cuya desventura ha causado vuestra cómplice la Lechuza... Queria atraeros aquí con el estímulo del robo, único capaz de seduciros; y una vez en mi poder elegiriais, ó bien el ser entregado á la justicia, que os haria pagar con la cabeza el asesinato del ganadero... — ¡Es falso! yo no he cometido ese crímen. — O bien el ser espatriado de Francia por cuenta mia, y reducido en otro país á una reclusion perpetua en donde vuestra suerte seria mas llevadera que en presidio; pero solo os concederia esta conmutacion de castigo en el caso de revelarme el secreto que deseaba adquirir. Condenado á presidio perpetuo habeis quebrantado vuestra prision; y apoderándome de vos é impidiendo que volvieseis á hacer daño, servia á la sociedad, al paso que conseguia restituir á su familia una pobre criatura mas infeliz que culpable. Este fué mi primer designio: no era legal, pero vuestra evasion y vuestros crímenes os ponen fuera de la ley... Ayer, por una revelacion providencial, he sabido que erais Anselmo Duresnel. — ¡Es falso! no me llamo Duresnel.

Rodolfo cogió de la mesa la cadena de la Lechuza, y enseñando al Maestro de Escuela el pequeño agnusdei de lapislázuli, dijo con voz amenazadora:

— ¡Sacrílego!... habeis prostituido á una criatura infame esta reliquia santa... ¡tres veces santa!... porque vuestro hijo habia recibido este piadoso don de su madre y de su abuela!

Atónito al oir esto el Maestro de Escuela, bajó sin responder la cabeza.

— Hace quince años que habeis robado vuestro hijo á su madre, y como debeis poseer el secreto de su existencia, tenia un motivo mas para asegurarme de vuestra persona desde el momento en

que supe quien erais. No quiero vengarme de ofensas personales... Esta misma noche habeis derramado la sangre de quien no os provocaba, pues el hombre á quien habeis asesinado se acercó á vos sin la menor sospecha de vuestro furor sanguinario. Os preguntó que le queriais, y vuestra respuesta ha sido «¡La bolsa ó la vida!...» y le disteis una puñalada. — Así lo refirió el señor Murph cuando le presté los primeros socorros — dijo el doctor. — Es falso... ha mentido.

Murph no miente jamás — dijo con frialdad Rodolfo. — Vuestros crímenes piden una reparacion ruidosa. Os habeis introducido aquí por asalto y escalamiento y habeis dado de puñaladas á un hombre para robarle... Habeis cometido un asesinato... Vais á morir en ese sitio... Por compasion, por respeto á vuestra muger y á vuestro hijo no sufrireis la ignominia del patíbulo... se dirá que habeis sido muerto combatiendo á mano armada... Disponeos... las armas están preparadas. — ¡Misericordia... piedad! — No hay piedad para vos — dijo Rodolfo. — Si no morís aquí morireis en el cadalso. — Prefiero el cadalso... viviré á lo menos dos ó tres meses mas... Al fin seré pronto castigado, y á vos os es igual... ¡Piedad... misericordia!... — Pero vuestra muger y vuestro hijo... que llevan vuestro nombre... — Mi nombre está ya deshonrado... Aunque no deba vivir mas que ocho dias, ¡piedad!... — ¡Ni aun ese desprecio de la vida que profesan algunos criminales! — dijo con desden Rodolfo. — Ademas la LEY prohibe el que se haga justicia por la mano — repuso el Maestro de Escuela con mas firmeza. — ¡La ley! — exclamó Rodolfo — ¡la ley!... ¿Y osais invocar la ley despues de haber vivido siempre en guerra á muerte con la sociedad?... — Bajó la cabeza el bandido sin res-

ponder, y luego dijo en tono mas humilde: — A lo menos dejadme vivir por compasion. — ¿Me direis en dónde está vuestro hijo? — Sí... sí... os diré todo lo que sé... — ¿Me direis quienes son los padres de esa niña, cuya infancia ha atormentado la Lechuza? — En mi cartera hallareis papeles que os revelarán quienes son las personas que la entregaron á la Lechuza... — ¿En dónde está vuestro hijo? — ¿Me concedereis la vida? — Confesad primero... — Sí; pero cuando sepais... — dijo el Maestro de Escuela receloso. — ¡Lo has matado!

— No... no... lo he entregado á uno de mis cómplices, que logró salvarse cuando me prendieron. — ¿Qué ha hecho de él ese hombre? — Le ha enseñado lo necesario para entrar en la casa de un banquero de Nantes... á fin de darnos buenas noticias, inspirar confianza al banquero y facilitar así nuestros planes. Esperando siempre escaparme de Rochefort, dirigia desde allí el plan de esta empresa y seguia una correspondencia por cifras con mi amigo. — ¡Oh, Dios mio! su hijo!... su hijo!! Este hombre me horroriza — exclamó Rodolfo asombrado y cubriéndose el rostro con las manos. — ¡Pero solo se trataba de falsificacion! — gritó el bandido; — y aun así cuando mi hijo supo lo que de él se pretendia, se indignó de tal manera que todo lo dijo á su principal y desapareció de Nantes... Hallaréis en mi cartera una indicacion de los pasos que se han dado para encontrar á mi hijo... La última noticia es de que habitó una casa en la calle del Templo con el nombre supuesto de Francisco German. Ya veis que todo lo he declarado... todo... Ahora cumplid vuestra palabra y haced que se me prenda tan solo por el robo de esta noche. — ¿Y el ganadero de Poissy? — No es posible que

llegue á descubrirse, porque no hay pruebas. A vos os lo confieso para probaros mi buena voluntad; pero delante del juez negaré... — ¡Luego lo confiesas! — Estaba lleno de miseria y no tenia con que vivir... la Lechuza me lo aconsejó... ahora me arrepiento... Ya veis que lo confieso .. ¡Ah! si no me entregaseis á la justicia os daria mi palabra de honor de no volver... — Vivirás... y no te entregaré á la justicia. — ¿Me perdonais?—gritó el Maestro de Escuela, no creyendo lo que escuchaba — ? me perdonais ? — — ¡Te juzgo... y te castigo! — exclamó Rodolfo con voz solemne. — No te entragaré á la justicia porque irias al cadalso ó á presidio, y esto no debe ser... no, no debe ser.. En el presidio dominarias aun á esa turba de malvados con tu fuerza y tu iniquidad, y satisfarias tu instinto de opresion brutal... serias odiado y temido de todos: y el crímen tiene tambien su orgullo, y tú te gozarias con tu propia monstruosidad!... A presidio no: tu cuerpo de hierro se burlaria del trabajo forzado y del rebenque del mayoral. Las cadenas se rompen, los muros se minan y se escalan, y el dia ménos pensado romperias tu prision y volverias á arrojarte en la sociedad como una bestia feroz, señalando tu paso con la rapiña y el asesinato... porque nada está seguro de tu fuerza hercúlea y de tu puñal: ¡no, no irás á presidio! Pero ya que en la prision romperias tus cadenas... ¿qué se hará para librar á la sociedad de tu furor de tigre? ¿entregarte al verdugo? — ¡Luego es mi muerte lo que quereis! — exclamó el bandido. — No... porque con tu empeño encarnizado de vivir esperarias evadirte de las angustias del suplicio hasta el último momento, y esta esperanza insensata te ocultaria los horrores de tu castigo hasta que estúvieses en poder del verdugo... Y entónces, embrutecido por el terror,

no serias mas que una masa inerte ofrecida en holocausto á los manes de tus víctimas. No morirás, te digo... porque esperarias salvarte hasta el último momento... y tú, monstruo, no debes esperar... No... si no te arrepientes, no quiero que tengas esperanza alguna en esta vida... — ¿Pero, qué tiene conmigo este hombre?... ¿quién es?... ¿qué quiere?... ¿en dónde estoy?... — gritó el Maestro de Escuela casi delirando.

Rodolfo continuó:

—Si por el contrario despreciases la muerte, tampoco deberias ser condenado al último suplicio... el cadalso seria para tí un teatro sangriento como otros muchos, en donde harias ostentacion de tu ferocidad... en donde mirando la vida con bestial indiferencia, condenarias tu alma y darias el último aliento con una horrenda blasfemia... No será, te digo... porque el pueblo no debe ver á un criminal burlarse con estúpida indiferencia de la cuchilla de la ley, insultar al verdugo y mofarse á la agonía del soplo divino con que el Todopoderoso ha animado nuestro ser... Nada hay mas sagrado que la salvacion de una alma. »Todo crimen se espía y se redime,» ha dicho el Salvador; pero como del tribunal al cadalso no hay mas que un paso, es necesario dar mas tiempo á la expiacion y al arrepentimiento. Este plazo... lo tendrás... y quiera el cielo que sepas aprovecharlo.

El Maestro de Escuela, confundido y anodado, temió por primera vez en su vida y sintió que habia algo mas horrible que la muerte. Este vago temor le llenó de un horror indecible.

Rodolfo continuó:

— Anselmo Duresnel, no irás á presidio... no subirás al patíbulo...—¿Qué quereis entónces de mí?... ¿sois algun demonio salido del infierno para ator-

mentarme? — Oye... dijo Rodolfo levantándose con aire de autoridad severa y amenazadora: —tú has abusado criminalmente de tu fuerza... yo paralizaré tu fuerza... Los mas vigorosos temblaban delante de tí... tú temblarás delante de los mas cobardes y débiles... ¡Asesino!... tú has sepultado en una noche eterna á criaturas del Señor. . las tinieblas de la eternidad empezarán para tí en esta vida... hoy... ahora mismo... Tu castigo será igual á tus crímenes... Pero este horrible castigo — añadió Rodolfo con un aire de compasion dolorosa — dejará á lo menos un porvenir sin límites á la expiacion de tus crímenes... Yo seria tan delincuente como tú si al castigarte quisiese únicamente satisfacer una venganza, por legítima que fuese. . Tu castigo, léjos de ser estéril como la muerte, será fecundo... léjos de condenarte te redimirá..... Para que no causes mas daño te privo del explendor de la creacion.... Te sepulto en una oscuridad impenetrable, para que, solo y envuelto en el temeroso recuerdo de tus crímenes, contemples incesantemente su deformidad... Sí... aislado para siempre del mundo exterior, tendrás que contemplarte á tí mismo... y entónces tu horrible rostro envilecido por la infamia se cubrirá de rubor... tú alma corrumpida por el crímen sentirá la conmiseracion... Todas tus palabras son blasfemias... y todas tus palabras se convertirán en plegarias que dirigirás al Omnipotente... Eres osado y cruel porque eres fuerte... y serás manso y humilde porque serás débil... Tú corazon, que jamas ha sentido el arrepentimiento, llorará un dia las víctimas de tu ferocidad... Degradaste la inteligencia con que el Señor te habia dotado, prostituyéndote al robo y al homicidio y convirtiéndote en bestia salvaje; pero vendrá un dia en que la expiacion y los remordi-

mientos hagan recobrará esa inteligencia su dignidad... Ni aun has respetado lo que respetan las bestias salvajes: la hembra y los hijuelos... Despues de una larga vida consagrada á la expiacion de tus crímenes, tu última plegaria será para pedir á Dios que te conceda la felicidad de morir en los brazos de tu mujer y de tu hijo...

La voz de Rodolfo se conmovió al decir estas palabras.

El Maestro de Escuela no manifestó miedo alguno, porque creyó que su *juez* habia querido aterrarle ántes de llegar á esta última leccion moral; y animado por la dulzura del acento de Rodolfo, dijo con una risa grosera é insolente:

—Vamos claros.... ¿estamos aquí adivinando charadas... ó dando leccion de catecismo... ó qué hacemos?

Rodolfo no respondió, y dijo el doctor:

—David... lo que se ha resuelto... ¡Qué caiga sobre mí solo el castigo de Dios si no obro con acierto!...

El negro tocó la campanilla.

Entraron dos hombres en la sala.

David les señaló la puerta de un gabinete lateral, al cual hicieron rodar la silla en que el Maestro de Escuela estaba agarrotado de manera que no podia moverse.

—¡Oh! quereis matarme ahora!... ¡piedad!... ¡piedad!... ¡misericordia!...—gritó el Maestro de Escuela cuando lo llevaban.—Sujetadle la cabeza y ponedle una mordaza—dijo el negro al entrar en el gabinete.

El Churiador y Rodolfo quedaron solos.

—Señor Rodolfo—dijo el Churiador con voz trémula—señor Rodolfo, habladme de una vez... yo tengo miedo... ¿estoy soñando?... ¿Qué le hacen

al Maestro de Escuela? no se oye nada... y esto aun me da mas miedo...

David salió del gabinete, pálido como lo están los negros... sus labios estaban blancos como el papel.

Los dos hombres sacaron de nuevo á la sala la silla en que estaba atado el Maestro de Escuela.

—Quitadle la mordaza y desatadlo—dijo David.

Siguió á esta órden un momento de espantoso silencio.

Los dos hombres desataron al Maestro de Escuela y le quitaron la mordaza.

Levantóse de repente el bandido: en su cara abominable estaban pintados la rábia, el horror y el espanto. Dió un paso con los brazos tendidos hácia delante, y dejándose caer de nuevo en el sillon tendió los brazos al cielo y gritó con un acento de indecible angustia y de furor:

—¡Ciego!!! — David, dadle esa cartera — dijo Rodolfo.

El doctor puso una cartera en las manos trémulas del bandido.

— En esa cartera hay bastante dinero para asegurarte un albergue y pan en cualquier sitio retirado, hasta el fin de tus dias.. Ahora estás libre... vete... arrepiéntete... que el Señor es misericordioso. — ¡Ciego! — repitió el Maestro de Escuela tomando maquinalmente la cartera. — Abrid las puertas..... — que salga dijo Rodolfo, y las puertas se abrieron de par en par. — ¡Oh, ciego!... ¡ciego!!! — repitió el bandido fuera de sí. — Estás libre... tienes dinero... márchate. — ¡Marcharme!... Pero si no... ¿Cómo?... ¡si yo no veo! —esclamó el bandido con furor. — Es un crímen espantoso el abusar así de la fuerza... para... — ¡Es un

crímen el abusar de la fuerza! — repitió Rodolfo con voz solemne. — Y tú ¿qué has hecho de tu fuerza? — ¡Oh! ¡la muerte!.. Sí; ¡hubiera preferido la muerte! — gritó el Maestro de Escuela. — Ahora estoy á la merced de todo el mundo... de todo tengo miedo... ¡Un niño me venceria en este momento!... ¡Dios mio!!! ¿qué será de mí? —Tienes dinero... — Me lo robarán — dijo el bandido. —¡Te lo robarán!... ¿Entiéndes esas palabras que profieres con temor... tú, consumado ladron?... Márchate.... vete...—Por el amor de Dios--dijo con humildad el bandido — ¡que me acompañe alguno! ¿Qué va á ser de mí por esas calles?... ¡Ah, matadme por piedad!... ¡matadme! — No... un dia te arrepentirás. — ¡Jamas!... ¡nunca me arrepentiré!... — gritó lleno de rábia el Maestro de Escuela. — ¡Oh, yo me vengaré!... sí... ¡me vengaré!...

Y se arrojó del sillon con los puños cerrados.

Al primer pasó se estremeció.

— ¡No... no... no podré vengarme... á pesar de ser tan fuerte!... ¡Ah, qué digno de lástima soy!... ¡Nadie se apiada de mí... nadie!...

Seria imposible pintar el estupor y el asombro del Churiador durante esta escena terrible. Se vió una expresion de lástima en su rudo semblante, y acercándose á Rodolfo le dijo en voz baja: — Señor Rodolfo, no llevó mas que su merecido... era un facineroso terrible... Tambien quiso matarme hace poco; pero ahora está ciego y no sabe por dónde ha de ir... Pueden estropearlo por esas calles... ¿Quereis que le lleve á algun sitio en donde pueda estarse quieto por lo ménos? — Sí... — dijo Rodolfo conmovido por este rasgo de generosidad y tomando la mano del Churiador:—Sí... acompáñale.

El Churiador se acercó al Maestro de Escuela y le dió una palmada en el hombro.

El bandido se estremeció y dijo con voz sorda:

— ¿Quién me toca? — Yo. — ¿Quién eres tú? — El Churiador.— ¡Vienes tambien á vengarte!... sí? — No sabes como has de salir de aquí... anda, toma mi brazo... voy á llevarte...— ¡Quién!... ¿tú? — Sí, yo... ahora me das lástima... vamos, vente... — Quieres hacerme alguna treta ¿eh? — No soy cobarde, ya lo sabes... no me valdré de tu desgracia para ofenderte... Anda, vamos que ya es de dia. — ¡De dia!!!... ¡ah! ¡ya no veré jamas el dia!— esclamó el bandido.

Rodolfo no pudo presenciar por mas tiempo esta escena, salió precipitadamente de la sala seguido de David é hizo una señal á los criados para que se retirasen.

El Churiador y el Maestro de Escuela quedaron solos.

— ¿Es verdad que hay dinero en esta cartera? — dijo el bandido despues de un rato de silencio. — Sí... yo mismo he puesto en ella cinco mil francos. Con ese dinero ya puedes encontrar posada y vivir el resto de tus dias en cualquier sitio... en una aldea, por ejemplo... ¿Quieres que te lleve á casa de la Pelona? — No, que me robará. — ¿A casa de Brazo Rojo? — ¡Me asesinaria para robarme! — Entónces ¿á dónde quieres que te lleve? — No lo sé... Por fortuna tú no eres ladron, Churiador. Toma, escóndeme bien la cartera en el chaleco, porque si la ve la Lechuza me la limpia. — — ¿La Lechuza? allá está en el hospital... Cuando estaba agarrado contigo esta noche la disloqué una cadera. — ¿Qué ha de ser de mí, Dios mio, con esta cortina negra que tengo delante de los ojos?... Y si en esta cortina negra se me presentan los semblantes pálidos y moribundos de los que...

Estremecióse el bandido y dijo con voz alterada al Churiador:

— ¿Murió el hombre de esta noche? — No. — Tanto mejor.

Permaneció algunos momentos en silencio, y dando luego un impetuoso salto exclamó enfurecido:

— ¡Tú tienes la culpa de todo esto... tú, Churiador!... ¡ladron!... A no ser por tí hubiera despachado á ese hombre y le hubiera robado el dinero... ¡Estoy ciego por causa tuya!... ¡sí, tú tienes la culpa!... — Vamos, déjate de eso que no es bueno para la salud... ¿Vienes, ó no?... Estoy trasnochado y quiero dormir... Mañana tengo que ir al muelle á pelear con mis palos. Si te vienes te llevaré á donde quieras, y despues me iré á dormir. — ¡Pero si no sé á donde ir!... A mi cuarto no me atrevo... porque seria preciso decir... — Pues entonces escucha ¿quieres venirte á mi agujero por uno ó dos dias?... tengo unos huéspedes que te gustarán, y como no saben quién eres te darán posada y te cuidarán como á un enfermo... Mira, hay justamente un hombre de San Nicolás, que yo conozco y cuya madre vive en San Amadeo: es mujer muy de bien, pero no está muy sobrada y puede ser que se encargue de cuidarte... ¿Te vienes ó no? — Puedo fiarme de tí, Churiador... No temo que me robes el dinero, porque afortunadamente no eres ladron. — ¿Y cuando me echabas en cara el que no era *hacho* (a) cómo tú! — Entonces... ¿quién podia adivinar?... — Si entonces te hubiera dado crédito... á estas horas ya no tendrias dinero. — Es verdad; pero tú no guardas odio ni rencor... dijo con mansedumbre el bandido; — tú vales mucho

(a) Ladron.

mas que yo. — ¡Caramba! ¡ya lo creo! El señor Rodolfo me dijo que tenia corazon y honor. — Pero ¿quién es ese hombre?... ¡Ese no es un hombre! — gritó el bandido con furiosa desesperacion ¡es un monstruo!

El Churiador alzó los hombros y díjo:

— Ya vuelves á incomodarte. ¿Nos vamos ó no? — A tu casa ¿no es verdad, Churiador? — Sí. — No me guardas ningun rencor por lo de esta noche... ¿me lo juras Churiador? — Te lo juro. — ¿Y estás seguro de que no murió... *ese hombre*? — estoy seguro. — Siempre será uno ménos — dijo el vandido. — Si se supiera cuantos... ¡Ah! el viejecito de la calle de Roule... y la mujer... del canal de san Martin... ¡Sí; ahora no pienso mas que en esto!... ¡Ciego, Dios mio!... ¡ciego! — exclamó en voz alta; y apoyado en el brazo del Churiador salió de la casa de la calle de las Viudas.

CAPÍTULO XVIII.

LA VILLA DE ILE-ADAN.

Un mes habia pasado desde los sucesos referidos. Llevarémos ahora al lector á la villa de Ille-Adan, situada junto á un bosque en un lugar delicioso á orillas del rio Oise.

El hecho mas indiferente suele adquirir importancia en los pueblos de provincia; y así es que en la mañana de aquel dia los ociosos de Ile-Adam apénas hablaban de otra cosa mas en la plaza pública que de la llegada del nuevo comprador de la mejor carniceria de la villa, situada en la plaza de la iglesia.

El mas curioso de aquellos se acercó al mozo de la carnicería, que alegre y alborozado daba á toda prisa la última mano á los preparativos de la tienda; mas el jóven solo respondió á las preguntas indagadoras del curioso, diciendo que no conocia al nuevo propietario, y que solo sabia que habia comprado la finca por segunda mano.

Dos hombres que venian de Paris se apearon de un coche á la puerta de la tienda algunos momentos despues de este interrogatorio.

Uno de ellos era Murph, sano ya de su herida, y el otro el Churiador.

A riesgo de parecer vulgares, diremos que es tal el prestigio del *hábito*, que el parroquiano de las tabernas de la Cité estaba casi desconocido con el

vestido que llevaba. Su fisonomía habia esperimentado la misma transformacion, pues habia depuesto con los andrajos su aire brutal y turbulento. Al verlo pasar con las manos metidas en los bolsillos de su larga levita color de avellana, cualquiera le hubiera tenido por el señor de aldea ménos ofensivo.

—¡Qué frio y qué largo se nos hizo el camino! ¿no es verdad, querido mio? — Apénas lo he notado, señor Murph... Estoy tan contento que... y con la alegría... ¡Cómo calienta esto!,.. Pero aunque digo contento... ¡caramba!... no las tengo todas conmigo — ¿Qué quereis decir? — Ayer fuisteis á buscarme al muelle de San Nicolas, en donde estaba descargando leña con dientes y uñas para entrar en calor. No os habia visto desde la noche de ántes.., cuando el negro de pelo blanco cegó al Maestro de Escuela. Es verdad que fué la primera vez que no pudo robar el bandido; pero en fin... aquello de los ojos me revolvió el sentido... ¡Y qué gesto ponia el señor Rodolfo!... daba miedo mirarlo... y parecia de tan buena pasta... — Bueno... bueno... seguid vuestro cuento. — Y me dijisteis: Buenos dias Churiador — Y yo respondí; Buenos dias, señor Murph... ¡Hola, cómo madrugais! tanto mejor... así andaréis sano. ¿Y el señor Rodolfo? — Y me repusisteis: Tuvo que salir algunos dias despues del negocio de la calle de las Viudas y te dejó olvidado, amigo mio. — ¿Cómo ha de ser? dije yo; si el señor Rodolfo me ha olvidado ¿qué le harémos? bastante lo siento. — Quise decir que se habia olvidado de recompensar vuestros servicios... pero vivid seguro de que jamas os olvidará. — Esas palabras, señ r Murph, me volvieron la sangre al cuerpo en un Jesus... Tampoco yo le olvidaré, no... ¡Rayo! Me dijo una

vez que tenia corazon y honor... pero no importa, hablemos de otra cosa. — Sucede por desdicha; amigo mio, que monseñor se marchó sin dejar órden alguno con respecto á vos; y como yo no poseo mas que lo que él me da, no puedo mostraros como quisiera mi agradecimiento. — ¿Os chanceais, señor Murph? ¡Qué diantres estais hablando! — ¿Porqué diablos no volvisteis á la calle de las Viudas despues de aquella noche fatal?... Monseñor no hubiera partido sin acordarse de vos... — El señor Rodolfo no me mandó aviso, y creí que no sería ya necesario. — Pero debiais pensar á lo ménos que habia necesidad de mostraros algun agradecimiento... — ¿No me habeis dicho ya que el señor Rodolfo no se ha olvidado de mí? — Es cierto; vamos á otro cosa... ¡Qué trabajo me costó encontraros! ¿No vais ya á la taberna de la Pelona?— No. — ¿Porqué? — Idea que se me puso en la cabeza... — Vaya con vuestras ideas... Pero volvamos á lo que me estabais diciendo... — ¿Qué era lo que decia, señor Murph? — Me deciais que os alegrabais de haberme encontrado: que os alegrabais mucho. — ¡Ah, ya caigo! Al volver ayer de mi trajin del muelle, me dijisteis: — «Querido mio, no soy rico, pero puedo darte una ocupacion en que lo pases ménos mal que en el muelle, y en la cual ganarás cuatro francos diarios.» — ¡Cuatro francos diarios! ¡Viva la libertad!... apénas creia lo que me pasaba... ¡paga de ayudante!! Y entónces os respondí: «Que me place, señor Murph.» — Y me replicasteis: «Pero no has de andar así hecho un andrajo, porque espantarias á la gente del pueblo á donde voy á llevarte.» — Y yo os dije á esto: «No tengo con que gobernarlo mejor.» Y me volvisteis á replicar: «Vente conmigo al Temple.» Os sigo, escojo lo mejor que encuentro en la tienda de la

tia Urraca, me dais con que pagar, y en un cuarto de hora me encuentro vestido como un propietario. Me citais para el alba del dia siguiente en la puerta de San Dionisio, en donde os hallo con vuestro coche, nos echamos á andar, y hétenos aquí. — ¿Y qué mal encontrais en todo eso? — El mal está, señor Murph: en que viéndose uno bien vestido,.. ¿me esplico?... se echa uno á perder... y cuando vuelva á ponerme mi sayo y mis remiendos me parecerá... Y luego ganar de pronto cuatro francos diarios, cuando no ganaba mas que dos... Vaya, esto me parece demasiado bueno para que pueda durar. Mas quisiera dormir toda la vida en mi mal jergon de paja, que cuatro coches en una buena cama... Es así mi genio. — Teneis razon... pero mejor seria dormir siempre en buena cama. — Es claro: mas vale que haya pan para reventar la tripa que morirse de hambre. — ¡Ah! esto es una carnicería: esta que está aquí! — dijo el Churiador escuchando los tajos que daba el mozo y mirando por las cortinas los cuartos de buey y ternera colgados en la parte interior. — Sí, pertenece á un amigo mio... ¿Quereis verla miéntras descansa el caballo? — De buena gana; me recuerda mis primeros años; con la diferecia de que mi carnicería era Montfaucon y mi ganado rocines viejos. Si hubiese tenido posibles, es un oficio que hubiera seguido de tan buena gana como el del carnicero... Aquello de irse uno por las ferias montado en una buena jaca, volver uno á su casa, calentarse al fuego si trae frio, secarse si viene mojado, hallar á la costilla, que es una mocetona fresca y rolliza, rodeada de una conejera de chiquillos que le meten á uno las manos en los bolsillos para ver si les trae alguna cosa... Y luego por la mañana irse uno al matadero, cojer á un buey por los cuernos, sobre todo si es bravío... ¡cáspi-

ta! ¡muy fiero habria de ser para que no lo sujetara!... atarlo á la argolla... darle entre los cuernos, desangrarlo, desollarlo, descuartizarlo... ¡Caramba! esta sería toda mi ambicion, como la de la Guillabaora el comerse los buñuelos cuando era pequeñita... Pero ya que hablamos de ésa pobre chica, señor Murph, como no la veo en casa de la tia Pelona, pienso pue el señor Rodolfo la ha sacado de aquel tugurio. Esta seria una buena accion, señor Murph, porque la pobre chica merece cualquier cosa. Era tan jóven, que á fuerza de acostumbrarse... y con el tiempo... En fin, el señor Rodolfo ha hecho bien. — Soy de vuestra opinion. ¿quereis que veamos este despacho mientras descansa el caballo?

El Churiador y Murph entraron en la carnicería, visitaron en seguida el establo, en donde habia tres hormosps bueyes y unos veinte carneros, y vieron el tinglado; el matadero, los graneros y todas las dependencias de la casa, distribuidas con el mayor órden y aseo.

Luego que hubieron visto todo escepto el piso alto, dijo Murpb á su compañero.

— ¿No os parece que mi amigo es un hombre muy feliz? Esta casa y sus dependencias le pertenecen, sin contar unos mil escudos que trae empleados en su comercio; no tiene mas que treinta y ocho años, es fuerte y robusto como un toro, y le gusta el oficio. Ese mozo que habeis visto es muy honrado y entendido en el oficio, y sustituye á mi amigo cuando este sale á comprar ganado... Decid ¿no os parece un hombre muy dichoso este amigo mio? —Por cierto señor Murpb; ¿pero qué quereis? por fuerza ha de haber en el mundo dichosos y desdichados. Cuando pienso en que gano cuatro frandos diarios... y que otros no ganan mas

que dos, y aun ménos... — ¿Queréis que subamos á ver el resto de la casa? — De lindo gusto, señor Murph. — Justamente se halla arriba la persona que ha de emplearos. — ¡Que ha de emplearme! — Sí. — ¡Cómo! ¿y porqué no me lo habeis dicho mas ántes? — Ya os lo esplicaré. — Esperad un momento — dijo el Churiador triste y embarazado deteniendo á Murph por el brazo; — voy á deciros una cosa que acaso no os ha dicho el señor Rodolfo, pero que yo no debo ocultar al amo del establecimiento en que voy á trabajar... porque si no le gusta... vale mas que sea ahora que despues. — ¿Qué queréis decir? — Yo queria decir que.... — Esplicáos. — Que soy un presidario cumplido,.. que he estado en presidio... — dijo al fin el Churiador con voz ronca y sofocada. — ¡Ah! exclamó Murph. — Pero jamas he hecho daño á nadie — dijo con firmeza el Churiador — y ántes moriria de hambre que ser ladron... Pero he hecho mas que robar — añadió bajando la cabeza — he matado... porque tenia cólera... En fin, aun hay mas que decir — continuó despues de un momento de silencio: — quiero que todo lo sepa el amo, porque es mejor que sea ahora que mas tarde. Ya que le conoceis, decidme que estómago le hará esta declaracion, y si creeis que no ha de admitirme, retrocederé el camino sin presentarme... — Subamos — dijo Murph.

Siguióle el Churiador, subieron la escalera, se abrió una puerta y se encontraron ambos en presencia de Rodolfo.

— Déjanos, Murph... — dijo Rodolfo.

CAPITULO XIX.

LA RECOMPENSA.

—¡ Viva la patria! ¡Caramba, qué gusto me da veros, señor Rodolfo, ó monseñor Rodolfo!... — exclamó el Churiador.— Buenos dias, querido mio; tambien yo me alegro de veros. — ¿ Qué picaron de señor Murph! y me dijo que habiais tomado soleta... Vaya, vaya, monseñor, que... — Llamadme señor Rodolfo, que me gusta mas. — Vaya luego señor Rodolfo. Pues ahora quiero pediros perdon por no haberos visto despues de la noche del Maestro de Escuela... Ahora conozco que fué una mala crianza; pero, en fin, no estais enfadado ¿ verdad? — Os lo perdono — dijo riéndose Rodolfo. Y luego añadió: — ¿ Habeis visto bien esta casa? — Sí, señor Rodolfo... hermoso despacho... gran mostrador; todo está pintiparado... Y á todo esto, señor Rodolfo ¿es aquí en donde voy á ganar los cuatro francos diarios de que me habló el señor Murph? — Tengo otra cosa mejor que proponeros: porque esta casa con su despacho y todo lo que contiene, y mil escudos que hay en esa cartera, os pertenecen desde este momento.

El Churiador sonrió con un aire estúpido, estrujó convulsivamente el sombrero entre las rodillas, y no comprendió las palabras de Rodolfo á pesar de la claridad con que habian sido dichas.

— Concibo vuestra sorpresa — añadió Rodolfo

con benignidad; — pero os repito que esta casa y este dinero son de vuestra propiedad.

Al oir esto el Churiador se puso encarnado como una grana, pasó la mano callosa por la frente cubierta de sudor y dijo con voz alterada.

—Con que es decir que todo esto... me... es mio... — Sí, vuestro... todo os lo doy ¿entendeis? os lo regalo todo.

El Churiador hizo varios movimientos en la silla, se rascó la cabeza, tosió, bajó los ojos y no respondió una sola palabra. Se le escapaba el hilo de las ideas: entendia perfectamente lo que Rodolfo le decia, y por lo mismo no podia dar crédito á sus oidos. Entre la miseria profunda y la degradacion en que habia vivido, y la fortuna que le aseguraba Rodolfo habia un abismo que no llenaban los servicios que habia prestado á este.

Os parece lo que os doy es mucho mas de lo que esperabais ¿no es verdad? — le dijo Rodolfo. — ¡Monseñor! — dijo el Churiador levantándose con ímpetu — me ofreceis esta casa y mucho dinero... para tentarme; pero... yo no puedo... Ademas yo no he robado jamas en toda mi vida... Puede ser que sea para matar... ¡pero harto tengo ya con los sueños del sargento! — añadió el Churiador con voz alterada. — ¡Desdichados! — exclamó Rodolfo. — ¿Será posible que estos infelices crean que solo puede haber liberalidad por medio del crímen?...

Y dirigiéndose luego al Churiador le dijo con dulzura:

— Os engañais... me juzgais muy mal. Nada deshonroso os pediré. Lo que os doy lo teneis merecido. — ¡Yo! — exclamó el Churiador cuyo asombro crecia pòr momentos. — ¡Yo merecerlo! ¿y porqué? — Voy á decíroslo: Abandonado de todos des-

de vuestra infancia, sin idea alguna del bien ni del mal, entregado á un instinto salvage, encerrado en presidio durante quince años con los mayores criminales, acosado por el hambre y la miseria y obligado por vuestra afrenta y por la reprobacion de las personas honradas á vivir entre la hez de los malhechores, no solo habeis conservado ilesa vuestra natural probidad, sino que los remordimientos de vuestro delito han sobrevivido al castigo que os impuso la justicia humana.

Este lenguage sencillo y noble causó nueva admiracion al Churiador, el cual miró á Rodolfo con un respeto mezclado de temor y agradecimiento, no pudiendo creer aun en la evidencia de lo que sucedia. — Eso no viene al caso, señor Rodolfo... con que por haberme sacudido, cuando os creia un jornalero como yo, pues hablabais caló como el mas pintado... por haberos contado mi vida y milagros entre dos vasos de vino... y despues por haber impedido que os ahogaseis en la cueva... solo por esto me dais una casa, dinero... me quereis hacer propietario... Eso no puede ser, señor Rodolfo... no puede ser. —Creyéndome de vuestra clase me habeis contado llanamente vuestra vida, sin ocultarme nada de cuanto hay en ella culpable ó generoso. Os he juzgado y me parece justo recompensaros de este modo. — Eso no puede ser, señor Rodolfo... No puede ser: hay jornaleros pobres: que toda su vida han sido honrados y que... — Ya lo sé, y acaso he hecho por algunos de esa clase mas que por vos. Pero si el hombre que vive con honra entre las gentes honradas merece estimacion y amparo, el que se conserva honrado léjos de las personas de buen vivir y entre los criminales mas detestables del mundo, no merece menos interes y apoyo. Ademas, me habeis salvado la vi-

da, y tambien habeis salvado la de mi leal amigo Murph. Lo que hago por vos no es solamente dictado por el deseo de sacar del fango á una naturaleza vigorosa y noble, que se ha extraviado pero no perdido, sino por gratitud personal... Ademas...

—¿Qué mas hice yo, señor Rodolfo?

Rodolfo le apretó cariñosamente la mano y continuó:

— Lleno de compasion hácia un hombre que habia querido mataros, le ofrecisteis auxilio, y aun lo refugiasteis en vuestra pobre vivienda, callejon de Nuestra Señora, número 9. —¿Y sabiais mi casa, señor Rodolfo? —Aunque olvidais los servicios que me habeis hecho, no los olvido yo, querido mio. Despues que salisteis de mi casa fuisteis observado de cerca y os vieron entrar en vuestra habitacion con el Maestro de Escuela. — Pero el señor Murph me habia dicho que no sabiais donde vivia, señor Rodolfo. — Quise hacer con vos la última prueba... quise saber si teniais el desinterés de la generosidad En efecto, despues de vuestra accion generosa os entregasteis á vuestro penoso trabajo sin pedir nada, sin esperar nada y sin proferir la menor queja por la aparente ingratitud con que me habia olvidado de vuestros servicios; y cuando Murph os propuso ayer una ocupacion algo mejor que vuestro empleo habitual, la habeis aceptado con gozo y con agradecimiento. — Escuchad, señor Rodolfo; en cuanto á eso... cuatro francos diarios son al fin cuatro francos diarios... En cuanto al servicio que os bien debo yo daros gracias que vos á mí... —¿Cómo? — Sí, por cierto, señor Rodolfo —añadió con acento triste. — Se me vienen tantas cosas á la cabeza... Mirad, desde que os conozco y me habeis dicho aquellas dos palabras: Tienes CORAZON y HONOR, es de pasmar como discurro allá dentro... No

atino como dos palabras, dos solas palabras me hacen pensar así. Pero lo cierto es que si uno siembra en la tierra dos granitos de trigo, dan luego espigas gordas y grandes.

Esta comparacion justa y casi poética sorprendió extrañamente á Rodolfo. En efecto, dos solas palabras, pero dos palabras mágicas para los corazones que saben comprenderlas, habian desenvuelto de repente en aquella naturaleza inculta los instintos generosos que yacian sin germinar. —¿Fuisteis vos quién ha puesto al Maestro de Escuela en Saint-Mandé? —Sí, señor Rodolfo..., me rogó que le cambiase por oro sus billetes y le comprase un cinto que yo mismo le he cosido... metile dentro su *cumquibus*, y buenas noches. Paga treinta sueldos diarios, que no es pequeña conveniencia para los amos de casa... Cuando me deje algun tiempo la faena del muelle iré á hacerle una visita para ver como le va. — ¡Vuestra faena del muelle!..... ¿Os olvidais por ventura de vuestro establecimiento y de que estais en vuestra casa?

—¡Vamos, señor Rodolfo, no os burleis mas de un pobre diablo: harto os habeis divertido ya con *experimentarme*, como vos decís. Mi casa y mi tienda son dos cosas distintas, pero son los mismos frailes con las mismas mangas... Sin duda os habeis dicho: Vamos á ver si este animalote de Churiador se figura que le hago un regalo de este calibre... Basta, basta señor Rodolfo... ya sé que sois de buen humor... hablemos de otra cosa.

Y soltó una carcajada sincera y estrepitosa.

—Pero amigo mio... creed que... —Ahí está la cosa, monseñor... si os creyera diriais despues: ¡Pobre Churiador, qué lástima me das!... ¿estás malo de la cabeza, eh?

Rodolfo empezó á conocer la dificultad de con-

vencer al Churiador, y le dijo en tono grave, imponente y casi severo:

— Yo no me burlo jamas del agradecimiento y del interés que me inspira una conducta noble... Os he dicho ya que esta casa y este establecimiento os pertenecen... si así os conviene. Os juro por mi honor que todo esto os pertenece, y que os hago este don por las razones que os he espuesto.

Al oir el acento firme y al ver la expresion séria de las facciones de Rodolfo, el Churiador no dudó por mas tiempo de la verdad. Guardó silencio por algunos momentos, miró á su protector, y luego dijo sin énfasis y con voz profundamente conmovida:

— Lo creo, monseñor, y os doy gracias... Un pobre diablo como yo no sabe decir bien las cosas; pero creedme... palabra de honor... os doy muchas gracias. Todo lo que puedo deciros es que jamas negaré mi socorro á los desgraciados... porque el hambre y la miseria son unas Pelonas parecidas á la que cautivó á la pobre Guillabaora... y cuando echan la mano al gañote no todos tienen bastante *puño* para librarse de ellas. — De ningun modo me probariais mejor vuestro agradecimiento, querido mio, que hablándome de esa manera. — Me alegro, monseñor, porque me costaria trabajo probároslo de otro modo. — Vamos ahora á ver la casa: Murph ha tenido ya este placer y yo quiero tenerlo tambien.

Rodolfo y el Churiador bajaron la escalera, y al entrar en el patio dijo respetuosamente al Churiador el mozo del establecimiento:

— Ya que sois el amo, señor, vengo á deciros que hay mucho despacho. Se acabaron las costillas y las piernas de carnero, y será preciso matar una ó dos reses inmediatamente. — Ahí teneis — dijo

Rodolfo—una excelente ocasion de lucir vuestra habilidad. Manos á la obra cuando gusteis: yo estrenaré vuestra cocina comiendo algunas chuletas de carnero, porque el paseo me abrió singularmente el apetito. — ¡Qué bueno sois, señor Rodolfo! — dijo el Churiador lleno de alegría. — Ya que me alabais asi voy á echar el resto de mi habilidad... — ¿Llevaré dos carneros al matadero, señor amo? — dijo el criado. — Sí, y traeme un cuchillo de buena punta, que no sea muy fino... y ancho de revés... — Aquí está, señor amo, como lo pedís... os podeis afeitar con él. — ¡Rayo, señor Rodolfo!!! — exclamó el Churiador quitándose el leviton, arremangando la camisa y dejando ver sus brazos atléticos. — Esto trae á la memoria los tiempos de Montfaucont... veréis como tajo allá dentro... ¡Rayo, ya quisiera estar en el sitio!... ¡El cuchillo, muchacho... el cuchillo!... Eso es... tú si que lo entiendes: ¡vaya una hoja de gusto!... ¿Quién se pone ahora delante de mí?... ¡Cáspita! con un churí como este me arrojaria á un toro furioso...

Y al decir esto blandió el cuchillo moviendo á uno y otro lado su hercúleo brazo. Sus ojos empezaron á inyectarse de sangre, y el instinto sanguinario volvió á presentarse con toda su espantosa energia.

El matadero que estaba en el patio era una pieza abovedada, sombría y alumbrada únicamente por un pequeño tragaluz.

El criado condujo dos carneros hasta la puerta.

— ¿Los llevo á la argolla, señor amo? — ¡Rayo! ¿para que atar á esos corderos? No tengais cuidado que yo los meteré en el torno de mis rodillas... Venga el animal y vuélvete á la tienda.

El mozo se marchó.

Rodolfo quedó solo con el Churiador observán-

dolo con la mayor atencion, y casi con ansiedad.

— ¡Vamos, manos á la obra! — le dijo. — Y no durará mucho tiempo, por vida mia. ¡Rayo! ya veréis, ya, como meneo el cuchillo... ya me arden las manos... y me zumban los oidos... y me laten las sienes... y el mundo se *vuelve encarnado*... ¡Vamos, tú, alma de lana... á ver... á ver como te quito las ganas de balar.!

Los ojos del Churiador brillaron con un fuego salvaje, se arrojó de un salto al carnero, lo suspendió sin el menor esfuerzo y se lo llevó como un lobo que se retira con la presa á su cubil:

Rodolfo le siguió y se arrimó á la puerta despues de haberla cerrado tras sí.

El matadero era oscuro, y un solo rayo de luz caia perpendicular desde la claraboya sobre la ruda fisonomía del Churiador, iluminado su cabello pálido y sus rojas patillas. Doblado el ángulo recto por la cintura, tenia en la boca el cuchillo que brillaba en medio del claro oscuro, y sujetando al mismo tiempo el carnero entre las rodillas lo cojió por la cabeza, le tendió el cuello; y lo degolló.

Al sentir la hoja del cuchillo dió el carnero un balido triste y dolorido, volvió hácia el Churiador los moribundos ojos... y dos chorros de sangre bañaron la cara del matador.

El quejido, la mirada y la sangre que chorreaba de su cara, causaron á este hombre una impresion espantosa. Cayóle el cuchillo de la mano; su rostro quedó lívido y horrorizado, sus ojos fijos y abiertos, y el cabello erizado y derecho... Dió hácia atrás algunos pasos y exclamó con voz trémula y sofocada:

— ¡Oh!... ¡el sargento!... ¡el sargento!...

Rodolfo corrió hácia él.

—¡Vuelve en tí... sosiégate, amigo mio! —¡Allí... ¡allí está!... ¡el sargento!... —repitió el Churiador retrocediendo paso á paso, con la vista fija y señalando con el dedo alguna fantasma invisible. En seguida dió un grito espantoso como si le hubiese tocado el espectro, y se precipitó hácia el sitio mas oscuro del matadero, se arrimó con el pecho y los brazos extendidos á la pared como si quisiera derribarla para huir de la horrible vision, y volvió á repetir con voz sorda y convulsa:—¡Oh! ¡el sargento!... ¡el sargento!...

. . . . . .

CAPITULO XX.

LA PARTIDA.

Recobró el Churiador el estado habitual de su ánimo con los esfuerzos de Rodolfo y de Murph para serenarlo y calmar su agitacion. Hallabase solo con el príncipe en una de las primeras piezas de la carnicería.

—Monseñor, —dijo con aire triste y abatido— habeis sido muy bueno para mi... pero os digo en verdad que quisiera ser mil veces mas infeliz de lo que he sido... ántes que hacerme carnicero — Pero reflexionad sin embargo que... — Perdonad monseñor cuando he oido el grito de ese pobre animal que no se defendia de mi... cuando sentí su sangre en mi cara... una sangre caliente como si estuviese viva... ¡Oh! monseñor no sabeis lo que es eso! Entónces he visto mi sueño de del sargento... y los pobres soldados que he matado con la cara desencajada y amarilla... que no se defendían, y que al espirar me dirigian una mirada tan compasiva... tan dulce... como si dijeren: «¡Te perdono!» ¡Oh, monseñor!... ¡es cosa de volverse loco!...

Y el desdichado se cubrió el rostro con las manos.

—Vamos, sosegáos, amigo mio. —Perdonad, perdonad, monseñor; pero ahora la vista de la sangre... de un cuchillo... no podria sufrirla... A cada instante se renovarian los sueños que empeza-

ba ya á olvidar... Todos los dias con los piés en la sangre...matar unos animales que no se defienden ¡Oh ! no. no; seria imposible. Mas quisiera estar ciego como el Maestro de Escuela, que tomar ese oficio.

Seria imposible pintar la expresion del acento y de la fisonomía del Churiador al proferir estas palabras. Rodolfo sintió una profunda conmocion, al paso que le satisfizo la horrible impresion que la vista de la sangre habia causado á su protejido.

El instinto brutal y sanguinario habia dominado la razon del Churiador; pero el remordimiento triunfaba por último del instinto. Rodolfo observó con iatisfaccion este feliz resultado.

— Perdonadme, monseñor, — dijo con timidez el Churiador — el que os pague tan mal vuestros favores... pero... — Al contrario, querido mio: ya os he dicho que todo esto dependia de vuestra voluntad. Os habia elegido el oficio de carnicero por parecerme conforme á vuestra inclinacion y á vuestro gusto... — ¡ Ah ! monseñor, es verdad... Esa seria mi dicha si no hubiese aquello que sabeis... Hace un rato que se lo decia al señor Murph. — Por si acaso no os convenia esta profesion, previne de antemano otro recurso. Una persona que tiene bienes en Argelia puede cederos una de las vastas haciendas que posee en aquel país, y cuyas tierras son muy fértiles y propias para el cultivo; pero no quiero ocultaros que estas tierras se hallan situadas à la falda del Atlas, es decir, en los confines del país y expuestas por consiguiente á las frecuentes correrías de los Arabes, Aquel establecimiento debe considerarse como una especie de reducto avanzado, y para habitarlo es necesario ser tan buen soldado como cultivador. La persona que beneficia esta hacienda en ausencia del propietario

os pondria al corriente de todo: me han dicho que es hombre honrado y laborioso, y podriais conservarlo á vuestro lado el tiempo que creyeseis necesario. Una vez establecido allí, no solo podriais aumentar vuestra hacienda con el trabajo y la inteligencia, sino tambien prestar al país grandes servicios con vuestro valor. Los colonos forman una milicia: y como la extension de vuestras tierras es considerable, y grande el número de labradores que dependen de ellas, vendreis á ser el gefe de una tropa respetable, que entusiasmada con el valor de su gefe, podrá hacer grandes servicios al pais y defenderá las propiedades esparcidas en el territorio adyacente. Os deseo mas bien este porvenir, á pesar de los peligros que encierra... ó mas bien á causa del mismo peligro, porque de este modo utilizariais vuestro valor natural, y porque á pesar de haber expiado ya y casi lavado la mancha de un gran crímen, acaso necesitais aun cierta rehabilitacion, la cual será mas noble, mas completa y heróica en medio de los peligros de un país indómito, que en la paz inalterable de una pequeña poblacion. Si antes no os he hecho esta proposicion, ha sido por creer que la otra os satisfaria; y ademas me parecia demasiado aventurada para hacérosla desde luego, sin brindar antes con otra vuestra eleccion... Podeis escoger lo que mas os agrade... si no os gusta el establecimiento de Argelia decídmelo francamente, y buscaremos otra cosa... Si os gusta, mañana mismo se firmará la cesion y partireis para Argel con una persona encargada de daros posesion de los bienes á nombre del propietario. Las tierras producen tres mil francos en arrlendo, y á vuestra llegada cobrareis dos años de renta vencida. Trabajad y mejorad vuestras tierras sed activo y vigilante, y labrareis facil-

mente vuestro bienestar y el de vuestros colonos, con quienes no dudo sereis siempre caritativo y bondadoso No os olvideis que el ser rico... *es tener mucho que dar*... Aunque léjos de vos, Churiador no os perderé nunca de vista, ni me olvidaré jamás de que yo y mi mejor amigo os debemos la vida. La única prueba de afecto y gratitud que os pido es el que aprendais cuanto antes á leer y escribir, á fin de que podais explicarme directamente y una vez cada semana la vida que haceis, y me pidais consejo y apoyo si llegareis á necesitarlos.

Inútil seria pintar los arrebatos de ingenua alegria á que se entregó el Churiador. El lector conoce bastante su carácter é inclinacion para concebir que ninguna proposicion podia serle mas grata.

En efecto al dia siguiente el Churiador se puso en camino para Argel.

CAPÍTULO XXI.

INDAGACIONES.

La casa que tenia Rodolfo en la calle de las viudas no era lugar de su residencia ordinaria, pues habitaba uno de los mayores edificios del barrio de San German, situado al extremo de la calle de Plumet y del baluarte de los inválidos.

Habia guardado el incógnito desde su llegada á fin de evitar los honores debidos á su rango de príncipe soberano, y su encargado de negocios cerca la corte de Francia habia anunciado que su señor haria las visitas indispensables sociales bajo el nombre y título de *conde de Durem*. A favor de esta costumbre, frecuente en las cortes del Norte, un príncipe puede viajar con toda libertad y sin la enfadosa etiqueta de los palacios. Rodolfo, apesar de su trasparente incógnito tenia una casa puesta cual convenia á su persona. Introduciremos al lector en su habitacion de la calle de Plumet el dia siguiente á la salida del Churiador para Argelia.

Eran las diez de la mañana.

En medio de un gran salon del piso bajo, que precedia al gabinete en que trabajaba Rodolfo, se hallaba Murph sentado en una mesa y cerrando varios pliegos.

Un ugier vestido de negro y con una cadena de plata al cuello, abrió las dos hojas de la puerta y dijo:

El Baron de Graun

—¡Su excelencia el señor baron de Graün!

Murph, sin dejar su ocupacion, saludó al baron con un gesto cordial y familiar.

—Señor encargado de negocios...—dijo sonriendo—soy con vos en un momento: ¿quereis calentaros?—Señor secretario íntimo de S. A. R., esperaré vuestra órden—respondió en tono alegre el baron de Graün haciendo una profunda reverencia al digno caballero.

Tenia el baron unos cincuenta años de edad, y su pelo era canoso, raro y algo rizado. Una corbata de muselina blanca muy almidonada cubria la mitad de su barba algo saliente. Su figura y su porte eran distinguidos, su fisonomía llena de sutileza, y su mirada al través de unos anteojos de oro, era penetrante y maligna. Iba vestido de negro, aunque no eran mas que las diez de la mañana, porque así lo exigia la etiqueta, y en el ojal del vestido llevaba atada una cinta de diversos colores vivos Puso el sombrero sobre una silla y se acercó á la chimenea mientras que Murph continuaba su despacho.

—S. A. R. ha velado sin duda toda la noche, mi querido Murph, segun el bulto de vuestra correspondencia.—Monseñor se acostó á las seis de la mañana. Ha escrito entre otras varias una carta de ocho páginas al gran mariscal, y me ha dictado otra de igual tamaño para el regente del consejo supremo, el príncipe de Herkausen-Oldenzaal, primo de S. A. R.—¿Sabeis que su hijo el príncipe Enrique, ha entrado de teniente de guardias al servicio de S. M. el emperador de Austria?—Sí; monseñor lo habia recomendado particularmente y como pariente suyo: es un muchacho valiente y de altas prendas; tiene la cara de un ángel y un corazon de oro.—La verdad sea dicha, amigo

Murph, pero si el jóven príncipe Enrique *tuviese entrada* en la abadía granducal de Santa Hermenegunda, donde es abadesa su tia... las pobres monjas... — Vamos... baron... vamos... — Ya veis... los aires de Paris, y... Pero hablando seriamente... ¿tendré que aguardar á que se levante S. A. R. para comunicarle los asuntos que traigo? — No, querido baron... Monseñor ha ordenado que no lo dispertasen ántes de las dos ó las tres de la tarde, y desea que esta misma mañana envieis por un correo especial estos despachos sin aguardar hasta el lunes... Me comunicareis las noticias que habeis adquirido, y daré cuenta de todo á monseñor luego que haya dispertado... tal es su órden... — ¡Muy bien! Espero que S. A. R. quedará satisfecho con las nuevas que le traigo... Pero yo espero, amigo Murph, que la salida de este correo extraordinario no será de mal agüero .. Los últimos pliegos que he tenido el honor de transmitir á S. A. R... — Anunciaban que todo iba bien *por allá*; y esta es precisamente la razon por que monseñor desea que despacheis hoy mismo estos pliegos, queriendo expresar cuanto ántes su satisfaccion al príncipe de Herkausen-Oldenzaal, gefe del consejo supremo. — Eso es muy conforme con el carácter de S. A. R.: si se tratase de una reprimenda, no se daria tanta prisa. — ¿Y no hay algo de nuevo por aquí, querido baron? ¿No se ha descubierto algo?... Nuestras aventuras misteriosas... — Son completamente ignoradas. Como desde la llegada de monseñor á Paris no hay costumbre de verlo mas que en casa del reducido número de personas á quienes se ha hecho presentar, se cree que le gusta vivir retirado y que hace frecuentes excursiones por las cercanías de Paris. Asi es que, á excepcion de la condesa Sarah Mac-Gregor y su hermano, nadie tiene noticia de

los disfraces de S. A. R.; y ni la condesa ni su hermano tienen interés en descubrir el secreto. — ¡Ah, querido baron! dijo Murph suspirando — ¡qué desgracia que esa maldita condesa se halle ahora viuda! — ¿No se habia casado en 1827 ó en 1828?— En 1827, poco tiempo despues de la muerte de esa desgraciada niña que tendria ahora diez y seis ó diez y siete años, y cuya memoria llena aun hoy de amargura á monseñor.

Ese dolor es tanto mas natural porque S. A. R. no ha tenido hijos de su matrimonio.

— Así es, querido baron, que el interés que monseñor manifiesta por esa pobre Guillabaora, nace de que la hija que ha perdido tendria ahora la misma edad que esa infeliz criatura. — Es ciertamente una casualidad fatal el que la condesa Sarah se halle libre á los diez y ocho meses cabales de haber perdido S. A. R. el modelo de las esposas, despues de algunos años de matrimonio. La condesa se cree sin duda favorecida por la suerte con esta coincidencia... — Y su esperanza insensata es hoy mas ardiente que nunca... aunque sabe que monseñor la mira con la aversion mas profunda y merecida. ¿No ha causado ella la muerte de su hija con su indiferencia y abandono? ¿no ha sido ella la causa de...? ¡Ah! baron — dijo Murph interrumpiéndose — esa es una muger funesta... ¡Dios quiera que no nos traiga desgracias mayores! — Pero ahora serian absurdas las pretensiones de la condesa, porque la muerte de la pobre niña de que acabais de hablar, ha roto el último lazo que podia unir á monseñor con esa muger: está sin duda loca si persiste en alimentar alguna esperanza. — No hay duda, pero es una loca peligrosa... Ya sabeis que su hermano se deja tambien deslumbrar por la misma esperanza imaginaria, aunque ambos tienen

hoy razones tan poderosas para abandonarla... como las que tenian para esperar... hace diez y ocho años.

— ¡Ah! cuántas desgracias ha causado tambien en aquel tiempo el infernal Polidori con su complacencia criminal! — Me han dicho que ese miserable se halla aquí hace uno ó dos años, sumido sin duda en la mayor miseria y entregado á alguna industria tenebrosa.—¡Qué ignominia! ¡qué caida para un hombre de tanto saber é inteligencia! —Pero tambien de tan abominable perversidad!... No quiera el cielo que vuelva á hallar á la condesa, porque la union de esos dos espíritus infernales seria muy peligrosa. ¿Pero traeis, querido baron, esas noticias? — Aquí están — dijo el baron sacando un papel del bolsillo. — Se refieren á las indagaciones hechas sobre esa jóven llamada la *Guillubaora*, y sobre la residencia actual de *Francisco German*, hijo del Maestro de Escuela. — ¿Quereis leerme esos apuntes, querido Gaün? Conozco la intencion de monseñor... y veré si bastan esas indagaciones... ¿Estais satisfecho de vuestro agente?—Es un hombre precioso, lleno de inteligencia, de sutileza y de discrecion.... tanto que á veces tengo de moderar su celo... Porque ya sabeis que S. A. R. quiere dar por sí mismo algunos pasos. — ¿Ignora la parte que toma monseñor en todo esto? — Absolutamente... Mi situacion diplomática me sirve de excelente pretesto para las indagaciones que le he encargado. El señor Badinot (que asi se llama nuestro agente) tiene mucho trato de gentes y relaciones manifiestas y ocultas con casi todas las clases de la sociedad. Obligado á vender su oficio de procurador que ejerció en otro tiempo, á causa de graves abusos de confianza, ha conservado sin embargo noticias muy exactas sobre la fortuna y si-

tuacion de sus antiguos clientes : sabe varios secretos y se alaba con descaro de haber traficado con ellos. Enriquecido y arruinado dos ó tres veces, demasiado conocido para que pueda emprender nuevas especulaciones, y reducido á ir saliendo del dia con una multitud de ehpedientes mas ó ménos ilícitos, es una especie de Fígaro digno de ser oido por lo curioso y entretenido de su modo de discurrir. Por el interés se entrega en cuerpo y alma al que le paga, y no tiene motivo alguno para engañarnos. Además, yo hago que le observen muy de cerca y sin que él lo sepa. — Las noticias que nos ha dado eran sin duda muy exactas. — No deja de haber probidad en su conducta, y os aseguro, querido Murph, que el señor Badinot es el tipo muy original de uno de esos seres misteriosos que solo se encuentran en Paris : divertiria sobre manera á S. A. R. si no fuese indispensable que no tuviese la menor relacion directa con él. — Podríamos aumentar la paga del señor Badinot. ¿Creeis necesaria esta gratificacion? —Quinientos francos mensuales y los gastos eventuales, que suben casi á otro tanto, me parecen suficientes: por ahora parece estar muy contento... veremos mas adelante.— ¿Y no se avergüenza del oficio que desempeña? — ¿Quién, él? al contrario, lo tiene á mucha honra: cuando viene á darme cuenta de sus pasos toma un aire de importancia... que no me atrevo á llamar diplomático, porque... El truhan finge creer que lo que trae entre manos son asuntos de estado, y se maravilla de las relaciones ocultas que pueden existir entre los intereses mas leves en apariencia y el destino de los imperios. Su desvergüenza llega á un grado tal que á veces me dice con mucha solemnidad: « ¡Qué infinidad de complicaciones ignoradas del vulgo hay en el gobierno de un Estado!

¿Quién diria que las notas que os entrego señor baron, tienen sin duda una parte activa en los negocios de Europa?» —Sí, los viles procuran siempre cubrir con ilusiones su bajeza: esta verdad es muy lisonjera para el hombre honrado. ¿Pero las notas, querido baron? —Aquí están, redactadas casi enteramente segun la relacion del señor Badinot. —Ya os escucho.

El baron de Gaün leyó el siguiente

Apunte relativo á Flor de María.

«A principios del año 1827, un hombre llamado Pedro Turnemine, que se halla actualmente en el presidio de Rochefort por falsario, propuso á una tal Gervasia, llamada por otro nombre la Lechuza, el que tomase para siempre á su cargo una niña de cinco ó seis años, mediante la suma de 1,000 francos por una vez y no mas.

«Cerrado este convenio, permaneció la niña en poder de la referida mujer por espacio de dos años al fin de los cuales desapareció para librarse del mal trato que aquella le daba. Hacia muchos años que la Lechuza no habia tenido noticia de ella, y hará como unas seis semanas que volvió á encontrarla en una taberna de la Cité. La niña, que es ya una hermosa jóven, se llama ahora *la Gaillabaora*.

«Pocos dias ántes de este encuentro, Turnemine, á quien habia conocido en presidio el Maestro de Escuela, escribió una carta á Brazo Rojo (corresponsal misterioso de los presidarios que cumplen ó han cumplido su condena) dándole muchos pormenores acerca de la niña que en otro tiempo habia confiado á la referida Gervasia, llamada *la Lechuza*.

«Resulta de esta carta y de las declaraciones de

la Lechuza, que en 1827 una mujer llamada Serafina, ama de gobierno de un notario llamado Jaime Ferran, habia encargado á Turnemine le buscase una mujer que por la suma de 1,000 francos se encargase de la sobredicha niña de cinco ó seis años, á la cual se queria abandonar para siempre, como queda referido.

« La Lechuza aceptó la proposicion.

« El objeto de Turnemine al dirigir estos pormenores á Brazo Rojo, ha sido el facilitarle un medio para exigir de la señora Serafina la tercera parte de dicha suma, amenazándola con publicar esta aventura olvidada ya con el trascurso del tiempo. Turnemine aseguraba que la Serafina no habia hecho mas que servir de instrumento á personajes desconocidos.

« Brazo Rojo confió esta carta á la Lechuza, que hace algun tiempo se asoció á los crímenes del Maestro de Escuela; y por ella se ve el motivo por que esta noticia se hallaba en poder del bandido, cuando al encontrar á la Guillabaora en la taberna del *Conejo Blanco* la dijo la Lechuza para mortificarla : *Sé quienes son tus padres, pero tú nunca lo sabrás.*

« Segun esto, lo que debia averiguarse era si la carta de Turnemine decia la verdad.

— Se han hecho algunas diligencias indagatorias con la señora Serafina y con el notario Jaime Ferran, pues ambos existen. El notario vive en la calle de Sentier, número 14, y es tenido por hombre austero y piadoso (á lo menos frecuenta mucho las iglesias), observa en la práctica de los negocios una regularidad excesiva, que algunos tienen por demasiado rígida, su despacho es excelente, vive con una parsimonia que raya en avaricia, y la señora Serafina es aun su ama de gobierno. Jaime

Ferran, que era antes muy pobre, ha comprado su notaría en 350,000 francos, habiéndole suministrado una parte de esta suma Mr. Carlos Robert, oficial superior de la guardia nacional de Paris, jóven de muy buena figura, muy elegante y muy de moda en la sociedad de cierta clase. Algunos quieren decir que por efecto de algunas especulaciones de bolsa hechas de concierto con Mr. Carlos Robert, se halla hoy el notario en la posibilidad de redimir el préstamo; pero es tal la reputacion de Jaime Ferran que todos miran estos rumores como horribles calumnias. Parece pues que la Serafina, ama de gobierno de este santo hombre, podrá suministrarnos noticias preciosas sobre el nacimiento de la Guillabaora.

— Muy bien querido baron — dijo Murph: — hay visos de realidad en la declaracion de ese Turnemine. Quizá sabremos por la casa del notario quienes son los padres de esta desgraciada niña. ¿Habeis adquirido tan buenas noticias acerca del hijo del Maestro de Escuela? — Aunque menos ciertas no son acaso de menor importancia. — ¡Vuestro Badinot es un tesoro! — Ya veis que Brazo Rojo es quien posee la clave de todo el secreto. Badinot que tiene algunas relaciones con la policía nos lo habia indicado ya como ajente de varios presidarios cuando monseñor ha hecho las primeras gestiones para hablar con el hijo de la señora Adela Duresnel, desgraciada esposa de ese monstruo, el Maestro de Escuela. — Sin duda: yendo á buscar á Brazo Rojo á su zahurda de la Cité, calle de Feves núm. 13, fué cuando monseñor halló al Churiador y á la Guillabaora. S. A. R. quiso aprovechar aquella ocasion para ver con sus ojos aquellos sitios inmundos, esperando hallar algun desgraciado para sacarlo de la miseria... No le engañó su presenti-

miento; ¡pero á costa de cuantos peligros! — De los cuales habeis participado valerosamente, mi querido Murph... para eso soy el carbonero particular de S. A. R. — repuso Murph sonriendo. — Decid mas bien, mi digno amigo, el intrépido custodio de su persona: pero es por demas hablar de vuestro valor y lealtad. Voy á continuar mi relacion... Hé aquí la nota concerniente á Francisco German, hijo de la señora Adela y del Maestro de Escuela, llamado por otro nombre Duresnel.

« Hará como unos 18 meses que ha llegado á Paris un jóven llamado Francisco German, procedente de Nantes, en donde ha sido dependiente de los banqueros Noel y compañia.

« Resulta de las confesiones del Maestro de Escuela y de las cartas que se hallaron en su poder, que el malvado á quien habia confiado su hijo para que le pervirtiese á fin de que les fuese útil un dia en sus tramas criminales, descubrió al jóven el horrible proyecto, con intento de que favoreciese el meditado plan de robo y falsificacion que se queria hacer en perjuicio de la casa de Noel y compañía, en donde estaba empleado Francisco German.

« Este desechó indignado semejante proposicion; mas no queriendo denunciar al hombre que le habia criado, escribió á su principal una carta anónima instruyéndole de la trama que se preparaba, y salió ocultamente de Nantes para huir de los que habian querido hacerle instrumento y cómplice de sus crímenes.

« Luego que estos miserables tuvieron noticia de la huida de German, vinieron á Paris, se abocaron con Brazo-Rojo y se dieron á perseguir al hijo del Maestro de Escuela, sin duda con siniestras intenciones, porque el jóven conocia todos sus planes.

Al cabo de largas indagaciones descubrieron por último su morada; pero de nada les sirvió, porque habiendo encontrado German algunos dias ántes al que habia querido seducirle, adivinó el motivo que podia traerle á Paris y cambió inmediatamente de domicilio. El hijo del Maestro de Escuela consiguió salvarse otra vez de sus perseguidores.

« Sin embargo, hace unas seis semanas que descubrieron su morada en la calle del Templo, número 17, y al entrar en su casa hubo de ser víctima de una celada: (el Maestro de Escuela habia ocultado esta circunstancia á monseñor).

« German adivinó de donde venia el golpe, se mudó de la calle del Templo, y otra vez se ignora su residencia. Este es el estado en que se hallaban las indagaciones cuando el Maestro de Escuela fué castigado por sus crímenes.

« Por órden de monseñor volvieron á empezarse, y hé aquí el resultado:

« Francisco German habitó por espacio de cerca de tres meses la casa número 17 en la calle del Templo; casa muy estraña por las costumbres y el género de industria de las personas que la habitan, de quienes era muy estimado German por su carácter alegre, servicial y franco. Aunque sus recursos eran al parecer muy estrechos, prodigaba el mas tierno cuidado á una familia indigente que vivia en las buardillas de la casa. En vano se ha procurado averiguar en la calle del Templo la nueva morada de Francisco German y la profesion que ejerce; aunque se cree que debe estar empleado en alguna casa de comercio, porque siempre salia por la mañana y no volvia á entrar hasta las diez de la noche. La única persona que debe saber á punto fijo en donde vive actualmente Francisco German,

es una costurerita muy linda llamada Alegría, que vive en un cuarto inmediato al que ocupaba German. Este cuarto se halla desalquilado desde que el jóven ha desaparecido, y solo con pretesto de alquilarlo se han podido hacer las averiguaciones sucesivas....

—¿Decís que se llama Alegría esa chica?—preguntó de repente Murph, que estaba como distraido hacia algunos momentos.—¡Alegría! yo conozco ese nombre.—¡Cómo! ¡qué decis, señor Gualterio Murph!—repuso el baron sonriendo—¿es posible que conozcais así á las costureritas de Paris?... á la señorita Alegría... vos que sois un padre de familia tan respetable... tan... ¡Vaya, apénas doy crédito á mis oidos!... —Amigo mio, S. A. me ha puesto tantas veces en el caso de trabar conocimiento con gentes de esa clase, que á la verdad no teneis derecho para espantaros. Pero ya caigo... Sí... me acuerdo perfectamente: monseñor, al referirme la historia de la Guillabaora, no ha podido ménos de reirse con el nombre singular de esa Alegría: si mal no me acuerdo es una amiga que tuvo en la prision Flor de María.—¡Acabáramos!... pues bien, ahora la señorita Alegría puede sernos utilísima. Voy á concluir mi relacion:

« Quizá seria conveniente alquilar el cuarto referido de la casa de la calle del Templo. Aunque no habia órden para llevar mas adelante las averiguaciones, por algunas palabras que se escaparon á la portera, debemos esperar que no solo se podrán obtener en la casa noticias seguras del hijo del Maestro de Escuela por medio de la señorita Alegría, sino que monseñor hallará tambien ocasion para observar de cerca unas costumbres, un modo de vivir y un género de miseria de que no tiene acaso la menor idea.»

—Ya veis, amigo mio,—dijo el baron de Graün al acabar la lectura de su informe, el cual entregó á Murph — que segun estas noticias debemos buscar la pista de los padres de la Guillabaora en casa del notario Jaime Ferran, y que á la señorita Alegría es á quien debemos preguntar en dónde vive ahora Francisco German. Me parece que hemos adelantado mucho con saber buscar lo que buscamos. —No hay duda, baron; y estoy seguro de que en esa casa de que habeis hablado, hallará monseñor un vasto campo para sus observaciones. ¿Os habeis informado tambien de lo perteneciente al marqués de Harville?—Sí; y á lo ménos en la cuestion de dinero resulta que los temores de S. A. R. no son fundados. Badinot asegura, y yo le creo bien informado, que los bienes del marqués no se hallaron nunca en mejor estado. —Despues de haber indagado en vano la causa del profundo pesar que mina la existencia del marqués, monseñor habia creido que quizá se hallaria falto de dinero; en cuyo caso le hubiera socorrido con la misteriosa delicadeza que conoceis... Pero ya que han salido erradas sus conjeturas, preciso será que renuncie á seguir el hilo de ese enigma, con tanto mayor dolor de su parte porque quiere entreñablemente al marqués de Harville.—Es muy natural, porque S. A. R. no ha olvidado nunca lo que debió su padre al padre del marqués. Ya sabeis, querido Murph, que en 1815, cuando tuvo lugar la reorganizacion de los Estados de la Confederacion Germánica, el padre de S. A. R. estuvo á punto de ser eliminado á causa de su conocida adhesion á Napoleon. El difunto marqués de Harville prestó entónces grandes servicios al padre de S. A., valido de la amistad que le dispensaba el emperador Alejandro; amistad contraida durante la emigracion del marqués en

Rusia, y que invocada por él á la sazon tuvo una influencia ilimitada en las deliberaciones del congreso en que se debatieron los intereses de los príncipes alemanes. En cuanto á la amistad de monseñor con el jóven de Harville creo que ha empezado en 1815, época en que eran aun muy niños los dos, y en la cual estuvo el viejo marqués en la córte del gran duque reinante á la sazon.

—Sí, los dos conservan agradables recuerdos de esa época dichosa de su juventud. Pero monseñor profesa ademas un profundo reconocimiento á la memoria del hombre cuya amistad ha sido tan útil á su padre, que todos los que pertenecen á la familia de Harville tienen derecho á la benevolencia de S. A. Así es que la pobre señora Adela debe mas bien á su parentesco los beneficios de que la colma monseñor, que á su infortunio y á sus virtudes.—¡Quién! ¿la señora Adela Georges? ¿la mujer de Duresnel? ¡del presidario llamado el Maestro de Escuela! —exclamó el baron. —Sí... la madre de ese Francisco German á quien buscamos, y á quien espero hallaremos. —¿Es parienta de Harville? —Era prima de su madre y su íntima amiga. El viejo marqués profesaba á la señora Adela la amistad mas afectuosa. —Pero decidme, querido Murph, ¿cómo ha permitido la familia de Harville que se casase con ese monstruo de Maestro de Escuela? —Mr. de Lagny, padre de esa desgraciada é intendente del Langüedoc ántes de la revolucion, era dueño de pingües haciendas y pudo salvarse de la proscripcion. En los primeros dias de tranquilidad que sucedieron á aquella época terrible pensó en casar á su hija, y habiéndola pretendido Duresnel, que era rico, pertenecia á una distinguida familia parlamentaria y ocultaba su perversa inclinacion bajo un esterior hipócrita, le dió la

mano de la señorita Lagny. Disimuló por algun tiempo aquel infame los vicios que le dominaban, pero al fin todos se fueron descubriendo: disipador, jugador desenfrenado y entregado á una continua embriaguez, no tardó en consumir sus propios bienes y los de su mujer en los vicios mas bajos y detestables, y hasta fué vendida la misma hacienda á que se habia retirado la señora Adela despues del naufragio de casi toda su fortuna. En esta época fué cuando la señora Georges se reunió con su hijo á la marquesa de Harville, á quien amaba como una hermana. Duresnel, viéndose arruinado, buscó en el crímen nuevos medios de subsistencia; hízose falsario, ladron y asesino; fué condenado á presidio por vida, consiguió robar su hijo á su mujer y lo confió á otro criminal de su mismo temple.. Lo demas ya lo sabeis. Despues de la condenacion de su marido: la señora Adela dejó la compañía de la marquesa viuda de Harville, y sin decir el motivo de su conducta, vino á ocultar su vergüenza en Paris, en donde se vió reducida á la mas profunda miseria. Seria demasiado difuso el deciros las circunstancias que han hecho conocer á monseñor la desgracia de esa mujer excelente y virtuosa, y los lazos que la unian á la familia de Harville; pero el resultado es que la socorrió generosamente y la hizo salir de Paris y establecerse en la quinta de Bouqueval, en donde se halla ahora con la Guillabaora. Si no ha hallado la felicidad en aquel sosegado retiro, vive á lo ménos tranquila y puede distraer sus penas dirigiendo los quehaceres del establecimiento... Monseñor ha ocultado á Harville la circunstancia de haber rescatado á su parienta de la miseria mas espantosa, así para no ofender á la delicadeza de la señora Adela, como porque no

le gusta hacer alarde de sus beneficios. — Ahora comprendo el doble empeño de Monseñor en buscar al hijo de esa desgraciada. — De todo lo dicho podréis deducir, mi querido baron, el afecto que S. A. R. profesa á toda esa familia, y cuán vivo dolor sentirá al ver tan triste al marques, siendo así que tiene motivos para vivir contento y feliz. — En efecto, ¿qué le falta al marques de Harville? Todo lo reune; nacimiento, bienes de fortuna, talento, juventud; su mujer es encantadora y tan discreta como hermosa. — No hay duda; y monseñor no ha pensado jamas en las indagaciones de que acabamos de hablar sino despues de haber intentado en vano penetrar la causa de la negra melancolía del marques; pues aun que este se ha mostrado siempre agradecido á la benevolencia de S. A. R., guardó invariablemente la mayor reserva con respecto á la causa de su tristeza. ¿Estará esta causa en el corazon? — Dicen que está muy enamorado de su esposa; pero ella no le da motivo de zelos. La encuentro muchas veces en sociedad y siempre rodeada de admiradores, como lo estan todas las mujeres amables y hermosas, pero su reputacion no ha sufrido jamas el menor ataque de la maledicencia. — Sí, y el marques se alaba con frecuencia de la virtud de su mujer... Solo una vez ha tenido con ella una lijera discusion con motivo de la condesa Sarah Mac Gregor. — ¿Se conocen? — Por una desgraciada casualidad, hace diez y siete ó diez y ocho años que el padre del marques de Harville ha conocido á Sarah Seyton de Halsbury y á su hermano Tomas, en Paris, en donde se hallaban protejidos por la embajadora de Inglaterra. Cuando los dos hermanos pasaron á Alemania, el viejo marques les dió cartas de recomendacion para el

padre de monseñor, con quien seguia una correspondencia. ¡Ah, querido baron! sin esta recomendacion muchas desventuras se hubieran evitado, porque monseñor no hubiera conocido á esa mujer. Finalmente, habiendo sabido la condesa Sarah cuando vino á Paris la amistad que unia á S. A. R. con el marques, se introdujo en casa de Harville con la esperanza de encontrar en ella á monseñor; porque tiene tanto empeño en perseguirle como él en evitarla... —¡Solo ella podria disfrazarse de hombre para seguir á S. A. R. hasta la Cité! Solo ella es capaz de una idea semejante.— Esperaba acaso llamar la atencion de monseñor é inducirle á tener con ella una entrevista, que siempre la ha rehusado... Pero volviendo á la señora de Harville, su marido, á quien monseñor habia hablado de Sarah oportunamente, la ha aconsejado que viese á la condesa lo ménos posible; pero seducida la marquesa por la adulacion hipócrita de aquella ha opuesto alguna resistencia al consejo de Harville. Esto dió lugar á algunas disensiones, que no pueden ser la causa del abatimiento de ánimo que se observa en el marques. —¡Qué mujeres hay en mundo, querido Murph! Siento en el alma que la señora de Harville tenga con esa Sarah la menor relacion... La jóven y encantadora marquesa no podrá ménos de perder con el trato de una criatura tan diabólica.

— A propósito de criaturas diabòlicas — dijo Murph — aquì teneis un informe relativo á Cecilia la indigna esposa de David. —Sea dicho entre nosotros, querido Murph, pero esa insolente mestiza mereceria el terrible castigo que su marido, nuestro buen doctor negro, ha dado al Maestro de Escuela por órden de monseñor. Tambien ella ha hecho derramar sangre y su conducta es abominable y espanto-

sa. — ¡Y sin embargo es tan bella, tan seductora! me horroriza el ver una alma tan perversa bajo un esterior tan hermoso. — Cecilia es doblemente odiosa considerada de ese modo; pero yo espero que este despacho anulará la órden dada por monseñor sobre esa mujer. — Al contrario... baron.... — ¿Quiere aun Monseñor que se facilite la huida del castillo donde ha sido echada por toda su vida? — Sí. — ¿Y que su pretendido raptor la traiga á Francia... al mismo Paris? — Sí, y mucho mas aun... por este pliego se ordena que se apresure la evasion de Cecilia y que viaje con la mayor rapidez posible, á fin de que llegue aquí dentro de quince dias. — Esa órden me confunde... ¡monseñor ha manifestado siempre tal horror hácia esa mujer, que!... — Y hoy dia la mira con mas horror que nunca, si es posible. — ¡Y sin embargo la hace venir á su lado! Por lo demas no dejará de ser fácil como creo S. A. R., el conseguir la extradicion de Cecilia si no cumple lo que de ella se espera. Se manda al hijo del alcaide del castillo de Gerolstein que robe esa mujer fingiéndose enamorado, y se le facilitan todos los medios para llevar á cabo este proyecto... La mestiza se aprovechará desde luego la ocasion de huir, seguirá al supuesto raptor y se vendrá á Paris; pero siempre estará sujeta á la condenacion; nunca dejará de ser una criminal que ha roto su condena, y esto puede evitarse si S. A. R. lo lleva á bien, pues cuento con medios para obtener su extradicion. — David quedó petrificado querido baron cuando supo por monseñor la próxima llegada de Cecilia, y exclamó: «¡Espero que V. A. R. no me obligará á ver á ese monstruo!» — «No temais — repuso monseñor — no volvereis á verla... pero la necesito para llevar adelante ciertos proyectos.» — Esta declaracion libró á David de una pesadilla; pero estoy

seguro que le atormentan sin pesar dolorosos recuerdos. — ¡ Pobre negro !... es capaz de amarla todavia. ¿Dicen que está aun tan hermosa !... — Sí... demasiado hermosa.... Seria necesario el sutilísimo ojo de un criollo para descubrir la *sangre mista* en lá imperceptible línea acobrada que corona las uñas color de rosa de esa linda mestiza. Nuestras beldades del Norte no tienen el cútis mas blanco y puro, ni un color mas trasparente. — Me hallaba en Francia cuando monseñor trajo consigo de América á David y Cecilia, y sé que el fiel negro profesa desde entónces á S. A. R. una adhesion y un reconocimiento sin límites : pero jamas he podido saber por que aventura se ha consagrado al servicio de monseñor y cómo ha venido á casarse con Cecilia , á quien he visto por primera vez un año despues de su casamiento : ¡ y Dios sabe el escándalo que dió ya entónces ! — Yo puedo informaros de lo que deseais saber , querido baron : he acompañado monseñor en su viaje á América, en donde ha rescatado á David y à la mestiza de la situacion mas espantosa. — Os lo agradeceré , mi querido Murph : empezad ya que os escucho — dijo el baron.

CAPITULO XXII.

HISTORIA DE DAVID Y DE CECILIA.

— Mr. Willis, rico hacendado angloamericano de la Florida — dijo Murph — descubrió en uno de sus esclavos negros llamado David, jóven destinado al servicio de la enfermería de su posesion, un entendimiento extraordinario y una profunda conmiseracion hácia los enfermos á quienes prestaba con tierno cuidado el socorro que prescribian los médicos; y finalmente, una vocacion tan decidida para el estudio de la botánica aplicada á la medicina, que, sin ningun género de instruccion, habia llegado á clasificar una especie de *Flora* de las plantas de la hacienda de su amo y de las cercanías. La posesion de Mr. Willis estaba situada á la orilla del mar y distaba quince ó veinte leguas de la poblacion mas inmediata; y como los médicos del país eran harto ignorantes y poco exactos en el desempeño de su ministerio á causa de las grandes distancias y de la dificultad de las comunicaciones, resolvió remediar este grave inconveniente en un país sujeto á frecuentes epidemias, teniendo siempre á la mano un facultativo hábil; á cuyo fin dispuso que David viniese á Francia para estudiar la medicina... David salió para Paris lleno de gozo con su nueva mision; pagóle su señor los estudios, y al cabo de ocho años de una aplicacion prodigiosa, se recibió de doctor en medicina con un éxito bri-

llante, y regresó á América en donde volvió á ponerse á disposicion de su amo. — Pero David debió haberse considerado libre de hecho y de derecho desde el momento que pisó el territorio de Francia. — Pero es tal la lealtad de ese hombre, que habiendo ofrecido á su amo regresar, prefirió su palabra á su libertad... Ademas no consideraba como suya una instruccion adquirida con el dinero de su señor; y, finalmente, esperaba poder aliviar física y moralmente el padecer de sus antiguos compañeros de esclavitud... No solo se propuso ser su médico, sino tambien su amparo y defensa para con el amo comun. — En efecto, es preciso estar dotado de una rara probidad y de un santo amor á sus semejantes, para volver al lado de su dueño despues de haber residido ocho años en Paris... en medio de la juventud mas democrática de Europa... — Juzgad por ese hecho de su carácter. Llegó pues á la Florida, y debemos confesar que Mr. Willis lo trató con bastante consideracion, pues David comia á su misma mesa y dormia bajo un mismo techo: por lo demas el hacendado era un hombre estúpido, mal intencionado, sensual y despótico como lo son algunos criollos, y creyó que se mostraba bastante generoso con David señalándole 600 francos de salario. Al cabo de algunos meses se declaró el tífus en la hacienda, y habiendo sido atacado Mr. Willis por esta enfermedad, debió su inmediato restablecimiento á la asistencia de David, y de treinta negros gravemente enfermos solo murieron dos. Por este y otros servicios subió Mr. Willis el sueldo de David á 1200 francos, con lo cual se tuvo el buen médico por el hombre mas feliz del mundo. Sus compañeros le miraban como á su providencia; y aunque para conseguir de su amo que mejorase algo la situacion de aquellos infelices tenia que vencer

graves dificultades, esperaba sin embargo aliviar su suerte en lo venidero: entretanto los moralizaba, los consolaba y los exhortaba á la resignacion; les decia que Dios protege lo mismo al negro que al blanco, y les hablaba de otro mundo en donde no hay señores y esclavos, sino justos y pecadores; de una vida eterna, en donde las víctimas de esta vida fugaz y transitoria eran tan felices que pedian gracia para sus verdugos... ¿Qué mas os diré?... A aquellos desgraciados, que, al contrario de los demas hombres, contaban con amarga alegría el paso que daban cada dia hácia el sepulcro... á aquellos infelices que no esperaban mas que la nada, David hizo esperar una libertad eterna... sus cadenas les parecieron entonces menos pesadas y su trabajo mas leve y llevadero. David era su ídolo... Un año se pasó de esta manera. Entre las esclavas mas hermosas de la hacienda se distinguia una mestiza de quince años llamada Cecilia, cuya singular belleza inspiró á Mr. Willis un capricho de sultan; y por primera vez en su vida fué desairado con una resistencia tenaz é inesperada. Cecilia amaba... amaba á David, que durante la última epidemia la habia asistido con un desvelo admirable: un amor casto pagó mas adelante la deuda del agradecimiento. David era demasiado delicado para abrigar ninguna esperanza de dicha, antes de casarse con Cecilia, y esperaba que cumpliese los diez y seis años. Mr. Willis, ignorando la mútua pasion que unia á los dos esclavos, echó con arrogancia su pañuelo á la linda mestiza: esta refirió á David el brutal atentado de que apenas habia podido salvarse. El negro la consoló, y fué en seguida á pedir su mano á Mr. Willis. — ¡Cáspita! ya adivino, amigo Murph, la respuesta del sultan angloamericano... se negó ¿no es verdad? — Se negó. Dijo que tenia capricho por

aquella muchacha, y que jamas habia sufrido el desden de una esclava: que aquella le gustaba, y que nada le impediria conseguirla. Aconsejó á David que eligiese otra para mujer propia ó para querida, segun le pareciese, pues habia en la hacienda otras diez mestizas tan lindas como Cecilia. David habló largo rato de su amor correspondido, y su amo encojió los hombros. David volvió á insistir, pero todo fué en vano. El criollo tuvo la imprudencia de decirle que seria de muy *mal ejemplo* el que un amo cediese ante su esclava, y que no daria este ejemplo por satisfacer el *capricho* de David. Volvió este á suplicar, y el amo se impacientó. Avergonzado de tanta humillacion, habló entonces con tono firme de sus servicios y de su lealtad y desinterés, pues se habia contentado con un mezquino salario; á lo que respondió irritado y con desprecio Mr. Willis que era tratado con demasiada consideracion para un *esclavo*. Al oir David estas palabras no pudo contener ya su indignacion... Por primera vez en su vida habló como hombre ilustrado de los derechos adquiridos en ocho años que habia residido en Francia. Mr. Willis se enfureció, lo trató de esclavo rebelde y lo amenazó con la cadena... David profirió algunas palabras amargas y violentas. Dos horas despues se hallaba atado á un poste y el rebenque crujia sobre sus miembros ensangrentados, mientras que á su vista llevaban á Cecilia al cuarto del tirano... — La conducta de ese hacendado es estúpida y horrorosa... Eso se llama unir lo absurdo á la crueldad mas detestable... porque al fin dependia del negro para... — Y tanto dependia que en aquel mismo dia el acceso de furor por una parte, y por otra la embriaguez á que se entregaba el brutal hacendado todas las noches, le originaron una fiebre inflamatoria de las

mas peligrosas, cuyos síntomas se declararon con la rapidez peculiar de esta clase de enfermedades... Metióse en el lecho con una calentura horrible y mandó llamar un médico; pero este no podia llegar antes de treinta y seis horas... — A la verdad, la grave y merecida peripecia de la enfermedad de ese hombre parece providencial... — El mal hacia progresos espantosos... Solo David podia salvarlo; pero Willis, desconfiado como todos los malvados, temia que el negro sé vengase envenenándolo con alguna pocion... porque despues de haberlo azotado, le habia hecho meter en un calabozo... Asustado al fin por el rápido incremento de la enfermedad, abatido por el dolor y creyendo que ya que la muerte era segura le ofrecia alguna esperanza la generosidad de su esclavo, hizo poner en libertad á David despues de haber luchado con terribles dudas... — ¿Y salvó David la vida de su amo? — Por espacio de cinco dias y cinco noches le veló como si hubiera velado á su padre sin separarse de su cabecera, y combatió con tan admirable acierto la enfermedad que triunfó por último de ella, con sorpresa del otro médico que no llegó hasta el segundo dia. — ¿Y el amo... luego que sanó?... — No queriendo sufrir la presencia de su esclavo que le abrumaria sin cesar con el recuerdo de su magnánima generosidad, consiguió á costa de enormes sacrificios que se quedase en la hacienda el médico á quien habia hecho llamar, y volvió á encerrar á David en el calabozo. — ¡Eso es horrible! pero no lo estraño: la presencia de David hubiera causado á este hombre un contínuo remordimiento... — No, solo los zelos y la venganza dictaron esta bárbara conducta... Los negros de Mr. Willis amaban á David con todo el ardor de la mas viva gratitud, pues le tenian por el redentor de su cuerpo y de su alma.

Sabian el desvelo con que habia asistido á su señor en la última enfermedad... y así es que saliendo del embrutecimiento y apatía que es el estado ordinario del esclavo, manifestaron aquellos infelices su indignacion ó mas bien su dolor, cuando vieron la horrible crueldad con que David fué azotado y preso. Mr. Willis exasperado creyó ver en esta manifestacion el gérmen de una rebelion inmediata, y pensó que de la influencia que habia adquirido David sobre los demas esclavos, se debia esperar el que se pusiese á la cabeza de una conspiracion para satisfacer su venganza. Este temor absurdo dió motivo á que el hacendado aumentase los tormentos de David, y se resolviese á impedir por cualquier medio los siniestros designios que solo existian en su imaginacion. — Bajo ese punto de vista, la conducta de Willis parece ménos estúpida, aunque no ménos feroz... porque era efecto del terror. — Poco tiempo despues de estos sucesos llegamos nosotros á América. Monseñor fletó un bergantin inglés en Santo Tomás, y visitamos de incógnito todas las haciendas del litoral Angloamericano... Mr. Willis nos recibió con magnificencia, y al dia siguiente por la noche nos contó con un descaro cínico y escitado por el vino que habia bebido, la historia de David y de Cecilia, mezclando á cada paso chistes groseros y horribles. Habia olvidado deciros que el propietario, despues haber violentado á la infeliz esclava, la encerró en un calabozo para vengarse de sus desdenes. Al oir S. A. R. una historia tan horrible, creyó que Mr. Willis se alababa de lo que no existia ó por lo menos que estaba ébrio: estaba en efecto borracho, pero lo que referia era la pura verdad. Para disipar la incredulidad de monseñor, levantóse de la mesa el hacendado y mandó á un esclavo que encendiese una linterna y nos condujese al calabozo de David.

— ¡Ah! veamos. — Jamas he visto un espectáculo tan horrible. David y Cecilia, macilentos, descarnados, medio desnudos y cubiertos de heridas, estaban atados por la cintura á una cadena en dos extremos opuestos del calabozo. Parecian dos espectros á la débil luz de la linterna que alumbraba aquel tenebroso cuadro. David no profirió al vernos una palabra: su mirada tenia una fijeza espantosa. El hacendado le dijo con una ironía cruel: «¿Qué tal, doctor, cómo anda eso?... Yá que sabes tanto... ¿porqué no te escapas de ahí?...» El negro solo respondió con un ademan y una palabra sublimes: elevó lentamente el brazo derecho, señaló con el índice á la bóveda, y sin mirar á su amo dijo con voz solemne: «¡Dios!» y volvió á guardar silencio. «¿Dios?» repuso el hacendado prorrumpiendo en una carcajada: «anda y dile á Dios que te venga á arrancar de mis uñas!!!...» Y cada vez mas fuera de sí por el furor y la embriaguez, añadió esta horrenda blasfemia: «¡Sí, le desafio á que me robe mis esclavos ántes de que mueran!... ¡Si no lo hace niego su existencia!...» — ¡Qué loco, brutal y estúpido! — Esto nos llenó de disgusto; y monseñor no dijo una sola palabra. Salímos de aquel antro, que estaba situado á la orilla del mar lo mismo que la casa, y volvimos á bordo de nuestro bergantin que se hallaba fondeado á corta distancia. A la una de la noche, cuando toda la gente de la hacienda estaba entregada á un profundo sueño, saltó monseñor á tierra con ocho hombres bien armados, dirigióse al calabozo, forzó las puertas, sacó de la prision á David y Cecilia y trajo consigo á bordo las dos víctimas sin que nadie hubiese observado nuestra expedicion. En seguida monseñor y yo nos dirigimos á la casa del hacendado. ¡Es bien extraño el que

estos hombres que atormentan á sus esclavos, no tomen contra ellos la menor precaucion, pues duermen con las puertas y ventanas abiertas! Llegámos sin el menor obstáculo al cuarto en que dormia Mr. Willis, el cual estaba alumbrado por una lamparilla; monseñor dispertó al hacendado, y este se incorporó en el lecho con la cabeza entorpecida aun por los vapores de la borrachera. «Esta noche habeis desafiado á Dios preciándoos de que no seria capaz de arrebataros vuestras dos víctimas... ántes de su muerte. Sacólas ya de vuestro poder...» — dijo monseñor; y cogiendo luego un talego en que llevábamos 5,000 duros en oro, lo arrojó sobre la cama del hacendado añadiendo: — «Ese dinero os indemnizará de la pérdida de los dos esclavos... A vuestra violencia que mata, opongo una violencia que redime... ¡Dios nos juzgará!...» Y desaparecimos dejando á Mr. Willis atónito, inmóvil y creyendo que era un sueño todo lo que pasaba. Algunos minutos despues se habia hecho á la mar nuestro bergantin. — Me parece, querido Murph, que S. A. R. pagó con exceso á ese miserable la pérdida de esos dos esclavos; porque en rigor David no le pertenecia ya. — Habíamos calculado el costo de los estudios de David por espacio de ocho años, y el triple valor, por lo ménos, de este y de Cecilia como simples esclavos. Ya sé que nuestra conducta era contraria al derecho de gentes... pero si hubierais visto la horrible agonía de aquellos dos desgraciados, si hubierais oido el desafío sacrílego de aquel hombre ébrio de vino y de ferocidad, comprenderiais fácilmente porqué monseñor se determinó á *hacer el papel de la Providencia*, como dijo S. A. R. en aquella ocasion. — Eso es tan controvertible y tan justificable como el castigo del Maestro de Escuela, mi

querido Murph. ¿Y no tuvo mas consecuencias esa aventura? — Ninguna podia tener. El barco llevaba bandera dinamarquesa, S. A. R. guardaba el incógnito, mas severo y pasábamos por ingleses ricos. ¿A quién se hubiera quejado ni dirigido sus reclamaciones Mr. Willis? Además, él mismo nos habia dicho, y el médico de monseñor lo ha confirmado en un proceso verbal; que los dos esclavos no hubieran vivido ocho dias en el horrible calabozo. Hubo que recurrir á los mayores esfuerzos para salvar á David y á Cecilia de una muerte casi inevitable; pero al fin se consiguió restablecerlos, y desde entónces permaneció David en clase de médico al lado de monseñor, á quien profesa la veneracion y el afecto mas entrañables. —¿Se casó David con Cecilia al llegar á Europa?— Ese matrimonio, que prometia ser tan feliz, se celebró en la capilla del palacio de monseñor; pero Cecilia por un trastorno singular de su conducta, apénas se vió en situacion tan inesperada, cuando olvidada de todo lo que David habia padecido por ella y de lo que ella habia sufrido por él, y avergonzada de verse unida á un negro en este continente, se dejó seducir por un hombre depravado y cometió el primer delito: cualquiera hubiera dicho que la perversidad natural de esa desgraciada, hasta entónces oculta, solo esperaba este peligroso estímulo para manifestarse con una espantosa energía. Sabeis ya todo lo demás y el escándalo de sus aventuras. Al cabo de dos años de union conyugal, David, que tenia en ella tanta confianza como era vehemente el amor que la profesaba, llegó á conocer su proceder infame, y este golpe terrible le despertó de su ciega seguridad.

— Dicen que quiso matar á su mujer.—Sí; pero consintió por fin en que fuese encerrada en un casti-

llo por toda la vida á instancias de monseñor... Y esa misma prision es la que monseñor acaba de abrir... con asombro vuestro y mio: no quiero ocultároslo, mi amado baron. Pero se hace ya tarde, y S. A. R. quiere que vuestro correo salga lo mas pronto posible para Gerolstein... — Antes de dos horas estará en camino. Adios, querido Murph... hasta la noche... — Hasta la noche. — ¿Os habeis olvidado de que hay gran baile en la embajada de ***, al cual debe asistir S. A. R.? — Es verdad... Desde que se ausentaron el coronel Varner y el conde de Harneim, me olvido siempre de que tengo que desempeñar las funciones de gentilhombre y de edecan... — Ahora que hablais del conde y del coronel... ¿cuándo volverán? ¿Darán pronto fin á su mision? — Ya sabeis que monseñor desea tenerlos léjos de sí el mas tiempo posible, á fin de estar solo y obrar con mas libertad... En cuanto á la mision que les ha encargado S. A. R. para desembarazarse de ellos con disimulo, enviando el uno á Aviñon y el otro á Estrasburgo... os la confiaré un dia que estemos los dos de mal humor... porque yo desafiaria la seriedad del mayor hipocondríaco y me comprometeria á hacerle reir, no solo con esta confianza, sino tambien con alguna de las instrucciones que han llevado ambos caballeros, los cuales tomaron su pretendida mision con una formalidad increible... — Con franqueza os digo que yo no he comprendido jamas la razon por qué S. A. R. habia encargado al coronel y al conde ese servicio especial. — ¡Qué decis! ¿no es el coronel Varner el tipo militar mas admirable? ¿Hay en toda la confederacion germánica una talla mas completa, bigotes mas lucidos ni aire mas marcial? Y cuando se pone cinchado con caparazon y brida de gala, ¿puede darse un aire mas triunfante y

glorioso?... ¿puede haber en el mundo mas completo... animal? — Es claro... pero justamente esa belleza le impide tener un aire excesivamente intelectual... — ¡Ahí está la cosa! Y por eso dice monseñor que, gracias al coronel, se ha acostumbrado ya á tolerar las gentes mas importunas y pesadas del mundo... Antes de dar algunas audiencias mortales se encierra media hora con el coronel... y sale de la entrevista capaz de hacer frente al mismo tedio en persona... — Tambien el soldado romano calzaba sandalias de plomo ántes de emprender una marcha forzada, para que la fatiga se le hiciese mas llevadera despues de quitárselas. Ahora sí que aprecio la utilidad del coronel... ¿Pero el conde de Harneim?... — Tambien es de suma utilidad para monseñor: siempre que ve á su lado esa calabaza hueca, tersa y sonora; al ver ese pellejo hinchado y lleno de... nada, tan magníficamente ataviado que representa la parte teatral y pueril del poder soberano, conoce monseñor la vanidad de esas pompas estériles, y mas de una vez ha debido á la contemplacion del inútil y relumbrante gentilhombre las ideas mas sérias y fecundas. — Pero seamos justos, amigo mio: ¿en qué corte se hallaría un modelo mas perfecto de gentilhombre? ¿Quién conoce mejor que Harneim las innumerables reglas y tradiciones de la etiqueta? ¿Quién llevaria con mas gravedad una cruz de esmalte al cuello y mas magestuosamente una llave de oro á la espalda? — A eso dice S. A. que la espalda de un gentilhombre tiene una fisonomía particular, porque se lee en ella una espresion tal de sumision y de altanería, que causa dolor el mirarla. En la espalda del gentilhombre brilla el signo simbólico de su empleo... y por eso, segun dice monseñor, el dignísimo Harneim parece siempre

dispuesto á presentarse de medio lado, para que se vea desde luego toda la altura de su valimiento... —El hecho es que el asunto de la incesante meditacion del conde es inquirir por qué fatal accidente se ha imaginado poner á la espalda la llave del gentilhombre... porque, como dice él con harta sensatez y pesadumbre «¡qué diablo! las puertas no se abren, ni se habla á la gente por la espalda!»—¡El correo, el correo, baron!—dijo Murph señalando al reloj. —¡Qué maldito de hombre! siempre me hace charlar mas de lo que conviene... vos teneis la culpa... Ofreced mi respeto á S. A. R. —dijo el baron de Graün corriendo á tomar el sombrero. —Hasta la noche, querido Murph. —Hasta la noche, querido baron... algo tarde, porque monseñor querrá visitar hoy mismo la casa misteriosa de la calle del Templo.

Madama Pipelé

CAPITULO XXIII.

LA CASA DE LA CALLE DEL TEMPLO.

Queriendo aprovechar Rodolfo las noticias que el baron de Graün habia recogido sobre la Guillabaora y German, hijo del Maestro de Escuela, determinó ir á la casa de la calle del Templo, en donde German habia vivido últimamente, con ánimo de descubrir la habitacion actual de aquel jóven por medio de la señorita Alegría: tarea harto difícil, porque la jóven modista debia saber acaso que el hijo del Maestro de Escuela tenia el mayor interés en que se ignorase absolutamente su nueva morada. Alquilando en la referida casa el cuarto en que habia vivido German, Rodolfo facilitaria sus indagaciones, y sobre todo hallaria ocasiones de observar de cerca las distintas personas que habitaban el edificio.

El mismo dia del coloquio del baron de Graün con Murph, se dirigió Rodolfo hácia las tres de la tarde á la calle del Templo, disfrazado con un traje humilde. Esta casa, situada en el centro de un barrio comercial y populoso, nada tenia de particular en su aspecto: componíase de un cuarto bajo ocupado por un ebanista, de otros cuatro pisos y de algunas guardillas. Un portal oscuro y estrecho conducia á un reducido patio, ó mas bien á una especie de pozo cuadrado, completamente cerrado al aire y á la luz, el cual servia de comun re-

ceptáculo á todas las inmundicias de la casa, que arrojaban por las ventanillas y tragaluces los vecinos de los pisos superiores.

Una luz rojiza indicaba al pié de la escalera húmeda y negra la habitacion del portero. En esta covacha ahumada por la combustion de una lámpara, que era necesaria en medio del dia mas claro, entró Rodolfo para preguntar por el cuarto desalquilado.

Un quinqué, colocado detrás de un globo de cristal lleno de agua que le servia de reverbero, iluminaba la zahurda; en el fondo se veía un lecho cubierto con una colcha de *arlequin*, compuesta de una multitud de pedazos de telas de toda especie y de todos colores; á mano izquierda habia una cómoda, cuya cubierta de mármol sostenia los siguientes adornos: 1.° un pequeño san Juan de cera con su cordero blanco y su peluca rubia, colocado en una urna de vidrio estrellado, cuyas juntas estaban cubiertas con tiras de papel azul; 2.° dos candeleros viejos de plaqué enrojecidos ya por la accion del tiempo, los cuales sostenian en lugar de bujías, dos naranjas sin duda acabadas de presentar á la portera como regalo de año nuevo; 3.° dos cajas, una de paja de varios colores, y otra cubierta de conchas de marisco. Estas obras del arte olian de una legua á la cárcel ó al presidio (a), (esto no es un *homenaje del autor:* ya veremos la moralidad del portero de la calle del Templo). Finalmente, entre las dos cajas y bajo un guardapolvo de cristal se veía un par de botitas de cordoban encarnado y de corte de corazon, las cuales eran unas verdade-

(a) Los encarcelados y presidarios tienen por ocupacion casi exclusiva la fabricacion de estas cajitas.

ras botas de muñeca, pero muy diestramente amoldadas, cosidas y pespunteadas.

Esta *obra maestra* del arte, como diría un cofrade de san Crispin, unida á las figuras fantásticas pintadas en la pared en medio de innumerables botas y zapatos, daba bien á entender que el portero de esta casa se consagraba á la restauracion del calzado viejo.

Cuando Rodolfo se decidió á entrar en esta cueva, se hallaba ausente el portero M. Pipelet, pero su ausencia era momentánea y lo representaba su esposa madama Pipelet, que instalada junto á un brasero colocado en medio de la habitacion, parecia gravemente ocupada en oir *cantar su puchero* (esta es la expresion técnica). El Hogart francés, Enrique Monmer, ha delineado tan bien la portera, que nos contentaremos con rogar al lector que traiga á la memoria, si quiere formarse una idea de madama Pipelet, la mas fea, la mas arrugada, la mas sucia, la mas indigesta, la mas desdentada, la mas *venenosa* de todas las porteras inmortalizadas por aquel eminente artista.

La única circunstancia que nos tomaremos la libertad de añadir, será un singular tocado compuesto de una peluca llamada á lo Tito Livio, que habia sido rubia en sus dias, pero que con el tiempo se habia llenado de medios tintes rojizos y amarillentos, oscuros y pálidos, bastante parecidos al follaje de otoño, los cuales hacian resaltar mas la intrincada confusion de unos mechones de pelo erizados, tiesos, revueltos y enmarañados. Madama Pipelet no abandonaba jamás este único y sempiterno adorno de su cráneo sexagenario.

Al ver á Rodolfo la portera pronunció con tono arrogante estas palabras consagradas en todas las porterías del mundo:

—¿A dónde vais?—Señora, parece que hay en esta casa un cuarto y una alcoba desalquilados—dijo Rodolfo dando cierta inflexion enfática á la palabra *señora*, lo que no desagradó sin duda á madama Pipelet, pues replicó en tono mas comedido: —Hay un cuarto vacío en el cuarto piso, pero no se puede ver ahora... Alfredo ha salido.—¿Es vuestro hijo, señora? ¿Volverá pronto?—No es mi hijo caballero, que es mi marido. ¡Si no podré llamar Alfredo á Pipelet sin que le tomen por otro!—Teneis derecho, señora, á llamarle como gusteis; mas permitidme os pregunte si debo aguardarle un momento. Quisiera alquilar el cuarto, porque me conviene bastante la situacion de este barrio; la casa me gusta tambien: parece que está cuidada de un modo admirable. Pero antes de ver el cuarto que deseo habitar quisiera saber, señora, si tendriais á bien encargaros de mi servicio y asistencia, porque es mi costumbre no emplear á nadie mas que á los porteros, siempre que estos se convengan.

Esta proposicion expresada en términos tan lisonjeros cautivó completamente á madama Pipelet, la cual respondió:

—Con mil amores, caballero... tendré á mucha honra hacer vuestro servicio, y por seis francos mensuales estareis asistido como un príncipe.—Vayan los seis francos, señora... ¿cómo os llamais?—Pomona, Pentesilea, Fredegunda Pipelet.—Muy bien, señora Pipelet, os daré los seis francos de propina cada mes. Pero si el cuarto me conviene... ¿cuál es su precio?—Con el gabinete 150 francos, caballero, sin que se pueda rebajar un ochavo... El casero es un avaro capaz de esquilar un huevo.—¿Cómo le llamais?—El señor Brazo Rojo.—¿En dónde vive?—En la calle de Feves,

número 13; tiene tambien una tabernilla en los fo sos de los campos Eliseos.

Sorprendió á Rodolfo este extraño descubrimiento, y no dudando un momento que fuese el mismo á quien conocia, dijo á la portera:

— Si el señor Brazo Rojo es el arrendatario principal, ¿quién es el propietario de esta casa? — E señor Bordon; pero yo con nadie tengo que ver sino con el señor Brazo Rojo.

Queriendo Rodolfo ganar la confianza de la portera, repuso:

— Estoy algo cansado, mi querida señora, y el frio me heló de piés á cabeza. Tomad: hacedme el favor de ir á la tienda de licores que hay en esta casa y traed una botella de tapa larga y dos copas... ó mas bien tres porque vuestro marido vendrá pronto

Y dió un napoleon á la portera.

— ¡Vaya, está visto, sois de aquellas personas á quienes es preciso adorar desde el primer momento! —exclamó la portera, cuya nariz granujienta se encendió con el fuego de una báquica exaltacion. — Voy al momento, pero no traeré mas que dos copas, porque Alfredo y yo bebemos siempre con una misma. ¡Pobre sabrosito mio! ¡es tan almibaroso y goloso de lo que hacen las mujeres! ! ! — Volved pronto, señora Pipelet, y aguardaremos al señor Alfredo. — ¿Y me tendreis cuidado de la portería? — Id sin recelo.

Y la vieja salió.

Al cabo de algunos momentos se acercó un cartero á la vidriera, metió el brazo por la ventanilla, y poniendo dos cartas sobre el tablero dijo: «Tres sueldos.»

— Seis sueldos, porque son dos cartas — dijo Rodolfo. — Una viene franca — repuso el cartero.

Miró Rodolfo maquinalmente las cartas que acababan de dejarle, y fijando en ellas la atencion al cabo de un rato, le parecieron dignas de un curioso exámen.

Una de ellas exhalaba un suave perfume al traves de una cubierta de papel satinado. En el sello de lacre encarnado se veian estas letras, C. R., coronadas de una celada de encaje y apoyadas sobre un campo estrellado de la legion de honor. El sobre estaba escrito con buena letra. La pretension heráldica que indicaban la celada y la cruz hizo sonreir á Rodolfo, y le confirmó en la idea de que esta carta no habia sido escrita por una mujer: ¿pero cómo adivinar quien seria el corresponsal blasonado y oloroso de madama Pipelet? La otra carta de papel ordinario estaba cerrada con oblea picada con alfiler, y tenia el sobre para el señor *Cesar Bradamanti, operador dentista.* Las letras de este sobre eran todas mayúsculas y evidentemente disfrazadas; y ya fuese por obra de la imaginacion ó por algun motivo fundado, esta carta pareció á Rodolfo del mas triste agüero. Notó que las letras estaban medio borradas y el papel algo arrugado en una parte del sobre... Una lágrima habia caido en aquel sitio.

Madama Pipelet volvió á entrar con la botella y las copas.

— He tardado mucho ¿no es verdad? pero cuando una va á la tienda del tio Pepe no hay medio de salir... ¡Qué humor tan salado de hombre!... — Aquí teneis dos cartas que ha traido el cartero — dijo Rodolfo. — ¡Jesus! ¡Ave María, señor! perdonad tanta molestia. ¿Las habeis pagado? — Sí. — Os lo agradezco en el alma, y voy á cobrarme de vuestro cambio... ¿Cuánto es? — Tres sueldos — dijo Rodolfo sonriendo por el modo extraño de pa-

gar que habia adoptado madama Pipelet. — Pero, sin que parezca indiscrecion, quisiera haceros observar que una de estas dos cartas os viene dirijida y que teneis un corresponsal que huele bien de una legua. — ¡A ver! — dijo la portera cojiendo la carta perfumada. — ¡Caramba! es verdad... esto me huele á cosa de amoríos... Pero... ¿quién seria el atrevido... el osado?... — ¿Y si vuestro marido estuviese aquí, madama Pipelet? — ¡No digais eso por Dios, que soy capaz de caer accidentada en vuestros brazos! ¡Pero que tonta soy!... ya caigo, ya — continuó la portera encojiéndose de hombros — es del *comandante*... ¡Ay, que susto he llevado! porque Alfredo es zeloso como un beduino. — Aquí está la otra carta dirijida al señor *Cesar Bradamanti*. — ¡Ah, si! el dentista del piso tercero... Voy á echarla en la *bota* de las cartas.

Rodolfo creyó haber entendido mal, pero vió que madama Pipelet echaba en efecto la carta en una bota vieja que estaba colgada en la pared.

Rodolfo la miró con sorpresa.

— ¡Cómo!... — la dijo — ¿es posible que echeis la carta?... — En la *bota* de las cartas ¿y eso que tiene de particular? Cuando entran los de la casa Alfredo ó yo sacudimos la bota, se hace el repartimiento y cada mochuelo se va á su nido.

Y al mismo tiempo abrió la portera su carta y empezó á darla vueltas en todos sentidos. Despues de algunos momentos de duda dijo á Rodolfo:

— Alfredo es quien lee siempre mi correspondencia, porque yo no sé. ¿Querriais tener la bondad, caballero?... — ¿De leeros la carta? con mucho gusto — dijo Rodolfo lleno de curiosidad por saber quien era el corresponsal de madama Pipelet,

y leyó lo que sigue escrito en papel satinado, en uno de cuyos ángulos se veía la misma celada de encaje, las letras C. R., el campo heráldico y la cruz de honor:

«Mañana viernes, á las once, encenderéis el fuego en las chimeneas de los dos cuartos, limpiaréis los espejos, descubriréis todos los muebles y adornos, cuidando de no echar á perder el dorado de los muebles al desempolvarlos y de no manchar ni quemar el tapiz al encender el fuego. Si por acaso no me hallare ahí cuando llegue una señora en un coche á eso de la una, la cual preguntará por mí dándome el nombre de Cárlos, la haréis subir al cuarto, recojeréis la llave y no la entregaréis á nadie hasta que yo llegue.»

A pesar del dictado poco académico de esta carta, Rodolfo conoció desde luego su objeto, y dijo á la portera:

— ¿Quién vive luego en el primer piso?

La vieja acercó su dedo amarillo y arrugado á la fruncida boca, y respondió haciendo una mueca maliciosa:

— *¡Chiton!*... es cosa de mujeres... intrigas... amoríos... — Os lo pregunto, mi querida señora Pipelet... porque antes de entrar en una casa es natural que uno desee saber... — Y muy natural... puedo comunicaros en dos palabras todo lo que hay en el particular... Hace unas seis semanas que vino aquí un tapicero á ver el primer piso que estaba desalquilado: informóse del precio y al dia siguiente volvió con un jóven bien parecido; rubio, pequeños bigotes, cruz de honor, bien portado y buena camisa. El tapicero le llamaba... *el comandante.*

— ¿Es acaso militar? — ¡Militar! — repuso madama Pipelet alzando los hombros — ¡buenas

trazas tiene !... eso viene á ser lo mismo que si á mi marido le dieran el título de conserje... —¿Cómo?... ¿porqué? — Porque no es mas ni ménos que un comandante de la guardia nacional; el tapicero le llamaba comandante para lisongearlo, y él se complacia... como se complace Alfredo cuando le llaman conserje. En una palabra, luego que el comandante (este es su nombre conocido) hubo visto el cuarto, dijo al tapicero: «Me agrada; arregláos con el casero.» «Muy bien, comandante,» repuso el otro... Y al dia siguiente el tapicero firmó el arriendo en su propio nombre con Brazo Rojo, y pagó á este seis meses adelantados, porque parece que el jóven no quiere ser conocido. Pocos momentos despues vinieron algunos obreros y empezaron á demoler tabiques y hacer otras reformas en el primer piso: trajeron sofás, cortinas de seda, espejos dorados y otros muebles magníficos, de modo que la habitacion está que parece un café de los Baluartes... amen de una tapicería que hay por todo el suelo, tan tupida y suave que parece que anda uno sobre felpa de seda... Luego que se concluyó la obra vino á verla el comandante, y dijo á Alfredo: «¿Queréis encargaros de cuidar de ese cuarto, al cual vendré pocas veces, de hacer fuego en él de cuando en cuando y de tenerlo preparado para recibirme cuando os avise por la estafeta?» —«Sí, comandante,» le dijo mi complaciente Alfredo. — «¿Y cuánto me llevaréis por todo eso?» — «Veinte francos mensuales, comandante.» —«¡Veinte francos! vaya, sin duda os chanceais, portero.» — Y el bueno del hombre empezó á ragatear como una frutera por ocho ó diez miserables francos, siendo así que hacia unos gastos tan espantosos para amueblar una casa en que no vivia! Por último, á fuerza de batallar le

sacámos doce francos. ¡Doce francos! Vaya, solo el decirlo me hace trasudar. ¡Miren que señor comandante! ¡Buena diferencia entre los dos, caballero! —añadió la portera dirigiéndose á Rodolfo con urbanidad: —aunque no os haceis llamar comandante, no por eso teneis trazas de cualquiera cosa; y aunque tambien echo de ver que sois pobre porque os vais al cuarto piso, os habeis convenido en los seis francos á la primera palabra. —¿Volvió á venir el comandante? — Eso es lo particular: parece que lo traen al retortero. Ya me escribió otras tres veces para que hiciese fuego y tuviese todo listo porque vendria una señora. ¿Pero vístela tú?... pues yo tampoco. — ¿No ha venido nadie? — Vais á ver... La primera de las tres veces llegó el comandante hecho una ascua, pavoneándose y cantando entre dientes: esperó dos horas largas... pero no vino una alma; y cuando pasó por delante de la portería le mirámos de hito en hito Pipelet y yo, y para incomodarle mas le dije: «Comandante, ni una sola persona vino á preguntar por vuestra salud.» «¡Bueno, bueno! respondió hecho una chispa, y se marchó mordiéndose los dedos de cólera. La segunda vez trajo un mozo una cartita dirigida al señor Cárlos, ántes que él hubiese llegado; y á Pipelet y á mí todo se nos volvia estirar el pescuezo para ver si llegaba el comandante, esperando que llevaria otro chasco como la vez primera. «Mi comandante, (le dije yo cuando llegó por fin, llevando al revés de la mano izquierda á la altura de mi peluca con aire militar) aquí está una carta; parece que vuelven á dejarnos hoy en blanco. «Miróme con una cara de fiera, abrió la carta, la leyó, púsose colorado como un camaron y tomó la puerta haciendo que cantaba por entre dientes; pero lo cierto es que iba llevado de

Satanás... porque es rabioso como un perro y tiene blanca la punta de la nariz, que es señal que nunca falla. ¡Pero anda, rabia y muérate, comandante de tres al cuarto! con eso aprenderás á no dar mas que doce sueldos al mes por cuidarte del cuarto.— ¿Y la tercera vez?—¡Ah! la tercera vez estuvo en un tris el que saliese con la suya. Llegó el comandante de punta en blanco, y tan contento y seguro de su negocio que le saltaban los ojos de alegría. Lindo mozo por cierto, es preciso hacerle justicia; y luego olia como la gloria... y venia tan hinchado y satisfecho que apénas tocaba el suelo con sus piés. Cojió la llave y nos dijo al subir la escalera muy entonado y con aire de emperador, como para vengarse de lo pasado: Prevendréis á esa dama que la puerta no está mas que entornada...» Pipelet y yo teníamos tal curiosidad por ver á la deseada señorita, que aunque no esperábamos que viniese, salímos de la portería y nos pusimos de observacion en la puerta de la calle... A breve rato se paró delante de nosotros un coche de alquiler. «Esta es—dije yo á Alfredo.—Ahí esta su *pencuria*. Retirémonos algo para que no se espaviente.» El cochero abrió la portezuela, y entónces vimos á una señorita con un manguito sobre las rodillas, un velo negro echado sobre la cara y tapada ademas la boca con un pañuelo, porque al parecer estaba llorando: pero héteme aquí que cuando estaba ya echado el estribo, en vez de bajar la tal señorita dijo algunas palabras al cochero, y este volvió á recojer... el estribo y á cerrar la portezuela.—¿Y no bajó la señora?—Ni por pienso: volvió á dejarse caer en el asiento de atras tapándose los ojos con las manos. Yo corrí hácia el coche, y ántes que el cochero hubiese subido al pescante le dije: «¿Qué es eso amigo... así os volvéis sin?...»

«Sí,» me respondió. « ¿Y á dónde?» volví á preguntar. « Al mismo sitio de donde he venido.» « ¿Y de dónde venís?» « Calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse.»

Rodolfo se estremeció al oir estas palabras.

El marqués de Harville, uno de sus mejores amigos y el cual padecia de algun tiempo á aquella parte de una profunda melancolía, como llevamos indicado, vivía en la calle de Sto. Domingo, esquina á la de Belle-Chasse. ¿Seria acaso la marquesa de Harville la que así corría á su perdicion? Sospecharia su marido de su conducta, y seria esta la causa de la melancolía que lo devoraba? Estas dudas invadieron de repente la imaginacion de Redolfo. Conocia la sociedad íntima de la marquesa, pero no se acordaba de haber visto jamás en ella á ninguno que se pareciese al comandante: y además aquella jóven podria haber tomado el coche en la misma calle sin vivir en ella. Ninguna prueba tenia Rodolfo para creer que fuese la marquesa, y sin embargo una multitud de vagas sospechas alteró de tal modo su semblante, que su aire inquieto y absorto llamó la atencion de la portera. — ¿En qué pensais, caballero? — le dijo. — Estoy discurriendo por qué esa mujer que ha venido hasta el mismo portal cambió tan pronto de resolucion. — La razon es clara... una idea cualquiera, el temor, una supersticion... Nosotras las mujeres somos tan débiles... tan temerosas... tan irresolutas... — dijo la horrible portera con fingida timidez. — Me parece que si yo anduviera en esos trajines... pegándosela á mi Alfredo... ¡Jesus! Dios me guarde el juicio en lances así yo me desmayaria. ¡Ay! ¡nunca jamás, querido Pipelet del álma mia!... No hay debajo de las estrellas quien pueda alabarse de... — Os lo creo, señora Pomona... ¿pero esa jóven?... —

Yo no sé si era jóven, porque ni siquiera le he visto la punta de la nariz. Pero lo cierto es que volvió á marchrarse por donde habia venido... y esto nos dió mas contento á Pipelet y à mí que si nos hubieran regalado diez francos. — ? Porqué ? — Solo el pensar en la cara que iba á poner el comandante, era cosa de morirse de risa... Por de pronto, en lugar de subir á decirle que su *gaya* se habia ido... le dejámos esperar y hacer calendarios una hora larga... Subí por fin, llego á la puerta que no estaba mas que entornada, la empujo, y se abre con ruido porque rechinaron los goznes. La escalera y la entrada de la puerta estaban oscuras como noche... y héteme aquí que al punto de entrar me echa los brazos el bueno del comandante y y me dice con un tonillo muy almibarado: « *Cómo tan tarde ángel mio !*

Rodolfo no pudo ménos de sonreir, á pesar del serio pensamiento que le dominaba, especialmente al ver la grotesca peluca y el rostro abominable, arrugado y granugiento de la heroina de este lance ridículo.

Madama Pipelet continuó haciendo unas muecas de alegria que la hacian aun mas detestable:

— ¡ Jé, jé, jé ! ¡ vaya, vaya ! Pues aun falta lo mejor... Yo no respondí una sola palabra, detuve el aliento y me dejé abrazar del comandante,.. pero al cabo de un rato el muy grosero me dá un empujon, y dice todo espantado con un tono de asco como si le hubiera picado una araña: « ¿ Pero quién diablos está aquí » « Soy yo, comandante, madama Pipelet la portera, y en tal categoria os intimo que recojais las manos, y que no me agarreis por la cintura ni me llaméis vuestro ángel, diciéndome que vengo tarde. ¡Caramba ! ¿y si mi Alfredo estuviese aquí » « ¿Qué queréis? » me dijo furioso.

« Comandante la señorita acaba de llegar en un coche de alquiler. » « Pues bien, que suba. ¡ Habrá estupidez igual! ya os he dicho que la hicieseis subir.» Ya se comandante que me habeis dicho que la hiciese subir « ¿ Y entónces porqué...? » « Es que la señorita...» «¡Esplicáos, bruja, de una vez!» Es que la señorita se ha vuelto por el mismo camino.» « ¡ Vamos, sin duda habeis hecho alguna bestialidad — gritó mas y mas enfurecido. — « No, comandante, la señorita no ha bajado del coche: no bien el cochero abrió la portezuela cuando le dijo que volviese á retroceder el camino. » « El coche no debe estar lejos» gritó el comandante arrojándose hácia la puerta. — « ¿ A dónde vais, si hace una hora que se ha marchado? » — le dije. « ¡ Una hora! ¿y porqué habeis tardado tanto en avisarme?» — gritó lleno de cólera. — « Porque temíamos incomodaros con la noticia de que esta vez volvais á quedaros in albis. » Chúpate esa, — dije yo para mi. — Asi aprenderás á no ponerme otra vez las manos en el pelo de la ropa. « ¡ Salid de aquí, marcháos, vieja de los diablos, que no haceis mas que brutalidades !» — volvió á gritar desabróchandose la bata tártara y arrojando al suelo el gorro griego de terciopelo bordado de oro... ¡ Lindo gorro por cierto! ¿ Y qué diremos de la bata ? ¡ que bata, santo Dios turbaba la vista parecia.. una luciérnaga... — Pero os espusisteis à que no volviese á ocuparos en su servicio. — No haria tal... Le tenemos cojido por las narices, sabemos en donde vive su *hurgamandera*; y si nos dijese algo le amenazaríamos con descubrir el enredo... Además ¿ quién se encargaría de servirle por doce francos? ¿ una mujer de fuera ¡Ya la daríamos buena vida, ya! .. En fin, amigo mio ¿ creereis que el miserable pasó una revista á su leña y la contó y recontó para ver cuantos pa-

los le habiamos quemado?... Yo no tengo ningunn duda de que es un señor nuevo, hecho por algun sastre de la noche á la mañana .. un quidam, ua nadie: un botarate... gastos de gran señor por un lado; economías de zapatero viejo por el otro.. En una palabra, yo ne le deseo otro mal, pero me alegraré que la tal señorita le haga rabiar tanto que se dé de calabazadas contra las paredes del cuarto. Apostaría algo á que mañana no viene la desconocida, aunque le haya ofrecido venir. Si viene veremos si es morena ó rubia ó que trazas tiene. Pero decidme, caballero, ¿no os parece que habiendo un marido por medio representa un papel muy ridículo? ¡Os confieso que me dá lástima el pobrecillo! Pero con vuestro perdon voy á retirar del fuego el puchero porque ya empieza á chillar es un estofado de vaca capaz de abrir el apetito de un difunto. Alfredo bebe los aires por este plato y dice que por un estofado haría traicion á la Francia, ¡à su querida Francia!... pobre vejete mio. .

. . . . . .

Miéntras la portera se complacia en hacer esta digresion doméstica, Rodolfo se entregaba à tristes reflexiones.

La mujer desconocida, ya fuese ó no la marquesa de Harville, habia dudado largo tiempo y luchado consigo misma antes de conceder la primera y segunda cita, y asustada despues por los resultados de su imprudencia, un remordimiento saludable la habia impedido acaso cumplir sn promesa.

Rodolfo sintió una momentànea angustia al imaginar que la marquesa de Harville podia ser la heroina de esta triste aventura, pues como se verà mas adelante habia profesado à aquella jóven un tiernisimo afecto; pero su amor jamàs habia salido de los labios, porque queria al marques de Harville

como à un hermano. Preguntàbase à sí mismo porqué aberracion fatal podia ser sacrificado el marques de Harville, jóven de talento, amante, generoso y tiernamente enamorado de su mujer, à un ente tan despreciable y ridículo como el comandante. ¿Se habria prendado la marquesa únicamente de la bella figura de este hombre?

Ademas, Rodolfo sabia que la marquesa de Harville era una mujer de talento, afectuosa, de un carácter elevado, y cuya reputacion jamàs se habia manchado con el menor desliz en su conducta conyugal. Despues de haber hecho maduras reflexiones se persuadió que no podia ser la mujer de su amigo.

Luego que madama Pipelet terminó sus deberes culinarios volvió à continuar su coloquio con Rodolfo.

— ¿Quién vive en el segundo piso? — preguntó este à la portera. — La tia Quiromàntica mujer sin igual para echar los naipes. Lee en las rayas de las manos como en un libro, y vienen à verla muchas personas de cuenta para que les diga la buena ventura... gana mas plata de lo que pesa... pero tiene mas oficios que el de adivina. — En qué mas se ocupa? — Tiene como si dijéramos un *monte de piedad* — ¡Ah! ya entiendo la vecina del cuarto segundo da dinero sobre prendas. — Cabalito.. y menos caro que en el *monte público de piedad*... y con ménos embrollos, porque no hay que andar con esa multitud de papeletas, y reconocimientos, y números y contraseñas... nada de eso. Por ejemplo: le traeis una camisa que vale 3 francos y os presta 10 sueldos; al cabo de ocho dias os presentais con 20 sueldos... y sino se queda con la camisa. No hay cuentas mas sencillas y redondas... un niño las entiende. Es de ver las alhajas y prendas que le

traen; su cuarto parece un bazar. No lo creeriais si os dijese sobre que cosas presta algunas veces: yo la he visto prestar dinero sobre un loro... que juraba por cierto como un descosido.

— ¡Sobre un loro!... ¿pero qué valor?... — A eso voy, tened paciencia. El loro era muy conocido y pertenecia á la viuda de un cartero que vive aquí cerca en la calle de Santa Avoye, y se llama madama Herbelot, Como todos sabian que queria al lorito como á las niñas de sus ojos, la tia Quiromántica la dijo que la prestaria 10 francos sobre el animal, pero que si al cabo de ocho dias, á mediodia en punto, no le pagaba los 20 francos.. (con el rédito de ley eran 20 francos; ya veis que es cuenta redonda...) y ademas de los 20 francos los gastos de manutencion, daria sin remedio al pajarraco una ensalada de perejil sazonado con arsénico... Atemorizada con esta amenaza, madama Herbelot trajo á la Quiromántica los 20 francos al séptimo dia en punto, y se llevó su animalucho, que por cierto no hacia mas que echar blasfemias y sapos y culebras por el pico, de modo que mi Alfredo se ponia á veces colorado porque es la pura modestia... Nada tiene de estraño; su madre era monja y su padre cura párraco... ya sabeis que en tiempo de la Revolucion ha habido curas que se casaron con monjas... — Supongo que la tia Quiromántica no tiene otro oficio. — No tiene otro si se quiere: pero yo no sé que teje maneje trae á veces entre manos un cuartito retirado en que nadie entra, escepto Brazo Rojo y una vieja tuerta llamada la Lechuza.

Rodolfo miró con asombro á la portera.

Interpretando esta la sorpresa de su futuro huésped, le dijo:

— Es un nombre bien raro el de Lechuza ¿no

es verdad? — Sí por cierto. ¿ Viene con frecuencia esa mujer? — De seis semanas á esta parte solo la vimos entrar anteayer, y cojeaba un poco. — ¿Qué tiene que hacer con la tia Quiromántica? — Eso es lo que yo no entiendo; á lo ménos en lo que toca al teje maneje del dichoso cuarto en donde solo entra la Quiromántica con Brazo Rojo y la Lechuza. Solo he notado que la tuerta trae siempre un lio en el canastillo, y Brazo Rojo otro lio debajo de la capa, pero vuelven á salir sin nada. — ¿Sabeis qué contienen esos lios? — Ni poco ni mucho: lo único que sé es que hacen una batahola del diablo, porque cuando suben la escalera despiden un olor infernal de azufre, y de carbon y estaño derretido que apesta, y luego se oye soplar y resoplar como si fuese una fragua. Yo creo que son algunos ingredientes con que prepara sus brujerías la tia Quiromántica... por lo ménos así me lo dijo el señor Cesar Bradamanti que vive en el cuarto tercero. ¡Ese sí que es un sabio! Aunque italiano habla el francés como vos y como yo, solo que tiene un si es no es de acento extranjero: pero de todos modos es un sabio completo, que conoce todos los simples... y que saca dientes y muelas, no por el dinero... nada de eso, sino por el honor... Sí, señor, por el honor; así lo dice á todos los que quieren escucharle. Si teneis seis muelas malas os sacará los cinco primeras de valde... y solo os llevará dinero por la sesta. Y todo esto sin contar con los remedios que vende para todas las enfermedades, como fluxiones de pecho, catarros, y cuantos dolores hay. El mismo vende sus drogas en público y trae de aprendiz al hijo del arrendatario principal llamado el Cojuelo... Nos dice á veces que su amo se ha ido á comprar un caballo y un vestido encarnado para vender sus medicinas en

las plazas públicas, y que él, es decir el Cojuelo, se vestirá de trovador y tocará el tambor para llamar la atencion de los compradores. — Me parece harto modesto ese oficio para el hijo de vuestro principal arrendatario. — Su padre dice que quiere reducirlo á comer tronchos de berza, porque de otro modo acabaria en una horca... y á la verdad es el mico mas travieso y maligno que he visto en los dias de mi vida.. ya hizo mas de una travesura al pobre señor Cesar Bradamanti que es la misma nata de la honradez, y como curó à mi Alfredo de su reumatismo, le tenemos ambos en las tejillas del corazon. Pero hay jentes de tan mala lengua, que... no, no puede ser ; ¡solo el pensarlo me eriza los cabellos ! Alfredo dice que si fuese verdad, seria un caso de presidio.

— ¿Pero qué hay? — ¡Oh ! no me atrevo á decíroslo... no, nunca lo diré... — Bien, pues hablemos de otra cosa. — Porque, á fé de mujer honrada... decir cosas de este calibre á un jóven como vos... — Pues dejémoslo, madama Pipelet : no se hable del asunto. — En resumidas cuentas, como vais á ser nuestro huésped, mejor será decíroslo para que sepais que todo es una impostura. Y como estais en situacion de trabar amistad con el señor Bradamanti, si llegaseis á creer semejantes cuentos renunciarias á su amistad y compañía. Dícese que...

Y la vieja dijo en voz baja algunas palabras á Rodolfo, el cual hizo un gesto de disgusto y de horror.

— ¡Oh ! eso seria espantoso... — ¿No es verdad... si fuese cierto ? pero todo es murmuracion y malquerencia. ¿Ni cómo podria ser verdad de un hombre que ha curado el reumatismo de mi Alfredo y que os propone sacaros gratis cinco dientes de seis;

de un hombre que tiene sus certificados correspondientes de haber curado á no sé cuantos príncipes de Europa y que paga en la mano cuanto compra? ¡No! antes moriria que creer semejantes patrañas.

Mientras que madama Pipelet desahogaba su indignacion contra los calumniadores, pensaba Rodolfo en la carta dirigida á este charlatan, escrita en papel ordinario con letra grande y disfrazada y algo borrada por una lágrima; y en la carta dirigida á este hombre vió Rodolfo un drama terrible. Un presentimiento involuntario le hizo tener por verdaderos los rumores horribles que circulaban acerca del italiano.

—¡Ahí viene Alfredo!...—exclamó la portera: —él os dirá como yo que solo las malas lenguas pueden atribuir tales horrores al pobre señor Cesar Bradamanti, que le ha curado el reumatismo.

Monsieur Pipelet entró en la portería con aire grave y magistral; rayaba en los sesenta años, tenia enormes narices y era gordo, colorado y rechoncho como algunas figuras de los cuadros flamencos. En la cabeza llevaba un sombrero vetusto de copa baja y ala espaciosa.

Este enorme sombrero era tan inseparable de la cabeza de Pipelet como de la de su mujer la fantástica peluca que hemos descrito: de su viejo y ancho fraque verde se desprendian dos faldones colosales que casi llegaban hasta el suelo, y en las vueltas se veia relucir una costra asquerosa y grasienta. A pesar de su sombrero y del singular vestido, que no dejaba de tener cierto aire de etiqueta, M. Pipelet llevaba siempre consigo el modesto emblema de su empleo, cual era un delantal triangular de cuero, ceñido sobre un chaleco de tan diversos colores como la colcha abigarrada de la

M. Pipelet

cama de madama Pipelet. Saludó á Rodolfo con bastante afabilidad; pero en la sonrisa de este hombre habia cierta amargura, y se notaba una profunda melancolía en la expresion de su semblante.

— Alfredo, el señor quiere alquilar el cuarto y el gabinete del cuarto piso — dijo madama Pipelet presentando Rodolfo á su marido. — Hemos estado aguardando para beber juntos una copa del Burdeos que me ha hecho comprar.

Esta delicada atencion ganó desde luego la confianza de M. Pipelet, el cual llevó la mano al borde anterior del ala del sombrero, y dijo con voz de bajo digna de un sochantre de catedral:

— Os complaceremos como porteros, caballero, y vos nos correspondereis como inquilino.

Mas interrumpiendo de repente su salutacion, dijo con inquietud á Rodolfo:

— ¡Con tal que no seais pintor, caballero!... — No, soy dependiente de una casa de comercio. — Entonces me teneis á vuestras órdenes. ¡Felicito á la naturaleza por no haberos dispuesto para ser uno de esos monstruos de artistas! — ¡Monstruos los artistas! — exclamó Rodolfo.

Alfredo levantó las manos al cielo dando un gemido sordo é iracundo por única respuesta.

Habeis de saber que los pintores han emponzoñado la existencia de Alfredo, embruteciéndole como veis — dijo en voz baja á Rodolfo madama Pipelet; y luego continuó en tono mas alto y cariñoso: — Vamos, Alfredo, sé razonable y no pienses ahora en ese bribon... vas á ponerte malo y luego no podrás comer. — No, yo conservaré la razon y la serenidad — respondió M. Pipelet con dignidad, pero con aire triste y resignado. — Me causó grandes daños... ha sido por mucho tiempo mi perseguidor

y mi verdugo; pero ahora lo desprecio. ¡Los pintores! — añadió volviéndose á Rodolfo — ¡ah, caballero! los pintores son la polilla de una casa... su demolicion, su ruina. — ¿Habeis tenido por inquilino á algun pintor? — ¡Ah! sí, caballero, sí: hemos tenido uno — repuso M. Pipelet con amargura: — ¡un pintor que se llamaba Cabrion!

A pesar de su aparente moderacion el portero apretó convulsivamente los puños al pronunciar este nombre.

— ¿Era acaso el inquilino del cuarto que acabo de alquilar? — preguntó Rodolfo. — ¡Oh, no! el último huésped era un jóven recomendable y excelente llamado German de apellido; pero ántes de él habia ocupado el cuarto Cabrion. ¡Ah! desde que salió de casa ese infame Cabrion me ha vuelto loco, me ha embrutecido... — ¿Habeis sentido su marcha hasta el punto de?... — preguntó Rodolfo. — ¿Yo sentir á Cabrion? — repuso el portero lleno de estupor: — ¡sentir á Cabrion! Figuraos, caballero, que el señor Brazo Rojo tuvo que pagarle dos mesadas para hacerle salir de aquí, porque habia tenido la desgracia de hacerle una escritura de arriendo. ¡Qué infame bribon! No teneis idea de las horribles diabluras que nos ha hecho. Os hablaré de una sola para que juzgueis por ella de las demas: no hay instrumento de aire que no haya hecho cómplice de su endemoniada manía de incomodar á todos los vecinos... ni un solo instrumento, desde el cuerno inglés hasta el serpenton y el caramillo; y ha llegado su villanía hasta el extremo de tocar mal con toda intencion y repetir una misma nota por espacio de dos horas seguidas. Era cosa de volvernos locos. Se han hecho mas de veinte peticiones al señor Brazo Rojo para que echase á la calle aquel músico infernal, pero el amo solo

pudo conseguir que se marchase pagándole dos mesadas... ¿Qué os parece de este lance?... pagar mesadas á un inquilino, siendo él quien debiera pagar... pero no solo dos, sino tres y mas se le hubieran dado para que nos dejase libres. Por fin salió de casa... pero no vayais á creer que se acabaron con esto las diabólicas travesuras de Cabrion. A las once de la noche del dia siguiente estaba metido entre mis sábanas, cuando oigo á la puerta : ¡tan ! ¡tan ! ¡tan ! Tiro del cordon del pestillo, entra una persona, llégase á mi cuarto, y dice una voz: «Buenas noches, portero: ¿quereis tener la bondad de darme un mechon de vuestro pelo?» Mi muger al oir tal proposicion, me dijo: «Es alguno que se engañó en la puerta.» Y entonces dije al desconocido: «No es aquí; llamad á la otra puerta.» «Sin embargo este es el número 17. ¿No se llama Pipelet el portero de esta casa?» preguntó la voz. «Sí, le dije; ese es mi nombre.» «Pues bien, mi muy amado Pipelet, vengo á pediros un mechon de vuestro pelo para Cabrion ; es una idea que se le puso en la cabeza, y no hay remedio... quiere un rizo de vuestro pelo.»

M. Pipelet miró á Rodolfo, meneó la cabeza y cruzó los brazos con actitud académica.

—¡Ya lo veis, caballero!... venia á pedirme un mechon de mi pelo, á mí que soy su enemigo mortal... despues de haberme ofendido y ultrajado venia á pedirme un favor que no siempre conceden las enamoradas á sus mismos amantes... —¡Y al fin, si ese Cabrion fuera á lo menos un buen inquilino como el señor German!... —dijo Rodolfo con una seriedad imperturbable.— Aunque hubiese sido buen inquilino no le hubiera concedido yo el mechon de pelo — dijo con magestad el portero — porqué no está en mis principios ni en mis cos-

tumbres; pero en tal caso lo hubiera negado con urbanidad. — Pues no para en eso — dijo la portera: — figuraos, caballero, que desde aquel dia no hay mañana, ni tarde, ni noche, ni hora ninguna del dia en que el detestable Cabrion no nos envie un rosario continuo de pillos que vienen uno tras otro á pedir el rizo del pelo de mi marido... ¡y siempre para Cabrion! — Así es, caballero, — continuó M. Pipelet — que aunque hubiese cometido cien crímenes no tendria un sueño tan agitado como tengo. Dispierto á cada instante sobresaltado creyendo oir la voz de ese infernal Cabrion. Desconfio de todos; veo en cada persona un enemigo que viene á pedirme un mechon de mi pelo... he perdido mi acostumbrada amenidad y me he hecho mal encarado, sombrío, espantadizo y suspicaz como un malhechor... ese monstruo de Cabrion ha envenenado mi existencia.

Y M. Pipelet lanzó un profundo suspiro y caló el sombrero con tan desesperada energía, que parecia abrumado en aquel momento por todo el peso de su terrible infortunio.

— Ahora veo por que no quereis bien á los pintores — dijo Rodolfo; — pero á lo menos el buen carácter de ese German, de quien me habeis hablado, debió compensaros los disgustos que os causó Cabrion. — ¡Oh! sin duda... ese sí que es un jóven claro como el dia, servicial y nada petulante; alegre, pero de una alegría que no hace daño á nadie, y no es burlador ni insolente como ese abominable Cabrion, á quien Dios confunda por siempre jamas amen! — Vaya, calmaos, señor Pipelet, y no pronuncieis mas ese nombre. ¿Quién es el feliz propietario que posee ahora al jóven German, á esa perla de los inquilinos? — No lo sé, ni nadie sabe ni sabrá en dónde vive ahora el señor

German. Pero aunque digo nadie, debo exceptuar á la señorita Alegría. — ¿Quién es esa señorita Alegria? — preguntó Rodolfo. — Una modistilla, que vive en otro cuarto pared por medio del vuestro... — repuso madama Pipelet. — ¡Esa sí que es otro diamante!... paga siempre adelantado... tiene siempre su cuartito tan limpio y aseado, es tan amable y alegre con todo el mundo, tan gozosa y complaciente que parece un ángel del cielo... trabaja sin descanso, y hay semana que le sale por dos francos diarios... mas para eso tiene que desvelarse mucho la pobrecilla. — ¿Pero cómo es que solo la señorita Alegría sabe donde vive German—Cuando dejó la casa — repuso madama Pipelet — nos dijo: «No espero recibir cartas de nadie; pero si por casualidad llegase alguna, la entregareis á la señorita Alegria.» Y por cierto que es digna de su confianza, aunque las cartas sean del mayor interés. ¿no es verdad, Alfredo? — Lo cierto es que nada habria que decir de la señorita Alegría — dijo con sequeda del portero—sino hubiese tenido la debilidad de dejarse requebrar por ese infame Cabrion. — Con respecto á eso, Alfredo — repuso la portera — ya sabeis que es menester dar ácada uno lo que es suyo; aunque alegre y de buen humor, la señorita Alegría es tan honesta y morigerada como yo... y sino véase el cerrojo que tiene en su puerta. Es cierto que los vecinos del piso la visitan; pero eso depende del local y no de ella... ¡pobrecilla!... lo mismo decia del comisionista viajero que habitó en el cuarto antes de Cabrion, y lo mismo sucedió con el señor German despues que se ha marchado el detestable pintor. Repito que nada hay de malo en esto y que solo depende del local... la visitan la hablan, y nada mas...

— Por manera — dijo Rodolfo — que los inqui-

linos del cuarto que quiero alquilar tienen que visitar forzosamente á la señorita Alegría. — Sin remedio, caballero; nadie puede dispensarse de ser buen vecino suyo: y voy á deciros la razon. Siendo vecino de la señorita Alegría... como los dos cuartos solo están divididos por un tabique... y entre jóvenes ya sabemos lo que pasa; por ejemplo, con motivo de pedir luz, una brasita de fuego... un poquito de agua... Con respecto al agua puedo aseguraros que se halla siempre en el cuarto de la señorita Alegría; la tiene hasta con lujo, y parece que no puede vivir sin ella como los cisnes: cuando tiene un momento libre se pone á lavar los cristales y el mármol de la chimenea, de modo que su cuarto está siempre como una taza de oro... ya lo veréis... — De modo que el señor German, por consecuencia del local, segun decís, ha hecho muy buena vecindad á la señorita Alegría. — Sin duda ninguna, y en verdad que parecen nacidos el uno para el otro. Son tan bien parecidos, tan jóvenes que era una gloria el verlos bajar la escalera cuando iban á pasear juntos los domingos, porque este era el único dia de asueto que ambos tenian. Ella llevaba siempre un sombrerito sencillo y un vestido de á veinte y cinco sueldos la vara, que hacia por su mano, pero que le sentaba como á una reina; y él la acompañaba en traje de verdadero señor. — ¿No ha visto German á la señorita Alegría desde que salió de la casa? — No, señor; á ménos que la haya visto algun domingo, porque en los demás dias puedo asegurar que la señorita Alegría no tiene tiempo para pensar en ningun amante: se levanta á las cinco ó las seis de la mañana; y trabaja hasta las diez, y á veces hasta las once de la noche: no sale de su cuarto sino muy de mañana para ir á comprar las provi-

siones para sí y sus dos canarios, y por cierto que es bien poco lo que comen entre los tres. ¿Qué pensais que les hace falta para vivir? Dos sueldos de leche, un poco de pan, escarola, cañamones, algun panizo y agua clara; lo que no impide que los tres se diviertan, y canten y chillen, así ella como los pajarillos, que es una bendicion de Dios... y luego es tan buena y tan caritativa con lo poco que puede... es decir, á costa de su tiempo y de sus desvelos, porque trabajando como trabaja diez ó doce horas por dia, apénas gana lo justo para vivir... ¡Si vierais el afan, el desvelo con que la señorita Alegría y el señor German han cuidado vàrias noches de los hijos de unos infelices que viven en el desvan, y á quienes va á poner en la calle el señor Brazo Rojo ántes de tres dias!.., —¿Hay aquí alguna familia desgraciada?—¿Desgraciada, caballero? ¡Santo Dios! ¡ya lo creo!... Cinco chiquillos como ratoncitos, su madre en la cama moribunda, su abuela chocha, y para alimentarlos á todos un hombre que apénas prueba el pan trabajando como un negro toda la semana, á pesar de que es un obrero excelente... Tres horas de sueño cada dia, ahí está todo el descanso que toma.., ¡y qué descanso, Dios mio!... y luego lo dispiertan los hijos pidiendo pan, ó la mujer que se queja y gime en el lecho... ó la vieja idiota que ruje á veces como una loba, tambien de hambre... porque no tiene mas razon que una bestia... Cuando el hambre la acosa demasiado, entónces se la oye ahullar como un perro desde la escalera. —¡Oh, eso es horrible! —exclamó Rodolfo. —¿Y no hay quien socorra á esa gente? —Hacemos lo que se puede hacer entre pobres. Desde que el comandante me da 12 francos al mes por cuidarle el cuarto, hago un puchero

á esos infelices una vez cada semana, y á lo ménos toman una taza de caldo... La señorita Alegría se desvela algunas noches para hacer con desperdicios y retazos de tela algun vestidito para los chiquillos... El pobre señor German, que tampoco estaba muy sobrado, fingia á veces que recibia de su casa algunas botellas de buen vino... y Morel... (que así se llama el obrero) echaba entónces un par de tragos que le calentaban el estómago y le volvian el corazon á su sitio. — ¿Y el dentista no hace algo por esos infelices? — ¿Quién? ¿El señor Bradamanti?... — dijo el portero. — Es verdad que me ha curado el reumatismo, y por eso lo venero... pero desde entónces ya he dicho á mi mujer: «Pomona, mira... ese señor Bradamanti... no me da muy buena espina!...» ¿No te lo he dicho yo, Pomona? — Es verdad que me lo has dicho... — ¿Qué hizo Bradamanti? — Lo vais á ver: cuando hablé al señor Bradamanti de la miseria de la familia de Morel, porque se me habia quejado de que no le dejaban dormir en toda la noche los ahullidos hambrientos de la vieja idiota,. me dijo: «Puesto que son tan desgraciados, si necesitan de mí para sacarse las muelas, no les cobraré nada ni aun por la sexta.» — Madama Pipelet, — dijo Rodolfo — formó muy mala opinion de ese hombre. ¿Y ha sido mas humana la usurera? — Por el mismo estilo del señor Bradamanti, — dijo la portera: — les ha prestado sobre la ropa que tenian... Todo pasó á su poder, hasta el último colchon: bien es que nunca tuvieron mas que dos... — ¿Y ahora no los socorre?

— ¿La tia Quiromántica? ¡buenas trazas tiene! es tan *perra* en su clase como su amante en la suya; porque la tia Quiromántica y el señor Brazo Rojo... ¿no es verdad tú Pipelet?... — añadió la portera

con una guiñada y un movimiento de cabeza lleno de malicia.

¿De veras?—dijo Rodolfo.—Ya lo creo... ¡vaya si se adoran! El veranillo de San Martin es tan caliente como el otro ¿no es verdad tú, salado mio?

M. Pipelet caló un poco el sombrero con aire melancólico, y no dió otra respuesta. Rodolfo miró á la portera con menos repugnancia desde que esta manifestó un sentimiento de caridad hácia la familia miserable de las buhardillas.—¿Qué oficio es el de ese obrero?—Lapidario de piedras falsas, y cobra por piezas... y se ha estropeado con tanto trabajar; ya lo vereis... porque digan lo que quieran, un hombre no es mas que un hombre por mas que se desviva ¿no es verdad? Y cuando hay que ganar la pitanza para una familia de siete personas, sin contar consigo mismo!... La hija mayor le ayuda tambien en lo que puede, pero á nada llega el trabajo de los dos.—¡Qué edad tiene esa hija!—Diez y ocho años, y es linda como un sol; sirve de criada en casa de un viejo tacaño, y tan rico que puede comprar todo Paris: es un notario llamado Jaime Ferran.—el señor Jaime Ferran?—dijo Rodolfo sorprendido por esta nueva revelacion, porque de este mismo notario, ó á lo ménos de su ama de gobierno, debia obtener las noticias relativas á la Guillabaora:—¿es el mismo que vive en la calle de Sentier?—volvió á preguntar.—El mismo... ¿le conoceis?—Es notario de la casa de comercio á que pertenezco.

—Entónces debeis saber que es famoso usurero... pero fuera de eso es honrado y devoto; oye misa todos los domingos, celebra sus pascuas correspondientes y frecuenta mucho la confesion... no se roza mas que con clérigos, bebe el agua bendita

y devora la comunion... es un santo hecho y derecho... pero ¡caramba! avaro tambien si los hay, y tan duro como un pedernal para sí mismo y para los demas. Hace ya diez y ocho meses que sirve con él la pobre Luisa, hija del lapidario, que es humilde como un cordero, pero trabaja como un caballo... y solo gana 18 francos de soldada, ni mas ni ménos. La pobrecilla guarda 6 francos para sus menesteres y da lo restante á su familia. Siempre es alguna cosa; pero cuando hay siete personas á tirar de la hebra... — Mas con el trabajo de su padre, si es laborioso... — ¡Si es laborioso! jamás se emborrachó en toda su vida, y tiene el genio de un santo; estoy segura de que solo pediria á Dios por única recompensa de su vida arreglada el que hiciese durar los dias cuarenta y ocho horas á fin de ganar un bocado mas de pan para su conejera. — ¿Tan poco le produce su trabajo? — Se atrasó mucho con una enfermedad que le tuvo en la cama tres meses; su mujer perdió tambien la salud cuidándolo y se halla á los últimos en este momento. Durante los tres meses tuvieron que vivir con los 12 francos de Luisa, además de lo que sacaron del empeño de la ropa con la tia Quiromántica y de algunos escudos que les prestó la joyera para quien trabaja Morel. ¡Pero ocho personas! ahí está la mayor dificultad... ¡Y si vierais el agujero en que viven! Vaya, no hablemos de eso; hagamos ahora los honores á la comida que está convidando, y dejemos la tal zahurda, que solo con pensar en ella se me viene el estómago á la boca. Por fortuna el señor Brazo Rojo nos echará pronto de casa esa miseria... Aunque digo por fortuna, no se crea que la echo de soberbia ni que es por mala voluntad; sino porque debiendo ser desdichada la familia de Morel, y no pudiendo socorrerla nosotros,

lo mismo gana con ser infeliz aquí que en otra parte: y para nosotros siempre es un dolor ménos de corazon. —¿Pero á dónde irán si los echan de esta casa? —¡Qué diantres sé yo! —¿Cuánto ganará por dia ese pobre lapidario? —Si no tuviese que cuidar á su madre, á su mujer y á los hijos, ganaria de 3 á 4 francos, porque es un leon para el trabajo; pero como pierde en la casa las dos terceras partes del tiempo, lo mas que ganará serán unos 40 sueldos. —Es bien poco en efecto... ¡pobre gente! —Teneis razon en llamarles pobre gente... Pero hay en el mundo tantos pobres, que ya que nada podemos hacer por ellos debemos consolarnos de su afliccion y miseria... ¿no es verdad, Alfredo? Pero ya que hablamos de consuelo ¿no diremos algo á vuestra botella de tapa larga? —Francamente, madama Pipelet, lo que me habeis contado me oprimió el corazon: bebed á mi salud con el señor Pipelet. —Mil gracias por vuestra fineza —dijo el portero: —pero ántes de todo ¿queréis ver vuestro cuarto? —De lindo gusto, y si me conviene cerraremos el ajuste.

Salió el portero de su antro y Rodolfo salió trás él.

CAPITULO XXIV.

LOS CUATRO PISOS.

La escalera húmeda y sin luz parecia mas oscura en aquel dia de invierno. La entrada de cada uno de los cuartos tenia un aspecto particular.. La puerta del *comandante* estaba recien pintada de un color oscuro jaspeado de vetas claras, la cerradura tenia un boton reluciente de cobre dorado, y un elegante cordon de campanilla con borla de seda encarnada hacía un contraste singular con lo sucio y vetusto de las paredes.

La puerta del segundo piso, habitado por la usurera, ofrecia tambien un singular aspecto : un buho disecado, pájaro en extremo simbólico y cabalístico, estaba clavado por las patas y por las alas sobre el dintel, y un pequeño postigo con barras de hierro permitia reconocer ántes de abrir á los que llamaban.

La habitacion del empírico charlatan italiano, que al parecer ejercia un abominable oficio, se distinguia tambien por su extraña apariencia. Léiase su nombre en letras formadas con dientes de caballo, clavados en una especie de cuadro de madera negra colgado en la puerta. El cordon de la campanilla, en lugar de tener el clásico remate de una pata de liebre ó de cabrito, estaba atado á una mano de mico disecada, cuyos dedos y articulaciones

Bradamanti

parecian los de la mano de un niño, y tenian el aspecto mas repugnante y odioso.

En el momento en que Rodolfo pasaba por delante de esta puerta, que le pareció de siniestro agüero, creyó oir algunos sollozos sofocados; y poco despues resonó en el silencio de la casa un grito doloroso, convulsivo, horrible y como arrancado del corazon.

Rodolfo se estremeció.

Por un movimiento impremeditado y mas rápido que el pensamiento, corrió hacia la puerta y tiró con violencia del cordon de la campanilla.

—¿Qué es eso, caballero?—dijo el portero con sorpresa.—Ese grito...—dijo Rodolfo:—¿no habeis oido?—Sí, señor. Es sin duda alguna persona á quien el señor Bradamanti está sacando una muela... ó acaso dos.

Esta explicacion era verosímil, pero no satisfizo á Rodolfo. Aunque habia dado un violento tiron al cordel de la campanilla, nadie respondió por de pronto...

Oyóse el ruido que hicieron al cerrarse várias puertas; y luego vió Rodolfo confusamente por el vidrio de un tragaluz que habia detras de la puerta y en el cual tenia maquinalmente fija la vista, aparecer un rostro descarnado, pálido y cadavérico; una selva de cabellos rojos y canosos coronaban esta horrible cara, que terminaba en una barba larga del mismo color qué la caballera. Esta vision desapareció al cabo de un segundo.

Rodolfo quedó petrificado.

En el brevísimo tiempo que duró esta aparicion, creyó reconocer algunas facciones características de la cara de aquel hombre. Los ojos verdes, que brillaban como el agua marina bajo dos grandes cejas erizadas, la palidez livida, la nariz delgada,

saliente y encorvada como pico de águila, y cuyas ventanas dilatadas dejaban ver una parte de la cavidad nasal, le trajeron á la memoria un cierto Polidori, cuyo nombre habia maldecido Murph durante su coloquio con el baron de Graün. Aunque Rodolfo no habia visto á Polidori de diez y seis ó diez y siete años á aquella parte, tenia sin embargo mil razones para no olvidarse de él; pero lo que confundia sus recuerdos, lo que le hacia dudar de la identidad de estos dos personajes, era que el hombre á quien creia volver á encontrar bajo el nombre de aquel empírico de barba y cabellos rojos, era muy moreno. Si Rodolfo no estrañaba (suponiendo que sus sospechas fuesen fundadas) el ver á un hombre, cuyo raro talento y vasto saber le eran conocidos, reducido á tal punto de degracion y acaso de infamia, era porque sabia que aquella rara inteligencia y aquel vasto saber se aliaban con una perversidad tan profunda, con una conducta tan desordenada, con inclinaciones tan bajas y crapulosas, y especialmente con un desprecio tan cínico y brutal de los hombres y de las cosas, que este hombre, reducido á una miseria merecida, podria y aun quizá deberia buscar los medios de subsistencia mas deshonrosos, y sentir una especie de satisfaccion irónica al ejercitar las eminentes dotes de entendimiento y de ciencia que poseia en el empleo á que se habia dedicado. Pero repetimos que aunque se habia separado de Polidori en la flor de su edad y que este debia tener entónces la edad del charlatan, habia entre ambos personajes una diferencia tan notable, que Rodolfo no podia persuadirse de su identidad: sin embargo dijo á Mr. Pipelet:—¿Hace mucho tiempo que vive en esta casa el señor Bradamanti?—Hace cosa de un año... Sí, un año; vino por los alrededores de enero.

Es un inquilino completo, y me curó de un soberano reumatismo.

— Madama Pipelet me ha informado de ciertos rumores horrendos con respecto á él. — ¿ Os ha dicho Pomona...?—No temais nada que soy discreto. — Yo no creo ni creeré jamás esos rumores, porque mi pudor se resiste á creerlos — dijo ruborizado el portero subiendo delante de su nuevo inquilino al piso superior.

Determinado Rodolfo á aclarar sus dudas, cada vez mas y mas inclinado á interpretar de una manera lúgubre el horrible grito que habia escuchado, y haciendo firme próposito de asegurarse de la identidad de Polidori, cuya vecindad en la misma casa podia contrariar sus planes, fué subiendo tras el portero al piso superior en donde se hallaba el cuarto que queria alquilar.

La habitacion de la señorita Alegría contigua á la suya, era fácil de conocer por una delicada galantería del pintor enemigo mortal de Mr. Pipelet. Unos seis ú ocho amorcillos risueños, gordiflones y rubicundos, pintados con gusto y soltura, se agrupaban al rededor de una especie de velador y sostenian alegóricamente, el uno un dedal, otro un par de tijeras, este una plancha, el de mas allá un espejillo de tocador, y en medio del velador sobre un fondo azul celeste se leia en letras color de rosa: *La señorita Alegría, costurera.* Rodeaba este cuadro una hermosa guirnalda que resaltaba sobre el fondo verdegay de la puerta de la habitacion, la cual hacia un contraste singular con lo feo y oscuro de la escalera.

Rodolfo dijo señalando la puerta de la señorita Alegría, à riesgo de irritar las recientes heridas de Alfredo:

— Esto es sin duda obra del señor Cabrion. — Sí

señor; ha hecho la locura de hechar á perder la puerta con esa indecencia de chiquillos desnudos, que se le antojó llamar Amores. A no ser por los ruegos de la señorita Alegría, y por la debilidad del señor Brazo Rojo, ya hubiera yo raspado todo eso, lo mismo que aquella paleta rodeada de monstruos, tan montruos como el mismo autor que veis allí con un sombrero puntiagudo.

Efectivamente, en la puerta del cuarto que Rodolfo queria alquilar se veia una paleta rodeada de figuras estrañas y grotescas, cuya fantástica invencion hubiera hecho honor al mismo Callot.

Rodolfo entró con el portero en este cuarto que era bastante espacioso, estaba precedido por un pequeño gabinete y recibia la luz por dos ventanas que daban á la calle del Templo. En la segunda puerta habia tambien algunas pinturas fantásticas que habian sido respetadas por German. Rodolfo tenia hartos motivos para no dejar de alquilar desde luego este cuarto, y así es que dando al portero la modesta suma de dos francos, le dijo:

—Me agrada este cuarto y me conviene perfectamente: ahí teneis la señal y mañana enviaré los muebles... pero cuidado, no borreis esa paleta, porque tiene un mérito singular... ¿no es verdad?

—¡Ah, caballero! en todas mis pesadillas me persiguen esos monstruos con Cabrion á la cabeza... ¡contemplad el horror que me causarán!!—Ya veo que es compañía poco agradable. Pero decidme, ¿será menester que yo vea al señor Brazo Rojo, arrendatario principal?—No señor, porque solo viene aquí muy raras veces, y eso cuando tiene que hacer sus manganillas con la tia Quiromántica. Conmigo es con quien debeis entenderos directamente, y para eso solo tendréis que decirme vuestro nombre.

— Rodolfo. — ¿Rodolfo... de qué? — Rodolfo á secas, señor Pipelet. — Eso es otra cosa, caballero; os lo he preguntado tan solo por curiosidad: los nombres y las voluntades son libres. — Decidme, señor Pipelet ¿no deberé visitar mañana, como nuevo vecino que soy de la casa, á la familia de Morel, para ver si puedo servirla de algo ya que mi predecesor el señor German les socorria tambien con lo que podia? — No hay inconveniente, aunque lo cierto es que de poco les servirá, porque van á salir de casa; pero siempre tendrán en ello una satisfaccion: — y en seguida exclamó de repente Mr. Pipelet como si le hubiese ocurrido una idea súbita y mirando á Rodolfo con un aire sutil y malicioso: — ¡Ya entiendo, ya; eso es como si dijéramos querer empezar á introduciros en la buena amistad de la vecinita del lado! — Yo cuento con que así sucederá. — Nada tiene de particular, pues las gentes honradas se buscan y se encuentran sin novedad. Apostaria á que la señorita Alegría oyó que alguien habia subido á ver el cuarto, y en este momento se halla sin duda atisbando para vernos bajar. Yo haré ruido con la llave al cerrar la puerta; mirad con cuidado á la suya al pasar por el descanso.

En efecto, Rodolfo observó que la puerta tan graciosamente adornada de Amores se hallaba algo entreabierta, y creyó distinguir por la estrecha abertura la punta de una pequeña nariz color de rosa y un grande ojo lleno de viveza y curiosidad: pero como detuvo algo el paso, la puerta se cerró de repente.

— ¡Cuando yo os decia que habia de estar acechando!... — dijo el portero; y luego añadió: — Con vuestro permiso, caballero... voy á subir á mi almacen... — ¿Qué almacen? — La puerta que veis

en el descansillo que hay á lo último de esta escala es la del Desvan de Morel, y á un lado hay un agujero oscuro en donde meto mis cueros: el tabique está tan lleno de rendijas que cuando me hallo en mi agujero puedo verlos y oirlos como si estuviese con ellos... Esto no es decir que yo trate nunca de espiarlos... ¡Dios me libre!... todo lo contrario. Pero, con permiso, caballero; subo á buscar un pedazo de becerro... Si gustais ir bajando, luego llegaré á la portería.

Y Mr. Pipelet dió principio á una ascension harto peligrosa en su edad por la escala que conducia á los desvanes.

Echaba Rodolfo la última mirada á la puerta de la señorita Alegría pensando en que aquella jóven, antigua compañera de la pobre Guillabaora, conocia sin duda la morada del hijo del Maestro de Escuela, cuando oyó que alguien salia del cuarto del charlatan en el piso inferior: conoció por los pasos que era una muger y distinguió el ruido leve de un vestido de seda. Rodolfo se detuvo por prudencia.

Luego que no oyó ruido alguno siguió bajando la escalera.

Al llegar al segundo piso vió un pañuelo en los últimos pasos de la escalera y lo recojió: este pañuelo pertenecia sin duda á la persona que habia salido de la habitacion de Bradamanti. Acercóse Rodolfo á la estrecha ventana que daba luz al descanso, miró con atencion el pañuelo que estaba guarnecido con un magnífico encaje, y vió que en una de las puntas tenia bordadas las letras L. N. bajo una corona ducal.

El pañuelo estaba empapado en lágrimas.

El primer pensamiento de Rodolfo fué alcanzar á la persona que lo habia perdido para entregárselo,

mas reflexionó que este paso podia tener visos, en aquella circunstancia, de una curiosidad indiscreta: volvió á mirarlo y creyó hallarse de nuevo en vísperas de una misteriosa y quizá siniestra aventura. Al llegar al cuarto de la portera la dijo:

—¿No ha bajado ahora mismo una muger?—No, caballero... Es una hermosa *dama*, alta, delgada y cubierta con un velo negro: viene del cuarto del señor Bradamanti... El Cojuelo habia ido á buscar un coche, y la señora se ha marchado en él... pero lo que se me hace extraño es que el bribon del chicuelo se puso en la zaga del carruage, sin duda para saber á dónde se dirige esa dama, porque es curioso como un mico y vivo como una centella, á pesar de su pata coja.

Por manera, dijo para sí Rodolfo, que el charlatan sabrá el nombre y la morada de esa muger, si es cierto que ha mandado al Cojuelo que la siguiese.

—¿Qué tal, caballero; os gusta el cuarto?—Muchísimo; ha quedado por mí y mañana enviaré los muebles.—Bendita sea la hora en que habeis pasado por nuestra puerta, caballero. Tendremos un buen inquilino mas.—Así lo espero, madama Pipelet. Con que está convenido el que me servireis: mañana traerán los muebles, y yo vendré á ver como se colocan. Adios, madama Pipelet.

Rodolfo salió.

El resultado de su visita á la casa de la calle del Templo fué de bastante importancia, así para la solucion del enigma que deseaba descubrir como por lo que contribuiria á satisfacer la noble curiosidad con que buscaba las ocasiones de hacer el bien é impedir el mal.

Los resultados fueron los siguientes:

La señorita Alegría sabia necesariamente la nue-

va morada de Francisco German, hijo del Maestro de Escuela.

Una jóven, que segun todas las apariencias debia ser por desgracia la marquesa de Harville, habia dado al *comandante* una cita para el dia siguiente, la cual la perderia acaso para siempre... y hemos dicho ya que Rodolfo sentia el mas vivo interés por la tranquilidad y el honor del marqués de Harville, que parecian tan comprometidos.

Un artesano laborioso y su familia sumidos en la mas horrible miseria, iban á ser echados de la casa por Brazo Rojo;

Y por último Rodolfo habia descubierto involuntariamente el hilo de una aventura, cuyos principales autores eran el charlatan César Bradamanti (acaso Polidori) y una muger que parecia ser de la clase mas distinguida.

Además, la Lechuza reciensalida del hospital adonde habia ido despues de la escena de la calle de las Viudas, tenia relaciones sospechosas con madama Quiromántica, la adivina y usurera que habitaba el segundo piso de la casa.

Satisfecho de su indagacion se volvió á su casa de la calle de Plumet, dejando para el siguiente dia su visita al notario Jaime Ferran.

Hemos dicho ya que Rodolfo debia asistir aquella misma noche á un baile en la embajada de ***.

Antes de seguir los pasos de nuestro héroe en esta nueva escursion, diremos algo de Tomas Seyton y de Sarah, personajes importantes en esta historia.

La Condesa Sarah Mac-Gregor

CAPÍTULO XXV.

TOMAS Y SARAH.

Sarah Seyton, viuda del conde de Mac-Gregor, tenia entónces treinta y seis ó treinta y siete años, descendia de una familia ilustre de Escocia, y era hija de un baronet (a) que habia vivido siempre en sus posesiones rurales. Cuando salió de Escocia con su hermano Tomas Seyton de Halsbury à la edad de diez y siete años, era una jóven de rara y perfecta hermosura. Una vieja highlandesa (b) su nodriza, habia exaltado hasta demencia con absúrdas predicciones los dos vicios capitales de Sarah, cuales eran el orgullo y la ambicion, prometiéndola con increible y acérrima conviccion la suerte mas encumbrada en el porvenir. La jóven escocesa llegó á creer firmemente en el destino soberano con que la vieja nodriza habia halagado su orgullo, y desde entónces jamás dejó de acordarse, para corroborar su ambiciosa fé, de que una adivina habia pronosticado tambien una corona á la hermosa é ilustre criolla, que fué reina por su bondad y su gracia, como otras lo son por la grandeza y la magestad.

(a) Baronet es el título hereditario ménos honorífico en Inglaterra: es inferior al de *baron* y superior al de *knight* (caballero).

(b) Se llama en Escocia *highlanders* (montañeses) à los habitantes de la parte mas elevada y montuosa del país.

Seyton, que era tan supersticioso como su hermana, alentaba su vana esperanza y habia resuelto consagrar su vida á la realizacion del sueño deslumbrador é insensato de Sarah. Sin embargo, ni uno ni otro eran bastante ciegos para creer rigorosamente en la prediccion de la montañesa y para aspirar á un trono de primer órden, con exclusion de los cetros secundarios: de ninguna manera: la ambicion de ambos se satisfaria y acabarian sus dias tranquilamente si la hermosa escocesa llegaba á ceñir su imperiosa frente con una corona soberana. Con arreglo al *Almanaque de Gotha* para el año 1819, formó Seyton ántes de salir de Escocia una especie de tabla sinóptica por órden de clases y edades, de todos los príncipes soberanos de Europa reinantes á la sazon y en disposicion de casarse.

Aunque absurda la ambicion de los dos hermanos, estaba libre de toda mancha de infamia. Seyton debia urdir con su hermana la trama conyugal en que se prometia enredar á alguna testa coronada, tomando parte en todas las asechanzas é intrigas que pudiesen conducir á este resultado; pero ántes hubiera muerto á Sarah que verla unida por el amor á ningun príncipe, sin esperar con seguridad un casamiento *reparador*.

La especie de inventario matrimonial practicado por Tomas y Sarah con arreglo al *Almanaque de Gotha*, satisfizo á los dos completamente, pues hallaron en la Confederacion Germánica un copioso catálogo de príncipes jóvenes, herederos presuntivos del poder soberano. Seyton no ingnoraba la felicidad con que se hacia en Alemania el casamiento llamado *de la mano izquierda*, casamiento legítimo sin embargo, y al cual se resignaria en último caso solo por el engrandecimiento de su

hermana. Así resueltos los dos, salieron para Alemania con objeto de dar principio á sus operaciones.

Si á alguno pareciesen improbables estos planes insensatos, diremos que una ambicion desenfrenada y exagerada por creencias supersticiosas, atiende poco á la razon de los fines que se propone conseguir, y aspira casi siempre á lo imposible: ademas, si traemos á la memoria algunos hechos contemporáneos de esta clase, desde el casamiento desigual de algunos soberanos con sus súbditas, hasta la odisea representada por miss Penélope con el príncipe de Capua, no podremos negar alguna probabilidad de buen éxito á imaginaciones como la de Seyton y de Sarah. Debemos añadir que esta unia á su maravillosa hermosura, al talento mas raro, y á todas las apariencias de un natural generoso, ardiente y apasionado, un aire seductor, tanto mas peligroso porque abrigaba un espíritu indiferente, duro y maligno, un disimulo profundo y un carácter absoluto y obstinado.

Su organizacion física era tan falaz y traidora como su moral. Sus grandes ojos negros, ya lánguidos ya llenos de fuego, podian fingir los mayores accesos de voluptuosidad... y sin embargo su corazon de hielo no sentia jamas la ardiente llama del amor: nada podia sorprender el corazon ni los sentidos ni alterar el frio cálculo de esta mujer astuta, egoista y ambiciosa. Por consejo de su hermano no quiso empezar desde luego sus empresas al llegar al continente, y resolvió quedarse algun tiempo en Paris con objeto de perfeccionar su educacion y de suavizar su aspereza británica en una sociedad llena de elegancia, de seduccion y de una libertad de buen gusto. Sarah

consiguió introducirse en la mejor sociedad con el ausilio de algunas cartas de recomendacion, y bajo la proteccion de la embajadora de Inglaterra y del viejo marques de Harville que habia conocido en Inglaterra al padre de Tomas y de Sarah.

Las personas falsas, frias y reflexivas adoptan con maravillosa prontitud el lenguaje y los modales mas opuestos á su carácter; y como saben que son perdidas si llega á descubrirse su verdadero fondo, adoptan necesariamente, por el mismo instinto de conservacion de que están dotadas, un disfraz moral y se transforman con la prontitud de un cómico consumado... Así es que al cabo de seis meses de residencia en Paris Sarah hubiera podida competir con la parisiense mas llena de gracia y talento, por el encanto de su alegría, la aparente ingenuidad de su trato y la sencillez seductora de su mirar casto y apasionado.

Creyendo ya á su hermana suficientemente *adiestrada*, partió Seyton para Alemania provisto de buenas cartas de recomendacion. El primer estado de la Confederacion Germánica que se hallaba en el itinerario de Sarah era el gran ducado de Gerolstein, asi designado en el diplomático é infalible *Almanaque de Gotha* para el año 1819:

Genealogía de los soberanos de Europa y de sus familias.

. . . . . .

« GEROLSTEIN.

« Gran duque: MAXIMILIANO-RODOLFO, en 10 de diciembre de 1764. Sucedió á su padre CARLOS-FEDERICO-RODOLFO en 21 de abril 1785. — Viudo en

enero de 1808, de LUISA-AMELIA, hija de JUAN-AUGUSTO, príncipe de BURGLEN.

«Hijo: GUSTAVO-RODOLFO, nacido en 17 de abril 1803.

«Madre: Gran duquesa JUDITH, viuda del gran duque CARLOS-FEDERICO-RODOLFO, en 21 de abril 1785»

Seyton habia inscrito con bastante juicio á la cabeza de su lista los mas jóvenes de los príncipes que deseaba tener por cuñados, creyendo que la juventnd era mas fácil de seducir que la edad madura. Ademas, los dos hermanos habian sido especialmente recomendados, como hemos indicado ya, al gran duque reinante de Gerolstein por el viejo marques de Harville, encantado como todos de Sarah, cuya belleza é ingenuidad natural no se hartaba de admirar...

Inútil es decir que el heredero presuntivo del gran duque de Gerolstein era GUSTAVO-RODOLFO, el cual tenia apénas diez y siete ó diez y ocho años cuando Tomas y Sarah fueron presentados á su padre. La llegada de la jóven escocesa ha sido un acontecimiento ruidoso en la córte alemana, tranquila, séria y patriarcal. El gran duque era el mejor de los hombres y gorbernaba sus Estados con firmeza, sabiduría y bondad paternal, de suerte que en ningun país del mundo se podria hallar una felicidad mas positiva que en su principado, cuya poblacion laboriosa, grave, sobria y religiosa representaba el verdadero tipo ideal del carácter aleman. Gozaban aquellos habitantes de una felicidad tan profunda, y vivian tan satisfechos de su envidiable condicion, que el gran duque habia tenido que recurrir muy poco á su ilustrado desvelo para preservarlos de la manía

epidémica de las innovaciones *constitucionales*. Con respecto á los descubrimientos modernos y á las ideas prácticas que podian ejercer alguna influencia saludable en el bienestar y en la moralizacion de su pueblo, el gran duque los conocia y los aplicaba, pues sus delegados cerca de las diversas potencias de Europa apénas tenian otra mision que la de informar á su señor del progreso de las ciencias y de las artes, bajo el punto de vista de pública utilidad.

Hemos dicho ya que el gran duque profesaba un tierno afecto y un agradecimiento sin límites al viejo marques de Harville, el cual le habia hecho imponderables servicios en 1815; y así es que á beneficio de la poderosa recomendacion del marques, Sarah Seyton de Halsbury y su hermano fueron recibidos con extraordinaria distincion en la córte de Gerolstein. Quince dias despues de su llegada la jóven escocesa habia penetrado con su profundo talento observador el carácter firme, leal y generoso del gran duque: y ántes de seducir al hijo, de lo cual no tenia la menor duda, resolvió prudentemente asegurarse del afecto del padre. A pesar de que este amaba tiernamente á su hijo, Sarah se convenció muy pronto de que el gran duque no prescindiria jamás de ciertos principios ni de las ideas que tenia acerca del deber de los príncipes, y que por consiguiente jamas consentiria en lo que miraba como una alianza tan desigual para la categoría de su hijo. Vió segun esto que un hombre de temple tan enérgico y que solo es afectuoso y bueno porque es firme y vigoroso, no cede jamas un punto de lo que se persuade que deroga su conciencia, su razon ó su dignidad.

Sarah estuvo á punto de renunciar à su empresa

viendo los inconvenientes casi imposibles que se ofrecian; pero al reflexionar que Rodolfo era muy jóven, y que todos elogiaban la dulzura, la bondad y la timidéz de su carácter, creyólo débil é irresoluto y persistió de nuevo en su atrevido proyecto.

Su conducta y la de su hermano fueron en esta ocasion una obra maestra de habilidad y sutileza.

La jóven escocesa consiguió atraerse el afecto de todos y en particular el de las mismas personas que pudieran envidiar su extraordinario mérito; y fingiendo una sencillez modesta, evitó la alarma que deberian excitar sus gracias y su belleza. Por tales medios llegó en muy breve tiempo á ser el ídolo no solo del gran duque, sino tambien de su madre la gran duquesa viuda Judith, que á pesar de sus noventa años amaba con ternura los encantos y la belleza de la juventud.

Varias veces intentaron salir de la córte Sarah y su hermano; pero el soberano de Gerolstein no quiso jamas permitirlo, y para asegurarse de la permanencia de los dos escoceses suplicó al baronet Seyton de Halsbury que aceptase el empleo, vacante á la sazon, de primer escudero, y á Sarah que no abandonase á la gran duquesa Judith, que no podria ya vivir sin ella.

Los ruegos del gran duque triunfaron por último de la simulada determinacion de Sarah y de Tomas, quienes aceptaron la brillante proposicion y se establecieron en la córte de Gerolstein un mes despues de su llegada.

Sarah, que conocia perfectamente la música y sabia la aficion que profesaba la gran duquesa á las antiguas obras de este arte, y especialmente á las de Gluck, estudió á fondo las de aquel ilustre profesor, y cautivó mas y mas el afecto de la anciana princesa con la paciencia inagotable y la

extraordinaria perfeccion con que cantaba aquellas piezas antiguas llenas de sencillez y de expresion.

Seyton desempeñó tambien su destino con la mayor aptitud. Conocia perfectamente la equitacion, era firme y ordenado en sus disposiciones, y así es que transformó completamente en breve tiempo el servicio de las caballerizas del gran duque, desorganizadas hasta entónces por la negligencia y la rutina.

Desde aquel dia fueron los dos hermanos el objeto principal del afecto y de los obsequios de la córte, porque la predileccion del príncipe lleva siempre consigo la estimacion de los súbditos. Sarah necesitaba ademas echar mano de toda su hábil seduccion para ganar muchos partidarios, si habia de llevar á cabo sus proyectos. Su hipocresía, revestida con las formas mas seductoras, cautivó facilmente á aquellos nobles alemanes, y el afecto general aumentó la excesiva benevolencia del gran duque.

Esta era la encumbrada situacion de los dos hermanos en la córte de Gerolstein, sin que nadie hubiese podido imaginar su designio con respecto á Rodolfo. Por una feliz casualidad habia salido este de la capital pocos dias antes de la llegada de Sarah, con objeto de pasar una revista militar acompañado de un edecan y de su fiel Murph; ausencia muy favorable á los proyectos de Sarah, pues le permitió disponer á su salvo los hilos de la trama sin que lo estorbase la presencia del príncipe, cuya admiracion hubiera dispertado acaso las sospechas del gran duque. Al contrario, en la ausencia de su hijo ni remotamente sospechaba que habia dispensado su intimidad á una jóven de rara hermosura, la cual sabia hacer alarde de sus gra-

cias seductoras é incomparables delante de Rodolfo á todos los momentos del dia.

Sarah no agradeció interiormente la tierna y generosa acogida y la noble confianza que le habia dispensado la familia soberana de Gerolstein.

Sabian los dos hermanos que debian introducir el luto y la discordia en aquella córte tranquila y feliz, mas no por eso desistieron un punto de sus designios. Calculaban con sangre fria el resultado probable de la cruel division que iban á sembrar entre un padre y un hijo, que habian vivido tan cordialmente unidos.

. . . . . .

Diremos ahora algunas palabras sobre los primeros años de Rodolfo. Como su complexion era bastante débil en la infancia, su padre hizo para sí el extraño raciocinio siguiente:

«Los nobles rurales de Inglaterra se distinguen generalmente por su robustez y salud. Estas ventajas se deben en gran manera á su educacion física, que es sencilla, ruda y agreste, y contribuye por lo mismo á desarrollar su vigor. Voy á sacar á Rodolfo del poder de las mujeres; y aunque su temperamento es delicado, puede ser que acostumbrándose á vivir como el hijo de un hacendado rural inglés (salvo algunos cuidados que se tendrán con él), se consiga fortalecer su endeble constitucion.»

Hizo pues el gran duque venir de Inglaterra un hombre digno y capaz de dirigir esta clase de educacion física, y sir Gualterio Murph, atletico ejemplar de los caballeros rurales del condado de York fué la persona encargada de tan importante mision. La direccion que dió á la enseñanza del príncipe fué en todo conforme á las miras del gran duque.

Murph y su discípulo habitaron por espacio de algunos años una quinta rodeada de campos y de bosques á pocas leguas de la ciudad de Gerolstein y en la situacion mas pintoresca y saludable. Rodolfo, libre de toda etiqueta y sin dedicarse mas que á trabajos agrícolas proporcionados á su edad, hacia una vida sóbria y varonil, y su único placer y distraccion eran los ejercicios violentos, la lucha, el pugilato, la equitacion y la caza. Con el aire puro de los campos y de los montes y bosques se trasformó su naturaleza y creció como una encina vigorosa: su palidez enfermiza dió lugar al brillante color de la salud, y aunque siempre fué esbelto y delgado, no por esto dejaba de vencer las mayores fatigas. La destreza, la energía y el valor suplieron en él la falta de potencia muscular, y así es que á la edad de quince años podia luchar victoriosamente con jóvenes de mucha mas edad que él.

Su educacion científica se resentia necesariamente de la preferencia dada á la educacion física: Rodolfo sabia muy poco, pero el gran duque pensaba con razon que para exigir mucho del espíritu es preciso que este se halle sostenido por una buena organizacion física. Las facultades intelectuales, aunque fecundadas algo mas tarde por la instruccion, ofrecen de este modo resultados mas prontos.

El buen Gualterio Murph no era un sabio, y así es que solo pudo comunicar á su discípulo los conocimientos primarios; pero nadie mejor que él podia inspirar á Rodolfo el sentimiento de lo justo, leal y generoso, ni infundirle mas horror hácia la bajeza, la infamia y la cobardía... Esta aversion y esta admiracion tan enérgica se arraigaron para siempre en el alma de Rodolfo; y aunque mas adelante conmovió violentamente estos principios de la tempestad de las pasiones, no pudo sin embar-

go arrancarlos del corazon... El rayo hiere y destroza el tronco de un árbol profundamente arraigado; pero la savia no deja por eso de nutrir sus raices, y mil ramas frondosas vuelven á brotar del mismo tronco que parecia seco y aniquilado.

Rodolfo debió pues á Murph, por decirlo así, la salud del cuerpo y la del alma, pues á tanto equivalia su robustez, su valor, su agilidad, y el amor á lo bueno y la aversion á lo malo que habia conseguido inspirarle su maestro. Luego que Murph terminó de un modo tan admirable su tarea, tuvo que volver á Inglaterra para el arreglo de graves intereses, y dejó por algun tiempo la Alemania con sumo disgusto de Rodolfo que le amaba tiernamente.

Asegurado ya el gran duque de la salud de Rodolfo, pensò seriamente en la instruccion de su querido hijo. Un cierto doctor llamado César Polidori, filosofo de gran reputacion, médico distinguido, historiador erudito, y hombre versado en las ciencias exactas y fisicas, obtuvo el encargo de cultivar el suelo v rgen y fecundo, tan bien preparado por Murph.

La eleccion del gran duque fué muy desgraciada en esta ocasion, ó por mejor decir fué cruelmente engañado por la persona que le presentó al doctor y lo hizo aceptar como preceptor del jóven prìncipe.

El doctor Polidori era sin duda el Mentor mas detestable que pudiera hallarse para dirigir la instruccion de un jóven. Impío, traidor, hipócrita, lleno de astucia y sutileza, ocultaba estos vicios y el escepticismo é inmoralidad mas espantosos bajo una máscara de austeridad filosófica: conocia profundamente á los hombres, ó por mejor decir solo habia estudiado las flaquezas y las pasiones mas degradantes de la humanidad.

Dejó Rodolfo con dolor la vida independiente y animada que hasta entonces habia hecho al lado de Murph, para ir á sepultarse entre los libros y someterse al ceremonial de la corte de su padre. Como era natural concibió desde luego una profunda aversion hácia el doctor. Cuando Murph se separó de su discípulo le comparó con un potro sin domar lleno de fuego y de soltura, sacado de los campos en donde vivia libre y gozoso, para sujetarle al freno y á la espuela y enseñarle á contener el ímpetu de su fuerza, que solo habia entónces en correr y saltar á su alvedrío.

Rodolfo declaró desde luego á Polidori que no sentia la menor inclinacion al estudio, que mas bien necesitaba ejercitar los brazos y las piernas, respirar el aire libre del campo, correr por los montes y quebradas, y que una buena escopeta y un buen caballo le parecian preferibles á los mejores libros del mundo.

El doctor esperaba hallar en el príncipe esta antipatía, y fué tanto mayor su satisfaccion al descubrirla, porque abrigaba miras tan ambiciosas como las de Sarah aunque de distinto género. A pesar de que el gran ducado de Gerolstein no era mas que un estado de órden inferior, Polidori se habia propuesto ser en él un segundo Richelieu, y preparar á Rodolfo para la categoría de los príncipes ociosos. Mas deseando sobre todo hacerse agradable á su discípulo y borrar á Murph de su memoria á fuerza de obsequios y condescendencias, ocultó al gran duque la repugnancia que manifestaba el príncipe al estudio, elogió su aplicacion y sus grandes progresos, y á beneficio de algunas preguntas concertadas de antemano con Rodolfo, pero que parecian improvisadas, entretuvo al gran duque (que

á la verdad no era muy letrado) en su ceguedad y confianza.

El desvío que el doctor habia inspirado á Rodolfo en un principio, se fué convirtiendo gradualmente en una familiaridad caballerosa por parte del príncipe, muy diferente de la séria y afectuosa adhesion que profesaba á Murph; y así es que se halló insensiblemente ligado á Polidori, aunque por causas inocentes, por los mismos lazos que unen á dos cómplices. Rodolfo debia despreciar tarde ó temprano á un hombre del carácter y de la edad del doctor, que mentia indignamente para encubrir la pereza de su discípulo. Polidori lo sabia: pero sabia tambien que si no se deja inmediatamente la compañía de seres corrompidos, es fácil acostumbrarse á su modo de pensar y á ver sin indignacion expuestos á la infamia y al escarnio los mismos objetos que merecian antes nuestra admiracion.

Ademas, era el doctor demasiado diestro para combatir de frente ciertas convicciones nobles de Rodolfo, que eran el fruto de la educacion de Murph. Despues de burlarse á su sabor de los groseros y vulgares pasatiempos en que su discípulo habia invertido los primeros años de su juventud, dispertaba el doctor, con un aire fingido de austeridad, la curiosidad del príncipe, é inflamaba su imaginacion pintándole con vivos y exagerados colores los placeres y la galantería que habian *ilustrado* los reinados de Luis XIV, del Regente, y sobre todo de Luis XV, que era el verdadero héroe de Polidori. Aseguraba al inocente jóven, el cual le escuchaba con funesta atencion, que la voluptuosidad mas excesiva, léjos de desmoralizar á un príncipe de ánimo elevado, le hacia mas clemente y generoso, por la simple razon de que nada predis-

pone tanto las almas generosas para el amor y la benevolencia como la felicidad. Luis XV el *Muy Amado* era segun él una prueba irrecusable de este aserto. «Y ademas (añadia el doctor) ¡cuántos hombres grandes de la antigüedad y de los tiempos modernos no se han consagrado al epicurismo, desde Alcibiades, Marco Antonio y César, hasta Mauricio de Sajonia, Condé y Vandoma!!!» Tales coloquios debian hacer un espantoso estrago en el alma vírgen y fogosa del príncipe; mas no fiándose el inicuo doctor en la autoridad de su palabra, traducia con elocuencia á su discípulo las odas en que Horacio exalta con espléndido ingenio y con el encanto mas seductor las delicias de una vida consagrada enteramente al amor y á la sensualidad mas exquisita.

Finalmente, el gozar siempre y gozar de todo era, segun el doctor, glorificar á Dios en la magnificencia de sus obras y en la eternidad de sus dones.

Estas teorías produjeron su fruto natural.

En medio de aquella córte metódica, virtuosa y acostumbrada por el ejemplo del soberano á los placeres lícitos y diversiones inocentes, Rodolfo pervertido por su maestro pensaba sin cesar en las noches deliciosas de Versalles, en las orgías de Choisy, en la voluptuosidad del Parque de los Ciervos, y aun imaginaba de cuando en cuando alguna aventura amorosa. El doctor no se habia olvidado de demostrar á Rodolfo que un príncipe de la Confederacion Germánica no podia tener mas pretensiones militares que la de enviar su contingente á la Dieta, y que ademas el espíritu del dia no era un espíritu guerrero. Pasar deliciosa y blandamente las horas en medio de mugeres y del esplendor del lujo; variar alternativamente de la

embriaguez de los placeres sensuales á las deliciosas recreaciones del arte; buscar á veces en la caza, no como un adusto Nimrod, sino como un sabio epicuriano, las fatigas transitorias que doblan el encanto de la pereza y de la negligencia... tal era, segun el doctor, la única vida posible de un príncipe, que hallase un primer ministro capaz de consagrarse con ardor á la grave y enojosa tarea de dirigir las riendas del Estado.

Rodolfo, al entregarse á suposiciones que nada tenian de criminales, porque no salian del círculo de las probabilidades fatales, se habia propuesto adoptar, cuando Dios llamase á juicio á su padre, la vida que Polidori le pintaba con tan vivos y alegres colores, y habia resuelto hacer su primer ministro á este hombre cuyo saber y talento cautivaban su admiracion, y cuya ciega complacencia habia llegado á agradarle.

Seria inútil decir que el príncipe guardó el mas profundo secreto acerca de la esperanza que abrigaba.

Sabiendo Rodolfo que los héroes predilectos de su padre eran Gustavo Adolfo, Cárlos XII y el gran Federico, (Maximiliano Rodolfo tenia el honor de pertenecer á la casa real de Brandeburgo), creia con razon que el gran duque, que tanta admiracion profesaba al carácter guerrero de aquellos reyes soldados, que jamas se quitaban las botas ni las espuelas, miraria como perdido á su hijo si lo creyese capaz de sustituir en su córte la gravedad tudesca con las costumbres desembarazadas y licenciosas del tiempo de la Regencia. Pasáronse de este modo diez y ocho meses.

Murph volvió de Inglaterra al cabo de este tiempo y lloró de gozo al abrazar á su antiguo discípulo Pasados algunos dias conoció el caballero inglés

la reserva y frialdad de Rodolfo y la ironía con que le hablaba de la vida ruda y agreste que habian hecho en el campo, sin poder descubrir el motivo de un cambio que tan profundamente le afligia. Seguro de la bondad natural del príncipe y llevado por un secreto presentimiento, creyó enfin que lo habia pervertido la perniciosa influencia del doctor Polidori, á quien aborrecia por instinto y á quien se propuso observar con el mayor cuidado. Este vió tambien con zozobra el regreso de Murph, cuya franqueza, penetracion y sano entendimiento temia y se fijó desde luego en el pensamiento de perderlo en el animo del príncipe. En esta misma época fueron recibidos Seyton y Sarah en la corte de Gerolstein con suma distincion, y Rodolfo salió tambien entónces como llevamos dicho, á hacer una escursion en los Estados de su padre acompañado de Murph.

El doctor no estuvo ocioso durante este viaje. Cualquiera diria que los intrigantes se conocen mutuamente por ciertos signos misteriosos, y que se observan de este modo hasta que un interes encontrado ó comun los induce á establecer entre sí una alianza ó una hostilidad declarada. Algunos dias despues de la llegada de Seyton y su hermana á la corte del gran duque, Polidori habia trabado ya estrechas relaciones con el escocés. El doctor confesaba con detestable cinismo que sentia una inclinacion natural y casi involuntaria hácia los hombres intrigantes, perversos y malvados, y decia que sin haber adivinado positivamente el objeto á que se dirijian Sarah y su hermano, les habia declarado una simpatía demasiado vehemente para dejar de creer que trajesen entre manos algun proyecto diabólico. Algunas preguntas de Sarah sobre el carácter y antecedentes

tes de Rodolfo, preguntas sin objeto para un hombre ménos sutil que el doctor, le revelaron la intencion de los dos hermanos; y lo que únicamente se le ocultó, fué el que las miras de la jóven escocesa fuesen tan honestas y elevadas. El doctor consideró pues la llegada de esta hermosa jóven como un acontecimiento afortunado; porque inflamada la imaginacion de Rodolfo con amorosas quimeras, Sarah debia ser la realidad encantadora de sus voluptuosos sueños, y ejerceria indudablemente una influencia, suprema en un corazon subyugado por el primer amor. Dirigir y utilizar esta influencia, y servirse de ella para perder á Murph, ha sido desde entónces el mas firme conato de Polidori. Como hábil especulador hizo conocer á los dos ambiciosos extrangeros la necesidad de contar con él, pues era el único responsable ante el gran duque de la vida privada del príncipe su hijo.

Sarah y su hermano comprendieron sin dificultad el ánimo del doctor, aunque no habian revelado á este su oculto disignio; y cuando volvió Rodolfo, unidos los tres por un interes comun, se habian ligado tácitamente contra el *squire*, á quien tenian por el enemigo mas formidable.

. . . . . .

Sucedió pues lo que debia suceder.

Rodolfo á su regreso se enamoró ciegamente de Sarah; á quien tenia que ver todos los dias. Sarah le declaró que correspondia á su amor, aunque preveia que este amor debia ocasionar grandes y violentos disgustos, y que no podrian ser jamas felices porque los separaba una fatal distancia. Segun esto encomendó á Rodolfo la mas profunda reserva á fin de no dispertar las sospechas del gran duque, el cual seria inexorable y los privaria de la única dicha á que podian aspirar, cual era la

de verse á todas horas. Rodolfo prometió ocultar su pasion é imitó el disimulo de la ambiciosa extranjera, la cual tenia demasiada confianza en sí misma para comprometerse ni revelar con ningun ademan su proyecto á los ojos de la córte; por manera que todos ignoraron el amoroso secreto durante algun tiempo. Mas luego que vieron los dos hermanos que habia llegado á su colmo la pasion desenfrenada del príncipe, que la exaltacion de su amor se hacia por instantes mas difícil de contener, amenazando por consiguiente descubrir todo el secreto, se decidieron por fin á dar el gran paso que tenian meditado. Así es que persuadido Seyton de que el carácter del doctor le disponia á admitir favorablemente toda proposicion que llevase el sello de la moralidad, le declaró que era ya indispensable unir á Rodolfo con Sarah por el matrimonio; añadiendo que en caso contrario saldria inmediatamente de Gerolstein; que Sarah correspondia al amor del príncipe, mas que prefería la muerte à la deshonra, y que solo podria determinarse á ser la esposa de S. A.

Esta proposicion llenó de estupor á Polidori, pues jamàs habia imaginado que llegase á tanto la audacia y la ambicion de Sarah. Parecíale imposible un casamiento tan rodeado de inconvenientes y peligros sin número, y dijo francamente á Seyton las razones que tenia para creer que el gran duque no consentiria jamás en tal union. Seyton admitió la importancia de estas razones; mas propuso como término medio que podria conciliarlo todo, un casamiento secreto que no se publicaria hasta el fallecimiento del gran duque reinante. Observó que Sarah pertenecia á una familia noble y antigua: y que esta union no carecia de ejemplares y antecedentes. Propuso

conceder al príncipe ocho dias para que se decidiese, pues habia determinado sacar à su hermana de la horrible incertidumbre en que se hallaba, y si era necesario renunciar al amor de Rodolfo, tomaria inmediatamente esta dolorosa resolucion.

No duró mucho la perplejidad del doctor luego que conoció la intencion de Sarah. Tres medios se le ocurrieron para salir del paso; à saber:

Descubrir al gran duque el proyecto de matrimonio; desengañar á Rodolfo de las intrigas y maniobras de Tomas y de Sarah; ó bien prestar todo el auxilio posible á este casamiento.

Pero advertir al gran duque, seria enajenarse para siempre la voluntad del heredero inmediato de su corona: desengañar à Rodolfo de las miras interesadas de Sarah, era exponerse à ser tratado por el príncipe del modo que tratan siempre los enamorados á los que tienen en poco el objeto de su pasion: y ademas la vanidad y el corazon del príncipe se resentirian de un modo peligroso para el doctor, al saber por este que sus títulos y su soberanía eran la causa única de las demostraciones apasionadas de Sarah.

Por el contrario, prestando su apoyo á este enlace, se unia á Rodolfo con los lazos de la gratitud mas profunda, ó à lo ménos por la mancomunidad de un acto peligroso. No dudaba que todo podia descubrirse y que en tal caso se espondría á la cólera del gran duque; pero una vez consumado el matrimouio, la union sería válida, la tempestad se disiparia, y el futuro soberano de Gerolstein se hallaria tanto mas ligado à Polidori, cuanto mayores fuesen los peligros á que este se habria expuesto por servirle. Reflexionó con madurez sobre estas alternativas, y se decidió por

último á servir á Sarah, aunque con la restriccion de que hablaremos mas adelante. El amor ciego de Rodolfo tocaba ya el último grado de vehemencia: exasperado por la contariedad y cada vez mas seducido por la habilísima escocesa, que fingia sufrir con ménos resignacion que él los inconvenientes insuperables que el honor y el deber oponian á su felicidad, sin duda no hubiera tardado muchos dias en hacer público alarde de su ciega pasion.

Así es que cuando el doctor le propuso el que alejase para siempre de sí aquella beldad irresistible, ó que se determinase á poseerla por medio de un matrimonio secreto, Rodolfo echó los brazos al cuello de Polidori, le llamó su salvador, su padre y su mejor amigo, y se hubiera casado en aquel instante si hubiese tenido á mano un templo y un sacerdote.

El doctor se encargó, como era de esperar, de arreglarlo todo.

Buscó un párraco y testigos, y la union se celebró en secreto (teniendo Seyton el mayor cuidado de que se ejecutasen escrupulosamente todas las formalidades) durante la ausencia que hizo el gran duque de la córte para asistir á una conferencia de la Dieta germánica. De este modo quedó realizado el pronóstico de la montañesa de Escocia: Sarah se casó con el heredero de una corona.

Sin apagar el fuego de su amor, la posesion hizo á Rodolfo mas circunspecto y calmó la violencia que hubiera podido comprometer el secreto de su pasion. Arreglaron de tal manera su conducta los dos jóvenes, protegidos ademas por el cuidado de Seyton y del doctor, que nadie pudo conocer la intimidad de sus relaciones.

Un suceso esperado por Sarah con impaciencia, convirtió muy pronto esta calma en una tempestad: Sarah conoció que era madre... Y entónces fué cuando descubrió á Rodolfo el fondo de sus pretensiones, que llenaron al príncipe de sorpresa y de asombro. Le declaró derramando un copioso y fingido llanto, que no podia soportar la opresion en que vivia, tanto mas insufrible en la situacion en que se hallaba. Dijo con firme resolucion al príncipe que en tales circunstancias era inevitable el revelar al gran duque todo el secreto, á quien debia Sarah el mas tierno cariño, lo mismo que á la gran duquesa viuda. Añadió que sin duda se indignaria al principio, pero que amaba tan ciegamente á su hijo, y que ella (Sarah) tenia tal confianza en el afecto que la profesaba el gran duque, que no dudaba que el enojo paternal se disiparia poco á poco, y que tendria entónces en la córte de Gorolstein la consideracion que la correspondia como madre que iba á ser de un hijo del heredero inmediato del gran duque.—Soy vuestra esposa ante Dios y los hombres—le dijo. —Dentro de poco tiempo no podré ocultar el estado en que me hallo, y no quiero avergonzarme de una situacion que tanto me lisonjea, y de la cual puedo gloriarme á la faz de todo el mundo.

La paternidad habia doblado el amor que Rodolfo profesaba á Sarah, y así es que el deseo de acceder á lo que le pedia, por un lado, y por otro el temor de irritar á su padre, introdujeron en su espíritu la inquietud mas espantosa. Seyton apoyaba la resolucion de su hermana.—El matrimonio es indisoluble—decia á su régio cuñado.—Todo lo que puede hacer el gran duque es desterraros de la córte, á vos y á vuestra esposa: pero os ama demasiado para tomar esta medida, y se re-

solverá á tolerar lo que no está ya en su mano impedir

Estas razones eran muy justas, pero no calmaron la ansiedad de Rodolfo. Por aquel tiempo tuvo que visitar Seyton por órden del gran duque várias yeguadas de Austria, y en esta espedicion debia invertir unos quince dias: salió pues, á pesar suyo, en el momento mas crítico para su hermana. Esta sintió su partida, al paso que no dejó de creerla oportuna, pues aunque la privaba de los consejos de una persona tan allegada, ponia á salvo á su hermano de la cólera del gran duque. Convínose pues con Seyton para informarlo de todo lo que ocurriese por medio de una correspondencia diaria que debian seguir en ciertas cifras, cuya clave tendria tambien Polidori. Esta precaucion da á entender que Sarah tenia que comunicar á su hermano algo mas que los secretos de su amor á Rodolfo. En efecto, la pasion que se habia encendido en el corazon del príncipe, no se habia comunicado al pecho glacial de esta mujer egoista, fria y ambiciosa: la maternidad solo ha sido para ella un nuevo medio de asegurar su influencia con Rodolfo, y no inspiró á su alma de bronce el menor sentimiento de ternura. La juventud, el amor vehemente, la inesperiencia de un príncipe que apénas habia salido de la infancia y á quien habia enredado pérfidamente en un laberinto de dificultades, no inspiraron el menor interes á esta mujer egoista, que en sus comuniciones secretas con Seyton se quejaba desdeñosa y amargamente de la debilidad de un adolescente, que temblaba delante del príncipe mas decrépito de Alemania, *del cual parecia que se habia olvidado la muerte*! Finalmente, esta correspondencia de los dos hermanos revelaba su egoismo interesado, sus cál-

culos ambiciosos, su impaciencia... acaso un conato de homicidio, y manifestaba la trama infernal que habia tenido por resultado el casamiento de Rodolfo. Polidori, por cuya mano pasaba esta correspondencia, interceptó una de las cartas de Sarah á su hermano: mas adelante diremos el objeto de este paso.

Algunos dias despues de la partida de Seyton se hallaba Sarah en una tertulia de córte de la gran duquesa viuda, y muchas de las damas concurrentes la miraban con sorpresa y hablaban bajo entre sí; circunstancia que no dejó de observar la gran duquesa Judith, que á pesar de sus noventa años tenia muy espertos los sentidos. Llamó á una de las damas de su servicio, y supo de este modo que todos hallaban ménos esbelteza y soltura que de costumbre en el cuerpo de la señorita Sarah Seyton de Halsbury. La anciana princesa adoraba de tal modo á su protegida, que hubiera respondido ante Dios de su virtud; é indignada por la malignidad de tan injuriosas sospechas, hizo un movimiento de hombros, y dijo en voz alta que se oyó del uno al otro extremo de la sala: — ¡Sarah, acercáos, hija mia!

Sarah se levantó.

Tuvo que atravesar todo el salon para acercarse á la princesa, que con la mejor intencion queria confundir con este solo hecho á los calumniadores, probándoles que el talle de su protejida no habia perdido un ápice de su finura y gentileza. Pero ¡ah! la enemiga mas pérfida de Sarah no hubiera discurrido en daño de esta lo que discurrió la excelente princesa. Cuando su protejida cruzó la sala fué necesario todo el respeto que inspiraba la gran duquesa Judith, para que no se levantase un murmullo de sorpresa y de indignacion. Las personas mé-

nos perspicaces notaron lo que Sarah *no queria ya* ocultar, aunque la seria fácil disimular aun el estado en que se hallaba; pero la ambiosa jóven queria hacer de él la mas clara ostentacion, á fin de obligar á Rodolfo á que declarase su matrimonio.

La gran duquesa no dió sin embargo crédito á la evidencia que tenia ante sus ojos, y dijo á Sarah en voz baja: —Querida mia, venís horriblemente vestida... vos que teneis una cintura tan fina... Vamos, estais desconocida esta noche.

. . . . . .

Mas adelante referiremos las consecuencias de este descubrimiento, que produjo grandes y terribles sucesos. Pero diremos ahora lo que acaso habrá adivinado ya el lector... á saber, que Flor de Maria era el fruto del matrimonio secreto de Rodolfo y de Sarah, y que ambos creian muerta á su hija.

. . . . . .

No habrá olvidado el lector que Rodolfo, despues de haber estado en la casa de la calle del Templo, volvió á la suya, y que aquella misma noche debia asistir al baile que daba la embajadora de ***. Seguiremos en este baile á S. A. R. el gran duque de Gerolstein, GUSTAVO RODOLFO, que viajaba en Francia con el título de *conde de Duren*.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Rodolfo.

Gran Duque de Gerolstein

NOTAS DEL PRIMER CAPITULO

1 *Pont-au-Change*; nombre derivado de los cambistas que hubo en otro tiempo à uno y otro lado del puente, y cuyas casas fueron demolidas en 1788. Une este puente la Cité con el muelle de la Megisserie.

2 Isla del Sena situada en el centro de Paris. Esta isla es la mayor de las cinco que ocuparon los habitantes primitivos de Paris. En ella hallò Julio Cesar establecidos à los *parisii*, de quienes es derivado el nombre moderno de toda la ciudad, à la cual y à otra isla inmediata se halla unida la Cité por los puentes de la Cité, Luis Felipe, Arcle, Notre Dame au Change, Neuf, Sain Michel, Pont du diable de l'Archeveché.

3 *Palais de Justice;* vasto y antiguo edificio, que sirviò de morada álos reyes de la primera dinastia. Los tribunales, en numeo de unos diez, ocupan el interior de este palacio: el tribunal supremo ò de *casacion*, celebra sus acuerdos en el gran salon del parlamento.

4 *Notre Dame;* la catedral de Paris. Victor Hugo ha hecho célebre en medio mundo este gótico edificio.

5 *Tapis-Franc* en el *argot* ò calò francés. En germania ó caló se llama *Tasquerr, tasca, la que desprivá*, etc.

TABLA DE LOS CAPITULOS.

DE LA PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I. La Tasca. . . . . Página. 1
II. La Figonera. 10
III. Historia de la Guillabaora. . . 24
IV. Historia del Churiador. . . . 41
V. La Prision. 54
VI. Tomás Seyton y la condesa Sarah.. 63
VII. La Bolsa ó la Vida. 70
VIII. El Paseo. 76
IX. La Sorpresa. 86
X. El Deseo. 94
XI. Murph y Rodolfo. 109
XII. La Cita. 126
XIII. Preparativos. 139
XIV. El Corazon Sangriento. . . . 145
XV. La Cueva. 154
XVI. El Enfermero, ... 159
XVII. La Pena. 175
XVIII. La villa de Ile-Adam. 189
XIX. La Recompensa. 195
XX. La Partida. 204
XXI. Indagaciones. 208
XXII. Historia de David y de Cecilia. 227
XXIII. La casa de la calle del Templo. 239
XXIV. Los Cuatro pisos. 270
XXV. Tomás y Sarah. 279

AVISO AL ENCUADERNADOR.

PARA LA COLOCACION

DE LOS GRABADOS DE LA PRIMERA PARTE.

La Tasca. en frente de la página. 9
El Churiador. 12
El Maestro de Escuela. 57
La Lechuza. 58
Flor de María. 83
Rodolfo en el llano de San Dionisio. 94
Gualterio Murph. 109
Brazo Rojo. 145
El Doctor negro. 159
El Castigo. 175
El Baron de Graün. 208
Madama Pipelet. 239
Monsieur Pipelet. 258
Bradamanti. 270
La condesa Sarah Mac-Gregor. 279
Rodolfo, gran duque de Gerolstein. 302

LOS
MISTERIOS DE PARÍS.

TOMO SEGUNDO.

LOS

MISTERIOS DE PARIS,

REVISADOS Y CORREGIDOS POR SU AUTOR

Mr, Eugenio Sue,

EDICION POPULAR

Adornada con CIEN láminas

Y PUBLICADA POR LA

EMPRESA DEL BARCELONÉS.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA:

Imprenta de Saurí, A. Gaspar y Berdaguer.

—

1845.

LOS

MISTERIOS DE PARIS.

CAPÍTULO I.

EL BAILE.

A las once de la noche abria un suizo con gran librea el portal de una casa de la calle de Plumet, para dar salida á una magnífica berlina azul tirada por dos grandes y hermosos caballos: sobre el ancho pescante ricamente adornado con guarniciones de seda, iba sentado un enorme cochero, que parecia aun mas abultado con una gran pelliza azul de cuello largo forrado de pieles de marta, y galoneada de plata por todas las costuras. En la zaga iba de pié un lacayo de gigantesca estatura con librea azul, y á su lado un cazador de enormes bigotes, cubierto de insignias y galones como un tambor mayor, con un sombrero de franja ancha, medio cubierto por un penacho de plumas azules y amarillas.

Los faroles daban una luz clarísima que descubria el interior del carruage forrado de raso, en donde se veía á Rodolfo sentado, con el baron de Graün á su izquierda, y Murph en la delantera.

Por deferencia hácia el soberano á quien representaba el embajador en cuya casa era el baile, lle-

vaba Rodolfo la placa de la órden de *** guarnecida de brillantes.

Sir Gualterio Murph y el baron de Graün llevaban al cuello la banda de la gran cruz de comendador del *Aguila de Oro del Gerolstein*. El diplomático llevaba ademas á la altura de los dos últimos ojales del vestido un pasador de oro, del cual pendian innumerables cruces de todos los paises.

— Tengo el mayor placer — dijo Rodolfo — con las buenas noticias que la señora Adela me ha dado de mi pobre protejida: la asistencia de David parece que ha mejorado notablemente su salud. Y ahora que hablamos de la *Guillobaora* — añadió sonriendo, — confesad, señor Gualterio Murph, que si alguna de vuestras conocidas de la Cité os viese con ese disfraz... no volveria en sí del pasmo en cuatro horas. — Creo, monseñor, que V. A. R. causaria la misma sorpresa si tuviese la humorada de hacer esta noche una visita en la calle del Templo á madama Pipelet, con intencion de disipar por un momento la melancolía de su marido... víctima del infernal Cabrion. — Monseñor nos ha pintado ese Alfredo tan á lo vivo, con su aire doctoral y su sombrero inamovible — dijo el baron, — que me parece que le estoy viendo en su cuarto oscuro y ahumado. Por lo demas, yo creo que V. A. R. se halla satisfecho de las indagaciones de mi agente secreto. ¿Ha satisfecho el deseo de V. A. esa casa de la calle del Templo? — Sí... — dijo Rodolfo; — y aun he descubierto en ella mas de lo que esperaba... — Y despues de un momento de silencio, que guardó para disipar la idea penosa que le inspiraban sus sospechas con respecto á la marquesa de Harville, siguió diciendo en tono mas alegre: — Ello es una puerilidad que apenas me atrevo á confesar; pero hay en estas aventuras una especie de

contraste que no deja de tener su mérito:... despues de haber brindado esta mañana á madama Pipelet con una botella de tapa larga y de haberle guardado la portería... hallarme convertido esta noche en uno de esos entes privilegiados que reinan *por la gracia de Dios* en este mundo sublunar... (Apesar de que aquí podríamos aplicar el cuento *del hombre que tenia cuarenta escudos*, y hablaba de *sus rentas* como un millonario) — añadió Rodolfo á manera de paréntesis alusivo á la corta extension de sus Estados. — Pero hay pocos millonarios, monseñor, que tengan una razon tan sana y admirable como el hombre de los cuarenta escudos — dijo el baron. — ¡Oh, querido Graün! sois un sabio: me engrandeceis á vuestro modo — repuso Rodolfo con ironía burladora, mientras que el baron miraba á Murph con el aire embarazado de un hombre que echa de ver demasiado tarde que ha dicho una tontería. — A la verdad — continuó Rodolfo — yo no sé, mi querido Graün, como agradeceros la buena opinion que teneis de mí, ni con qué lisonja he de pagaros vuestra adulacion. — Monseñor... os suplico que no se tome ese trabajo — dijo el baron, el cual se habia olvidado por un momento de que Rodolfo aborrecia la lisonja y se vengaba con burlas crueles del que se atrevia á adularlo. — ¡Qué decís, baron! yo no quiero ser menos que vos en prodigar obsequios: alabais mi entendimiento, y yo quiero ponderar el mérito de vuestra inimitable persona; porque, palabra de honor, baron, lo mas que representais son unos veinte años de edad, poco mas ó menos: la mejor estatua de Antinoo no tiene partes mas sobresalientes. — ¡Ah, monseñor... piedad!

— ¡Miradle, miradle, Murph, y decid luego si hay en el mundo un Apolo de formas mas esbeltas, mas elegantes y juveniles! — Perdonadme, mon-

señor : hacia ya tanto tiempo que no habia cometido la indiscrecion de alabaros... — Miradle con atencion, Murph: ¿ no veis aquel círculo celestial que sujeta los bucles de su preciosa cabellera negra?

— ¡Ah , monseñor ! ¡piedad , piedad! estoy arrepentido... — dijo el desgraciado diplomático con una especie de desesperacion cómica. (No se habrá olvidado el lector de los cincuenta años del baron, de su cabello canoso, crespo y empolvado, ni de su gran corbata blanca , de su rostro enjuto y de su lente de oro.) — Perdonad al baron , monseñor; no lo abrumeis con el peso de tanta mitología — dijo Murph sonriendo : — Yo quedo responsable ante V. A. R. de que por mucho tiempo no volverá á proferir una lisonja , ya que así se llama la palabra verdad en el nuevo vocabulario de Gerolstein.

— ¿ Tambien tú , Murph? ¡ tambien tú te atreves... ! — Monseñor, me da compasion el infeliz de Graün, y quiero participar de su castigo. — Señor carbonero particular mio, os honra muchísimo ese tributo de generosa amistad. Pero hablemos serios, amigo Graün, ¿cómo habeis podido olvidaros de que solo permito la lisonja á Harneim y á otros de su jaez? porque, haciéndoles justicia, debemos confesar que tampoco sabrian hacer bien otra cosa: es el único ramo que han cultivado. ¡Pero un hombre de vuestro gusto y talento, baron !... vamos no lo concibo. — Pues bien, monseñor — dijo resueltamente el baron, — conozco bien la aversion que profesa V. A. R. á toda clase de lisonja, y nada es mas natural en un carácter serio y orgulloso: ahora quisiera decir únicamente dos palabras. — Eso es ménos malo, baron: vamos, esplicáos. — Eso, monseñor, viene á ser lo mismo que si una mujer hermosa dijese á uno de sus admiradores: « ¡ Vaya una novedad! ya sé que

gusto á todos: y esa aprobacion me parece vana y fastidiosa. ¿A qué fin insistir en la evidencia? ¿Se le ha ocurrido jamas á nadie el ir gritando por las calles en un dia de buen sol, para que todo el mundo lo sepa, que el sol es resplandeciente? — Eso es mejor dicho, baron, aunque es mas peligroso; y así para variar vuestro suplicio, os confesaré que el infernal Polidori no hubiera discurrido mejor para ocultar el veneno de su adulacion. — Callaré, monseñor. — Por manera que V. A. R. — dijo Murph con seriedad — no duda que Polidori sea esa misma persona que vive en la calle del Templo. — No tengo la menor duda, puesto que ya sabeis que se halla en Paris hace algun tiempo. — Me habia olvidado, monseñor, de hablaros de él, ó por mejor decir no habia querido hacerlo, — dijo Murph—con aire apesarado — porque no ignoro que V. A. R. aborrece la memoria de ese hombre.

El semblante de Rodolfo volvió á tomar un aspecto sombrío: entregóse de nuevo á tristes reflexiones y guardó silencio hasta el momento en que el coche se detuvo delante del pórtico de la embajada.

Estaban iluminadas todas las ventanas de este grande edificio: una hilera de lacayos vestidos de gran librea se extendia desde el portal hasta los salones de descanso, en donde se hallaban los ayudas de cámara.

El conde y la condesa de *** habian permanecido en el primer salon de recibimiento hasta la llegada de Rodolfo, que entró por fin seguido de Murph y del baron de Graün.

Rodolfo tenia entónces treinta y seis años, pero aunque se acercaba ya á la época en que empieza á declinar la vida, la perfecta regularidad de sus

facciones y la dignidad afable que distinguia su persona, lo hubieran hecho muy notable. aun cuando su augusta estirpe no realzase estas cualidades. Era efectivamente un príncipe en todo el sentido ideal de la palabra.

Rodolfo iba vestido con sencillez; llevaba una corbata y un chaleco blancos; y un frac azul abotonado, en el cual brillaba la magnífica placa de diamantes, ceñia su elegante talle. Un pantalon ajustado de casimir negro dejaba ver su pié pequeño y perfectamente formado.

El gran duque frecuentaba tan poco la sociedad, que su llegada no pudo ménos de ocasionar cierta sensacion: fijáronse en él todas las miradas al momento que entró en el primer salon de la embajada acompañada de Murph y del baron, que ocupaban su lugar detras de él. Un secretario encargado de advertir su llegada, avisó inmediatamente á la condesa de***, y esta con su marido se adelantó hácia Rodolfo y le dijo:—No sé como expresar á V. A. R. mi agradecimiento por el favor que se digna dispensarnos hoy.—Ya sabeis, señora embajadora que tengo siempre el mayor gusto en haceros la corte y en dar pruebas de mi afecto al señor embajador; porque nosotros somos conocidos antiguos, señor conde.—Ya que V. A. R. se digna recordármelo, me da un nuevo motivo para no olvidarme jamas de su bondad.—Os aseguro, señor conde, que no es culpa mia el que no pueda olvidar ciertos recuerdos, tengo la felicidad de no acordarme sino de aquello que me es muy agradable.—Pero V. A. R. tiene una memoria maravillosa —dijo sonriendo la condesa de***,—¿No es verdad, señora condesa? Por eso espero tener el gusto de recordaros de aquí á muhos años este dia, como tambien el gusto delicado y exquisita elegancia de

Rodolfo en el Baile.

este baile; porque hablando francamente, señora condesa, no hay quien compita con vos en saber dar estas funciones.—¡Monseñor!... — Y no solo eso: decidme sinó ¿porqué me parecen siempre mas hermosas las mujeres en vuestra casa que en otro sitio alguno?—Será sin duda porque V. A. R. se digna mirarlas con la misma indulgencia que nos dispensa á nosotros—repuso el conde.—Permitidme, señor conde, que no admitia vuestra opinion: yo creo mas bien que eso depende absolutamente de la señora embajadora.—¿Tendrá V. A. R. la bondad de explicarme ese prodigio?—dijo la condesa sonriendo.—Nada mas sencillo, señora recibís á todas estas damas con una urbanidad tan encantadora y una gracia tan singular, y hablais á cada una de un modo tan seductor, que las que no merecen.. es decir, que no merecen enteramente vuestro lisonjero obsequio—dijo Rodolfo con una sonrisa maliciosa—se llenan de la mayor satisfaccion y alegría; al paso que las que lo merecen sienten la misma satisfaccion, porque conocen cuan justo es vuestro aprecio: la dicha que les comunicais hace seductoras á las que ménos podrian serlo sin vos; y he aquí, señora condesa, la razon por que las mujeres parecen siempre mas hermosas en vuestra casa que en parte alguna... Estoy seguro de que el señor embajador es de mi misma opinion. —Las razones de V. A. R. son tan poderosas que no pueden ménos de convencerme.—Y yo, monseñor dijo la condesa de***—á riesgo de parecerme algo á esas hermosuras que no merecen *enteramente*... mi obsequio lisonjero, acepto la explicacion de V. A. R, con la misma gratitud y placer que si fuese una verdad...—Para convenceros, señora condesa, de que nada hay mas real y verdadero que lo que he dicho, vamos á observar el efecto

que produce la lisonja en las fisonomías... —¡Ah, monseñor!... esa seria una prueba horrible—dijo riendo la condesa. — Transijo, transijo, señora embajadora; renuncio á mi proyecto, pero solo bajo una condicion, cual es la de que me permitiréis ofreceros mi brazo por un momento... Me han hablado de vuestro jardin de invierno como de una cosa admirable: ¿ tendréis la bondad de enseñarme esa maravilla de las *Mil y una Noches*? — Con el mayor placer, monseñor... pero V. A. R. hallará exagerada la descripcion que le han hecho, á ménos que no tenga á bien mirarlo con su acostumbrada indulgencia...

Rodolfo dió el brazo á la embajadora y pasó con ella á los otros salones, miéntras que el conde hablaba con el baron de Graün y con Murph, de quienes era conocido hacia largo tiempo.

En efecto, nada pareció á Rodolfo mas ideal y encantado ni mas digno de las *Mil y una Noches*, que el jardin de que habia hablado á la condesa.

Figurémonos una larga y espléndida galería, que terminaba en un espacio al parecer abierto de cuarenta toesas de largo y treinta de ancho: un techo de cristales abovedado y de armazon sumamente lijera cubria este paralelógramo á la altura de unos cincuenta piés: los muros estaban cubiertos de una multitud de espejos, sobre los cuales se cruzaban las pequeñas mallas verdes de un espeso enrejadillo de junco, al través del cual reflejaban los espejos un laberinto infinito de puntos luminosos. A lo largo y á corta distancia de los muros corria una empalizada de naranjos y camelitas tan corpulentos como los de las Tullerías; los primeros cargados de fruto que brillaba como otras tantas manzanas de oro entre un follaje verde y

frondoso, y las segundas esmaltadas de flores encarnadas, blancas y color de rosa.

Esta era la circunferencia del jardin.

Algunas calles tapisadas de mármol que formaba un hermoso mosaico, y de ancho suficiente para dar paso á tres personas de frente, rodeaban seis espesos sotos de árboles de la India y de los trópicos, plantados en tierra arcillosa. Seria imposible pintar el efecto producido por esta vegetacion exótica y frondosa en medio de un baile y en el corazon del invierno. Aquí se veian unos plátanos gigantescos que casi llegaban á los cristales de la bóveda, y mezclaban sus grandes hojas verdes y lustrosas con las de los mangles cubiertos ya de grandes flores olorosas, de cuyo caliz en forma de campana, encarnado por fuera y plateado por dentro, salian con profusion ríquísimos estambres de oro: la palma de oriente, la palma americana, la higuera de la India y otros árboles altos y frondosos completaban estos magníficos grupos de vejetacion tropical, que á la luz artificial de la noche brillaba con el lujoso resplandor de la esmeralda.

El tejido sutil de la enredadera y otras plantas sarmentosas, saltaba de un árbol á otro por entre los naranjos y verdes sotos, ya en forma de un cordon recamado de hojas y flores, ya formando vueltas y espirales, ya enlazando sus lijeras ramas con la confusion mas intrincada, corria, serpenteaba y subia hasta lo alto de la bóveda: la madreselva con su flor blanquecina y amarilla, la trinitaria cubierta de innumerables flores azules, caian de la bóveda formando gurnaldas colosales, y volvian á subir enlazando sus brazos delicados á las ramas gigantescas de los alóes.

La ipecucuana y otras plantas de América y Asia, ostentaban el blanco y olorosp cáliz de sus flores y

esparcian un suave aroma por el ambiente; y por entre el aterciopelado follaje de la higuera india se deslizaban las franjas verdes del bejuco, cubiertas de campanillas de oro y plata. Mas allá subia y volvia á precipitarse, formando una especie de cascadas vegetales de diversos colores, una multitud infinita de tallos sarmentosos cargados de flores, con tal profusion que parecian otros tantos ramilletes colosales rodeados de algunas hojas de porcelana verde. El seto que rodeaba los grupos de árboles, se componia de brezo del Cabo, de tulipanes de Thol, de narcisos de Constantinopla, de jacintos de Persia, de pamporcinos y de íris, que formaban una especie de alfombra natural en la cual se confundian del modo mas expléndido todos los matices y colores.

Una multitud de faroles chinescos de seda trasparente, pálidos color de rosa y medio escondidos entre el follaje alumbraban el jardin. Seria imposible describir la luz misteriosa y suave qne resultaba de esta feliz combinacion; luz encantada y fantástica, pura y azulada como la de una hermosa noche de estío levemente coloreada por los rojos reflejos de una aurora boreal.

Conducia á este inmenso invernáculo, mas bajo que el primer suelo del edificio, una larga galería cubierta de adornos dorados, de espejos, de cristales y de luces. A lo último de este claustro luminoso se distinguian vagamente, como en un cuadro, los grandes árboles exóticos entre los dos pavellones de terciopelo carmesí, que bajaban en semicírculo por los dos lados de la puerta esterior. Esta puerta parecia una ventana abierta hácia un país magnífico y frondoso del Asia en una noche serena y crepuscular.

La galería, vista desde las glorietas del jardin

formadas de ramas y flores, presentaba un contraste inverso con la dulce oscuridad del invernáculo: parecia como una especie de neblina luminosa y dorada, en medio de la cual relucian y brillaban en ilusoria confusion los colores resplandecientes y variados vestidos de las mujeres, y el centelleo prismático de las joyas y diamantes.

Los sonidos de la orquesta, por la distancia y por el sordo rumor de la galería, espiraban melodiosamente entre las ramas inmóviles de los árboles. Un sentimiento involuntario impedia levantar la voz en este jardin, porque el aire templado, sutil y embalsamado por el suave olor de mil plantas arómaticas que en él se respiraba, adormecia los sentidos en una blanda y deliciosa quietud. Seria en verdad difícil el que dos amantes sentados en uno de los rincones sombríos de este paraiso, pudieran imaginar un cuadro mas delicioso para aumentar su felicidad.

Al llegar Rodolfo á este encantado Eden, no pudo contener una exclamacion de sorpresa, y dijo á la embajadora:

—A la verdad, señora, no hubiera creido posible tal maravilla; porque no solo veo aquí un gusto muy delicado, sino la poesía en accion: en vez de escribir como un poeta y de pintar como un gran pintor, habeis puesto por obra lo que ellos no serian capaces de imaginar.—V. A. R. es muy indulgente.—Confesad francamente, condesa, que el que fuese capaz de copiar con fidelidad este cuadro inimitable con la misma variedad de colores, con el tumulto deslumbrador de esa galería y este retiro tranquilo y silencioso, haria sin duda una obra admirable, solo con reproducir la vuestra.—Son tanto mas peligrosas las alabanzas de V. A. R., porque, como toda produccion del talento se deja

una seducir por ellas á pesar suyo. ¡Pero mirad, monseñor, qué hermosa jóven! Preciso es confesar que el mérito de la marquesa de Harville no puede ménos de brillar en todas partes. ¿Imaginais, monseñor, una gracia mas seductora que la suya? ¿Y no resalta aun mas su hermosura al lado de la severa belleza que la acompaña?

La condesa Sarah Mac Gregor y la marquesa de Harville bajaban en aquel momento los pocos escalones que separaban la galería del jardin de invierno.

El elogio que hizo la embajadora de la marquesa de Harville no era exagerado: no podríamos dar una idea justa de su rostro encantador, en el cual brillaba con todo su explendor la hermosura y la gracia juvenil, hermosura tanto mas singular y peregrina porque consistia mas bien que en la regularidad de sus facciones, en la dulzura inesplicable de una fisonomía que indicaba la bondad de su alma angelical... Repetimos la palabra *bondad*, porque esta calidad no predomina generalmente en la fisonomía de las jóvenes de veinte años, que como la marquesa de Harville reunen el ser hermosas, discretas y estimadas á las ventajas del nacimiento, de la riqueza y de un rango elevado. Asi es que á todos interesaba el contraste de su inefable dulzura con la aceptacion universal que disfrutaba.

Explicaremos nuestra idea.

La marquesa de Harville tenia demasiada dignidad y talento para buscar las alabanzas, pero agradecida tan sinceramente las que le prodigaban como si en realidad no las mereciese: los elogios la agradaban, pero no la envanecian; y como era tan indiferente á la adulacion como sensible á la benevolencia, sabia distinguir perfectamente la lisonja de la simpatia.

La Marquesa de Harville

Dotada de un espíritu recto y sutil, pero sin malignidad, perseguia sin piedad con sus burlas llenas de graciosa sal á esa chusma de necios enamorados de su propia persona, que, segun decia la marquesa, «pasan la vida mirándose con pueril complacencia al invisible espejo de su fatuidad.» Por el contrario, un carácter á la vez tímido y altivo estaba seguro de cautivar la simpatía de la marquesa de Harville.

Esta explicacion ha sido necesaria para la claridad de algunos hechos que referirémos luego.

Un suave carmin teñía apénas el cútis purísimo y deslumbrador de la marquesa de Harville; una multitud de rizos de un color castaño claro, jugaban sobre sus hombros redondos y tersos como un hermoso mármol blanco. Seria difícil de pintar la angélica bondad de sus grandes ojos pardos, circundados de largas pestañas negras. La mansedumbre indefinible de sus labios de púrpura, eran á sus ojos seductores como su voz afable y melodiosa á su mirada dulce y melancólica. Llevaba un vestido de encaje blanco guarnecido de rosas naturales y hojas del mismo arbusto, entre las cuales brillaban medio ocultos los diamantes, como gotas de un copioso rocio: una guirnalda de la misma clase ceñia su blanca y tersa frente.

La belleza especial de la condesa Sarah Mac Gregor hacia aun mas notable la de la marquesa de Harville. Aunque Sarah tenia treinta y cinco años, apénas representaba treinta. Nada es mas saludable para el cuerpo que la frialdad del egoismo, porque nada conserva tanto la frescura como el hielo... La *conservacion* de Sarah es una prueba de esta verdad.

El aspecto de Sarah era enteramente juvenil, si se exceptua cierta gordura que daba á su talle, mé-

nos esbelto que el de la marquesa de Harville, una gracia voluptuosa. Pocas miradas podian resistir el fuego de sus ojos ardientes y negros; su nariz era aguileña, y la configuracion de sus labios encarnados daba á conocer su carácter altanero, resuelto y orgulloso.

La condesa Mac Gregor llevaba un vestido de crespon pajizo claro con fondo del mismo color: una corona sencilla de hojas naturales de un verde esmeralda, ceñía su cabeza y hacía una admirable armonía con su abundante cabello negro como el azabache. Este peinado daba al perfil de Sarah un aire severo y anticuado.

Muchas personas creen descubrir en los rasgos y expresion de su propia fisonomía la vocacion que inevitablemente tienen que abrazar. El uno cree que su semblante es guerrero, y guerrea; el otro que es poético, y poetiza; otro que es conspirador, y conspira; otro que es predicador, y predica; otro, en fin, que sirve para la política, y se mete de hoz y de coz á gobernar los Estados... No sin razon creía Sarah que tenia un aire regio, y por eso no es extraño que habiese creido en los pronósticos medio realizados de la montañesa, y que persistiese en aspirar á un trono soberano.

La marquesa y Sarah habian visto á Rodolfo en el momento de bajar al jardin, pero el príncipe no dió la menor señal de haberlas visto.

. . . . . .

— El príncipe se halla tan embelesado con la embajadora — dijo la marquesa de Harville á Sarah — que ni siquiera nos ha visto. — No creais tal, amada Clementina — repuso la condesa que habia adquirido toda la confianza de la marquesa de Harville: — el príncipe nos ha visto muy bien, pero se asustó sin duda al verme... Aun no ha de-

La Muerte del Huracan

puesto el enojo. — Cada vez compréndo ménos ese empeño de alejaros de sí, á vos que sois su antigua amiga: mil veces le he echado en cara tan extraña conducta. « La condesa Sarah y yo somos enemigos mortales — me respondió con tono alegre en cierta ocasion: — he hecho voto de no volver á hablarla; y creed que este voto debe ser muy sagrado, cuando me priva del trato de una persona tan amable. » De suerte que, mi amada Sarah, aunque me pareció muy singular esta respuesta, tuve que contentarme con ella (a). — Os confieso francamente que ese enojo mortal, entre serio y alegre, es debido á causas inocentes; y á no ser porque se interesa en ello una tercera persona, hace ya mucho tiempo que os hubiera confiado ese gran secreto... ¿Pero qué teneis, prenda mia?... pareceis distraida. — No tengo nada... como hacia tanto calor en la galería, me ha dado un dolorcillo de cabeza: sentémonos un momento aquí y me serenaré descansando. — Sí, teneis razon. Justamente, aquí está un sitio bien obscuro, y no os descubrirán en él esos curiosos á quienes vuestra ausencia va á desolar... — dijo Sarah, acentuando las últimas palabras.

Sentáronse las dos jóvenes en un sofá.

— Yo he dicho *esos* curiosos á quienes vuestra ausencia va á desolar, mi amada Clementina... ¿no hallais oportuna mi observacion?

La marquesa se sonrojó y bajó la cabeza sin responder.

— ¡Cuán injusta sois, Clementina! — dijo Sarah en tono de reprension amistosa. — ¿No teneis

(a) Los amores de Rodolfo y Sarah y las consecuencias de este amor, que habian sucedido diez y siete ó diez y ocho años antes, de todos eran completamente ignoradas, pues Sarah y Rodolfo tenian igual interes en ocultarlas.

confianza en mí, querida niña? sí, niña; porque tengo edad suficiente para llamaros hija mia.— ¡Que no tengo confianza en vos! — repuso la marquesa con tristeza; — ¿no os he confiado lo que deberia ocultarme á mi misma? — Bueno, ya veo que entrais en razon... vamos, hablémos ahora de él: ¿habeis jurado hacerle morir de desesperacion?— — ¡Ah! — exclamó la marquesa con asombro: — ¡qué decis! — Aun no le conoceis á fondo, amada niña... es un hombre de extraordinaria energía y tiene en muy poco la vida. ¡Ha sido siempre tan desgraciado!... y vos parece que os complaceis en seguir atormentándolo. — ¡Dios mio! ¿hablais de veras? — Lo haceis acaso sin intencion, pero no por eso es ménos cierto. ¡Oh, si conocierais la sensibilidad de los que han padecido un largo y doloroso infortunio! Ahora mismo, hace un momento que he visto dos lágrimas en sus ojos.—¿Podré creer lo que decis? — No lo dudeis... en medio de un baile, y y exponiéndose á la burla mas cruel si por casualidad fuese observado. ¿Sabeis cuanto es preciso amar para sentir de ese modo.. y sobre todo para no poder disimular en público lo que se padece?...— ¡Ah! os ruego que mudeis de conversacion—dijo la marquesa de Harville con voz conmovida; — me haceis un daño horrible... Demasiado conozco esta expresion de dolor tan dulce y resignada... ¡Sí! la compasion que me inspira es sin duda lo que me ha perdido — añadió involuntariamente la marquesa de Harville. —¡Qué exageracion!... ¡perdida, decis, porque habeis cobrado algun afecto á un hombre tan discreto y reservado, que ni aun quiere visitará vuestro marido por no comprometeros ¿No conoceis que el señor Cárlos Robert es un hombre lleno de pundonor y de nobleza? Si tomo con tanto calor su defensa, es unicamente porque lo habeis conocido en mi casa y

porque se que os respeta tanto como os ama...-Nunca he negado sus nobles cualidades... ¡tanto bien me habeis dicho de él!.. Pero ya sabeis que su infortunio eslo que mas interes me ha inspirado:—Y confesad que merece y justifica ese interés. Y además ¿cómo queriais que un semblante tan admirable no fuese el retrato fiel de su alma? Su alta y hermosa figura me trae á la memoria las proezas de la antigua caballeria: le he visto una vez con uniforme de la guardia nacional, y seria imposible imaginar un aire mas cumplido y elegante. A la verdad, si la nobleza se midiese por la hermosura personal, en vez de ser simplemente Carlos Robert, llevaria sin duda los títulos de duque y de par. ¿No os parece que mereceria uno de los nombres mas distinguidos de Francia? — Ya debeis saber lo poco en que tengo la nobleza de nacimiento, puesto que me echais en cara mis inclinaciones republicanas — dijo sonriendo la marquesa de Harville. — Ciertamente, yo he creido siempre como vos que Carlos Robert no tenia menester de títulos para ser amable; ¡qué talento! ¡qué voz seductora! ¿os acordais del placer con que le oíamos en los conciertos privados que hacíamos de mañana? ¡Qué expresion de aquel primer duo que cantó con vos! ¡qué emocion!... — Vamos, os ruego seriamente que mudemos de conversacion — dijo la marquesa de Harville despues de un largo silencio. — ¿Porque? — Lo que acabais de decirme de su desesperacion me inquieta demasiado... — Es de temer que un hombre de su carácter intente en un exceso de pasion poner término con la muerte á... — ¡Oh, callad, callad si no quereis martirizarme! — dijo la marquesa de Harville interrumpiendo á Sarah: — ya se me habia ocurrido esa idea fatal... — Y despues de un rato de silencio añadió: — Os su-

plico que mudemos de conversacion... hablemos de vuestro enemigo mortal; del príncipe á quien no he visto desde hace tanto tiempo. ¿Sabeis que á pesar de su dignidad casi régia no he visto hombre alguno de mérito tan singular? — añadió en tono alegre la marquesa. — Sin embargo de mi republicanismo, no puedo ménos de preferirlo á casi todos los hombres que conozco.

Sarah dió de soslayo una mirada rencorosa y escrutadora á la marquesa de Harville, y dijo en tono jocoso:

— Confesadme, amada Clementina, que sois muy caprichosa. He observado en vos las alternativas mas singulares de admiracion y de aversion hácia el príncipe: cuando llegó á París, hace algunos meses, os prendasteis de él con tal fanatismo, que sea dicho entre nosotras, he llegado á temer por la paz de vuestro corazon. — Pero gracias á vuestro cuidado, — dijo la marquesa de Harville sonriendo — mi admiracion no ha durado mucho tiempo: habeis representado tan bien el papel de enemiga mortal del príncipe, y me habeis hecho tales revelaciones acerca de su vida y milagros, que la indiferencia, lo confieso, sustituyó á ese *fanatismo* que os hacia temer por la paz de mi corazon; paz que, por otro lado, no intentaba perturbar vuestro enemigo, porque poco tiempo despues de vuestras revelaciones el príncipe dejó de honrarme con sus visitas, aunque siguió viendo y tratando familiarmente á mi marido. — Ahora que hablais de vuestro marido ¿está aquí esta noche? — dijo Sarah. — No, se ha quedado en casa — respondió con algun embarazo la marquesa de Harville. — Parece que cada dia se va retirando mas de la sociedad. — Nunca le ha gustado mucho.

El Duque de Lucenay.

La marquesa estaba visiblemente inmutada: Sarah lo notó y siguió diciendo:

— La última vez que le he visto estaba mas pálido de lo que acostumbra. — Tuvo una lijera indisposicion... — ¿Queréis, mi amada Clementina, que os hable con franqueza? — Si, os ruego que me hableis con toda franqueza. — ¿Sabeis que cuando se habla de vuestro marido os conmoveis de un modo singular? — ¿Yo?... ¡Qué desatino! — A veces cuando se habla de él se lee en vuestro semblante, por mucho que lo disimuleis... ¡Dios mio! ¿cómo os lo esplicaré?... — y Sarah acentuó las palabras siguientes fijando la vista en Clementina como para leer en el fondo de su corazon:—Sí, vuestro semblante expresa una especie de... repugnancia tímida.

La quietud de las facciones de Sarah desafió por algunos momentos la mirada penetrante é indagadora de Sarah; mas esta observó por último un lijero temblor nervioso y casi imperceptible que agitaba el labio inferior de la jóven marquesa. No queriendo llevar adelante su indignacion por temor de inspirar alguna desconfianza á su *amiga*, procuró sacarla de la cruel situacion en que se hallaba diciéndola:

— Sí, una repugnancia tímida, como la que inspira de ordinario un marido adusto y zeloso.

Al oir esta interpretacion, cesó el movimiento convulsivo del labio de la marquesa de Harville, recobró mas serenidad, y repuso: — ¡Ah, no! os aseguro que d'Harville no es adusto ni zeloso. — Y luego, con objeto sin duda de buscar algun pretesto para interrumpir una conversacion tan enojosa, exclamó de repente: — ¡Ah, Dios mio! allí viene el insoportable duque de Lucenay, uno de los amigos de mi marido... ¡No quiera Dios que nos vea! ¿Pe-

ro, de dónde sale ese hombre cuando se le creia á mil leguas de aquí? — En efecto, decian que habia emprendido un viaje á Levante de año y medio por lo menos, y apenas hace cinco meses que ha salido de París. Su llegada imprevista debe haber desconcertado sobremanera á la duquesa de Lucenay, á pesar de que el duque no es de los maridos mas importunos — dijo Sarah con una sonrisa maligna. — No será ella sola la que maldiga la aparicion del duque... M. de Saint-Remy no dejará de aliviar el peso de su disgusto. — No seais tan mordaz, querida Sarah; decid mas bien que el regreso del duque será impertinente para todo el mundo... El duque de Lucenay es bastante desagradable para que podais generalizar vuestra murmuracion. — Yo no soy mas que un eco de lo que todos hablan acerca de él. Dicen que M. de Saint-Remy, modelo de los elegantes que deslumbraba con su lujo á todo París, se halla ahora algo arruinado, á pesar de que su tren ha disminuido poco. Esto se concibe bien, porque siendo madama Lucenay tan opulenta... — ¡Ah, qué horror! — Repito que no soy mas que un eco de lo que todos dicen con respecto al duque de Lucenay. ¡Ay Dios mio! allí viene hácia nosotras: vamos, paciencia, resignacion. No hay en el mundo cosa mas insoportable que su conversacion: sus modales son del gusto mas depravado; rie alto por cualquiera tontería y se alegra y hace extrañas contorsiones aunque se le hable de un entierro. Si os pide el abanico guardaos bien de dárselo, porque rompe como un chiquillo cuanto coje en las manos con el aire mas satisfecho del mundo.

El duque de Lucenay pertenecia á una de las mejores casas de Francia: era jóven aun y de un semblante que no seria desagradable sin la longi-

La Duquesa de Lucenay.

tud grotesca y desmesurada de sus narices; pero su continua y turbulenta agitacion, su voz y su risa estrepitosas, el gusto detestable de su conversacion y la desenvoltura chavacana de sus modales sorprendian á todos de tal manera, que era preciso acordarse á cada momento de su nombre para hallar posible su admision en la sociedad mas distinguida de Paris, y para que se tolerasen sus extravagancias sus gestos y su lenguaje, á los cuales habia ya dado el habito de una especie de impunidad. Todos huian de él, á pesar de que sabia mezclar alguna ocurrencia feliz con la increible redundancia de su palabrería interminable. Era una especie de ser vengador en cuyas manos todos deseaban ver las personas ridículas y aborrecidas.

La duquesa de Lucenay era una de las mujeres mas á la moda en Paris, y á pesar de sus treinta años cumplidos habia dado motivo á diferentes hablillas; aunque todos la disculpaban en atencion de la intolerable sandez de su marido.

Otro rasgo singular del caracter impertinente del duque era la intemperancia y el cinismo inaudito con que suponia y describia enfermedades vergonzosas y ridículas en las personas con quienes hablaba, y de las cuales se compadecia en alta voz delante de todos. Como era valiente y preveia las consecuencias de su humor estravagante, habia dado y recibido algunas estocadas, sin que esto produjese la menor enmienda.

Hecha esta descripcion, procuraremos ahora que llegue á los oidos de nuestros lectores la voz ingrata del duque de Lucenay, que apénas descubrió la desde lejos á la marquesa de Harville y á Sarah, cuando empezó á gritar:

¡Hola! ¡holaaaa, señoras! ¡Cómo! ¿qué es esto?... ¡la reina del baile fuera del salon... escondi-

da! ¿Es posible? ¡y el caso es que nadie hubiera remediado tal escándalo si no acierto á volverme desde los antípodas! ¡Por decontado, marquesa, si os empeñais en huir así de la admiracion general, gritaré como un desesperado y diré á todo el mundo que se nos quiere escamotar la joya mas brillante del baile!

Y al concluir esta perorata M. de Lucenay se dejó caer de sopeton en el asiento de las dos damas, cruzó la pierna izquierda sobre el muslo derecho, y cogió el pié con la mano.

—¡Ave María! ¡cómo es eso! ¿Habeis vuelto ya de Constantinopla?—dijo la marquesa de Harville retirándose con impaciencia.—¡Toma! ¡ya se ve que ya! Estoy seguro de que habeis convertido en palabras el pensamiento de mi mujer, porque esta noche no quiso acompañarme, y por cierto que su ausencia ha causado cien veces mas novedad que mi presentacion. Es cosa bien singular... cuando vengo con ella nadie hace caso de mí; pero cuando vengo solo, todos me rodean y me muelen con las sempiternas preguntas de «¿Dónde está madama de Lucenay? ¿no vendrá esta noche?... etc., etc.» Es precisamente como vos, marquesa: acabo de llegar de Constantinopla y me recibís como á un perro ni mas ni menos. Sin embargo, yo soy tan amable como otro cualquiera... —Bien pudierais lucir aun vuestra amabilidad... allá por Levante—dijo sonriendo la marquesa de Harville. —Es decir que bien pudiera estarme aun por allá, ¿no es verdad? ¡Pero eso es horrendo, eso que decís es una infamia!—gritó Lucenay descruzando las piernas y dando palmadas en el sombrero, como si fuese un tambor.—Por amor de Dios no griteis tanto y estaos quieto, porque sino me obligareis á salir de aquí—dijo la marquesa con buen

humor. — ¡Salir de aquí! ¿para qué? ¿para tomar mi brazo y dar una vuelta por la galería? — ¿Con vos? no por cierto. Vamos, por Dios os ruego que no deshojeis esas flores: dejad ese abanico que lo vais á estropear como teneis de costumbre... — ¡Oh! si no es mas que eso no tengais aprension, porque sé descomponerlos en un jesus; sobre todo el magnífico abanico chino regalado á mi mujer por madama de Vaudémont: lo hice añicos en un santiamen.

Y al decir estas palabras consoladoras, dejóse caer hácia atras y empezó á manosear y á tirar hácia sí una mata de flores que habia sobre el respaldo del asiento. A fuerza de tirar y sacudir se desprendieron las flores de la planta y cayeron sobre la cabeza y los hombros de M. de Lucenay... Al verse en tal estado, soltó unas carcajadas y unas voces tan altas y descomunales, que madama de Harville hubiera huido de tan incómodo personaje á no haber descubierto en el jardin á M. Cárlos Robert (el comandante de madama Pipelet); y temiendo la marquesita dar motivo á que se creyese que le salia al encuentro, se resignó á permanecer al lado del estrepitoso duque de Lucenay.

— Decid la verdad, madama Mac Gregor, ¿no os parecia una ninfa, un dios Pan, un Silvano, un salvaje cuando estaba cubierto de hojas? — dijo M. de Lucenay dirigiéndose á Sarah y acercándose á ella bruscamente. — Y ya que hablamos de salvajes, voy á referiros un cuento de la mas horrible indecencia... Figuraos que en Otaiti... — ¡Señor duque!... — le dijo Sarah con un tono severo y glacial. — Peor para vos, no sabreis mi cuento: lo guardaré para madama de Fonbonne que allí viene acercándose.

Madama de Fonbonne era una mujer de cincuen-

ta años, gorda, pequeña, ridícula y muy presumida: tenia la barba unida con la tabla del pecho, ponia á cada paso los ojos en blanco y hablaba continuamente de su alma, de la sensibilidad de su alma, de la languidez de su alma y de la ardiente fogosidad de su alma... A estas calidades impertinentes reunia aquella noche la de llevar un espantoso turbante de tela color de cobre con cenefa verde.

—Sí, señora, me guardo mi cuento para madama de Fonbonne—gritó el duque.—¿De qué se trata, señor duque?—preguntó madama de Fonbonne haciendo gestos y pucheros, contoneándose y empezando á poner los ojos en blanco.—Se trata, señora, de un cuento horrendo, indecente, increible.—¡Ay, Jesus! ¡qué horror! ¡Y quién osaria... quién tendria el atrevimiento de?...—Yo, señora, yo; es un cuento de que se avergonzaria un carnicero. Pero como conozco vuestro gusto desordenado... os lo voy á espetar...—¡Caballero! parece imposible que os permitais...—¿Sí? pues tampoco sabreis el cuento. Pero hablando de otra cosa, lo que á mí me parece imposible es que una persona que siempre se viste tan bien y con tanto gusto y elegancia como vos... vaya, esta noche traeis un turbante ¡pero qué turbante, santo Dios!... palabra de honor, señora, parece una cacerola vieja cubierta de cardenillo.

Y el duque soltó una terrible carcajada.

—Si habeis venido de Oriente para empezar de nuevo con vuestras chanzas groseras—dijo irritada la gorda señora—podeis estar seguro de que nadie os dará la bienvenida...

Y madama de Fonbonne se retiró majestuosamente.

—¿Qué tal, madama Sarah? ¿no os parece que es preciso ser un cabron como yo para no arran-

car las guedejas y el diabólico turbante á ese tonel de sain?... Pero no, la respeto... porque es huérfana... ¡Ja, ja, ja, ja! — y el duque de Lucenay rió con increible estrépito. — ¡Hola! ¡allí viene el caballero Cárlos Robert! Lo he hallado en los baños de los Pirineos... ¡qué buen mozo! ¡qué figura tan interesante! ¡qué voz! ¡canta como un ruiseñor!... Ya veréis, marquesa, ya vereis como lo vuelvo tarumba... ¿quereis que os lo presente? — Estáos quieto y dejadnos en paz — dijo Sarah volviendo la espalda al duque Lucenay.

Miéntras que M. Cárlos Robert se adelantaba poco á poco y como distraido mirando á las flores, el duque de Lucenay maniobró con tal habilidad que consiguió apoderarse del frasqnito de esencias de Sarah, y empezó á desencajar la tapa y á hacer otras diabladuras con aquella joya.

Cárlos Robert seguia acercándose: era de alta estatura y miembros proporcionados, no habia en sus facciones una sola irregularidad y en su traje brillaba la suprema elegancia; pero su fisonomia y sus maneras carecian de atractivo, de gracia y de distincion: habia en su expresion y modales cierta falta de elasticidad fácil y natural, y sus piés y manos eran grandes y vulgares. Al punto que vió á la marquesa de Harville cubriósele el rostro insulso de una profunda melancolía, demasiado repentina para ser natural, pero muy bien imitada. Era tal la expresion de tristeza y abatimiento del señor Cárlos Robert cuando se acercó á la marquesa, que esta no pudo ménos de acordarse de las siniestras palabras de Sarah sobre los excesos á que podria entregarse aquel hombre en su desesperacion.

— ¡Buenos dias, amigo! — dijo el de Lucenay saliendo al encuentro: — no he tenido el gusto de

veros desde las aguas de... ¿Pero qué diablos teneis? ¡parece que estais enfermo!

Al oir esto Cárlos Robert echó una mirada melancólica á la de Harville, y respondió al duque con voz compungida:

— En efecto, señor duque... padezco... bastante.

— ¡Válgame Dios, qué desgracia! ¿con que no podeis curaros de ese maldito muermo? — le dijo el de Lucenay con la expresion del mas vivo interés.

Al oir tan descabellada pregunta, quedó M. Robert por un momento estupefacto y atónito: encendiósele el rostro, y con cólera mal reprimida dijo secamente al de Lucenay,

— Ya que tanto os inquieta mi salud, caballero, no dudo que mañana iréis á visitarme. — No tal, caballerito... eso no... enviaré en tal caso — dijo el duque con altivez.

Cárlos Robert hizo una breve salutacion y se alejó al momento.

— Lo particular es que no tiene mas pituita que el gran Turco — dijo Lucenay sentándose otra vez de sopeton al lado de Sarah: — á ménos que le haya adivinado el mal sin querer. ¿Qué os parece, madama Mac Gregor? ¿tendrá el muermo ese caballerete, ò no?

Sarah se apartó bruscamente del duque sin responder una palabra.

Todo esto pasó con la mayor rapidez. Sarah habia contenido con dificultad la risa al oir la extravagante pregunta del duque de Lucenay al comandante; pero la de Harville sintió el mas agudo dolor al imaginar la cruel situacion de un hombre que se ve tan ridículamente interpelado delante de la mujer á quien ama. Asombrada con la idea de un duelo é impelida por un sentimiento

irresistible, levantóse de repente, tomó el brazo de Sarah, alcanzó á Cárlos Robert, que no se dejaba llevar por mucho tiempo de los ímpetus del furor, y le dijo al pasar en voz baja: — *Mañana iré... á la una...*

Y volviéndose á la galería con su amiga, salió al punto del baile.

Rodolfo habia concurrido al baile, no solo para cumplir un deber de etiqueta, sino tambien para averiguar si era fundada su sospecha con respecto á la marquesa de Harville, y si esta era efectivamente la heroina de la historia de madama Pipelet. Despues de haber vuelto con la condesa *** del jardin de invierno, recorrió varios salones sin que pudiese hallar sola á la marquesa de Harville. Volvia otra vez al invernáculo, cuando al llegar á la escalera fué testigo de la rápida escena que pasó entre la de Harville y Cárlos Robert, despues de la chanza detestable del duque de Lucenay. Rodolfo observó una mirada significativa que se dieron Clementina y el *comandante*, y por un secreto presentimiento creyó que aquel alto y bello jóven era el misterioso inquilino de la calle del Templo. Determinado á cerciorarse, volvió á entrar en la galería.

Iba á empezarse un vals, y al cabo de algunos minutos vió á Cárlos Robert en pié, arrimado al alfeizar de una puerta y lleno de complacencia y satisfaccion de sí mismo, porque le habia gustado la respuesta del duque de Lucenay (Cárlos Robert no era cobarde, á pesar de ser tan rídiculo) y porque estaba seguro de que la de Harville no faltaria á la cita que le habia dado para el dia siguiente.

Rodolfo buscó á Murph.

—¿Ves aquel jóven rubio en medio de aquel

grupo? — ¿Aquel alto que parece tan pagado de sí mismo? Sí, monseñor.—Pues bien, procura acercarte á él lo bastante para decirle en voz baja y de modo que nadie mas que él te oiga, estas palabras: ¡*Cómo tan tarde, ángel mio*!

Murph miró á Rodolfo con asombro y le dijo:

— ¿Hablais seriamente, monseñor?—Hablo seriamente. Y si se vuelve hácia tí al oir estas palabras, cuida de no perder tu incomparable serenidad, á fin de que no sepa quien las ha pronunciado. — No entiendo palabra, monseñor; pero obedeceré.

Antes de concluir el vals, el digno caballero se colocó detrás de Cárlos Robert. Rodolfo estaba situado de manera que no debia perder el menor resultado de su experimento; siguió pues á Murph con la vista, y al cabo de un minuto observó que Cárlos Robert se volvia súbitamente para mirar hácia atrás... Murph ni siquiera pestañeó; y á la verdad el comandante no debia creer que aquel hombre calvo, tan alto y de aspecto tan grave é imponente, hubiese pronunciado las palabras que le trajeron á la memoria el quidproquo de que madama Pipelet habia sido la causa de la heroina.

Terminado el vals volvió Murph al lado de Rodolfo.

— Aquel jóven, monseñor, se volvió hácia mí como si le hubiera mordido. Esas palabras tienen una virtud mágica.— Y tanto, amigo Murph, que me han revelado lo que queria saber.

Rodolfo lamentaba interiormente el error de la marquesa de Harville, tanto mas peligroso porque tenia á Sarah por cómplice y consultora. Esta idea lo llenó de amargura y le manifestó la verdadera causa de la tristeza del marqués de Harville, á quien amaba tiernamente: esta causa eran sin duda

los zelos, pues su mujer, dotada de cualidades tan encantadoras, se sacrificaba á un hombre que tan poco la merecia. Dueño por una casualidad de este secreto, incapaz de abusar de él y sin que pudiese discurrir ningun medio para desengañar á la marquesa de Harville, que por otro lado le perecia entregada á una ciega pasion, Rodolfo se veia condenado á ser testigo impasible de la ruina de una jóven á quien habia amado con una pasion tan vehemente como secreta... y á quien amaba todavia, á pesar suyo.

El baron de Graün lo sacó de estas reflexiones.

—Si V. A. R. tiene á bien retirarse un momento al gabinete inmediato, que está solo, le daré cuenta de los informes que me ha ordenado tomáse.

Rodolfo se retiró con el baron de Graün.

—La única duquesa á quien pueden referirse las iniciales N y L es la señora duquesa de Lucenay, cuyo apellido es Noirmont—dijo el baron:—no se halla aquí esta noche. Acabo de ver á su marido, que habiendo emprendido hace cinco meses un viaje á Oriente que debia durar un año, apareció en Paris inesperadamente hace dos ó tres dias.

Se tendrá presente que en la visita que hizo Rodolfo á la casa de la calle del Templo, habia hallado en el mismo descanso de la puerta del charlatan Cesar Bradamanti, un pañuelo humedecido en lágrimas, guarnecido de riquísimo encaje y en una de cuyas puntas estaban bordadas las letras N y L debajo de una corona ducal. Por órden de Rodolfo, pero ignorando estas circunstancias, el baron de Graün se habia informado del nombre de todas las duquesas residentes en Paris, y habia tenido el indicio de que acabamos de hablar.

Rodolfo penetró el misterio.

No tenia motivo para interesarse por la duquesa

de Lucenay, mas no pudo ménos de estremecerse al pensar que si en realidad era la misma que habia estado en la habitacion del infame charlatan, que no podia ménos de ser Polidori, aquel miserable abusaria sin duda del terrible secreto que ponia en sus manos á la duquesa, pues la habia hecho seguir hasta su morada por el Cojuelo.

— El acaso es á veces muy caprichoso, monseñor — dijo el baron de Graün. — ¿Porqué lo decís? — En el momento en que Mr. de Grangeneuve acababa de darme esos indicios sobre la duquesa de Lucenay, añadiendo con malignidad que el regreso imprevisto del duque su marido debia incomodarla sobre manera lo mismo que al vizconde de Saint-Remy, lindo jóven que es la maravilla de los elegantes de Paris, el señor embajador me ha preguntado si V. A. R. le permitiria el que le presentase al vizconde que se halla aquí: acaban de agregarlo á la legacion de Gerolstein y miraria como una dicha el ser presentado á V. A. R.

Rodolfo no pudo contener un movimiento de impaciencia, y le dijo:

— Me fastidia infinitamente esa presentacion... pero no puedo negarme... Pronto; decid al conde de*** que me presente á ese señor Saint-Remy.

A pesar de su mal humor, Rodolfo conocía demasiado el oficio de príncipe para dejar de mostrarse afable en esta ocasion. Además el vizconde de Saint-Remy era segun decian el amante de la duquesa de Lucenay, y esta circunstancia movia la curiosidad de Rodolfo.

Acercóse el vizconde de Saint-Remy conducido por el embajador. Era el vizconde un hermoso jóven de veinte y cinco años, delgado, esbelto, de aire distinguido y de una fisonomía armoniosa y agradable: su color era moreno, pero de un more-

no trasparente y ambarado como el de los retratos de Murillo; su cabello de un negro azulado, separado por una raya sobre la sien izquierda y alisado sobre la frente, caia en anchos bucles á los lados de la cara, y apénas dejaba ver el descolorido glóbulo de sus orejas. Sus pupilas negras como el azabache brillaban sobre el globo del ojo, que en lugar de ser blanco era anacarado y tenia el viso azul que dá una expresion tan fascinadora al mirar de los indios. Por un capricho de la naturaleza, su estrecho vigote fino como la seda hacia un contraste singular con el resto de su cara imberbe y juvenil, y tan tersa como las mejillas de una jóven: llevaba una corbata de raso negro, tan baja que permitia ver la forma elegante de su cuello, digna por cierto del antiguo *Inventor de la flauta*

Una sola perla unia el grande lazo de su corbata, perla de un precio inestimable por su tamaño, por su forma y por una irradiacion de colores mas hermosos que los del ópalo mas fino. El gusto supremo de su traje guardaba perfecta armonía con la magnífica sencillez de esta joya.

La fisonomía del vizconde de Saint-Remy distaba tanto del tipo ordinario de los elegantes, que vista una vez no podia olvidarse nunca. El lujo de sus coches y caballos era extremado, y la suma de su *libro de apuestas* en las corridas de caballos, subia anualmente à dos ó tres mil luises de oro. Se hablaba de su casa de la calle de Chaillot como un modelo de lujo y suntuosidad: daba en ella grandes banquetes, y se jugaba un juego infernal, en el que perdia con frecuencia el vizconde enormes sumas con la seriedad mas imperturbable. Todos sabian sin embargo que la fortuna del vizconde estaba arruinada mucho tiempo habia, que todos sus bienes eran de herencia materna y que su padre vivia po-

bre y retirado en un rincon del Anjou.

Para explicar la incomprensible prodigalidad del vizconde de Saint-Rémy, los envidiosos y maledicientes, inclusa Sarah, hablaban de la opulenta fortuna de la duquesa de Lucenay; pero no echaban de ver que además de la vileza de esta suposicion, el duque de Lucenay ejercía una intervencion natural en los bienes de su mujer, y que el vizconde de Saint-Rémy gastaba por lo ménos 200,000 francos anuales. Otros aludian la imprudencia con que algunos usureros prestaban á un hombre que no esperaba ya ninguna herencia. Otros, en fin, decian que era DEMASIADO dichoso en el *turf* (a), y hablaban por lo bajo de *mozos de cuadra* y de *jockeys* (b) sobornados por el para estropear los caballos contra los cuales queria apostar... pero la mayor parte de las gentes se acordaban muy poco de los medios á que podria recurrir el vizconde para sostener su fausto asiatico.

Pertenecia á la mejor sociedad por trato y por relaciones personales de amistad; era alegre, valiente, de talento, buen compañero y de un trato franco y agradable, daba excelentes banquetes á sus amigos y suscribia á cuantas bromas y jaranas se le proponian. Las mujeres le adoraban, y sus conquistas eran sin cuento, porque era jóven, hermoso, galante y magnífico en cuantas ocasiones puede serlo un jóven con las mujeres de la gran sociedad. Por último, era tal la obcecacion general, que la misma oscuridad que rodeaba el orígen del Pactolo en que cojia el oro á manos llenas, daba á su modo de vivir y á su persona cierto encanto misterioso. Cuando se hablaba de él se hacia casi siem-

(a) Terreno destinado á las corridas de caballos. (b) Jockey es el mozo que monta el caballo en la corrida.

pre esta observacion alegre ú otras parecidas: « ¡Sin duda halló la piedra filosofal ese diablo de vizconde! » Otros, al saber que lo habian agregado á la legacion de Francia cerca del gran duque de Gerolstein, pensaron y dijeron que sin duda queria *retirarse honrosamente*. Tal era el vizconde de Saint-Remy.

El conde de*** dijo á Rodolfo al presentárselo:

— Tengo el honor de presentar á V. A. R. el vizconde de Saint-Rémy, agregado á la legacion de Gerolstein.

El vizconde hizo una profunda salutacion, y dijo á Rodolfo:

— ¿Se dignara V. A. R. disimular la impaciencia con que he deseado ofrecerle mi humilde respeto? Acaso anduve indiscreto en apresurar un momento que tanto debia honrarme. — Tendré mucho gusto, caballero, en veros en Gerolstein... ¿Cuándo pensais marchar? — La estancia de V. A. R. en Paris reprimirá acaso mi deseo de ponerme en camino. — El silencio de nuestras córtes alemanas os hará echar de menos la vida activa de Paris. — Me atrevo á asegurar á V. A. R. que la benevolencia que se digna mostrarme, y que espero tendrá á bien continuar dispensándome bastará por si sola para hacerme olvidar á Paris. — No dependerá de mi, caballero, el que llegais á cambiar de opinion durante vuestra residencia en Gerolstein.

Rodolfo hizo una lijera inclinacion de cabeza, la cual anunció al vizconde de Saint-Rémy que su presentacion habia terminado. El vizconde saludò al príncipe y se retiró. Rodolfo era tan buen fisonomista, que las simpatias y aversiones que concebiaeran casi siempre fundadas; y así es que durante el breve diálogo que tuvo con el vizconde de Saint-

Rémy, concibió una especie de desvío involuntario hácia aquel jóven elegantísimo y brillante, sin hallar el motivo de esta aversion. Parecióle que en su mirar habia cierta perfidia disimulada y que tenia una *fisonomia peligrosa.*

. . . . . .

Volveremos á hallar al vizconde de Saint-Rémy en circunstancias que formaran un terrible contraste con la brillante situacion que ocupaba cuando fué presentado á Rodolfo, y se verá cuan justo ha sido el presentimiento de este.

. . . . . .

Terminada esta presentacion Rodolfo bajó al jardin pensando en los encuentros peregrinos que le proporcionaba el acaso. A la hora de cenar quedaron casi desiertos los salones. El sitio mas retirado del jardin se hallaba al extremo de un grupo de árboles en un ángulo del muro; cubria casi enteramente este sitio un enorme plátano rodeado de plantas sarmentosas, y cerca del arbol se veia entreabierta una pequeña puerta falsa, que daba entrada á un largo corredor que terminaba en el salon del banquete.

Sentóse Rodolfo en aquel sitio oculto entre espeso ramaje, y llevaba algunos momentos de profunda meditacion, cuando oyó pronunciar su nombre por una voz conocida.

Sarah, sentada al otro lado de esta especie de gruta, y enteramente oculta de Rodolfo, hablaba inglés con su hermano Tomas.

El príncipe escuchó con atencion el diálogo siguiente:

La marquesa ha ido un momento al baile del baron de Nerval—dijo Sarah:—felizmente se ha marchado sin poder hablar á Rodolfo que la andaba buscando. Temo la influencia que, sin saberlo,

ejerce aun sobre ella; influencia que tanto he procurado combatir y que en parte he conseguido desvanecer... Pero al fin esa rival, á quien he temido siempre por un presentimiento inesplicable, y que tan perjudicial podia ser á mis designios.. esa rival labrará mañana su ruina... Escuchadme, Tomas; lo que voy á deciros es muy grave.

—Os engañais, Sarah; Rodolfo no amó jamas á la marquesa. — Debo haceros algunas explicaciones sobre este asunto... Durante vuestro último viaje ha habido mas novedades de lo que pensais... y como es preciso obrar mas pronto de lo que esperaba... esta noche misma.. ántes salir de aquí... es indispensable esta conferencia.. Felizmente estamos solos. — Hablad; ya os escucho.

— Estoy segura de que Clementina no habia amado jamas ántes de ver á Rodolfo... No sé porque razon mira con un desvío insuperable á su marido, que sin embargo la adora; y hay en todo esto un misterio que en vano he intentado penetrar. La presencia de Rodolfo habia dispertado en el corazon de Clementina mil emociones que hasta entónces no habia sentido; pero yo he sofocado este amor naciente con ciertas revelaciones, ó mas bien con mil calumnias injuriosas al carácter del príncipe. Sin embargo, como la marquesa habia sentido ya la necesidad de amar, habiendo visto en mi casa á ese Cárlos Robert se prendó de su belleza como pudiera prendarse de la hermosura inmóvil de un cuadro, porque por desgracia ese hombre es tan fatuo como buen mozo, auque sus miradas no carecen de interés. He ponderado la nobleza de su alma y la elevacion de su carácter; y como conozco la bondad natural de la marquesa, la he pintado los grandes é interesantes infortunios de Robert, y á él le he encargado que aparentase una tristeza mortal, que no

hablase nunca sin suspirar, y sobre todo que hablase poco. Siguió mis consejos, y gracias á su habilidad en el canto, á su buena figura, á su fingida tristeza incurable y á su silencio, consiguió atraerse el interés de Clementina, que por su parte halló tambien un medio de satisfacer la necesidad de amar que se habia apoderado de ella al conocer á Rodolfo. ¿Comprendeis ahora el mérito de mi plan? — Sí; continuad. — Robert y la marquesa de Harville solo se veian con intimidad en mi casa, en donde hacíamos los tres conciertos matutinos dos veces por semana. Robert empezó á insinuarse suspirando, dirigió luego algunas palabras tiernas en voz baja, y consiguió deslizar dos ó tres billetitos amorosos. Yo temia mas aun su prosa que sus palabras; mas como las mujeres son siempre indulgentes con la primera declaracion que reciben, las de mi protegido no tuvieron mal resultado, porque eran ademas muy lacónicas por mi consejo. Sin embargo, lo que mas importaba á Robert era conseguir una cita: pero la marquesita tenia ménos amor que severidad de principios, ó por mejor decir no tenia bastante amor para olvidar sus principios. Conservaba, sin saberlo, la impresion de Rodolfo en el fondo del corazon, y esta impresion combatia sin cesar su tibia inclinacion hácia Robert;... inclinacion que era mucho mas facticia que real, pero la cual fomentaba yo exagerando continuamente las calidades de ese Apolo sin seso, y pintándole sumergido en la melancolía y el infortunio. El aire de profunda y desesperada amargura de su admirador ablandó por último á Clementina, y se decidió á concederle, mas por compasion que por amor, la deseada cita. — ¿Os confió Clementina esos secretos? — Solo me habia confiado su inclinacion hácia Cárlos Robert, y no quise comprome-

ter la á hacerme explicaciones que podrian incomodarla... Pero él rebosando de contento, ó mas bien de vanidad, me comunicó su feliz victoria, pero sin decirme el dia ni el lugar de la cita. — ¿Cómo habeis descubierto el sitio? — Al dia siguiente muy de mañana se puso Cárlos en acecho por órden mia cerca de la puerta de Robert. A las doce del segundo dia subió nuestro enamorado á un coche de alquiler y se dirigió á la calle del Templo, situada en un cuartel oscuro de la ciudad... Apeóse delante de una mala casa, permaneció en ella cerca de media hora y luego se marchó. Cárlos guardó largo tiempo su puesto para ver si salia alguna persona despues de Robert; pero nadie salió porque la marquesa habia faltado á su promesa, segun me dijo al otro dia su mismo amante en un movimiento de cólera por el chasco que habia llevado. La aconsejé que aparentase la mayor desesperacion; pero aunque consiguió que Clementina le otorgase una nueva cita, volvió á faltar á ella como á la primera. Sin embargo, la última vez ha llegado hasta la misma puerta de la casa consabida... Ya veis cuanto lucha esa mujer consigo misma... ¿Y porqué? Porque Clementina (estoy segura de ello, y es lo que me obliga á oborrecerla) conserva aun en el fondo del corazon ese afecto hácia Rodolfo, y ese afecto la defiende y la proteje. Finalmente, esta noche ha dado la marquesa á Robert una cita para mañana y no dejará de cumplirla. El duque de Lucenay ha ridiculizado tan groseramente á su adorador, que al verlo la marquesa tan humillado no pudo ménos de concederle por conmiseracion lo que no hubiera hecho de ningun otro modo. Repito que esta vez no faltará á su promesa. — ¿Y cuáles son vuestros proyectos? — Cárlos Robert es tan incapaz de conocer la delicadeza del sentimiento que

ha dictado esta noche la resolucion de la marquesa, que mañana intentará sacar partido de ella, y se perderá para siempre, porque yo sé muy bien que Clementina se expone á este compromiso sin pasion, sin amor alguno, y tan solo por conmiseracion. La conozco bien y no dudo por lo mismo que va á la calle del Templo por un impulso de generosidad, pero muy decidida á no olvidar un punto sus deberes. Cárlos intentará aprovechar la ocasion; la marquesa le cobrará un profundo aborrecimiento; y una vez disipada su ilusion volverá á quedar bajo la influencia del amor que la inspiró Rodolfo, el cual no hay la menor duda que arde aun en el fondo de su corazon.—¡Pero veamos cual es vuestro designio! —¿Mi designio? Quiero perderla para siempre en el concepto de Rodolfo, el cual no dudo que tarde ó temprano haria traicion á la amistad de Harville, correspondiendo al amor de Clementina; pero la aborrecerá y no volverá jamás á verla si llega à saber que cometió una falta de que él no ha sido cómplice: ningun hombre perdona este género de crímenes.— Ya veo que quereis desengañar al marido, para que un rompimiento estrepitoso convenza á Rodolfo de la conducta de la marquesa.—Y me será tanto mas fácil porque, segun me ha dicho Clementina, el marqués tiene ya algunas sospechas, aunque no sabe en quien fijarlas. Es ya media noche y debemos salir del baile: iremos al primer café y escribiréis al marqués de Harville que su mujer acudirá mañana á la una de la tarde á una cita amorosa en la calle del Templo nº 17. Es muy celoso, y no me cabe duda que sorprenderá á Clementina: lo demas vendrá por sus pasos. — ¡Qué accion tan abominable! —dijo Seyton con frialdad. —Dejaos de escrúpulos, Tomas... Ya sé que estos medios

son odiosos... ya sé que todo lo atropello por conseguir mi objeto.... pero, ¿qué conducta se ha guardado conmigo? — Mala en verdad... y por eso soy vuestro cómplice... Voy á hacer lo que me habeis indicado; pero os repito que es una accion detestable. —¿Sin embargo consentís? — Porque lo creo necesario... Todo lo sabrá el marqués esta noche. ¡Y... pero... me parece que hay alguna persona aquí, detrás de estos árboles! — dijo Seyton interrumpiéndose y hablando en voz baja. — Me parece que he oido... — Mirad — dijo Sarah con inquietud.

Levantóse Seyton, dió la vuelta al rededor y no vió á nadie.

Rodolfo acababa de salir por la puerta falsa de que hemos hablado.

— Me he engañado — dijo Seyton volviendo á entrar; — no hay nadie. — Ya me lo parecia — repuso su hermana. — Yo creo, Sarah, que la marquesa no es tan perjudicial como imaginais para la realizacion de vuestro proyecto, porque Rodolfo no faltará jamás á la austeridad de sus principios. Esa jóven que ha puesto hace seis semanas en la quinta de Bouqueval, esa jóven que tanto absorbe su atencion, y á quien educa con esmero y visita tantas veces, me inspira temores mucho mas fundados. No sabemos quien es, aunque al parecer pertenece á una clase oscura; pero su rara belleza, el disfraz que ha puesto Rodolfo para llevarla á la quinta y el vivo interés que manifiesta por esa niña, prueban demasiado que este afecto singular no carece de importancia, y esta es la razon porque he prevenido ya vuestro deseo. Para allanar este inconveniente, mas real y positivo que los que imaginais, ha sido necesario obrar con suma prudencia á fin de saber el modo de vivir de las per-

sonas de la quinta, y especialmente de esa muchacha... Estas noticias se hallan en mi poder, y he llegado ya el momento de obrar: la casualidad me ha deparado otra vez á esa horrible vieja que me habia robado la cartera, y sus relaciones con gentes de la clase del bandido que nos asaltó en la calle de la Cité, no podrán ménos de sernos muy útiles. Todo lo tengo previsto... no resultará el menor indicio ni prueba contra nosotros... Y ademas, si esa criatura pertenece, como es de creer; á la clase obrera, acaso preferirá nuestras ofertas á la suerte que puede haber imaginado, porque el príncipe ha guardado con ella el mas riguroso incógnito... En fin, mañana quedará decidida esta cuestion, y sino... ya verémos como salir del paso. — Si conseguimos vencer los dos obstáculos... entónces, Tomas, nuestro gran proyecto... — Grandes son las dificultades, pero el éxito no es improbable. — Confesad que tendrémos mucha mas razon para esperar si vuestro plan se ejecuta en el momento en que el ánimo de Rodolfo se halle simultáneamente turbado por el escándalo de la marquesa de Harville y por la desaparicion de esa niña, que tanto cultiva su interés... ¿No creeis que seria entónces el momento de persuadirlo de que la hija cuya muerte llora... vive todavía... y que entónces?... — Silencio, Sarah — dijo Seyton á su hermana; — ya vienen de cenar. Ya que teneis por necesario advertir al marques de Harville la cita de mañana, marchémonos porque es tarde. — La hora adelantada de la noche á que recibirá la noticia, le probará su importancia — repuso Sarah.

Tomas y su hermana salieron del baile de la embajadora de ***.

CAPÍTULO II.

LA CITA.

Queriendo advertir inmediatamente á la marquesa de Harville el peligro en que se hallaba, salió Rodolfo del jardin de invierno sin aguardar el fin del coloquio de Seyton y de Sarah, de manera que no pudo saber el proyecto de los dos hermanos sobre *Flor de María* ni el eminente peligro que la amenazaba. A pesar de su buen deseo, no consiguió desengañar á la marquesa como se habia propuesto. Debia esta presentarsê un momento en el baile de la señora de Nerval por mero cumplimiento; pero agobiada por las emociones que sentia, no tuvo valor suficiente para asistir á esta funcion y se retiró á su casa.

Este contratiempo desconcertó el designio de Rodoldo.

El baron de Graün y casi todas las personas que habian concurrido al baile de la embajadora, estaban convidados por madama Nerval. Rodolfo condujo inmediatamente el baron á casa de esta señora, y le ordenó qne buscase en el baile á la marquesa de Harville y la dijese que el príncipe deseaba tener con ella aquella misma noche una entrevista secreta de la mayor importancia, y que se hallaría á pié delante de la casa de Harville, á fin de hablar con ella por la ventanilla del ca-

rruaje, miéntras abrian los criados la puerta cochera,

Volvióse el baron despues de haber buscado largo tiempo á la marquesa sin encontrarla; resultado que causó á Rodolfo la mayor pesadumbre porque conocia lo indispensable que era advertir sin pérdida de momento á la marquesa de la traicion que contra ella se fraguaba; porque en tal caso la delacion de Sarah, que no era ya imposible impedir, pasaria por una vil calumnia. Pero era ya demasiado tarde... el marques recibió á la una de la noche la infame carta de la condesa Mac-Gregor.

. . . . . .

Por la mañana del siguiente dia se paseaba lentamente el marques de Harville en su alcoba, amueblada con sencillez y adornada únicamente con una panoplia de armas modernas y un estante lleno de libros.

La cama no se habia desecho, y sin embargo la colcha de seda estaba desgarrada y hecha pedazos; cerca de la chimenea se veian tirados en el suelo una silla y una mesa de ébano, y en otro sitio los fragmentos de un vaso de cristal, dos bujías rotas y un candelero de dos mecheros con algunas abolladuras.

Este desórden parecia efecto de una lucha violenta.

El marques tenia cerca de treinta años, una fisonomía viril y característica, cuya expresion era de ordinario agradable, pero estaba entónces pálida y amoratada. Tenia puesto el mismo traje de la víspera, pero sin corbata, con el chaleco desabrochado, y en la camisa se veian algunas manchas de sangre. El cabello negro y ordinariamente rizado, caia liso y en desórden por su lívida frente.

Despues de haberse paseado largo rato con los brazos cruzados, la cabeza baja y la vista fija y clavada, detúvose de repente delante de la chimenea, que estaba apagada, á pesar de lo frio y helado de la noche. Cojió del mármol de la chimenea la siguiente carta, y volvió á leerla con agitada atencion á la luz nebulosa de aquella mañana de invierno:

« *Mañana á la una tendrá vuestra mujer una cita amorosa en la calle del Templo, n° 17. Seguidla y todo lo sabreis... ¡Feliz marido!* »

A medida que leía estas palabras, que tantas veces habia leido ya, los labios del marques de Harville, azulados por el frio, se movian convulsivamente como para deletrear el funesto billete.

Abrióse en aquel momento la puerta y entró un ayuda de cámara, criado antiguo y leal, de pelo cano y honrado semblante.

El marqués volvió de repente la cabeza sin dejar su puesto y teniendo aun la carta cojida con ambas manos.

— ¿ Qué buscas ? — dijo ásperamente al criado.

Este no respondió, contempló con doloroso estupor el desórden de la alcoba ; levantó luego la vista, miró con atencion á su amo, y exclamó:

— ¡ Sangre ! ¡ teneis sangre en la camisa !... ¡ Dios mio, señor ! os habeis herido... Estabais solo... ¿ porqué no habeis llamado como teneis de costumbre... cuando los ?... — ¡ Márchate ! — Pero, señor marques, ¿ no veis que el fuego está apagado y que hace un frio mortal, y sobre todo despues de... vuestro.... — ¡ Me dejarás en paz !... ¡ márchate, te digo ! — Perdonadme, señor marqués — repuso temblando el criado — habeis mandado que M. Doublet viniese hoy á las diez y media, y ha llegado ya con el notario. — Es verdad — dijo con amargu-

ra el marqués recobrando serenidad. —Cuando uno es rico tiene que pensar en los intereses... ¡Es tan grata la riqueza!... — Y luego añadió: — Haz entrar á M. Doublet en mi gabinete. — Ha entrado ya, señor marqués. — Dame ropa para vestirme... Tengo que salir pronto. — Pero, señor marqués... — Haz lo que te digo, Pepe — dijo el marqués de Harville con tono mas dulce, y añadió: — ¿Ha entrado alguien en el cuarto de mi mujer? — Creo que la señora marquesa no ha llamado todavía. — Que me avisen cuando llame. — Muy bien, señor marqués. — Llama á Felipe que venga á ayudarte, porque sino nunca acabarás. — Pero, señor, dejadme que arregle algo este cuarto — repuso José con tristeza. — Cualquiera que observase este desórden sin comprenderlo lo interpretaria á su modo. — ¡Y que abominable pareceria á cualquiera la realidad!... ¿no es verdad? — dijo el marqués con amarga sonrisa. — ¡Ah, señor! — repuso José — nadie sospecha... — ¿Nadie?... ¡No, nadie!... — dijo el marqués con aire sombrío.

Mientras que José arreglaba el cuarto de su amo, este se dirigió á la panoplia ó caja de armas de que hemos hablado, examinó con atencion por espacio de algunos minutos las armas que en ella habia, hizo un gesto de satisfaccion siniestra y dijo á su criado:

— ¿Apostaria á que te has olvidado de limpiar las escopetas que tengo arriba en el recado de caza? — El señor marqués no me ha dicho nada — repuso José asombrado. — Sí; pero te has olvidado. — Señor, os aseguro que... — ¡Buenas estarán!... — Apenas hace un mes que han venido del armero. — No importa: luego que me hayas vestido, me bajarás todo el recado de monte, porque acaso saldré de caza mañana ó pasado y quiero ver como están

las escopetas. — Las bajaré al punto, señor marqués.

Luego que José hubo arreglado la alcoba, entró otro criado para ayudarle.

Acabaron ambos de vestir al marqués, y este pasó al gabinete en donde lo esperaban M. Doublet su contador, y un notario.

— El señor trae la escritura — dijo el contador — y solo falta que la firmeis. — ¿La habeis leido, M. Doublet? — Sí, señor marqués. — En tal caso no tengo mas que firmarla.

Firmó la escritura, y el notario salió del aposento.

— Señor marqués, por esta adquisicion — dijo M. Doublet con aire triunfante — la renta de vuestras fincas, impuesta sobre tierras excelentes, no baja de 126,000 francos... ¿Sabeis, señor marqués, que es muy rara una renta de 126,000 francos sobre tierras? — Soy muy dichoso ¿no es verdad M. Doublet? ¡126,000 libras de renta sobre tierras!... ¿podrá haber felicidad igual? — Y eso sin contar la cartera del señor marqués, que no baja de dos millones... sin contar... — Seguramente, sin contar... tantas felicidades mas. — Nada os falta, señor marqués, ¡loado sea Dios!... juventud, riqueza, salud... todas las felicidades juntas; y entre ellas — dijo M. Doublet con suma complacencia — ó mas bien al frente de todas ellas, debemos contar la de ser esposo de la señora marquesa, y de tener una niña tan hermosa que parece un querubin...

El marqués de Harville dió una mirada siniestra á su contador.

No podríamos pintar la expresion de salvaje ironía con que dijo á M. Doublet tocándole familiarmente el hombro:

— Con cerca de 250,000 libras de renta y una

mujer como la mia... y una hija que parece un querubin... no hay en el mundo mas que desear ¿no es verdad? — Con todo, señor marqués, — respondió sencillamente el contador — debeis desear que vuestra vida sea muy larga... para ver el casamiento de la señorita y para llegar á ser abuelo... Deseo de todo corazon, señor marqués, que conozcais á vuestros nietos, ni mas ni menos que la señora marquesa... — Teneis razon, M. Doublet... solo os falta pedir que nuestro fallecimiento sea en el mismo instante como Filemon y Baucis!... ¡Teneis ocurrencias felices! — Gracias, señor marqués... ¿Teneis algo que mandarme? — Nada... ¡Ah! sí... Decidme ¿cuanto dinero teneis en caja! — Veinte y nueve mil trescientos y tantos francos en efectivo, sin contar el dinero que se ha puesto en el banco. — Me traereís 20,000 francos en oro esta mañana, y los entregareis á Pepe si yo no estoy en casa. — ¿Esta mañana? — Esta misma mañana. — Dentro de una hora vendré con el dinero... ¿Tiene algo mas que mandarme el señor marqués? — No, M. Doublet. — ¡Ciento veinte y seis mil francos de renta! — repitió el contador al marcharse. — ¡Qué buena adquisicion la de hoy! Mucho he temido que se nos escapase la finca. Vuestro servidor, señor marqués. — Adios, M. Doublet

Apénas salió el contador, cuando el marques se dejó caer acongojado en una silla de brazos, apoyó los codos en una mesa y ocultó el rostro con las manos... y en tal postura lloró por primera vez despues de haber recibido la carta fatal de Sarah.

— ¡Oh! exclamó el angustiado marques — ¡fortuna cruel! ¡has querido, sí, has querido burlarte de mí al hacerme rico!... ¿Qué guardaré ahora en tus urnas de oro?... ¡Mi vergüenza... la infamia de mi esposa!... ¡infamia cuya publicidad imprimirá

quizá un odioso sello en la frente de su hija !... ¿ Deberé resolverme á dar este terrible escándalo, ó dejaré por piedad... de ?...

Levantóse al decir esto el marques: brillaba en sus ojos un fuego terrible y siniestro, y con los dientes cerrados pronunció en voz sofocada y convulsa estas palabras:

—¡No... no !... ¡sangre... sangre !... ¡Lave la sangre el escarnio!... ¡Ahora comprendo su aversion... la aversion de ese miserable!...

Y despues de haber callado por un momento como aterrado por una reflexion repentina, prorrumpió de nuevo en voz sofocada por el dolor:

—¡Su aversion !... ¡oh! ya sé el motivo de su aversion: ¡la causo horror... la espanto!

Despues de un largo silencio volvió á decir:

—¿Pero tengo yo la culpa... yo? ¿Podrá justificar con eso su infidelidad? ¡Oh! ¡en lugar de aborrecerme deberia compadecerse de mí !... ¡No... sangre... sangre!... ¡los dos... los dos!... porque sin duda lo ha *dicho todo*... al otro.

Este pensamiento redobló el furor del marqués. Levantó los puños cerrados hácia el cielo, pasó por los ojos su abrasada mano, y conociendo la necesidad de ocultar su agitacion á los criados, volvió con aparente tranquilidad á su alcoba, en donde halló á José.—¿Dónde están las escopetas? —Aquí están, señor marqués, bien arregladas. — Quiero verlo por mis ojos... ¿Ha llamado mi mujer? —No sé, señor.—Anda á informarte.

El criado salió del cuarto

El marqués tomó apresuradamente de la caja de las escopetas un botecito de pólvora, algunas balas y pistones, cerró luego la caja y guardó la llave: dirigióse en seguida á la panoplia, cogió un par de pistolas de recámara, las cargó y las metió en los

bolsillos de su levita de mañana.

José volvió á entrar en el cuarto.

—Señor, se puede entrar ya en el cuarto de la señora marquesa. —¿Ha mandado que pongan el coche. — No, señor la señorita Julia ha dicho delante de mí al cochero de la señora que habia subido á tomar la órden de la mañana, que como el tiempo estaba frio y seco, la señora saldria á pié, en caso que saliera. —Bien está.. ¡Ah! se me olvidaba: si voy á cazar no será hasta mañana ó pasado... Dí á Guillermo que reconozca hoy mismo el tilburí de camino ¿entiendes? — Sí, señor... ¿No quereis el baston? — No... ¿No hay aquí cerca algun parador de coches de alquiler? —Muy cerca, en la esquina de la calle de Lille.

Al cabo de un momento de silencio y de duda, dijo el marqués:

—Pregunta á Julia si se puede ver á la marquesa.

El criado salió.

—¿Y qué?... ¿no es un drama como otro cualquiera. Sí, quiero ver otra vez esa máscara candorosa y traidora con que la infamia querrà ocultar el adulterio que va á cometer: oiré mentir su boca, miéntras que leeré en su viciado corazon el odioso oprobio con que intenta cubrirme. Sí... quiero ver como me mira y como me habla y responde una mujer que un momento despues irá á echar sobre mi nombre una mancha horrible y ridícula, que solo se lava con un mar de sangre... ¡Pero qué necio soy! me mirà como siempre con la sonrisa en los labios y el candor en la frente... Me mirará como mira à su hija cuando la besa en la frente y la enseña á humillar su corazon ánte Dios... ¡Los ojos... el espejo del alma!... —dijo el marqués encojiéndose de hombros en ademan de desprecio:

—cuanto mas púdicos y dulces son, tanto mayor es la corrupcion que encubren. Sus ojos prueban esta verdad... y yo me he dejado engañar por ellos como un imbécil... ¡Oh furor! ¡con qué frio é insolente desprecio debería mirarme cuando en el mismo momento en que acaso debia ver... al *otro*... me oia colmarla de pruebas de estimacion y ternura... Yo le hablaba como á una madre casta y virtuosa, en quien habia puesto toda la esperanza de mi vida... y ella se iba á... ¡Oh! no! no!—gritó el marqués inflamado de furor..,—¡nunca! ¡no la veré, no quiero verla!... ni á mi hija tampoco.. me obcecaria, comprometeria mi venganza.

Y en lugar de entrar en el cuarto de su esposa, salió de casa diciendo ántes à la camarera de la marquesa:

—Decid á la señora que deseaba verla esta mañana, pero que tengo que salir por un momento; y si por casualidad quiere almorzar conmigo, que me aguarde á las doce.—Creyendo que no he de volver luego á casa obrará con mas libertad—dijo para sí el marqués; y se dirigió á un parador de coches inmediato á su casa.—¡Cochero, por horas! —Muy bien, caballero, son las once y media. ¿A dónde vamos?—Calle de Belle-Chasse, esquina à la de la calle de Santo Domingo, á lo largo del muro de un jardin... allí te detendrás.—Muy bien, caballero.

Corrió el marqués las cortinas, el coche partió y dentro de pocos instantes se hallaba enfrente de la casa de Harville. Nadie podia salir del portal del marqués sin ser visto por él desde aquel sitio... A la una era la cita de su mujer, y su fija y ardiente mirada no se apartaba un momento del portal. Su imaginacion luchaba con un torrente de cólera tan agitado é impetuoso, que el tiempo pasó

para el marqués con una rapidez increible. Al momento de dar las doce en Santo Tomás de Aquino, se abrió la puerta de la casa de Harville y salió lentamente la marquesa.

—¡Ya!... ¡Oh, qué exactitud! Teme sin duda hacer esperar al *otro*!... —dijo el marqués con amarga ironía.

El frio era intenso y las calles estaban secas. Llevaba Clementina un sombrero negro con velo de blonda del mismo color y una bata de seda color de corinto. Su gran chal de cachemir azul oscuro, caia hasta el volante de su vestido que levantó lijera y graciosamente para atravesar la calle. Este movimiento descubrió hasta el tobillo su leve pié, maravillosamente calzado con un botin de raso turco.

A pesar de las terribles ideas que agitaban al marqués de Harville, observó en aquel momento el pié de su mujer, que jamás le habia parecido tan lindo y seductor... La vista de aquel pié exasperó su furor, y al pensar en la felicidad de su odioso rival, sintió en el corazon la aguda punzada de los zelos censuales... Pintáronse de repente en su imaginacion con carácteres de fuego todos los ardientes halagos de un amor dichoso y apasionado. Entónces sintió por primera vez en su vida un dolor físico, profundo, incisivo, penetrante que le arrancó un grito sordo del corazon.

Hasta entónces solo habia padecido su espíritu, porque solo habia pensado en su honor y en la santidad de los deberes ultrajados: pero su último dolor fué tan agudo y cruel, que apénas pudo disimular la alteracion de su voz al levantar la cortina para decir al cochero:

—¿Ves esa señora de chal azul y sombrero negro que va por la acera del muro?—Sí, señor.—

Síguela... Si se dirige al sitio en donde te he alquilado, te detendrás, y si toma un coche le seguirás tambien. — Muy bien, caballero... ¡Hola! ¡esto pica en historia!

La marquesa de Harville se dirigió en efecto al sitio de los coches y alquiló uno de ellos.

El coche partió al trote.

El del marqués lo siguió.

Al cabo de algunos minutos el cochero tomó el camino de Santo Tomás de Aquino, y con asombro del marqués se detuvo delante de la iglesia.

—¿Qué haces? ¿qué es eso? — Caballero, esa señora acaba de entrar en la iglesia... ¡Cáspita!... ¡qué pierna tan soberana!

Mil pensamientos diversos se agolparon en la cabeza de Harville: creyó al pronto que su mujer intentaba cambiar de direccion por haber notado que la seguian. Luego pensó qne la carta que habia recibido podria ser una infame calumnia. Si Clementina es culpable ¿á qué fin esta falsa apariencia de piedad? ¿No seria un escarnio sacrílego? Tuvo por un instante el marqués un vislumbre de esperanza, pues no podia combinar el contraste de aquella piedad aparente con el crímen de que acusaba á su mujer. Esta ilusion consoladora no duró mucho tiempo.

El cochero se volvió hácia la ventanilla y le dijo:

— Caballero, la señorita vuelve al coche. — Síguela. — Muy bien, caballero... ¡Vaya un lance salado!

El coche pasó por el muelle, por la casa del ayuntamiento, por la calle Sainte-Avoye y llegó por fin á la del Templo.

— Caballero — dijo el cochero volviéndose hácia el marques de Harville — el camarada paró en el número 17, estamos en el 13 ¿pararé tam-

bien? — Si. — Caballero, la señorita ha entrado en el portal del número 17. — Abre pronto. — Ya voy, caballero.

Algunos momentos despues entraba el marques en el portal siguiendo los pasos de su mujer.

Atraidos por la curiosidad madama Pipelet, su marido y una ostrera vecina se agruparon en el umbral de la portería. La escalera era tan oscura, que entrando de la calle no se podia distinguir ningun objeto, de suerte que la marquesa tuvo que dirigirse á madama Pipelet y la preguntó con voz alterada y desfallecida:

— ¿Señora, me diréis por Dios dónde está la escalera? — Esperad un momento, señorita: ¿á dónde vais? — A ver á... á Mr. Cárlos. — ¿á Mr. qué? — repitió la vieja con ánimo de dar tiempo á su marido y á la ostrera para que se informasen bien de la desconocida al traves del velo. — Yo pregunto por... el señor Cárlos... señora — repitió Clementina con voz tímida y bajando la cabeza para no ser conocida de los que la miraban con tan insolente curiosidad. — ¡Ah! ¡por el señor Robert! acabarémos de una vez... hablais tan bajito que apénas os habia oido... Pues ya que buscais al señor Cárlos, que por buen mozo hará con voz linda pareja, subid derechito la escalera hasta la primera puerta.

La marquesa, turbada y llena de confusion, empezó á subir la escalera.

— ¡Vaya, vaya! — dijo la portera en tono de mofa: — parece que hoy es dia de lances. Dios os dé una buena hora... ¡cuidado con los tropiezos! — Parece que es aficionado el comandante — dijo la ostrera con voz hombruna: — y en verdad que no es tuerta ni manca su *chaya*...

Apoderóse tal vergüenza y tal espanto de la

marquesa de Harville, que hubiera vuelto atras en aquel mismo instante, si no tuviese que pasár por delante de la puerta en que se hallaban las dos harpias. Haciendo pues un esfuerzo sobrehumano llegó al descanso de la escalera. ¡Pero cual fué su asombro al verse en frente de Rodolfo, que poniéndola un bolsillo en la mano la dijo precipitadamente:

—¡Vuestro marido lo sabe todo y os sigue los pasos!...

Oyóse en aquel instante la voz áspera y chillona de madama Pipelet, que gritaba:

—¿A dónde vais, caballero? —¡Es él! —dijo Rodolfo; y añadió rápidamente empujando por decirlo así á la marquesa hácia la escalera del segundo piso: —Subid al quinto piso, venís à socorrer una familia desgraciada que se llama Morel... —Caballero, si no me decís á dónde vais, tendréis que pasar sobre mi cuerpo, como dijo la antigua guardia en Waterloo —gritó madama Pipelet interceptando el paso al marques.

Este se habia detenido un momento á la entrada del portal al ver hablar á su mujer con la portera,

—Vengo acompañando á esa señora que acaba de entrar—dijo el marques. —¡Ah! dijo madama Pipelet sobrecojida —eso es otra cosa; entónces pasad.

Al oir aquel ruido inusitado, M. Cárlos Robert entreabrió la puerta: Rodolfo la empujó bruscamente, entró en el cuarto del comandante y se encerró con él en el momento en que el marques de Harville llegaba al primer descanso. Temiendo el príncipe ser conocido por el marques, á pesar de la oscuridad de la escalera, aprovechó aquella ocasion de ponerse á salvó.

M. Cárlos Robert, magníficamente vestido con su bata de seda encarnada y color de naranja y un gorro griego de terciopelo bordado de oro, quedó estupefacto al ver á Rodolfo, que llevaba entónces un vestido modesto, y á quien no habia conocido en el baile de la víspera.

— ¿Caballero... qué significa esto?... — le dijo con altivez. — ¡Callad! — le respondió Rodolfo en voz baja y con tal expresion de angustia, que M. Cárlos Robert quedó maquinalmente callado.

Oyóse en medio del silencio un ruido violento como el de un cuerpo que caia rodando por la escalera.

— ¡Oh! ¡la mató el desdichado! — exclamó Rodolfo. — ¡La mató!... ¿á quién?... ¿pero qué es lo que pasa aquí? — dijo Cárlos Robert en voz baja y pálido como un difunto. Rodolfo entreabrió la puerta sin responderle y vió bajar á toda prisa el Cojuelo, que llevaba en la mano la bolsa de seda encarnada que el príncipe acaba de dar á la marquesa de Harville.

El Cojuelo desapareció.

Oíase el paso leve de madama de Harville y el paso mas pesado de su marido, que la seguia á los pisos altos. No pudiendo imaginar cómo se hallaba el bolsillo en poder del Cojuelo, pero mas sereno ya respecto al ruido siniestro de la escalera, Rodolfo dijo imperiosamente á M. Cárlos Robert:

— No salgais hasta de aquí á una hora. — ¡Qué es esto, caballero! ¿que no salga? — repuso M. Cárlos Robert con impaciencia y enojo. — ¿Qué significa todo esto? ¿quién sois y con qué derecho?... — Todo lo sabe el marqués: ha seguido á su mujer hasta vuestra puerta, y suben ahora á los pisos altos. — ¡Poder de Dios! — exclamó Cárlos Robert juntando las manos con estupor. — ¿Pe-

ro qué va á hacer allá arriba? ¿Cómo saldrá de este lance? — No salgais del cuarto ni os movais hasta que os avise la portera — dijo Rodolfo; y dejando al comandante en la mayor inquietud bajó á la portería. — ¿Qué tal, qué tal! — exclamó madama Pipelet brincando de gozo. — ¡Vamos á tener jarana! un caballerete se coló tras la señorita: sin duda es el Juan lanas del marido: al momento lo adiviné, y por eso le he dejado subir. Estoy segura de que va á espachurrar al comandante, y que se alborotará la calle, y que la gente se agolpará delante de la casa como cuando se cometió un *asesino* en el n.° 36. ¡Pero es extraño que no haya empezado ya la gresca! — Querida mia — dijo Rodolfo poniendo cinco luises de oro en la mano de la portera — ¿quereis hacerme un gran servicio?... Cuando baje la señorita preguntadle como está la pobre familia de Morel; decidla que ha hecho una buena obra en venir á socorrerlos, como habia ofrecido la última vez que vino á informarse de ellos.

Madama Pipelet miró asombrada al dinero y á Rodolfo.

— Pero caballero... este oro... ¿es para mí?... ¿no está en el cuarto del comandante esa señorita? — El que la sigue es su marido. Advertida á tiempo la pobre jóven, ha subido al cuarto de la familia de Morel fingiendo que viene á socorrerla; ¿entendeis ahora? — ¿Sí, ya os entiendo?... Como si os pariera... Se trata de que os ayude á bendar los ojos del pobre marido... ¡Jesus! para eso me pinto sola... cualquiera diria que no he hecho otra cosa en toda mi vida: ¡ya lo vereis!...

Acercóse de repente M. Pipelet al umbral de la puerta, caló con enojo el sombrero y dijo á su mujer:

— ¡ Pomona, Pomona ! no hay para tí cosa respetable en el mundo: ¿ qué mas podria hacer M. Cesar Bradamanti ? No debemos burlarnos de lances tan graves, ni aun con el mayor amigo... — Déjate de sermones, vejete mio, y no pongas los ojos en blanco, que me das miedo... ¿ No sabes que me chanceo y que no hay debajo del cielo quien pueda alabarse como yo de no haber cometido jamas una sola ínfi... ? Vamos, ya sabes mi genio. Si hago un servicio á esa señorita, es por consideracion al señor que no parece sino que es el rey de los inquilinos. — Y volviéndose hácia Rodolfo continuó: — Ahora vereis con que primor opero !... ¿ quereis esconderos detras de la cortina ?... Pronto, pronto que ya bajan.

Rodolfo se escondió apresuradamente.

El marques de Harville bajaba en aquel momento dando el brazo á su mujer. Cuando llegaron á la portería, el semblante del marqués expresaba una dicha profunda mezclada de asombro y de confusion.

Clementina estaba pálida y tranquila.

— ¡ Qué tal, mi querida señorita !... — gritó madama Pipelet saliéndoles al encuentro; — ¿ habeis visto á esos desdichados ? ¿ no se os partió el corazon de dolor al ver su miseria ? ¡ Ah ! ¡ Dios premiará la buena obra que haceis ! Ya os he dicho la triste situacion en que se hallaban la otra vez que venisteis á verlos. Dios os dé salud, querida señorita, para socorrer á los desgraciados... nadie merece mas la caridad de las buenas almas que la familia de Morel... ¿ no es verdad, Alfredo ?

El portero, cuyos escrúpulos y natural rectitud le hacian mirar con cierto horror esta tramoya anti-conyugal, respondió á su mujer con una especie de gruñido vago y discordante.

El Marques y la Marquesa de Harville.

Madama Pipelet continuó:

— Perdonad, señorita; mi pobre Alfredo está con su achaque asmático y por eso no puede hablar, pero no dudeis que allá en sus adentros pide á Dios, como yo, que no os olvideis de esos pobrecillos.

El marques de Harville miró á su mujer con admiracion, y exclamó:

— ¡Oh! ¡es un ángel... un ángel!... ¡Una calumnia! — ¿Un ángel? teneis razon, caballero — dijo madama Pipelet: — es un ángel bajado del cielo. — Vámonos, hijo — dijo la marquesa de Harville que se sentia desfallecer por momentos: tal era el horrible tósigo que sufria desde que habia entrado en la casa. — Vamos — repuso el marqués.

Al salir del portal dijo á su mujer:

— ¡Clementina, debo pedirte perdon!... — ¿Y quien no lo necesita? dijo la marquesa dando un suspiro.

Rodolfo salió de su escondrijo profundamente conmovido por esta escena terrible compuesta de ridículez y de grosería; desenlace curioso de un drama misterioso que habia agitado tan diversas pasiones.

— ¿Qué tal? — dijo madama Pipelet — me parece que hemos salido bien del paso. ¡Pobre marido! pobre mandria!... me dá lástima el desdichado. Ahora meteria en una especie de escaparate á su mujer como si fuera una santita... ¿Pero como no han traido ya vuestros muebles, señor Rodolfo? — Voy á mandar que los traigan... Decid al comandante que ahora puede bajar. — Es verdad... ¡Qué chasco garrafal!... mejor le hubiera sido alquilar el cuarto para el rey de Prusia... Pero bien empleado le está, para que aprenda à no dar mas que 12

francos miserables. Esta es la cuarta vez que lo dejaron de planton.

Rodolfo salió.

Alfredo — dijo madama Pipelet, — ahora le toca su vez al comandante: ¡cómo me voy à reir à cuenta suya.

Y subió al cuarto de M. Robert.

— Comandante — dijo madama Pomona llevando militarmente à la peluca el reves de la mano, — vengo à soltaros... se han marchado los dos de brasero los dos, marido y mujer comandante. Pero de buena os habeis escapado; ¡gracias al señor Rodolfo, que à no ser por él... — ¿Se llama Rodolfo ese caballero delgado de bigotes? — El mismo. — ¿Quién es ese hombre? — ¿Ese hombre? — gritó madama Pipelet muy irritada: — ese hombre vale por diez otros que yo conozco. Es dependiente de una casa de comercio, es el rey de los inquilinos, porque à pesar de que no ha tomado mas que un cuarto... no anduvo regateando por cuatro ni ocho mas ó ménos, y me dió seis francos por asistirlo de buenas à primeras... seis francos, comandante, sin regatear una palabra. — Bueno... bueno... Tomad la llave — ¿Se hará fuego mañana, comandante? — ¡No! — ¿Y pasado mañana? — ¡No! ¡no! — Qué tal, comandante ¿no os decia yo que no sacariais para gastos?...

M. Carlos Robert echó á la portera una furiosa mirada y tomó la escalera, sin comprender cómo Rodolfo, dependiente de una casa de comercio, podia hallarse enterado de su cita con la marquesa de Harville.

Al punto de salir el comandante por el portal entró cojeando el hijo de Brazo Rojo.

— ¡Hola, buena pieza! — dijo la portera. — ¿No vino la Lechuza á preguntar por mi? — dijo el

pilluelo á la portera sin responder. — ¿La Lechuza? no por cierto, monstruo infernal. ¿Para que preguntaria por tí la Lechuza?

¡Toma! para llevarme consigo al campo — dijo el Cojuelo meneandose de un lado á otro de la entrada de la porteria. — ¿Y tu amo? — Mi padre suplicó al señor Bradamanti que me dejase ir hoy al campo... á... al campo... al ca..ampo... — respondió el hijo de Brazo Rojo cantando, saltando y repicando en los vidrios del postigo de la portería. — ¡Estate quieto, nube negra del infierno... que me vas à romper los vidrios! ¡Ah, un coche! — ¡Viva la Patria! es la Lechuza! — dijo el muchacho. — ¡Vamos en coche: esta si que es grandeza.

En efecto, al través del cristal se veia sobre la cortina encarnada del lado opuesto el perfil descarnado y barroso de la tuerta.

—Hizo una seña al Cojuelo y este acudió al momento,

El Cochero abrió la portezuela y el Cojuelo subió al coche.

La tuerta no estaba sola,

Al otro lado del asiento se veia al *Macstro de Escuela* embozado en una capa vieja de cuello forrado de pieles, y la cara medio tapada con un gorro de seda negro calado hasta las cejas.

Entre sus párpados encarnados se veian dos ojos blancos y sin pupila, que hacian aun mas espantoso su rostro mutilado, abominable y luciente como un mármol á causa del intenso frio.

—Vamos, cachorro, échate sobre los *pinreles* de mi hombre para calentárselos — dijo la tuerta al Cojuelo el cual se acurrucó como un perro entre las piernas del Maestro de Escuela y de la Lechuza. — Ahora — dijo el cochero — á la aldea de Bouqueval, ¿no es verdad tú, Lechuza? ¡Ya verás

que modo de volar! — Sobre todo *clarea el cutro* (a) — dijo el Maestro de Escuela — porque esta tarde hemos de *agazapar* sin falta la muchacha. — No tengas cuidado, *anublado* (a), que yo le apretaré los hijares. — ¿Quieres que te dé un consejo? — dijo el Maestro de Escuela. — ¿Cual? — repuso el cochero. — Menea el látigo al pasar por delante de los guardas de la barrera, porque como has rondado tanto aquellos sitios, podrán conocerte si vas despacio. — Ya abriré el ojo — repuso el otro subiendo al pescante.

Por este lenguaje se echa de ver que el cochero improvisado era un bandido, digno compañero del Maestro de Escuela.

El coche salió de la calle del Templo.

Dos horas despues, el carruaje en que iban el Maestro de Escuela, la Lechuza y el Cojuelo, se detuvo delante de una cruz de madera puesta en la encrucijada de un camino hondo y desierto, que conducia á la quinta de Bouqueval, en donde se hallaba la Guillabaora bajo la proteccion de la señora Adela Georges.

(a) Aviva el caballo. (b) ciego.

CAPÍTULO III.

IDILIO.

Daba las cinco el relox de la iglesia de Bouqueval: hacia un frió intenso, el cielo estaba claro, y el sol, que bajaba lentamente por detras de las mustias arboledas que cubrian las alturas de Ecouen, enrojecia el horizonte y tendia sus rayos pálidos y oblicuos por la vasta llanura helada.

En el campo todas las estaciones ofrecen recreo y variedad. A veces una nevada convierte la llanura en un inmenso paisaje de alabastro, que brilla con esplendor inmaculado bajo un cielo color de rosa. Al anochecer de estos dias, ya trepe el labrador la colina ó ya descienda hácia el valle para volver á su morada, conoce que se acerca una noche oscura y tenebrosa, siente en las manos y en el rostro la brisa glacial, y lleva cubiertos de blanca nieve el caballo, la capa y el sombrero; pero allá abajo, en medio de los árboles sin hojas, descubre la clara luz de las ventanillas de su casa, la chimenea despide hácia el cielo una densa columna de humo, la cual le recuerda que lo está aguardando una cena rústica, un fuego alegre y reparador y una conversacion doméstica é inofensiva, mientras el norte silba por afuera helando la llanura y trae en veloces ondas el remoto ladrido de los perros.

Otras veces en la escarcha que cubre los árbo-

les, brillan todos los colores de una prisma de cristal herido por los rayos del sol, y en los largos surcos del húmedo barbecho yace tendida la liebre, ó corren por ellos los alegres perdigones. Mas allá se oye el sonido melancólico de la campanilla de un gran rebaño de carneros, que pace en un verde soto ó á lo largo de un precipicio, mientras que el pastor, envuelto en su manta parda con rayas negras y sentado al pié de un árbol, teje un cestillo de juncos al son de cántigas rurales.

La escena es á veces mas animada: el aire trae por intérvalos los ecos del cuerno de caza y las voces de los cazadores; el ciervo sale asustado del bosque y corre hácia el horizonte, perdiéndose de nuevo en otra espesura. Las voces y los ladridos se aproximan; sale del bosque en tropel una multitud de perros de distintos colores, que con el hocico pegado á la tierra corren por los senderos y el barbecho en seguimiento del venado. Salen detras los cazadores vestidos de encarnado, inclinados sobre el cuello de los veloces corceles, y animan la cacería con la voz y el sonido de los cuernos. Este torbellino pasa como un relámpago, el ruido desfallece poco á poco; perros, caballos y cazadores desaparecen en la espesura que se refugió el venado, y todo queda en profundo silencio.

Entónces renace la calma, y la quietud de la llanura solo es interrumpida por el monotono canto del pastor.

. . . . . .

Estas escenas campestres abundan en las cercanías de la aldea de Bouqueval, situada, á pesar de su inmediacion á París, en una especie de desierto al cual solo se podia llegar por caminos trasversales. La quinta de Bouqueval á donde se habia re-

tirado la Guillabaora, oculta entre los árboles durante el verane como un nido entre las ramas, se veia entónces descubierta y sin el denso velo de verdura. El riachuelo helado por el frio parecia una inmensa cinta de plata tendida en medio de prados siempre verdes, en los cuales pace lentamente una manada de vacas en direccion del establo. Varias bandadas de palomas atraidas por la proximidad de la noche, se posaban sucesivamente sobre el techo puntiagudo del palomar: los nogales corpulentos, que en el verano cubrian de sombra el zaguan y los edificios de la quinta, mustios entonces y desnudos de hoja, dejaban ver los techos de teja y de heno cubiertos de un musgo verdegay y amarillento.

Un pesado carro tirado por tres caballos vigorosos, corpulentos, de espesa clin y de piel lustrosa, con colleras azules adornadas de borlas y cordones de lana encarnada, conducian las haces de trigo de uno de los campos de la llanura. El carro entró en el zaguan por la puerta principal, miéntras que un numeroso rebaño de carneros se agolpaba á una de las puertas laterales; y así los animales como las personas parecian desear el descanso y el abrigo. Los caballos relinchaban de alegría al ver la cuadra, los carneros balaban delante de la puerta del corral, y los labradores miraban con ansiosos ojos á las ventanas de la cocina, en donde se preparaba una cena sólida y abundante.

Reinaba en toda la quinta el órden mas métodico y una limpieza extremada. Los arados, los rastros, los trillos y otros instrumentos de labranza, algunos de los cuales eran de nueva invencion, en lugar de hallarse cubiertos de tierra y esparcidos aquí y allá, estaban limpios, pintados y colocados en línea debajo de un gran tinglado en donde colgaban tambien los carreteros los arreos de los caballos. El

zaguan arenoso no presentaba á la vista los montones de estiercol y los charcos de agua podrida que se ven en todas las casas de labranza de las provincias de Bria y Beauce: las aves domésticas entraban al anochecer en el patio rodeado de un verde espaldar, por una puertecita que se abria hácia el campo. Sin detenernos en pormenores, diremos tan solo que esta quinta era justamente considerada en el país como un modelo de establecimientos de labranza, así por el órden que en ella se guardaba y por la excelencia de su agricultura y cosechas, como por la dicha y moralidad de las personas que la habitaban y cultivaban, pues pertenecian á las familias de los labradores mas honrados del distrito.

Hablaremos en otro lugar de las causas de esta prosperidad; por ahora conduciremos al lector á la puerta del espaldar del corral, que no era ménos digno de atencion que el zaguan de la quinta, por la elegancia rústica de sus gallineros y del pequeño canal de piedra por el cual corria sin cesar una agua limpia y cristalina.

Notóse una súbita revolucion entre los habitantes alados de este corral; las gallinas bajaron cacareando de los polleros, los pavos y los patos graznaron, y las palomas y pichones dejaron el techo del palomar y se pasaron en el suelo dando alegres arrullos.

La llegada de Flor de María era la causa de este movimiento general.

Greuze y Watteau no hubieran imaginado jamás un modelo mas encantador, si las mejillas de la pobre Guillabaora fuesen mas redondas y coloreadas; pero sin embargo de su delicada palidez, la expresion de su fisonomía, el conjunto de su persona y la gracia de sus modales, la hubieran hecho digna del pincel de aquellos dos grandes pintores.

Flor de Maria

en la Quinta de Bouquevel

La cofia de Flor de María dejaba ver su frente y sus dos fajas de cabello rubio, y sobre este tocado llevaba, como casi todas las paisanas dela inmediacion de Paris, un pañuelo encarnado de cotonía doblado y sujeto detras de la cabeza con dos alfileres; las puntas de este pañuelo se cruzaban y caian sobre los dos hombros, de un modo tan gracioso y pintoresco que pudiera competir con los mejores trajes nacionales de Suiza y de Italia. La alta pechera de su delantal cubria la mitad de la blanca pañoleta de batista que cruzaba su seno; un jubon de grueso paño azul con mangas ajustadas ceñia su delicada cintura, y se unia con su zagal de fustan pardo con rayas mas oscuras. Las medias blancas, unos zapatos abotinados metidos en unas galochas negras y forrados en piel de cordero, completaban la rústica sencillez de su traje, al cual daba una gracia singular el encanto natural de Flor de María.

Tenia el delantal cojido por ambas puntas, y sacaba de él puñados de grano qae echaba á la multitud de aves que tenia á su alrededor. Un hermoso pichon de extremada blancura y de pico y patas encarnadas, mas atrevido y mas doméstico que sus compañeros, despues de haber revoloteado algunos momentos alrededor de Flor de María, se puso en uno de sus hombros; pero acostumbrada sin duda la jóven á este género de sencillez, siguió echando el grano á manos llenas por algun rato, hasta que por último volvió hácia atrás su dulce rostro, levantó un poco la cabeza y alargó sonriendo su pequeña boca de rosa al pico colorado de su amigo... los últimos rayos del sol cubrian de un pálido dorado este sencillo y candoroso cuadro.

Miéntras la Guillabaora se entregaba á estos cuidados rurales, la señora Adela y el anciano cura de Bouqueval; M. Laporte, sentados junto al fue-

go en la sala de la quinta, hablaban de Flor de María, que era el objeto constante de su conversacion. El anciano eclesiástico estaba pensativo, con la cabeza baja, los codos apoyados sobre las rodillas y extendia maquinalmente hácia el fuego las trémulas manos. La señora Adela, ocupada con su costura, miraba al cura de cuando en cuando y parecia esperar una respuesta.

Despues de un momento de silencio, dijo el anciano:

—Teneis razon, señora Adela será preciso avisar al señor Rodolfo; si pregunta á Flor de María, la niña le esta tan agradecida que acaso confesará á su bienhechor lo que nos oculta á nosotros... —Esa es mi opinion, señor abad: esta noche misma le escribiré con el sobre á la calle de las Viudas, segun me ha advertido. —¡Pobre niña! — repuso el anciano: —¿qué pena puede afligirla, cuando debiera estar tan satisfecha de su suerte?... —Nada puede disipar su tristeza, ni aun la aplicacion con que se entrega al estudio... —Ha hecho progresos maravillosos desde que nos hemos encargado de su educacion. —Así es, señor abad, ha aprendido á leer y escribir, y sabe contar lo bastante para ayudarme á llevar los libros de la quinta. Y luego esa incomparable criatura me ayuda con tal diligencia en todos los quehaceres, que no puedo ménos de quererla y admirarla... y trabaja con tanto afan que á veces temo que se quebrante mas su salud... —El médico negro nos ha dado felizmente buena esperanza con respecto á esa lijera tos que nos tenia sobresaltados. —¡Es tan bueno el señor David! ¡Cómo se interesó por ella! ya se ve, como todos los que la conocen... En esta casa todos la quieren y la respetan: pero no es extraño, porque gracias al cuidado generoso del señor Rodolfo, to-

dos los que habitan esta quinta son los mejores sujetos del país... Sin embargo esa dulzura tímida y angelical que parece que siempre está pidiendo piedad, cautivaria el amor de las personas mas brutales é indiferentes... ¡Pobre criatura!

El anciano continuó despues de algunos momentos de reflexion:

—¿No habeis dicho que Flor de María se habia entregado á esa tristeza desde que madama Dubreuil, arrendataria del duque de Lucenay en Arnouville, ha pasade aquí la temporada de Todos los Santos?—Creo que es desde entónces, señor abad: y sin embargo madama Dubreuil, y sobre todo su hija Clara, modelo de candor y de bondad, se han prendado como todos de la dulzura angelical de María: las dos la amaban entrañablemente. Ya sabeis que nuestros amigos de Arnouville vienen aquí todos los domingos, ó vamos nosotros á verlos; pero á cada visita de estas se aumenta mas la tristeza de María, sin embargo de que Clara la ama como á una hermana.—Todo eso, señora Adela, es para mi un estraño misterio. ¿Cuál puede ser la causa de esa oculta melancolía? Aquí deberia hallarse sin duda muy contenta, porque de esta vida á la que ántes pasaba hay tanta diferencia como del infierno al paraiso... Yo no puedo figurarme que sea ingratitud...—¿Quién, ella? ¡Dios mismo! ¿podrá haber en el mundo una criatura mas agradecida, ni dotada de sentimientos mas nobles y delicados? ¿No hace esa pobre niña cuanto puede para ganar, por decirlo así, su vida? ¿no trata por ventura de compensar con su trabajo la hospitalidad que se le dispensa? Y ademas, no quiere ponerse nunca sino el vestido ordinario de las aldeanas, escepto los domingos, porque yo exijo que se vista con algun esmero para acompañar-

me á la iglesia. Y sin embargo, tiene una presencia tan noble, tan distinguida y natural que no puede desfigurarla el traje mas ordinario : ¿no es verdad, señor abad ? — ¡ Ah ! lo que puede el orgullo maternal ! — dijo sonriendo el eclesiástico.

Al oir estas palabras se arrasaron de lágrimas los ojos de la señora Adela, pues le trajeron á la memoria el hijo que habia perdido.

El cura adivinó el motivo y la dijo:

— ¡ Confiad en Dios, señora ! El cielo os ha enviado esa criatura para ayudaros á encontrar á vuestro hijo. Ademas, luego os uniréis á María con un vínculo sagrado, porque una madrina que conoce sus deberes es casi una madre. El señor Rodolfo ha cumplido ya de antemano las obligaciones de padrino, pues ha salvado su alma sacándola del borde de un abismo. — ¿La creeis ya bastante dispuesta para recibir ese sacramento, que sin duda no ha recibido aun la desgraciada ? — De aquí á un rato volvere con ella á la rectoral, y la diré que esa ceremonia tendrá lugar probablemente dentro de quince dias.

— ¡ Cuanto os lo agradecerá ! ¡ su alma es tan piadosa !... — ¡ Ah, es un dolor el que tenga culpas tan graves que espiar ! — Pero, señor abad, ¿cómo querriais que no hubiese sucumbido, abandonada á sí misma desde la infancia, sin recursos, sin apoyo y precipitada, por decirlo así, á pesar suyo, en la senda del error y del vicio ? — El buen sentido moral debiera haberla iluminado y sostenido. Y ademas ¿ha procurado acaso huir de su horrible situacion ? ¿es por ventura tan rara la caridad en Paris ?

— No hay duda que no, señor abad : no faltan personas caritativas, pero la dificultad está en encontrarlas. ¡ Cuántos desvíos, cuanta indiferencia no hay que sufrir ántes de hallar una sola ! Y á esto se añade el que para salvar á María no bastaba una

limosna casual ó pasagera, sino un interes continuo que le hubiese proporcionado los medios de ganar honrosamente la vida... Muchas madres la hubieran socorrido y mostrado su conmiseracion; pero la dificultad estaba en encontrarlas. ¡Ah!? creedme, señor cura; he conocido el desamparo y la miseria... y á no ser por una casualidad tan providencial como la que ha puesto á Maria en el camino del señor Rodolfo, aunque demasiado tarde por desgracia; á no ser, repito, por una de esas casualidades, los desgraciados, brutalmente repelidos cuando piden socorro la primera vez, creen que es imposible hallar la caridad, y acosados por el hambre... por el hambre imperiosa y desapiadada, buscan con frecuencia en el crímen los recursos que no esperan hallar en la conmiseracion.

La Guillabaora entró en la sala.

—¿De dónde venís, hija mia? —le preguntó madama Adela con interés. — De ver la fruta, señora, y de cerrar las puertas del corral. La fruta está bien conservada; apenas he entresacado alguna podrida. —¿Porqué no habeis dicho á Claudia que hiciese ese trabajo, María? Os habreis fatigado mucho. —¡Oh, no, señora! para mí es una diversion: ¡me agrada tanto el olor de la fruta madura!... — Un dia de estos vereis el frutero de María, señor abad — dijo la señora Adela. — No podeis figuraros como lo tiene arreglado: cada especie de fruta está separada por una guirnalda de racimos, y aun las mismas especies están divididas en cuadros formados con musgo. — ¡Ah! señor cura, estoy segura de que os gustará — dijo la Guillabaora. — Vereis que hermoso efecto hace el musgo alrededor de las manzanas encarnadas y de las peras amarillas como el oro. Sobre todo hay unas camuesas tan lindas encarnadas y color de paja, que

parecen cabecitas de querubines metidas en un nido de musgo verde — añadió María con el entusiasmo de un buen artista al contemplar su obra.

El cura miró sonriendo á madama Adela, y dijo á Flor de María.

— He admirado ya la lechería que habeis arreglado por vuestra mano, hija mia, y me parece que os envidiaria vuestra obra la labradora mas entendida: veré tambien vuestro frutero uno de estos dias, las hermosas manzanas, las peras color de oro, y sobre todo vuestros querubines en su nido de musgo verde. Pero el sol se va poniendo ya, y no tendreis tiempo para acompañarme á la rectoral y volver antes que sea de noche... Poneos el manton y vámonos, hija mia... Pero no, hace mucho frio; será mejor que os quedeis y que me acompañe cualquiera persona de la quinta. — Señor cura, la dariais un mal rato — dijo madama Adela: — no tiene mayor gusto que el de acompañaros todas las tardes á la rectoral. — Señor abad — añadió la Guillabaora clavando en el anciano sus grandes y tímidos ojos — creeria que no estabais contento de mí, si no me permitieseis acompañaros como de costumbre. — ¡Yo! hija de mi alma... tomad, tomad pronto el manton, y abrigaos bien y vámonos.

Flor de María se echó apresuradamente en los hombros una especie de pelliza con capucha, de una tela gruesa de lana blanca bastillada con un galon de terciopelo negro, y dió el brazo al anciano.

— Afortunadamente — dijo el cura — no está léjos la rectoral, y el camino es seguro. — Hoy salís mas tarde que los demás dias — dijo madama Adela: — ¿quereis que alguien os acompañe, María? — Dirian que tengo miedo — repuso María sonrien-

do. —Gracias, señora, no quisiera que nadie se incomodase por causa mia : como no hay mas que un cuarto de hora de aquí á la rectoral, estaré de vuelta antes de la noche. — No insisto mas, porque, gracias á Dios, nunca se ha hablado de malhechores en este país. — A no ser así no aceptaria el brazo de nuestra amada niña, — dijo el anciano — aunque á la verdad es el báculo mas seguro que tengo.

Pocos momentos despues salió el cura de la finca apoyado en el brazo de Flor de María, que arreglaba su paso lijero al andar lento y penoso del anciano.

. . . . . .

Al cabo de algunos minutos el cura y la Guillabaora llegaron al camino hondo, en donde estaban emboscados el Maestro de Escuela, la Lechuza y el hijo de Brazo Rojo.

CAPÍTULO IV.

LA EMBOSCADA.

La iglesia y la rectoral de Bouqueval estaban situadas en el declive de una colina en medio de un bosque de castaños, desde donde se descubria el pueblo. Flor de María y el anciano entraron en un sendero tortuoso que conducia hasta la casa del abad, y cruzaron el camino hondo que atravesaba diagonalmente la colina. La Lechuza, el Maestro de Escuela y el Cojuelo, escondidos en un barranco del camino, vieron bajar á la quebrada al sacerdote y á Flor de María, y salir por el declive escarpado del lado opuesto. La capucha del manton de la Guillabaora cubria de tal modo sus facciones, que la Lechuza no pudo reconocer á su antigua víctima.

— Silencio — dijo la vieja al Maestro de Escuela — la muchacha y el cura acaban de pasar el barranco; es la misma segun las señas que me dió el hombre alto vestido de luto: traje de aldeana, estatura mediana, guardapié con rayas oscuras y manton de lana con bastilla negra. Acompaña todos los dias al cura á la rectoral, y se vuelve sola: cuando vuelva á pasar por allí, al otro lado de la barranca, caeremos sobre ella y la meteremos en el coche. — ¿Y si grita y pide socorro? — dijo el Maestro de Escuela — la oirian en la quinta, pues segun decís se ven las casas desde aquí. ¡Ah! vo-

sotros podeis ver! — añadió el bandido con desesperacion. — Desde aquí se ven las casas muy cerca — dijo el Cojuelo. — Hace un momento que he subido á lo alto de la loma arrastrándome con el vientre abajo... y por mas señas he oido la voz de un carretero que hablaba á sus caballos en el zaguan de aquella casa... — Entónces hay que hacer lo siguiente — repuso el Maestro de Escuela despues de un momento de silencio: El Cojuelo se pondrá en acecho al principio del sendero. Cuando vea venir de léjos á la muchacha, correrá hácia ella, gritando y diciendo que es hijo de una pobr anciana que ha caido en el barranco del camino hondo y se ha lastimado, y suplicará á la muchacha que venga á socorrerla. — Ya caigo; la viejecita será la Lechuza. Bien pensado: ¡eres el rey de los sabios! ¿Y qué haremos despues? — Te pondrás en el camino hondo cerca del sitio en donde nos aguarda Barbillon con el coche... Yo estaré por allí cerca, y cuando el Cojuelo haya traido la muchacha á lo mas hondo de la quebrada, te arrojarás á ella, le echarás una mano al pescuezo, y con la otra le taparás la boca para impedir que chille. — Ya te entiendo, amoroso... lo mismo que se hizo con la muger del canal de san Martin, cuando la *echamos á nadar* despues de haberla *agafudo* (a) el bulto negro que llevaba: el mismo manejo ¿no es verdad? — El mismo... Mientras que tú tienes bien segura la muchacha, el Cojuelo viene á buscarme, y entre los tres la envolveremos en mi capa, la llevaremos al coche de Barbillon y de allí al llano de san Dionisio, en donde nos aguarda el hombre vestido de luto. — ¡Ese plan no tiene precio! Mira, amoroso, no hay cabeza como la tuya

(a) Cuando la ahogamos despues de haberla robado.

en el mundo entero para salir de apuros. Si fuese rica te celebraria con fuegos artificiales y con iluminaciones de vasos de color *á la saint Charlot*, que es el patrono de los verdugos. ¡Aprende, aprende tú, *similirate* (b), patacoja! Si quieres ser un *murcio* (c) de provecho, ve tomando estas lecciones: ¡qué hombre tan admirable! — dijo con orgullo la Lechuza al Cojuelo.

Y dirigiéndose luego al bandido, continuó:

Aun no te he dicho que Barbillon tiene un miedo horroroso á una acusacion capital, y á que lo saquen á divertir al público. — ¿Porqué? — El otro dia, volviendo Barbillon, el Cojo Gordo y el Esqueleto de la casa de la viuda de Marcial el guillotinado, que tiene una taberna en la isla del Ravageur, trabaron una disputa con el marido de una lechera, que viene todas las mañanas con su carrito tirado por un pollino á vender leche en la Cité, esquina de la Drapería Vieja cerca de la taberna del Conejo Blanco, y lo *baraustaron* (d) en un santiamen.

El hijo de Brazo Rojo no entendia el caló, y miraba á la Lechuza de hito en hito con suma curiosidad.

— ¡Ya quisieras saber lo que hablamos! ¿es verdad, tú, patizambo? — Hablais de la viuda de Marcial, que vive en la isla del Ravageur cerca de Asnières: la conozco, lo mismo que á su hija Calabaza, y á Francisco y Amandia que son el batidero de la casa... Pero en seguida hablasteis de *baraustar* á no sé quien... y eso es sin duda caló. — Sí por cierto, y si eres buen muchacho te lo enseñaré, porque vas entrando ya en la edad en que puede

(b) Ladroncillo temeroso. (c) Ladron. (d) Lo mataron á puñaladas.

servirte. ¿Tienes ganas de saber el caló, gorrion? — ¡Ya se ve que sí! Mejor quisiera andar con vosotros que amasar las drogas del viejo Bradamanti. Si supiera en donde tiene escondido el *veneno de los ratones para la gente*, le habia de echar un poco en la sopa para que fuese á sacar muelas al otro mundo.

Echóse á reir la tuerta y dijo al Cojuelo tirándole hácia sí:

— Ven á besar á tu mamá, clavelito del alma mia!... ¡Qué muchacho de salida!... ¿Pero cómo supiste que tu amo tenia veneno de ratones para la gente? — ¡Toma! porque se lo oí decir un dia que me escondí en la alcoba del cuarto en donde tiene las botellas, y las máquinas de acero y los pucheros. — ¿Y qué le has oido decir?... — preguntó la Lechuza. — Le he oido decir á un señor, al darle unos polvos envueltos en un papel: «Si estuviérais á mal con la vida, en tomando tres dósis, os quedariais para siempre dormido sin mal y sin dolor.»

¿Quién era ese señor? — preguntó el Maestro de Escuela.

— Era un señor jóven y bien portado, que tenia bigote negro y una cara de mujer... Cuando vino segunda vez, lo seguí por órden de M. Bradamanti para saber en donde vivia, y lo he visto entrar en una buena casa de la calle de Chaillot. Mi amo me habia dicho: «Vaya á donde vaya ese señor, tú lo seguirás hasta la puerta de su casa; si vuelve á salir síguelo tambien, porque la segunda casa en donde entre será sin duda su morada. Arréglate de manera, amigo Cojuelo; que no te vengas sin saber su nombre... porque sino te caliento las orejas de aquel modo que sabes.» — ¿Y despues? — ¿Despues? me goberné de manera que

supe el nombre del señorito. — ¿Y cómo lo supiste? — preguntó el Maestro de Escuela. — ¡Toma! ¿soy algun tonto? me metí de hocicos en la portería de la casa de la calle de Chaillot, porque el señor no volvió á salir, y viendo á un portero muy empolvado y con librea de cuello amarillo galoneado de plata, le dije de esta manera: «Señor portero, vengo á buscar cinco francos que me ofreció el amo de esta casa por haber hallado su perro: que le he entregado ya; un perrito negro que se llama *Trompeta*; y por mas señas que el caballero, que es moreno, bigote negro, levita gris y pantalon azul claro: me dijo que vivia en la calle de Chaillot, n° 11, y que se llamaba M. Dupont.» — «El caballero de quien hablas es mi amo, y se llama el señor vizconde de Saint-Remy. Aquí no hay mas perro que tú, hidepú... ladronzuelo; y así lárgate ó te rompo las costillas para enseñarte á robarme cinco francos» — me respondió el portero dándome un soberano puntapié... No importa — añadió el Cojuelo con aire filosófico — ya tenia en el cuerpo el nombre del señorito de bigote negro, que habia comprado á mi amo el veneno de ratones para los hombres cansados de vivir: se llama el vizconde de Saint-Remy, my, my, Saint-Remy — añadió el hijo de brazo Rojo salmodiando las últimas palabras, como tenia de costumbre. — ¡Tú quieres sin duda que te coma crudo, tierno pichon del alma! — exclamó la Lechuza besando al Cojuelo: — ¿habrá en el mundo un diamante como este? ¡Quien tuviera la gloria de ser tu madre!

La tuerta estrechó en sus brazos al Cojuelo con una expresion grotesca. El hijo de Brazo Rojo, profundamente conmovido por esta prueba de afecto, manifestó á la vieja su agradecimiento diciendo en alta voz:

—¡No teneis mas que mandarme, y veréis como os obedezco y os sirvo! —Tambien te aseguro que no te pesará. —Yo quisiera mas bien andar en vuestra compañía. —Ya arreglarémos eso con tal que seas buen muchacho; y tú no nos dejarás tampoco ¿es verdad, amoroso? —No—dijo el Maestro de Escuela; —me conducirás como á un pobre ciego, dirás que eres hijo mio, nos introducirémos en las casas, y si es menester matarémos y...—añadió encolerizado el asesino; —con la ayuda de la Lechuza podremos dar aun algunos asaltos... Yo haré ver á ese demonio de Rodolfo que me ha cegado, que sirvo todavía para algo... Me ha robado la vista, pero no me ha robado la facultad de hacer mal: yo seré la cabeza, el Cojuelo los ojos, y tú, Lechuza, tú serás las manos, y todo irá á pedir de boca, —¿No sabes que soy tuya con alma y corazon; amoroso? ¿No sabes que cuando salí del hospital y supe que habias preguntado por mí en la taberna de la Pelona, me fuí derechito á la aldea en donde estabas y he hecho creer á aquellos paisanos que era tu mujer?

Estas palabras de la tuerta dispertaron en el bandido recuerdos desagradables, y cambiando súbitamente de tono con la Lechuza, dijo con voz colérica:

—Sí, ya me cansaba de vivir solo entre aquella gente honrada; al cabo de un mes ya me moria de tedio... Entónces se me ocurrió llamarte á mi lado, que ojalá nunca lo hubiera hecho—añadió con tono mas irritado: —al dia siguiente de tu llegada me robaron el resto del dinero que me habia dado aquel demonio de la calle de las Viudas. Sí... me robaron mi cinto lleno de oro miéntras dormia, y solo tú eras capaz de tal accion; por eso me encuentro ahora á tu merced. ¡Cada vez

que me acuerdo de esto, no sé como no te mato, ¡vieja ladrona infernal!!.

Y dió un paso hácia la Lechuza.

—¡Cuidado con hacer mal á la Lechuza! —gritó el Cojuelo. —¡Os mataré á los dos juntos, canalla endemoniada! —gritó el bandido lleno de rabia; y oyendo hablar á su lado al hijo de Brazo Rojo, le descargó un puñetazo tan furioso, que á no separarse á tiempo el muchacho le hubiera quitado la vida. Resuelto el Cojuelo á tomar venganza por sí y por la Lechuza, cojió una piedra, apuntó al Maestro de Escuela y le dió con ella en medio y medio de la frente. El golpe no fué de peligro, pero causó un agudo dolor al bandido, que lleno de furor como un toro herido, levantóse de un salto, dió algunos pasos hácia delante, y se detuvo. —¡Salta! ¡que te despeñas!!! —gritó la Lechuza riendo á carcajadas.

A pesar de los infames lazos que la unian á aquel monstruo, veia por muchas razones y con una especie de alegría feroz, el miserable anonadamiento de un hombre antes tan temible y tan preciado de su vigor descomunal.

La tuerta justificaba en su clase el terrible pensamiento de La Rochefoucauld, de que «siempre sentimos alguna satisfaccion con la desgracia de nuestros mejores amigos.» El odioso niño de cabello amarillo y hocico de huron participaba de la alegría de la vieja, y al ver que el Maestro de Escuela daba otro paso con furor, gritó:

—¡Abre el ojo! ¡salta que hay lodo!... ¡Mira que tropiezas!... ¡Limpia las antiparras, majadero!

Viendo el hercúleo asesino que le era imposible cojer al muchacho, dió una terrible patada en el suelo, llevó á los ojos los enormes puños velludos

y dió un ronco rugido como el de un tigre hambriento.

— ¡Qué tos fiera tienes, vejete! — dijo el hijo de Brazo Rojo. — Toma, toma un poco de regalicia que me dió un carretero, y chúpala sin asco.

Y cogiendo un puñado de arena la arrojó á la cara del anciano.

Herido en el rostro por esta lluvia de arena, el Maestro de Escuela sintió mas amargamente este nuevo insulto que la anterior pedrada; púsose pálido como un cadáver, tendió de repente los brazos en cruz con indecible desesperacion, y levantando hácia el cielo su espantoso rostro cubierto de lívidos costurones, exclamó en tono de humilde súplica:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Esta humillacion involuntaria ante la conmiseracion divina, en un hombre cubierto de todos los crímenes, en un bandido que poco antes era el terror de los mayores criminales, pareció una inspiracion providencial.

— ¡Je! je! je! amoroso, ¡qué bien haces el crucifijo! — gritó la Lechuza soltando la risa. — Mira que te se va la lengua; al diablo es á quien debes llamar para que te consuele. — ¡Dadme un cuchillo! ¡un puñal siquiera para matarme!! ya que nadie tiene compasion de mí!... — gritó el miserable mordiéndose los puños con un furor salvaje. — ¡Un cuchillo!... ¿no tienes uno en la faltriquera, amoroso? y bien afilado por cierto... El viejecito de la calle de Roule... ya me entiendes... en una noche de luna... y el boyero del camino de Poissy, han debido llevar buenas noticias al otro mundo de tu cuchillo... ¿Porqué no lo experimentas en tus carnes?

Viendo el Maestro de Escuela que solo quitándose

la vida podia salir *honrosamente* de este apóstrofe, mudó la conversacion y dijo con voz sofocada y ademan cobarde:

— El Churiador sí que era bueno: no me robó, no, y tuvo lástima de mí. — ¿Porqué me dijistes que te habia *murciado* tu *mina mayor* (a)? — repuso la Lechuza conteniendo con dificultad la risa. — Nadie mas que tú ha entrado en mi cuarto — dijo el bandido; — fuí robado en la misma noche que llegaste: ¿qué habia de pensar? Aquella pobre gente era incapaz de... — ¿Y porqué no robarán los paisanos como otro cualquiera? ¿será acaso porque toman leche y siegan la yerba para las vacas? — Pero lo cierto es que fuí robado... — ¿Y tengo yo la culpa? ¿Piensas que si te hubiese robado el cinto estaria un minuto contigo? ¡Qué majadería! Lo cierto es que si hubiese podido, te lo hubiera limpiado; pero á fé de Lechuza que no me verias el bulto hasta que gastase el último ochavo, porque á pesar de tus ojos blancos, me agradas aun... asesino!... Vamos, vamos, no te enfades ni rechines así los dientes. — ¡Parece que está rompiendo nueces! — dijo el Cojuelo. — ¡Je! je! je! tienes razon, Cojuelo... Vamos serénate, amoroso, serénate y déjalo reir que es cosa de muchachos... Pero confiesa que no tienes razon: cuando el hombre alto vestido de luto, que parece el gancho de la muerte, me dijo: « Os daré mil francos con tal que robeis la chica que está en la quinta de Bouqueval, y la lleveis á un sitio del llano de San Dionisio que os indicaré, » responde, amoroso ¿no te propuse el negocio sobre la marcha en lugar de escoger á otro que viese mejor que tú? Y esto lo hice solamente por caridad: porque ¿de qué nos servirás tú? de

(a) Robado tu oro.

maldita la cosa... á no ser para sujetar la muchacha mientras la empaquetamos el Cojuelo y yo. Pero, prescindiendo de que te hubiera limpiado el cinto si hubiese podido, me gusta hacer bien á los amigos, y quiero que debas este favor á tu Lechuza querida: ¡ya sabes que tengo un genio caritativo! Daremos doscientos francos á Barbillon por habernos traido en el coche, y por haber venido una vez con el criado del señor enlutado para reconocer el sitio en donde debíamos escondernos para aguardar á la muchacha... nos quedarán ochocientos francos para los dos, y nos regalaremos con ellos... ¿Qué te parece de esto? ¡Y aun dirás mal de tu vieja! —¿Y quién me responde de que me darás algo despues que cobres el dinero? — dijo con desconfianza el bandido. — Es cierto que pudiera no darte nada, porque dependes de mí como en otro tiempo la Chillona... y nada me impediria quemarte la sangre mientras que Satanás te deja andar por este mundo, ¡je! je! je! Vamos, amoroso, no hagas rabiar mas á tu Lechuza... — añadió la tuerta tocando el hombro del bandido, que guardaba un mudo silencio. — Tienes razòn — dijo dando un intenso suspiro de furor; — ¡qué horrible suerte la mia! ¡Yo, yo á la merced de un niño y de una muger á quienes podria matar de un solo bofeton! ¡Oh! si no temiese tanto la muerte! — añadió dejándose caer de espaldas contra el declive del barranco.

— ¡Miren que cobarde! ¡que poltron! — dijo la Lechuza con desprecio. — ¿Porqué no te metes ahora á predicador? Oyes, si no has de tener mas ánimo, te planto y me voy con la musica á otra parte. — ¡Y no poder vengarme de ese hombre que me ha martirizado y reducido á la miserable situacion de que no saldré jamás! — exclamó el

Maestro de Escuela mas y mas enfureeido. — ¡Ah! temo la muerte, sí... la temo mucho; pero si me dijesen van á poner ese hombre entre tus brazos pero tendrás que arrojarte con él á un abismo; » yo responderia sí que me arrojen con él..» porqué estoy seguro de que no le largaria antes de llegar al profundo... y cuando fuésemos rodando los dos le morderia la cara, y el pescuezo, y el corazon; lo mataria con los dientes, porque tendria zelos del puñal — Enhorabuena, amoroso, enorabuena, así me gusta... Serénate y no tengas cuidado que ya nos veremos con el tal Rodolfo... y con el Churiador tambien... No te desanimes, que ya nos caerán en las uñas... yo te lo digo, yo! — ¿De veras no me abandonarás? dijo el bandido á la Lechuza con aire sumiso y desconfiado. — Si me abandonases ahora ¿que seria de mí? — Es verdad... Pero dime, amoroso... ¿que te parece, si nos escurriésemos ahora con el coche el Cojuelo y yo, y te dejásemos ahí... en medio de los campos... de noche, con un frio que llega al corazon? ¡que broma tan salada seria! no es verdad asesino?

El Maestro de Escuela se estremeció al oir esta amenaza; acercóse temblando á la Lechuza y la dijo:

— No, no harás tal, Lechuza... ni tampoco tú, Cojuelo... seria una mala accion. — ¡Ja, ja, ja! mala accion!... ¡qué simple!... ¿Y el viejecito de la la calle de Roule? ¿y el ganadero? ¿y la mujer del canal de San Martin? ¿y el señor de la calle de las Viudas? ¿crees que hablarán bien de la humanidad de tu... *churí?* (a) No te vendria mal, no, un poco de la hiel que les hicistes tragar. — Estoy en vuestro poder, no abuseis de mí... — di-

(a) puñal.

El Maestro de Escuela á los pies de la Lechuza.

jo el bandido. — Confieso que no tuve razon en sospechar de tí, y ménos en pegar al Cojuelo; te pido perdon, Lechuza ¿oyes?... y tambien á tí, Cojuelo... os pido perdon á los dos. — Yo quiero que lo pida de rodillas por haber querido pegar á la Lechuza — dijo el Cojuelo. — ¡Que ocurrencia! ¡ven acá joya del alma! — dijo la Lechuza tendiendo los brazos hácia el Cojuelo. — Pero me gustaria ver que figura haces de rodillas, amoroso. ¡Vamos ponte de rodillas como si fueses á declarar tu atrevido pensamiento á la Lechuza. Pronto, sino te dejamos solo; y ten entendido que se está cerrando la noche. — Para ese caballero lo mismo tiene el dia que la noche — dijo el Cojuelo — porque nunca abre las ventanas de su palacio. — Vaya, ya estoy de rodillas... Te pido perdon otra vez, Lechuza... y á tí tambien Cojuelo... ¿estais contentos? — dijo el bandido arrodillándose en medio del camino. — Ahora no me abandonareis ¿no es verdad?

Este grupo presentaba un estraño y horrible espectáculo en el fondo del oscuro barranco, apénas alumbrado por la moribunda luz del crepúsculo. En medio del sendero estaba el Maestro de Escuela arrodillado con los nervudos brazos tendidos hácia la tuerta; su aspera y espesa cabellera caia como la melena de una bestia sobre su lívida frente; los párpados rojos, abiertos por el terror, dejaban ver unos ojos blancos vidriados y muertos como los de un cadáver. El hercúleo bandido estaba de rodillas trémulo y humillado delante de una mujer y de un niño.

La vieja, rebozada en un manton encarnado y con un tocado de tul en la cabeza que daba paso á algunos mechones de pelo blanco estaba en pié delante del Maestro de Escuela. El rostro huesudo, lleno de arrugas y aplomado de esta vieja con

nariz de gancho, expresaba un gozo insultante y feroz: su único ojo brillaba como una áscua de fuego y una risa infernal separaba sus labios barbudos, y abria paso á tres ó cuatro dientes descarnados y amarillos.

El Cojuelo vestido con su blusa ceñida con una correa, estaba sobre un pié y se apoyaba en el brazo de la Lechuza para guardar el equilibrio.

El rostro enfermizo y siniestro de este ser raquítico, tenia en aquel momento la expresion de una malignidad diabólica. La sombra proyectada por la pared del barranco aumentaba el horror de esta escena medio oculta ya en las sombras de la próxima noche.

— Prometedme siquiera que no me abandonareis — prorrumpió el Maestro de Escuela asombrado por el silencio que guardaba la Lechuza y el Cojuelo. — Qué ¿no estais aquí? — añadió el asesino inclinándose para escuchar y tendiendo maquinalmente los brazos. Sí, sí, amoroso, estamos aquí, no tengas miedo: ¡ántes moriria que abandonarte. Mira, para que vivas seguro voy á decirte de una vez la razon porque no te abandonaré. Escucha: siempre me ha gustado tener una persona ó un animal en quien clavar las uñas y descargar mi cólera. Antes de la Chillona, (que mala sarna la mate, porque nadie me saca de la cabeza la idea de quemarle el hocico con vitriolo) ántes de la Chillona querido mio, he tenido un muchacho que se fué al otro mundo, porque no estaba á bien con la vida que le daba, y por eso me tuvieron seis años en la *trena* (a); mientras estuve presa me entretenia en domesticar algunos pájaros y en desplumarlos vivos, pero esta diversion no me duraba mucho

(a) carcel.

porque se morian pronto: despues que me dieron libertad me cayó en las uñas la Chillona, pero la sarnosa se me escapó dejándome sin la diversion que podia sacar aun de su pelleja: despues de la Chillona tuve un perro al cual hice pasar las de San Patricio, hasta que al fin le corté una pata de delante, y despues otra de atras, y hacia una figura tan chavacana que al verlo me moria de risa. — Lo mismo he de hacer yo con un perro que me ha mordido — dijo el Cojuelo. — Cuando volví á encontrarte, amoroso — continuó la Lechuza, — estaba en vísperas de dar á un gato el último tormento... Pero ya que así lo ha querido la suerte serás ahora tú mi gato, mi perro, mi pájaro, mi Chillona; serás enfin el animal en quien desahogue mis malos ratos. ¿entiendes, amoroso? en lugar de tener un pàjaro ó un chiquillo para divertirme atormentàndolos, tendré como si dijeramos uu lobo ó un tigre y por cierto que serà cosa de ver. — ¡Vieja infernal! — exclamó el Maestro de Escuela levantàndose con furor. — Està visto, no sabes mas que insultarme. Pues bien, dejame, dejame de una vez. Buenas noches, adios para siempre. — Ahí tienes el campo frente la nariz; ciego y cornudo; màrchate derechito que ya llegaràs à alguna parte — dijo el Cojuelo soltando una risotada. — ¡Oh la muerte! la muerte! gritó el bandido retorciéndose los brazos.

Inclinóse de repente el Cojuelo hàcia el suelo, y dijo en voz baja:

— Oigo pasos, agachémonos. No es la muchacha porque vienen por el lado de la quinta.

En efecto al cabo de algunos minutos apareció una paisana jóven y robusta, con un canastillo cubierto en la cabeza y seguida de un enorme mastin de los Pirineos; y cruzando el camino siguió el sen-

dero que habian llevado la Guillabaora y el sacerdote. Ya volveremos à encontrar estos dos personajes, y dejaremos por ahora emboscados á los tres cómplices en la honda quebrada.

CAPÍTULO V.

LA CASA RECTORAL.

Los últimos rayos del sol se ocultaban lentamente en el horizonte detras de la quinta de Bouqueval, y una inmensa llanura endurecida por el hielo se extendia en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista; vasta soledad en la cual se descubria la quinta como una oasis en medio del desierto. El cielo estaba sereno y cubierto al lado de occidente de un celaje de púrpura, señal segura de vientos y de frio: estos celajes de un rojo vivo se oscurecian á medida que el crepúsculo iba invadiendo la atmósfera. La luna nueva empezaba á brillar suavemente como un delicado semicírculo de plata, en medio de un cielo azul sembrado ya de algunas estrellas. Reinaba un profundo silencio en aquella hora tranquila y solemne, y el anciano eclesiástico se detuvo un momento en lo alto de la colina para gozar del espectáculo que se ofrecia á su vista. Despues de algunos momentos de silencio, extendió la trémula mano hácia el horizonte medio oscurecido por la neblina del crepúsculo, y dijo á Flor de María que estaba en pié á su lado:

—Mirad, hija mia, esa inmensidad sin término... no se oye el mas leve ruido, y parece que este silencio nos da una idea de lo infinito y de la eternidad... Os digo esto, Flor de María, porque conozco el efecto que causan en vuestro ánimo las bellezas

de la creacion. y mas de una vez he notado, pobre y desamparada niña, la admiracion poética y religiosa que os inspiran... ¿No os admirais como yo de la calma solemne que reina en este momento?

La Guillabaora no respondió.

Miróla sorprendido el cura, y vió que lloraba.

—¿Qué teneis, hija mia? —¡Soy muy desgraciada, señor abad! —¡Desgraciada! ¿Vos... sois ahora desgraciada? — Ya sé que no tengo derecho para quejarme, despues de lo que han hecho por mí... pero... —¿Pero qué, hija mia? —¡Ah! señor cura, perdonad mi afliccion... acaso ofendo con ella á mis bienhechores. — Muchas veces os hemos preguntado, María, el motivo de la tristeza que os consume y que causa tanta inquietud á vuestra segunda madre. No habeis querido respondernos, y hemos respetado vuestro secreto, por mas que deseamos poner término á vuestro mal. —¡Ah, señor cura! seria imposible deciros lo que siento. Tambien mí corazon se ha conmovido como el vuestro al contemplar esta tarde triste y serena... y por eso he llorado... —¿Pero que teneis, hija mia? Sabeis cuanto os amamos: sed franca, abridme vuestro corazon. Además debeis saber, María, que se acerca la hora en que la señora Adela y el señor Rodolfo se presentarán en la pila bautismal y contraerán ante Dios la obligacion de protegeros. —¡Quién! ¿el señor Rodolfo?... ¿el que me ha sacado de la nada, de la miseria, de la muerte? — —exclamó Flor de María; —¿me dará esa nueva prueba de amor paternal? ¡Oh! no, señor cura; nada os ocultaré, no quiero ser ingrata.—¡Ingrata!... ¿porqué? — Para que me entendais mejor os hablaré ántes de los primeros dias que he pasado en la quinta—Bien, hablemos andando; decid.—¡Ah! seréis indulgente conmigo, señor cura, por-

que os sorprenderá lo que voy á deciros. — El Señor os ha probado que es misericordioso: confiad en él, hija mia. — Cuando he sabido al llegar aquí que me quedaria en la quinta con la señora Adela — dijo Flor de María despues de un momento de pensativo silencio — he creido que era un sueño lo que me pasaba. Al principio sentí una especie de atolondramiento con la felicidad que esperimentaba y no pensaba mas que en el señor Rodolfo. ¡Cuántas veces levantaba á pesar mio los ojos al cielo, como para verle allí y darle gracias por los beneficios que me dispensaba! Ahora sí, ahora me acuso señor cura, de haber pensado mas en él que en Dios, porque habia hecho por mí lo que á mi entender solo Dios podria haber hecho. Mi felicidad era igual á la de aquel que se ha salvado de un gran peligro. Erais tan buenos para mí, señor cura, vos y la señora Adela, que me consideraba ménos culpable que digna de lástima.

El cura miró con sorpresa á la Guillabaora: esta continuó:

— Acostumbréme poco á poco á esta vida dulce y apacible, sin acordarme al dispertar de que estaba en la taberna de la tia Pelona, y dormia segura y tranquila: todo mi placer consistia en ayudar á la señora Adela en sus trabajos diarios, en tomar las lecciones que me dabais, señor cura, y en aprovechar vuestras exhortaciones. Esceptuando algunos momentos de vergüenza al acordarme de lo pasado, me tenia por dichosa creyéndome igual á todos, porque todos eran buenos para mí, cuando un dia...

Los sollozos interrumpieron á Flor de María.

— Calmáos, niña querida. ¿Porqué llorais? continuad, continuad, hija mia.

La Guillabaora enjugó las lágrimas y dijo:

—Ya os acordais, señor cura de que madama Dubreuil, arrendataria del duque de Lucenay en Arnouville, ha venido á pasar con su hija una temporada en la quinta por Todos los Santos. —Sí me acuerdo, y he observado por placer la amistad que trabasteis con Clara Dubrueil, que es por cierto una muchacha dotada de excelentes prendas. —Es un ángel, señor cura, un ángel... Cuando supe que debia venir á pasar algunos dias á la quinta, mi dicha ha sido tal que solo pensaba en el momento de ver á mi deseada compañera. Llegó por fin, á tiempo que estaba componiendo mi cuarto en el cual debíamos dormir las dos, y me han llamado para recibirla. El corazon me saltaba en el pecho cuando entré en la sala: la señora Adela, señalando á la hermosa jóven, que me miraba con un aire de encantadora modestia y dulzura, me dijo: «María, aquí teneis una amiga.» «Espero, hijas mias, que viviréis como dos hermanas,» añadió madama Dubreuil. Apénas hubo dicho su madre estas palabras, cuando Clara corrió á abrazarme... Entónces, señor cura, —dijo llorando Flor de María — —no sé lo que me pasó... pero cuando sentí junto á mi cara marchita y pálida las tersas y rosadas mejillas de Clara... mi rostro se cubrió de rubor y mi corazon de congoja y remordimiento... acordándome de lo que yo era... al considerarme digna de las caricias de una criatura tan modesta y honrada. — Pero, hija mia... —¡Ah, señor cura! —exclamó Flor de María interrumpiendo al anciano con una exaltacion dolorosa —cuando el señor Rodolfo me sacó de la Cité, ya conocia yo mi degradada situacion... ¿Pero creeréis que la educacion, los consejos y el ejemplo que he recibido de la señora Adela y de vos, á pesar de que han iluminado mi espíri-

tu, no han podido convencerme de que habia sido ménos culpable que desgraciada?... Antes de la venida de Clara, cuando me atormentaba este pensamiento, lo sofocaba procurando contentaros á vos y á la señora Adela. Si alguna vez me avergonzaba de lo pasado, era tan solo á mis propios ojos: pero al ver esa jóven de mi edad, tan hermosa, tan encantadora, tan virtuosa, he pensado en la distancia que nos separaria para siempre á las dos... Conocí por primera vez que hay manchas indelebles de degradacion, y desde entónces no he podido abandonar este pensamiento... Me acomete sin cesar, á todas horas, y no tengo un momento de reposo.

La Guillabaora enjugó el copioso llanto.

Despues de haberla mirado por algunos instantes con tierna conmiseracion, el cura repuso:

—Pensad, hija mia, que si la señora Adela quiso que os hicieseis amiga de Clara Dubreuil, ha sido porque vuestra conducta os hacia digna de su amistad: considerad que en esa acusacion envolveis á vuestra segunda madre. —Ya lo sé, señor cura, ya sé que no tenia razon; pero no podia vencer mi vergüenza y mi temor. Luego que Clara se estableció en la quinta, se apoderó de mí una tristeza tan grande como el gozo que habia sentido al saber que iba à tener una compañera de mí edad: ella, por el contrario, estaba siempre alegre, y tenia su cama en mi mismo cuarto. La primera noche me besó ántes de acostarse y me dijo que me amaba ya mucho, que me habia cobrado un singular afecto y me suplicó que la llamase Clara, pues ella me llamaria tambien María. En seguida rezó y me dijo que se acordaria de mí en sus oraciones si yo la prometia acordarme de ella; de modo que no he podido negarle esta súplica. Despues de haber ha-

blado un rato conmigo se quedó dormida; yo me acerqué á su lecho, contemplé llorando su cara angelical, y al pensar que dormia en mi mismo cuarto... en el cuarto de la que poco ántes habia vivido entre ladrones y asesinos... empecé á temblar como si hubiera cometido un crímen, y se apoderó de mí un vago terror al pensar que Dios me castigaria. Por último me acosté y tuve unos sueños horribles en que se me aparecieron las caras siniestras que casi habia olvidado; he visto al Churiador, al Maestro de Escuela, á la Lechuza... á la tuerta que me habia atormentado cuando era pequeñita. ¡Oh, Dios mio! ¡qué noche he pasado, señor cura! ¡qué sueños!—exclamó la Guillabaora estremeciéndose. — ¡Pobre María!—dijo el cura conmovido;—¿porqué no me habeis confiado ántes vuestro dolor? sí, os hubiera consolado... Pero continuad.

—Como era ya muy tarde cuando me quedé dormida, la señorita Clara vino á dispertarme con un beso, y á fin de probarme su cariño y de disipar lo que ella llamaba mi frialdad, me dijo que iba á confiarme un secreto: debia unirse; cuando llegase á los diez y ocho años, al hijo de un arrendatario de Goussainville, de quien estaba muy enamorada; casamiento en que habian convenido desde largo tiempo las dos familias. Refirióme luego su vida tranquila y feliz, no habia dejado nunca el lado de su madre ni lo dejaria jamas, pues su marido futuro debia dedicarse al cultivo de la quinta de M. Dubreuil. «Ahora que me conoceis, María, como si fuesis mi hermana — me dijo — contadme la historia de vuestros primeros años...» Creí morirme de vergüenza al oir estas palabras... me sonrrojé y apénas pudo responderla. Como ignoraba lo que habria dicho de mí la señora Adela,

temia desmentirla, y así es que respondí vagamente que era una huérfana á quien habian educado ciertas personas timoratas, que no habia sido muy dichosa en mis primeros años, y que mi felicidad habia comenzado desde que estaba al lado de la señora Adela. Entónces Clara, mas bien por interés que por curiosidad, me preguntó en donde habia sido criada, si en la ciudad ó en el campo, como se llamaba mi padre, y sobre todo si me acordaba de mi madre. Cada una de estas preguntas me embarazaba mas y mas y me afligia, porque solo mintiendo podia satisfacerlas; y vos, señor cura, me habeis enseñado á aborrecer la mentira.., Pero Clara no sospechó que yo pudiese engañarla, y atribuyendo la incertidumbre de mis respuestas al dolor que causaban los tristes recuerdos de mi infancia, me creyó y se compadeció de mí con una bondad que me despedazaba el corazon. ¡Ah, señor cura! ¡sería imposible déciros cuanto he sufrido en esta primera conversacion con Clara, y cuanto me ha costado el decir una sola palabra con falsedad é hipocresía!... — ¡Desgraciada niña!... ¡que la ira del Señor caiga sobre los que poniéndoos en el camino de la perdicion, os obligaron á sufrir toda vuestra vida las consecuencias de una única culpa! — Sí... suya es la culpa — repuso con amargura Flor de María: — no puedo vencer mi verguenza. Al paso que Clara me hablaba de su dicha, de su boda, de la felicidad de su vida doméstica, no podia ménos de comparar mi suerte con la suya, porque á pesar de los favores que me dispensais mi suerte será siempre miserable. A medida que vos y la señora Adela me habeis hecho conocer la virtud, me inspirasteis tambien el sentimiento de mi pasada miseria, y nadie podrá disuadirme de que he sido el desecho de la

clase mas vil y despreciable. ¡ Ah, señor cura ! ya que debia serme tan funesto el conocimiento del bien y del mal, mejor fuera no haberme sacado de mi brutal ignorancia! — ¡ Que decis, María — Lo que acabo de decir es malo, es detestable ¿no es verdad, señor cura? Por eso no queria confesároslo Sí, á veces mi ingratitud me hace olvidar los favores de que soy objeto, y me digo á mi misma : Si á lo ménos no me hubiesen sacado de la infamia, la miseria y el abandono hubieran dado pronto fin á mis dias, y moriria sin conocer una pureza cuya pérdida me atormenta ahora sin cesar. — Concibo vuestro dolor, María : una alma dotada por el criador de sentimientos generosos, no lava jamás las manchas de esa naturaleza, aunque no haya estado mas que una hora en el fango de la ignominia... — ¡ Así es, señor cura ! — exclamó con dolor Flor de María: — mi desesperacion me acompañará hasta el sepulcro! — Sí; no borrareis en vuestra vida esa mancha de ignominia — dijo el sacerdote en tono grave; — pero debeis esperar en la misericordia infinita del Todopoderoso. Acá en la tierra tendreis, niña querida, lágrimas, remordimientos, expiacion; pero un dia vendrá en que hallareis allá en el cielo — añadió el sacerdote señalando hácia el estrellado firmamento — perdon y felicidad eterna ! — ¡ Piedad !... ¡ piedad, Dios mio !... ¡ soy tan jóven aun... y mi vida puede ser tan larga !... — dijo la Guillabaora con una voz que desgarraba el corazon y cayendo de rodillas delante del sacerdote por un movimiento involuntario.

El sacerdote estaba de pié en la cumbre de la colina, cerca de la cual se hallaba la rectoral. Veíase en el puro y trasparente horizonte, como en un cuadro aéreo, el rostro venerable del ancia-

no, y la última claridad del crepúsculo daba una triste luz á su sotana negra y á su largo cabello blanco: tendia una mano trémula hácia el cielo, y alargaba la otra á Flor de María que la bañaba en su llanto. La capucha del manton gris de la jóven, echada en aquel momento á la espalda, descubria su hermoso perfil y un ojo que destilaba copiosas lágrimas...

Esta escena sencilla ofrecia un singular contraste y una rara coincidencia con el horrible coloquio que pasaba casi al mismo instante en el fondo del barranco entre el Maestro de Escuela y la Lechuza. Oculto en las tinieblas de una oscura quebrada y lleno de terror, un criminal espantoso que apenas podia soportar el peso de sus atrocidades, se hallaba tambien de rodillas... pero estaba arrodillado delante de una furia vengadora, que lo atormentaba sin piedad y lo conducia á nuevos crímenes... delante de la furia que habia causado los primeros tormentos de Flor de María.

Se concibe fácilmente el exagerado dolor de Flor de María y los remordimientos que la atormentaban. Rodeada desde su infancia de seres degradados é infames; en medio de las costumbres de una prision y de la taberna de la Pelona, que era otra prision mas espantosa todavía; no habiendo salido jamas de los patios de la cárcel y de las cavernas de la Cité, la desgraciada jóven habia vivido hasta entónces en una profunda ignorancia del bien y del mal, y tan extraña á los sentimientos nobles y religiosos como al esplendor y magnificencia de la creacion. Pero todo lo mas admirable de la naturaleza se presentó de repente á su entusiasmado espíritu. Su alma se dilató á la vista de un espectáculo tan imponente, desarrollóse su inteligencia, y sus nobles propen-

siones sacudieron el letargo en que yacian... pero la misma luz que iluminó sus potencias, le hizo conocer la degradacion en que habia vivido, y le inspiró un horror invencible hácia sus primeros años, haciéndola creer que eran indelebles las manchas de la ignominia.

. . . . . .

—¡Ay de mí! —decia la Guillabaora con desesperacion: —aunque mi vida llegue á ser tan larga y tan pura como la vuestra, señor cura, la conciencia de lo pasado emponzoñará el resto de mis dias... —No os aflijais, amada niña: al contrario, debeis teneros por dichosa; ese remordimiento amargo, pero saludable, prueba la religion acendrada de vuestro espíritu... ¡Cuántas personas de cualidades ménos nobles que las vuestras, hubieran echado ya en olvido lo pasado para entregarse á la felicidad presente! Creedme, hija mia, el cielo se apiadará de vuestra amargura: el Señor ha consentido que dieseis algunos pasos en la senda del mal, para daros la gloria del arrepentimiento y el galardon eterno debido á la expiacion! El mismo lo ha dicho por su divina boca: «Los que hacen bien sin perturbacion y vienen á mí con la sonrisa en los labios, esos son mis elegidos; pero los que heridos en el combate vienen á mí cubiertos de sangre y contritos, esos son los elegidos entre los elegidos...» ¡Tened valor, hija mia!... ausilio, confortacion, consejos, nada os faltará... Soy muy viejo ya; pero la señora Adela, y especialmente el señor Rodolfo que tanto os estima y que mira con tan vivo interés vuestros adelantos en el camino de la salvacion, son jóvenes aun y tienen que vivir largos años.

La Guillabaora iba á responder, pero fué interrumpida por la paisana de que hemos hablado,

la cual habia seguido el mismo camino y acababa de reunirse con ella: era una de las criadas de la quinta.

— Buenas noches, señor abad — dijo la moza al sacerdote: — la señora Adela me ha mandado traer este canastillo de fruta á la rectoral, y me dijo que acompañase á la señorita María, porque se va haciendo tarde. Pero por si acaso he traido conmigo el *Turco* — dijo la muchacha acariciando el enorme mastin de los Pirineos, capaz de batirse con un oso. — Aunque no hay noticia de que ande por aquí jente mala, nunca está por demas la precaucion. — Teneis mucha razon, Claudia: ahora podeis volveros, y dad gracias de mi parte á la señora Adela. Ya estamos en la rectoral.

Y dirigiéndose luego á Flor de María, la dijo en voz baja y en tono grave:

— Mañana asistiré á la conferencia de la diócesis, pero á eso de las cinco estaré de vuelta. Si quereis, hija mia, os aguardaré en la rectoral. Segun veo por el estado de vuestro espíritu teneis menester de hablar largos ratos conmigo. — Gracias, señor cura — repuso Flor de María; — vendré mañana, ya que así lo deseais. — Ya estamos en la puerta del jardin — dijo el anciano: — dejad ahí el cestillo, Claudia, y vendrá á recojerlo la criada. Volvéos pronto á la quinta con María, porque la noche está cercana y el frio se aumenta. — Hasta mañana, María, á las cinco. — Hasta mañana, señor cura.

El anciano entró en el jardin.

La Guillabaora y Claudia, seguidas del *Turco*, tomaron el camino de la quinta.

CAPÍTULO VI.

EL ENCUENTRO.

La noche estaba fria y serena. Por consejo del Maestro de Escuela la Lechuza y el bandido se habian colocado en un sitio del camino hondo, mas distante del sendero y mas inmediato á la encrucijada en donde aguardaba Barbillon con el coche. El Cojuelo atisbaba el regreso de Flor de María, á quien debia hacer caer en el lazo suplicándola que acudiese á socorrer una pobre vieja: se habia adelantado algunos pasos fuera del camino hondo para observar el camino, y escuchando con atencion oyó á lo lejos la conversacion de la Guillabaora con la paisana que la acompañaba. Bajó apresuradamente al barranco para advertir á la Lechuza lo que pasaba.

— La muchacha no viene sola — dijo en voz baja y agitada. ¡Malos puercos la hocen, á esa chiquilla babosa! — exclamó la Lechuza con furor. — ¿Con quién viene? — preguntó el Maestro de Escuela. — Viene sin duda con la paisana que pasó hace un rato por el sendero acompañada de un perro grande. He oido la voz de una muger — dijo el Cojuelo; — escuchad... ¿no ois el ruido de unas almadreñas?...

En efecto, el calzado de madera de la paisana resonaba en el silencio de la noche sobre el camino helado...

— Son dos... en cuanto á la muchacha del capotillo gris yo me encargo de asegurarla; pero la otra... ¿cómo haremos? El viejo no vé... el Cojuelo no tiene bastante puño para despachar á esa compañera impertinente, que mal infierno la trague... ¿Cómo saldremos del paso? — dijo la Lechuza. — Es verdad que no tengo fuerza; pero si quereis, tia Lechuza, yo me echaré á las piernas de la paisana que trae el perro, me agarraré con dientes y uñas y doy mi palabra que no dejaré la presa á dos por tres... Entretanto, tia Lechuza, podreis poner á la muchacha de vuestra mano. — Pero si dan de voces las oirán en la alquería — repuso la tuerta — y daremos tiempo para que vengan á socorrerlas antes de que lleguemos al coche de Barbillon... No es buena de sujetar una muger que se defiende y pernea. — Y traen consigo un perrazo tremendo — dijo el Cojuelo. — Si no fuese mas que por el perro, de una sola patada le quitaria las ganas de ladrar — dijo la Lechuza. — Ya se acercan — dijo el Cojuelo aplicando de nuevo el oido para escuchar los pasos; — ya bajan al camino hondo. — ¿Qué dices tú, pedazo de asno? — dijo la Lechuza al Maestro de Escuela: ¿qué me aconsejas?... ¿ó tambien te has vuelto mudo? — Nada se puede hacer por hoy — repuso el bandido. — ¿Y hemos de perder así los mil francos del señor enlutado? — gritó la Lechuza. — ¡Vamos, venga tu *enano* (a)... pronto... tu puñal!... Yo me encargo de despachar á la compañera para que no nos incomode. En cuanto á la chiquilla, pierde cuidado que ya la sujetaremos entre el Cojuelo y yo. — Pero el hombre enlutado no ha dicho que se matase á nadie... — Eso no importa: le cargaremos en la cuenta una *san-*

(a) Puñal.

gría mas, y tendrá que pagarla ya que es nuestro cómplice. — ¡ Allí vienen!... Ya bajan — dijo el Cojuelo. — ¡ Dame el puñal, tú, arrastrado! — gruñó la Lechuza en voz baja. — ¡ Oh, tia Lechuza!... eso no — dijo el Cojuelo tendiendo los brazos hácia la tuerta: — ¡ matarla no!... no! — ¡ Venga el puñal!... — repitió la Lechuza sin atender á la súplica del Cojuelo y descalzándose á toda prisa. — Voy á descalzarme para correr tras ellas sin que me sientan: aunque se cerró ya la noche, distinguiré á la muchacha por el capotillo, y la otra irá á dormir al otro mundo. — ¡ No! — dijo el bandido — hoy es inútil: mañana será mas seguro el golpe. — ¿ Tienes miedo tú, alma de lana? — dijo con desprecio la Lechuza al bandido. — No tengo miedo — repuso el Maestro de Escuela; — pero es de creer que yerres el golpe y que nos pierdas.

El perro que acompañaba á la paisana olfateó sin duda la gente emboscada en el barranco, y empezó á ladrar irritado sin obedecer á la voz de Flor de María que lo llamaba.

— ¿ No oyes el perro? ¡ ahí están!.... ¡ pronto, pronto... el puñal!... ¡ porque sino!... — dijo la Lechuza con aire amenazador. — ¡ Cójelo por fuerza... si quieres! repuso el Maestro de Escuela. — ¡ Se acabó, ya no hay remedio! — exclamó la Lechuza despues de haber escuchado con atencion por un momento; — ya pasaron el barranco.... ¡ Ya me las pagarás, viejo chocho, cobarde! — añadió con furor enseñando el puño cerrado á su cómplice; — hemos perdido mil francos por causa tuya! — Al contrario, se han ganado mil, dos mil.... acaso tres mil — repuso el Maestro de Escuela con aire de autoridad. — Escucha, Lechuza... vuélvete á donde está Barbillon y marchaos los dos con el coche al sitio en donde está aguar-

dando el hombre de luto... le diréis que no se ha podido hacer nada hoy, pero que mañana caerá sin duda la muchacha... Todas las tardes acompaña al cura hasta la rectoría, y es una casualidad el que hoy no se haya vuelto sola: mañana tendremos mejor ocasion, y vendrás á la misma hora dejando á Barbillon con el coche en la encrucijada.— Pero tú... ¿qué va á ser de tí?...—El Cojuelo me conducirá á la quinta en donde está la muchacha, y forjaré un cuento para introducirme: diré que nos hemos perdido, y suplicaré que nos dejen pasar la noche bajo cubierto, aunque sea en un rincon del establo. No me lo negarán, y entónces el Cojuelo se informará bien de las entradas y salidas de la casa, porque esa gente suele no estar sin dinero en tiempo de cosecha. Como la quinta está en un sitio desamparado y desierto, segun decís, una vez reconocidas las entradas podremos volver otro dia con algunos amigos... y no se perderá el tiempo.—¡Qué cabeza! ¡ni un doctor de la Sorbona!—dijo la Lechuza suavizando la voz.—¿Qué mas, qué mas, amoroso?—Mañana por la mañana al tiempo de salir de la quinta, me quejaré de un dolor que no me deja andar. Si no me creen bajo mi palabra, enseñaré una llaga que tengo abierta desde una vez que rompí una argolla de la cadena. Diré que he sido herrero, que es una quemadura de una barra de hierro caliente, y me creerán; y de este modo pasaré en la quinta una parte del dia, y el Cojuelo se informará despacio de lo que por allí hay. Por la tarde diré que me siento mejor, y cuando salga la muchacha acompañando al cura como de costumbre, la seguiremos de lejos el Cojuelo y yo, y vendremos á esperarla en el camino hondo. Como ya nos conoce, no desconfiará de nosotros al vernos... se acercará, y con la ayuda del muchacho

¿entiendes, Cojuelo? la echaré el guante, quedará mas callada que una muerta, y tendremos seguros los mil francos. Además de este negocio podremos hacer otro dentro de dos ó tres dias, confiando la *visita de la quinta* á Barbillon y á algunos amigos mas, que si *mercadean* (a) algo, partirán con nosotros que hemos sido los *ondeadores* (b). —Mira, *anublado* (c) del alma, vales el mundo entero. *desmicas* tú mas sin *quemantes* (d) que todos los *gerifaltes* (e) de Francia juntos. ¡Qué plan tan soberano! ¿Sabes que estoy pensando una cosa? cuando seas tan viejo que no puedas mas con la crisma, entónces serás el *hacho consultor* de todos los *nicabaos* (f) de Paris y ganarás mas dinero que un *alivio* (g). Vamos, un besito á tu vieja, y manos á la obra.... porque esta gente aldeana se acuesta con las gallinas. Me voy corriendo á donde está Barbillon: mañana á las cuatro en punto estaremos en la encrucijada con el coche, á ménos que no le echen ántes la zarpa por haber despachado al otro barrio, en compañía del Esqueleto y del Cojo Gordo, al marido de la lechera de la Drapería Vieja. Pero si no viene él vendrá otro, porque el *rodante* (h) pertenece al señor enlutado. A las cuatro y cuarto estaré en este mismo sitio. —Está dicho... Hasta mañana, Lechuza. —¡Ay! que se me habia olvidado dar alguna cera al Cojuelo, por si acaso hay que sacar algunos moldes en la quinta. Toma, angelito ¿sabes cómo has de hacer? —dijo la tuerta dando un pedazo de cera al Cojuelo. —¡Vaya si sé! tomad soleta que es tarde, tia Lechuza: ya me en-

(a) Roban. (b) Los que hemos tanteado como y por donde se habia de robar. (c) Ciego. (d) Ves mas sin ojos. (e) Ladrones. (f) El ladron consultor de todos los ladrones. (g) Abogado. (h) Coche.

señó papá. Ya le saqué el molde de la cerradura de la caja de hierro, que mi amo el charlatan tiene escondida en el cuarto oscuro. — Ya veo que eres maestro; pero no te olvides de mojar la cera para que no se pegue, despues de calentarla bien con la mano. — Ya lo sé — repuso el Cojuelo. — Hasta mañana, amoroso — dijo la Lechuza. — Hasta mañana respondió el Maestro de Escuela.

La Lechuza se dirigió á la encrucijada. El Maestro de Escuela y el Cojuelo salieron del barranco y se encaminaran hácia la quinta, sirviéndoles de guia la luz de las ventanas.

¡Estraña fatalidad! Anselmo Duresnel se acercaba á su mujer, à quien no habia visto desde su condenacion à presidio perpetuo.

CAPÍTULO VII.

LA CENA.

Nada hay mas alegre que la cocina de una quinta á la hora de cenar, y especialmente en el invierno: nada puede dar una idea mas verdadera de la dichosa felicidad de la vida rústica. La cocina de la quinta de Bouqueval ofrecia una prueba de lo que llevamos dicho. Su gran chimenea de seis piés de alto y nueve de ancho, parecia la boca de un inmenso horno lleno de llama y de combustibles. Esta enorme hoguera daba tanta luz como calor á todas las partes de la cocina, y hacia inútil una lámpara colgada de la viga maestra que cruzaba el techo. Algunas marmitas y cacerolas de cobre puestas en hileras, reverberaban la claridad del fuego, y un perol antiguo del mismo metal brillaba como un espejo sobre una artesa de nogal muy limpia y aseada, que exhalaba un olor apetitoso de pan caliente. En medio de la pieza habia una mesa larga y maciza cubierta con un mantel de tela gruesa, pero blanca como la nieve, y el sitio de cada persona estaba señalado con un plato de loza ordinaria, pardo por fuera y blanco por dentro, y por un cubierto de hierro que relucia como si fuese de plata. En medio de la mesa humeaba como un cráter una gran sopera llena de una sopa de legumbres, cuyo vapor cubria una fuente formidable de verdura con jamon, y otra fuente no ménos grande

de guisado de carnero con patatas; finalmente, un cuarto de ternera asada flanqueado por dos ensaladas de invierno, dos quesos y canastillos de manzanas, completaban la abundosa simetría de la cena. Los labradores tenian á su discrecion tres ó cuatro jarros llenos de cidra y otros tantos panes morenos y grandes como ruedas de molino.

Un perro viejo de pastor con pintas negras, casi sin dientes y decano jubilado de la órden canina de la quinta, debia á sus largos años y antiguos servicios el permiso de estar en un rincon de la chimenea. El decrépito animal usaba modestamente de este privilegio, y con el hocico levantado y las patas tendidas en paralelo hácia delante, seguia con ojo atento las diversas evoluciones culinarias que precedian á la cena. Este perro venerable correspondia en cierto modo á su nombre bucólico de *Lisardo*.

El *ordinario* de los dependientes de esta quinta, aunque sencillo parecerá acaso algo suntuoso; pero la señora Adela siguiendo en esto la voluntad de Rodolfo, introducia todas las mejoras posibles en la asistencia y manutencion de sus criados, elegidos exclusivamente de las familias mas honradas y laboriosas del país. Como se les remuneraba con largueza y su situacion era dichosa y envidiable, todos los mejores labradores del país deseaban pertenecer al servicio de la quinta de Bouqueval; saludable ambicion que sostenia entre ellos una emulacion laudable, y que al mismo tiempo refluia en provecho de sus dueños; porque para obtener una colocacion en esta quinta se requeria el apoyo de los antecedentes de conducta personal... Rodolfo vino á crear de este modo una especie de *quinta modelo*, no solo destinada al mejoramiento del ganado y del arte aratorio, sino tambien con el objeto mas es-

pecial de mejorar la *condicion de los hombres*; lo que consiguió ofreciéndoles un estímulo para que fuesen probos, activos é inteligentes.

Terminados los preparativos de la cena y puesto ya sobre la mesa el jarro de vino que debia acompañar á *los postres*, la cocinera tocó la campana, á cuyo alegre sonido entraron gozosos en la cocina los labradores, los criados de la quinta, las lecheras y demás mozas de servicio, en número de unas quince ó veinte personas. El semblante de los hombres era franco y viril, las mujeres eran afables y robustas, y las muchachas garvosas y alegres: todos ellos manifestaban un gozo puro é ingenuo y la mayor tranquilidad y satisfaccion de sí mismos: sentáronse por fin á la mesa, para hacer los honores á la cena que habian ganado en los rudos trabajos del dia.

Ocupó la cabecera de la mesa un labrador de dias, cano y de aspecto franco y atrevido, verdadero tipo del paisano de entendimiento sano, y de esos hombres firmes y rectos, claros y preciosos, rústicos y sútiles que huelen de una legua á la antigua Galia. El tio Chatelan, que asi se llamaba este Nestor, habia vivido en la quinta desde su infancia, y estaba entónces encargado de la direccion de la labranza. Cuando Rodolfo compró la quinta, fuéle debidamente recomendado este antiguo servidor, y el príncipe lo recomendó por su parte á la señora Adela y lo invistió de una especie de superintendencia en los trabajos del cultivo. El tio Chatelan ejercia por tanto sobre las personas de la quinta una alta influencia, debida á su edad, á su saber y á su larga experiencia.

Pusiéronse todos á la mesa.

Despues de haber dicho el *Benedícite* el tio Chatelan en alta voz, hizo la señal de la cruz con la

punta de un cuchillo, segun una antigua y santa costumbre, sobre uno de los panes, y cortó luego el pedazo que debia representar *la parte de la Virgen* ó del pobre; llenó en seguida un vaso de vino bajo la misma invocacion, y despues de haber puesto en un plato el vaso y el pedazo de pan, los colocó en medio y mitad de la mesa. Ladraron en aquel instante los perros, y el caduco Lisandro les respondió con un gruñido sordo, arremangó el hocico y dejó ver dos ó tres colmillos bastante respetables aun.

— Alguien anda por fuera del zaguan — dijo el tio Chatelan.

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando se oyó sonar la campanilla de la puerta principal.

— ¿Quién puede ser á estas horas? — dijo el anciano labrador — todos están ya en casa... Anda á ver quien es, Juanillo.

Juanillo, que era uno de los muchachos al servicio de la quinta, vació en el plato con harto pesar suyo una enorme cucharada de sopa caliente, á la cual soplaba con los carrillos hinchados como un Eolo, y salió de la cocina.

— Hacia mucho tiempo que la señora Adela y la señorita María no habian dejado de venir un solo dia á calentarse al fuego mientras cenábamos — dijo el tio Chatelan: — tengo buenas ganas, pero á la verdad no me entrará tan bien la cena como si las tuviésemos aquí. — La señora ha subido al cuarto de la señorita María, porque al volver de la rectoral, la señorita se sintió algo indispuesta y se fué á la cama — respondió Claudia, la robusta moza que habia ido á buscar á la Guillabaora y habia desconcertado sin saberlo los siniestros planes de la Lechuza. — Pero nuestra señorita María no está mala de cuidado... está algo indispuesta no

mas... ¡habla Claudia! —dijo con inquietud el buen anciano — ¡No por cierto, tio Chatelan, gracias á Dios! — repuso Claudia. — La señora ha dicho que no era cosa de cuidado, pues de lo contrario ya hubiera enviado á Paris por el señor David, aquel médico negro que tan bien ha cuidado á la señorita María cuando estuvo enferma. Un médico negro... ¡qué cosa tan rara! ¡Dios me libre de verlo á mi cabecera!... ¡Jesus, qué cara! Siquiera un médico blanco vaya con Dios... al fin es un cristiano. — ¿Y no ha curado por ventura á la señorita María, que estaba tan mala cuando vino aquí? — Eso es verdad, tio Chatelan. — ¿Y entonces? — ¡Entonces qué sé yo! Un médico negro siempre tiene aquello de ser negro, y á mí me da miedo. — ¿Y no ha curado tambien á la pobre tia Anica, que tenia una llaga en la pierna y hacia tres años que no podia menearse? — Tambien es verdad, tio Chatelan. — ¿Y entónces á que vienen esos ascos? — Eso sí, pero bien considerado, tio Chatelan... un médico negro... tan negro, tan negro como la chimenea... — Dime, muchacha, ¿de qué color es tu vaca la *Saltarina?* — Blanca, tio Chatelan, blanca como el ampo de la nieve, y muy lechera por cierto: no es por adularla, pero pocas hay en el contorno que le ganen. — ¿Y tú vaca *Marica?* — Negra como un cuervo, tio Chaletan; y muy lechera tambien, no se le puede negar. — ¿Y de qué color es la leche de tu vaca negra? — ¡Vaya una pregunta! ¿de qué color ha de ser, tio Chatelan? blanca como la nieve... ¿eso qué duda tiene?

— ¿Y es tan blanca y tan buena como la de la Saltarina? — ¡Ya se ve que sí! — A pesar de que la Marica es negra, ¿no es verdad? — Es verdad, á pesar de que es negra... ¿Pero que tie-

ne que ver con la leche el que la vaca sea negra, ó blanca, ó tordilla? — ¡Eso mismo queria yo decir! Y entónces ¿porqué te espantas de que un médico negro sea tan bueno como un médico blanco? — ¡Caramba, tio Chatelan! yo no hablaba mas que de la piel — dijo la muchacha despues de un momento de reflexion. — Es verdad, ya que Marica negra da tan buena leche como mi Saltarina blanca, el color de la piel no importa un bledo.

Entró en esto Juanillo en la cocina soplandose los dedos con el mismo vigor con que habia soplado á la cucharada de sopa y quedaron interrumpidas las reflexiones fisiológicas de Claudia.

— ¡Qué frio, santa Bárbara! ¡qué frio hace esta noche! — dijo Juanillo al entrar: — vengo sin tiento... ¡ave María, qué frio! — La helada empezó con viento del nordeste, y ha de durar: eso ya lo sabes tù, ¿no es verdad, muchacho? ¿Pero, quién ha llamado? — preguntó el decano de los labriegos. — Un pobre ciego y un muchacho que lo guia, tio Chatelan. — ¿Y qué quiere ese ciego? — preguntó el labrador á Juanillo. — Se perdió con su hijo en el atajo de Louvres, y como hace tanto frio y la noche está como boca de lobo, pide que le dejen dormir aquí aunque sea en un rincon de la cuadra. — La señora Adela es de tal genio que nunca niega hospitalidad á los pobres, y sin duda recibirá á esos infelices... pero es menester avisarla. Ve á decirselo, Claudia.

La moza salió al punto de la cocina.

— ¿En dónde has dejado á esos pobres? — preguntó Chatelan. — En el hórreo pequeño. — ¿Y porqué los has metido en el hórreo? — Porque si los hubiera dejado en el zaguan, los perros se los comerian crudos. Por mas que les decia: «¡Ven aquí; Moreno... Turco... ven aquí, Sultan!» nada, pa-

recian unos rabiosos, tio Chatelan. Y eso que aquí no estan enseñados á morder á los pobres como en otras partes. — Vaya, muchachos, esta noche no sobrará la *racion del pobre*. Apretáos un poco... Así. Venga un cubierto para el ciego y otro para su hijo, porque estoy seguro de que la señora Adela los dejará dormir aquí. — Lo que no me da buena espina es la furia de los perros — dijo Juanillo: sobre todo el Turco que fué con Claudia á la rectoral, parecia un vivo diablo... y al pasarle la mano para acariciarlo tenia el pelo derecho como un puerco espin. ¿Qué le parece de esto, tio Chatelan, ya que todo lo entiende? — Yo que *todo lo entiendo*, Juanillo, te digo que los animales saben á veces mas que yo... Lo que te puedo decir es que al volver este otoño á la caza con los caballos de labor sentado en mi Moro rodado: cuando llegué al riachuelo, que llevaba los hocicos bien hinchados por cierto con la lluvia del huracan, san Pedro me lleve si hubiera dado con el vado en toda la noche porque estaba oscura y negra como la pez... Viendo que no podia salir del apuro, voy y dejo las riendas al caballo, y el pobre Moro da por fin con el vado, que con todo nuestro entendimiento, Juanillo, no hubiéramos descubierto nosotros en toda la noche... ¿Quién habrá enseñado al animal? — Es verdad, tio Chatelan, ¿quién le habrá enseñado tanto á nuestro viejo rodado? — El que enseña á las golondrinas á hacer el nido en los techos, y al aguzanieve á anidar en las cañas, Juanillo... ¡Qué tal, Claudia! — dijo el anciano oráculo á la lechera que entraba en la cocina con dos pares de sábanas blancas debajo del brazo, que olian á salvia y tomillo de una legua — ¡qué tal! la señora Adela mandó dar cena y cama al pobre ciego y á su hijo ¿no es verdad?

— Aquí traigo las sábanas para hacerles las camas en el cuartito del corredor — repuso la moza. — Anda á buscarlos, Juanillo... Y tú, Maruja, acerca al fuego dos sillas para que se calienten ántes de ponerse á la mesa.

Oyóse de nuevo el furioso ladrido de los perros y la voz de Juanillo que procuraba contenerlos. La puerta de la cocina se abrió de par en par, y entraron precipitadamente el Maestro de Escuela y el Cojuelo como si vinieran perseguidos.

— Cuidado con esos perros — gritó el Maestro de Escuela; — ya hubieron de mordernos por dos veces. — Me llevaron un pedazo de blusa — dijo el Cojuelo pálido como la cera. — No tengais miedo, buen hombre — dijo Juanillo cerrando la puerta; — en mi vida he visto perros mas endinos... Sin duda el frio los puso rabiosos y quieren morder para entrar en calor. — ¡Tambien tú! — dijo el tio Chatelan deteniendo al viejo Lisandro, que empezó á enseñar los colmillos y queria arrojarse á los recienvenidos. — Oyó á los otros ladrar y quiere tambien hacer de persona. ¡Quieres marcharte á tu rincon, tú charlatan!

A la voz del tio Chatelan, acompañada de un puntapié significativo, volvióse Lisandro á su rincon predilecto del hogar. El Maestro de Escuela y el Cojuelo estaban en el umbral de la puerta sin atreverse á pasar adelante, y al ver los habitantes de la quinta el horrible semblante del bandido; quedáronse petrificados unos de disgusto y otros de horror. El Cojuelo observó esta impresion, y se llenó de orgullo contemplando el terror que inspiraba su compañero. Desvanecido este primer movimiento, el tio Chatelan, que solo pensaba en llenar los deberes de la hospitalidad, dijo al Maestro de Escuela.

—Buenas noches, amigos: acercáos á la lumbre y os calentaréis un poco ántes de cenar. Tomaréis un bocado con nosotros, porque justamente estamos empezando. Sentáos, sentáos allí. ¡Pero en que estoy pensando! —añadió el buen labrador,— no me acordaba que erais ciego por desgracia, y de que debia hablar á vuestro hijo. Vamos, hijo mio, acércalo á la chimenea. —Ya voy, mi querido señorito — respondió el Cojuelo con un tono nasal, hipócrita y compunjido; —¡Dios nuestro señor os premie la caridad!... Vamos, padrecito, vamos... cuidado con tropezar. —Y el Cojuelo guió al bandido hasta la chimenea.

Regañó de nuevo el caduco Lisandro al verlos acercarse; pero habiendo olfateado por un momento hácia el Maestro de Escuela, empezó á ahullar con la lúgubre y dolorida voz de los perros cuando *huelen la muerte*, segun dice el vulgo.

—¡Rayo! —dijo entre sí el Maestro de Escuela. —Si olfatearán tambien la sangre estos demonios de animales; porque ahora me acuerdo que tengo puesto el mismo pantalon que llevaba cuando el asesinato del ganadero... —¡Vaya un caso! —dijo Juanillo en voz baja.—Miren como olfatea la muerte el amigo Lisandro al ver al ciego!

Sobrevino entónces una cosa estraña. Los ahullidos de Lisandro eran tan agudos y doloridos, que al punto que los oyeron los demàs perros, pues la cocina daba sobre el zaguan y tenia hácia él una ventana, empezaron à repetir á un mismo tiempo, como de costumbre entre la raza canina, los quejidos fúnebres, que segun la creencia vulgar pronostican la cercanía de la muerte. Aunque eran poco supersticiosos los dependientes de la quinta de Bouqueval, se miraron unos á otros con espanto; y aun el mismo Maestro de Escuela, á pesar de su

conciencia infernal y endurecida, se extremeció al escuchar los ahullidos siniestros que habian empezado á su llegada... á la llegada de un asesino. El Cojuelo, niño escéptico, descarado y corrompido, por decirlo así, desde el pecho de su madre, como lo son generalmente los hijos de Paris, fué el único que se mostró indiferente al efecto moral de aquella escena. El aborto de Brazo Rojo solo pensaba en que ya no lo morderian los perros, y se burlaba de lo que llenaba de miedo á los habitantes de la quinta y hacia estremecer al mismo Maestro de Escuela.

Pasado el primer estupor, salió Juanillo de la cocina, y se oyó luego despues el chasquido de un látigo que disipó los lúgubres *presentimientos* del Turco, del Sultan y del Moreno. El semblante contristrado de los labriegos fué serenándose poco á poco, y al cabo de algunos momentos les inspiraba ya mas compasion que horror la espantosa fealdad del Maestro de Escuela, se condolieron de la imperfeccion del niño cojo cuya cara *traviesa* hallaban muy interesante, y alabaron mucho la atencion con que cuidaba de su padre. Renovóse con energía el apetito de los labradores, y solo se oyó por algun rato el ruido de los platos y tenedores; y al paso que los mozos y mozas esgrimian sus ganas contra los rústicos manjares, observaban con tierna compasion los cuidados que el niño prodigaba á su padre, junto al cual se habia sentado, cortándole la carne y el pan y echandole de beber con afan cariñoso y filial. Esto era lo mejor del cuadro; veámoslo ahora por el lado peor. El Cojuelo, así por una propension á imitar, natural en su edad, como por innata crueldad, se complacia como la Lechuza en atormentar al Maestro de Escuela; y asi es que este ser raquítico y despreciable sentia el

mayor placer en divertirse con un *tigre enjaulado* Para colmar el placer de atormentar al Maestro de Escuela sin que el bandido pudiese quejarse, ni aun pestañear, compensaba cada obsequio aparente que hacia á su supuesto padre, con una coz que dirigia por debajo de la mesa á una llaga antigua que, como muchos presidarios, tenia en la pierna derecha el Maestro de Escuela, en el sitio de la argolla de la cadena. La paciencia estóica del bandido para sufrir los golpes del Cojuelo fué tanto mas maravillosa, porque el pequeño monstruo, á fin de hacer mas horrible y dificil la situacion del Maestro de Escuela, eligia para atormentarlo los momentos en que hablaba ó bebia. — Toma, papá, una nuez bien descascarada — dijo el Cojuelo poniendo en el plato del Maestro de Escuela el nucleo limpio de una nuez. — Bueno, hijo mio; bueno eso me gusta — dijo el tio Chatelan: y dirigiéndose luego al bandido continuó: sois muy digno de lastima amigo mio; pero teneis un hijo excelente, y eso debe consolaros algo. — Sí, no hay duda, es grande mi desgracia y á no ser por el cuidado de mi hijo... me...

Y al llegar aquí el Maestro de Escuela no pudo contener un agudo grito, porque el hijo de Brazo Rojo lo habia acertado en lo mas vivo de la llaga, y el dolor fué intolerable.

— ¡Jesus! ¿qué teneis, papà queridito? exclamó el Cojuelo con voz lastimera, levantàndose y echándose al cuello del Maestro de Escuela. Este, en el primer acceso de dolor y de rabia, quiso ahogar al abominable aborto entre sus brazos de Hércules, y lo apretó contra el pecho con tal violencia, que el niño perdió la respiracion y dió un sordo gemido. Mas reflexionando luego que no podria pasar sin el Cojuelo reprimió su ira el bandido y lo echó de sí haciéndole otra vez tomar su asiento. Los paisanos

solo vieron en todo esto un cambio mútuo de ternura paternal y filial, y la palidéz del Cojuelo les pareció causada por la emocion que habia sentido como *hijo afectuoso.*

— ¿Qué teneis, buen hombre? preguntó el tio Chatelan. — El grito que acabais de dar ha hecho perder el color á vuestro hijo... ¡Pobre criatura apénas pueda respirar! — No es nada — repuso el Maestro de Escuela con serenidad. — Soy herrero de profesion, y hace algun tiempo que batiendo á martillo una barra de hierro caliente, me cayó sobre las piernas y me hizo una profunda llaga que aun no se ha cicatricado. Hace un rato que he tropezado con el pié de la mesa y no he podido reprimir un grito de dolor. — ¡Pobre papá! dijo el Cojuelo vuelto en si de su emocion y dirigiendo una mirada diabólica al Maestro de Escuela — ¡pobre papá es verdad, señoritos, es verdad, que nunca se le pudo curar la pierna. ¡Ah! de buena gana tuviera yo la llaga, con tal que no la tuviese mi querido papá...

Las mujeres miraron al Cojuelo con ternura.

— Amigo mio — dijo el tio Chatelan — siento que no hayais venido á la quinta hace tres semanas en lugar de haber venido esta noche. — ¿Porqué? hace algunos dias que hemos tenido aquí un doctor de Paris, que sabe curar maravillosamente el mal de piernas. Hay en la aldea una viejecita que no podia andar hacia tres años: el doctor le aplicó un ungüento á las llagas, y ahora corre como un gamo y tiene hecho propósito de ir á pié á dar las gracias á su redentor que vive en la *calle de las Viudas.* Ya veis que desde aquí hay una buena tirada de camino... ¿Pero que teneis? ¿os vuelve á doler la maldita llaga? — Sí — respondió el bandido procurando contener su turbacion — todavía... — ¡Cuánto siento que no se halle aqui el médico! — dijo el

tio Chatelan. — Pero puedo aseguraros que os curará, porqué es tan caritativo como sabio en su profesion: cuando volvais á Paris haced que vuestro hijo os lleve á su casa, que es en la calle de las Viudas, núm. 17, y estoy seguro que no os faltará. Aunque olvideis el número nada importa, porque hay pocos médicos en aquel sitio, y sobre todo médicos de su color... porque habeis de saber que el señor David de quien os estoy hablando es negro.

El rostro del Maestro de Escuela estaba cubierto de cicatrices, que no pudo notarse su palidéz. Sin embargo estaba pálido, pues se le habia helado la sangre de las venas al oir hablar primero de la casa de Rodolfo, y despues de David el doctor negro que por órden de Rodolfo le habia aplicado el terrible suplicio, cuyas consecuencias sufria á cada momento.

El tio Chatelan sin observar la palidéz del bandido continuó:

—Pero cuando os marcheis, amigo mio, daremos á vuestro hijo las señas de la casa. Es tan bueno el señor David, que nos agradecerá que le proporcionemos la ocasion de favorecer á un desgraciado. Anda siempre tan triste que me da compasion... Pero vamos echemos un trago á su buena salud... — Gracias, no tengo sed — repuso el Maestro de Escuela con aire sombrío. — Mirad que no os ofrezco cidra sino vino puro — dijo el labrador. — Cuántos particulares quisieran beberlo tan bueno! Esta quinta es muy diferente de las demas... ¿que os parece de nuestra mesa? — Muy buena respondió el Maestro de Escuela, cada vez mas sumerjido en sus meditaciones siniestras. — Pues la misma vida hacemos todos los dias: buen trabajo y buena tajada, buena conciencia y buena cama; ahí teneis nuestra vida en cuatro palabras, somos siete labra-

dores y sin ánimo de alabarnos, hacemos el trabajo de catorce; pero tambien nos pagan como si fuésemos catorce. A los labradores, ciento y cincuenta escudos al año; à las mozas de servicio... sesenta escudos, y además partimos entre todos el diezmo de lo que produce la quinta. Ya podreis discurrir que no dejamos descansar un palmo de tierra, porqué cuanto mas produce la vieja morena, tanto mas tenemos que partir. — De esta manera no debe enriquecerse mucho vuestro dueño — dijo el Maestro de Escuela. — ¿Nuestro amo? ¡oh nuestro amo no es como los demas: tiene un modo de enriquecerse que nadie conoce sino él. — ¿Que quereis decir? — preguntó el ciego deseando entrar en conversacion para disipar los negros pensamientos que le perseguian: — segun eso vuestro amo es un hombre extraordinario.

— Extraordinario en todo, amigo mio: pero ya que la casualidad os trajo á esta aldea, que por estar tan apartada de la carretera quizá no volvereis á ella jamas, no quiero que os vayais sin saber quien es nuestro amo y lo que hace de esta quinta. Os lo diré en dos palabras, con la condicion de que lo contareis á todo el mundo, y no os costará mucho trabajo porque es una historia tan agradable al que la refiere como al que la escucha. — Me habeis dado ganas de saberla — repuso el Maestro de Escuela. — Y no os pesará de oirla — dijo el tio Chatelan al bandido. — Figuraos que un dia nuestro amo se puso á discurrir, y dijo para sí: «¡Caramba! yo es verdad que soy rico, pero como esto no me abre las ganas de comer... si diera de comer á los que no comen aunque tienen ganas... y si hiciera comer mejor á los que no pueden comer cuanto quieren... Pues señor, todo esto se puede hacer; ¡manos á la obra!» Y como quien no quiere la cosa, nuestro

señor puso manos á la obra, y compró esta quinta, que por aquel tiempo no *daba mucho de sí*; ni tenia mas que dos arados: esto me consta porque he nacido en ella. Nuestro amo aumentó las tierras, y la razon luego os la diré... Al frente del establecimiento colocó á una muger excelente, y tan respetable como desgraciada, calidades muy recomendables para nuestro amo... y la dijo: «Esta casa será como la casa de Dios, que se abre á los buenos y se cierra á los malos: echareis de ella á los mendigos perezosos, pero dareis la *limosna del trabajo* á los que tengan valor para merecerla: esta limosna, léjos de humillar al que la recibe, aprovecha al que la dá, y el rico que no la dá es indigno de ser rico...» Así dijo nuestro amo... pero aun hizo mas de lo que dijo... Antiguamente habia un camino directo de aquí á Ecouen que acortaba la distancia cerca de una legua; pero llegó á ponerse tan descalabrado que apénas se podia andar por él, y era la muerte de los caballos y de los carros. Un escote entre todos los propietarios del país hubiera bastado para ponerlo en buen estado; pero cuanto mas deseaban todos ellos la composicion del camino, tanto mayores eran los ascos que hacian para dar el dinero. Viendo esto nuestro amo echó otra vez sus cuentas y dijo: «El camino se hará; pero como los que deberian contribuir á hacerlo no contribuyen, y como es una especie de camino de lujo, no será de provecho hasta pasado algun tiempo para los que tienen caballos y carruages; pero será de provecho desde luego para los que no tienen mas que dos brazos y ganas de trabajar, aunque no tienen trabajo. Por ejemplo, nos llega á la quinta un mozo sano y robusto, llama á la puerta y dice: Tengo hambre, señores, y no tengo en donde ganar el pan: «Si no es mas que

eso, muchacho, aquí tienes una buena sopa, un azadon y una pala; irás luego al camino de Ecouen, en donde harás cada dia dos toesas de morrillo, y cobrarás todas las noches cuarenta sueldos, á veinte sueldos la toesa y á diez sueldos la media toesa; sino no cobrarás nada. » Cuando vuelvo al anochecer, voy todos los dias á dar un vistazo al camino y á informarme del trabajo de cada uno. — Y cuando uno piensa que hubo dos bribones sin vergüenza que comieron la sopa y se largaron con el azadon y la pala... — dijo Juanillo con indignacion: — Vamos, es lance para desanimar á cualquiera... — Es verdad, yo no sé como el amo... — dijeron algunos labradores. — Eso está bueno — interrumpió el tio Chatelan; — pero es lo mismo que si dijéramos que no se debia plantar ni sembrar porque hay orugas y gorgojo, y otros animalejos que roen las hojas y el grano. No, señor, hay remedio para los gusanos; y Dios que no es lerdo, hace brotar nuevos retoños y espigas de modo que ni siquiera se echa de ver el daño que hicieron los insectos. ¿No es verdad, amigo mio? — dijo el labrador al Maestro de Escuela. — Sí, sí; no hay duda — repuso el bandido que parecia sumido en profundas reflexiones. — Tambien hay trabajos proporcionados para la fuerza de las mugeres y de los niños — añadió el tio Chatelan. — Y con todo eso — dijo Claudia la lechera — el camino no adelanta cosa que digamos. — Pero, hija mia, eso afortunadamente no prueba mas que no falta trabajo en el país para las gentes honradas. — Pero para un enfermo, para mí por ejemplo — dijo de repente el Maestro de Escuela, — ¿no me darian por caridad alguna ocupacion en un rincon de la quinta, á fin de ganar un bocado de pan y un abrigo durante los pocos dias que me quedan de vida? ¡Oh! si tal pu-

diera ser, amigos mios, pasaria el resto de mis dias pidiendo á Dios por vuestro amo.

El bandido hablaba entónces con sinceridad. No se arrepentia de sus crímenes, pero la existencia tranquila y feliz de los labradores le parecia tanto mas envidiable acordándose del horrible porvenir que le ofrecia la Lechuza: porvenir en que jamas habia meditado antes de volver á unirse con su cómplice, la cual lo habia privado para siempre de vivir con las gentes honradas, á cuyo lado lo habia puesto el Churiador.

Miró el tio Chatelan con sorpresa al Maestro de Escuela.

—Pero, amigo mio, —le dijo, —yo no creía que vuestro desamparo era tal que necesitaseis... —¡Ah! por desgracia necesito de todo el mundo. He perdido la vista por un accidente de mi oficio, y voy á Louvres á implorar el socorro de un pariente remoto... Pero ya sabeis que hay personas tan egoistas y duras de corazon... —repuso el Maestro de Escuela. —¡Oh! no hay egoismo que pueda valer contra un hombre honrado y trabajador como vos; contra un hombre tan desgraciado, y con un hijo tan amante y tan bueno que haria enternecer á las mismas piedras... ¿Pero como no os socorre el amo que os ocupaba antes de vuestra desgracia?

—Murió... —dijo el Maestro de Escuela despues de duda; —era mi único amparo... —¿Cómo no vais al hospicio de los ciegos? —No tengo la edad necesaria para entrar en él. —¡Pobre ciego! ¿sois bien digno de lástima! —Pero decidme, ¿creeis que vuestro amo, á quien respeto ya sin conocerlo, tendrá compasion de mí, si no encuentro la caridad que espero en mi pariente de Louvres? —Por desgracia esta quinta no es un hospicio; ya veis...

La costumbre que hay aquí es de admitir á los enfermos por un dia ó por una noche... darles luego una limosna... y encomendarlos despues al amparo de Dios. — ¡De modo que ninguna esperanza debo tener de interesar en mi favor á vuestro amo! — dijo el bandido con un suspiro. — No os he dicho mas que las reglas de la quinta, buen amigo; pero nuestro amo es tan compasivo y generoso, que todo se puede esperar. — ¡De veras! — exclamó el Maestro de Escuela. — ¿Será posible que me deje vivir aquí... en un rincon?... ¡Ah, con tan poco me contentaria!... — Os digo que todo se puede esperar de nuestro amo. Si os deja vivir en la quinta, no tendréis que meteros en un rincon, pues en tal caso se os trataria como á nosotros... como hoy, por ejemplo... Tambien habria ocupacion para vuestro hijo segun sus fuerzas, y no le faltarian buenos consejos y buen ejemplo, porque nuestro venerable cura lo enseñaria como á los demas muchachos del pueblo, y se criaria en el temor de Dios y en las buenas obras, como suelen decir... Pero ántes de nada seria preciso que hablaseis mañana por la mañana á *Nuestra Señora del Socorro*.. — ¿Cómo? — preguntó el Maestro de Escuela. — Es el nombre que damos á nuestra ama... Si lograis interesarla en vuestro favor, estad seguro del resultado, porque el señor amo nada le niega en punto á caridades. — ¡Ah, entónces la hablaré... sí, la hablaré! — exclamó lleno de gozo el Maestro de Escuela, creyéndose libre ya de la tiranía de la Lechuza.

La alegría del bandido no halló eco en el Cojuelo, porque no tenia el menor deseo de crecer en *el temor de Dios* bajo los auspicios de un cura venerable, ni de aprovechar los demas ofrecimientos del anciano labrador: las inclinaciones del hijo de Brazo Rojo eran de lo mas antibucólico.

Fiel, por otro lado, á las tradiciones de la Lechuza, veria con el mayor disgusto el que el Maestro de Escuela se librase de su tiranía; y así es que se propuso sacar al bandido de la campestre y risueña ilusion á que se habia entregado, recordándole la realidad de su situacion... — ¡Oh, sí! — repitió el Maestro de Escuela — mañana le hablaré... hablaré à *Nuestra Señora del Socorro*... tendrá compasion de mí, y...

El Cojuelo dió en aquel momento con disimulo un vigoroso puntapié en la llaga del Maestro de Escuela. El agudo dolor interrumpió la frase del bandido, el cual dijo con un terrible estremecimiento: — Sí, espero que esa buena señora tendrá compasion de mí. — Vaya, vaya, ¡papaito!... — dijo el Cojuelo; — pero tú no cuentas con mi tia la *señora Lechuza*, que te quiere tanto... ¡Pobre tia *Lechuza*! ¡Ah! no te abandonará, no, así á dos por tres, y no tardaria en venir á reclamarte aquí con su primo el tio *Besugo Barbillon*. — ¡La tia *Lechuza*! ¡el tio *Besugo*! Por lo visto el bueno del hombre tiene pájaros y pescado en la parentela — dijo en voz baja Juanillo con aire malicioso y dando de codo á su vecina. — ¡Qué cosa tan rara! ¿qué te parece, Claudia?

— ¡Anda, anda, desalmado! no se como tienes humor para hacer burla de unos desdichados — repuso la rolliza jóven á su vez á Juanillo con un codazo capaz de romperle tres costillas. — ¿es prima vuestra la señora Lechuza? — preguntó el Labrador al Maestro de Escuela. — Sí es una de mis parientas. — respondió el bandido con aire torbo y solapado. — ¿Y es esa la parienta que vais á ver á Louvres? — preguntó el tio Chatelan.

— Si, — repuso el bandido; — pero creo que mi hijo hace mal en contar con ella. De todos

modos hablaré mañana á la señora de esta casa, y la rogaré que intercede con el amo principal de la quinta; pero ya que hablamos del propietario —añadió cambiando de conversacion para no dar motivo á la imprudente interrupcion del Cojuelo, —ahora me acuerdo que me habeis ofrecido ponerme al corriente de la organizacion de este establecimiento. — Es verdad quo os lo ofrecí — repuso el tio Chatelan — y voy à cumplir mi promesa. Pues señor, como iba diciendo, el señor amo despues de haber ideado à su manera lo que llama él la *limosna del trabajo*, dijo allà entre sí: Ya que hay establecimientos y premios para mejorar y fomentar los caballos, los ganados, los arados y otras muchas cosas de este género... ¿no seria bueno pensar tambien en mejorar la condicion dê los hombres?... El que haya buenos animales, pase; pero mejor seria que hubiese buenos hombres, auuque esto no sea tan bueno de conseguir. A fuerza de cebada, buenos prados, agua pura y algun cuidado, los caballos y demas ganados engordaràn que serà un contento; pero en cuanto à los hombres es negocio muy diferente, porque à un hombre no se le hace virtuoso como à un buey gordo y rollizo. Pero si à un buey le aprovecha la yerba porque la encuentra sabrosa, veamos tambien si hay modo de hacer que los consejos dados al hombre sean de tal calidad que le tenga cuenta el seguirlos... — Como al buey le tiene cuenta comer la buena yerba ¿verdad, tio Chatelan? — Ni mas ni menos, Juanillo. — Pero, tio Chatelan — dijo otro labriego — he oido hablar en otro tiempo de una quinta en que se enseñaba la agricultura à ladrones mozos, salvo su buena conducta por no hacerles deshonor, los cuales vivian en ella muy cuidados y repantiga-

dos como obispos. — Es verdad, muchacho, es verdad, nada malo hay en esto; pero aunque es menester que seamos caritativos con los malos para que no desesperen, debemos tambien dar esperanza á los buenos. Si en esa quinta de ladrones jóvenes se presentase un hombre honrado con ganas de trabajar y ganar la vida, le dirian sin duda: «¿Amigo mio, has robado ó bagamundeado alguna vez?» — «No» — «Pues entónces, querido mio, no hay lugar para tí.?» — Eso es tan verdad como el Evangelio, tio Chatelan — dijo Juanillo. — Se hace por los bribones lo que no se haria por los hombres de bien; se mejora la condicion de los animales y no la de los hombres. — Pues justamente para remediar ese mal y dar el ejemplo, ha establecido nuestro amo esta quinta, como acabo de decir á este buen hombre... «Bien se yo — dijo entre sí — que *alla arriba* hay recompensas para la gente de bien; pero aquellas recompensas están tan léjos... tan altas... que ninguno tiene la vista ni el valor suficientes para verlas y alcanzarlas. Agobiados por el trabajo desde el principio hasta el fin del dia; y encorbados hácia la tierra, pasan la vida cavándola y revolviéndola para otro dueño, y llegada la noche descansan de su perenne fatiga en un duro lecho... Los domingos se embriagan en la taberna para ahogar en la bebida las fatigas de la víspera y del dia siguiente, fatigas cuyo resultado no varia jamás para los infelices que las sufren. Y despues de tanto trabajo ¿es por ventura ménos negro su pan, ménos duro su lecho ménos, enclenques sus hijos y ménos enfermiza su mujer? ¡no! Las pobres criaturas comen el pan tasado y nunca pueden satisfacer el hambre. Sin embargo debemos confesar, amigos mios, que el pan aunque negro es un alimento,

que el lecho aunque duro, es un lecho, y finalmente que los hijos viven aunque vivan hambrientos y consumidos por la miseria. Los desgraciados soportarian acaso alegremente su desventura, si creyesen que los demás no eran mas felices que ellos; pero van al pueblo y á la ciudad los dias de mercado, y ven el pan blanco, colchones llenos y mullidos, y niños alegres y rollizos como un rosal de mayo, y tan hartos y desganados que echan rosquillas á los perros. Y entónces, cuando se vuelven á su choza de barro, á su pan negro, y á su cama dura, dicen los infelices al ver á sus hijos enfermos, consumidos y llenos de miseria, para quienes hubieran cogido de buena gana las rosquillas y mendrugos que los hijos de los ricos echaban á los perros: «¡Cáspita! ya que el mundo se compone de ricos y pobres, ¿porqué no hemos nacido ricos? ¿porqué no habrá de tocarnos tambien nuestra vez? ¡esto es una injusticia!» Pero, amigos mios, los que tal dicen no tienen pisca de razon, pues nada contribuye á hacerles el yugo mas llevadero; y sin embargo tienen que sufrir inevitablemente y sin descanso ni esperanza de alivio este yugo que á veces los lastima y exaspera, sin disfrutar jamás la tranquilidad y la dicha del reposo. Una vida pasada de este modo no hay duda que debe parecer muy larga... tan larga como un dia de lluvia sin un solo rayo de sol. Finalmente, la mayor parte de los jornaleros que piensan de este modo viven á mal consigo mismos, emprenden con disgusto el trabajo diario, y hacen generalmente esta insana reflexion: «¿A qué fin habremos de trabajar con afan y mejor? ¿no es para nosotros lo mismo el que la espiga sea mas gorda ó mas menguada? ¿qué provecho sacaremos de echar los bofes tra-

bajando? Estémonos quietos sin hacer bien ni mal, ya que lo malo no se castiga y ya que no hay recompensa para lo bueno...» Estos pensares son de mala ley, hijos mios... porque del abandono á la haraganería no hay mas que un paso, y de la haraganería al vicio hay ménos distancia todavía... Por desgracia los mas son los que no siendo buenos ni malos no hacen ni mal ni bien; y de estos es de quienes ha dicho nuestro amo que era preciso mejorar su suerte; ni mas ni ménos que si tuviesen el honor de ser caballos, bueyes ó carneros... «Hagamos de manera, se dijo, que hallen utilidad en ser activos, prudentes, instruidos, laboriosos y consagrados á sus deberes... probémosles que haciéndose mejores se harán tambien mas felices... y todos ganarémos de este modo. A fin de que aprovechen los buenos consejos; démosles á probar acá en este mundo un si es no es de la felicidad que gozan los justos allá arriba...» Arreglado el plan de esta manera, nuestro amo hizo saber por las cercanías que necesitaba seis labradores y otras tantas mujeres ó mozas de servicio: pero determinó escogerlos todos entre lás familias mas honradas del pais, segun los informes que hubiesen de dar los alcaldes, los curas y otras personas de nota. La paga debia ser como la nuestra, es decir, que debian estar como príncipes, comer á boca de rey y dividir entre sí el diezmo de los frutos de la cosecha: al cabo de dos ó tres años se veria si era necesario buscar mas labradores que reuniesen las mismas cualidades... Así es que desde que se fundó el establecimiento, no hay labrador ni jornalero en las cercanías que no eche sus cuentas y diga: «Seamos activos, honrados y laboriosos, distingámonos por nuestra buena conducta, y llegarémos

á colocarnos en la quinta de Bouqueval; vivirémos allí como en un paraiso dos ó tres años, nos perfeccionarémos en el oficio, sacarémos un buen peculio, y sobre todo no nos faltará quien nos busque para el trabajo, porque nadie entra en Bouqueval sin excelentes informes de conducta.

— A mí me han comprometido ya para entrar en la quinta de Arnouville, que dirige M. Dubreuil — dijo Juanillo. — Y yo lo estoy tambien para Gonesse — dijo otro labrador. — Ya lo veis, amigo, como el establecimiento es ventajoso para todos y como se aprovechan de él los agricultores del contorno: solo se emplea á doce personas, entre hombres y mujeres, y se forman acaso cincuenta sujetos honrados en el distrito para pretender las doce plazas; de modo que aun los mismos sujetos que no consiguen ser empleados, no son por eso menos honrados, porque como suelen decir, el que buenas mañas ha, tarde ó nunca las perderá, y como la esperanza es lo último que se pierde, se conservan honrados para merecer en todo tiempo que los elijan. Lo mismo viene á ser, hablando con el respeto debido, que cuando se ofrece un premio para el caballo ó la res mas lijeros, forzudos y hermosos, porque con el afan de ganar el galardon se forman cincuenta animales excelentes para disputarlo y los que no consiguen ganar el premio, no por eso son despues menos buenos y fuertes... Por eso os decia, amigo mio, que nuestra quinta no era como las demas quintas, y que nuestro amo no se parecia un tris á los demas amos. — ¡Ya lo veo! — exclamó el Maestro de Escuela — y cuanto mayores me parecen su bondad y su generosidad, tanto mas espero que se compadecerá de mi triste suerte. Un hombre que hace el bien con tanta nobleza, no debe reparar en un beneficio mas ó menos. Decidme

por de pronto su nombre y el de *Nuestra Señora del Socorro* — añadió con viva ansiedad el Maestro de Escuela — para bendecirlos á los dos, porque estoy seguro de que tendrán compasion de mí. — Acaso esperais oir dos nombres campanudos, y en tal caso os engañais de medio á medio, porque sus nombres son tan sencillos como los de los santos. *Nuestra señora del Socorro* se llama la *señora Adela Georges...* y nuestro amo se llama el *señor Rodolfo.* — ¡Mi mujer!!... ¡mi verdugo!!... — murmuró confusamente el bandido, aterrado como si lo hubiera herido un rayo.

Persuadióse el Maestro de Escuela de que la identidad de los nombres de Rodolfo y de la señora Adela no podia provenir de una coincidencia fortuita. Rodolfo, antes de condenarlo al terrible suplicio, le habia manifestado el vivo interés que sentia por madama Georges; y finalmente, las recientes visitas del negro David á la quinta lo afirmaban mas y mas en su persuasion. Este encuentro, en el cual no pudo menos de reconocer la mano de la Providencia, destruía completamente la esperanza que habia fundado en la generosidad del amo de la quinta. Su primer impulso fué el huir, porque Rodolfo, que acaso podria hallarse en la quinta en aquel momento, le inspiraba un invencible terror... Apenas se hubo repuesto del primer estupor, cuando levantándose de la mesa tomó la mano del Cojuelo y exclamó aterrado y fuera de sí:

— ¡Vámonos... vamos... salgamos de aquí!

Los labradores se miraron asombrados unos á otros.

— ¿Cómo! ¿quereis marcharos á estas horas? ¿Habeis perdido el juicio, buen amigo? — dijo el tio Chatelan. — ¿Qué diablo de mosca os ha picado? ¿ó estais por ventura loco?...

El Cojuelo se aprovechó con destreza de esta indicacion, dió un suspiro, hizo con la cabeza una seña afirmativa, y llevando el índice á la frente dió á entender á los labradores de la quinta que no era sana la razon de su fingido padre. El tio Chatelan le correspondió con otra seña de inteligencia y de compasion.

—¡Vámonos... vamos... salgamos de aquí!—repitió el Maestro de Escuela tirando de la mano al muchacho. Pero el Cojuelo, firmemente decidido á no dejar la buena cama de la quinta ni á exponerse otra vez al frio de la noche, dijo al bandido con voz mimosa y dolorida: —¿Qué vas á hacer, padrecito? ¡Dios mio, te vuelve á dar el mal de cabeza, eh! sosiégate y no pienses en salir con esta noche de perros, porque te volaria mas el juicio. Mira, papá, mas quiero desobedecerte que sacarte de aquí á esta hora de la noche. —Y dirigiéndose luego á los labradores continuó: —¿No es verdad, señoritos, que me ayudareis á no dejar salir de aquí á mi pobre papá? —Sí, sí, hijo mio, no tengas cuidado que no se abrirá la puerta—repuso el tio Chatelan—y tendrá que dormir en la quinta esta noche. —Nadie me obligará á quedarme si no quiero—gritó el Maestro de Escuela: —y ademas, mi permanencia incomodará á vuestro amo... á ese... señor Rodolfo... porque ya me habeis dicho que esta quinta no es ningun hospicio. Por lo mismo os vuelvo á decir que me dejeis seguir mi camino.

—¡Incomodar á nuestro amo!... mal conoceis su genio, amigo mio... Por desgracia no está en la quinta ni viene á verla con la frecuencia que todos deseamos. Pero aun cuando estuviese aquí, no lo incomodariais, no, á buen seguro...—¡No importa!—dijo el bandido mas y mas aterrado—he cambiado de propósito... mi hijo tiene razon; mi

prima de Louvres tendrá compasion de mí... y quiero ir á verla ahora mismo. — Lo que puedo deciros — dijo con buen humor el tio Chatelan creyendo que el ciego estaba realmente loco — es que no conteis con marcharos esta noche ni con llevar á vuestro niño por esos mundos de Dios: todo está dispuesto para impedíroslo.

No se mitigó el terror del bandido con saber que Rodolfo no estaba en Bouqueval, pues aunque estaba horriblemente desfigurado, temia ser reconocido por su mujer, que podia bajar á la cocina de un momento á otro. Creia que en tal caso lo denunciaria y lo haria prender, porque estaba persuadido de que Rodolfo, al imponerle un terrible castigo, habia tenido por principal objeto satisfacer el odio y la venganza de la señora Adela Georges. Mas como no podia salir de la quinta y se hallaba á la merced del Cojuelo, resignóse por último á pasar en ella la noche, y á fin de evitar el que conociese su mujer, dijo al labrador: — Ya que me asegurais que no incomodaré á vuestro amo ni á vuestra señora, acepto la hospitalidad que me ofreceis; pero estoy muy cansado y quisiera recojerme si me lo permitís... mañana me marcharé al ser dia. — ¡Oh! eso sí; mañana á la hora que querais, porque en esta casa todos son madrugadores; y para que no volvais á perderos, haremos que alguien os vaya á enseñar el camino.

Yo llevaré el pobre ciego hasta el fin del camino nuevo — dijo Juanillo — porque la señora Adela me dijo que fuese mañana con el carro á Villiers-le-Bel para traer unos talegos de dinero de casa del notario.

— Llevarás en el carro al pobre ciego, pero tú irás á pié — dijo el tio Chatelan. — La señora ha mudado de parecer y cree con razon que no tiene

cuenta traer á la casa tanto dinero por ahora: el lunes que viene se irá á Villiers-le-Bel para recojerlo, y hasta entónces estará tambien el dinero en casa del notario como aquí.

La señora sabe mejor que yo lo que se debe hacer; ¿pero que inconveniente hay para que venga el dinero, tio Chatelan?

—Ninguno, muchacho, ¡gracias al Señor! pero lo cierto es que mejor quisiera tener en la quinta quinientos sacos de trigo que diez talegos de escudos. — Vamos —dijo el tio Chatelan al Maestro de Escuela — venid, amigo; y tú tambien, hijo mio —añadió tomando una luz. Y saliendo de la cocina delante de los dos huéspedes, los condujo hasta un cuarto pequeño del piso bajo por un ancho corredor, al cual daban las puertas de varios aposentos. Puso el labrador la luz sobre la mesa y dijo al Maestro de Escuela: — Ahí teneis la cama. Dios os de buena noche y os cubra con su gracia; Tú, hijo mio, dormirás como un patriarca, porque á tu edad no quitan el sueño los pesares.

Sentóse el bandido triste y pensativo en la orilla de la cama, á donde lo llevó por la mano el Cojuelo. Este hizo una seña al labrador en el momento de salir del cuarto, y salió á alcanzarlo en el corredor. —¿Qué quieres, hijo mio? —le preguntó el tio Chatelan. —¡Ay, mi querido señor! ¡si vierais que trabajos paso con mi padre! Algunas veces le dan unos ataques y unas convulsiones de noche, que yo no puedo socorrerlo solo: ¿me oirá la jente de casa si tengo de pedir socorro? — ¡Pobre criatura! —dijo enternecido el labrador — no tengas cuidado, no, que te oirán si llamas... ¿Ves aquella puerta que está al lado de la escalera? — Sí, señorito, la veo. — Pues allí duerme uno de los criados: si hay que socorrer á tu padre no tie-

nes mas que llegarte á su cuarto y dispertarlo, porque la llave está siempre en la puerta. — Eso está bien, pero si las convulsiones le aprietan como de costumbre, no bastaremos el mozo y yo... ¿No podriais venir tambien, ya que sois tan bueno, tan bueno que pareceis un santo? — Yo duermo, hijo mio, en los últimos cuartos del zaguan con los demas labradores; pero no tengas cuidado que Juanillo es tan forzudo que sujetaria á un toro por los cuernos. Ademas, si hubiese necesidad de mas ayuda, Juanillo avisará á la cocinera vieja, que duerme al lado del cuarto de la señora y de la señorita... y en caso de necesidad sirve de enfermera, porque todo se le da en la mano. — Gracias, gracias, señorito; voy á pedir á Dios que os dé buena salud y buenas noches y que reciba la caridad que teneis con mi querido padrecito. — Vaya, buenas noches, hijo mio; espero que no habrá necesidad de socorrer á tu padre. Vuelve vuélvete al cuarto, que acaso te está esperando. — Buenas noches, señorito. — Dios te de su gracia, hijo mio.

Y el anciano desapareció.

Apénas habia vuelto las espaldas cuando el Cojuelo hizo hácia él una mueca y un ademan de desprecio insultante, familiar á todos los *pilluelos* de Paris. Este ademan consiste en dar varios golpes en la nuca con la palma de la mano izquierda y tender varias veces hacia adelante el brazo y la mano derecha abierta. Este peligroso niño acababa de descubrir con diabólica astucia algunas de las señas que deseaba obtener para que la Lechuza y el Maestro de Escuela llevasen á cabo su siniestro proyecto. Sabia que la parte del edificio en que iba á dormir solo estaba habitado por la señora Adela, Flor de Maria, una cocinera vieja y un criado de la quinta. Cuando el Cojuelo volvió á entrar en el

cuarto del Maestro de Escuela, se guardó bien de acercarse á él. Este último le dijo en voz baja: — ¿De donde vienes tú, bribon? — ¿qué curioso eres, *anublado* chocho!... — ¡Jah! ahora vas á pagar lo que me hiciste sufrir esta noche hijo de Belcebú!—dijo el Maestro de Escuela levantándose con furor y acercándose á la pared, y buscó á tientas al Cojuelo. — ¡Te voy á matar, lagartija del infierno! — Ay, ay, ay, que gusto, papá! andamos á la gallina ciega ¡eh! A ver si me cojes dijo el Cojuelo huyendo con facilidad de la persecucion del bandido. Este, dominado al principio por un movimiento irreflexivo de cólera tuvo que renunciar muy pronto á la captura del hijo de Brazo Rojo.

Obligado á sufrir el escarnio de un chiquillo hasta que pudiese vengarse sin peligro, devoró su impotente furor, y se arrojó sobre la cama profiriendo horrendas blasfemias.

—¡Ay, pobre papaito!... tienes mal de muelas, ¡eh! ¿ó te da la rabia, ó que te dá, para jurar así como un desesperado? ¿Qué diria el cura si te oyera?... ¡buena penitencia te daria!... — ¡Bueno, bueno! — dijo el bandido con voz ronca y sofocada despues de un largo silencio;—búrlate como quieras de mi desgracia, que ya llegará la tuya, bribon... ¡eso es muy noble!... ¡muy generoso! — ¡Noble! ¡generoso!... ¿qué dijo papá? exclamó el Cojuelo soltando la risa, — por eso te ponias guantes, para no lastimar á la jente que santiguabas con esas manos de alcornoque cuando tenias ojos. — Pero si nunca te he hecho mal á tí? porqué me atormentas? — En primer lugar porque habeis tratado mal á la Lechuza... y en segundo lugar porque el tio pendejo nos fastidió haciéndose el mandria con los paisanos, que no parecia sino que estaba á los últimos y que iba á tomar leche de

burra. — ¡Anda, bribon. si fuese posible quedarme en esta casa, ¡que mal rayo la queme ahora! tú me lo hubieras impedido con tu bachillería y tu insolencia. — ¿Quedaros aquí? ¡qué tontería! ¿Y con quien se divertiria entónces la tia Lechuza? ¿Acaso conmigo? ya me dió mi racion el brujo de Bradamanti. — ¡Aborto del infierno! — Mejor para mí: yo pienso, como mi tia La Lechuza, que no hay cosa en el mundo mas divertida que hacer rabiar y hacer enseñar los dientes á un mono tan recio como vos, que sois mas fuerte que Sanson... y á la verdad vale mas que seas así para nuestro recreo, que como el belitre de mi padre... Pero esta noche sí que fué un gusto en la mesa... ¡Caramba! ¡me daba mas alegria que cuando oia gritar á los que el señor Bradamanti arrancaba las muelas! A cada puntapié que os largaba á la sordina os poniais tan rabioso que vuestros ojos blancos se volvian encarnados alrededor, y solo faltaba una tintita azul en el medio para ser como la escarapela tricolor de los jendarmes —¡Qué muchacho tan divertido!.. no lo estraño porque es propio de la edad — dijo el Maestro de Escuela con tono afectuoso, queriendo aplacar el iracundo escarnio del Cojuelo; — pero en lugar de andar tonteando bien pudieras acordarte de lo que te dijo la Lechuza, ya que la quieres tanto, y podrias echar por ahí un vistazo y sacar los moldes de las cerraduras: ¿entiendes? esta jente habló de algun dinero que ha de venir el lunes... y como se trata de volver aquí con los compañeros, es menester no perder el tiempo... Sin duda estaba lelo cuando se me antojaba quedarme en la quinta... al cabo de ocho dias me aburriria entre estos payos... ¿no te parece, Cojuelo? — dijo el bandido con ánimo de halagar al muchacho. — ¡Verdad que sí! para mí hubiera sido un pesar — contestó el hijo de

Rrazo Rojo. — El negocio que podemos hacer aquí es de mucha importancia... ¡Pero aun cuando no hubiese nada, que robar, yo volveria solo con la Lechuza para vengarme! — dijo el bandido con la voz alterada por el ódio y el furor; — porque mi mujer es sin duda quien ha irritado contra mí á ese, endemoniado de Rodolfo, que me privó de la vista y me dejó á la merced de todo el mundo, de la Lechuza y de un bribon como tu... Ya que no puedo vengarme de él, yo me vengaré en mi mujer... sí, me vengaré aunque tenga que incendiar la casa y perecer entre sus ruinas. ¡Oh! sí, ¡yo me vengaré! — ¡Quien te dejara llegar junto á tu mujer, viejo chocho! ¡si supieras que solo está á dos pasos de aquí, como habias de babear! Pues mira yo se donde está su cuarto... yo... y puedo llevarte hasta la misma puerta... ¡yo lo sé, yo lo sé, yo lo sé! — añadió el Cojuelo salmodiando las últimas palabras como tenia de costumbre. — ¿Sabes donde está su cuarto? — exclamó el Maestro de Escuela con una expresion de gozo feroz — ¿lo sabes? — Ya te veo venir — dijo el Cojuelo; — vamos, álzate sobre las dos patas como un perro bien educado cuando su amo le enseña un hueso... ¡Vamos, arriba, viejo arredomado! — ¿Y tú sabes en donde está el cuarto de mi mujer? — repitió el Maestro de Escuela volviéndose hácia la voz del Cojuelo. — Sí por cierto, lo sé, y lo mas salado es que el único hombre que duerme en esta parte de la casa es un criado de la quinta: sé la puerta de su cuarto, que tiene la llave por afuera, y en un abrir y cerrar de ojos; tris, se le puede encerrar dentro... ¡Vamos, arriba, dacá la pata! — ¿Quién te dijo todo eso? — preguntó el Maestro de Escuela levantándose involuntariamente. — Y al lado del cuarto de tu mujer duerme una cocinera vieja...

que con otra vuelta de la llave quedaria encerrada y seriamos dueños de toda la casa, juntamente con tu mujer y la muchacha de capotillo gris que queremos atrapar... Vamos, ahora dacá la pata: un salto por toda la compañía. —Mientes, mientes... ¿cómo podrias saber eso? —Aunque soy cojo no soy bobo ni lerdo; y por eso dije hace un rato al bobalicon del labrador que vino á alumbrarnos, que por la noche te daban unas convulsiones, y le pregunté como podria pedir socorro si te venia el ataque esta noche... Entónces él me respondió que si te daba la tarantela, que yo, el Cojuelo, podia llamar al mozo y á la cocinera, y me enseñó los cuartos en donde duermen; uno abajo, otro arriba, al ladito de tu mujer... de tu misma mujer ¿entiendes, marrullero? —añadió el Cojuelo. Y despues de un largo silencio el Maestro de Escuela le dijo con voz sosegada y con un aire de espantosa resolucion: —Pues mira, óyeme... escucha... yo he vivido ya bastante... Confieso que hace un momento he concebido una esperanza que me hace mirar ahora mi suerte como mas horrible... La cárcel, el presidio, la horca y la guillotina no son nada en comparacion de lo que he sufrido desde esta mañana, que es lo mismo que sufriré hasta el fin de mis dias... Llévame al cuarto de mi mujer... ¿entiendes? y la mataré con este puñal... Me matarán despues, pero nada me importa... El ódio me ahoga, me sofoca... Y no respiraré con libertad hasta que me vengue... No puedo sufrir mas... esto es demasiado... si, demasiado para un hombre que hacia temblar á todo el mundo... Si supieras lo que padezco, Cojuelo, tendrias compasion de mí. Se me levanta el juicio y parece que se me abre la cabeza... la tengo abrasada como un horno... la sangre me hierve en las venas... —Es constipado... ya en-

tiendo ya, como si te pariera... En cuanto estornudes te pasará el muermo... ¿Quieres un polvo?— dijo el Cojuelo riendo á carcajadas.

Y dando algunos golpes en la mano izquierda cerrada, como si fuese una tabaquera, añadió en tono de burla:

Quién te diera, viejo,
Viejo, quién te diera
De mi tabaquera.

—¡Oh, poder de Dios! ¡Dios mio! quieren volverme loco! —exclamó el Maestro de Escuela, casi demente por una especie de venganza sanguinaria, ardiente é implacable, que en vano procuraba satisfacer. El furor de este monstruo hercúleo y rabioso, solo era comparable al de un lobo hambriento y sañudo, que irritado durante todo un dia por un niño al traves de las barras de una jaula, ve á dos pasos de sí la débil víctima sin poder saciar su hambre y su furor. Al oir el último sarcásmo del Cojuelo, el bandido perdió casi totalmente el juicio: frenético y no pudiendo hallar una víctima que sacrificar á su ira infernal, quiso derramar su propia sangre... pero la sangre le sofocó la respiracion. Si en aquel momento tuviese á mano una pistola, sin duda se hubiera quitado la vida. Metió con agitacion ambas manos en los bolsillos, sacó un puñal, lo abrió y se levantó en ademan de clavárselo en el pecho... mas por rápido que fue su movimiento, la reflexion, el miedo y el instinto vital lo desarmaron; y asi es que faltándole el valor, dejó caer la mano armada sobre las rodillas. El Cojuelo que habia seguido atentamente con la vista estos movimientos, luego que vio el desenlace pacífico de esta veleidad trágica, exclamó con socar-

ronería : —¡Hola! ¡tendremos mondongo, que hay puerco muerto!

El Maestro de Escuela temiendo perder enteramente la razon en un exceso de furor, procuró desentenderse, por decirlo asi, del insulto del Cojuelo, que se burlaba impunemente de la cobardia de un asesino que no tenia valor para suicidarse; y viendo que no podia librarse de la cruel persecucion de aquel niño maldito, recurió al último esfuerzo para aplacarlo excitando su codicia.

—¡Oh! —le dijo con voz humilde—llévame al cuarto de mi mujer... cojerás todo lo que quieras y te marcharás... y me dejarás solo... gritarás, pedirás socorro si quieres! Me prenderán y me matarán en el sitio... pero no se me da, porque moriré vengado... ya que no tengo valor para quitarme la vida... ¡Oh! llévame, llévame, hijo mio... en su cuarto hallaremos joyas y oro, y todo será para tí, para tí solo ¿entiendes? para tí solo... yo no te pido mas que que me lleves á su cuarto... al lado de su cama.

—Sí, ya te entiendo; quieres que te lleve á la puerta de su cuarto, y luego junto su cama, y en seguida que te guie el brazo, ¿no es verdad? ¡Quieres que sirva de mango á tu puñal, monstruo horrendo! —repuso el Cojuelo con una expresion de desprecio, de cólera y de horror, que por primera vez en todo el dia dió una apariencia de seriedad á su fisonomía de garduña. —Antes me matarian... que obligarme á llevarte al cuarto de tu mujer.

—¡Con que no quieres, eh!

Guardó silencio el hijo de Brazo Rojo; y acercándose descalzo y sin ser oido al Maestro de Escuela, que sentado en la cama tenia el puñal en la mano, se lo quitó con destreza maravillosa y

se puso de un salto en el estremo opuesto del cuarto.

— ¡Mi puñal! ¡mi puñal! — gritó el bandido abriendo los brazos.

— No, porque mañana seriais capaz de pedir que os dejasen ver á vuestra mujer, y la matariais... ya que no teneis valor para quitaros la vida...

— ¡Luego defiende á mi mujer! — exclamó el Maestro de Escuela, cuya razon se oscurecia por momentos. — Luego este monstruo es el demonio que me persigue! ¿En donde estoy? ¿porqué la defiende?

— Para hacerte rabiar... — dijo el Cojuelo dando otra vez á su fisonomía el aire acostumbrado de insolencia.

— ¡Con que no hay remedio! — exclamo el bandido enteramente fuera de sí; — ¡pues entonces pongámos fuego á la casa!.... ¡La vela!... ¡venga la vela!...

— ¡Ja, ja, ja! si no te hubieran apagado la vela de los ojos, viejo chocho... para siempre jamas amen... ya hubieras visto que la vela está apagada hace una hora — dijo el Cojuelo riendo á carcajadas; y luego entonó esta coplilla:

Se apagó el candil
Quedamos à oscuras,
Vamos à dormir,
Vamos à dormir.

Dió el Maestro de Escuela un sordo gemido, alargó los brazos, y sofocado por un arrebato de sangre, cayó boca abajo en el suelo y quedó sin movimiento.

— ¡Ya te entiendo, marrullero! — dijo el Cojuelo; — esa es una treta para que me llegue á tí, y en seguida darme un buen soplamocos... Ya te

levantarás, ya, cuando te canses de hacer el difunto.

Y resuelto á no quedarse dormido temiendo que le cojiese el bandido, el hijo de Brazo Rojo permaneció sentado en la silla con la vista clavada en el Maestro de Escuela, persuadido de que este no corria el menor peligro y que solo queria hacerle caer en el lazo. A fin de pasar el rato sacó misteriosamente de la faltriquera un bolsillo encarnado de seda, y contó poco á poco con ojos de júbilo y codicia diez y siete monedas de oro que contenia. Explicaremos el origen del tesoro del Cojuelo: se tendrá presente que cuando la marquesa de Harville iba á ser sorprendida por su marido en la cita fatal que habia dado al comandante, Rodolfo la dijo, al darla un bolsillo con dinero, que subiese al quinto piso en donde habitaba la familia de Morel y que dijese que iba á socorrerla. Subia pues la marquesa la escalera con rapidéz llevando en la mano el bolsillo; mas como lo viese el Cojuelo que salia en aquel momento del cuarto del charlatan, hizo que resbalaba al llegar junto á la marquesa, tropezó en ella y le robó el bolsillo con la mayor sutileza. La jóven conoció que habia sido robada, pero los pasos de su marido que sentia ya cerca de sí, y el aturdimiento en que se hallaba, no le dieron lugar para quejarse. Despues de haber contado y recontado el oro, dirigió la vista hácia el Maestro de Escuela que continuaba tendido en el suelo. Acercóse á él, aplicó el oido, y como lo oyó respirar libremente, se persuadió mas y mas de que era un ardid para cogerlo.

— Vamos, vamos, señor Maestro; ¡basta de siesta! — le dijo.

Una casualidad habia salvado al Maestro de Escuela de una congestion cerebral, sin duda mortal:

20

El Cojuelo.

su caida le ocasionó una copiosa evacuacion de sangre. Quedóse luego en una especie de estupor febril, entre dormido y delirante, y tuvo este sueño singular, espantoso...

CAPÍTULO VIII.

EL SUEÑO.

Soñaba el Maestro de Escuela que estaba delante de Rodolfo en la casa de la calle de las Viudas. Nada se habia alterado en el salon en que se habia aplicado al bandido el horrible suplicio. Rodolfo estaba sentado á la mesa sobre la cual se hallaban los papeles del Maestro de Escuela y el pequeño agnusdei de lapislázuli, que este habia dado á la Lechuza.

El aspecto de Rodolfo era grave y pensativo.

A su derecha estaba David impasible y silencioso, á su izquierda el Churiador que contemplaba la escena con espanto.

El Maestro de Escuela no era ciego durante este sueño, pues veia al través de la sangre cristalina que llenaba la cavidad de sus órbitas, la cual daba un color rojo á todos los objetos.

A la manera que las aves de rapiña se quedan inmóviles en el aire sobre la víctima que fascinan ántes de devorarla, un buho monstruoso que tenia la horrenda cabeza de la Lechuza, estaba en el aire sobre el Maestro de Escuela y lo miraba fijamente con un ojo redondo, inflamado y verdoso.

Esta mirada fija oprimia el pecho del bandido y cortaba su respiracion.

El Maestro de Escuela veia un lago de sangre que lo separaba de la mesa á que estaba sentado Rodolfo. Pero este juez inflexible, el Churiador y

el negro empezaron á crecer y dilatarse, y convertidos en fantasmas colosales llegaban con la cabeza al techo del aposento, que tambien se elevaba en la misma proporcion.

El lago de sangre estaba en calma y relucia como un espejo encarnado, en el cual veia reflejar su espantosa cara el Maestro de Escuela. Pero algunos momentos despues el lago empezó á moverse y hervir, las ondas se hincharon, y de la superficie agitada se desprendió una exhalacion fétida como el olor de una ciénaga, y una niebla violada y lívida como el color de los ajusticiados. Y á medida que esta niebla subia y subia... las cabezas de Rodolfo, del Churiador y del negro subian tambien, se dilataban y dominaban el siniestro vapor.

En medio de esta niebla lívida se aparecieron al Maestro de Escuela los espectros pálidos de las personas que habia asesinado...

Entre el vapor fantástico ve á un viejecito calvo vestido con una levita parda y con un tafetan verde sobre los ojos, que en un cuarto sucio y derruido se entretiene en contar monedas de oro, y en ponerlas en columnas sobre una mesa á la luz de una lamparilla. Al traves de una ventana y á favor de la luna encapotada, que apenas alumbraba las copas de algunos árboles ajitados por el viento, percibe el Maestro de Escuela su propia cabeza espantosa asomada á los vidrios por la parte de fuera... Los ojos inflamados de esta cabeza observaban hasta el menor movimiento del viejo... rompe por último un vidrio, abre la ventana, arrójase como un tigre sobre su víctima y le clava un largo y agudo puñal en la espalda.

La accion es tan rápida y el golpe tan pronto y seguro, que el cadáver del viejo permanece sentado en la silla...

El asesino quiere arrancar el puñal del cuerpo muerto... pero no puede...

En vano lucha y redobla sus esfuerzos.

Quiere entonces desempuñar el arma asesina... ¡pero imposible!!!

La mano se adhiere al mango del puñal, como la hoja del puñal al cuerpo del difunto...

El asesino oye entónces el ruido de espuelas y de sables en la pieza inmediata... y para salvarse de la justicia quiere arrancar del asiento y llevarse tras sí aquel cuerpo flaco y descarnado, del cual no podia separar el puñal ni la mano.

Pero todo es en vano... El pequeño y consumido cadáver pesa como una masa de plomo... A pesar de su pujanza hercúlea y de los esfuerzos desesperados que hace, el Maestro de Escuela no consigue mover el enorme peso.

El ruido de pasos y de sables se acerca mas y mas...

La llave da vuelta en la cerradura... la puerta se abre...

La vision desaparece...

Y entónces el buho que estaba en la ventana batió las alas y dijo;

—Es el viejo de la calle de Roule... ¡Asesino!... ¡asesino!... ¡asesino!...

El vapor que cubria el lago de sangre, oscurecido por un momento, volvió á ser trasparente y dejó ver otro espectro...

Amanecia, y en medio de una niebla espesa y oscura se descubría un hombre muerto vestido de ganadero al lado de un camino. La tierra pisoteada indicaba que la víctima habia hecho una resistencia desesperada... En el pecho de este hombre hay cinco heridas sangrientas... y á pesar de que

está muerto, silba á sus perros y pide á voces *¡socorro!... ¡socorro!*

Y silva, y silva... y pide socorro por las cinco heridas abiertas, que se mueven y se ajitan como los labios al hablar... Tremendos y espantosos eran la voz y el silvido que salian á un tiempo por la *boca* de las cinco heridas sangrientas...

Entónces el buho sacude las alas y responde á los fúnebres gemidos de la víctima con cinco risotadas estridentes y feroces como el reir de los locos: y en seguida gritó:

—El boyero de Poyssy... ¡Asesino!... ¡asesino!... ¡asesino!...

Un eco subterráneo repitió las siniestras carcajadas del buho, y el ruido fué desvaneciéndose hácia el centro de la tierra.

Al oir este ruido, dos perros grandes y negros como el ébano, y con los ojos encendidos como brasas de fuego, empezaron á correr y á dar vueltas al rededor del Maestro de Escuela con furiosos ladridos... y aunque estaban junto al asesino, su voz resonaba á lo léjos como si la trajera por ráfagas el viento de la mañana.

Los espectros fueron desvaneciéndose poco á poco, y desaparecieron al fin como sombras en el lívido vapor que no dejaba de subir hácia el cielo.

Otra exhalacion volvió á cubrir el lago de sangre.

Era una especie de niebla verdosa y trasparente, parecida á la pared vertical de un canal lleno de agua.

Vióse primero el fondo del canal cubierto de un fango espeso compuesto de réptiles y gusanos imperceptibles á la simple vista, pero que aumen-

tados como si se vieran por un microscopio, aparecian bajo formas monstruosas y proporciones enormes relativas á su verdadero tamaño. No era lodo; era una masa compacta, viviente, inquieta; era una retahila enmarañada é incomprensible de insectos impuros que hormigueaban, y pululaban, y se oprimian unos á otros levantando ondulaciones casi imperceptibles sobre el nivel del fango. Por encima corria lentamente una agua turbia, espesa y muerta que arrastraba en su pesado curso las inmundicias y los cadáveres de animales que vomitaban sin cesar los albañales de una gran ciudad...

El Maestro de Escuela oyó de repente el ruido de un cuerpo pesado, que cayendo en el canal hizo saltar el agua hasta su cara...

En medio de una multitud de burbujas de aire vió algunos momentos despues una mujer, la cual volvió á sumerjirse luchando con la agonía...

Y se vió á si mismo y á la Lechuza huir precipitadamente de la orilla del canal de San Martin, llevando una caja cubierta de encerado negro. Y sin embargo ve las angustias y la agonía de la víctima que él y la Lechuza acababan de echar al canal.

Despues de la primera inmersion, volvió á subir la víctima á flor de agua, y agitó precipitadamente los brazos, como aquel que no sabiendo nadar procura asirse de algo para salvar la vida... Dió luego un agudo grito; y este grito último y desesperado terminó con el ruido sordo y sofocado de una ingurgitacion involuntaria... La mujer volvió á sumerjirse en el agua.

El buho, que permanecia inmóvil, respondió al grito convulso de la ahogada como habia respondido á las voces y jemidos del ganadero.

El pájaro nocturno repitió en los intérvalos de una risa fúnebre:

— *Glu, glu, glu... qlu, glu, glu...* — Los ecos subterráneos repitieron esta voz.

Sumergida segunda vez, la mujer sofoca primero el aliento y hace luego un movimiento violento de aspiracion; pero en lugar de aire respira solamente agua... Entónces echa hácia atras la cabeza, su rostro se vuelve cárdeno y abotargado, y con los brazos tiesos y el cuello hinchado y lívido, hace la última convulsion de la agonía y agita los pies que estaban apoyados en el fango.

Rodéala al instante una nube de lodo negro que sube con ella á la superficie del agua: y apénas exala el último aliento cuando la cubre una multitud inumerable de gusanos microscópicos, voraces y asquerosos... El cadáver nada por un momento, oscila un instante, y luego se va sumergiendo lenta y horizontalmente con los piés mas bajos que la cabeza, y empieza á seguir la corriente del canal... A veces el cadáver se vuelve sobre sí mismo y su rostro se halla enfrente del Maestro de Escuela; y entónces el espectro clava en él sus dos ojos vidriados y opacos... y sus labios cárdenos se mueven como para hablar... El Maestro de Escuela está léjos de la ahogada, que sin embargo le murmura al oido: *Glu, glu, glu... glu, glu, glu...* » acompañando estas palabras estrañas con el ruido que hace un frasco cuando se llena de agua al sumergirse.

El buho repetia *Glu, glu, glu... glu, glu, glu...* y agitando las alas gritaba:

— ¡ LA MUJER DEL CANAL DE SAN MARTIN !... ¡ ASESINO !... ¡ ASESINO !... ¡ ASESINO !...: La vision de la ahogada desaparecio.

El lago de sangre, al otro lado del cual veia á

Rodolfo, el Maestro de Escuela, se volvió color de bronce, y enrojeciéndose luego se convirtió en una hornaza llena de un líquido como metal fundido: y á poco rato el lago empezó á subir hácia el cielo como una manga inmensa.

Formóse luego un horizonte rojo como el hierro candente... Este horizonte inmenso, infinito, deslumbra y abrasa los ojos del Maestro de Escuela, que inmóvil en su sitio no puede volver á otro lado la vista... Por esta lava ardiente, cuya reverberacion le ofusca y le aniquila, ve pasar y repasar con lentitud y uno á uno los espectros colosales de sus víctimas..

— ¡ *La linterna magica del remordimiento* !... ¡ *del remordimiento* !.. — gritó el buho batiendo las alas y riendo á carcajadas.

A pesar del dolor intolerable que le causa esta incesante vision, el Maestro de Escuela no aparta los ojos de los espectros que se mueven en la superficie abrasada... Entónces esperimenta una sensacion espantosa. Despues de haber pasado por todos los grados de un tormento sin nombre, sintió en los ojos que habian sustituido la sangre de que estaban llenas sus órbitas al principio del sueño, á fuerza de mirar aquel tórrido océano se calentaban, se enrojecian, se fundian, humeaban, hervian, y por último se calcinaban en sus cavidades como en dos crisoles de fundicion.

Por un cambio espantoso, despues de haber *visto* y sentido las transformaciones sucesivas que redujeron á cenizas sus ojos, volvió á quedar en las tinieblas de su primera ceguedad.

Pero entónces se aplaca como por encanto su dolor intolerable, y un soplo aromático, un delicioso frescor viene á refrigerar sus ardientes pupilas. Este soplo es una mezcla suave de los olores que exala

en las mañanas de primavera las flores bañadas aun del rocío. El Maestro de Escuela oye al rededor de si el murmullo apacible de una brisa que juega con el ramaje de los árboles, y como el de un riachuelo que se desliza sobre un fondo de musgo y de guijarros. Millares de avecillas entonan de cuando en cuando sus melodiosos trinos; y cuando callan las sustituyen voces infantiles de angelica, pureza, que cantan melodias estrañas, inauditas, las cuales oye subir hácia el cielo el Maestro de Escuela con un lijero estremecimiento. Apodérase gradualmente de él, el sentimiento de una felicidad moral, de una molicie y de una languidez indifinibles... Era una espansion del corazon, un arrobamiento tal del espíritu que ninguna impresion física por extatica que fuese podria darnos de él una idea! Parecióle que se hallaba en una esfera aérea y que subia á una distancia inmensurable.

. . . . . .

Despues de haber saboreado algunos momentos esta felicidad sin nombre, volvió á caer en el tenebroso abismo de sus ordinarios pensamientos. Su sueño continuó, pero no era ya el bandido desalmado que blasfemaba y se maldecia con impotente furor.

Oyó una voz sonora y solemne.

¡Era la voz de Rodolfo!

Estremecese de espanto el Maestro de Escuela: tiene una idea vaga de que está soñando, pero el asombro que le inspira Rodolfo es tan grande que hace un esfuerzo prodigioso, pero vano, para huir de esta nueva vision.

Habla la voz... y el bandido escucha.

El acento de Rodolfo no es iracundo sino triste y compasivo...

—¡Pobre desgraciado! —dijo al Maestro de

Escuela. — Aun no es llegada la hora de tu arrepentimiento... y solo Dios sabe cuando llegará... El castigo de tus crímenes no se ha colmado aun... Has padecido, pero no has espiado; y el destino llevará adelante la obra de la justicia inmortal... Tus cómplices se han convertido en tus verdugos: una mujer y un niño te dominan y te atormentan... Al imponerte un castigo terrible por tus crímenes, te he dicho... y acuérdate de mis palabras: *Has abusado criminalmente de tu fuerza: yo paralizaré tu fuerza... Los mas feroces y vigorosos temblaban delante de ti: tu temblarás delante de los mas débiles...* Has dejado el oscuro y pacífico retiro en donde podrias vivir para arrepentirte de tu vida criminal... has temido la quietud y la soledad y preferiste volver otra vez á perturbar la sociedad... Hace pocos momentos que en un espantoso y sanguinario eretismo has querido matar á tu mujer que está bajo el mismo techo que te cubre: duerme indefensa, y tienes un puñal, y su cuarto está á dos pasos de tí: nada te impide llegar á su lecho, nada la salva de tu rabia brutal... nada sino tu ímpotencia... El sueño que estás soñando podria salvarte si te aprovechases de él, porque las imágenes misteriosas de ese sueño tienen un valor sobrenatural... El lago de sangre que te separa de tus víctimas es la sangre que has derramado... La lava ardiente que la sostituyó, es el remordimiento que debiera consumirte, para que llegase un dia en que el Omnipotente, apiadado de tu sufrir, te llamase á sí y te hiciese gustar las dulzuras del perdon... Pero no será... ¡no!... es inútil este llamamiento... léjos de arrepentirte, blasfemarás sin cesar al acordarte del tiempo en que podias cometer tus crímenes con mas libertad... ¡Ay de tí! de esa continua lucha de tu ardor sanguinario con la imposibilidad

de satisfacerlo, de esos tus hábitos de feroz opresion, con la necesidad de someterte á la voluntad de unos seres tan menguados y crueles, resultará para tí un fin espantoso... ¡horrendo!... ¡Ay de tí, desdichado!!!...

Alteróse la voz de Rodolfo y calló por un momento, como si la emocion y el espanto que sentia no le dejasen continuar.

El Maestro de Escuela sintió que se le erizaban los cabellos.

¿Cual era ese fin... que hacia temblar à su mismo verdugo?...

—El fin que te aguarda es tan espantoso — continuó Rodolfo — que si Dios, en su venganza inexorable y omnipotente, quisiera hacer que espiases tú solo los crímenes de todos los hombres, no te condenaria á un suplicio mas horrendo... ¡Ay de tí!... ¡Ay de tí!...

Dió en esto un agudo grito el Maestro de Escuela y dispertó sobresaltado de su horrible sueño.

CAPÍTULO IX.

LA CARTA.

Daban las nueve de la mañana en el relox de la quinta de Bouqueval, cuando madama Adela Georges entró lentamente en el cuarto de Flor de María; el sueño de la jóven era tan lijero que dispertó en el mismo instante. Los rayos de un alegre sol de invierno entraban por las persianas, y al través de las cortinas color de rosa esparcian una luz suave y rojiza por el cuarto de la Guillabaora, y cubrian su pálido rostro del color que le faltaba.

— ¿Qué tal, hija mia? — dijo la señora Adela sentándose en la cama de María y besándola en la frente — ¿como estais? — Mejor, señora, gracias á Dios. — ¿No os han dispertado esta mañana temprano? — No señora. — Me alegro. Ese pobre ciego y su hijo, que han pasado aqui la noche, se empeñaron en salir de la quinta al ser de dia, y temí que os dispertase el ruido que han hecho las puertas al abrirse... — ¡Pobrecillos! ¿porqué se han marchado tan temprano? — No lo sé; anoche, cuando os dejé mas aliviada, bajé á la cocina para verlos; pero los dos estaban tan fatigados que ya se habian retirado. El tio Chatelan me dijo que el ciego no parecia tener muy sentado el juicio; y el niño que trae consigo edificó á toda la gente de casa por el tierno cariño con que lo cuida. Pero decidme, María, habeis tenido alguna calentura

¿no es verdad? no quiero que os espongais hoy al frio ni que salgais de la sala. — Perdonad, señora; esta tarde á las cinco tengo que ir á la rectoral, porque me aguardará el señor cura. — Seria una imprudencia; estoy segura de que habeis pasado mala noche, porque teneis los ojos muy cargados. — Sí, es verdad... he tenido otra vez unos sueños horribles. He vuelto á ver en sueños la mujer que me atormentaba cuando era pequeñita, y disperté sobresaltada y llena de miedo... conozco que es una debilidad ridícula que me da vergüenza... — ¡Y á mí me aflije esa debilidad porque os hace padecer, hija mia! — repuso madama Georges con tono afectuoso, viendo que se arrasaban de lágrimas los ojos de la Guillabaora.

María se abrazó al cuello de su madre adoptiva, y ocultó el rostro en su seno.

—¡Dios mio! ¿qué teneis, María? ¡Cuanto me afligis!... — ¡Perdonadme, señora, perdonad! yo no sé porqué, pero hace dos dias que tengo el corazan tan oprimido... Lloro sin querer, y tengo presentimientos tan negros, tan tristes... que me parece que va á sucederme algun mal. — María, os reñiré si os dejais dominar así por terrores imaginarios.

Llamó Claudia á la puerta en aquel momento y entró en la habitacion.

— ¿Que traeis, Claudia? — Señora, Pedro acaba de llegar de Arnouville en el cabriolé de la señora Dubreuil; os trae una carta y dice que es muy urgente.

Madama Georges leyó en alta voz lo que sigue:

« Amiga mia, si pudieseis venir inmediatamente á mi casa, me sacariais de un grande apuro: Pedro os traerá y volverá á conduciros esta tarde. No sé como está mi cabeza. M. Dubreuil ha ido á Pon-

toise para vender las lanas y no tengo á quien recurrir sino á vos y á María. Clara abraza á su querida hermana y la espera con impaciencia. Procurad llegar á las once y almorzaremos juntas.

« Vuestra sincera amiga,

« Teresa A. de Dubreuil. »

— ¿Que novedad puede haber? — dijo madama Adela á Flor de María. — Pero felizmente el tono de la carta de madama Dubreuil indica que no es cosa grave. — ¿Iré yo tambien? — preguntó la Guillabaora. — Algo imprudente seria, porque hace mucho frio — repuso la señora Adela. — Pero sin embargo, este paseo puede distraeros y abrigándoos bien os será saludable. — Acaso sí — dijo la Guillabaora reflexionando; — pero el señor cura me aguarda esta tarde á las cinco en la rectoral. — Teneis razon: nos volveremos sin falta antes de las cinco. — ¡Cuanto me alegraré de ver á la señorita Clara!.. — ¡Otra vez *señorita Clara*! — dijo madama Georges en tono de afectuosa reconvencion. — ¿Os llama acaso *señorita María* cuando os dirije la palabra? — No señora — repuso la Guillabaora bajando los ojos; — pero yo.... como para mí... — ¡Vos!... ¡para vos!... vos sois una indiscreta que no pensais mas que en atormentaros: ¿habeis olvidado ya la reconvencion que os hice pocas horas há? Vamos, vestíos pronto, abrigáos bien y marchémonos para llegar á Arnouville antes de las once.

Y saliendo del cuarto con Claudia dijo á esta:

— Que aguarde un momento Pedro; estaremos listas dentro de un cuarto de hora.

Media hora despues de esta conversacion subian la señora Adela y Flor de María á un gran cabrio-

lé, como los que usan los arrendatarios ricos de las cercanías de Paris, y al punto empezó á rodar el carruaje, tirado por un vigoroso caballo, por el camino alfombrado de yerba que corre desde Bouqueval á la quinta de Arnouville. Los vastos edificios y numerosas dependencias de la quinta que estaba á cargo de M. Dubreuil, indicaban la importancia de aquella magnífica posesion, que la señorita Cesarina Noirmont habia llevado en dote al casarse con el duque de Lucenay.

El ruido estrepitoso del látigo de Pedro anunció á madama Dubreuil, la llegada de las dos huéspedas, las cuales se apearon del carruaje un momento despues y fueron recibidas con demostraciones de gozo por la *arrendataria* y su hija. Madama Dubreuil rayaba en los cincuenta años, y tenia un semblante benigno y afable: las facciones de su hija, morenita, de ojos azules y rosadas mejillas, exhalaban candor y bondad. Cuando Clara se abrazó á la Guillabaora, vió esta con sorpresa que su amiga estaba vestida de paisana como ella, y que su traje no era ya de *señorita*.

— ¿Qué quiere decir eso, Clara? ¿tambien vos? ¿con que os habeis disfrazado de paisana? — dijo la señora Adela abrazando á la hija de su amiga.— ¿Y porqué no imitaria en todo á su hermana María? — repuso madama Dubreuil. — No me ha dejado en paz hasta que se le hizo un jubon de paño, un guardapiés de fustan y todo el traje como el de vuestra María... Pero dejemos los caprichos de estas muchachas, amiga mia! —dijo suspirando madama Dubreuil. — Venid, voy á contaros los apuros en que me encuentro.

Al llegar á la sala con su madre y la señora Adela, Clara se sentó al lado de Flor de María, le cedió el mejor sitio junto al fuego de la chimenea,

le hizo mil caricias, cogiola las manos entre las suyas para ver si estaban aun frias y la besó por décima vez, llamàndola ingrata y haciéndola en voz baja dulces reconvenciones, por el largo espacio que dejaba mediar entre sus visitas... Se tendrá presente el coloquio de la pobre Guillabaora con el cura junto á la rectoral, para formar una idea de la mezcla de humildad, de dicha y de temor con que recibió estas tiernas é ingenuas caricias.

—¿Qué os ha pasado, amiga mia, y en que puedo seros útil? —dijo la señora Adela. —¡Ah! en mucho me podeis ser útil: pero ántes de nada voy á deciros lo que pasa. Me figuro que no sabeis que esta quinta pertenece á la señora duquesa de Lucenay, con quien nos entendemos directamente... sin tener nada que ver con el contador del señor duque.

— En efecto, ignoraba esa circunstancia. —Ahora, diré por qué os la revelo. Segun esto pagamos el arriendo á la misma señora duquesa, ó á madama Simon, su camarera mayor. La señora duquesa es tan buena, tan guapa, aunque algo viva de genio, que da gusto tratar con ella, y así es que Dubreuil y yo nos echaríamos al fuego por complacerla... Ya se ve, nada tiene de particular porque yo he conocido á la señora duquesa cuando era pequeñita y venia aquí con su padre el señor príncipe de Noirmont... Hace poco tiempo que nos ha pedido adelantados seis meses del arriendo... y ya veis que cuarenta mil francos no se encuentran así de manos á boca, como suelen decir... pero quiso la fortuna que tuviésemos reservada esta cantidad para la dote de Clara, y de la noche á la mañana la señora duquesa recibió su dinero en buenas monedas de oro.. El lujo de estas señoras del gran mundo es la causa de todos los lances de este

género... Sin embargo, no hace mas que un año que la señora duquesa empezó á cobrar con toda puntualidad los plazos vencidos del arriendo, pues ántes de aquella época parecia que no necesitaba el dinero para maldita la cosa... ahora es muy diferente. — Hasta ahora, amiga mia, no veo en que pueda seros útil.. — A eso voy, ya lo veréis: todo esto es para haceros ver la confianza que merecemos á la señora duquesa... ademas de que á la edad de doce ó trece años ha sido, con su padre por compañero, madrina de Clara, á quien tiene hechos mil favores. Pero vamos al caso; ayer tarde he recibido por un propio esta carta de la señora duquesa:

«Mi querida señora Dubreuil, es indispensable que la glorieta del jardin se halle mañana á la tarde en disposicion de ser habitada: haced poner en ella los muebles necesarios, alfombra, cortinas, et., et., y sobre todo procurad que esté lo mas *confortable* que fuere posible...

¡*Confortable!* ya lo veis, amiga mia; y está subrayado — dijo madama Dubreuil mirando á su amiga con aire pensativo y embarazado; y luego continuó:

«Haced que tengan el fuego encendido noche y dia en la glorieta, porque como hace tanto tiempo que no se ocupa, debe estar llena de humedad. Trataréis á la persona que irá á establecerse en ella como si fuese *yo misma*; por una carta que os entregará sabréis lo que espero de vuestro celo. Cuento con él, y no temo abusar de vuestro genio servicial, porque sé cuanto me estimais y lo que sois capaz de hacer en obsequio mio. Adios, mi querida señora Dubreuil. Un beso á mi ahijada, y no dudeis del cariño que os profeso.

«C. Noirmont de Lucenay.

« *P. D.* La persona de que hablo llegará pasado mañana al anochecer. Vuelvo á rogaros que pongais la glorieta lo mas *confortable* que os fuere posible.

— ¡*Confortable!* ¡ya veis otra vez la maldita palabra subrayada! — dijo madama Dubreuil metiendo en el bolsillo la carta de la duquesa de Lucenay. — ¿Y eso que tiene de particular? nada mas sencillo — repuso la señora Adela. — ¡Cómo nada mas sencillo!... ¿Luego no habeis oido? la señora duquesa quiere sobre todo que la habitacion esté lo mas *confortable* que sea posible; y esta es precisamente la razon porque os he rogado que vinieseis á verme. Clara y yo nos hemos devanado los sesos para adivinar lo que quiere decir *confortable*, y ni por asomos... Y eso que Clara estuvo en el colegio de Villers-le-Bel y obtuvo no sé cuantos premios de historia y geografía... pero en cuanto á esa palabra berroqueña no sabe ni una jota mas que yo: sin duda es cosa de la córte ó de las gentes del gran mundo... Pero sea lo que fuere, no podreis menos de confesar que es cosa para poner en cuidado á cualquiera: la señora duquesa quiere sobre todo que la habitacion del jardin este *confortable*, y subraya la palabra, y la repite dos veces, y nosotros no sabemos ni poco ni mucho lo que quiere decir. — Si no teneis otro apuro, yo os explicaré ese gran misterio — dijo sonriendo la señora Adela; — *confortable*, en el presente caso, quiere decir una habitacion cómoda, bien compuesta, bien cerrada, bien caliente; una habitacion enfin en donde se encuentre todo lo necesario, y aun si se quiere lo su-

perfluo... — ¡Ay Jesus! ahora si que caigo; pero cada vez estoy mas confusa. — ¿Porque? — La señora duquesa me habla de alfombra, de muebles y de muchos *et cæteras* mas; pero las alfombras y los muebles que aquí tenemos son todos muy ordinarios; y ademas no sabemos si la persona que ha de venir es hombre ó mujer, y es menester que todo esté listo para mañana á la tarde... ¡Cómo saldré del paso, Dios mio! ¡si aquí no hay de que echar mano! Confesad, amiga mia, que es lance para perder el juicio. — Pero, mamá — dijo Clara — ¿porqué no servirán los muebles de mi cuarto? y mientras no se amuebla otra vez, iré á pasar tres ó cuatro dias con María en Bouqueval. — ¿Y qué harémos con tu cuarto, muchacha? ¿está por ventura puesto con todo lo necesario? ¿es acaso bastante confortable... como dice la señora duquesa? ¡Válgame Dios! yo no sé á donde van á buscar palabras tan estrambóticas. — ¿Luego esa glorieta está de ordinario sin habitar? — preguntó la señora Adela. — Está sin habitar: es aquella casita blanca que está sola al fin del pomar. El señor príncipe la hizo construir para la señora duquesa cuando era niña; y siempre que venia á la quinta con su padre pasaban un rato los dos en la glorieta para descansar. Tiene tres cuartitos, y al fin del jardin una lechería suiza en donde la señora duquesa se divertia en hacer la lechera cuando era chiquita. Desde que se casó solo la hemos visto dos veces en la quinta, y las dos veces estuvo algunas horas en la glorieta. La primera vez; (hace ya seis años) vino á caballo con...

Madama Dubreuil se detuvo como si la presencia de Flor de María y de Clara le impidiesen continuar la conversacion; y despues de un momento de interrupcion, dijo:

— Pero yo estoy hablando, y todo esto no me saca de apuros. Vamos, amiga mia, vamos á ver si me ayudais á discurrir lo que se ha de hacer. — Decidme como está compuesta y amueblada la glorieta... — Apénas está amueblada; en la pieza principal una estera de paja, un sofà de junco, algunas poltronas y sillas ordinarias de lo mismo, y nada mas. Ya veis que la tal habitacion está muy lejos de ser confortable. — Pues señora, yo en vuestro lugar enviaria á Paris una persona entendida: son las once no mas, y hay tiempo bastante. — Nuestro mayoral... no hay persona en la quinta mas activa y entendida que él. — Pues bien, en dos horas á mas tardar llega á París, entra en cualquiera tapicería de la Chaussée-d'Antin, entrega la lista que os haré despues que haya visto lo que hace falta en la glorieta, y dirà que sea al precio que fuere... — ¡Oh! eso sí... en nada reparo con tal de contentar á la señora duquesa.

— La persona que haya de ir dirá que sea cual fuere el precio, debe llegar aqui esta misma noche todo lo que contiene la lista como tambien cuatro tapiceros para poner todo en su lugar. — Podrán venir en la diligencia de Gonesse que sale de Paris á las ocho de la noche — Como solo se trata de traer algunos muebles, de clavar las alfombras y colgar las cortinas, todo puede estar hecho mañana por la mañana. — ¡Ay querida de mi alma! ¡de que pesadilla me habeis librado!.. Sois mi Providencia, amiga mia; jamas se me hubiera ocurrido tal. Ahora vais á hacerme la lista de lo que se necesita para que la glorieta esté... — Confortable... ¿es verdad? — ¡Jesus! ¡otra dificultad!... No sabemos si es un caballero ó una señora lo que ha de venir. La señora duquesa habla en su carta *de una*

persona, y esto no hay persona en el mundo que lo entienda... — Preparáos como para recibir á una mujer, si es un hombre tanto mejor para él. — Es verdad... teneis razon...

Entró en esto una criada y dijo que el almuerzo estaba pronto.

— Luego almorzarémos — dijo la señora Adela: — mientras voy á escribir la lista de lo que hace falta, hareis tomar la medida del alto y largo de las piezas, á fin de saber de antemano lo que han de llevar las alfombras y las cortinas. — Voy á decirselo á nuestro mayoral. — Señora — dijo la criada — tambien está aquí aquella lechera de Stains: trae su equipaje en una carretilla tirada por un borrico.., y en verdad que la carga no es muy pesada. — Pobre mujer — dijo con dolor madama Dubreuil. — ¿Quien es esa mujer? preguntó la señora Adela. — Una paisana de Stains que tenia cuatro vacas y que iba todas las mañanas á vender leche á Paris. Su marido era herrador, y un dia que necesitaba herraje acompañó á su mujer á Paris, y quedó de reunirse con ella en la esquina en donde acostumbraba vender la leche. Por desgracia la lechera se ponia en un barrio sospechoso segun parece; y por eso cuando volvió su marido á reunirse con ella, la encontró disputando con unos borrachos que habian hecho la indignidad de derramarle toda la leche. El herrador quiso entrar en razones con ellos, pero le maltrataron: por donde se trabó una quimera en la cual fué muerto de una puñalada. — ¡Que horror! — esclamó madama Georges; — ¿y no han cojido al asesino? — Por desgracia no, porque se escabulló en medio de la confusion que sobrevino. La pobre viuda asegura que lo conoce muy bien; porque lo ha visto muchas veces con sus compañeros en el mismo barrio;

pero hasta ahora han sido inútiles todas las diligencias que se hicieron para descubrirlo. Despues de la muerte de su marido, la lechera tuvo que vender las vacas y algunos pedazos de tierra que tenia para pagar deudas. El administrador de Stains me recomendó esta pobre mujer que es una excelente criatura, y tan honrada como infeliz, porque tiene tres hijos, el mayor de los cuales no pasa de doce años: como tenia una plaza vacante, se la he dado y viene á establecerse aquí. — No estraño que seais tan bondadosa, amiga mia.

— Dime, Clara — repuso madama Dubreuil — ¿quieres conducir esa pobre mujer á su habitacion, mientras voy á advertir al mayoral que se prepare para ir á Paris? — Sí, mamá, y María vendrá conmigo. — Eso por supuesto; ya sé que no podeis vivir la una sin la otra — dijo la arrendataria. — Y yo — dijo la señora Adela sentándose á una mesa — voy á empezar mi lista para no perder tiempo, porque á las cuatro tenemos que estar de vuelta en Bouqueval. — ¡A las cuatro!... ¿qué priesa teneis dijo madama Dubreil. — Sí, á las cinco tiene que estar María en la rectoral. — ¡Ah! si es cosa del señor cura Laporte, inclino la cabeza — dijo madama Dubreuil. — Voy á disponer lo necesario. Estas dos muchachas tienen tantas cosas que decirse, que es preciso darles tiempo para que se desahoguen. — A las tres saldremos sin falta, madama Dubreuil. — Por supuesto... Pero dejadme daros gracias otra vez... ¡Bendita sea la hora en que me acordé de llamaros, sino no sé que habia de ser de mí! — dijo madama Dubreuil. — Vamos Clara; vamos María.

Mientras escribia la señora Adela salieron por un lado madama Dubreuil, y por otro las dos jóvenes

con la criada que habia anunciado la llegada de la lechera de Stains.

— ¿En donde está esa pobrecilla? — preguntó Clara. — Está en el patio de los hórreos, señorita, con sus hijos, su asno y su carretilla. — Verás, María, verás que descolorida está y que aire de tristeza le da el luto de viuda — dijo Clara cojiendo del brazo á la Guillabaora. — La última vez que ha venido á ver á mamá lloró tanto por su marido que me partió el corazon; y luego dejaba de llorar de repente y se entregaba á unos impulsos de furor contra el asesino, que me causaba miedo el verla: ya se vé, el resentimiento es natural... ¡pobrecilla!... ¡Cuantos desgraciados hay en el mundo!... ¿es verdad, María? — ¡Ah! sí, no hay duda — repuso Flor de María dando un suspiro. — Teneis razon, señorita, hay muchos desgraciados. — ¡Vamos! — gritó Clara dando una patada en el suelo con enojo pueril... — Conque no quieres tutearme... y me llamas *señorita*: ¿que mal te hice yo, María? ¿estás enfadada conmigo? — ¿Yo enfadada? ¡Santo Dios!!! — ¿Entonces porque no me tuteas?... Ya sabes que mi madre y la señora Adela te han reñido por eso... Mira que te aviso, voy á hacer que te riñan otra vez y peor para tí... — Perdóname, Clara, estaba distraida. — ¡Distraida.... despues de haber estado ocho dias sin vernos! — dijo Clara con tristeza. — ¡Distraida! eso tampoco me gusta; pero no, no, ese no es el motivo: mira, María, al fin y al cabo he de venir á creer que eres soberbia.

Flor de María no respondió á su amiga, y se puso pálida como un cádaver...

Una mujer vestida de luto habia dado al verla un grito de cólera y de horror.

Esta mujer era la lechera que vendia todas las

mañanas la leche á la Guillabaora, cuando esta vivia con la tabernera del Conejo Blanco.

La escena que vamos á referir pazó en uno de los patios de la quinta, á vista de los labradores y de las mujeros de labranza que entraban para comer de mediodía. Veíase bajo un tinglado una carretilla tirada por un asno, la cual contenia el rústico ajuar de la viuda, y un niño de doce años ayudado por otros dos de ménos edad, empezaba á descargar los muebles. La lechera, que parecia ser de unos cuarenta años, estaba vestida enteramente de negro: su aspecto era adusto, viril y resuelto, y tenia los parpados hinchados como si acabase de llorar. Al ver á Flor de María dió primero un grito de asombro; pero el dolor, y la cólera contrajeron luego sus facciones, arrojóse hácia Flor de María, asióla brutalmente del brazo y enseñándola á las personas de la quinta dijo á voz en grito:

— Esta, esta ladrona conoce al asesino de mi marido... la he visto hablar mas de veinte veces con aquel bandido cuando yo vendia leche en la esquina de la calle de la Drapería Vieja, y me compraba todas las mañanas un sueldo de leche: debe saber en donde está el facineroso que ha matado á mi hombre, porque es de la pandilla de los rufianes como todas las de su pelo... ¡Oh, no te me escaparás, no, endina!... — gritó la lechera exasperada por la injusta sospecha que habia formado, y agarró por el otro brazo á Flor de María, qué trémula y despavorida queria huir para ocultar su vergüenza.

Clara, aturdida por tan súbita agresion, no habia abierto los labios hasta entónces; pero recobrando aliento y haciendo un enérgico esfuerzo, dijo en voz alta y enojada á la viuda:

—¿Estais loca?... ¡el pesar os trastornó el jui-

La escena de la Lechera.

cio!... ¡mirad que os engañais, buena mujer! — ¡Engañarme yo!... — repuso la paisana con amarga ironía... — ¡yo engañarme!... no, Señor; ¡no por cierto!... ¡Mírenla, mírenla, cómo pierde el color la gran bribona!... ¡cómo se le baten los dientes!... Ya cantarás claro, ya, delante de la justicia; yo misma te llevaré... ¡No te escaparás de mis uñas!... — ¡Insolente! — gritó Clara exasperada — ¡salid de aquí al instante!... ¡Tratar de ese modo á mi amiga, á mi hermana!... — ¿Cómo vuestra hermana, señorita! ¿sabeis lo que estais diciendo? ¡Vos sí que estais loca! — repuso la viuda con ademan grosero. —Vuestra hermana una arrastrada! ¡una pérdida á quien he visto andar por las calles de la Cité durante seis semanas.

Al oir esto los labradores prorrumpieron en un murmullo de indignacion contra Flor de María, y tomaron naturalmente el partido de la lechera, que de su clase y en cuya desgracia se interesaban. Los tres niños de la paisana, al oir los gritos de su madre, la rodearon y empezaron á llorar sin saber de que se trataba. El aspecto de las pobres criaturas vestidas tambien de luto, dobló la simpatía que inspiraba la viuda y aumentó la indignacion de los paisanos contra Flor de María. Clara asombrada por estas demostraciones amenazadoras, dijo con voz conmovida á la gente de la quinta:

— Haced salir de aquí á esta mujer; os vuelvo á decir que el pesar le trastornó el juicio. ¡Perdona, perdona, María! ¡está loca, no sabe lo que dice!...

La Guillabaora, con la cabeza baja, pálida, inerte y acongojada, no hacia el menor movimiento para desasirse de la robusta lechera. Clara atribuia esta inaccion al terror que aquella escena

debia inspirar á su amiga, y volvió á decir á los labradores:

— ¿No habeis oido? os mando que echeis de aquí á esa mujer... Ya que se empeña en no decir mas que injurias, para castigar su insolencia, no tendrá la plaza que se le ha ofrecido, ni volverá á poner los piés en la quinta.

Ningun labrador se movió para obedecer la órden de Clara, y uno de ellos se atrevió á decir:

— ¡Caramba, señorita! si es una muchacha perdida y conoce al asesino del marido de esta pobre mujer... será preciso que se esplique delante del alcalde... — Os repito que no entrareis jamas en la quinta — dijo Clara á la lechera — si al instante no pedís perdon á la señorita Maria por esos insultos. — ¿Me echais de aquí, señorita? sea enhorabuena, como ha de ser — repuso la viuda con amargura. — Vamos, vámonos de aquí, huérfanos desdichados — añadió abrazando á sus hijos — volved á cargar el carro y nos iremos á ganar el pan á otra parte, que Dios tendrá piedad de nosotros: pero al menos no nos marcharemos sin llevar á delante de la justicia á esta vagamunda, para que declare quien es el asesino de mi marido... porque conoce á toda la gavilla!... Aunque sois rica, señorita — añadió mirando á Clara con insolencia — y aunque teneis amigos entre esa gente... no por eso debeis tratar con tanta altanería á los pobres. — Es verdad. — dijo un labrador — la lechera tiene razon. — ¡Pobrecilla! — ¡Y mucha justicia que le sobra! — Le asesinaron el marido y ha de estar contenta? — Nadie tiene derecho para impedir que haga lo posible para descubrir á los bandidos que lo mataron. — El despedirla de ese modo no es ley de Dios. — ¿Y tiene ella la culpa de que la amiga de la señorita Clara venga á ser una muchacha

perdida? No se debe echar de casa á una mujer honrada, à una madre de familia, por una bandolera semejante.

Estos rumores se iban convirtiendo en amenazas, cuando Clara gritó:

— ¡Gracias á Dios... aqui está mi madre!

En efecto, madama Dubreuil volvia en aquel momento de la glorieta del jardin.

— ¡Vamos, Clara! ¡vamos, María! — dijo la arrendataria acercándose al grupo — vamos á almorzar, hijas mias, que ya pasa la hora. — Mamá — dijo Clara — defended á mi hermana de los insultos de esa mujer — y señalò hácia la viuda: — por Dios echadla de aquí. ¡Si oyerais los improperios que tuvo la audacia de decir á María!... — ¡Improperios! ¡como se atreveria!... — Sí, señora.. Mirad como tiembla mi pobre hermana... apenas puede sostenerse... ¡Ah! es una vergüenza que tal suceda en nuestra casa... ¡María, perdona ¡perdónanos por Dios!... — ¿Pero que significa todo esto? —dijo madama Dubreuil mirando con inquietud al rededor de sí, despues de haber observado el anonadamiento de la Guillabaora. — La señora harà justicia... sí, estamos seguros de que hará justicia... — murmuraron los labradores. — Ahora que está aquí madama Dubreuil, eres tú la que va à salir de la casa — dijo la viuda á Flor de María. — ¡Luego es verdad! — exclamó madama Dubreuil dirigièndose á la lechera que tenia cojida del brazo á Flor de María. — ¿como os atreveis á hablar de esa manera á la amiga de mi hija? ¿Asi pagais los favores que os dispenso? ¡Vamos dejad en paz á esa criatura — Señora, repito que agradezco vuestros favorés — repuso la viuda soltando el brazo de Flor de María; — pero antes de condenarme y de echarme de vuestra casa con mis hijos, preguntad á esa

desastrada, y vereis como no tiene cara para negar que me conoce y que yo la conozco tambien.

— Jesus, hija mia; ¿no ois lo que dice esta mujer? — preguntó asombrada madama Dubreuil. — ¿Es ó no cierto que te llamas la Guillabaora? — dijo la lechera á Flor de María. — Sí .. — respondió aterrada la infeliz criatura sin atreverse á mirar á madama Dubreuil — sí, ese era mi nombre... — ¡Ya lo veis como confiesa! — gritaron con enojo los labradores. — ¿Pero qué confiesa? ¿que es lo que ha confesado? — dijo en voz alta madama Dubreuil, asombrada por la confesion de Flor de María. — Dejadla responder, señora — dijo la viuda — que ella confesará tambien que estuvo de posada en una casa infame de la calle de Feves en la Cité, en donde le vendia yo un sueldo de leche todas las mañanas; y tambien confesará que habló delante de mí con el asesino de mi marido... ¡Oh! estoy segura de que lo conoce muy bien.. es un mozo descolorido que siempre está fumando; anda de gorra y melenas largas, y ella debe saber su nombre... ¿No es verdad, tú, mosca muerta? gritó la lechera. — Bien puede ser que haya hablado al asesino de vuestro marido, porque por desgracia hay muchos malhechores en la Cité — dijo con voz trémula Flor de María; — pero yo no sé de quién me hablais. — ¡Cómo! ¡qué dijo! — exclamó madama Dubreuil horrorizada. — ¡Habló con asesinos!... — La gente de su laya no tiene otra compañía — repuso la viuda.

Esta estraña revelacion, confirmada por las últimas palabras de Flor de María, llenó al principio de estupor á madama Dubreuil; mas penetrándose en seguida de la fealdad del hecho, retrocedió con disgusto y horror, tiró hácia sí con violencia á su hija Clara que se habia acercado á

Flor de María para sostenerla, y dijo á voces:

— ¡Qué horror!... Clara, cuidado, no te acerques á esa infame... ¿Pero cómo habrá podido recibirla en su casa la señora Adela? ¿cómo se habrá atrevido á presentármela y consentir que mi hija?... ¡Qué accion tan horrible... Dios mio! Dios mio!!! apénas creo lo que me pasa. Pero no, la señora Adela es incapaz de tal infamia.. habrá sido engañada como nosotras... porque sino... ¡Oh! ¡seria un hecho abominable!

Clara creia estar soñando en medio de esta escena cruel. Su cándida ignorancia no le permitia comprender las horribles acusaciones que dirigian á su amiga, y al ver á la Guillabaora abatida, muda y aterrada como un criminal delante de su juez, se le oprimió el corazon y se le arrasaron los ojos de lágrimas.

— Vente, vente, hija mia — dijo madama Dubreuil á Clara; y dirigiéndose luego á María, continuó: — Y tú, infame criatura, Dios castigará tu hipocresía. ¡Haber permitido que mi hija... un ángel de virtud y de inocencia, te llamase su amiga!... ¡su hermana!... ¡tú, que eres el deshecho y la escoria del mundo! ¡qué descaro; qué avilantez!!! ¡Mezclarte así con personas honradas é inocentes, cuando debieras estar en una prision con tus iguales!... — Sí, sí, — gritaron los labradores; — conoce al asesino... que vaya, que vaya á la carcel. — Y acaso ha sido cómplice tambien! — Ya lo ves como hay una justicia de Dios! — dijo la viuda enseñando el puño cerrado á la Guillabaora. — En cuanto á vos, honrada mujer — dijo madama Dubreuil á la lechera — léjos de despediros, reconoceré el servicio que me haceis dándome á conocer esa desastrada. — Ya lo decíamos nosotros que la señora habia de hacer jus-

ticia .. — gritaron los labradores. — Vamos, Clara — repitió la arrendataria — la señora Adela nos explicará su conducta, ó no volveré á tratarla en los dias de mi vida; porque si no ha sido engañada, su proceder para con nosotras es de lo mas horrendo y malicioso. — ¡Pero mamá, por Dios, mirad como está María!... — Déjala que se muera de vergüenza. Despréciala, hija mia, no quiero que estés á su lado ni un solo momento. Es una de esas criaturas á quienes una jóven como tú no puede hablar sin deshonrarse. — ¡Por Dios, por Dios, mamá! — dijo Clara resistiéndose á su madre que queria llevarla consigo — yo no entiendo lo que quiere decir eso... María podrá ser culpable porque vos lo decís; pero ¡Dios mio! está tan asombrada, tan desfallecida... tened á lo ménos compasion. — ¡Ah, señorita Clara! vos os compadeceis y me perdonais. Creedme, señorita, os he engañado á pesar mio... y muchas veces me he arrepentido... — dijo Flor de María dirigiendo á su protectora una mirada de inefable gratitud. — Pero mamá ¿en dónde está vuestra piedad, vuestro corazon? — exclamó Clara con profundo dolor. — ¡Piedad... para esa! Vamos, vámonos de aquí... á no ser porque la señora Adela me dará pronto una explicacion, ya hubiera mandado que arrojasen de aquí á esa miserable como una apestada — dijo con aspereza madama Dubreuil dirigiéndose hácia la casa y tirando de su hija, la cual se volvió por última vez á Flor de María, y exclamó: — ¡María! ¡mi hermana querida! yo no sé de que te acusan, pero estoy segura de que no eres culpable, y por eso te amo y te amaré siempre. — ¡Calla la boca! — dijo madama Dubreuil poniendo su mano sobre la boca de Clara — ¡calla, deslenguada! Afortunadamente todos saben que despues de esta odiosa

revelacion no has estado un momento sola con esa desastrada... ¿no es verdad, amigos mios? — Sí, señora — repuso un labrador — somos testigos de que la señorita Clara no ha estado un momento sola con esa perdularia, que sin duda es una ladrona porque conoce á los asesinos.

Madama Dubreuil se dirigió á la casa con Clara, y la Guillabaora quedó sola en medio del grupo enemigo que la rodeaba. A pesar de las palabras injuriosas de la arrendataria, la presencia de esta y de Clara habia inspirado alguna confianza á Flor de María con respecto á los resultados de aquella terrible escena; pero luego que se marcharon las dos, al verse sola y á la merced de aquella turba de paisanos, perdió enteramente el ánimo y tuvo que apoyarse contra el borde del profundo pilon del corral en que bebian los caballos de la quinta. Seria imposible describir una postura mas abatida y melàncolica que la de Flor de María, ni una actitud y palabras mas insolentes y amenazadoras que las de la turba que la rodeaba. Sentada, ó mas bien apoyada sobre el brocal del pilon, con la cabeza baja y la cara tapada con ambas manos, el cuello y el pecho cubiertos con las puntas del pañuelo de indiana encarnado que ceñia su cofia de aldeana, la Guillabaora, inmóvil y silenciosa, presentaba el cuadro mas doloroso de congoja y de resignacion.

A la distancia de algunos pasos, la viuda del asesinado, triunfante y exasperada aun por las imprecaciones de madama Dubreuil, enseñaba la desventurada jóven á sus hijos y á los paisanos con gestos de odio y de desprecio... Puestas en círculo todas las personas de la quinta mostraban su maligno resentimiento; y sus rudos semblantes espresaban la indignacion, la cólera y una especie de

escarnio grosero: las mujeres eran las mas insolentes, y la causa mayor de su rabioso encarnizamiento era quizá la belleza sin igual de Flor de María. Ni unos ni otros podian perdonar á la Guillabaora el que hubiese tratado hasta entónces como iguales á sus amos y señores. Uníase á esto el que algunos labradores de Arnouville no habian podido justificar los antecedentes de buena conducta que se requerian para ocupar en la quinta de Bouqueval una de las plazas tan envidiadas en el pais, y entre las personas de esta clase existia contra la señora Adela un resentimiento de venganza, que debia estallar naturalmente en aquella ocasion contra su protegida.

Los primeros impulsos de una naturaleza rústica ó inculta son siempre estremados, ya se dirijan al fin mas excelente ó al objeto mas detestable... Pero envuelven horrendos peligros cuando la muchedumbre cree autorizada su brutalidad por las faltas reales ó aparentes de aquellos que son el objeto de su rencor ó de su ira. Aunque la mayor parte de los labradores de la quinta no tenia un derecho decidido á enfurecerse contra las faltas que se atribuian á la Guillabaora, creyéronse todos ellos ultrajados con la sola presencia de la jóven, y su irritacion subia de punto solo con pensar en la clase á que habia pertenecido aquella desventurada, la cual confesaba ademas que habia hablado muchas veces con asesinos. Nada mas se necesitaba para exaltar el furor de una turba irreflexiva, excitada ademas por el ejemplo de madama Dubreiul.

—¡Llevarla á delante del alcalde! —gritó un labrador. —Sí, sí... y si no quiere andar.. irá á empellones. —¡Miren con que frescura se atreve á vestirse como la gente honrada del campo! —añadió una de las Maritornes mas feas de la quinta.—

Y con su cara de no me toques, cualquiera la hubiera tomado por una santita—repuso otra.—¡Quién diria que tiene miedo al agua bendita! —¡Descarada! ¡correosa! ¡serias capaz de recibir á Dios sin confesion! —Meterse entre los señores... — Como si tuviese á ménos andar entre la gente de nuestro pelo... —Pero á cada puerco le llega su san Martin. —¡Anda, zapateada! ¡ya cantarás claro y dirás quien es el asesino!... —gritó la viuda. — Todos sois de la pandilla... y casi me entreacuerdo de haberte visto con ellos aquel dia. Vamos, déjate ahora de lloriquear, que ya todos saben quien eres: ¡enseñános tu linda cara!

Y al decir esto la viuda separó con violencia las manos de la Guillabaora, que ocultaban su rostro bañado en lágrimas. La vergüenza y el horror de verse espuesta á las miradas de aquella gente sin piedad aumentaron el temblor general de la pobre criatura: juntó las manos en ademan de súplica, volvió los ojos tímidos hácia la lechera y dijo con dulce y plañidera voz:

—Señora, escuchadme por Dios... hace dos meses que vivo retirada en la quinta de Bouqueval... y no he podido ser testigo de la desgracia de que hablais... y...

Una explosion de gritos furiosos sofocó la tímida voz de Flor de María.

—Al alcalde con ella... allí se explicoteará.—Vamos, que allí se las dirán de misas.

Y el grupo amenazador se iba estrechando mas y mas hácia la Guillabaora: esta cruzó las manos por un impulso maquinal, y miró espantada á uno y otro lado en ademan de implorar socorro.

—¡Hola! —dijo la lechera—mira, mira si viene á socorrerte ahora la señorita Clara: no te escaparás de mis manos, no.—Señora—dijo Flor de

María temblando como una azogada—yo no quiero escaparme; lo que quiero es responder á lo que me pregunten... ya que esto puede seros útil... ¿Pero qué mal he hecho yo á esas gentes que me rodean y me amenazan?—Lo que hicistes fué meterte entre nuestros amos, cuando nosotros que valemos cien veces mas que tú no soñamos en echarla de señores... Ahí está lo que nos hicistes. —¿Y porqué querias que echasen de aquí á esta pobre viuda con sus hijos?—dijo otro.—No era yo... era la señorita Clara.., quien queria...—¡Es mentira!!—dijo otro labrador interrumpiéndola. —Ni siquiera has pedido por ella, y te hubieras alegrado dejarla sin pan para sus hijos.—No, no ha pedido por ella.—¡La gran bribona!—¡Una pobre viuda... y con tres criaturas!—Si no he pedido gracia para la señora—dijo Flor de María—fué porque no tenia fuerza para decir una palabra...—Pero tienes fuerza para hablar con los asesinos.

Del mismo modo que en las asonadas populares, los paisanos de la quinta de Arnouville, mas brutales que malignos, se irritaban, se excitaban y se enardecian al ruido de sus propias palabras, y se aumentaba su irritacion á medida de las injurias que prodigaban à su víctima.

El círculo imponente de los labradores se iba estrechando por momentos sobre Flor de María; todos gesticulaban y gritaban á la vez, y la viuda del herrador no era ya dueña de su razon. Separada unicamente del profundo abrevadero por el brocal á que estaba apoyada, la Guillabaora temió que la arrojasen al agua tendiendo los brazos á la exasperada muchedumbre dijo en voz alta:

—¿Què quereis de mí? ¡ah! por piedad no me hagais mal!

La lechera no dejaba de gesticular y de acercarse mas y mas á Flor de María, hasta que poniéndola los puños en la cara, la desdichada jóven se inclinó hacia atrás y dijo con espanto:

— Por amor de Dios, señora, no os acerqueis tanto porque me hareis caer en el agua.

Estas palabras dispertaron en la turba una idea cruel. Resueltos algunos paisanos á hacer una de esas chanzas comunes entre ellos que dejan medio muerto al que las sufre, el mas adelantado de todos dijo:

— ¡Un remojo!... ¡echarla de remojo!... — ¡Sí, si... al agua! ¡al agua!... — repitieron todos con risas y aplausos frenéticos. — Eso es, un buen remojo... le refrescará la sangre. — Y así aprenderá á meterse entre la jente honrada. — ¡Sí... al agua con ella! ¡al agua! — Y justamente rompimos el hielo del pilon esta mañana. — La mozuela se acordará de la gente de Arnouville.

Flor de María creyó morirse al oir la inhumana gritería y el escarnio brutal de los paisanos, y al ver la exasperada y estúpida irritacion que estaba pintada en sus semblantes... al primer movimiento de terror sucedió bien pronto una especie de amarga satisfaccion: el porvenir que la aguardaba era á sus ojos tan negro y doloroso, que dió mentalmente gracias al cielo por abreviar sus acíagos dias, sin proferir una sola queja, dejóse caer de rodillas, cruzó los brazos sobre el pecho con fervor religioso cerró los ojos y oró en silencio. Dudaron por un momento los labradores si llevarian ó no adelante su proyecto salvaje, al ver la actitud y la muda resignacion de Flor de María; pero estimulados por la parte femenina y lenguaraz de la asamblea, empezaron de nuevo á vociferar para inspirarse valor mutuamente y llevar á cabo su maléfico designio.

Dos de los mas furiosos iban á arrojarse sobre Flor de María, cuando una voz vibrante y alterada dijo:

—¡Alto! ¡detenéos!

Y al mismo instante la señora Adela, que se habia abierto paso al través de la furiosa muchedumbre, se acercó á la Guillabaora que estaba arrodillada, la cogió en los brazos y y la levantó diciendo con voz imponente:

—¡Levantáos. María!... levantáos, hija de mi corazon! ¡solo debeis arrodillaros delante de Dios!

Fué tal la expresion y el imperioso ademan de la señora Adela, que los paisanos retrocedieron y quedaron petrificados al oirla. El enojo habia cubierto de una viva sufusion el pálido rostro de la redentora de María. Dirigió una mirada altiva á los labradores y les dijo con voz firme é imperiosa.—¡Miserables! ¿cómo os atreveis á violentar de ese modo á esta pobre criatura?... —Es una... —¡Es hija mia!... —exclamó la señora Adela interrumpiendo con severidad á uno de los labradores. —El señor cura Laporte, á quien todos veneran y respetan, la ama y la proteje, y aquellos á quienes estíma un sacerdote tan venerable, deben ser respetados por todo el mundo.

Apaciguóse la chusma al oir estas sencillas palabras. El cura de Bouqueval era considerado como un santo en el país, y algunos de los paisanos no ignoraban el interés con que trataba á la Guillabaora. Oyéronse sin embargo nuevos rumores; pero la señora Adela conoció el motivo, y dijo en alta voz:

—Aunque esta niña desventurada fuese la mas despreciable y abandonada de las criaturas, no por eso seria ménos odiosa vuestra conducta. ¿De qué quereis castigarla? Y además ¿con que derecho la

hariais? ¿con la fuerza? ¿Pero no es infame y vergonzoso el que unos hombres elijan por víctima á una niña débil é indefensa? Vente, María, ven, hija de mi alma; volvámonos á casa, que á lo ménos allí eres conocida y apreciada...

La señora Adela tomó del brazo á Flor de María los labradores, conociendo entonces la brutalidad de su conducta, se apartaron respetuosamente. Solo la viuda se adelantó y dijo con resolucion á la señora Adela:

— ¡Para mí nada vale todo eso! Esta muchacha no saldrá de aquí hasta que haya declarado ante el alcalde sobre el asesinato de mi difunto marido.

— Amiga mia — dijo la señora Adela reprimiéndose, — mi hija no tiene para que hacer aqui declaracion alguna: si la justicia quiere mas adelante valerse de su testimonio, que la llame á su presencia que yo la acompañaré... Hasta entonces nadie tiene derecho para interrogarla. — Pero yo, señora... os digo que...

La señora Adela interrumpió á la lechera, y la dijo con severidad:

— Apenas puede disculpar vuestra conducta la desgracia de que sois víctima: un dia vendrá en que os arrepentireis de la imprudente violencia que habeis cometido. La señorita Maria vive conmigo en la quinta de Bouqueval; podeis decirselo al juez que ha recibido vuestra primera declaracion, y aguardaremos sus órdenes.

La viuda no halló que responder á tan convincentes palabras: sentóse en el brocal del abrevadero, abrazó á sus hijos y empezó á llorar amargamente. Algunos minutos despues de esta escena sacó Pedro el cabriolé, al cual subieron la señora Adela y Flor de María para volverse á Bouqueval.

Al pasar por delante de la quinta de Arnouville,

la Guillabaora vió á Clara que lloraba medio oculta detras de una persiana entreabierta; la candorosa niña hizo á Flor de María con el pañuelo una seña de despedida.

— ¡Ay, señora! ¡qué vergüenza para mí!... ¡qué pesadumbre para vos! — dijo Flor de María á su madre adoptiva luego que se vió sola con ella en la sala de la quinta de Bouqueval. — Sin duda os habeis enojado para siempre con madama Dubreuil, y todo por causa mia... ¡Ah, mi presentimiento!... Dios me ha castigado por haber engañado á esa señora y á su hija... soy la causa de la discordia que va á separaros de vuestra amiga...— Mi amiga... no hay duda, hija mia, que es una excelente mujer; pero tiene una cabeza de chorlito... Sin embargo su corazon es bueno, estoy segura de que mañana se arrepentirá del atolondramiento que ha padecido hoy... — ¡Ah! no creais que intento acusaros para disculparla... ¡no lo permita Dios! pero la bondad con que me mirais puede acaso cegaros... Ponéos en el lugar de madama Dubreuil... Al saber que la compañera de su hija querida.. era... lo que era yo... ¿habrá quien pueda culpar su indignacion?

La señora Adela no halló por desgracia una sola palabra que responder á esta pregunta de Flor de María la cual continuó con exaltacion.

— ¡Mañana correrá por todo el pais la noticia de la escena vergonzosa á que he dado motivo.! No temo por mí; ¿pero quien sabe si la reputacion de la señorita Clara padecerá tambien... porque me ha llamado su amiga y su hermana? ¡Ah! ¡ojalá hubiera seguido mi primer impulso!... resistirme al cariño que me inspiraba la señorita Dubreuil... y desechar la amistad con que me brindaba, á riesgo de que llegase á aborrecerme. Pero me he olvidado

de la distancia que nos separaba... y Dios me ha castigado: sí, me ha castigado cruelmente, porque acaso he hecho un daño irreparable á una criatura tan buena y tan virtuosa... — No os hagais, hija mia, cargos tan dolorosos — dijo la señora Adela despues de algunos momentos de reflexion: — la vida que habeis tenido es culpable... sí, muy culpable... ¿pero no basta el que con vuestro arrepentimiento hayais merecido la proteccion de nuestro venerable cura? ¿No habeis sido presentada á madama Dubreuil bajo sus auspicios y los mios, y no la han inspirado vuestras propias cualidades el tierno cariño que libremente os habia profesado?.. ¿No es ella quien os ha pedido que llamaseis hermana á su Clara? Y finalmente, ¿podria yo (como acabo de decirselo á ella misma porque nada he querido ocultarla) podria yo divulgar lo pasado, segura como estaba de vuestro arrepentimiento, haciendo asi mas penosa... y acaso imposible vuestra rehabilitacion, desesperanzándoos y exponiéndoos al vilipendio de unas gentes tan desgraciadas y tan abandonadas como vos misma habeis sido, y que acaso no hubieran conservado como vos el secreto instinto del honor y de la virtud? La revelacion de esa mujer es sin duda penosa y funesta; ¿pero deberia yo prevenirla, sacrificando así vuestra futura tranquilidad á una eventualidad casi improbable? — ¡Ay, señora! lo que me hace conocer que mi posicion será para siempre falsa y miserable, es el que llevada del efecto que os merezco, habeis tenido justa razon para ocultar lo pasado, y el que la madre de Clara ha tenido tambien razon para despreciarme en nombre de ese pasado... de despreciarme, como todo el mundo me despreciará, en lo venidero, porque la escena de la quinta de Arnouville no tardará en divulgarse por

todo el pais..: ¡ Ah ! me moriré de vergüenza... no podré soportar las miradas de nadie ! — ¿ Ni aun las mias, hija del corazon? — dijo madama Adela soltando un raudal de lágrimas y abriendo los brazos á Flor de Maria : — sin embargo nunca hallareis en mi corazon mas que la ternura y el amor de una madre. Tened espíritu, hija mia, y tranquilizaos con la conciencia de vuestro arrepentimiento. Aqui estais rodeada de amigos; pues bien, que sea vuestro mundo esta casa... Anticiparemos la revelacion que temeis : nuestro buen cura reunirá las gentes de la quinta, que tanto os aman ya, y les dirá la verdad de lo que ha pasado... Creedme, hija mia, su palabra tiene tal autoridad, que esta revelacion no podrá menos de haceros mas interesante y querida. — Os creo, señora, y me resignaré. Ayer me anunció el señor cura, en la conversacion que he tenido con él, las dolorosas expiaciones por qué tenia que pasar, y no debo estrañar que empiecen ya. Me ha dicho tambien que mis amarguras serian contadas y recibidas... Así lo espero... Sostenida en mi quebranto por vos y por él no me quejaré nunca. — Vais á verlo dentro de pocos momentos, y à la verdad nunca os serán mas saludables sus consejos... Son ya las cuatro y media; disponeos para ir á la rectoral, hija mia... Voy á escribir al señor Rodolfo para informarlo de lo que ha pasado en la quinta de Arnouville. Enviaré la carta por un propio, y luego iré á la rectoral, porque conviene que hablemos las dos con el señor Laporte.

Algunos momentos despues salió de la quinta la Guillabaora y se dirigió á la rectoral por el camino hondo, en donde la víspera habian resuelto aguardarla el Maestro de Escuela y el Cojuelo.

. . . . . .

Hemos visto ya por estos coloquios con la señora Adela y con el cura de Bouqueval, cuan bien habia aprovechado Flor de María los consejos de sus bienhechores, y cuanto se habia identificado con sus principios; pero esta misma adquisicion era la causa de su amargura, porque le hacia conocer toda la fealdad de su primera miseria: su espíritu se habia desarrollado á medida que su buena inclinacion natural se robustecia y fructificaba en la atmósfera de honor y de pureza en que vivia. Con un entendimiento ménos elevado, una sensibilidad ménos delicada y una imaginacion ménos viva y ardiente, Flor de María se hubiera consolado mas fácilmente: pero por desgracia ni un solo dia dejaba de acordarse sin disgusto y horror de la vergonzosa miseria de su pasada existencia. Figurémonos una niña de diez y seis años, llena de candor y de pureza, con la conciencia de su pureza y de su candor, arrojada por algun poder infernal en la taberna de la Pelona y sometida irrevocablemente á la voluntad de aquella harpía... tal era en Flor de María la reaccion de lo pasado sobre lo presente. De este modo haremos comprender el sentimiento retrospectivo, ó por mejor decir la repercusion moral que tanto hacia padecer á la Guillabaora, y que la inducia á sentir, mas veces de lo que se atrevia á confesar al cura, el no haberse ahogado en el fango de su primera miseria.

Nadie tendrá por una paradoja lo que vamos á decir, por menguadas que sean su reflexion y su experiencia de la vida: Flor de María era digna del interes y de la piedad que inspiraba, no solo porque no habia amado jamas, sino tambien porque sus *sentidos* no habian dispertado nunca del sueño de la inocencia. Y si es verdad que algunas muje-

res, dotadas de ménos delicadeza que Flor de María, conciben una repulsion invencible despues de las primeras brutalidades legales de una noche de boda... ¿será estraño que esta niña infeliz, embriagada por la Pelona, abandonada á la edad de diez y seis años en medio de ese tropel de bestias salvajes y feroces que infestan el barrio de la Cité, les hubiese declarado un horror invencible, y hubiese salido moralmente pura de aquel albañal inmundo?

El Camino Hondo.

CAPÍTULO X.

EL CAMINO HONDO.

El sol se escondia en el horizonte, y la llanura estaba desierta y silenciosa. Acercabase Flor de María al camino hondo por donde tenia que pasar para ir á la rectoral, cuando vió salir del barranco inmediato un muchácho cojo vestido de blusa gris y gorra azul: traia lloroso el semblante, y luego que descubrió á la Guillabaora corrió hácia ella juntando las manos en ademan de súplica, y dijo en alta voz:

—¡Ah! señorita, tened compasion de mí;que Dios os lo pagará. —¿Qué quieres? ¿qué tienes, hijo mio? —le preguntó la Guillabaora. —¡Ah! mi pobre abuela, que es muy viejecita, cayó en aquel barranco y se hizo mucho mal .. creo que se rompió una pierna... ¡Dios mio! yo no tengo fuerzas para levantarla ni sé lo que he de hacer: si no me ayudais, señorita... ¡ah! si no me ayudais, mi pobre abuela se morira en el sitio.

La Guillabaora, compadecida del Cojuelo le respondió:

—Yo, hijo mio, tampoco tengo mucha fuerza, pero te ayudaré como pueda á socorrer á tu abuela. Vamos pronto á donde está... Yo vivo en aquella quinta, y si la pobre vieja no puede llegar hasta allá, haré que vengan á buscarla. —¡Ay, señorita ¡Dios os dé su santa gloria.. Por aquí por aquí..

está á dos pasos de aquí como os dije ya... la pobrecilla resbaló al bajar la cuesta y cayó en el barranco.

— ¿Luego no sois del pais? — preguntó la Guillabaora siguiendo al Cojuelo.—No, señorita; venimos de Ecouen. — ¿Y á dónde ibais? — A casa del señor cura que vive en aquel alto... — repuso el hijo de Brazo Rojo para aumentar la confianza de Flor de María. — ¿A casa del señor cura Laporte? — Sí, señorita, á casa del señor cura Laporte; mi abuela lo conoce mucho, mucho... — ¡Qué casualidad! tambien yo iba allá justamente: — dijo Flor de María internándose mas y mas en el camino hondo. — ¡Abuelita! aquí estoy, no tengas cuidado que traigo quien te socorra... — dijo en voz alta el Cojuelo, á fin de que le oyesen el Maestro de Escuela y la Lechuza y se dispusiesen á caer sobre su víctima. — ¿Pero tu abuela no cayò léjos de aquí? — preguntó la Guillabaora. — No, señorita, á veinte pasos de aquí; junto á aquel árbol gordo quo está en la vuelta del camino.

El Cojuelo se paró repentinamente.

El galope de un caballo resonó en el silencio de la llanura.

— ¡Perdimos otra vez el golpe! — dijo para sí el Cojuelo.

El camino hacía un ángulo casi recto á algunos pasos del sitio en que se hallaba el Cojuelo con la Guillabaora. Dobló el recodo un ginete, y al llegar á Flor de María detuvo la brida del caballo... Oyóse entónces el trote de otro caballo, y pocos momentos despues apareció un escudero vestido de levita parda con botones de plata, pantalon de ante blanco y botas de campana, y llevaba ceñido á la espalda con un cinto estrecho de cuero el

makintosh de su amo. Este iba vestido sencillamente con una levita de paño grueso color de bronce, un pantalon gris algo ajustado, y montaba con maestría un brioso caballo bayo de raza pura y de singular belleza: á pesar de la larga carrera que acababa de dar, no se veía un solo pelo húmedo en su lustrosa y tornasolada piel. El caballo tordo del criado, que estaba inmóvil á algunos pasos de su señor, era tambien de raza pura. Al punto que el Cojuelo vió al caballero le conció, pues era el vizconde de Saint-Remy, presunto amante de la duquesa de Lucenay.

— Hermosa niña — dijo el vizconde á la Guillabaora, sorprendido por la rara belleza de la jóven — ¿tendréis la bondad de decirme cual es el camino de Arnouville?

Flor de María bajó los ojos al encontrarse con la mirada penetrante y atrevida del desconocido, y respondió:

— Al salir del camino hondo tomaréis, caballero, el primer sendero á la derecha: este sendero os llevará hasta una calle de cerezos que os guiará en derechura hasta Arnouville. — Mil gracias, hermosa niña... A fe me guiais mejor que una vieja que he encontrado á dos pasos de aquí tendida al pié de un árbol, porque solo me respondió con ayes y gemidos. — ¡Pobre abuelita mia! — exclamó el Cojuelo con voz compungida. — ¿Podréis decirme si hallaré fácilmente en Arnouville la quinta de M. Dubreuil? — volvió á preguntar el vizconde dirigiéndose á la Guillabaora.

Extremecióse Flor de María al oir estas palabras que le traian á la memoria la dolorosa escena de la mañana, y repuso:

— Las casas de la quinta se ven al entrar en la calle de cerezos por donde debeis pasar, caballero.

— ¡Gracias, niña mia, mil gracias! — dijo el vizconde, y partió al galope seguido de su escudero.

Las hermosas facciones del vizconde se dilataron algo mientras habló á la Guillabaora; pero una profunda inquietud volvió á contraerlas al punto que se vió solo. Flor de María se acordó de la persona desconocida para quien se habia preparado con tanta celeridad la glorieta de la quinta de Arnouville, y no dudó que era este jóven y hermoso caballero.

Oyóse por algun tiempo el galope de los caballos sobre la tierra endurecida por el hielo, hasta que por último cesó enteramente el ruido y todo quedó en silencio. Respiró el Cojuelo al verse libre de los dos caballeros, y á fin de advertir y animar á sus cómplices, de los cuales el Maestro de Escuela se había ocultado al pasar los dos desconocidos, dijo en voz chillona y penetrante:

— ¡Abuelita! aquí vengo... con una señorita para socorreros. — Vamos pronto, corramos, hijo mio! ese señor de á caballo nos hizo perder algunos minutos — dijo la Guillabaora acelerando el paso para llegar pronto á la vuelta del camino hondo.

Apénas hubo llegado, cuando la Lechuza que estaba aguardando el momento oportuno, gritó:

— ¡Corre, amoroso, corre! aquí la tengo. Y arrojándose á la Guillabaora, echóla una mano al cuello y con la otra le tapó la boca, al paso que el Cojuelo se agarró como un gato á las piernas de la jóven y la dejó sin movimiento.

Pasó todo esto con tal rapidez, que la Lechuza no tuvo lugar para reconocer las facciones de la Guillabaora; pero en los pocos momentos que tardó el Maestro de Escuela en salir del agujero

en que estaba oculto, conoció la vieja que la que tenia agarrada era su antígua víctima.

—¡La Chillona! —exclamó llena de estupor; y luego añadió con una alegría feroz: —¡Con que eres tú, eh!... ¡Ah! ¡volviste á caer en mis uñas!... ¡el diablo te trae á mi poder!... Mira, tengo el vitriolo en el cabriolé, y de esta vez no te escaparás sin untura... porque me revuelves el estómago con esa cara de santa moronda... ¡Tómala, agárrala, amoroso! cuidado no te muerda, mientras nosotros la empaquetamos.

Echó el Maestro de Escuela sus enormes garras á la Guillabaora, y ántes que esta pudiese articular un solo grito, envolvióla en la capa la Lechuza de piés á cabeza. Flor de María se halló de este modo en la imposibilidad de hacer el menor movimiento ni de pedir socorro.

—Ahora carga tú con el fardo, amoroso...—dijo la Lechuza.—¡Je, je, je!... no pesa mas que el bulto negro de la mujer que ahogamos en el canal de San Martin... ¿no te parece, amoroso?—Y como el bandido se estremeciese al oir estas palabras que le trajeron á la memoria el horrible sueño de la noche anterior, la tuerta continuó:—¿Qué dolor te da, alma de gallina... parece que tiritas de frio?... desde esta mañana te se baten los dientes como si tuvieras la terciana... y miras al aire y levantas el hocico como los perros cuando van ahullar.—¡Papamoscas!... es para ver qué viento corre—dijo el Cojuelo.—¡Vamos pronto, vamos de aquí! sujétame bien la Chillona... Así, apriétala bien—dijo la Lechuza al ver que el bandido cojia entre sus brazos á Flor de María como pudiera coger á un niño dormido.—¿Pero quien me guia á mí?—preguntó el Maestro de Escuela con voz sorda cojiendo el lijero fardo entre sus

brazos de Hércules. — ¡Qué cabeza! de todo se acuerda — dijo la Lechuza.

Y abriendo el chal, se quitó un pañuelo que llevaba puesto al cuello esqueletado, lo torció cojiéndolo por ambas puntas, y dijo al Maetsro de Escuela;

— Abre la lumadera (a), coje la punta del mocante con los piñós (b), y aprieta bien... El Cojuelo cojerá la otra punta con la mano, y no tendrás mas que seguirlo... A buen ciego buen lazarillo... ¡Ven aquí tú pillastre!

El monstruoso niño hizo una cabriola como un oso, murmuró una especie de sonido imitativo y grotesco, cojió en la mano la otra punta del pañuelo y condujo de este modo al Maestro de Escuela, miéntras que la Lechuza se adelantó corriendo para avisar á Barbillon. No hemos querido pintar el terror de Flor de María cuando se vió en poder de la Lechuza y del Maestro de Escuela; diremos tan solo que se sintió desfallecer y que no pudo hacer la menor resistencia.

Algunos minutos despues se hallaba la Guillabaora en el coche que conducia Barbillon. Aunque era ya de noche cerró la Lechuza las ventanillas con el mayor cuidado, y los tres cómplices se dirigieron con su moribunda víctima hácia el llano de San Dionisio, en donde los esperaba Tomas Seyton.

(a) Boca. (b) Coje la punta del pañuelo con los dientes.

CAPÍTULO XI.

CLEMENTINA DE HARVILLE.

El lector nos dispensará el que abandonemos á una de nuestras principales heroinas en tan crítica situacion, de cuyo desenlace volveremos á ocuparnos mas adelante.

Se tendrá presente que Rodolfo habia salvado á la marquesa de Harville de un peligro eminente; peligro en que la habian puesto los celos de Sarah, dando aviso al marques de Harville de la imprudente cita concedida por su esposa á Carlos Robert. El príncipe habia salido de la casa de la calle del Templo muy conmovido por esta escena, y habia regresado á su casa dejando para el dia siguiente la visita que deseaba hacer á la señorita Alegría y à la familia desgraciada de que hemos hablado, á la cual creia bastante socorrida por el momento con el dinero que habia dado á la marquesa con el fin de que su visita tuviese visos de caridad á los ojos de su marido. Rodolfo ignoraba por desgracia que el Cojuelo habia robado el bolsillo á la marquesa, y sabemos ya de que modo se habia cometido este robo.

Serian las cuatro de la tarde cuando el príncipe recibió la carta siguiente:

Una mujer de edad habia sido la conductora, y se habia marchado sin aguardar la respuesta.

« Monseñor,

« Os debo mas que la vida, quisiera manifestaros hoy mismo mi profundo agradecimiento. Mañana quizá enmudeceria de verguenza... Si V. A. R. me hiciese el honor de venir á mi casa esta noche, acabaria el dia como lo ha empezado: con una accion generosa.

C. DE ORBIGNI DE HARVILLE.

« *P. D.* No os incomodeis en contestarme, monseñor: estaré en casa toda la noche.

Rodolfo se alegraba de haber hecho á la marquesa de Harville un servicio tan importante, pero no llevaba á bien la especie de intimidad forzada que esta circunstancia establecia entre él y la marquesa. Incapaz de hacer traicion á la amistad del marques de Harville, conocia sin embargo la viva impresion que le habian causado la gracia, el talento y la rara belleza de Clementina; circunstancias que la habian separado de su trato hacia mas de un mes. Por eso se acordaba con cierta emocion del coloquio de Tomas y de Sarah en el baile de la embajada de***. Sarah, para motivar su odio y sus celos, habia afirmado con alguna razon que la marquesa de Harville conservaba á pesar suyo una inclínacion invencible hácia Rodolfo, y Sarah era demasiado sagaz, demasiado iniciada en los resortes del corazon humano, para no haber conocido que Clementina, viéndose olvidada y acaso desdeñada por un hombre que le habia causado una impresion tan profunda, y cediendo ademas á las sujestiones de una amiga pérfida, po-

dria interesarse por la desgracia imaginaria de Cárlos Robert, sin que por esto olvidase enteramente á Rodolfo. Otras mujeres fieles á la memoria del hombre que les ha inspirado la primera pasion, hubieran mirado con indiferencia el melancólico asedio del comandante. Segun esto Clementina era culpable de una y otra falta, aunque solo hubiese cedido al interes inspirado por la desgracia, y aunque un vivo sentimiento de su deber, unido acaso al recuerdo del príncipe, recuerdo saludable que conservaba en el fondo del corazon, la hubiesen impedido cometer un desliz irreparable.

Rodolfo luchaba con mil contradicciones estrañas al pensar en su entrevista con la marquesa de Harville. Determinado á sufocar su amorosa inclinacion creíase unas veces dichoso con poder des-amarla y con poder echarla en cara su aficion degradante á Mr. Carlos Robert; otras, por el contrario, sentia amargamente ver desvanecido el prestigio que hasta entonces la habia rodeado.

. . . . . .

Clementina esperaba tambien con impaciencia esta entrevista; pero los dos sentimientos que la dominaban eran una dolorosa confusion al pensar en Rodolfo, y una aversion profunda al acordarse de Carlos Robert. Tenia muchas razones para justificar esta aversion y este odio hácia el comandante. Una mujer comprometerá su reposo y su honor por un hombre, pero no le perdonará jamás de haberla puesto en una situacion humillante ó ridícula. La marquesa de Harville habia sufrido una indecible congoja al verse espuesta á los sarcasmos y miradas de madama Pipelet. Ademas antes de advertirla Rodolfo el peligro en que se hallaba y de indicarla que subiese al quinto piso, la direccion de la escalera era tal, que al subirla vió á Carlos Ro-

bert vestido con su reluciente bata, en el momento en que oyendo los pasos de la mujer á quien esperaba, entreabria la puerta con una sonrisa infatuada y triunfante... La insolente necedad del trage significativo del *comandante*, dió á conocer á la marquesa cuan groseramente se habia engañado con respeto á aquel hombre. Impelida por la bondad de su corazon y por la generosidad de su carácter á dar un paso que podia perderla, habia otorgado esta cita al comandante, no por amor sino por conmiseracion, á fin de consolarlo del lance ridículo á que lo habia espuesto la burla grosera del duque de Lucenay en la embajada de***. Júzguese, segun esto, cual seria el disgusto y la sorpresa de la marquesa de Harville, al ver á Mr, Carlos Robert vestido con tal anticipacion...

Acababan de dar las nueve en el péndulo del gabinete en que estaba ordinariamente la marquesa de Harville. Las costureras, las modistas y las taberneras han abusado tanto del estilo de Luis XV y del estilo del *Renacimiento* del buen gusto, que la marquesa mujer de un gusto delicado, habia desterrado de su cuarto esta especie de lujo que ha llegado á ser tan vulgar, relegándolo á la parte del palacio de Harville destinada al gran recibimiento. Nada podria inventarse mas elegante y distinguido que los muebles y adornos del gabinete en que la marquesa de Harville esperaba á Rodolfo. Las cortinas y tapices sin festones ni cenefa, eran de una tela de la India color de paja, y estaban sembrados de figuras arabescas bordadas de realce con seda sin brillo y del gusto mas caprichoso y delicado. Las cortinas dobles que cubrian casi enteramente las ventanas por uno y otro lado, eran de punto de Alenzon. Las puertas de palo de rosa, es-

taban adornadas con molduras de plata dorada cinceladas con primor, las cuales rodeaban cada cuadro un óvalo ó medallon de porcelana de Sèvres de cerca un pié de diámetro: estos medallones representaban flores y aves con una perfeccion admirable El cuadro de los espejos y los tenedores de las cortinas y tapices, eran tambien de palo de rosa con adornos de plata dorada. El friso de la chimenea y sus dos cariátides de una belleza antigua y de una gracia esquisita, eran obra del cincel maestro de Marochetti: aquel célebre artista habia accedido esculpir á esta obra maestra, acordándose sin duda de que Benvenuto no se desdeñaba de cincelar aguamaniles y armaduras. Dos candelabros con doble mechero de plata sobredorada, preciosamente cincelados por *Gouttiére*, acompañaban al péndulo, que era un cuadrado de lapislázuli, colocado sobre un zócalo de jaspe oriental, y coronado por una magnífica guirnalda de oro esmaltado, adornada de perlas y rubíes; todo con arreglo al gusto del Renacimiento florentino. Varios cuadros excelentes de la escuela veneciana y de mediano grandor, completaban este hermoso conjunto.

Debido á una feliz innovacion, este gabinete estaba alumbrado por una lámpara, cuyo globo de cristal apagado estaba casi oculto en medio de un sinnúmero de flores naturales contenidas en un florero de japon azul, color de pùrpura y dorado, suspendido del cielo raso á manera de araña por tres gruesas cadenas de plata sobredorada, en las cuales se enroscaban los verdes tallos de diversas plantas sarmentosas: algunas de las ramas mas flexibles y cargadas de flores, se desprendian del florero y caian como una hermosa faja verde sobre la porcelana esmaltada de oro, de púrpura y de azul. Insistimos en estos pormenores, por mas

que sean pueriles, á fin de dar una idea del buen gusto natural de la marquesa de Harville (señal casi siempre cierta de un buen entendimiento), y porque ciertos infortunios misteriosos parecen mas crueles aun, cuando se comparan con las apariencias de una vida dichosa y envidiada.

Clementina de Harville estaba recostada en un gran sillon cubierto de damasco color de paja: su peinado era sencillo y natural y su traje consistia en un vestido de terciopelo negro alto de escote, sobre el cual resaltaba el trabajo maravilloso de un cuello de encaje y unas vueltas ó puños de punto inglés, que impedian el que lo negro del vestido hiciese demasiado contraste con la blancura trasparente de sus manos y de su cuello.

La emocion que agitaba á la marquesa se aumentaba al acercarse el momento de ver á Rodolfo. Un pensamiento serio disipo por último su confusion: determinóse por fin á confiar á Rodolfo un gran secreto, un secreto cruel, esperando que con su estremada franqueza recobraria acaso una estimacion que tanto sentia haber perdido. El agradecimiento volvió á dispertar su primera inclinacion hácia Rodolfo. Uno de esos presentimientos que rara vez engañan á los corazones amantes, la decia que la casualidad no habia podido conducir al príncipe tan oportunamente para salvarla, y que el haber desistido de verla de algunos meses á aquella parte se debia mas bien que á la indiferencia, á otro sentimiento oculto. Clementina concibió tambien una sospecha vaga acerca de la sinceridad del afecto de Sarah. Al cabo de algunos minutos llamó un criado á la puerta, entró en el gabinete, y dijo:

—Puede recibir¿ la señora marquesa á la señora Asthon y á la *señorita* ?

La marquesa de Harville hizo con la cabeza una seña afirmativa y su hija entró en el gabinete.

Era esta una niña de cuatro años, de facciones simétricas y armoniosas, pero de un color enfermizo y sumamente flaca y apocada. Traíala de la mano su aya, la señora Asthon, y al punto que Clara (así se llamaba la niña) avistó á su madre, corrió hácia ella con los brazos abiertos. Dos lazos de rubíes sujetaban á la altura de cada sien de la niña dos trenzas de cabello negro enroscadas á uno y otro lado de la frente. Su salud era tan debil que llevaba una drulleta de seda colchada, en lugar de esos vestidos de muselina blanca, guarnecidos de cintas y hechos tan á propósito para descubrir los brazos de color de rosa y los hombros tersos como el raso, de las niñas que gozan buena salud. Las mejillas de Clara eran tan descarnadas y consumidas que sus grandes ojos negros parecian de un tamaño enorme y desproporcionado. A pesar del aspecto mezquino de esta niña, una sonrisa llena de gracia y de candor dilató sus facciones al sentarse al regazo de su madre, que la besó con una especie de ternura melancólica y apasionada.

—¿Qué tal, desde que no la he visto?—preguntó la marquesa de Harville al aya...—Medianamente, señora marquesa, aunque por un rato he temido que...—¡Otra vez! —exclamó la marquesa estrechando á su hija contra el corazon por un impulso involuntario.—Pero afortunadamente, señora, me he engañado—dijo madama Asthon; —el ataque se quedó en amago, de modo que la señorita Clara volvió á calmarse y solo experimentó por un rato alguna debilidad... Aunque ha dormido poco esta tarde, no ha querido acostarse sin

besar ántes á la señora marquesa. —¡Hija de mi alma! — dijo la marquesa cubriendo de besos la frente de Clara.

Devolvio esta las caricias de su madre con un gozo infantil, cuando un criado abrió de par en par las dos hojas de la puerta del gabinete, y dijo:

— ¡Su Alteza Real monseñor el gran duque de Gorolstein!

Clara, sentada en el regazo de su madre, se hallaba estrechamente abrazada á su cuello. Ruborizóse Clementina al ver á Rodolfo, puso en la alfombra á su hija, hizo al aya una seña para que se alejase con ella, y se levantó del sofá.

— Me permitiréis, señora — dijo sonriendo Rodolfo despues de haber saludado respetuosamente á la marquesa que renueve mi galantería con mi antigua amiguita, porque temo que se haya olvidado ya de mí. — E inclinándose un poco, tendió el brazo hácia Clara. Esta fijó en él sus grandes ojos, lo reconoció al cabo de un breve rato, le hizo una seña con la cabeza y le envió un beso con la punta de sus descarnados deditos. — ¿Conoces á monseñor, hija mia? — preguntó Clementina á la niña.

Clara dijo que sí con la cabeza, y envió otro beso á Rodolfo.

— Parece que se ha mejorado desde la última vez que la he visto — dijo el príncipe á Clementina. —Algo se ha mejorado, monseñor, aunque padece mucho.

La marquesa y el príncipe, tan embarazados el uno como el otro al pensar en su próximo coloquio, casi se alegraban de prolongar este intróito con la presencia de Clara; pero la discreta aya se retiró por último dejando á Rodolfo solo con su señora.

El sofá de la marquesa de Harville estaba á la

derecha de la chimenea, en la cual se apoyaba ligeramente Rodolfo, que continuaba en pié. Jamas habia parecido á Clementina tan noble y gracioso el conjunto de las facciones del príncipe, ni su voz tan dulce y sonora. Conociendo Rodolfo cuan penoso debia ser á la marquesa el romper la conversacion, la dijo:

—Señora, habeis sido víctima de una traicion infame: una delacion inicua de la condesa Sarah Mac-Gregor estuvo á punto de perderos. — ¡Seria posible, monseñor! —exclamó Clementina. — Luego no me ha engañado mi presentimiento... ¿Pero como ha podido saber Vuestra Alteza?...—Anoche, por una casualidad, en el baile de la condesa de***, he descubierto el secreto de esa iniquidad. Me habia sentado en un rincon retirado del jardin de invierno; y sin saber que solo estaba separado de ellos por un espaldar y que podia oirlos, la condesa Sarah y su hermano vinieron á sentarse junto á mí y empezaron á hablar de sus proyectos y del lazo que querian tenderos. Para advertiros del peligro en que os hallabais, me fuí inmediatamente al baile de madama Nerval, esperando hallaros allí; pero no habiais aparecido. El escribiros seria exponerse á que mi carta cayese en poder del marques, cuyas sospechas se aumentarian de este modo. Segun esto he preferido aguardaros en la calle del Templo para frustar la traicion de la condesa Sarah. ¿Queréis perdonarme el que os hable tanto tiempo de un asunto que debe seros desagradable? A no ser por la carta que habeis tenido la bondad de escribirme... jamas os hubiera hablado de ello.

Despues de un momento de silencio, la marquesa de Harville dijo á Rodolfo:

— Monseñor, solo de una manera puedo proba-

ros mi gratitud... solo haciéndoos una confesion que á nadie he hecho jamas. Esta confesion no me justificará á vuestros ojos, pero acaso os hará tener por ménos culpable mi conducta. — Francamente, señora marquesa — dijo sonriendo Rodolfo — mi situacion con respecto á vos es en extremo embarazosa.

Clementina miró con sorpresa á Rodolfo al oir hablar con esta lijereza.

— ¡Cómo! ¡porqué, monseñor! — Gracias á una circunstancia, que sin duda adivinaréis, me veo obligado á hacer el papel de... grave consejero, en un asunto que no deberia tratarse con tanta gravedad, desde que os habeis salvado del lazo odioso que os tendió la condesa Sarah... — Pero vuestro marido — añadió Rodolfo con una especie de seriedad dulce y efectuosa — es para mi como un hermano, y mi padre ha profesado al suyo la gratitud mas afectuosa. . Por esta razon os felicito muy seriamente por haber restituido á vuestro marido la seguridad y el reposo que necesitaba. — Y por lo mismo que honrais con vuestra amistad al marques de Harville, quiero yo, monseñor, revelaros toda la verdad... asi con respecto á un *interes* que debe pareceros tan poco merecido como en realidad lo es... como con respecto á mi conducta, que ofende al que Vuestra Alteza tiene á bien mirar casi como un hermano... — Será para mí una dicha, marquesa, el merecer la menor prueba de vuestra confianza. Sin embargo permitidme que os diga, con respecto á ese *interes* de que hablais, que ya sé yo que habeis cedido á un sentimiento de sincera compasion y al asedio traidor de la condesa Sarah, que tenia motivos para querer perderos... Tambien sé que habeis dudado largo tiempo ántes de resolveros á dar el paso de que ahora os arrepentís.

Clementina miró asombrada á Rodolfo.

—¿Os sorprendeis? Otro dia os revelaré el secreto porque no me tengais por hechicero — dijo el príncipe sonriendo. — Pero decidme ¿se ha tranquilizado enteramente vuestro marido? — Sí, monseñor — repuso Clementina bajando la vista y llena de confusion — y os aseguro que me atormenta cuando me pide perdon por haber sospechado de mi conducta, y cuando habla con exaltacion de mi modestia y del silencio que he guardado con respecto á mis obras de caridad. — No os arrepintais de mantener esa ilusion, y alegráos, por el contrario, de su feliz error... Si me fuese permitido hablar con lijereza de esta aventura, y si no tuvieseis parte en ella, señora condesa... os diria que nunca procura una mujer ser mas encantadora á los ojos de su marido, que cuando tiene algun traspié que ocultar. Nadie puede figurarse la amabilidad seductora que inspira una conciencia poco limpia... Cuando yo era jóven — añadió Rodolfo sonriendo — sentia cierta desconfianza, á pesar mio, cuando me trataban con extraordinaria ternura; y como yo nunca me sentia mas dispuesto á ser amable que cuando tenia algun pecado que ocultar, cuando llegaba á conocer que habia exageracion en las caricias que me hacian, no podia menos de creer que esta armonía cariñosa ocultaba... una recíproca infidelidad.

Crecia por instantes el asombro de la marquesa de Harville, al oir hablar á Rodolfo con tal lijereza de un asunto que hubiera podido tener para ella tan funestos resultados: pero sospechando luego que con esta afectada lijereza queria el príncipe hacer menos importante el servicio que la habia prestado, le dijo profundamente conmovida por este rasgo de delicadeza:

—Comprendo vuestra generosidad, monseñor...

Chanceáos, si gustais, y olvidad el peligro de que me habeis sacado... Pero lo que yo tengo que deciros es tan grave, tan serio, tiene tal relacion con los sucesos de esta mañana, y vuestros consejos deben serme tan útiles, que no puedo menos de rogaros que os acordeis de que me habeis salvado el honor y la vida... sí, monseñor, la vida... ¡Mi marido iba armado, y en su arrepentimiento me ha confesado que queria matarme! — ¡Gran Dios!— exclamó Rodolfo vivamente conmovido. — Tenia derecho... — repuso con amargura la marquesa de Harville. — Creedme, marquesa — dijo Rodolfo con seriedad — no puede serme indiferente lo que á vos os interesa: si he hablado con lijereza hace un momento, ha sido para distraeros del lance de esta mañana, que debió causaros una terrible impresion. Ahora os escucho con atencion religiosa, ya que me honrais con decirme que mis consejos pueden serviros de algun modo. — ¡Oh! sí, ¡de mucho pueden servirme! Pero ántes permitidme que os diga algunas palabras sobre los sucesos de otra época que ignorais... del tiempo que ha precedido á mi casamiento con el marques de Harville.

Rodolfo hizo una inclinacion, y Clementina continuó:

— A la edad de diez y seis años he perdido á mi madre — dijo la marquesa con los ojos arrasados de lágrimas: — seria imposible expresaros cuanto la adoraba. — Figuráos, monseñor, la bondad ideal personificada; la ternura con que me amaba era tal, que le servia de ùnico consuelo en sus pesares... Como le gustaba poco el gran mundo, y ademas padecia mucho y era naturalmente sedentaria, no pudo hallar mayor placer que el encargarse de mi instruccion, porque lo solido y variado de sus conocimientos la permitian llenar mejor qne nadie la

Madama Roland.

tarea que se habia impuesto. Figuráos, monseñor, cual seria su asombro y el mio, cuando á la edad de diez y seis años, á tiempo que mi educacion se hallaba casi enteramente concluida, nos anunció mi padre tomando por pretesto la débil salud de mi madre, que una viuda jóven muy distinguida y muy interesante á causa de sus graves infortunios, se encargaria de terminar la obra comenzada por mi madre... Mi madre se opuso desde luego al deseo de su marido, y yo le supliqué por mi parte que no me confiase á ninguna persona estraña; pero mi padre se mostró inexorable á nuestros ruegos, y madama Roland, viuda de un coronel que habia muerto en la India... segun ella decia, vino á instalarse en nuestra casa y se encargó de ser mi instructora. — ¡Qué decis! ¿es esa madama Roland con quien se casó vuestro padre poco despues de vuestro casamiento? — La misma, monseñor. — ¿Era muy hermosa? — De mediana belleza, monseñor. — Luego tendria mucho talento. — El de ser artificiosa... disimulada y astuta... y nada mas... Tenia entonces unos veinte y cinco años su cabello era de un rubio pálido, las cejas blancas, los ojos grandes, redondos y de un azul muy claro, su fisonomía humilde y melindrosa, y su carácter pérfido, bajo y cruel, aunque disimulado bajo un exterior amable.

— ¿Qué conocimientos poseía? — Ninguno absolutamente, monseñor; y no puedo imaginar como mi padre, tan esclavo hasta entónces del decoro, no ha visto que la incapacidad de aquella mujer descubriría con escándalo de todos el verdadero motivo de su presencia en nuestra casa. Mi madre le hizo observar la profunda ignorancia de madama Roland, pero la respondió con un tono que no admitia la menor réplica, que, sábia ó no sábia, la interesante viuda desempeñaría en

su casa la mision de que la habia encargado. Todo esto lo he sabido algun tiempo despues. Desde entónces cayó mi madre en un profundo abatimiento, y creo que deploraba ménos la infidelidad de mi padre, que los desórdenes domésticos que este comercio podia ocasionar... y del cual podia yo llegar á apercibirme. — Pero, en efecto, aun por la misma conveniencia de su loca pasion, me parece que vuestro padre cometió un grave error introduciendo en su casa á esa mujer. — Vuestra sorpresa se aumentaria, monseñor, si conocieseis el carácter rígido y ceremonioso de mi padre; era necesaria toda la influencia de madama Roland para conducirlo á un olvido tal del decoro; influencia tanto mas eficaz, porque madama Roland la disfrazaba con el velo de una pasion violenta hácia mi padre. — ¿Qué edad tenia entónces vuestro padre? — Unos sesenta años. — ¿Y creía en el amor de esa jóven? — Mi padre habia sido uno de los hombres mas dados á la moda en su mocedad... y madama Roland, obedeciendo á su instinto ó á ciertos consejos hábiles... — ¡Consejos!... ¿y quien podria aconsejarla? — Luego lo sabréis, monseñor. — Adivinando que cuando llega á la vejez un hombre de buena fortuna, le gusta tanto mas oir alabar el mérito de su persona, porque esto le recuerda la época mas floreciente de su vida, madama Roland, ¡increible os parecerá, monseñor! alababa la gracia de las facciones de mi padre, la elegancia inimitable de su talle y de toda su persona... y tenia sesenta años... A pesar de la alta inteligencia que todos le atribuian, fué tal su obcecacion, que cayó en este ardid grosero. Tal ha sido y tal es aun, no lo dudo, la causa de la influencia que sobre él ejerce esa

mujer.,. A pesar de mi triste situacion, no puedo acordarme sin reir de las veces que he oido decir y sostener á madama Roland, ántes de casarme, que lo que ella llamaba *la verdadera madurez* y la *mejor edad de la vida*, no empezaba hasta los cincuenta y cinco años. — ¡Precisamente la edad de vuestro padre! — ¡La edad de mi padre, monseñor!... Entónces, decia madama Roland, es cuando el talentó y la experiencia han adquirido su última perfeccion; á esa edad es cuando un hombre de circunstancias goza en el mundo de todas las consideraciones á que le es dado aspirar; entónces y solamente entónces llegan á su apogeo la perfeccion de sus facciones y la gracia de sus modales, porque en esta época de la vida hay en la fisonomía una mezcla divina de graciosa serenidad y de dulce y serena gravedad. Finalmente, una lijera sombra de melancolía causada por los desengaños de la experiencia... completaba el encanto irresistible de la *verdadera madurez* de madama Roland; encanto que solo pueden apreciar, añadía, las mujeres de sano entendimiento y de buen corazon, que no dan oidos á la elocuencia fogosa de los jovencitos aturdidos de cuarenta años, en cuyo carácter veleidoso no puede haber firmeza ni seguridad, y cuyas facciones insignificantes y juveniles no se hallan aun poetizadas por la majestuosa expresion, que revela la ciencia profunda de la vida.

Rodolfo no pudo ménos de sonreir al oir la elocuencia irónica con que la marquesa de Harville procuraba retratar á su madrastra.

— Hay una cosa que jamás puedo perdonar á las gentes ridículas — dijo á la marquesa. — ¿Cual es, monseñor?

— La maldad de corazon.... porque esto impide

el que uno se ria de ellas á su sabor. — Acaso son malos por esa misma razon — dijo Clementina. — Lo creo con harto dolor; porque si yo pudiese, por ejemplo, olvidarme de que esa madama Roland ha debido haceros mucho daño, me reiria de su invencion de la *verdadera madurez*, en oposicion del loco aturdimiento de los jóvenes de cuarenta años, que segun esta mujer parece que acaban de salir de la cáscara del huevo, como dirian nuestros abuelos. — La causa principal de la aversion que tengo á esa mujer, es su odiosa conducta para con mi madre... y la parte activa que por desgracia ha tomado en mi casamiento — dijo la marquesa despues de un momento de duda.

Rodolfo la miró sorprendido.

—D'Harville es vuestro amigo, monseñor —continuó Clementina con voz segura. — Conozco la gravedad de lo que acabo de decir... pero luego me diréis si tengo ó no justicia. Volvamos ahora á madama Roland, erigida en aya mia, á pesar de su conocida incapacidad. Mi madre tuvo por esto una séria y penosa discusion con mi padre, de cuyas resultas nos trató á las dos con el mayor desvío, y desde aquel dia hemos vivido retiradas en nuestra habitacion, miéntras que madama Roland hacia públicamente los honores de la casa en calidad de instructora mia. — ¡Cuanto debió haber padecido vuestra madre! — Y mas por mí que por sí misma, monseñor; porque pensaba en lo futuro. Su salud, que era ya delicada, se agravó de manera que cayó enferma de peligro; y quiso la fatalidad que M. Sorbier, mèdico de la familia y en quien mi madre tenia entera confianza, muriese tambien por aquel tiempo. Madama Roland tenia por médico y por amigo á un doctor italiano de gran mérito, segun ella decia: seducido mi padre por esta reco-

mendacion, consultó al doctor extranjero, lo recomendó á mi madre, que lo admitió desde luego, y fué quien la asistió en su última enfermedad... Los ojos de la marquesa de Harville se arrasaron de lágrimas al pronunciar estas palabras. — Me avergüenzo de confesaros mi debilidad, monseñor —añadió — pero por la sola razon de que madama Roland habia recomendado este médico á mi madre, le he declarado un odio involuntario, y he visto con temor la confianza que le dispensaba mi madre, á pesar de que en punto á inteligencia en su profesion, el doctor Polidori... — ¿Qué decis, marquesa? — exclamó Rodolfo. — ¿Qué teneis, monseñor? — dijo Clementina llena de asombro al ver la espresion de la fisonomía de Rodolfo. — Pero no —dijo para sí Rodolfo — no puede ser él... hace ya de esto cinco años, y me han dicho que Polidori no hace mas que dos años que ha llegado á Paris, y que ha adoptado un nombre fingido... Es el mismo que he visto ayer... aquel charlatan conocido por el nombre de Bradamanti... Sin embargo... dos médicos del mismo nombre... (a) ¡qué coincidencia singular!... Marquesa, deseo que me hableis dos palabras sobre el doctor Polidori — dijo Rodolfo á la de Harville que le miraba de hito en hito, y cuyo estupor crecia por momentos — ¿que edad tenia ese italiano? — ¿Qué edad? unos cincuenta años. — ¿Su cara... su fisonomía? — Siniestra... no olvidaré jamas sus ojos de color verdegay, y su nariz encorbada como el pico de un loro. — ¡El es!... ¡sin duda!... — exclamó Rodolfo. — ¿Sabeis, marquesa, si está aun en Paris el doctor Polidori? — No lo sé, monseñor. Salió de Paris como un año

(a) Recomendamos al lector que Polidori era un médico distinguido cuando se encargó de la educacion de Rodolfo.

despues del casamiento de mi padre: una de mis amigas, á quien asistia tambien entónces el doctor italiano... la duquesa de Lucenay... — ¡La duquesa de Lucenay! —exclamó Rodolfo. — Sí, monseñor... ¿Porqué lo estrañais? — Permitidme que no os diga el motivo de mi sorpresa... ¿Pero qué os decia en esa época la duquesa de Lucenay sobre el doctor Polidori? — Que desde su salida de Paris la escribia con frecuencia cartas muy interesantes sobre los diversos paises que recorria, porque el doctor parece que viajaba mucho entónces... Ahora... me acuerdo que, hará cosa de un mes, he preguntado á la duquesa de Lucenay si habia recibido noticias del doctor Polidori, y me respondió con algun embarazo que hacia mucho tiempo que no habia oido hablar de él, que ignoraba su paradero, y que algunos decian si se habia muerto... — Es muy estraño — dijo Rodolfo acordándose de la visita de la duquesa de Lucenay al charlatan Bradamanti. — ¿Luego conoceis á ese hombre, monseñor? — Sí, por desgracia mia... Pero os ruego que prosigais; ya os diré en otra ocasion quien es Polidori... — ¿Quién? ¿ese médico que?... — Decid mas bien ese hombre cubierto de los crímenes mas odiosos. — ¡De crímenes! — exclamó con asombro la marquesa: — ¡ha cometido crímenes ese hombre... el amigo de madama Roland... el médico de mi madre! ¡y mi madre ha muerto en sus manos al cabo de algunos dias de asistencia!... ¡Ah! monseñor, luego mi presentimiento no me ha engañado... — ¿Vuestro presentimiento? —Sí... hace un rato que os he hablado del horror que me inspiraba ese médico que nos habia proporcionado madama Roland... pero no os he dicho todo lo que sentia, monseñor...

— ¿Pero qué mas hay? — Temo acusar á un

inocente y ceder con demasiada lijereza á la amargura de mi dolor. Pero nada os callaré, monseñor. Hacia cinco dias que duraba la enfermedad de mi madre y que yo la velaba, cuando una noche subí á la azotea de nuestra casa para respirar el aire libre. Al cabo de un cuarto de hora volví á bajar, y al entrar en un corredor oscuro, á favor de la débil luz que salia por la puerta del cuarto de madama Roland, vi salir al doctor Polidori acompañado de esa mujer. Como todo estaba á oscuras no sospecharon que alguien podria oirlos, y madama Roland dijo en voz baja algunas frases que no he podido percibir. El médico respondió en voz inteligible estas solas palabras: *Pasado mañana*; y como madama Roland le hablase otra vez en voz baja, el doctor volvió á responderle en un tono singular: *pasado mañana; os digo que pasado mañana.* — ¿Pero qué significado tenian esas palabras? — ¿Qué significaban, monseñor? El miércoles por la noche el doctor Polidori decía *pasado mañana*... y el viernes... murió mi madre... — ¡Horrendo! ¡oh!... — Despues de este trance funesto me condujeron á la casa de unas parientas, que sin atender á la reserva debida á mi edad, me dijeron francamente los motivos que yo tenia para aborrecer á madama Roland, haciéndome ver la ambiciosa esperanza que aquella mujer debia concebir despues de la muerte de mi madre. Entónces he conocido todo lo que mi madre habia debido padecer, y asi es que la primera vez que volví á ver á mi padre, mi corazon se llenó de amargura: venia á buscarme para conducirme á la Normandía, en donde debíamos pasar el primer luto. Por el camino me dijo, sin transicion ni rodeos y como si fuese una cosa muy natural, que, por hacernos merced á él y á

mí, madama Roland consentia en encargarse de la direccion de la casa y en ser mi amiga y directora.

Cuando llegamos à *Aubiers* (que así se llama la posesion de mi padre) la primera persona que nos salió al encuentro fué madama Roland, que habia ido á establecerse allí el mismo dia en que murió mi madre. A pesar de su aire de humildad y gazmoñería, dejaba entrever una alegría triunfante y poco disimulada. Nunca olvidaré la mirada irónica y maliciosa que me dirigió al recibirme; me pareció que queria decirme: «Aquí soy yo la dueña, y tú la forastera.» Pero aun me esperaban tósigos de otra naturaleza, porque ya fuese por una falta imperdonable de buen tacto, ó bien por una impudencia insultante, madama Roland se habia instalado en el mismo cuarto de mi madre. Llena de indignacion, quejéme á mi padre de esta falta de respeto á la memoria de su esposa, y me respondió en tono muy severo que esto debia sorprenderme tanto ménos, porque era indispensable que me fuese acostumbrando á respetar á madama Roland como á mi segunda madre. Díjele que esto seria profanar un nombre sagrado, y á riesgo de enojarlo no perdia ocasion de manifestarle mi odio à madama Roland, de suerte que muchas veces se irritaba hasta el punto de reprenderme delante de aquella mujer. Echàbame en cara mi ingratitud y el desvío con que trataba al ángel que para nuestro consuelo nos habia enviado la Providencia. Un dia al oir esto no pude ménos de decirle: «Señor, podrá serlo para vos, mas no para mí;» por lo cual me trató con aspereza. Madama Roland intercedió por mí con voz hipócrita y compungida. «Sed mas indulgente con Clementina,» dijo; «el dolor que le causa la me-

moria de la recomendable persona cuya pérdida sentimos tan amargamente, es tan natural y laudable que merece nuestra indulgencia, y no debemos quejarnos de ella por injustas que sean sus sospechas.» «¡Qué tal!» me decia mi padre señalando con admiracion á madama Roland; «ya la oyes; ya ves su candor y su generosidad. ¡Imprudente! pídela, pídela perdon.» «Mi madre me ve y me oye... y no me perdonaría tal infamia,» respondí á mi padre, y salí al punto de la habitacion dejándolo ocupado en consolar á madama Roland y en enjugar su fingido llanto... Perdonad, monseñor, que haya hablado tanto de estas pueriliidades; pero es el único modo de daros una idea de mi situacion en aquella época.

—Me parece que estoy presenciando esas escenas dolorosas.. ¡En cuantas familias se habran reproducido, y en cuantas se reproducirán todavía!... ¿Pero en qué categoría ha presentado vuestro padre en el pais á madama Roland? — Como mi instructora y mi amiga... y de ese modo era considerada.

—¿Vivia retirado? — A excepcion de algunas visitas de vecindad y de negocios, no veíamos á nadie. Mi padre, dominado por su pasion y cediendo á las instancias de madama Roland, dejó el luto que llevaba por mi madre ántes de tres meses, so pretesto de que el luto debia llevarse en el corazon... El desvío y frialdad con que me trataba se fué aumentando de dia en dia, y llegó por fin á mirarme con tal indiferencia, que me permitia una libertad excesiva para una jóven de mi edad. A la hora de almorzar era cuando lo veía, y en seguida se retiraba á su cuarto con madama Roland que le servia de secretaria para su correspondencia: salia luego con ella en coche

ó á pié, y no volvia á la casa hasta una hora ántes de comer. Madama Roland se adornaba con el mayor esmero, y mi padre se vestia con un cuidado extraordinario en un anciano de su edad: recibia á veces despues de comer á las personas que no podia ménos de admitir, jugaba despues al chaquete hasta las diez con Madama Roland, la daba en seguida el brazo para acompañarla al cuarto de mi madre, y luego se retiraba. Yo podia disponer del dia á mi voluntad, ya saliendo á caballo con un criado, ó ya dando largos paseos por el parque inmediato á la casa. A veces me entregaba á la melancolía y no me presentaba á la hora de almorzar; pero mi padre no se inquietaba por mi ausencia. — ¡Qué olvido... qué abandono tan singular! — Habiendo encontrado una vez á uno de nuestros vecinos en el bosque por donde solia pasear á caballo, renuncié desde entónces á estos paseos y no volví á salir del parque inmediato á la casa. — ¿Y qué trato os daba esa mujer cuando quedabais sola con ella? — Evitaba como yo esa clase de encuentros. Una sola vez, aludiendo á ciertas palabras duras que le habia dirigido la víspera, me dijo con frialdad: «Mirad lo que haceis: queréis esgrimirla conmigo y vais á quedaros en la demanda.» «Como mi madre ¿es verdad?» la dije: «lástima que no tengais aquí al doctor Polidori para que os dijese que sería... *pasado mañana.*» — ¿Y que os respondió cuando la recordasteis esas palabras del italiano? — Encendiósele primero el rostro, mas dominando luego su emocion me preguntó qué queria decir: «Cuando esteis á solas,» la respondí, «preguntádselo á vuestra conciencia, y lo sabréis.» Poco tiempo despues tuvo lugar una escena que decidió, por decirlo así, de mi suerte. Entre el gran número de retratos de

familia que adornaban la sala en donde nos reuníamos por la noche, se hallaba el retrato de mi madre, el cual desapareció un dia. Habian comido con nosotros dos vecinos, uno de los cuales, llamado M. Dorval, notario del distrito, habia mirado siempre con extraordinario respeto y veneracion á mi madre. « ¿ En dónde está el retrato de mi madre ? » dije yo á mi padre al entrar en el salon. « La presencia de ese cuadro me afligia, » me respondió sobrecogido indicándome con una seña que habia delante personas extrañas. « ¿ Pero en dónde han puesto el retrato de mi madre ? » volví á preguntar ; y dirigiéndose entónces á madama Roland, la dijo con un movimiento de impaciencia. « ¿ En dónde has puesto el retrato ? » » En el guardamuebles, » repuso ella, y me dirijió una mirada de desafío, creyendo que la presencia de los huéspedes me impediria responderla. « Ya sé, señora, « la dije, « que la memoria de mi madre debe seros muy desagradable ; pero no es esa una razon para qne relegueis al desvan el retrato de una persona, que cuando erais desgraciada os hizo la caridad de admitiros en su casa. » — ¡ Muy bien !... — dijo Rodolfo — Con ese golpe maestro debió quedar petrificada. — « ¡ Señorita ! » — exclamó mi padre, — « mirad que esta señora ha cuidado y cuida aun de vuestra educacion con un desvelo maternal... tened presente que sus virtudes me merecen un respeto afectuoso... y ya que os tomais la libertad de hablar con esa imprudencia delante de personas extrañas, os digo que los ingratos son aquellos que olvidando la ternura y el cuidado de que han sido objeto, se atreven à insultar el noble infortunio de una persona digna de ser amada... » « No me atreveré á discutir con vos este asunto, papá, » dije con voz sumisa. « ¡ Acaso

tendré yo mejor fortuna que él! » gritó madama Roland llena de cólera y abandonando esta vez su acostumbrada prudencia. « Acaso me haréis el favor de confesar que léjos de deber el mas mínimo favor á vuestra madre, solo debo acordarme del desvío y del desprecio con que me ha tratado siempre; y si bien es cierto que he vivido en su casa, ha sido contra su gusto y voluntad.» « ¡Ah, señora! » la dije interrumpiendola, « por respeto á mi padre, por vergüenza, por lo que os debeis á vos misma... no hagais revelaciones tan deshonrosas... Me arrepiento de haberos expuesto á proferir una confesion tan baja y degradante...» — ¡Muy bien! ¡cada vez mejor! — exclamó Rodolfo. — La disteis un suplicio completo. ¿Y ella qué respondió? — Puso fin al coloquio por un medio muy vulgar, pero muy cómodo: apénas oyó mis ultimas palabras, cuando exclamó: « ¡Dios mio! ¡Jesus me valga! » y se desmayó. Gracias al patatús de madama Roland, salieron de la sala los dos testigos de esta escena con pretesto de ir á buscar socorro, y yo me fuí tras ellos, miéntras que mi padre asistia á madama Roland con maravilloso apresuramiento. — ¡Con qué enojo os hablaria vuestro padre cuando volvió á veros! — Al dia siguiente por la mañana vino á mi cuarto y me dijo: « Para que en lo sucesivo no se repitan escenas tan desagradables como la de ayer, os declaro que luego que haya espirado el tiempo riguroso de mi luto y del vuestro, me casaré con madama Roland. Desde hoy tendréis que mirarla con la atencion y respeto debidos, á *mi mujer*. Por razones particulares es indispensable que os caseis ántes que yo; la herencia de vuestra madre asciende á un millon de francos, que serán vuestra dote. Desde este momento tra-

taré sin descanso de proporcionaros un enlace conveniente, y me informaré de varias proposiciones que me han sido hechas.

— Desde entónces he vivido enteramente aislada, pues solo veia á mi padre á las horas de comer que pasaban en profundo silencio. Mi vida era tan triste que solo aguardaba el momento en que me propusiesen cualquier marido para aceptarlo inmediatamente... Madama Roland habia desistido de hablar mal de mi madre, pero se desquitaba haciéndome padecer un suplicio incesante: para exasperarme mas, se servia de las cosas que habian pertenecido á mi madre, tales como su silla de brazos, su bastidor, los libros de su biblioteca, una pantalla bordada por mi mano y en la cual se veia su cifra... Todo lo profanaba aquella mujer... — Concibo el horror que debian causaros tales profanaciones. — Y como la soledad contribuia á aumentar mi dolor... — ¿Y no teniais alguna persona de confianza?... — Ninguna... Sin embargo he recibido una prueba de interés, qne he agradecido: esta prueba me la dió M. Dorval, anciano y honrado notario á quien habia hecho mi madre algunos servicios, y el cual habia sido uno de los testigos de la escena en que yo habia tratado con tanta aspereza á madama Roland. Como segun la orden de mi padre no podia yo bajar á la sala cuando habia en ella alguna persona de afuera, no habia vuelto á ver á M. Dorval; pero un dia que me paseaba en el parque como tenia de costumbre, se acercó á mi con aire apesarado y misterioso, y me dijo con gran sorpresa mia: «Señorita, temo que me halle aquí el señor conde: leed esa carta y quemadla en seguida; es de la mayor importancia para vos,» y desapareció. En la carta me decia que se trataba de casarme con el marques de Harville; que este

partido era conveniente por todos estilos, que respondia de las buenas prendas del marques; que era joven, rico, de talento distinguido y de buena figura; pero que dos jóvenes con quienes habia estado para casarse succesivamente, habian roto sus relaciones con él de un modo tan repentino como inopinado... El notario no podia decirme el motivo de este desenlace, aunque creia que estaba en el caso de ponerlo en mi conocimiento, creyendo sin embargo que nada de todo esto fuese perjudicial al marques de Harville. Las dos jóvenes referidas eran hijas, la una de M. Beauregard, par de Francia, y la otra del lord Dudley. M. Dorval me decia que habia resuelto hacerme esta confianza porque mi padre parecia no dar bastante importancia á las circunstancias que me indicaba, llevado del impaciente deseo que tenia de verme casada.

—En efecto—dijo Rodolfo despues de un momento de reflexion— ahora me acuerdo que vuestro marido me participó, en el intérvalo de un año dos proyectos de casamiento, que cuando estaban para realizarse se rompieron inopinadamente segun me escribia, por ciertas diferencias de interes...

La marquesa de Harville sonrió con amargura, y dijo:

—Luego sabréis la verdad, monseñor. Desde que leí la carta del notario, se apoderó de mí una curiosidad y una inquietud indecibles. ¿Quién seria el marques de Harville, pues mi padre nada me habia hablado de él, ni yo me acordaba de haber oido jamas su nombre? Pocos dias despues salió para Paris madama Roland, con grande asombro mio. Aunque su viaje no debia durar mas que ocho dias, esta separacion momentánea causó la mayor

pesadumbre á mi padre, encrudeció mas y mas su caracter y aumentó la frialdad con que ya me trataba. Un dia preguntándole yo como se hallaba, me dijo; « Padezco mucho, y tu eres la causa » « ¿Yo la causa, señor? » « Sí. Ya sabeis, señorita, que no puedo vivir sin la compañía de madama Roland, y esa admirable mujer á quien habeis ultrajado, ha tenido que hacer, solo por vuestra conveniencia un viaje que la separa de mi lado. » Esta prueba de interes que por mi tomaba madama Roland me hizo estremecer, y por un instinto vago creí que se trataba de mi casamiento. Podreis imaginar, monseñor, cual seria el gozo de mi padre cuando volvió de Paris mi futura madastra. A la mañana siguiente me llamó á su cuarto, en donde se hallaba solo con ella. « Hace mucho tiempo, » me dijo, « que pienso en tu colocacion. Tu luto se acabará dentro de un mes, mañana llegará aquí el señor marqués de Harville, jóven muy distinguido, muy rico y capaz de asegurar tu felicidad. Te ha visto en Paris, desea tu mano, y se halla arreglada ya la cuestion de intereses; por manera que solo depende de tí el que os caseis antes de seis semanas. Si por un capricho que no quiero imaginar, rehusas un partido tan ventajoso como inesperado, yo me casaré de todos modos, segun tengo resuelto, luego que mi luto haya espirado. En tal caso debo declararte que solo podré consentir tu presencia en mi casa si te obligas á tratar á *mi mujer* con el amor y el respeto que se merece. » « Ya os entiendo, señor, le respondí. « Si no me caso con el marqués de Harville, os casaréis vos; y entónces no habrá ningun inconveniente para que yo me retire al *Sagrado Corazon* « Ninguno, » me repuso con frialdad.

— ¡Oh! eso no puede atribuirse á debilidad; ¡eso es crueldad!... — exclamó Rodolfo. — ¿Que-

reis saber, monseñor, porqué no he conservado el menor resentimiento contra mi padre? porque una especie de prevision me decia que llegaria á pagar muy cara la ciega pasion que le habia inspirado madama Roland... Y, gracias al Señor, ese dia no dejará de llegar... — ¿No le habeis dicho nada sobre esos dos enlaces, rotos por las familias á que habia querido unirse el marques? — Sí... En el mismo dia he suplicado á mi padre que me concediese un rato para hablarle á solas. Madama Roland se levantó precipitadamente y salió de la habitacion «No tengo el menor inconveniente para aceptar la union que me proponeis,» le dije; «pero no debo ocultaros que habiendo estado dos veces para casarse el marques de Harville...» «Bueno, bueno, ya sé,» me repuso interrumpiéndome; «ya sé lo que quieres decir. Eso ha sido por ciertas cuestiones de intereses, las cuales no han perjudicado en lo mas mínimo la delicadeza del marques de Harville. Si no tienes otro inconveniente que oponer, ya puedes considerarte casada con él.... y felizmente casada, porque yo no quiero mas que tu felicidad.» — Ese casamiento debió haber llenado de satisfaccion á madama Roland. — ¿Satisfaccion? ya lo creo, monseñor — dijo con amargura Clementina; — porque esta union era obra suya. Habia inspirado á mi padre la primera idea de este enlace... Sabia la verdadera causa del rompimiento de los dos que antes habia proyectado el marques, y ahí está el motivo porque se empeñaba en que me casase con èl. — ¿Pero qué motivo? — Queria vengarse de mi entregándome á una suerte espantosa... — Pero vuestro padre... — Confiado en madama Roland, creyó en efecto que los proyectos del marques de Harville se habian deshecho por cuestiones de interes...

— ¡Qué trama horrible!... ¿Pero esa causa misteriosa?...

— Luego lo sabréis, monseñor. Llegó por fin á Aubiers el marques de Harville: sus modales, su produccion y su figura me agradaron; la bondad estaba pintada en su semblante, y su carácter era dulce y benigno, pero algo melancólico. He notado en él un contraste que me asustaba y me agradaba al mismo tiempo: su talento era grande y cultivado, su fortuna envidiable, y su nacimiento de lo mas ilustre; y sin embargo su fisonomía, de ordinario enérgica y resuelta, expresaba á veces una especie de timidez, de abatimiento y de desconfianza de sí mismo que me interesaban sobremanera. Tambien me gustaba la benignidad extraordinaria con que trataba á un ayuda de cámara anciano que lo habia criado, y por el cual era exclusivamente servido. Algun tiempo despues de su llegada estuvo enfermo en su cuarto por espacio de dos dias, y habiendo querido mi padre visitarlo, se opuso el ayuda de cámara, pretestando que su amo padecia una violenta jaqueca y que no podia recibir á nadie. Cuando de Harville volvió á presentarse estaba pálido y decaido, y despues de este lance manifestaba una especie de impaciencia y pesadumbre cuando le hablaban de la indisposicion que habia sufrido. Por mi parte cuanto mas conocia al marques, tanto mas me gustaban sus cualidades parecíame que su modestia era tanto mas laudable porque tenia muchos motivos para creerse feliz. Convenida por último la época de nuestro enlace, solo pensaba en proyectos de futura felicidad y especialmente de la mia. Si alguna vez le preguntaba por la causa de su melancolía, me hablaba de su padre y de su madre, y me decia que si viviesen seria incomparable su dicha al verlo casado de

un modo tan conforme con su deseo; de modo que yo tenia que desistir de mi curiosidad en fuerza de tan amables digresiones. El marques habia adivinado la naturaleza de las relaciones que antes habia tenido yo con madama Roland y con mi padre, aunque este, al ver que mi casamiento aceleraba el suyo, me trataba entonces con una bondad sin igual. De Harville me insinuó en varias ocasiones con el mejor tacto y delicadeza, que mis pasados disgustos aumentaban el amor que me tenia. Con este motivo le he hablado del casamiento de mi padre y del cambio que esta union debia producir en mi fortuna; pero él no me dejó concluir y manifestó el mas noble desinteres. ¡Que viles, decia yo, deben ser esas familias que no pueden convenirse con un hombre tan liberal en punto á intereses! — Así lo he conocido siempre — dijo Rodolfo — lleno de bondad, de generosidad y de pundonor... ¿Pero no le habeis hablado nunca de sus dos proyectos de casamiento? — Confieso, monseñor, que varias veces se me ha ocurrido esa pregunta al ver su carácter tan bueno y tan leal... pero reflexionando luego que podia ofender esa misma bondad y esa misma lealtad, me abstuve de comprometerlo á hacerme ninguna declaracion... Cuanto mas se acercaba el dia de nuestra union, tanto mas dichoso parecia de Harville... á pesar de que en dos ó tres ocasiones lo he visto sumergido en una profunda tristeza. Un dia lo ví con los ojos arrasados de lágrimas, y al observar la expresion de su semblante cualquiera diria que deseaba confiarme un secreto importante, pero que no se atrevia... Ocurrióseme entonces la rotura de sus dos casamientos, y confieso que me he estremecido involuntariamente. Un presentimiento secreto me advertia que en aquel misterio estaba cifrada la felicidad de toda mi vida..

pero era tal mi deseo de salir de la casa de mi padre, que su vehemencia acalló todos mis temores — ¿No os dijo nada el marques? — Nada... Cuando á veces le preguntaba la causa de su melancolía, solia responderme: « Por dichoso que sea, parezco siempre triste. » Estas palabras pronunciadas con un tono afectuoso disipaban mis recelos... y ademas ¿como me atreveria yo á manifestarle una sospecha injuriosa acerca de lo pasado, en el momento que sus ojos estaban arrasados de lágrimas? Los testigos del marques de Harville, que eran el duque de Lucenay y el vizconde de Saint Remy, llegaron á Aubiers algunos dias antes de mi boda, á la cual fueron convidados mis parientes mas cercanos. Acabada la misa debíamos salir para Paris... No era amor lo que me inspiraba de Harville, sino un vivo interes, una estimacion afectuosa, y á no ser por lo que sobrevino despues de esta fatal union, sin duda me hubiera unido á él un sentimiento mas tierno. . Por fin nos casámos...

Perdió el color Clementina al decir estas palabras, faltóle por un momento la resolucion, y por último continuó:

— Luego que nos desposámos, mi padre me estrechó entre sus brazos. Madama Roland me abrazó tambien, y como habia delante tantas personas no he podido librarme de su hipócrita demostracion: con su seca y blanca mano me apretò la mia hasta hacerme daño, y me dijo al oido con una voz pérfida y melosa estas palabras que no olvidaré jamas: « Acordaos de mi en medio de vuestra felicidad, *porque soy yo quien ha hecho vuestro casamiento.* » ¡Ah! ¡qué lejos estaba entonces de conocer el verdadero sentído de estas palabras! A las once nos casámos y pocos momentos despues entramos en el coche y nos pusimos en marcha con una doncella

mia y el ayuda de cámara de mi marido: viajábamos con tanta rapidez, que antes de las diez de la noche debíamos llegar á Paris. Confieso que el silencio y la melancolía de Harville me hubieran sorprendido si no supiese ya, por lo que él me habia dicho, que tenia *una alegria triste.* Por otro lado, yo me sentia tambien muy conmovida, pues era la primera vez que venia á Paris desde la muerte de mi madre, y llegaba sola con mi marido, á quien solo habia conocido por espacio de seis semanas y el cual no me habia dicho hasta la misma víspera una sola palabra sin la formalidad mas respetuosa. Acaso no me mira con bastante atencion el temor que nos causa ese cambio repentino de tono y de maneras, que se observa en los hombres de mejor educacion, desde el momento en que les pertenecemos... No se hecha de ver que una jóven no puede olvidar en algunas horas la timidez y los escrúpulos propios de su edad y de su sexo. — Nada me ha parecido jamas tan bàrbaro y salvaje — dijo Rodolfo — como esà costumbre de apoderarse brutalmente de una jóven cual si fuera una presa, siendo asi que el matrimonio debiera considerarse como la consagracion del derecho de emplear todos los recursos del amor y todos los halagos de la ternura para hacerse amar. — Ya veo que comprendeis, monseñor, el vago terror con que he entrado en Paris, en donde apenas hacia un año qne habia muerto mi madre. Llegamos por fin á la casa de Harville...

Al llegar aqui fué tal la agitacion de la marquesa, que su rostro se cubrió de una ardiente sufusion, y dijo con voz alterada:

— Sin embargo, es preciso que lo sepais todo... porque sino... os pareceria muy despreciable.... ¡ Pues bien ! — añadió con una resolucion desesperada — me condujeron à la habitacion que me te-

nian destinada... y me dejaron sola... Al cabo de una hora entró mi marido... Hube de morirme de terror... los sollozos me sofocaban .. pero era suya y... tenia que resignarme... En esto mi marido dió un grito horrible, me agarró por un brazo con tal violencia que creí que me lo rompia... envano intenté librarme de aquella tenaza de hierro... implorar su piedad era inútil... porqué no me oia... su rostro estaba agitado por espantosas convulsiones... sus ojos se revolvian en las órbitas con una rapidez que me fascinaba... echaba por la boca una espuma ensangrentada... y cada vez me apretaba mas el brazo... Hice un esfuerzo desesperado... soltó por fin mi brazo... y caí desmayada en el momento en que de Harville se debatia en un horrible parasismo de su mal... Esa fué mi noche de boda, monseñor ¡Esa fué la venganza de madama Roland! — ¡Desgraciada criatura! — dijo Rodolfo enternecido — ahora comprendo su mal... ¡epiléptico! — ¡Oh maldita sea aquella noche fatal! — dijo Clementina con una voz que desgarraba el corazon — mi hija mi inocente hija ha heredado esta espantosa enfermedad... — ¿Vuestra hija... tambien? ¿Será posible? ¿su palidez... su debilidad?... — Sí, monseñor... ¡Dios de misericordia!... Ese es su mal; y los médicos lo creen incurable... porqué es hereditario.

La marquesa cubrió el rostro con las manos: agobiada por la revelacion que acababa de hacer no tuvo valor para añadir una sola palabra.

Rodolfo guardó silencio.

Su imaginacion se confundia pensando en los misterios de aquella noche cruel...

Figurábase en su mente á Clementina triste y abatida al volver á la ciudad en donde habia muerto su madre; la veia llegar á una casa des-

conocida, sola con un hombre á quien profesaba alguna estimacion, pero ningun amor, ninguno de esos afectos que turban deliciosamente el espíritu, que embriagan el corazon de una mujer y la hacen olvidar su púdico temor en medio de los raptos de una pasion legítima y correspondida... No; Clementina llegó sumergida en el mas negro dolor: llegó triste, con el corazon helado, la frente cubierta de rubor y los ojos anegados en llanto... Se resignó, és verdad; pero en lugar de oir palabras de agradecimiento, de amor y de ternura que la consolasen y la hiciesen conocer la felicidad que habia dispensado... vió rodar á sus piés un hombre frenético que se retorcia, y espumaba, y rugia como una bestia feroz en medio de las horribles convulsiones de una enfermedad incurable!...

Su hija tambien, la hija de su corazon heredó al nacer el espantoso mal de su padre...

Esta dolorosa revelacion inspiró á Rodolfo crueles y amargas reflexiones.

Tal es la ley de este país, decia para sí.

Una jóven hermosa y pura, víctima leal y confiada de un funesto disimulo, une su destino á un hombre que padece una enfermedad espantosa, una herencia fatal que debe transmitir á sus hijos. La desgraciada descubre este horrible misterio...

¿Qué puede hacer para salvarse?

Nada.

Nada mas que padecer y llorar; nada mas que dominar su disgusto y su horror... vivir sumida en el terror y la amargura... buscar acaso un consuelo criminal fuera del círculo de angustia y desolacion en que la han encerrado.

Estas leyes singulares, decia Rodolfo, obligan á uno á hacer comparaciones vergonzosas y degradantes para la humanidad...

Segun estas leyes „los animales parecen superiores al hombre por el esmero con que se les cria y se procura mejorarlos, y por la seguridad y proteccion que se les dispensa... Así es que si compramos un animal, y despues de cerrado el contrato descubrimos en él alguno de los males ó alifafes señalados por ley... la venta es nula. ¡Véase sino qué indignidad y qué crímen de lesa sociedad, obligar á un hombre á quedarse con un animal que tose de cuando en cuando, que da cornadas ó que cocea! Es un escándalo, un crímen, una atrocidad sin igual. ¡Verse uno obligado á conservar por toda la vida un caballo que tiene muermo, un buey que da cornadas, ó un pollino que cojea! ¿Qué espantosas consecuencias no puede traer esto consigo para la humanidad entera?... Así es que no hay en tales casos contrato que sirva, ni palabra que deba cumplirse... porque la ley omnipotente releva de toda obligacion al engañado...

Pero si se trata de una criatura hecha á imágen de Dios, de una jóven que, unida con lealtad y buena fé á un hombre que creyó sano hasta el dia de su boda, descubre al otro dia que es epiléptico, que padece una enfermedad de espantosas consecuencias morales y físicas; una enfermedad que puede introducir el odio y la aversion en la familia, perpetuar un mal horrible y viciar generaciones enteras... entónces esta ley tan inexorable con respecto á los animales que cojean, cornean y tosen, esta ley tan previsora que no permite que un caballo lisiado sirva para la reproduccion... esta ley se guarda bien de librar á la víctima humana de semejante union...

Sus lazos son sagrados, indisolubles; y el romperlos ó desatarlos seria ofender á Dios y á los hombres.

A la verdad—se decia Rodolfol — el hombre se entrega á veces á una humillacion muy vergonzosa, y se deja llevar otras de un egoismo y de un orgullo detestables... Hácese inferior á la bestia confiriéndola garantias que se niega á sí mismo; y consagra y perpetúa las enfermedades mas terribles, poniéndolas bajo la proteccion é inmutabilidad de las leyes divinas y humanas.

Rodolfo vituperaba al marqués de Harville, pero se propuso disculparlo á los ojos de Clementina, aunque estaba convencido de que segun las revelaciones de esta el marques habia perdido para siempre su corazon. Despues de una larga serie de reflexiones, Rodolfo vino á hacerse á sí mismo los cargos siguientes: el deber me ha obligado á alejar de mi una mujer á quien amaba... y que acaso me correspondia. Ya fuese por el vacío en que se hallaba su corazon, ó por conmiseracion, creyendo ciegamente en la desgracia de un fatuo, estuvo á punto de perder su honor y aun la misma vida. Si en lugar de alejarme de ella la hubiera consagrado mi atencion, mi amor ó mi respeto, mi reserva hubiera puesto á salvo su reputacion, y su marido no hubiera llegado á concebir la mas leve sospecha; al paso que ahora se halla á la merced de un necio como Cárlos Robert, que sin duda será tanto ménos reservado y discreto, cuanto mayores son los motivos que tiene para serlo. ¿Y quién sabe, ademas, si el corazon de Clementina permanecerá desocupado despues de los peligros de que ha salido? Jóven, hermosa, pretendida, desviada de su marido por una oposicion invencible... ¡cuántos peligros, cuantos escollos no encontrará en el camino de la vida! ¡Qué suerte desgraciada tambien, qué amargura la de su esposo, celoso y enamorado de una mujer á quien no puede inspirar mas que

desvío y horror desde la primera noche fatal de su casamiento!

Clementina, con la cabeza apoyada en una mano, los ojos arrasados de lágrimas, el rostro encendido y llena de confusion, evitaba las miradas de Rodolfo y no podia soportar la vergüenza de la revelacion que acababa de hacer.

—¡Ah! —dijo Rodolfo —ahora comprendo la tristeza del marques de Harville... Ahora veo la causa de su eterna pesadumbre... —¡Pesadumbre! —exclamó Clementina —decid mas bien de su remordimiento, monseñor... si fuera capaz de sentirlo.... porque jamas se ha podido meditar ni cometer con mas frialdad un crímen de tal naturaleza...—¡Señora!... ¡un crímen!...—¿Y qué nombre daréis, monseñor, á un hombre que viéndose acometido de una enfermedad incurable que solo puede inspirar espanto y horror, se une con lazos indisolubles á una criatura sin edad ni experiencia, que se entrega á él confiada en su honor? ¿Qué nombre daremos al que sabe que los hijos que tenga de esta union serán inevitablemente tan desgraciados como él? ¿Quién obliga al marques de Harville á sacrificar dos víctimas inocentes? ¿Acaso una pasion ciega é insensata?... No, seguramente... se ha prendado de mi nacimiento, de mi fortuna y de mi persona... y determinó casarse porque *le gustaron mis circunstancias*, y porque se habia cansado de vivir soltero... —A lo ménos, señora, compadecedlo. —¡Compasion!... ¿Sabeis, monseñor, quien la merece?... mi hija... esa desgraciada víctima de nuestra espantosa union. ¡Infeliz! ¡cuantos dias, cuantas noches crueles me ha costado esa inocente criatura!... ¡Cuántas lágrimas me ha hecho derramar su dolor!...—¡Pero su padre sufre los mismos dolores sin merecerlos!...—Pero

su padre es quien la ha condenado á una niñez enfermiza, á una juventud marchita, y, si vive á una vida aislada y melancólica... porque jamas se casará. ¡Oh! no, la amo demasiado para exponerla á que llore un dia la suerte miserable de sus hijos, como yo lloro la suya... Esta traicion me ha hecho padecer demasiado, y jamas seré culpable ni cómplice de una traicion semejante...— Teneis razon, señora... la venganza de vuestra madrastra ha sido horrible... Paciencia... acaso llegará tambien el dia de vuestra venganza...— dijo Rodolfo despues de un momento de reflexion. — ¿Qué queréis decir, monseñor? — preguntó Clementina asustada por la cadencia enfática de la voz de Rodolfo.— Casi siempre he tenido la dicha de ver castigados... sí, cruelmente castigados á todos los malos que he conocido — añadió con un tono que hizo extremecer á Clementina. — ¿Pero qué os dijo vuestro marido al otro dia de esa noche fatal? — Me ha confesado con maravillosa tranquilidad que las familias á quienes habia querido unirse, habian descubierto el secreto de su enfermedad y roto por consiguiente los dos enlaces... y sin embargo de haber sido desechado dos veces... quiso todavía... ¡oh! no tiene disculpa; ¡es una infamia!... Y el mundo llama á estas personas caballeros bien nacidos y de honor... — A pesar de vuestro admirable genio natural, sois á veces tan cruel, marquesa... — Soy cruel porque he sido infamemente engañada... Ya que de Harville conocia mi bondad, ¿porqué no me ha descubierto su pecho y no me ha revelado la verdad?

— Entónces no le hubierais dado vuestra mano. — Esa palabra le condena, monseñor; si existió ese temor, su conducta ha sido una traicion abominable. — ¡Pero os amaba! — ¿Y porque me amaba

debia sacrificarme á su egoismo?... Estaba tan atormentada, era tal el ansia con que deseaba dejar la casa de mi padre, que si hubiese sido franco conmigo, acaso hubiera ganado mi consentimiento en vista de la reprobacion y del fatal aislamiento en que se hallaba condenado á vivir... Sí, al verlo tan leal y tan desgraciado, quizá no hubiera tenido valor para negarle mi mano; y una vez aceptado de este modo el deber de sufrir las consecuencias de mi voto, las hubiera sobrellevado con valor y resignacion. Pero haber querido comprometer mi piedad y mi interés hácia él poniéndome ántes bajo su dependencia, y exigir este interes y esta piedad á nombre de los deberes de mujer propia, ¿y quién?.. ¡un hombre que para conseguirlo ha faltado á los deberes del honor... eso es una bajeza infame, una locura! ¡Considerad ahora, monseñor, cual será mi vida, y cual habrá sido mi cruel desengaño! Me he confiado en la lealtad del marques de Harville, y me ha engañado indignamente... Su tímida y dulce melancolía me ha interesado en su favor; y esa melancolía, que segun él era causada por recuerdos piadosos, provenia únicamente de su incurable enfermedad...

— Pero al fin, aun cuando fuese una persona estraña un enemigo, sus males merecerian vuestra compasion: ¡y sois tan noble tan generosa! — ¿Y puedo yo aliviar sus males? Si mi voz fuese oida, si una mirada de gratitud respondiese á mi mirada enternecida... Pero, ¡ah, monseñor! no sabeis cuan espantosas son esas crisis en que el hombre nada ve, nada oye, nada siente, y solo sale de su frenesí para entregarse á un abatimiento intratable. Cuando mi hija sucumba á uno de estos ataques, nada puedo hacer mas que angustiarme y entregarme á la desesperacion, y

entonces bajo sus bracitos tiesos y enervados por la convulsion... ¡Pero es mi hija!... y cuando la veo padecer así, maldigo mil veces á su padre. Cuando se calman los dolores de esa inocente se mitiga tambien mi irritacion contra mi marido... entónces sí, entónces me compadezco de él, porque no soy mala, y mi aversion se convierte en un sentimiento de piedad dolorosa... ¿Pero me habré casado yo á la edad de diez y siete años para no salir jamás de estas alternativas de odio y de conmiseracion, y para llorar la triste suerte de una criatura desgraciada, cuya muerte no está acaso lejana? Al hablar de mi hija monseñor, no puedo menos de acusarme de un delito que acaso no os atreveis á echarme en cara. Es tan interesante que debiera bastar para ocupar mi corazon, porque la amo ciegamente; pero este amor está mezclado con tanta amargura y tantos temores, que jamás puedo manifestarlo sin lágrimas. Cuando la tengo á mi lado se me oprime el corazon, padezco un tormento indecible y mi espíritu se entrega á la desesperacion, porque conozco que no hay remedio para su mal incurable. Al verme en esta region de tormentos, en esta atmósfera siniestra de tempestades sin fin, os lo confieso, monseñor, habia imaginado una pasion dulce y consoladora donde pudiese descansar de tanta agítacion... Pero ¡ah! confieso que me he engañado, que he sido engañada indignamente, y vuelvo á entregarme á la existencia dolorosa que me ha preparado mi marido. ¿Es esta la vida, monseñor, á que yo podia con derecho aspirar? ¿Soy yo sola culpable de la ofensa que mi marido quiso hacerme pagar con la vida esta mañana? Ya sé que esa ofensa es grande, y que su gravedad se aumenta al considerar mi mala eleccion. Por fortuna monseñor, lo que habeis oido casualmente á la con-

desa Sarah y á su hermano con respecto á M. Carlos Robert, me ahorra el disgusto de hacer esa nueva confesion... Despues de haberme oido espero á lo menos pareceros tan digna de lástima como de reprobacion. — No puedo espresaros, marquesa la sensacion que me causa vuestro infortunio. ¡Cuantos díssgustos habeis devorado en silencio, cuántos horrores habeis ocultado de los ojos del mundo, desde la muerte de vuestra madre hasta el nacimiento de vuestra hija!,.. ¡Y sin embargo sois tan brillante, tan admirada, tan envidiada!... — ¡Ah, monseñor! ¡cuando se padecen ciertas angustias, nada es mas horrible que el oirse llamar feliz! — Seguramente, nada hay mas penoso. Pero no sois vos sola que sufrís ese contraste ernel entre lo que es y lo que se parece... — ¿Porqué, monseñor? — Vuestro marido debe parecer á los ojos de todos mas feliz aun que vos... porque os posee... Y sin embargo es bien digno de compasion. ¿Podrá imaginarse una vida mas cruel que la suya? no hay duda que son graves los males que os ha causado; pero el castigo que sufre es horroroso.. os ama como debeis ser amada; y sabe que solo puede inspiraros una aversion invencible... y ve en la enfermedad incurable y en los dolores de su hija una condenacion perdurable de su conducta... Ademas los celos atormentan sin descanso su espíritu y... — ¿Y puedo yo evitarlo ?... es muy justo el que no le dé motivo de zelos: ¿pero tendria jamas derecho á mi cariño aunque mi corazon no se entregase á otra persona? Ya sabe que no. Desde la escena horrorosa que os he referido, vivimos separados, aunque para cumplir con el mundo tengo con él las consideraciones que puedo. A nadie he dicho sino á vos, monseñor, una sola palabra de este fatal secreto; y solo á vos me atrevo á pedir un consejo que á

nadie mas pediria... — Si el servicio que os he hecho, marquesa, mereciese alguna recompensa, me consideraria mil veces pagado con vuestra confianza. Mas ya que teneis la bondad de pedirme consejos, y me permitís que os hable con franqueza... — ¡Oh, monseñor! os lo pido de todo corazon.. — Permitidme que os diga que por no emplear bien una de vuestras cualidades mas preciosas... dejais de aprovechar grandes placeres, que no solo llenarian el vacío de vuestro corazon, sino que os distrayeran tambien de vuestros pesares domésticos, satisfarian esta necesidad de emociones vivas y punzantes; y casi me atreveria á añadir — dijo el príncipe sonriendo — (perdonad la mala opinion que tengo de las mujeres) esa inclinacion al misterio y á la intriga que tanto domina en vuestro sexo. — ¿Qué quereis decir, monseñor? — Quiero decir que si quisierais divertiros en hacer bien, nada os seria mas grato é interesantes.

La marquesa de Harville miró á Rodolfo sobrecojida.

— Ya comprenderéis — añadió — que no os hablo de enviar con indiferencia, y casi con desden, una abundante limosna á los desgraciados que no conoceis, y que á veces no merecen vuestra caridad. Pero si os *divirtieseis* como yo en *imitar* de cuando en cuando *á la Providencia*, sin duda confesaríais que ciertas *obras buenas* tienen todo el interes de una novela. — Nunca habia pensado, monseñor, en ese modo de considerar la caridad bajo un punto de vista... *divertido* — dijo Clementina sonriendo á su vez.

— Es un descubrimiento que he debido al horror que me causa todo lo que es fastidioso; horror que especialmente me han inspirado mis conferencias políticas con mis ministros. Pero volviendo

á nuestra beneficencia *divertida*, os digo que no tengo la virtud de esa gente desinteresada que confia á otros el cuidado de distribuir sus limosnas. Si se tratase solamente de enviar uno de mis chambelanes á llevar algunos miles de francos á cada distrito de Paris, confieso con harto dolor que no me gustaria mucho hacer esas caridades; pero hacer el bien del modo que yo lo entiendo, es lo mas *divertido* del mundo. Y repito esta palabra, porque para mí significa todo lo que agrada; todo lo que recrea el ánimo y cautiva el corazon... Y á la verdad, marquesa, si quisierais ser mi cómplice en algunas *intrigas tenebrosas* de esta clase, veriais que ademas de lo noble de la accion, nada es mas grato, mas seductor... y aun á veces mas divertido que estas aventuras caritativas... Y luego ¡cuantos misterios para ocultar el beneficio!... ¡cuantas precauciones para no ser conocido !... ¡qué emociones no se esperimentan al oir las bendiciones de esas pobres gentes y verlas llorar de gozo! En verdad os digo marquesa, que tales escenas valen mucho mas que el semblante ceñudo de un amante zeloso ó infiel; y cual mas cual ménos todos son así... Para que me entendais mejor, os diré que las sensaciones de que os hablo son por el estilo de las que habeis sentido esta misma mañana en la calle del Templo... Vestida con sencillez para no llamar la atencion, saldriais de vuestra casa con el corazon palpitando, y subiriais á un modesto coche, y cerrariais bien las cortinas por no ser vista; y luego, despues de haber mirado con zozobra al rededor para no ser sorprendida, entrariais furtivamente en alguna casa de miserable apariencia... lo mismo, en fin, que os habrá pasado esta mañana... La única diferencia que hay de uno á

otro caso, es que en este deciais: Si me descubren soy perdida; y en el otro diriais: Si me descubren seré bendecida. Pero como teneis una modestia tan adorable... emplearíais los ardides mas pérfidos y diabólicos... para no ser descubierta. — ¡Ah, monseñor! — exclamó la marquesa de Harville enternecida — ¡me habeis salvado!... No puedo explicaros la esperanza consoladora y las ideas que vuestras palabras me han sugerido. Teneis razon.,. dedicarse con alma y corazon á hacerse adorar por los que padecen, es casi hacerse amar... ¡No! es mas que amar... Ahora comparo esa existencia que me proponeis con la situacion á que me hubiera conducido un error vergonzoso, y mi conducta me parece mas reprensible... — Lo siento mucho — dijo Rodolfo sonriendo — porque mi deseo es haceros olvidar lo pasado; y probaros únicamente que hay mil maneras de ocupar el corazon. Los *medios* de hacer el bien y el mal son con frecuencia los mismos... el *fin* es el que no guarda semejanza. En una palabra, si el bien es tan atractivo y tan *divertido* como el mal ¿porqué no lo preferirémos? Voy á haceros, marquesa, una comparacion muy vulgar: ¿Porqué tienen muchas mujeres por amantes á hombres que valen mucho ménos que sus maridos? Porque el mayor encanto del amor es el atractivo de la dificultad; privad á ese amor de los temores, de las angustias, de los peligros que lo rodean, y nada quedará de él, ó muy poco; es decir que quedará el amante en su primitivo estado. Esto viene á ser lo mismo con corta diferencia que la aventura de aquel hombre, á quien se preguntó una vez porqué no se casaba con su querida, y respondió: »Ya se me ha ocurrido la idea, pero pensándolo mejor he visto que despues

no tendria en donde pasar las noches.» — Esa es la pura verdad — dijo la de Harville sonriendo. — Veamos entónces; si hallase yo un modo de haceros sentir esos temores, esos pesares y esas inquietudes en que ya os engolosinais sin haberlos probado; si utilizase vuestra inclinacion natural á lo misterioso y á las aventuras, vuestra propension al disimulo y al artificio (ya veis que no puedo disimular mi execrable opinion de las mujeres) ¿no llegaria á convertir en calidades generosas ese instinto imperioso é inexorable, que puede ser útil y benéfico si se emplea bien, pero que será pernicioso y funesto si se emplea mal?... Vamos claros, marquesa; ¿queréis que representemos los dos una tramoya de maquinaciones caritativas y benéficas? Tendríamos nuestras citas, nuestra correspondencia, nuestros secretos en fin; y sobre todo nos guardariamos bien del marques, porque debe andar algo vigilante con vuestra visita de esta mañana á la familia de Morel. Finalmente; marquesa, si os decidis combinaremos una intriga en toda regla.

—Acepto con placer y con gratitud, monseñor, esa asociacion *tenebrosa* — repuso Clementina, — y para dar principio á nuestro drama, volveré mañana á ver á esos infelices; á quienes no he podido dar hoy mas que palabras de consuelo; porque un niño cojo, aprovechándose de mi turbacion, me robó el bolsillo que me habiais entregado. ¡Ah, monseñor — añadió Clementina de cuyo semblante habia desaparecido la dulce expresion de alegria que la habia animado por un momento — ¡Si vierais que miseria!... ¡Que cuadro tan horrible! No, yo no creia que pudiese existir una miseria tan grande... ¡Y me quejo de mi suerte!... ¡Y me tengo por desgraciada!...

No queriendo Rodolfo manifestar á la marquesa la sensacion que le habia causado esta prueba del alma generosa de su interlocutora, dijo con tono alegre:

Si no lo llevais á mal, esceptuaré á la familia de Morel de nuestra piadosa comunidad. Os ruego que dejeis á mi cargo aquellos desdichados, y sobre todo me prometeréis no volver á la triste casa de la calle del Templo... porque vivo en ella.

— ¡Vos, monseñor!... ¿Hablais

— Y tan de veras, marquesa... no hay duda que es una habitacion muy modesta, que no me cuesta mas que doscientos francos al año; y ademas seis francos mensuales libre y espontáneamente ofrecidos á la portera, á madama Pipelet, á aquella horrible vieja que conoceis. Mas por via de compensacion tengo por vecina á la costurerita mas linda del barrio del Templo á la señorita Alegría; y convendréis conmigo en que para un dependiente de una casa de comercio (porque yo soy dependiente de un comercio) no es pequeña fortuna... — Vuestra presencia inesperada en aquella casa fatal me prueba que hablais formalmente, monseñor... sin duda os ha conducido allí alguna accion generosa. ¿Pero qué papel habrè de desempeñar yo? ¿á qué buena obra quereis destinarme? — A la de un ángel de consolacion, y (perdonadme la mala palabra) á la de un diablo astuto y sutil... porque hay heridas tan delicadas y dolorosas que solo pueden curarlas la mano de una mujer; y hay tambien desgraciados tan soberbios, tan adustos y tan disimulados, que se necesita una rara penetracion para descubrirlos y un encanto irresistible para ganar su confianza. — ¿Y cuando podré ejercitar esa penetracion y esa habilidad que quereis atribuirme? — preguntó con impaciencia la marquesa de Harville. — Espero

que muy pronto tendréis que hacer una conquista digna de vuestro valor; pero tendreis tambien que emplear los recursos mas maquiavélicos. — ¿En que dia me confiareis, monseñor, ese gran secreto?

— Vamos, ya empiezan las citas... ¿Podreis concederme el favor de recibirme de aquí á cuatro dias? — ¡Tanto tiempo!... — dijo sentimentalmente Clementina. — ¿Y el misterio? ¿y el que dirán? Considerad que si nos tuviesen por cómplices desconfiarian de nosotros; pero acaso tendré que escribiros... ¿Quien es aquella mujer de edad que me ha llevado vuestra carta? — El sigilo y la discrecion en persona; es una camarera antigua de mi madre.

— Entonces la dirigiré mis cartas y os las entregará; y si os dignais responderme, poned el sobre *Al señor Bodolfo, calle de Plumet.* Vuestra camarera echará las cartas en la estafeta.—Yo misma las echaré, monseñor, cuando salga á dar mis paseos á pié. — ¿Salis muchas veces sola y à pié? — Casi todos los dias cuando hace buen tiempo. — ¡A pedir de boca! Es una costumbre que todas las mujeres deberian adoptar desde los primeros meses de casadas Ello es que la costumbre existe ya... con buenas .. y con malas intenciones... Es un *precedente*, como dicen los curiales; y asi sucede que andando el tiempo esos paseos habituales no dan jamas motivo à peligrosas interpretaciones... Si yo hubiese nacido mujer (y confieso francamente que habia de ser muy caritativa, pero tambien muy lijera de cascos), al dia siguiente de mi boda empezaria á hacer mis escursiones misteriosas con el aire mas inocente del mundo... Me rodearia ingenuamente de las apariencias mas sospechosas... y de este modo estableceria el precedente de que os he hablado, á fin de poder visitar el dia menos pensa-

do á algun pobre infeliz... ó á algun amante sin inspirar recelos á nadie. — ¡Que perfidia monseñor, — dijo sonriendo la de Harville. — Felizmente marquesa nunca os habeis hallado en el caso de comprender la sabiduria y la utilidad de esta prevision...

La marquesa de Harville dejo de sonreir, bajó la vista y se cubrió de rubor.

— No sois generoso, monseñor.

Rodolfo la miró con sorpresa y luego dijo:

— Ya os entiendo, señora... Pero, ántes de nada veamos cual es vuestra posicion con respecto á ese M. Cárlos Robert; y vaya de ejemplo: Supongamos que un dia una de vuestras amigas os llama la atencion hácia uno de esos mendigos que tocan el clarinete con un tono lastimero, y ponen los ojos en blanco para ablandar el corazon de los que pasan. «Este desdichado,» os dice vuestra amiga, «tiene por lo menos siete hijos y una mujer ciega, sorda, muda, etc., etc.» «¡Que desgracia tan grande!» la respondeis alargando al pobre una limosna y siempre que volveis á encontrar al mendigo, luego que os ve desde lejos, os mira con ojos de agonia, toca el clarinete en tono lamentable, y volveis á darle limosna. Otro dia, cada vez mas compadecida del *pobre mendigo*, porque vuestra amiga traidora no cesa de pintaros su miseria para abusar de vuestro piadoso corazon, os resignais á visitar al desdichado en su habitacion en medio de su miseria... Pero cuando llegais, en lugar del clarinete melancólico y del aire humilde y suplicante del pobre... os encontrais con un truhan alegre jovial y resuelto que al veros entona una cancion de taberna... Entónces vuestra compasion se convierte en desprecio... porque habiais tomado

por un *buen pobre* al que no era mas ni menos que un *bribon*. ¿No es verdad marquesa.

La de Harville no pudo ménos de sonreir al escuchar el singular apólogo de Rodolfo, y repuso:

— Por ingeniosa que sea esa justificacion, monseñor, no creo que pueda salvarme. — Pero lo cierto es que vuestro pecado no ha sido mas que una noble y generosa imprudencia... y en vuestra mano teneis los medios de repararla... Hablemos ahora de otra cosa: ¿No podré ver esta noche al marques de Harville? — No, monseñor... el lance de esta mañana le ha conmovido tanto, que se halla en este momento con el ataque — dijo la marquesa en voz baja. — ¡Paciencia! — repuso el príncipe con tristeza. — Vamos, esperad, tened valor y confianza... Os faltaba una distraccion, como vos la llamais, y me atrevo á creer que la hallaréis en el porvenir de que os he hablado... Vuestro espíritu hallará entonces un consuelo tan grato y tan dulce, que llegaréis á olvidar ese resentimiento contra vuestro marido. Sentiréis al contrario una afectuosa inclinacion hàcia él, parecida al interes que os causa vuestra querida hija. Con respecto á ese inocente, una vez que me habeis revelado la causa de su mal, casi me atrevo á deciros que espereis su curacion... — ¡Seria posible, monseñor! ¡Ah! decidme... ¿cómo? — exclamó Clementina juntando las manos con una expresion de exaltada gratitud. — Tengo un médico, que aunque muy poco conocido, es sin embargo muy sabio: vivió mucho tiempo en América, y me acuerdo de haberle oido hablar de dos ó tres esclavos á quienes ha curado maravillosamente de esa terrible enfermedad. — ¡Ah, monseñor! ¿ese médico...? — No concibais una esperanza segura, porque el desen-

gaño seria entónces mas cruel... pero sin embargo no dejeis enteramente de esperar...

Miraba Clementina el noble rostro de Rodolfo con una expresion de agradecimiento inefable... y al considerar la inteligencia, la gracia y la bondad con que el príncipe la consolaba, se preguntaba á sí misma cómo habia podido interesarse por Cárlos Robert... Esta idea la oprimia el corazon.

—¡Cuanto agradecimiento os debo, monseñor! —dijo con voz conmovida. —Me inspirais confianza y valor, me haceis esperar la salud de mi hija, y me abrís un porvenir lleno de consuelo, de placer y de merecimiento... ¿No tuve yo razon cuando os he escrito que si veniais á verme acabariais el dia con una buena accion, como lo habiais comenzado?... — Y añadid á lo ménos, marquesa, con una de las buenas acciones que son de mi agrado... es decir, con las que alegran y cautivan el corazon —dijo Rodolfo levantándose, porque acababan de dar las once y media en el péndulo del salon. — Buenas noches, monseñor; no os olvideis de darme pronto noticia de esos infelices de la calle del Templo. — Los veré mañana por la mañana... ignoraba por desgracia que ese niño cojo os hubiese robado el bolsillo, y aquellos pobres deben hallarse en la última necesidad. No olvideis que dentro de cuatro dias vendré á deciros el papel que habréis de desempeñar... por ahora solo puedo indicaros que tendréis acaso que usar de algun disfraz. —¡Disfrazarme! ¡que horror! ¿Y qué disfraz, monseñor? —No puedo decíroslo en este momento... Pero eso quedará á vuestra eleccion.

. . . . . .

Al regresar á su casa se congratulaba el príncipe por el efecto general de su coloquio con la marquesa de Harville, pues veia que el resultado de su plá-

tica seria el ocupar de un modo generoso el ánimo y el corazon de una jóven separada de su marido por una aversion insuperable, y dispertar en ella un grado tal de curiosidad novelesca y de interes misterioso, *independiente* del amor, que llenaria el vacio de su corazon y de su espíritu, y la preservaria de otra aficion peligrosa.

CAPÍTULO XII.

MISERIA.

No habrá olvidado el lector que la familia miserable del lapidario Morel, vivia en un desvan de la casa de la calle del Templo. Daremos ahora una idea de esta triste habitacion.

Eran las cinco de la mañana, reinaba un silencio profundo, la noche estaba oscura y fria y la nieve caia á grandes copos. Una vela sostenida por dos palitos clavados en una tablilla cuadrada, apénas alumbraba con una luz pálida y amortiguada las tinieblas del desvan, que era reducido, bajo, y de techo inclinado y á teja vana, formando con el suelo un ángulo muy agudo. Las tejas estaban llenas de humedad y de un musgo verdoso, y las hendiduras de los tabiques, revocados de yeso ennegrecido por el tiempo, dejaban ver la madera carcomida de que estaban hechos. Hácia uno de los costados se abria por el lado de afuera una puerta descoyuntada. El suelo negro, sucio y pegajoso estaba sembrado de pedazos de paja podrida, de andrajos asquerosos y de esos grandes huesos que los pobres compran á los revendedores de carne corrompida, para roer los cartílagos que conservan todavía (a)...

(a) Se hallan con frecuencia en los barrios populosos revendedoras de terneras que han nacido muertas, de animales muertos de enfermedad, etc.

Una incuria tan espantosa puede ser efecto de mala conducta ó de una miseria honrada, pero tan desesperada y cruel, que el hombre que se ve sepultado en ella no tiene la voluntad ni la fuerza necesaria para salir de aquel inmundo fango, y se arrastra por él como una bestia en su cubil.

La zahurda de Morel recibia la luz durante el dia por un estrecho y oblongo tragaluz, abierto en el declive del techo; este tragaluz tenia una vidriera que se abria y se cerraba por medio de un cordel. Una densa capa de nieve cubria los vidrios en el momento de que hablamos. La vela, colocada en el centro de la buhardilla sobre el banco del lapidario, esparcia alrededor una luz pálida, que desvaneciéndose poco á poco se perdia en las sombras de aquella caverna, en medio de las cuales se divisaban algunos bultos blancos.

Sobre el banco del lapidario, hecho de encina en bruto y manchado de grasa y sebo, brillaban y relucian en un monton diamantes y rubíes de un tamaño y de una pureza admirables.

Morel era lapidario de fino y no de piedras falsas, como él decia y como creian los vecinos de la casa de la calle del Templo; y gracias á esta inocente impostura, las piedras que le confiaban parecian de tan poco valor, que las tenia en su cuarto sin temor de ser robado.

Tanta riqueza al lado de tanta miseria nos dispensan de hablar de la honradez de Morel.

Sentado en un taburete sin respaldo, vencido por la fatiga, por el frio y por el sueño, despues de haber trabajado toda una larga noche de invierno, el lapidario habia apoyado la cabeza en el banco sobre los brazos: su frente descansaba en una muela colocada horizontalmente sobre el banco, y la cual se ponia en movimiento por medio de una

rueda de mano; habia cerca de él una sierra de acero fino y otros instrumentos. El artesano, del cual solo se veia la cabeza calva rodeada de algun pelo cano, estaba vestido con una chaqueta de punto á raiz del cuerpo y un mal pantalon de tela; unas babuchas de orillo despedazadas, ocultaban apenas sus pies azulados y apoyados en el frio suelo. En este desvan hacia un frio tan glacial y penetrante que el cuerpo del artesano, á pesar de la especie de somnolencia á que lo habia reducido el abuso de sus fuerzas, se estremecia de cuando en cuando...

El pábilo largo y carbonizado de la vela indicaba que Morel dormia hacia largo rato; solo se oia el ruido de su respiracion oprimida, porque los demas habitantes del desvan,.. estaban dispiertos...

Sí; en este desvan vivian siete personas...

Cinco niños, de los cuales el menor tenia cuatro años y el mayor apénas doce...

Su madre enferma...

Y su abuela, vieja octogenaria y chocha.

El frio debia ser muy intenso, pues el calor natural de siete personas amontonadas en tan reducido espacio no templaba aquella atmósfera de hielo. Ademas, de unos cuerpos tan débiles, tan consumidos y hambrientos no podia *desprenderse mucho calórico*... como dirian los hombres de la ciencia...

Nadie dormia, escepto el padre de familia que habia sucumbido por un momento al insomnio y la fatiga: nadie dormia porque á nadie dejaban cerrar los ojos la enfermedad, el hambre y el rigor del frio. Pocas veces disfruta el pobre de ese sueño profundo y saludable que repara las fuerzas perdidas, que hace olvidar los males, y despues del cual dispierta alegre y dispuesto para el mas rudo

trabajo. Para dormir de este modo es preciso no tener hambre, ni frio, ni amargas y dolorosas inquietudes.

Al ver la espantosa miseria de este artesano, y al compararla con el valor de las piedras preciosas que le habian confiado; no puede uno ménos de observar uno de esos contrastres que elevan y afligen el ánimo á un mismo tiempo. Este hombre tenia continuamente delante de los ojos el doloroso espectáculo de su hambrienta familia, y sin embargo respetaba las ricas joyas que estaban en su poder, y de las cuales bastaria una sola para rescatar á su mujer y á sus hijos de las privaciones y de los males que los consumian lentamente. No hay duda que hace su deber como hombre justo y honrado: ¿Pero será esto ménos grande y admirable porque su conducta no sea mas que el simple cumplimiento de un deber? ¿No podrán hacer mas meritorio este deber las circunstancias que acompañan su ejecucion? ¿No representa este artesano, que conserva su miseria y su probidad al lado de un tesoro, la inmensa y formidable mayoría de los obreros, que sumidos perpetuamente en la miseria, pero pacíficos, laboriosos y resignados, ven sin envidia brillar delante de sus ojos la magnificencia de los ricos? ¿Quién deja de concebir una idea noble y consoladora al ver que no es la fuerza ni el terror, sino *el buen sentido moral* lo que contiene á ese temible océano popular, que si llegase á salir de su centro inundaría toda la sociedad? ¿Quién no simpatiza con toda la fuerza de su alma con esos espíritus generosos, que solo piden *un rincon para tomar el sol* en recompensa de su infortunio, de su valor y de su resignacion?

. . . . . .

Pero volvamos á esta muestra demasiado real de espantosa miseria, y acabemos de pintarla en su horrible desnudez.

El lapidario no poseia mas que un colchon estrecho y delgado y un pedazo de cobertor que servian únicamente á la vieja idiota, la cual rehusaba con feroz egoismo partir con nadie su miserable cama. Al principio del invierno habia estado tan furiosa, que hubo de sofocar á una de sus nietas que Morel habia querido acostar á su lado; era esta una niña de cuatro años, tísica de algun tiempo á aquella parte y que padecia mucho con el frio en el jergon de paja en que dormia con sus hermanos. Describiremos mas adelante este modo de dormir, muy comun entre la gente pobre... La cama de las bestias es un lecho sibarita comparado con los de esta gente infeliz.

Tal era el cuadro completo que presentaba el desvan del artesano Morel, al mirarlo desde el umbral de la puerta, hasta donde no alcanzaba la moribunda luz de la vela. A lo large de la pared maestra, mènos húmeda que los tabiques, estaba tendido en el suelo el colchon en que reposaba la vieja idiota. Como no podia sufrir nada en la cabeza, tenia cortado raso el cabello; y el cráneo enteramente descubierto: sus cejas blancas ocultaban unas órbitas profundas, de las cuales salia de cuando en cuando un brillo salvaje y feroz; sus mejillas hundidas, lívidas y arrugadas estaban pegadas á los juanetes y á los ángulos salientes de la mandíbula. Estaba acostada de lado, enroscada de tal modo que casi tocaba con la barba á las rodillas, y rebujada en el cobertor de lana gris, que siendo demasiado pequeño para cubrirla enteramente, dejaba al aire sus piernas des-

cárnadas y el borde de un guardapies viejo hecho girones. Esta cama despedia un olor fétido.

A corta distancia del lecho de la vieja y á lo largo de la pared, estaba tendido el jergon de paja que servia de cama á los cinco niños.

Hé aquí como dormian estas criaturas.

Se hace una abertura longitudinal en la tela á cada angulo; por cada una de estas aberturas se mete un niño en la paja, ó mas bien en aquel estiercol húmedo y nauseabundo, y de esta suerte la tela del jergon les sirve de sabana y de cobertor.

Dos niñas, una de las cuales estaba gravemente enferma, tiritaban de frio á uno de los lados, y tres niños al otro; estos dormian vestidos, si vestidos pueden llamarse algunos andrajos miserables. Las espesas cabelleras de estos niños, rubias, erizadas y enmarañadas, que su madre dejaba crecer para que los abrigasen del frio, cubrian la mitad de sus caras pálidas, enfermizas y consumidas. Uno de los niños tiraba hácia la barba con los deditos descarnados y entumecidos la tela del jergon para cubrirse mejor... el otro, temiendo esponer al frio las manos, tenia la tela asida con los dientes, y el otro enfin se estrechaba contra sus dos hermanos.

La segunda de las niñas consumida por la tisis, apoyaba lánguidamente su carita azulada y mórbida sobre el pecho de su hermana de cinco años, que en vano procuraba darla algun calor estrechándola entre sus brazos con amoroso cuidado.

En otro jergon colocado en lo último del desvan estaba tendida la mujer del artesano, postrada hacia algunos meses por una fiebre lenta y una enfermedad dolorosa. Magdalena Morel tenia treinta y seis años de edad: un pañuelo azul de algodon

ceñido alrededor de la frente, hacia resaltar la palidéz biliosa de su cara estenuada. Un círculo oscuro rodeaba sus ojos cóncavos y apagados, y sus labios descoloridos estaban llenos de grietas de sangre. Su fisonomía angustiada y sus facciones insignificantes revelaban uno de estos caracteres dulces; pero sin energía que no sabiendo luchar con la desventura, ceden, sucumben y no hacen mas que lamentarse. Aunque débil é inerte, se habia conservado honrada porque su marido era honrado; entregada à sí misma su ignorancia la hubiera deprabado y conducido al mal. Amaba à su marido y à sus hijos pero no tenia fuerza ni valor para dejar de quejarse amargamente contra su comun infortunio. El lapidario cuyo trabajo perseverante era lo unico que sostenia à toda esta familia, suspendia con frecuencia su labor para asistir y consolar à la pobre valetudinaria; y sobre la mala sàbana agujereada de tela gruesa que cubria el cuerpo de su mujer, habia echado Morel, para darla calor, algunos vestidos tan viejos y remendados; que el Monte de Piedad no habia querido tomarlos.

Un hornillo, un cazo y una olla de barro desbocada, dos ó tres tazas hendidas, una cubeta, una tabla de enjabonar y un gran cántaro de barro colocado en el ángulo del desvan junto á la puerta desmantelada, por la cual se colaba el viento aunque estuviese cerrada como si estuviese abierta, hé aquí todo el ajuar de esta familia.

Alumbra este cuadro lastimoso la llama de la vela, que ajitada por el viento que entra por las rendijas del tejado, echa unas veces su trémulo y débil resplandor sobre estos grupos de miseria, y otras sobre el monton de diamantes y rubíes que brillan con mil colores prismáticos sobre el banco en que duerme el lapidario.

Aunque reina en la buhardilla el silencio mas profundo, no duerme ninguno de estos desgraciados... los niños, la vieja y Magdalena tienen la vista clavada en el lapidario, que es su único recurso y su esperanza.

Pésales con sencillo egoismo de verlo dormitar, rendido por el peso de su trabajo.

La madre piensa en sus hijos;
Los hijos piensan en el hambre;
La vieja idiota no piensa en nada...

Incorporóse sin embargo de repente, cruzó sobre el pecho los brazos descarnados, secos y amarillos como el box, miro pestañeando á la luz, y luego se levantó poco á poco llevando tras sí como un sudario el pedazo de cobertor. Era esta una mujer de alta estatura, y su cabeza pelada parecia desmesuradamente pequeña; un movimiento espasmódico agitaba su labio inferior grueso y colgante, y su máscara espantosa indicaba una chochera feroz é intratable.

La vieja se adelantó paso á paso, como un niño que va á hacer una travesura, y luego que llegó á donde estaba la vela, acercó á la llama sus manos trémulas, las cuales eran tan flacas y descarnadas que la luz que tenian encerrada les daba una especie de trasparencia lívida. Magdalena Morel seguia desde su lecho todos los movimientos de la vieja; y esta sin apartar las manos de la luz bajó la cabeza y empezó á contemplar con imbecil curiosidad el monton de rubíes y diamantes que estaban sobre la mesa. Absorta en esa contemplacion, acercó inadvertidamente las manos á la llama, se quemó y dió un grito terrible.

Al ruido despertó Morel sobresaltado y levantó con inquietud la cabeza. Tenia cuarenta años, y su fisonomia era franca, inteligente y benigna, pero

marchita y descarnada por la miseria, una barba blanca de muchas semanas cubria la parte inferior de su cara afiligranada por las viruelas; estaba ya calvo, y asi las arrugas que cubrian su frente como sus párpados rojos é inflamados indicaban su precoz senectud y el abuso que hacia de sus vigilias. Por uno de esos fenómenos tan comunes entre los obreros de contextura débil y que se dedican á un trabajo sedentario, que los obliga á guardar una postura casi invariable durante todo el dia, el cuerpo de Morel era contrahecho y de miembros diminutos Obligado á inclinarse continuamente sobre su banco y hácia el lado izquierdo para dar movimiento á la rueda se habia petrificado, por decirlo así, en esa postura que no dejaba nunca por espacio de doce ó quince horas diarias; y así es que habia contraido una especie de joroba y andaba torcido hácia un lado. Su brazo izquierdo ejercitado constantemente en dar vuelta á la rueda, habia adquirido un desarrollo muscular considerable, miéntras que el derecho, siempre inerte y apoyado sobre la mesa á fin de presentar las facetas á la accion de la muela estaba espantosamente flaco y descarnado. Las piernas delgadas y casi consumidas por la falta absoluta de ejercicio, apénas podian sostener su cuerpo aniquilado, cuya sustancia y cuya fuerza y vitalidad parecian concentradas en la parte ejercitada por el trabajo...

Y como decia el mismo Morel con dolorosa resignacion: No como para sustentar el estómago... sino para dar fuerza al brazo que mueve la rueda..

. . . . . .

Al dispertar sobresaltado vió en frente de sí á la vieja idiota.

—¿Qué buscais, madre? ¿que haceis ahí?—la dijo Morel; y luego añadió en voz baja temien-

do dispertar á la familia á quien creia dormida: — Volveos á la cama madre, y no hagais ruido que estan durmiendo Magdalena y los niños. — Yo no duermo qué estoy calentando á Adelita dijo la mayor de las niñas. — Ya puedo dormir yo con el hambre que tengo dijo uno de los niños: — ayer no me tocó cenar en el cuarto de la señorita Alegria. — ¡Pobres criaturas! exclamó Morel con amargura: — yo creia que estabais dormidos... siquiera, á lo ménos... — Tuve miedo de dispertarte Morel — dijo su mujer — sino te hubiera pedido un poco de agua porque tengo mucha sed y estoy con la calentura. — Voy á dártela — repuso el lapidario: — pero ántes es preciso que tu madre se vuelva á la cama... Vamos, madre, metéos en la cama... ¿dejareis quietas esas piedras? — dijo á la vieja que queria echar la mano á un gran rubí, cuyo brillo le llamaba la atencion. — ¡Vamos, pronto á la cama! — repitió.

— Mira... mira... — repuso la idiota señalando la joya que codiciaba. — ¡Que nos vamos á enfadar! — dijo Morel ahuecando la voz para asustar á su madrastra, cuya mano apartó suavemente. — ¡Dios mio!... ¡Dame agua, Morel! — exclamó Magdalena — me muero de sed. — ¿Pero que quieres que haga?... ¿quieres que deje á tu madre echar mano á las piedras, para que me pierda otro diamante como el año pasado?... y Dios sabe lo que nos cuesta y lo que nos costará todavía.

Llevó en esto la mano en la frente el lapidario con aire sombrío, y luego añadió dirigiéndose á sus hijos:

Felix, da de beber à tu madre ya que estàs dispierto. — No, no, esperaré, porque el pobrecillo se va á enfriar — dijo Magdalena. — No tendré mas frio fuera que dentro del jergon — repuso el niño le-

vántandose.—Vamos, ¡os vais á la cama de una vez! — dijo Morel en voz alta y amenazadora á la vieja que no queria separarse de la mesa y se empeñaba en cojer una piedra.—Madre, el agua está helada!—exclamó Felix. — Pues rompe el hielo — dijo Magdalena. — Está muy duro... y no puedo... — Morel, rompe aquel hielo — dijo Magdalena con voz dolorida é impaciente — ya que no tengo otra cosa que beber mas que agua... dádme una poca á lo menos... me dejais morir de sed... — ¡Oh! ¡Dios me dé paciencia! Pero ¿como quieres que deje sola à tu madre? — gritó el infeliz lapidario.

No podia librarse de la vieja idiota, que empezaba ya à irritarse y á murmurar entre dientes, viendo la resistencia que le oponia Morel.

— Llámala tu de una vez — dijo Morel à su mujer, — porque á veces te escucha mejor que á mí... — Vamos, madre, volvéos à la cama si no haceis tonterías os he de dar café, que os gusta tanto. — Mira... mira.... — repuso la idiota, haciendo al mismo tiempo ademan de apoderarse con violencia del rubí.

Morel procuró apartarla con suavidad, pero fué en vano.

— ¡Dios mio! si ya sabes que no harás nada con ella hasta que la amenaces con el látigo... — gritó Magdalena; — solo de ese modo la obligaras á estarse quieta. — Ya lo veo... pero aunque esté sin razon... eso de amenazar con el látigo á una pobre vieja... vamos no me gusta — dijo Morel: y dirigiéndose luego á la vieja que queria morderlo, y á la cual tenia sujeta con una mano, gritó con el tono mas terrible que pudo formular: — ¡Cuidado con el látigo... si no os vais á la cama sobre la marcha!

Esta amenaza no produjo tampoco ningun efecto.

Cogió entonces el látigo de la mesa, dió con vio-

lencia algunos chasquidos para intimidar á su suegra, y dijo:

—¡Vamos, á la cama pronto, á la cama!

Al oir la vieja el ruido del látigo, se alejó precipitadamente de la mesa, pero luego se detuvo, refunfuñó entre dientes y dirigió á su yerno una mirada salvaje.

—¡A la cama!... ¡á la cama!... — repitió Morel adelantándose y haciendo sonar de nuevo el látigo.

La vieja fué acercándose al lecho poco á poco, amenazando á Morel con el puño cerrado.

Este, á fin de poner término á una escena tan cruel para dar de beber á su mujer, se acercó mas á la vieja, hizo resonar el látigo por última vez, pero sin tocar á su suegra, y repitió con voz amenazadora:

—¡A la cama!... ¡pronto á la cama!

La vieja llena de miedo empezó á dar unos ahullidos espantosos, metióse en la cama y se enroscó como un perro en su cubil. Los niños se asustaron, y creyendo que su padre habia pegado à la idiota, empezaron á llorar y le dijeron:

—¡No pegues á abuelita!... ¡no la pegues!

Seria imposible pintar esta escena nocturna y siniestra, ni los gritos de los niños, los ahullidos furiosos de la vieja y los gemidos dolorosos de la mujer del lapidario.

Morel habia presenciado varias escenas tan tristes como la que acabábamos de describir; pero sin embargo no pudo menos de exclamar en un acceso de desesperacion, arrojando el làtigo sobre la mesa.

—¡Oh! ¡qué vida! ¡qué vida, Dios mio! — ¿Y tengo yo la culpa de que mi madre esté sin juicio? — dijo Magdalena llorando. — ¿Y la tengo yo? — dijo Morel. — ¿Qué mas pido yo que matarme trabajando dia y noche para todos vosotros?

Y no dejo de dia ni de noche mi trabajo... y no me quejo... porque mientras no me falte la fuerza iré saliendo del dia; pero no puedo atender á mi oficio y cuidar al mismo tiempo de una loca, de una enferma y de los niños... ¡No, esta no es justicia! ¡en el cielo no hay justicia!... ¡esta es demasiada miseria para un hombre! — dijo el lapidario con un acento que llegaba al corazon.

Y se dejó caer en un asiento y cubrió la cabeza con ambas manos.

— ¿Pero que quieres que haga? ¿no sabes que no han querido admitir en el hospicio á mi madre porque no estaba bastante loca?.. — dijo Magdalena con una voz dolorida y quejumbrosa. — ¿De qué servirá atormentarte por lo que no puedes remediar? — De nada — respondió el artesano: y enjugó una lágrima que habia humedecido sus ojos — de nada.. tienes razon. Pero cuando os veo así... no puedo menos de... — ¡Ay, Dios mio! ¡que sed tengo!... estoy temblando, y la calentura me abrasa... — dijo Magdalena. — Aguarda un momento que voy á darte de beber.

Morel se acercó al cántaro, rompió con dificultad el hielo que cubria el agua llenó una taza del líquido glacial y la llevó á su mujer que lo aguardaba con los brazos tendidos hacia delante.

Pero despues de reflexionar un momento la dijo:

— No, tan fria te haria mucho daño... porque en un acceso de calentura.... no que te hará daño. — ¿Que me hará daño? tanto mejor... dámela, dame pronto la taza... — repuso Magdalena con amargura: — saldremos de penas mas pronto... con eso quedarás libre de mí... y solo tendrás que cuidar de la loca y de los niños. — ¿Porque me hablas de ese modo, Magdalena? no te lo merezco... — dijo con tristeza Morel. — No [illegible] des mas pesadumbre, por-

que aunque, tengo aun razon y fuerzas para trabajar... mi cabeza no está muy arreglada, y el dia menos pensado puedo desvariar... ¿y entonces qué seria de todos vosotros? Por vosotros hablo yo... que si por mi solo fuera, mañana se acabarian mis penas... Gracias á Dios, el rio es de todo el mundo. — ¡Pobre Morel! — dijo Magdalena enternecida — no tuve razon, no, cuando te dije enfadada que desearias librarte de mí. No lo tomes à mal, que no llevé mala intencion... porque al fin yo soy inútil para tí y para mis hijos... Hace diez y seis meses que estoy en cama... ¡Oh Dios mio! ¡qué sed abrasadora tengo!... ¡dame agua por Dios! ¡dame de beber! — Luego, aguarda un momento, que estoy calentando la taza entre las manos. — ¡Dios te lo pague, Morel! ¡y aun me atrevo á enfadarme contigo!... — Pobrecilla... padeces mucho y todos los enfermos tienen mal genio... dime lo que quieras, pero no vuelvas à decirme que quiero librarme de tí... — ¿Pero de qué te sirvo yo? — ¿Y de qué nos sirven nuestros hijos? — Sirven para darte mas trabajo.— Es verdad... pero tambien si no fuera por vosotros, no tendria como tengo ánimo para trabajar veinte horas algunos dias, de modo que me he estropeado y me volví contrahecho y disforme. ¿Crees por ventura que siendo solo haria el trabajo que hago? ¡Oh, no! luego pondria término á esta vida. — Lo mismo que yo — repuso Magdalena: — á no ser por los hijos, hace ya mucho tiempo que te hubiera dicho: Morel, ya padeciste bastante, y yo tambien: en dos minutos podremos librarnos de esta miseria.... Pero estos hijos! ¡estos hijos! — Entonces confiesa que sirven para alguna cosa — dijo Morel con admirable ingenuidad. — Toma, bebe, pero vé poco á poco, porque está muy fria aun... — ¡Oh! ¡Dios te lo pague, Morel! — dijo Magdalena llevando con

ansia la taza á la boca. — Basta... basta. — Está demasiado fria... ahora tiemblo mucho mas... — dijo Magdalena volviendo la taza á su marido. — ¡Dios mio! ya te lo decia yo... ¿qué tienes? — Ya no puedo temblar... me parece que estoy metida entre hielo...

Morel se quitó la chaqueta, envolvió con ella los pies de su mujer y se quedó desnudo de la cintura arriba, porque el infeliz no tenia camisa.

— ¡Mira que te vas á helar, Morel! — Luego, luego; si tengo demasiado frio me pondré un momento la chaqueta. — ¡Pobre Morel!... ¡ah! tienes razon el cielo no es justo con nosotros... ¿qué habremos hecho para ser tan desgraciados... mientras que otros?...

— Todos tienen las suyas... desde el mas rico hasta el mas pobre. — Sí... pero las penas de los ricos no les llegan al estómago ni les hacen temblar de frio... Mira, cada vez que pienso que con el valor de uno de esos diamantes que tú lapidas tendríamos para vivir con anchura todos nosotros, se me vuelve el juicio... ¿Y de qué les sirven esos diamantes? — Si no hubiera mas que decir: «¿*De que sírve esto* á los demás?» á dónde iríamos á parar!... Eso viene á ser ni mas ni ménos como si preguntáramos; «De qué sirve á ese señor á quien madama Pipelet llama el *Comandante*, haber alquilado y amueblado el primer piso de esta casa, á la cual no viene jamás?... ¿De qué le sirve tener buenos colchones y buenos cobertores, si vive y duerme en otra parte? — Es verdad... solo con lo que tiene abajo habria para contentar á muchas familias como la nuestra... Y además madama Pipelet hace fuego en las piezas todos los dias para que los muebles no se tomen de humedad. ¡Tanto calor perdido... miéntras que

nosotros y nuestros hijos morimos de frio!... Ya sé que me dirás que nosotros no somos muebles para que nos cuiden así... Pero vaya, esos ricos que corazon tan duro tienen! — Ni mas blando ni mas duro que el de los demás, Magdalena... pero no saben lo que es la miseria... Nacen felices, viven y mueren dichosos; ¿y cómo quieres que se acuerden de nosotros? Y además, no saben lo que pasa, vuelvo á decir, y por lo mismo no pueden tener una idea de las privaciones de los demás. Si les da el hambre, comen con mas apetito; si hace frio ó si hiela, dicen que cae una *hermosa helada*; si salen á pié, vuelven luego á su casa, y el frio hace que se calienten al fuego con mas gusto; por consiguiente ya ves que no pueden compadecerse mucho de nosotros, porque para ellos el hambre y el frio se convierten en causas de placer... No lo saben, Magdalena, no saben lo que pasa... Acaso en su lugar haríamos nosotros lo mismo. — Entónces los pobres son mejores que ellos, porque se dan la mano unos á otros... Esa señorita Alegría, (¡Dios la cubra de gloria!) que nos ha velado tantas veces en nuestras enfermedades, á mí y á los niños, llevó ayer á cenar con ella á Geromo y á Pedro. ¡Pobrecilla! su cena no es muy grande, porque se reduce á una taza de leche con pan. A su edad las ganas siempre están abiertas, y no dudo que se habrá privado de comer por causa de los niños... — ¡Pobre muchacha! ¡ah! ¡qué corazon tan noble! ¿Y porqué? porque sabe lo que es necesidad... Por eso te digo, Magdalena, que si los ricos supieran lo que pasa!... ¡si lo supieran!... — ¿Y aquella señorita que vino antes de ayer á preguntarnos tan asustada si teníamos menester de alguna cosa? pues ahora ya lo sabe; ya sabe lo

que es la miseria... y sin embargo no volvió á aparecer por aquí. — Aun puede ser que vuelva; porque á pesar de su aire asustado, tenia una cara muy humana y muy buena. — ¡Oh para tí todos los ricos tienen razon... Cualquiera diria que no son hechos de carne y hueso como nosotros. — No es eso lo que quiero decir — repuso benignamente Morel: — lo que digo es que tienen sus defectos, como nosotros los nuestros... Pero quiere la desgracia que no sepan lo que nos pasa... Y quiere tambien la mala suerte que así como hay, por ejemplo, muchos agentes para descubrir los malhechores, no haya tambien agentes para descubrir los obreros cargados de familia que se encuentran en la última miseria... y que por falta de algun socorro recibido á tiempo, caen á veces en tentacion... Bueno es que se castigue el mal, pero mejor seria acaso precaverlo... Un hombre se mantiene honrado, pongamos por ejemplo, hasta los cincuenta; pero la extrema miseria y el hambre le obligan á ser malo... y ahí tenemos un malhechor mas... miéntras que si los ricos hubieran sabido lo que pasaba... ¿Pero á qué viene pensar en esto? el mundo siempre será el mundo... Como soy pobre y desamparado, hablo de este modo... si fuese rico hablaria de fiestas y de placeres... ¿Dime, cómo estás... cómo te encuentras Magdalena? — Estoy lo mismo... no siento las piernas... pero tú estás temblando de frio, ponte la chaqueta y apaga la vela que está ardiendo en valde, porque ya apunta el dia.

En efecto, la claridad triste y descolorida que atravesaba la nieve de que estaban cubiertos los vidrios del tragaluz, empezaba á descubrir el interior del desvan, dando un aspecto mas horrible á los objetos que contenia. Las sombras de

la noche cubrian á lo ménos una parte de aquella miseria.

— Esperaré que aclare bien el dia para ponerme al trabajo — dijo el lapidario sentándose en el borde del jergon de su mujer, y apoyando la frente en ambas manos.

Despues de algunos momentos de silencio, le dijo Magdalena:

— ¿Cuándo vendrá madama Mathieu á buscar las piedras que estás lapidando? — Esta mañana... solo me falta por pulir una faceta de un diamante falso. — ¡Un diamante falso !... ¿cómo, siendo así que no trabajas mas que piedras finas, á pesar de lo que creen los vecinos de la casa? — ¿Pues no lo sabes? ¡Ah! sí, ahora me acuerdo que estabas dormida cuando vino madama Mathieu... Me trajo diez diamantes falsos, que son piedras del Rhin, para que los lapidase dejándolos del mismo tamaño y de la misma forma que las otras diez piedras finas, que tambien me ha traido y que están allí mezcladas con los rubíes... Nunca he visto diamantes de mejores aguas: esas diez piedras valen por lo menos sesenta mil francos. — ¿Y para que quiere que las imites en falso? — Una señora á quien pertenecen, y que segun parece es una duquesa, ha encargado al señor Baudin el joyero que le vendiese su aderezo, y que en su lugar la hiciese otro de piedras falsas. Madama Mathieu, que es la corredora de piedras del señor Baudin, me lo ha dicho cuando me trajo los diamantes finos para que imitase por ellos las otras piedras falsas. Madama Baudin ha encargado el mismo trabajo á otros cuatros lapidarios, porque parece que hay que pulir cuarenta ó cincuenta piedras. Como debian estar prontas esta mañana, á fin de que el señor Baudin tuviese tiempo para

clavar las falsas, no me fué posible encargarme de todo el trabajo. Madama Mathieu me dijo que muchas señoras reemplazan de este modo sus diamantes; con piedras del Rhin.

— Ya ves como las piedras falsas hacen el mismo servicio que las finas, y las grandes señoras, que solo gastan esto por mero adorno, nó tendrian jamas la idea de sacrificar un diamante para socorrer á unos desgraciados como nosotros. — Los pesares te hacen injusta, Magdalena, y poco razonable... ¿ Y quién sabe de nosotros ? ¿ quién sabe si somos ó no desgraciados ? — ¡ Valgame Dios ! ¡ que hombre tan raro ! Mira, Morel, yo creo que si te enterrasen vivo, darias las gracias al enterrador.

Morel hizo un gesto compasivo.

— Cuanto te deberá la señora Mathieu ? — preguntó Magdalena. — Nada porque la debo aun ciento veinte francos... ¿ Nada ? ¡ Dios mio ! ¿ qué ha de ser de esas criaturas ?... ántes de ayer se gastó el ultimo cuarto. — Es verdad dijo Morel abatido.

— ¿ Y qué se ha de hacer?— No lo sé...— El panadero no quiere fiarnos mas pan... — No... ya tuve que pedir ayer medio pan prestado á madama Pipelet. — ¿ Y la señora Quiromántica no nos prestaria alguna cosa ?— ¡ Prestarnos la tia Quiromántica ! ¿ y sobre qué nos prestaria ahora una vez que tiene ya en su poder todos nuestros efectos ?... ¿nos daria acaso dinero sobre los hijos ? — repuso Morel con una sonrisa amarga. — Pero mi madre, los niños y tú no habeis comido ayer mas que una libra de pan entre todos... y no habeis de morir de hambre... La culpa la tienes tú por no haber querido inscribirte este año en la junta de caridad. — Solo se inscribe á los pobres que tienen muebles propios... y nosotros no los tenemos. Lo mismo sucede

con las cajas de socorro: los niños para entrar en ellas, es preciso que tengan una blusa por lo ménos, y los nuestros no tienen mas que andrajos. Y ademas, para que me alistasen en la junta de caridad seria necesario ir y volver acaso veinte veces al despacho, porque no tenemos proteccion... y en ir y venir perderia mas tiempo de lo que ganaria... ¿Y al fin què nos darian? un pan *cada mes*, y media libra de carne *cada semana* (a).—¿Y entónces qué hemos de hacer?—Acaso no se olvidará de nosotros aquella señora que ha venido ayer...—Sí... échate á dormir... Pero la señora Mathieu no dejará de prestarte siquiera cinco francos... hace diez años que trabajas para ella, y no dejará de sacar de un apuro tan grande á un artesano honrado y cargado de familia.—No creo que pueda prestarme nada, porque ya hizo cuanto estuvo en su mano para prestarme poco á poco los ciento veinte francos, que para ella es una cantidad muy grande. Aunque es corredora de diamantes y tiene á veces en su poder cuarenta y cincuenta mil francos, no es por eso mas rica, ni gana mas que unos cien francos cada mes... y á esto se agrega el que no es sola, pues tiene á su cargo la educacion de dos sobrinas. Cien francos para ella, Magdalena, son lo mismo que cinco francos para nosotros... y ya sabes que algunas veces no los hay á mano. Como estoy ya tan empeñado con ella, no es justo que se quite el pan de la boca á sí misma y á los suyos.—Ahí está lo que trae consigo no trabajar para joyeros adinerados, que á veces tienen ménos reparo en dar y prestar... Pero contigo todo el mundo hace el caldo gordo... tú tienes la culpa.—¡Yo la culpa!—ex-

(a) Tal es en general el socorro que dan las juntas de beneficencia, á causa del gran número de pobres inscritos.

clamó el lapidario, exasperado por esta reconvencion absurda — ¿y no es tu madre la causa de toda nuestra miseria? Si no hubiera habido que pagar el diamante que perdió, estaríamos mas adelantados, no nos faltaria mi jornal diario, y tendríamos los mil y cien francos que hemos sacado de la caja de ahorros para juntarlos con los mil trescientos francos que nos prestó M. Jaime Ferrand, á quien Dios confunda por siempre jamas... — Y á ese nunca quieres pedirle nada por mas que te digo... Es verdad que es muy avaro, y que acaso seria lo mismo que majar en hierro frio... pero al fin nunca... está por demas el probar fortuna. — ¡A él!... ¡pedirle yo á él! — gritó Morel — ántes me dejaria freir en aceite... Mira, Magdalena, no me hables de ese hombre... porque me volverias loco...

Al decir estas palabras, la fisonomía de Morel, de ordinario benigna y resignada, tomó una expresion de extraordinaria energía; cubrió su rostro pálido una lijera sufusion, levantóse de repente del lecho en que estaba sentado, y empezó á pasearse con agitacion. A pesar de la apariencia débil y disforme de este hombre, en sus facciones y ademan se descubria una indignacion generosa. — Yo no soy malo, no — dijo en alta voz; — en mi vida he hecho mal á nadie... pero á ese notario... ¡oh! ¡á ese le deseo todo el mal que me ha causado! — Y llevando luego las dos manos cruzadas á la frente, dijo con voz alterada: — ¡Dios mio! ¡y una desgracia, que no he merecido, me entrega atado de piés y manos á un hipócrita infame! ¿Porqué se permitirá que un hombre de esa clase use de su riqueza para perder, corromper y aniquilar á todos los que quiere aniquilar, perder y corromper? — Suelta, suelta la lengua contra él — dijo Magdalena, — que quedarás muy adelantado si te mete en

la cárcel... como puede hacerlo el dia ménos pensado con la obligacion que le firmaste de mil trescientos francos, y por la cual obtuvo ya sentencia contra tí... Lo que debes consíderar es que estás bajo su poder. Yo tambien aborrezco á ese notario, tanto ó mas que tú; pero una vez que dependemos de él, debemos... —¡Dejar que se pierda nuestra hija! ¿no es verdad? —gritó el lapidario con una voz de trueno. —¡Dios mio! calla Morel; mira que los niños están dispiertos y oyen cuanto decimos... —¡Tanto mejor! —repuso Morel con espantosa ironía: —esas dos inocentes escarmentarán en cabeza de su hermana... porque el dia ménos pensado tambien se le pueden antojar al notario... ¿No estás siempre diciendo que nos tiene bajo su poder? Vamos, vuelve á repetir ahora que puede meterme en la cárcel... habla francamente... es preciso que le abandonemos nuestra hija, ¿no es verdad?

El desgraciado terminó su imprecacion prorrumpiendo en sollozos, porque la benignidad de su genio no le permitia sostener por mucho tiempo un tono de dolorosa invectiva.

—¡Hijos de mi alma! —exclamó derramando un amargo llanto —¡pobres hijos mios!... ¡mi Luisa!... ¡mi honrada, mi hermosa Luisa!... Sí, demasiado hermosa... y de ahí viene nuestra desgracia... Si no fuese tan hermosa, ese hombre no me hubiera prestado el dinero... Soy honrado y laborioso, y el joyero esperaria á que pudiese pagarle en obra ó de otro modo, sin deber obligacion ninguna á ese viejo monstruo, que entónces no abusaria del servicio que nos ha hecho tratando de deshonrar á mi hija... ni un solo dia la hubiera dejado en su poder... Pero no hay remedio... no hay remedio... me ató de piés y manos... ¡Oh! ¡cuántos ultrajes nos hace devorar la miseria! —Pero no

hay remedio... Ya sabes que una vez dijo á Luisa: «Si te vas de mi casa, haré que prendan á tu padre.»— Sí, ya lo sé; y la tutea como si fuese una criatura despreciable. — Si no fuese mas que eso, poco nos importaría; pero si sale de su casa te hará prender, y entónces ¿qué será de mí, de mi madre y de tus hijos miéntras estés en la cárcel? Aunque Luisa ganase veinte francos en otra casa ¿podríamos vivir seis personas con su salario?—Sí, y acaso para vivir dejamos que Luisa se deshonre. —Siempre piensas lo peor: no hay duda que el notario la persigue, porque ella misma nos lo dijo... pero ya sabes que la chica no se deja llevar del viento. —¡Oh, sí! ya sé que es honrada, que es buena y laboriosa!... Cuando nos vió tan apurados por causa de tu enfermedad, me dijo que queria ponerse á servir para que yo tuviese una boca ménos que mantener, y no sabes cuanto me ha costado dejarla hacer su gusto... ¡A servir Luisa... maltratada... humillada!... Luisa, que era tan vanidosa de genio que á veces por reirnos la llamábamos la *princesa*, ¿te acuerdas? y siempre nos decia que á fuerza de limpiar y asear nuestro cuarto lo habia de poner como un palacio... Hija de mi alma; toda mi dicha, toda mi ambicion seria tenerla á mi lado; aun que tuviese que doblar mi trabajo para mantenerla... Cuando la veia con su cara de rosa y con sus ojitos negros sentada delante de mí, allí junto á mi banco, ¡qué lijero se me hacia entónces el trabajo! ¡pobre Luisa, tan laboriosa y siempre tan alegre!... hasta con tu madre, que la obedecia como una niña... Pero ¡caramba! no tiene nada de particular, porque al mirar para ella y al oirla hablar como una abadesa, con tanto aquel, con tanto juicio, no habia remedio sino hacer su voluntad... ¡Y cómo cuidaba de tí! ¡cómo te dis-

traia! ¿Y cómo queria á sus hermanos!... Para todo tenia tiempo... ¡Ah! desde que se marchó... se acabó nuestra dicha... nuestra alegría. — Vaya, Morel, no me hables de eso... que me partes el corazon — dijo Magdalena llorando á torrentes. — Y cuándo pienso que acaso aquel monstruo viejo... Vamos, si pienso en esto se me revuelve el juicio... y me dan ganas de ir á matarlo, y de matarme á mí mismo en seguida... — ¿Y qué seria entónces de todos nosotros? Pero tú ponderas mucho; tú ves visiones. Puede ser que el notario no haya querido mas que chancearse con Luisa. Ademas, oye misa todos los domingos, y solo se acompaña de eclesiásticos... y hay personas que dicen que es mas seguro poner el dinero en su casa que en la caja de ahorros. — ¿Y eso qué prueba? que es rico y que es hipócrita... Yo conozco bien á Luisa... ya sé que es honrada... que nos ama mucho y que le parte el corazon nuestra miseria. Sabe que sin mí acaso moririais de hambre; y si el notario la ha amenazado con ponerme en la cárcel... la desventurada puede ser que... ¡Oh, Dios mio!... ¡esta idea me vuelve loco! — Si eso que sospechas fuese cierto, el notario la hubiera dado dinero y regalos, y á buen seguro que Luisa no los hubiera guardado para sí; nos los hubiera dado, y... — ¡Calla!... no sé como tienes valor para decir ciertas cosas... ¡Luisa tomar dinero!... ¡Luisa!... — No para ella.. sino para nosotros... — ¡Calla, te digo!... ¡calla la boca! que me haces temblar. No sé que seria de tí y de mis hijos con tales ideas, si yo llegase á faltaros. — ¿Pero qué he dicho yo? — Nada. — ¿Y entónces porque temes?...

El lapidario interrumpió con impaciencia á su mujer.

— Temo... porque de algunos meses á esta parte

siempre que Luisa viene á vernos y siempre que me abraza se le pone la cara como una grana. — Es el gusto de verte. — O la vergüenza ... y ademas cada dia está mas triste... — Porque cada dia nos ve mas miserables. Cuando la hablo del notario, me dice que ahora ya no la amenaza con ponerte en la cárcel.

— Sí ¿pero á que precio no la amenaza ya? eso es lo que no nos dice; pero lo que observo pues es que se pone encendida como un tomate al abrazarme. Infame seria el que un amo dijese á una pobre muchacha honrada, que de el depende para vivir: «O cedes, ó te despido de mi casa; y si alguien viene á tomar informes de tí, diré que eres una bribona para que no encuentres donde colocarte... Pero decidla: « O cedes, ó sino haré que pongan á tu padre en la cárcel... » y decirlo cuando se sabe que toda una familia vive del trabajo de ese mismo padre, ¡oh esto es mil veces mas criminal, mas horrible!

— Y al pensar que con uno de esos diamantes que tienes ahí sobre la mesa, podrías pagar al notario, y sacar á tu hija de su casa, y traerla á tu lado... — dijo con voz pausada Magdalena. — Aunque me repitas mil veces eso mismo ¿de que servirá?... No hay duda que si fuese rico no seria pobre — repuso Morel con dolorosa impaciencia.

La probidad era tan natural y por decirlo así tan orgánica en este hombre, que no imaginaba que su mujer, abatida y relajada por la enfermedad, pudiese concebir ningun mal pensamiento, ni que quisiese tentar su irreprensible honradez.

Morel continuó con amargura.

— No hay remedio, es preciso resignarse. ¡Felices aquellos que pueden tener sus hijos á su lado y librarlos de toda asechanza y de todo peligro! ¿pe-

ro quien puede defender á la hija de un pobre? Nadie... Cuando llega á la edad de ganar el pan, sale por la mañana para el obrador, y no vuelve hasta la noche, mientras tanto el padre trabaja en un sitio y la madre en otro. El tiempo es nuestra fortuna, y el pan que es tan malo de ganar que el continuo trabajo no nos deja un momento libre para cuidar de nuestros hijos... Y luego hablan dé la mala conducta de las hijas de los pobres... Como si sus padres pudiesen tenerlas en casa, ó como si les fuera posible cuidar de ellas cuando ganan fuera de casa la vida... Las privaciones que sufrimos no son nada comparadas con el dolor de separarnos de nuestra mujer de nuestros hijos y de nuestros padres... Para nadie puede ser tan consoladora la vida de familia como para los pobres y sin embargo, desde que nuestros hijos tienen uso de razon, nos vemos obligados á separarnos de ellos.

Llamaron en esto á la puerta de la guardilla con estrépito.

CAPÍTULO XIII.

EL MANDATO DE PAGO.

Levantóse asombrado el lapidario. y abrió la puerta.

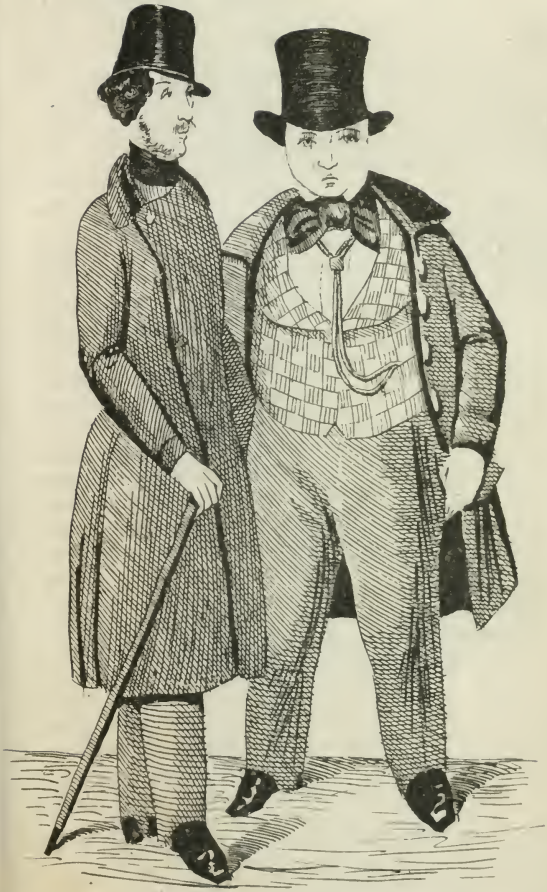
Dos hombres entraron en la guardilla.

Uno de ellos, alto, flaco, de cara innoble y granujienta, escondida entre dos grandes patillas negras, llevaba en la mano un grueso baston emplomado, y un sombrero abollado en la cabeza, y vestia una larga levita verde salpicada de lodo y abotonada hasta el pescuezo. El cuello de la levita, que era bajo, dejaba descubierto un pescuezo largo encarnado y pelado como el de un buitre viejo... Este hombre se llamaba Malicornio.

El otro era mas bajo de cara tambien ordinaria y abotargada, gordo y rechoncho, é iba vestido con una especie de suntuosidad grotesca. Dos botones de brillantes unian los pliegues de su camisa, cuya limpieza era problemática, y una larga cadena de oro serpenteaba sobre su chaleco escoces, que hacia un raro contraste con su paletó de felpa amarilla,

Su nombre era Bordon.

— Oh, eso hiede á pobres! — dijo Malicornio deteniéndose en el umbral.— ¡No huele á clavelinas! ¡Rayo! qué parroquianos, ¡eh! — repuso Bordon haciendo un jesto de asco y de desprecio, y luego



Pedro Bordon y Mealicornio.

se adelantó hácia el artesano que lo miraba con sorpresa é indignacion.

En la puerta, que habia quedado entreabierta, vió la cara del Cojuelo que habia seguido disimuladamente á los desconocidos para ver lo que pasaba.

— ¿A quien buscais? — dijo con aspereza el lapidario exasperado por la brutalidad de estos dos hombres. — A Gerónimo Morel — repuso Bordon. — Yo soy... — ¿Sois lapidario? — ¡Yo soy! — ¿Estais seguro? — Vuelvo á deciros que soy yo... No hay que incomodarme... ¿Qué quereis?... ¡esplicáos, ó marcháos de aquí!... — ¡Vaya una urbanidad!... muchas gracias... ¿Qué te parece Malicornio? — repuso el hombre volviéndose hácia su camarada — esto está mas *barrido*... que la casa del vizconde de Saint-Remy. — No hay duda... pero en las casas de esos señores se encuentra uno con cara de palo, como nos sucedió en la calle de Chaillot. El pájaro habia volado la víspera mas que de prisa... pero á estos marranos siempre se les encuentra en su pocilga. — Ya lo creo; estos no desean mas que los metan en la *trena* (a) para tener que llevar á la boca. — Buen tonto puede ser el acreedor, porque el negocio le costará mas de lo que vale... pero con su pan se lo coma. — Si no estuvierais borrachos — dijo Morel — como parece que estais, puede ser que me incomodaseis... ¡Vamos, pronto, fuera de mi casa! — ¡Qué tal! parece que tiene humos el tio *joroba* — dijo Bordon aludiendo á la inclinacion del cuerpo del lapidario. — ¿Qué te parece, Malicornio? y tiene valor para llamar á esto su casa.... á fé que no meteria yo mi perro en semejante cubil. — ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! — gritó Magdalena llena de tal espanto que hasta entonces no habia podido articular una sola palabra

— llama, pide socorro, Morel... mira que pueden ser ladrones..., Cuidado con los diamantes...

En efecto, al ver Morel que aquellos dos hombres de tan mala catadura que se acercaban mas y mas á la mesa en que estaban los diamantes, temió que tuviesen alguna intencion siniestra, corrió hácia la mesa y cubrió con ambas manos las piedras preciosas.

El Cojuelo, que no se habia separado un momente de la puerta, archivó las palabras de Magdalena, observó el movimiento del artesano, y dijo para sí:

— ¡ Qué tal ! y decían que era lapidario de falso, y si las piedras fuesen falsas no tendría tanto miedo de que se las robasen... Vamos metiendo en el saco: luego la tia Mathieu, que viene aqui muchas veces es tambien corredora de piedras finas; luego son diamantes los que trae en el canastillo... Vamos guardando en el saco para decirselo á la Lechuza — añadió el hijo de Brazo Rojo.

— Si no salís de mi casa, llamaré la guardia — dijo Morel.

Los niños, asombrados al ver esta triste escena, empezaron á llorar, y la vieja idiota se incorporó en el lecho.

— Si alguien tiene derecho de llamar la guardia somos nosotros... ¿ entendeis ahora, viejo derrengado? — dijo Bordon. — Porque la guardia nos auxiliará para llevaros á la cárcel, si os haceis de pencas — añadió Malicornio. — es verdad que no viene con nosotros ningun juez de paz; pero si quereis ver uno, se os traerá al instante, acabado de salir de la cama y calentito como un pastel... Bordon irá á buscarlo... — ¡ A la cárcel yo ! — exclamó Morel lleno de estupor. — Sí, á Clichy... — ¡ A Clichy ! — repitió el artesano asombrado. —

¡Que malas entendederas tiene este!—dijo Malicornio. — A la cárcel de deudores... para que lo entendais de una vez — añadió Bordon. — Pero entónces sois... ¡como!... ¿seria posible?... Luego el notario... ¡Dios me valga!...

Y pàlido como un difunto el lapidario se dejó caer en el taburete sin poder articular otra palabra.

—Somos alguaciles del comercio para poneros en buen recaudo, si podemos... ¿Y ahora lo entendeis mejor, tio mendrugo? — Morel... la obligacion del amo de Luisa... ¡estamos perdidos! — exclamó Magdalena con voz trémula y desfallecida. — Ahí teneis la ejecutoria — dijo Malicornio sacando de una cartera sucia y grasienta un papel con sello.

Despues de haber reflexionado como de costumbre una parte de la sentencia con voz inintiligible, articuló claramente las últimas palabras que por desgracia eran demasiado significativas por Morel:

Juzgando en ultima instancia el tribunal condena al Señor Gerònimo Morel à pagar al señor Pedro Petit-Jean, (a), *negociante por todas las vías de derecho y aun corporalmente, la suma de un mil y trescientos francos, con mas el interés desde la fecha del protesto, condenándolo igualmente en los gastos y costas.*

Dado y juzgado en Paris, á 13 de setiembre, etc.

—¿Y entónces Luisa? ¿y Luisa? — exclamó Morel casi fuera de sí, y al parecer sin haber oido este galimatías: — en donde está Luisa? Luego ha salido de casa del notario, si es que me prenden... ¡Oh, Dios mio! ¿qué ha sido de Luisa?

(a) El hàbil notario, no pudiendo perseguir en juicio bajo su propio nombre, habia hecho firmar al desgraciado Morel lo que se llama una aceptacion en blanco, y habia cubierto despues la obligacion à nombre de un tercero.

—¿ Qué Luisa ni que niño muerto? — dijo Bordon. —Déjalo tonto — repuso brutalmente Malicornio; — ¿ no ves que está tocando el violon ? Vamos — y se acercó á Morel — listo á la voz; á desfilar por la izquierda... ¡ marchen ! y á ver como meneas las canillas, para salir pronto de esta epidemia y respirar aire limpio. — Morel no saldrá de aquí. ¡ Defiéndete, Morel ! —gritó Magdalena casi sin juicio. — Mátalos, mata á esos bribones. ¡ Oh, cobarde !... eres capaz de dejarte llevar.. y de abandonarnos. . — Podeis hacer vuestro gusto, señora, como si estuvierais en vuestraa casa — dijo Bordon con aire sardonico. — Pero tened entendido que si vuestro marido, ó lo que es, levanta la mano contra mí, lo mando á almorzar al otro barrio —añadió haciendo remolino con el baston emplomado.

Morel solo pensaba en Luisa, y no veía nada de lo que pasaba á su lado. Una expresion de amarga alegría iluminó su rostro, y exclamó:

— ¡ Luisa ha salido de la casa del notario !... voy con gusto á la cárcel. — Pero echó luego una mirada al rededor de si, y volvió á exclamar: — ¡ Y mi mujer !... ¡ y su madre !... ¡ y mis pobres hijos !... ¿ quien los mantendrá ? Nadie me confiará las piedras en la cárcel, porque todos creerán que estoy preso por mala conducta... ¿ Luego el notario quiere mi muerte y la de mi familia?

— Vamos, vamos, acabemos de una vez — dijo Bordon—ya me voy amostazando. Vestíos pronto y á la calle. — ¡ Oh, perdonadme señores, perdonad lo que os dije hace un rato! — gritó Magdalena desde la cama. — No, tendreis corazon para llevar á Morel... ¿ Que seria de mí con cinco hijos y con mi madre loca? allí está... allí está en aquel colchon... ¡ Esta loca, señores de mi alma... está

loca!... — ¿Aquella vieja esquilada? — ¡Y es verdad que está esquilada! vaya una vision! — dijo Malicornio soltando una carcajada:—creí que tenia un gorro blanco en la cabeza... — Hijos mios arrodillàos delante de esos señores — gritó Magdalena queriendo hacer el último esfuerzo para ablandar á los corchetes; — pedidles que no se lleven à vuestro padre... nuestro único amparo..

Los niños lloraban asombrados, y no se atrevian à salir del jergon apesar del mandato de su madre.

Al oir la idiota aquel ruido extraordinario, y al ver el aspecto de los dos corchetes à quienes no conocia, empezó à dar siniestros ahullidos acurrucándose como un perro contra la pared, Morel parecia insensible à lo que estaba pasando: el golpe era tan horrible é inesperado, las consecuencias de su arresto le parecian tan espantosas, que no podia concebir la realidad de aquella escena. Debilitado por todo genero de privaciones, faltole enteramente el espíritu y permaneció en el asiento sin moverse, pàlido, asombrado, con los brazos colgados y la cabeza caida sobre el pecho. — ¡Hola! ¡eh! tio socarron... ¿en qué rayo estais pensando? — gritó Malicornio. — ¿O pensais que hemos venido aquí à pelar la pava? Vamos pronto sino os echo la zarpa.

El corchete cogió con una mano por el hombro al artesano y lo sacudió brutalmente. Esta amenaza y el gesto que la acompañó llenaron de terror à los niños; los tres varones salieron casi desnudos del jergon, y deshechos en llanto se arrojaron à los piés de los guardas del comercio, levantaron las manos y dijeron con un tono que partia el corazon:

—¡Ay! ¡por Dios, señores!... ¡no mateis á nuestro padre!

Al ver á los infelices niños temblando de frio y de espanto, Bordon se conmovió á pesar de lo acostumbrado que estaba á tales escenas. Su implacable compañero sacudió brutalmente la pierna á que estaban agarrados los niños suplicándole por su padre.

—¡Eh! ¡largo de ahí! ¡fuera chiquillos!... ¡Qué demonio de oficio, si no tuviera uno mas parroquianos que mendigos como este!

Un horrible episodio hizo mas espantosa aun esta escena.

La mayor de las dos niñas que estaba acostada con su hermana en el jergon grito de repente.

—Madre, madre, no sé que tiene Adela... está fria como la nieve! Me mira hito en hito! ay Dios mio!... y no respira...

La pobre niña tísica acababa de espirar sin dar un solo quejido y con la vista clavada en su hermana á quien amaba tiernamente.

Imposible seria dar una idea del grito de la mujer; del lapidario al oir esta horrible revelacion, pues conoció al momento lo que habia sucedido. Fué uno de esos gritos sofocados, convulsos; arrancados del fondo de las entrañas de una madre.

—¡Mi hermana parece una muerta! ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo tengo miedo —exclamó la niña saliendo precipitadamente del jergon y corriendo asombrada hácia su madre.

Esta sin acordarse de que sus piernas casi paralizadas no podian sostenerla, hizo un esfuerzo violento para levantarse y correr hácia su hija muerta; pero faltándole las fuerzas, volvió á

Infelicidad de Morel

caer en la cama y lanzó un grito trémulo de desesperacion.

Este grito resonó en el corazon de Morel, el cual salió entónces de su estupor, arrojóse al jergon en que estaba su hija de cuatro años y la cojió en los brazos...

Pero estaba muerta.

Su enfermedad, causada por la miseria, era ya mortal; pero el frio y el hambre habian acelerado su fin. Tenia los brazos y los demás miembros tiesos y helados.

Morel, con los cabellos erizados de desesperacion y espanto, sostenia á su hija en los brazos, y la miraba con los ojos fijos, secos y abotargados.

—¡Morel, Morel... dame la niña! —gritó la desgraciada madre tendiendo los brazos hácia su marido — no es cierto, no... no está muerta... verás como vuelve en sí calentándola ..

Escitada la curiosidad de la idiota por la prisa conque los alguaciles se acercaron al lapidario, que no queria apartarse del cuerpo de su hija, cesó de ahullar, levantóse del lecho, se acercó lentamente á Morel, sacó la espantosa cabeza por encima del hombro de su yerno... y contempló por algunos momentos el cadáver de su nieta... Las facciones de la idiota conservaron su expresion habitual de atontamiento huraño y feroz, dió al cabo de un minuto un bostezo hueco y cavernoso como el de un animal hambriento, y volviéndose á su lecho se dejó caer en él gritando:

—¡Tien hambre!! ¡hambre!! —Aquí está, señores; ya lo veis, aquí está mi pobre hija, hija de mi alma, ¡mi Adela!... Se llama Adela, señores. Aun ayer tarde la besé; y esta mañana... ya está muerta. Ya veo que me diréis que es una

boca ménos que mantener, y que es una fortuna para mí, ¿no es verdad? — dijo el artesano con aire atontado.

Su razon empezaba á oscurecerse á fuerza de golpes tan repetidos y crueles.

— ¡Morel, dame mi Adela; dame mi hija! — repitió Magdalena. — Tienes razon; tambien tú debes disfrutar de este regalo... — repuso el lapidario; y luego puso el cadáver de la niña en los brazos de su madre.

Dió en seguida un prolongado gemido y cubrió la cara con las manos,

— Magdalena, que estaba tan demente como su marido, metió el cuerpo de su hija entre la paja del jergon, sin apartar de él la vista y llena de un espantoso desasosiego, miéntras que los demás niños lloraban arrodillados en medio del desvan.

Los corchetes, á quienes habia conmovido esta escena por un momento, volvieron á su acostumbrada insensibilidad.

— Vamos, buen amigo — dijo Malicornio al lapidario — ya vemos que vuestra hija se ha muerto y que es una desgracia: todos somos mortales, y nosotros no podemos remediarlo, ni vos tampoco... Es preciso que nos sigais al momento, porque hoy se presenta buena caza y tenemos que pescar á un pájaro gordo...

Morel no oyó las palabras del criado de justicia.

Perdido en un laberinto de fúnebres pensamientos, se decia á sí mismo con voz trémula y acongojada:

— Y sin embargo es preciso enterrar á este angelito... y velarla... aquí... hasta que vengan á llevarla... ¡Enterrarla!... ¿con qué, si no tenemos un alimento?... ¿Y quién me prestará para

el ataud? ¡Oh! un ataud pequeñito... para una niña de cuatro años... debe costar muy caro... ¿Y el carro de muertos?... no señor; nada de carro... eso se coge debajo del brazo, y vamos andando... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! — añadió dando una espantosa carcajada — ¡qué dichoso soy!... si muriese á la edad de diez y ocho años, como mi Luisa, por ejemplo, no me prestarian, no, un ataud grande... — Oyes Malicornio ¿sabes que ese hombre es capaz de perder la cholla? — dijo Bordon á su compañero; — mira que ojos pone de loco... ¡Y la vieja que maulla de hambre!... ¡Vaya unos parroquianos!... — Pero es menester salir del paso... Aunque el arresto de ese mendrugo está tasado en 76 francos 75 céntimos, estirarémos la suma de las costas, como es justo, á 240 ó 250 francos. Al fin quien paga es el acreedor... — Di mas bien quien adelanta el dinero de las costas; porque aunque pague por ahora, del cuero han de salir las correas... — Cuando ese tio tenga con que pagar 2,500 francos por capital, intereses, gastos y todo, ya lloverá con tiempo seco... — Y no hará tanto frio como aquí, porque esto está que hiela la sangre... — dijo el corchete soplando los dedos. — Despachemos; á la calle con él, que ya lloriqueará por el camino... ¿Tenemos acaso la culpa de que la niña se haya ido al otro barrio?... — La gente de este pelaje no deberia hacer chiquillos. — Verdad que sí — repuso Malicornio; y luego añadió dando una palmada en el hombro de Morel: — Vamos, camarada, que no podemos esperar mas, ¡ya que no pagais, á la cárcel! — ¡A la cárcel el señor Morel! — exclamó una voz delicada y juvenil: y al mismo instante entró con prontitud en la guardilla una jóven morena, fresca, encendida y sin mas adorno en la cabeza que el

peinado de su propio cabello. — ¡Ay, señorita Alegría! — dijo llorando uno de los niños — ¡por Dios, señorita, no dejeis que lleven á mi padre! se murió Adelita... — ¡Murió Adela! — exclamó la jóven, cuyos ojos grandes, negros y brillantes se arrasaron de lágrimas. — ¡Hijos mios! ¡á la cárcel vuestro padre! ¡no puede ser!...

Y miró asombrada y sin moverse al lapidario, á su mujer y á los alguaciles.

Bordon se acercó á Alegria.

— Oiga usted, prenda mia, á ver si con buenas palabras hace usted entrar en razon á ese hombre es verdad que se ha muerto su hija, pero eso no podemos remediarlo, y es preciso que lo llevemos á Clichy... á la cárcel de deudores, porque somos alguaciles del comercio. — ¡Con que luego es verdad! — exclamó la jóven. — Y tan verdad, que mas claro no lo canta un loro. La madre está distraida en la cama con la chiquilla... y el marido debe aprovechar esta ocasion para escabullirse. — ¡Dios mio! ¡qué desgracia para esta pobre familia! — exclamó Alegría — ¿como saldrán de tal desastre? — No hay mas remedio que pagar ó ir á la cárcel: ¿teneis dos ó tres billetes de á *mil* que prestarles? — preguntó Malicornio con socarroneria: — si los teneis rascad el bolsillo, que no pedimos otra cosa. — ¡Oh! ¡eso es horrendo! — dijo Alegría con indignacion — ¡chancearse viendo tal desgracia! — Pues bien, hablando formalmente — dijo el otro corchete — ya que los estimais, haced de manera que la mujer no vea salir á su marido, pues les evitaréis un mal rato.

El consejo, aun que brutal, no era malo, y así es que Alegría se acercó á la cama de Magdalena y se arrodilló junto al jergon en medio de los

niños; pero Magdalena estaba tan sumergida en su pesar que no la vió.

Morel volviò en sí de su demencia, pero se entregó de nuevo á reflexiones mas melancólicas, pues pudo entónces contemplar el horror de su situacion. Pensó que una vez tomada por el notario aquella extrema resolucion debia estar inexorable, y que los alguaciles no dejarian de cumplir con su deber.

El lapidario se resignó.

—¿Nos vamos, ó que hacemos? —le preguntó Bordon. —No puedo dejar aquí esos diamantes, porque mi mujer está medio loca —dijo Morel señalando hácia las joyas que estaban sobre la mesa. —La corredora para quien trabajo debe venir á recogerlos esta mañana, ó en todo el dia, y no puedo dejarlos abandonados, que son de mucho valor. —¡Tate! —dijo para sí el Cojuelo que no se habia separado de la puerta —ya se lo contaré á la Lechuza. —dejadme si quiera hasta mañana —dijo Morel —para que pueda entregar los diamantes á la corredora. —¡Imposible! ¡vamos pronto, marchemos! —Pero no puedo esponerme á que se pierdan los diamantes dejándolos abandonados. —Metedlos en el bolsillo; vamos pronto, que nos aguarda el coche á la puerta, y eso tendreis mas de costas. Iremos por la casa de la corredora, y si no la encontrais entregaréis las piedras al alcaide de Clichy; estarán tan seguras en su poder como en el banco de Francia! ¡Pronto, pronto! ahora que no os ven la mujer ni los hijos. —¡Dejadme hasta mañana para enterrar á mi hija! —dijo Morel con voz suplicante y alterada por el llanto. —¡Os digo que no puede ser!... ¡ya hemos perdido aquí una hora! —El entierro os trastornaria la cabeza —añadió Malicornio. —¡Oh!

sí... — repuso Morel con amargura. — Ya que os compadeceis de mí, dejadme haceros una pregunta... — ¡Qué pregunta ni que rayo! vamos de aquí pronto! — repuso Malicornio con impaciencia brutal — ¿Desde cuando teneis órden para prenderme? — La sentencia se ha dado hace cuatro meses, pero hasta ayer no ha recibido nuestro ujier la órden del notario para ponerla en ejecucion. — ¿Hasta ayer?... ¿y porqué aguardó hasta ayer? — ¿Qué me importa á mí?... ¡Vamos pronto, liad el petate! — ¡Hasta ayer!... ¿Cómo no habrá venido Luisa?... ¿en dónde está Luisa? — dijo el lapidario metiendo las piedras en una cajita llena de algodon. — ¡Dios me dé paciencia! Vamos de aquí... ya sabré en la cárcel lo que ha sido de mi hija.—A ver como haceis pronto vuestro lio y os vestís... — No tengo mas lio que hacer que llevar estos diamantes para entregarlos al alcaide. — ¡Vestios de una vez!... — No tengo mas vestidos que el que llevo puesto. — ¿Y vais á salir con esos andrajos? — preguntó Bordon. — Os dará vergüenza ¿no es verdad? — repuso el lapidario. — No, porque vamos metidos en el coche; que sino... — dijo Malicornio. — Papá, mamá te llama — dijo uno de los niños.

— Escuchad — dijo con rapidez Morel á uno de los corchetes — no seais inhumano... concededme un solo fabor. No tengo valor para despedirme de mi mujer y de mis hijos... porque se me partiria el corazon... Si ven que me llevais, se echaran á mí los pobrecillos... y quisiera evitar este último lance. Os ruego que me digais en voz alta que vendréis dentro de tres ó cuatro horas y que finjais marcharos... me aguardaréis en el descanso de la escalera, y me ahorraréis así la amargura de despedirme... os prometo que estaré con vosotros den-

tro de cinco minutos... — Ya entiendo... querriais dejarnos de planton ¡ eh !... — dijo Malicornio. — ¡ Buen lagarto sois ! en un abrir y cerrar de ojos os iriais por una rendija. — ¡ Valgame el poder de Dios! — ¡ exclamó Morel con dolorosa indignacion.—Creo que no nos engaña — dijo Bordon á su compañero; — hagamos lo que dice, porque sino llevamos trazas de salir de aquí en todo el dia: ademas, yo me pondré junto á la puerta, y como la guardilla no tiene otra salida, no podrá escaparse. — ¡ Mala sarna te mate, viejo chocho !.., ! á tí y á tu pocilga !... ¡ Qué peste, santo Dios ! repuso Malicornio; y dirigiéndose á Morel continuó: — Esperaremos en el cuarto piso... pero cuidado que bajeis pronto... — Gracias —dijo Morel. — ¡ Pues señor, convenido ! — dijo Bordon en voz alta mirando al artesano con aire de inteligencia; — ya que ofreceis pagar, os dejamos, y volveremos dentro de cinco ó seis dias; ! pero cuidado con cumplir lo prometido ! — No faltaré; para entonces espero que podré pagar repuso Morel.

Los alguaciles salieron del desvan.

El Cojuelo, temiendo que lo sorprendiesen, habia desaparecido ántes que los corchetes saliesen de la buhardilla.

— ¿ No habeis oido, señora Magdalena ? — dijo Alegría dirigiéndose á la mujer del lapidario para distraerla de su lúgubre contemplacion: — esos dos hombres se han marchado y dejan en libertad á vuestro marido. — ¿ no oyes, mamá ? ya no prenden á mi padre: — dijo el mayor de los niños. — ¡ Morel ! mira escucha... Coje uno de esos diamantes gordos, que nadie lo sabrá, y salimos de este apuro — dijo Magdalena en voz confusa y delirante. — Con eso tomará calor Adelita, y no estará muerta tanto tiempo...

El lapidario salió con precaucion aprovechando un momento en que nadie le miraba.

El alguacil lo esperaba del lado de afuera en un especie de descanso que estaba tambien á teja vana. Hácia este descanso daba la puerta del desvan que corria á lo largo de la buhardilla de Morel, y en el cual guardaba M. Pipelet sus provisiones de cuero. Hemos dicho tambien que el digno portero llamaba á este agujero su *pa'co de melodrama*, porque por un agujero hecho al tabique, observaba con frecuencia las tristes escenas de la guardilla de Morel.

Vió el alguacil aquella puerta, y creyó por un momento que el lapidario podria acaso huir por ella.

— Vamos, adelante, mala ralea! — le dijo poniendo el pié en el primer paso de la escalera, y le hizo seña para que lo siguiese. — ¡Un momento por favor... un momento! — dijo Morel.

E hincándose de hinojos en el descanso, dió la última mirada á su familia por una rendija de la puerta, levantó las manos, y dijo en voz baja y tremula que revelaba su amarga afliccion:

— ¡Adios! hijos de mi alma! ¡adios mujer desdichada! Adios... — ¡Vamos! ¿acabareis de una vez! Basta de mojigangas — dijo brutalmente Bordon tiene razon, Malicornio: ¡qué pocilga! ¡qué letrina.

Levantóse Morel y se disponia á seguir al alguacil, cuando resonaron en la escalera estas palabras.

— ¡Mi padre! ¡mi padre! — ¡Luisa! — exclamó el lapidario levantando las manos al cielo.— ¡Alabado sea Dios! siquiera podré abrazarla antes de marchar... — ¡Gracias á Dios, que llego á tiempo! — dijo la voz acercándose mas y mas.

Y se oyó que la jóven subia precipitadamente la escalera.

— No tengais cuidado prenda mia, — dijo otra voz áspera y temblona que salia de una region inferior; — yo me pondré si es menester en el pasillo con mi querido viejo y el palo de la escoba, y no saldran de aquí esos matachines sin que les hayais hablado.

Ya se habra adivinado que esta voz era la de madama Pipelet, la cual, ménos ágil que Luisa, la seguia lentamente. Algunos momentos despues la hija del lapidario estaba en los brazos de su padre.

—¡Conque eres tú, Luisa! ¡eres tú, hija de mi corazon! — dijo Morel llorando. — ¡Pero que descolorida estás! ¡Dios mio! ¿que tienes? — Nada... no tengo nada... — respondió Luisa con voz balbuciente. — he corrido tanto, que!... aquí está el dinero. — ¡Qué dices!... ¡cómo ... — ¡Estais libr señor!... — ¿Luego sabias que? — Sí, todo lo he sabido... Tomad, señor, ahí teneis el dinero — dijo la jóven dando un paquetito de monedas de oro á Malicornio — ¡Pero ese dinero, Luisa! .. ¡ese dinero! — ya lo sabreis... sosegáos... voy á consolar á mi madre. — ¡No, aguarda! gritó Morel poniéndose delante de la puerta, pues se acordó de que Luisa no sabia aun la muerte de su hermana. — Aguarda que tengo que preguntarte... Dime ¿quién te ha dado ese dinero? — Ni mas ni menos — dijo Malicornio luego que acabó de contar las monedas de oro que metió en el bolsillo. Sesenta, sesenta y cinco, mil trescientos francos justos y tapados, ¿Y no traeis mas que esto, mocita? — ¿Pero vos no debeis mas que mil trescientos francos?—dijo Luisa asombrada dirigiéndose á su padre. — Sí — repuso Morel, — Vamos á esto! —dijo el alguacil, — la obligacion es de mil trescientos francos... está bien esto paga la deuda... pero, y las costas?... sin la

diligencia de arresto hay ya por mil ciento y cuarenta francos. — ¡Dios mio! ¿como puede ser esto — exclamó Luisa. — Yo creia que no eran mas que mil y trescientos francos... Entónces, señor, ya pagaremos el resto... porque al fin hemos dado ya mucho dinero. ¿no es verdad, mi padre? — Enhorabuena no hay inconveniente... Entonces llevad el dinero al alcaide y se pondrá en libertad á vuestro papá, ¡Vamos, á la cárcel! — Conque le llevais! — Y mas que de paso... Que pague lo que debe y quedará libre... ¡Vamos, Bordon, despachemos! — ¡Oh! piedad... ¡tened compasion! — exclamó Luisa. — ¡No lo digo yo! ya vuelve á empezar la gresca... ¡vamos, palabra de honor, esto es capaz de hacer sudar á un difunto! — dijo brutalmente el corchete; y dirigiéndose luego à Morel continuó: Si no tomais el camino sobre la marcha, os agarro por el pesquezo y os hago marchar mas que deprisa. ¡Vaya una comision divertida! — ¡Ay, padre de mi alma! ¡Dios mio! ¡y creí que se libraria de este lance! — exclamó Luisa con voz desfallecida. — ¡No, no! ¡no hay justicia en el cielo! — gritó el lapidario dando con desesperacion una patada en el suelo — Sosegàos, buen hombre; hay una providencia para los que viven con honra — dijo una voz firme y vibrante.

Y al mismo instante salió Rodolfo por la puerta del zaquizamí, desde donde habia presenciado sin ser visto várias de las escenas que acabamos de referir. Estaba pàlido y profundamente conmovido. Al ver tan súbita aparicion retrocedieron los alguaciles, y Morel y su hija miraron al desconocido con estupor. Sacó Rodolfo del bolsillo del chaleco algunos billetes de banco, escogió tres de ellos y los presentó à Malicornio diciéndole:

— Ahí teneis dos mil quinientos francos: volved à esa niña el oro que os ha dado.

El alguacil, cada vez mas asombrado, tomó con recelo los billetes, los miró y examinó en todos sentidos, les dió diferentes vueltas, y por último los metió en la faltriquera. Mas volviendo à recobrar su acostumbrada osadia à medida que se iba disipando su espanto, miro à Rodolfo de pies á cabeza y le dijo:

— Y son buenos los billetes... ¿pero porque arte de birli birloque os hicisteis con esta suma? ¿Estais seguro de que es vuestra?

Rodolfo estaba modestamente vestido y cubierto del polvo que habia cogido en el zaquizami de M. Pipelet.

— Ya te dije que volvieses el oro à esa niña — respondió Rodolfo con voz breve y severa. — ¡Ya te dije!... ¿y en que taberna almorzàmos juntos para tanta llaneza? grító el corchete adelantàndose hacia Rodolfo con ademan amenazador. — ¡El oro!... ¡te digo que vuelvas el oro! — dijo el príncipe apretando con tal violencia la muñeca de Malicornio que este no pudo menos de ceder al agudo dolor, y gritó: — ¡Oh! ¡pero no me lastimeis!... ¡soltadme el brazo!

— ¡Pues vuelve el oro!... ¡Bribon! estas pagado, márchate... y cuidado con hacerse el insolente, porque te haré rodar la escalera. — Ahí teneis el oro — dijo Malicornio alargando el dinero á Luisa — pero no me tuteeis ni me maltrateis,. porque seais mas fuerte que yo. — Tiene razon... ¿y quién sois para gastar tanta fachenda? — dijo Bordon poniéndose á la sombra de su compañero — ¿quién sois para tener esos humos? — ¿Quién es?... es mi inquilino... ¡el rey de los inquilinos! ¡picaros, mal criados, deslenguados, botarates! — gritó

madama Pipelet, que al fin se dejó ver encendida como un tomate, hinchada de cólera y con su eterna peluca rubia á lo Tito Livio. Traía en la mano una cazuela de barro llena de sopa caliente para la familia de Morel. — ¿Qué diablos quiere esa comadreja! — dijo Bordon. — Si ultrajais mi físico, me echo á vosotros con dientes y uñas — gritó madama Pipelet — y para que lleveis que contar, mi inquilino, mi rey de inquilinos os hará rodar las escaleras una á una, como os ha intimado ya... y con la escoba os barreré, proterba, mala canalla, como si fuerais basura. — Esa bruja es capaz de levantar contra nosotros toda la vecindad. Ya que estamos pagados, vámonos de aquí ántes que venga otro chubasco — dijo Bordon á Malicornio. — Ahí teneis los autos — dijo este arrojando á los piés de Morel un legajo de papeles. — ¡Coje los papeles!... ¡te han pagado, no seas insolente! — dijo Rodolfo deteniendo al corchete con mano vigorosa, y señalando con la otra á los papeles.

Conociendo por esta nueva insinuacion que nada de bueno sacaria de hacer resistencia, inclinóse murmurando el alguacil, cogió del suelo el legajo y lo entregó á Morel que tendió la mano maquinalmente.

Creia estar soñando.

— ¡Guardáos de caerme en las manos, porqué no os han de valer vuestros puños de cargador! — dijo Malicornio.

Y despues de haber enseñado á Rodolfo el puño cerrado, saltó de un solo bote diez pasos de la escalera, seguido de su compañero, que á cada instante volvia la cara atrás lleno de miedo.

Madama Pipelet se dispuso á vengar á Rodolfo de las amenazas del alguacil; y clavando los ojos

en la cazuela con un aire inspirado, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

— Morel pagó sus deudas... ahora su familia tendrá que comer, y no necesitará mi pitanza... ¡agua va!

—E inclinándose sobre el pasamano de la escalera, arrojó el contenido en la cazuela á la espalda de los corchetes, que llegaban en aquel momento al primer piso.

—¡Fuera de aquí, ¡paso redoblado! —añadió la portera: los puse como una sopa... como dos sopas... ¡je! ¡je je! vaya un par de visiones! —¡Mil millones de rayos! — exclamó Malicornio inundado de sopa —¡cuidado allá arriba... vieja mondonga de los demonios!...

—¡Alfredo! —repuso madama Pipelet desgañitándose, con una voz aguda capaz de romper el tímpano de un sordo... —¡Alfredo! ¡prenda mia mátalos, mata á esos beduinos, que faltaron al respeto á tu Pomona! ¡indecentes!... ¡mal encarados!... dales, de firme con el palo de la escoba. Llama la ostrera y el tio Pepe para que te ayuden... ¡Atrápalos!... ¡cógelos! ¡fuego!... ¡fuego!... ¡Vecinos! ¡vecinos!... ladrones!... Prrrrr... Cu, cu, cu... cu, cu, cu... ¡Firme, dales, vejete querido, para que no vuelven á tratar con irreverencia á tu Pomona.

Y para terminar formidablemente esta onomatopeya, que habia acompañado con brincos y contorsiones furiosas, madama Pipelet exaltada por la embriaguez de la victoria arrojó desde lo alto de la escalera la cazuela de barro, que rompiéndose con un ruido espantoso en el momento en que los corchetes bajaban los últimos pasos de la escalera de *cuatro en cuatro* escalones, aumentó prodigiosamente su espanto.

— ¡Largo de aquí, pillos, bribones! — gritó Pomona riendo á carcajadas y cruzando los brazos con aire triunfante.

. . . . . .

Mientras que madama Pipelet corria de este modo á los alguaciles (a) Morel se echó á los piés de Rodolfo.

(a) Hé aqui algunos hechos curiosos sobre la prision por deudas, citados en el *Pauvre Jacques*, periódico publicado bajo la proteccion de la SOCIEDAD DE LA MORAL CRISTIANA (*Comité des Prisons*):

«Un protesto y una intimacion de arresto por deuda, tasados por la ley, el primero en 4 fr. 35 c., y la segunda en 4 fr. 70 c., suben generalmente por la tasacion de los alguaciles, el primero á 10 fr. 40 c., y la segunda á 16 fr. 40 c. Segun esto los alguaciles exigen 26 fr. 80 c. por lo que la ley ha tasado en 9 fr. 50 c.

«Para un arresto la ley concede á esta clase de alguaciles ó guardas del comercio lo siguiente: derechos de sello y registro, 3 fr. 50 c.; carruaje, 5 fr.; diligencias de arresto y de entrega, 60 fr. 25 c.; derechos de escribanía, 8 fr.: total 76 fr. 75 c.

«Una cuenta de gastos y costas citada como término medio de lo que ordinariamente reclaman los guardas del comercio por una prision, hace subir dichos gastos y costas á cerca de 240 francos, en lugar de los 76 designados por la ley.»

En el mismo periódico se lee lo siguiente:

«El guarda del comercio *** ha venido á suplicarnos que rectificásemos el artículo de *la Mujer ahorcada*. No soy yo, dijo, *quien la ha matado*. No hemos dicho que *** hubiese quitado la vida á aquella desgraciada. Reproducimos el texto de nuestro artículo:

«El guarda del comercio *** se presentó para arrestar á «un carpintero de la calle de la Luna: el carpintero al verle «en la calle, grita: — ¡Estoy perdido! ¡vienen á prender«me! — Oyelo su mujer, cierra la puerta y el carpintero se «esconde en un desvan. El guarda va á buscar el juez de «paz y un cerrajero, y hace echar abajo la puerta del cuar«to de la mujer del carpintero... ¡*la mujer se habia ahor«cado*!... El guarda no se conmueve á la vista del cadáver,

— ¡ Ah ! Señor ¡ nos habeis salvado la vida !... ¿ A quien debemos este socorro inesperado?...

— Al Dios de *los honrados*... como dice vuestro inmortal Beranger.

«continúa su pesquisa y halla por fin al marido. — Estais «preso. — No tengo dinero. — ¡ Entónces à la cárcel ! — Va- «mos ; pero dejadme siquierà decir adios à mi mujer.

« — *Dejàos de despedidas : vuestra mujer se ha ahorcado; està muerta...*»

« ¿ Qué teneis que decirnos, señor *** ? (añade el periódico que citamos) ; *no hemos hecho mas que copiar vuestra misma declaracion escrita*, en la cual habeis pintado horrible y minuciosamente esta escena espantosa.»

El mismo papel cita dos ò trescientos hechos, de los cuales el siguiente es por decirlo asi el justo medio :

«*Por un pagaré de 300 francos, un alguacil ha hecho de costas 964 fr. El deudor, que es un menestral y padre de familia con cinco hijos, hace siete meses que està preso.*»

Por dos razones cita del *Pauvres Jacques* estos hechos, el autor de este libro:

En primer lugar para demostràr que la invencion del capìtulo que precede es inferior à la realidad.

Y sobre todo porque, en un sentido filantròpico, la continuacion de semejante estado de cosas (los salarios exorbitantes ilegal é impunemente exigidos por ciertos empleados públicos) paraliza à veces las intenciones mas generosas... Asì es que con una suma de 1,000 francos se podria librar de la cárcel y restituir al seno de su familia à tres ò cuatro menestrales honrados é infelices, casi siempre encarcelados por sumas de 250 à 500 francos ; pero como estas sumas se triplican por una exagerada exaccion de costas y salarios, las personas caritativas se abstienen muchas veces de hacer una buena obra, al pensar que las dos terceras partes de su donativo serán para satisfacer la codicia de empleados inmorales.

Y sin embargo pocas miserias hay mas dignas de interes y de piedad, que la de los desgraciados de quienes acabamos de hablar.

CAPÍTULO XIV.

ALEGRIA.

Luisa, la hija del lapidario, era alta, esbelta y de una belleza extraordinaria, pero séria y grave: participaba de la hermosura de la antigua Juno por la regularidad y severidad de sus facciones, y de la de Diana por la elegancia de su elevada estatura. A pesar de que era morena, y del color encendido y rojo de sus manos endurecidas por el trabajo doméstico, á pesar de lo humilde y desaliñado de sus vestidos, esta joven tenia una presencia llena de dignidad y nobleza.

No intentaremos pintar el agradecimiento y el gozoso estupor de esta familia tan inopinadamente rescatada de una suerte espantosa. La repentina embriaguez de la alegía la hizo olvidar por un momento la muerte de la niña. Solo Rodolfo observó la extremada palidez de Luisa, y la sombría reflexion que parecia afligirla, á pesar de la libertad que acababa de obtener su padre. Queriendo inspirar á Morel una entera confianza acerca de su porvenir, y explicarle una liberalidad que podia comprometer su incógnito, el príncipe se retiró á un lado con el lapidario, miéntras Alegría preparaba á Luisa para recibir la noticia de la muerte de su hermana, y le dijo:

—¿No ha venido anteayer una señora jóven?—Sí, señor, y aun parece que se contristó al ver nues-

Alegria

tra situacion. — Pues á ella es á quien debeis estar agradecido, y no á mí... — ¿Será posible... señor... ? aquella señora jóven... — Es vuestra bienhechora. He llevado géneros á su casa algunas veces. Cuando he alquilado un cuarto en esta casa, supe por la portera vuestra cruel situacion... y como contaba con la caridad de esa señora, fuí inmediatamente á su casa, y ántes de ayer vino ella misma á informarse, como habeis visto. Salió de aquí llena de compasion; pero como vuestra desgracia podia ser el fruto de mala conducta, me ha encargado que tomase informes lo mas pronto posible, á fin de medir sus beneficios por vuestra probidad. — ¡ Qué señora tan buena, tan noble ! con razon decia yo... — A Magdalena: *¡ Si los ricos supieran* ! ¿ no es verdad ? — ¿ Y cómo sabeis el nombre de mi mujer ?. . ¿ quién os ha dicho que?...

— Desde las seis de esta mañana — dijo Rodolfo interrumpiendo á Morel — he estado oculto en ese desvan junto á vuestra guardilla. — ¡ Vos.... señor !... — ¡ Y he oido cuanto ha pasado, hombre de bien, hombre honrado ! — ¡ Dios mio !... ¿ pero como pudisteis meteros allí ! — Nadie podia informarme mejor que vos mismo de lo que deseaba saber, y he querido oiros sin que supieseis os escuchaba. El portero me habia hablado de ese pequeño desvan, y aun me propuso cedérmelo para leñera. Esta mañana le he dicho que me dejase verlo, estuve en él una hora, y me he convencido de que no hay un hombre mas bueno, mas noble, ni mas valerosamente resignado que vos. — Pero, señor, mi mérito no es grande á la verdad: he nacido asi, y no debia esperar otra cosa. — Ya lo sé; y por eso no os alabo, sino que os aprecio... Estaba para salír de ese agujero para libraros de los alguaciles, cuando he oido la voz de vuestra hija, y entonces

he determinado cederla la dicha de salvaros.. Por desgracia la rapacidad de los guardas del comercio ha privado á la pobre Luisa de esta dulce satisfaccion, y entonces me he presentado. Ayer he recibido algunas cantidades que me debian, y por eso he podido cumplir de antemano la voluntad de vuestra bienhechora pagando por vos esa desgraciada deuda. Pero vuestro infortunio ha sido tan grande, tan honrado, y lo habeis sufrido con tanta resignacion, que el interes que os manifiesta, y que mereceis, no se reducirá á este solo don. En nombre de vuestro ángel tutelar puedo ofreceros un porvenir tranquilo y dichoso para vos y para vuestros hijos... -- ¡Será posible!... Pero á lo menos decidme su nombre, señor; el nombre de ese ángel del cielo, de ese ángel tutelar, como vos le llamais!... — No hay duda que es un ángel... Y teniais razon de decir que todos tienen sus penas, asi los grandes como los pobres. -- ¡Es por ventura desgraciada esta señora! -- ¡Y quien no padece en esta vida!... Pero yo no hallo inconveniente ninguno para deciros su nombre... Se llama....

Acordándose Rodolfo de que madama Pipelet sabia que la marquesa de Harville habia ido á aquella casa con intencion de ver al *comandante*, y temiendo con razon la indiscreta locuacidad de la portera, continuó despues de un momento de silencio:

— Os diré el nombre de esa señora... bajo una condicion.... -- ¡Oh! la condicion que querais, señor!... — Que me prometereis no decir su nombre á nadie.., ¿entendeis? á nadie... -- ¡Ah! os lo juro.. ¿Pero no podré á lo menos dar gracias á esa providencia de los desgraciados? -- Se lo preguntaré á la marquesa de Harville, y no dudo que consentirá. --¿Como se llama? -- La señora marquesa de

Harville. — ¡Ah! ¡nunca olvidaré su nombre! Será la santa que invocaré... que adoraré... ¡Cuando pienso que ha salvado á mi mujer, á mis hijos!... ¿Salvado? ¡ah! no los ha salvado á todos... mi Adelita; hija de mi alma... ¡no has conocido á tu bienhechora!... Pero, como ha de ser; al fin la hubieramos perdido de un dia al otro, porque su enfermedad era mortal...

Y el lapidario enjugó las lágrimas.

— En cuanto á los últimos deberes que hay que cumplir con respecto á vuestra hija, si quereis seguir mi consejo os diré lo que se debe hacer.... No vivo todavia en mi cuarto, que es grande, sano y ventilado; tengo ya en él una cama, y se traerá todo lo necesario para que vos y vuestra familia esteis con comodidad, mientras la señora de Harville no disponga colocaros de otro modo... El cuerpo de vuestra hija quedará en el desvan, en donde será velado esta noche como conviene por un sacerdote. Voy á pedir á M. Pipelet que se encargue de todos los pormenores. — ¡Pero, señor, privaros de vuestro cuarto!... no es menester que hagais tal sacrificio... Ahora estamos tranquilos, pues ya no me llevan á la cárcel... y nuestro pobre desvan nos parecerá un palacio, sobre todo si mi Luisa se queda á nuestro lado para cuidar de todo como antes de habernos separado... — Vuestra Luisa no os abandonará... Deciais que seria vuestra ambicion, vuestro lujo el tenerla en vuestra compañía... Pues bien la tendreis, y será la recompensa de vuestra honradez. — ¡Dios mio! me parece que estoy soñando ¿es posible lo que me pasa? Yo no he sido jamas devoto, ni he tenido mas religion que la del honor... pero este cambio maravilloso de fortuna... me hace creer en la Providencia... — Y si el dolor de un padre pudiese admitir compensaciones — dijo

Rodolfo con tristeza — os diria que si habeis perdido una hija, habeis rescatado otra. — Es verdad á lo menos ahora tendremos á nuestra Luisa... — Conque aceptais mi cuarto ¿no es verdad? porque sino ¿como se ha de hacer para velar el cuerpo de esa pobre niña?... Acordaos de la debilidad de vuestra mujer... y el peligro de ponerla delante tan doloroso espectáculo por espacio de veinte y cuatro horas... — De todo os acordais... ¡de todo!... ¡Que bondadoso sois, señor! — Agradecedlo á vuestro ángel tutelar, porque su bondad es la que me inspira. Os digo lo que ella misma os diria, y estoy seguro de que aprobará cuanto hiciere... Conqué aceptais ¿no es verdad? vamos, está convenido.... Ahora decidme ¿qué teneis con ese Jaime Ferran?..

Una nube sombría cubrió el semblante de Morel.

— ¿Es por ventura ese Jaime Ferran el notario que vive en la calle de Sentien? — El mismo... ¿Le conoceis? — Y luego, exaltado de nuevo por sus temores con respecto á Luisa, dijo con voz alterada: — Ya que todo lo habeis oido, decidme, señor, decid... ¿tengo ó no tengo derecho para quejarme de ese hombre?... y quien sabe... si mi hija... si Luisa...

Rodolfo comprendió el motivo de su temor.

No pudo concluir y cubrió el rostro con las manos.

— El paso que ha dado el notario debe serenaros — le dijo: — acaso ha pedido vuestra prision para vengarse de los desdenes de vuestra hija; por lo demas tengo motivos para creer que es hombre de malas intenciones... En tal caso — dijo Rodolfo despues de haber reflexionado un momento — esperemos que la Providencia lo castigará... porque no siempre deja sin su merecido á los malos. — ¡Ah, señor! ¡es tan rico como hipócrita! — Acordáos de que estabais aflijido y desesperado, y que un ángel

vino á salvaros... otro ángel vengador é inexorable acaso visitará al notario... si es culpable.

Salió en aquel momento Alegria del desvan enjugando los ojos.

Rodolfo la dijo:

— ¿No os parece, vecinita, que el señor Morel hará bien en ocupar mi cuarto con su familia, mientras que su bienhechor, del cual no soy mas que un agente, le busca una habitacion cómoda.

Alegría miró á Rodolfo con asombro.

— ¿Pero, señor, seriais generoso hasta el punto de?... — Sí, pero bajo una condicion... que depende de vos, vecina... — ¡Oh! todo lo que de mi dependa.... — Tengo que arreglar deprisa unas cuentas para mi principal... los papeles están abajo y muy pronto vendran á buscarlos... Si en calidad de vecina quisieseis permitirme hacer este trabajo en vuestro cuarto .. en una esquina de vuestra mesa... mientras haceis vuestro trabajo... prometo no incomodaros, y la familia de Morel podrá en tal caso mudarse inmediatamente á mi cuarto con la ayuda de madama Pipelet. — ¡Oh! si no es mas que eso, de muy lindo gusto; los vecinos deben servirse mutuamente... y vos nos dais el ejemplo en el bien que haceis por esta pobre familia... Mi cuarto, señor está á vuestra disposicion... — Llamadme *mi vecino*... porque sino no os hablaré con franqueza... ni me atreveré á aceptar vuestro ofrecimiento — dijo Rodolfo sonriendo. — Si en eso consiste, nada mas sencillo: puedo llamaros vecino, porque en realidad lo sois. — Papá, mamá te llama... ¡ven! ¡ven! — dijo uno de los niños saliendo del desvan. — Adios, señor Morel: cuando todo esté listo abajo os darán aviso.

El lapidario entró precipitadamente en el desvan.

— Ahora, vecina — dijo Rodolfo á Alegría — es

necesario que me hagais otro servicio. — De muy buena gana, vecino, si me es posible. — Estoy seguro de que se os dan en la mano los negocios caseros: se trata de comprar al instante lo necesario para que la familia de Morel se vista y se establezca con comodidad en mi cuarto, en donde no hay todavía mas que mis muebles que han traido ayer, y por cierto que no son muy abundantes. ¿Como haremos para tener sobre la marcha lo que necesito para esta pobre familia?

Reflexionó un momento Alegría, y respondió:

— Dentro de dos horas tendréis todo lo necesario, vestidos hechos, de mucho abrigo y muy buenos, buenas camisas y sábanas para toda la familia, dos camitas para los niños, una para la vieja; en fin, todo lo que hace falta... pero es menester considerar que costará mucho, mucho dinero. — ¡Qué diantres!... ¿y cuanto costará? — ¡Oh! por lo menos, por lo menos quinientos ó seiscientos francos. — ¿Para todo? — ¡Oh, sí!... ya veis que es mucho dinero — dijo Alegría abriendo los grandes ojos y meneando la cabeza. — ¿Y cuando tendremos todo eso? — Antes de dos horas. — ¡Entonces sois bruja, vecina! — ¡Dios mio, no! nada mas sencillo... El Templo está á dos pasos de aquí. y allí se encuentra todo lo necesario. — ¿El Templo? — Si, el Templo. — ¿Qué sitio es ese? — ¿No sabeis donde está el Templo? — No, vecina. — Pues es donde compran sus muebles los que como vos y como yo quieren vivir con economía. Se compran allí muebles mas baratos que en otras partes, y tan buenos.... — ¿De veras? — Ya lo creo: supongamos por ejemplo... ¿cuanto habeis pagado por vuestra levita? — No sé precisamente... — ¡Qué decís, vecino! ¿no sabeis lo que ha costado vuestra levita? — Os confesaré, vecina, con franqueza que la

estoy debiendo — dijo Rodolfo — Ya veis que no puedo saber... — ¡Ah! vecino.... vecino.... estoy viendo que no sois muy ordenado. — ¡Ah, vecina! ese es mi pecado... — Sin embargo debeis enmendaros, si quereis que seamos amigos... y me parece que lo seremos... porque teneis trazas de ser bueno. Ya vereis como no os desagrada mi vecindad. Me ayudareis... y yo os ayudaré tambien... porque entre vecinos no hay nada mas natural... Cuidaré de coseros y plancharos... y me dareis una mano para encerar todos los dias el suelo de mi cuarto... Yo soy madrugadora y os despertaré para que nunca os echen de menos en la tienda: llamaré á vuestro tabique hasta que me digais: ¡Buenos dias, vecina!

— Que me place: me despertaréis, cuidaréis de mi ropa, y yo enceraré vuestro cuarto. — ¿Pero seréis ordenado? — Seguramente. — Y cuando tengais que comprar alguna cosa, iréis al Templo; porque, por ejemplo: supongo que esa levita os ha costado ochenta francos; pues bien, en el Templo la comprariais por treinta. — ¡Eso es una viña!... De modo que con quinientos ó seiscientos francos creeis que el pobre Morel y su familia... — Se harán con todo lo preciso, y bien, y para mucho tiempo. — ¡Una idea se me ocurre, vecina! — Decid. — ¿Sabeis escoger bien la ropa y los muebles? — Ya lo creo... algo entiendo de eso — repuso Alegría con cierto énfasis de vanidad. — Pues entónces tomad mi brazo y vámonos al Templo á comprar lo que hace falta para la familia de Morel, ¿quereis? — ¡Jesus! ¡qué felicidad!.... ¡pobrecillos!... pero ¿y el dinero? — Tengo dinero. — ¿Quinientos francos¿ — El bienhechor de Morel me ha dado carta blanca, y no quiere ahorrar nada con estos infelices... Si sabeis de otro sitio en donde haya mejores

géneros que en el Templo... —En ninguna parte se halla nada mejor; y luego en el Templo todo se puede comprar hecho: ropa para los niños, para la madre... — ¡Vamos entónces al Templo, vecina. — ¡Ay Dios mio! pero...—¿Pero qué?—Nada... pero, ya veis... mi tiempo... es lo único que poseo... ya me he atrasado bastante yendo y viniendo para cuidar á la mujer de Morel. Ya veis, una hora de aquí, otra hora de allí, va haciendo poquito á poco un dia entero; un dia vale treinta sueldos; y cuando no se gana nada en un dia es preciso vivir como si se ganara... ¡Pero, no importa!... Lo sacaré á las noches... y ademas, mis horas de recreo son muy raras y contadas... de lo que no me pesa... me parecerá que soy muy rica... muy rica, y que compro con mi dinero todas esas cosas para Morel... Vamos luego; voy á ponerme el chal y el sombrero, y vuelvo en un minuto, vecino.—¿Quereis que miéntras tanto lleve mis papeles á vuestra habitacion?—Como gustéis, y con eso veréis mi cuarto—dijo Alegría con orgullo—porque está ya compuesto, lo que os probará que soy madrugadora, y que si sois perezoso y dormilon... peor para vos, porque tendréis mala vida conmigo...

Y Alegría bajó la escalera como un pájaro, y seguida de Rodolfo que entró en su cuarto para limpiarse del polvo que habia cojido en el desvan de M. Pipelet. Mas adelante diremos porqué no sabia Rodolfo el rapto de Flor de María, que habia tenido lugar la víspera en la quinta de Bouqueval, y porqué no habia visitado á Morel al dia siguiente de su coloquio con madama de Harville.

Rodolfo, armado de un lio formidable de papeles por mero cumplimiento, entró en el cuarto de Alegría.

Tenia esta la misma edad que Flor de María, su

antigua amiga y compañera de prision. Habia entre estas dos jóvenes la diferencia que hay entre la risa y el llanto; entre la indolencia gozosa y la meditacion melancólica:... entre la imprevision mas irreflexiva y la provision mas incesante y sombría de lo futuro, entre una naturaleza delicada, esquisita, elevada, poética, dolorosamente sensible, incurablemente herida y abrumada por los remordimientos... y una disposicion alegre, viva, feliz, buena y compasiva. Alegría no sentia mas pesares que los ajenos, y se afligia y se identificaba de todo corazon con el infortunio de los demas: pero no volvia á acordarse desde que volvia la espalda como vulgarmente se dice. A veces interrumpia una risa ingenua y estrepitosa para llorar amargamente, ó un llanto sincero y amargo para volver á reir. Como verdadera hija de Paris, preferia el aturdimiento á la quietud, el movimiento al reposo, la estrepitosa armonía de la orquesta de los bailes de la Cartuja y del Coliseo al dulce murmullo del viento, del agua y del follaje... el tumulto atronador de las plazas y calles de Paris á la soledad de los campos... el resplandor de los fuegos de artificio, el chispeo deslumbrador del gran *ramillete* de fuego, el ruido de las bombas, á la serenidad de una noche estrellada, sombría y silenciosa. ¡Ah! la gozosa niña preferia francamente el empedrado de las calles de la *capital*, al musgo y al cesped frondoso de los senderos umbríos y sembrados de violetas; el polvo de los Baluartes á la ondulacion de los campos de espigas de oro, esmaltados con la escarlata de las amapolas silvestres y el suave azul de los acianos...

Alegría solo salia de su cuarto los domingos, y todas las mañanas muy temprano para hacer su provision *de leche, de pan, y de panizo para sus dos*

pajarillos, como decia madamã Pipelet; pero al fin vivia en Paris, y nada podria contrariar mas su gusto y su voluntad que el vivir fuera de a *capital*.

Permítasenos añadir dos palabras mas sobre la costurerita de la calle del Templo, y luego introduciremos á Rodolfo en su habitacion.

Tenia la compañera de la Guillabaora diez y ocho años incompletos, y una estatura mas baja que la talla ordinaria; pero tan graciosamente formada, tan bien dispuesta, tan voluptuosamente combinada... y tan en armonía con sus modales listos y afanosos, que parecia completa: el movimiento de sus lindos piés, calzados siempre con botinas de casimir negro y de suela bastante gorda, traia á la memoria el andar cauteloso, lijero y gracioso de la codorniz y de la nevatina. Al verla andar, cualquiera diria que apénas tocaba el suelo. Este movimiento, este modo de andar de las *grisetas*, agil, provocativo, y un si es no es asustadizo, debe atribuirse á tres causas: al deseo de agradar; al temor de que sus modales se interpreten por una pantomima demasiado espresiva; al cuidado de perder el ménos tiempo posible en sus escursiones.

Rodolfo solo habia visto á Alegría à la oscura luz del desvan y del último descanso de la escalera; y asi es que se sorprendió al ver la resplandeciente frescura de la jóven cuando entró en su cuarto alumbrado por dos grandes ventanas. Quedóse por un instante inmóvil ante el gracioso cuadro que presentaba la habitacion de la costurera. Alegría, en pié delante del espejo que estaba sobre la chimenea, ataba debajo de la barba las cintas de su sombrerillo de tul bordado, y adornado con un encaje y una cenefa color de cereza; el sombrero era estrecho, y como lo llevaba echado hácia atras,

dejaba ver dos gruesas bandas de cabello liso y brillante como el azabache. que caian diagonalmente por uno y otro lado de su frente; sus cejas finas y delicadas, se arqueaban sobre dos grandes ojos negros, vivos y traviesos; sus mejillas tersas y llenas eran encarnadas y frescas á la vista y al tacto, como una manzana impregnada del rocio del alba; su pequeña nariz remangada, traviesa y descarada, hubiera hecho la fortuna de un Marton ó de una Lisette; su boca era algo grande, risueña y burlona, sus labios rosados y húmedos, y sus dientes pequeños, juntos y aperlados; tres hermosos hoyuelos, uno en cada mejilla y otro en la barba, no léjos de un pequeño lunar como una mosca de ébano, colocado del modo mas provocador á un lado de la boca, daban á su fisonomía una gracia encantadora. Entre un ancho cuello vuelto de encaje, y el estremo del sombrero bastillado con una cinta color de cereza, se veia el nacimiento de una selva de hermoso cabello, tan perfectamente alisado y tan negro, que parecia pintado sobre el marfil de su pescuezo. Un vestido de merino color de pasa de Corinto de espalda lisa y mangas apretadas, hecho por la misma Alegría, ceñia un talle tanto mas fino y esbelto porque la jóven costurera no gastaba corsé... por economía. Cierta elasticidad y desenvoltura inusitadas, al menor movimiento de los hombros y del cuerpo, parecidas á la blanda ondulacion del andar del gato, revelaban esta particularidad. Figurémonos un vestido ceñido á las formas redondas y tersas de un mármol, y concebiremos que Alegría podia muy bien dispensarse de usar la parte del vestido de que acabamos de hablar. Un delantal de levantina verde ceñia su cintura, que podria abrazarse con las dos manos.

— Confiada en la soledad en que creia hallarse,

pues Rodolfo habia permanecido inmóvil á la puerta del cuarto, la costurera, despues de haber alisado las bandas de su cabello negro con la palma de su blanca y graciosa mano, puso el pié sobre una silla y se inclinó para apretar el cordon de una botina. Esta última operacion no pudo realizarse sin exponer á los ojos indiscretos de Rodolfo una enagua de algodon blanca como la nieve, y la mitad de una pierna admirablemente torneada.

Por la descripcion que llevamos hecha de su vestido, se puede conocer que Alegría habia escogido su mejor sombrero y su delantal mas lindo, *en honor* de su vecino para acompañarlo al Templo. El fingido mancebo de comercio llenaba sus medidas, y le agradaba sobremanera su fisonomía benévola, altiva y atrevida: y ademas se mostraba tan compasivo con la familia de Morel, cediéndola generosamente su cuarto, que, gracias á esta prueba de bondad, y acaso tambien al mérito de sus facciones Rodolfo habia dado sin pensarlo un paso de gigante en la confianza de la costurera. Esta, segun la idea práctica que tenia de la intimidad forzosa y de las obligaciones recíprocas que impone la vecindad, se tenia por muy dichosa con que un vecino como Rodolfo viniese á ser sucesor, en el cuarto inmediato al suyo; del comisionista viajero, de Cabrion y de Francisco German; porque empezaba ya á sentir que el otro cuarto estuviese tanto tiempo vacío, y sobre todo temia verlo ocupado de una manera poco *agradable*.

Rodolfo, aprovechando su invisibilidad, no se cansaba de mirar la habitacion de Alegría, cuyo esmerado y esquisito aseo le parecia superior á la descripcion que le habia hecho madama Pipelet.

Seria difícil hallar nada mas alegre y mas bien ordenado que el cuartito de esta laboriosa jóven.

Las paredes estaban cubiertas de un papel ceniciento sembrado de flores verdes; el piso pintado de encarnado, lucia como un espejo. Una hornilla vidriada y blanca estaba colocada en el hogar de la chimenea, en la cual se veia puesta con simetría una provision de leña tan menudamente cortada, que sin género alguno de hibérpole podria compararse á un monton de grandes pajuelas fosfóricas de madera.

Adornaban la chimenea de piedra, pintada á imitacion del mármol gris, dos floreros ordinarios de baño verde; una cajita de box encerraba una muestra de plata que hacia las veces de péndulo; á un lado brillaba un candelero de cobre resplandeciente como el oro, y en el cual habia un cabo de bujía; al otro lado habia una lámpara no ménos brillante que consistia de un cilindro y un reverbero de cobre, una columna de acero y una basa de plomo: sobre la chimenea habia un espejo bastante grande con cuadro de madera negra. Las cortinas de las ventanas y de la cama cubierta con una colcha de gusto sencillo, cortadas, cosidas y guarnecidas por Alegría, era de tela persiana, cenicienta y verde; y dos puertas vidrieras cuyos cristales estaban pintados de blanco, ocultaban dos alcobas á uno y otro lado, en las cuales se hallaban sin duda el vasar, la hornilla portátil, el agua, la escoba etc., etc., porque ninguno de estos objetos afeaba el lindo y simétrico aspecto del cuarto, cuyos muebles consistian en una cómoda de nogal muy lustrosa, cuatro sillas de la misma madera, una gran mesa de planchar y de costura, cubierta con una de esas mantas de lana verde que suelen verse en las casas de los aldeanos, y una silla de brazos con asiento de paja y su sitial de lo mismo, que era el asiento habitual de la costurera. Finalmente, entre

las dos ventanas se veia la jaula de los dos canarios, compañeros fieles de Alegría. Por una de esas ideas industriosas que solo se ocurren á los pobres, esta jaula estaba colocada en medio de un cajon de madera de un pié de profundidad: este cajon, puesto sobre una mesa y al cual llamaba Alegría su jardin, estaba lleno de tierra cubierta de musgo por el invierno, y por el verano sembraba en él yerba y plantaba algunas flores.

Contemplaba Rodolfo este recinto con interes y curiosidad, y comprendia perfectamente la causa del humor gozoso de la costurera. Figurábase en aquella soledad el alegre gorgeo de las dos avecillas, y el canto sencillo y dichoso de la jóven; por el verano trabajaba sin duda junto á la ventana abierta, en medio de una verde selva de guisantes de olor de rosa, de capuchinas color de naranja, y de enredaderas verdes y blancas: por el invierno velaba junto á la chimenea con la suave luz de la lámpara,

. . . . . .

Aquí llegaba Rodolfo de sus reflexiones, cuando miró maquinalmente hácia la puerta y vió un enorme cerrojo que podria competir con el de la puerta de una cárcel.

Este cerrojo le inspiró distintos pensamientos.

Podria tener dos significados, dos usos diferentes:

Cerrar la puerta á los amantes...

Encerrar á los amantes..

Alegría distrajo á Rodolfo de estas interpretaciones, pues volvió la cabeza, lo vió, y sin mudar de postura le dijo:

—¡Hola, vecino! ¡con que estais ahí!

La linda pierna desapareció en seguida entre los anchos pliegues del vestido color de Corinto, y Alegría añadió:

—¡Miren el husmeador! —Estaba aquí... admirando... —¿Y qué admirabais, vecino? —Vuestro incomparable cuartito... porque os digo la verdad, vecina, pero teneis una habitacion como una reina... —¡Caramba! para eso no tengo otro lujo... y como no salgo nunca... me gusta estar con comodidad en mi cuarto... —Pero yo estoy admirado... ¡qué cortinas tan lindas!... ¡y aquella cómoda tan hermosa de caoba! Debeis haber gastado un dineral loco en estos muebles... ¡Ah! no me hableis de eso por Dios..... tenia cuatrocientos y veinte francos mios cuando sali de la prision .. y casi todo lo he metido en esto... —¡Cuando salisteis de la prision!... ¿Habeis estado presa?... —Sí... pero ese es cuento largo. Espero que no pensaréis que he estado presa por haber hecho mal á nadie. —Sin duda... ¿pero cómo?... —Despues del cólera me hallé sola y desamparada en el mundo... Me parece que tenia entónces diez años... —¿Pero hasta entónces, quién os habia criado. —¡Ah! ¡una gente muy honrada!... pero se murieron del cólera... (al decir esto se arrasaron de lágrimas los ojos de Alegría). Se vendió lo poco que tenian para pagar algunas deudas, y he quedado sin tener quien me recogiese: no sabiendo que hacer de mí, me fuí á un cuerpo de guardia que habia en frente de nuestra casa, y dije al centinela: «Señor soldado, mis padres se murieron, y no tengo á donde ir: ¿que me aconsejais, señor soldado?» En esto se presentó un oficial, que me hizo conducir á la casa del comisario, y este me mandó por vagamunda á la prision, en donde permanecí hasta la edad de diez y seis años. —¿Pero vuestros padres?... — No sé quien era mi padre, y á la edad de seis años perdí á mi madre, que me habia sacado de la inclusa en donde habia tenido que echarme en otro tiempo. Las

personas honradas de que os he hablado vivian en nuestra misma casa; y como no tenian hijos, viéndome huerfana y abandonada me llevaron á su poder. —¿Qué oficio tenian? ¿De qué vivian? —Papá Gorrion, que asi le llamaba yo, era pintor, y mi madre bordadora. —¿Y eran à lo ménos obreros acomodados?

—Como en todos los matrimonios: pero aunque digo matrimonios no estaban casados, á pesar de que se llamaban marido y mujer. Tenian sus altos y bajos; un dia habia abundancia, si el trabajo daba de sí; otro dia escasez, si el trabajo no producia; pero por eso no dejaban de estar siempre contentos y alegres (este recuerdo volvió á serenar la fisonomía de la jóven). No habia en toda la vecindad un matrimonio como él; siempre estaban alegres, siempre cantando; buenos hasta mas no poder, y tan dadivosos que no tenian cosa propia. Mamá Gorriona tenia como unos treinta años, era gordiflona y fresca de carnes, limpia como la nieve; viva como una centella, y alegre como un pajarillo. Su marido era otro Rogerio Bontemps; tenia unas narices como de aquí á acullá, una boca muy grande, siempre con su gorro de papel en la cabeza, y una cara tan particular, tan rara, que no podia uno mirarle sin reir. A veces cuando volvia à casa de su trabajo, se ponia á cantar, y á hacer muecas y á dar saltos y brincos como un chiquillo; y luego me hacia bailar y saltar sobre sus rodillas y jugaba conmigo como si fuese de mi edad; su mujer tambien me mimaba y me queria como á una hija. Como solo me pedian en recompensa que anduviese alegre y de buen humor, nada me era mas fàcil que darles por el gusto, y por esto me pusieron el nombre de Alegria, que me ha quedado

para siempre. En cuanto á andar alegre ellos mismos me daban el ejemplo; porque nunca los he visto tristes. Las riñas que tenian era el decir la mujer al marido: »¡Qué bobo estás hoy, Gorrion! ¿porque no me haces reir?» O bien el marido á la mujer: «¡Calla, Ramoneta, calla, que me voy á reventar de risa!...» Y yo reia tambien, solo con verlos reir,.. Ahí está como he sido criada y como se ha formado mi carácter... y por cierto que no aproveché mal la escuela ¿verdad? — Habeis salido buena discípula, vecina... ¿De modo que nunca disputaban el señor Gorrion y su mujer?... — Jamas en la vida... Los domingos, los lúnes, y algunas veces los mártes, se iban de tuna, como ellos solian decir, y me llevaban siempre consigo... Papá Gorrion era muy hábil en su oficio, y ganaba cuanto queria, lo mismo que su mujer. Luego que juntaban lo necesario para divertirse el domingo y el lúnes, y para pasarlo bien ó mal el resto de la semana, ya no apetecian nada mas. Si algunas veces no habia que comer, no por eso dejaban de estar tan contentos y alegres... Me acuerdo que cuando no teníamos mas que pan y agua, papá Gorrion tomaba de su biblioteca... — ¿Tenia biblioteca? — Daba este nombre á un pequeño estante en que ponia algunas colecciones de canciones nuevas, que compraba y que sabia de memoria... Como iba diciendo, cuando no habia mas que pan en la casa, cogia de la biblioteca un libro viejo de cocina, y nos decia: «Vamos á ver: ¿qué se ha de comer hoy? ¿esto? ¿aquello? ¿lo otro?...» y nos leia los títulos de una multitud de cosas tan buenas, que se nos hacia agua la boca: cada cual elegia su plato, papá Gorrion cogia una cacerola vacía, y con mil visajes y chistes estrambóticos, hacia que echaba en la ca-

cerola todo lo necesario para un buen guisado, y luego fingia que lo echaba en una fuente tambien vacía que colocaba en medio de la mesa, y á todo esto sin dejar de hacer unas muecas y de decir unos chistes, que nos hacian reventar de risa por los hijares. En seguida volvia á tomar el libro, y mièntras leía, por ejemplo, la composicion de un buen guisado de pollo que habíamos elegido y que se nos hacia agua en la boca... comíamos nuestro pan oyendo su lectura y riendo como locas. — ¿Tenia deudas ese alegre matrimonio? — Ninguna... Cuando habia dinero se pasaba á pedir de boca; pero cuando no lo habia se comia de *aguazo*, como decia papá Gorrion valiéndose del término de su arte. — ¿Pero no pensaba nunca en lo venidero? — Sin duda que sí; el porvenir nuestro era el domingo y el lúnes: por el verano íbamos á las barreras, y por el invierno á los arrabales. — Pero ya que esa buena gente se llevaba tambien, ya que hacian juntos una vida tan alegre... ¿porque no se casaban? — Uno de sus amigos les preguntó eso mismo un dia delante de mí. — ¿Y que dijeron?... — Le respondieron: «Si llegamos á tener hijos, desde luego;... pero en cuanto no somos mas que los dos, estamos mejor así... ¿A qué fin se nos obligaria à hacer lo que hacemos de tan buena gana?... Y además eso nos ocasionaria gastos; y á la verdad no andamos muy sobrados de dinero...» ¡Pero válgame Dios, cuanto llevo charlado! — dijo Alegría. — No lo estrañeis porque cuando me acuerdo de unas personas que han sido tan buenas para mí, no puedo ménos de hablar mucho de ellas... A ver, vecino, si teneis habilidad para coger el chal que está sobre la cama, y echármelo aquí por debajo del cuello sin desplancharlo, y sujetarlo con ese alfiler, y luego

bajaremos, porque nos hace falta el tiempo para escoger en el Templo lo que hemos de comprar para la familia de Morel.

Rodolfo se apresuró á cumplir la órden de la costurera, y tomando de encima de la cama un gran chal oscuro con rayas color de punzó, lo echó con el mayor cuidado por los lindos hombros de Alegría.

— Ahora, vecino, sentadme bien y desarrugad el cuello, prended el chal contra el vestido y clavad bien el alfiler; ¡pero cuidado no me piquéis.

Ejecutó el príncipe estas órdenes con puntualidad y dijo sonriendo á la costurera:

— Señorita Alegría, no me gusta serviros de camarera, porque... es peligroso...

— Para mí, porque podriais picarme... — repuso alegremente la jóven. — Ahora — añadió saliendo y cerrando tras sí la puerta — tomad la llave.. es tan grande que siempre temo que me rompa el bolsillo... Es un verdadero trabuco.

Y se rió.

Rodolfo se cargó (es la verdadera palabra) con una enorme llave que hubiera figurado gloriosamente en una de esas bandejas alegóricas, que los vencidos presentan humildemente á los vencedores de una ciudad. Aunque Rodolfo se creia bastante demudado por los años para que no lo conociese Polidori, ántes de llegar á la puerta del charlatan levantó el cuello del gaban.

— Vecino no os olvideis de decir á M. Pipelet que van á traer algunas cosas que será necesario subir á vuestro cuarto — dijo Alegría. — Teneis razon... entraremos un rato en la portería. — M. Pipelet, con su eterno sombrero de embudo en la cabeza y el infinito fraque verde, estaba gravemente sentado á una mesa, cubierta de pedazos de cuero

y de fragmentos de pedazos de calzado; y en aquel momento se ocupaba en restaurar una bota vieja, con la seriedad y la conciencia con que hacia todas las cosas. Pomona estaba ausente.

— Buenos dias, M. Pipelet — le dijo Alegría. — ¿Qué os parece de este lance?... Pero gracias á mi vecino, esos pobrecillos están ya libres de cuidado ¡Cuando uno piensa que iban á llevar á la carcel un hombre tan honrado!... Vaya, esos guardas del comercio son unos desalmados. — Y unos *desmoralizados* tambien señorita — añadió monsieur Pipelet con un tono magistral, gesticulando y accionando con una bota vieja, en la cual habia metido hasta el codo el brazo izquierdo. — No, no temo repetirlo á la faz del cielo y de los hombres son unos desmoralizados; se han aprovechado de la oscuridad de la escalera para hacer jestiones indecentes sobre el talle de mi esposa... Al oir los gritos de su pudor ultrajado, no he podido ménos de ceder á pesar mio á la vivacidad de mi carácter. No quiero ocultarlo á los ojos de nadie; pero mi primer movimiento ha sido el permanecer inmóvil...

— Pero espero que en seguida habréis corrido tras ellos, monsieur Pipelet — dijo Alégría, que hacia lo posible para conservarse séria. — Es decir, señorita... distingo; cuando esos desenfrenados pasaron por delante de mi puerta, la sangre no me dió mas que un vuelco súbito, y no pude ménos de... cubrir de repente los ojos con la mano, para no ver á tales monstruos de lujuria... Pero no lo estraño... hoy debia sucederme alguna desgracia, porque he soñado con el infernal Cabrion...

Alegría se sonrió y los suspiros de M. Pipelet se confundieron con los martillazos que aplicaba á la bota vieja. — Habeis obrado con cordura tomando el partido de los prudentes, mi querido M. Pipelet

cual es el despreciar las ofensas. Pero olvidad á esos miserables y tened la bondad de prestarme un servicio. —Los hombres han nacido para ayudarse mutuamente — repuso M. Pipelet con tono melancólico y sentencioso; — con mucha mas razon cuando se trata de un inquilino como vos. — Quisiera que hicieseis subir á mi cuarto algunas cosas que traeran aquí dentro de un rato. . Vienen destinadas para Morel. — No tengais cuidado; me encargo de cumplir vuestra orden. — Y ademas — añadió con tristeza Rodolfo — seria necesario un sacerdote para velar á la niña que se les ha muerto esta mañana ir á dar parte de su muerte y preparar un acompañamiento decente... Ahi teneis dinero y no trateis de ahorrar ningun gasto, porque el bienhechor de Morel cuyo ajente soy yo, quiere que todo se haga del mejor modo posible. — Descansad en nuestra diligencia — dijo M. Pipelet: — Al punto que venga mi esposa iré á la Alcaldia, á la iglesia y á la fonda;... á la iglesia para la muerta... á la fonda para los vivos... — añadió con aire filosófico y poético M. Pipelet, aludiendo al banquete que habia de dar al acompañamiento. — Descansad, id en paz, está hecho...

Al llegar Rodolfo y Alegría á la puerta de la calle, se hallaron cara á cara con madama Pipelet que volvia de la plaza con un pesado canastillo de provisiones.

— ¡Enhorabuena! ¡por muchos años! — gritó la portera mirando á los dos vecinos con aire burlon y significativo — aquí los tenemos ya cogidos del brazo, como si tal cosa no fuera... ¡Aprieta, manco!... ahora si que va de veras. . cosas de la mocedad. Cada cosa en su tiempo, y los nabos... A buen galan buena doncella... ¡Vivan los enamorados! ¡vivan!... — Y la vieja desapareció en las

sombras del pasillo: — ¡ Alfredo ! ¡ abre el ojo !... aquí te trae un cariñito tu Pomona... goloso del alma mia,..

Rodolfo salió de la casa de la calle del templo con Alegría dándole el brazo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

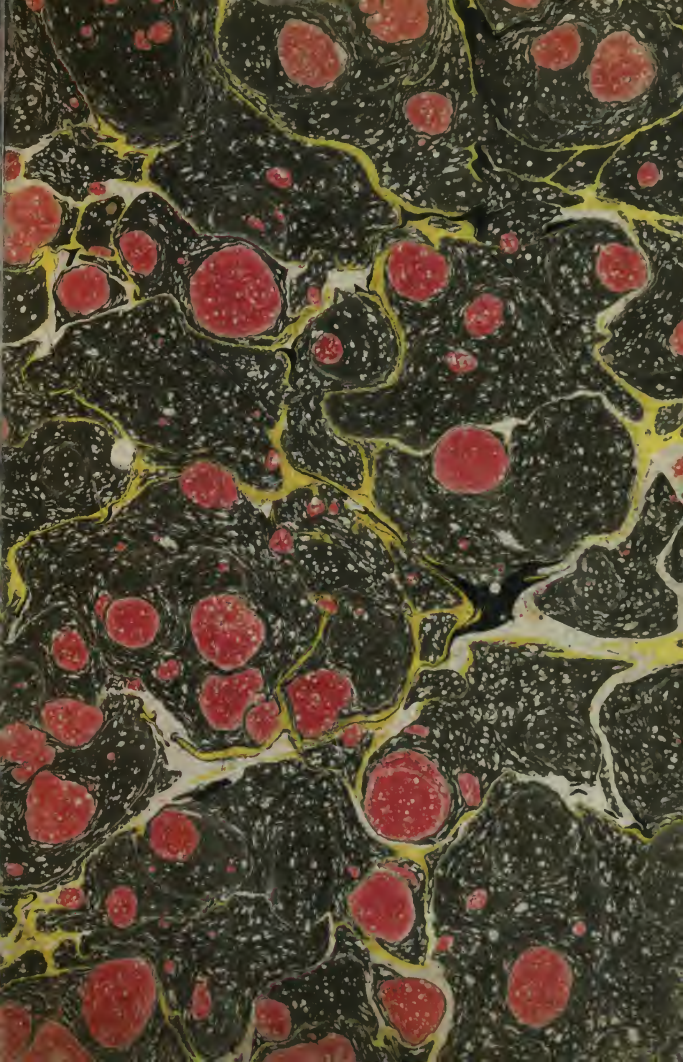
TABLA DE LOS CAPITULOS.

DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I. El Baile. . . . . página. 1
II. La cita. 41
III. Idilio. 61
IV. La emboscada. 72
V. La casa rectoral. 87
VI. El encuentro. 99
VII. La cena. 104
VIII. El sueño. 142
IX. La carta. 152
X. El camino hondo. 183
XI. Clementina de Harville. . . . 188
XII. Miseria. 240
XIII. El mandato de pago. 266
XIV. Alegría. 288

AVISO AL ENCUADERNADOR.

PARA LA COLOCACION

DE LOS GRABADOS DE LA SEGUNDA PARTE.

Rodolfo en el Baile, frente la página. 6
La Marquesa de Harville. 12
La Huerta de Invierno. 15
La Duquesa de Lucenay. 21
El Marques y la Marquesa de Harville. . . . 56
Idilio 61
Flor de María en la quinta de Bouqueval. . 65
El Maestro de Escuela á los piés de la Lechuza. 83
El Cojuelo. 140
La Escena de la Lechera. 164
El Camino hondo. 183
Madama Roland. 201
La Familia de Morel. 249
Pedro Bordon y Malicornio. 266
Infelicidad de Morel. 272
Alegría. 288